

A woman with long dark hair, wearing a teal dress, sits on the edge of a dark, layered rock formation. She is looking down towards the water. The ocean is a deep blue, and the sky is a lighter, hazy blue, suggesting dusk or dawn. The overall mood is contemplative and serene.

Lágrimas
de
Libertad

Raquel J. Estruch

LÁGRIMAS DE LIBERTAD

Raquel G. Estruch

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Lágrimas de libertad*

© *Raquel G. Estruch*

Edición publicada en mayo del 2019

Maquetación: *Alexia Jorques*

Diseño de portada: *fiftyfifty*

“Para mí vivir es no tener prisa, contemplar las cosas, prestar oído a las cuitas ajenas, sentir curiosidad y compasión, no decir mentiras, compartir con los vivos un vaso de vino o un trozo de pan, acordarse con orgullo de la lección de los muertos, no permitir que nos humillen o nos engañen, no contestar que sí ni que no sin haber contado antes hasta cien como hacía el Pato Donald... Vivir es saber estar solo para aprender a estar en compañía, y vivir es explicarse y llorar... y vivir es reírse...”

Carmen Martín Gaité

~ Índice ~

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Gonzalo gozaba del atractivo que otorga a algunos hombres el paso del tiempo. En eso pensaba mientras observaba cómo cruzaba la calle bajo un manto de fina lluvia. Había llegado diez minutos antes de la hora prevista. Era una de mis manías. Esto me permitía desconectar del trabajo y la rutina para poder disfrutar de su compañía. Eran contadas las ocasiones en las que teníamos tiempo para nosotros. Llevábamos quince años casados y casi veinte juntos. No estaba enamorada, al menos no en el sentido de tener mariposas en el estómago, suspirar por él o cosas por el estilo. En realidad, nunca había sentido esa clase de emoción por nadie. Durante los primeros meses de nuestra relación, aquella ausencia, me preocupó. Con el transcurso de los años llegué a la conclusión de que ese tipo de pasiones no eran para mí. Me había aferrado a un hecho indiscutible e incuestionable para mí: Gonzalo y yo encajábamos, llevábamos una vida sin sobresaltos y el tiempo se había encargado de convencerme de que tenía al mejor compañero de viaje. Precisamente hoy celebrábamos que habíamos resistido un año más, doce meses que añadíamos a nuestra particular y tranquila vida en común. No todo en nuestro matrimonio había sido un camino de rosas. Pero, si echaba la vista atrás y hacía balance de todo lo que habíamos compartido, el equilibrio en el que siempre nos habíamos movido era perfecto. Al menos así lo sentía yo. Además, disfrutábamos de una intensa vida sexual. El deseo era nuestro mayor aliado.

Mientras meditaba sobre todo esto, alargué la mano y me alisé el vestido corto negro que había escogido para la ocasión. Después, contemplé mi aspecto general ante al espejo. Sentada frente a la barra del restaurante que habíamos escogido para cenar y, mientras saboreaba una copa de *Chardonnay*, me sentí bien. Gracias al maquillaje y a la sesión de peluquería que había podido concertar casi en el último minuto, apenas se notaba el cansancio que llevaba acumulado después de meses de vivir prácticamente encerrada en el despacho. Volví a mirarme y sonreí. Mi melena castaña estaba perfecta y tenía un brillo especial en los ojos que les proporcionaba ese tono ambarino que tanto me gustaba. La puerta del restaurante se abrió y Gonzalo entró tan elegante como siempre. Alto, moreno, en buena forma gracias a su empeño por salir a correr una hora antes del amanecer. Una sonrisa de satisfacción se

dibujó en mi rostro.

—¿Llego tarde? —dijo mientras me daba un rápido beso en los labios.

—No. Yo he venido temprano —respondí alargando la mano para rozar la suya.

—Has empezado sin mí —sonrió y alternó la mirada entre mis ojos y la copa de vino medio llena que descansaba sobre la barra.

—Solo me entretenía mientras te esperaba...

—Y de paso seguro que has levantado alguna pasión que otra. —Me pasó la mano alrededor de la cintura y me estrecho contra su cuerpo.

—No creo —dije aun sabiendo que había varios hombres en el restaurante que me observaban.

—Mientes fatal...

Estábamos a punto de besarnos cuando el *maître* se acercó y nos indicó que nuestra mesa estaba lista. Me levanté del taburete y Gonzalo me siguió sin separar ni un centímetro la mano de mi cintura. Me había costado horrores conseguir aquella reserva. El restaurante no tenía nada de especial excepto que, el año anterior lo habían incluido en la lista de los indispensables de Barcelona que se debían visitar. Desde entonces se había convertido en misión imposible encontrar una mesa libre durante los fines de semana. Nosotros éramos clientes habituales casi desde que nos conocimos, cuando yo todavía estudiaba y mi en aquel momento novio ya tenía un sueldo aceptable como arquitecto. Cuando tuve que buscar un lugar en el que celebrar nuestro aniversario, no lo dudé.

En cuanto nos sentamos nos trajeron la carta y me concentré en escoger lo que me apetecía cenar. Los platos que ofrecían me fascinaban. Dada su amplia oferta era complicado escoger. En esta ocasión, opté por unas vieiras con azafrán y pasta picante y un lomo de rape con salsa Thai. Como era habitual, Gonzalo se encargó de pedir el vino. Era una de sus grandes pasiones y siempre disfrutaba viéndole leer con atención la carta con el fin de escoger el que más se adecuara a los platos que íbamos a degustar.

—¿A qué se debe todo este despliegue? —dijo mirándome directamente a los ojos y provocándome un escalofrío que, aunque familiar, todavía me encendía.

—Solo quería cenar con mi marido —respondí un poco desilusionada al darme cuenta de que, tal vez, se le hubiera olvidado nuestro aniversario.

—Eso podemos hacerlo en casa.

—Allí podemos tener muchas cosas, sí. —añadí sin ocultar el enfado que

empezaba a sentir.

—Y sin embargo aquí estamos...

Lo observé tratando de averiguar si se estaba comportando de ese modo de forma intencionada o, si durante los meses en los que había estado aislada trabajando, mi marido se había convertido en un auténtico gilipollas. La respuesta no se hizo esperar. Gonzalo alargó la mano con la que hasta hacía unos segundos había sostenido la carta, cogió la mía con delicadeza y deslizó sobre mi dedo anular el anillo con el brillante más grande que yo había visto jamás.

—Felicidades —susurró mirándome a los ojos.

—Yo...

Dejarme muda no era algo a lo que estuviera demasiado acostumbrada. Trabajaba con ellas y, por lo tanto, no solían desaparecer de mi mente con facilidad. Sin embargo, aquel era uno de los momentos en los que sabes que no hay nada que puedas decir que esté a la altura de las circunstancias.

—Por quince años más.

Se levantó con elegancia y depositó un suave beso en mis labios. Lo confieso. Esperaba más de un momento como aquel, pero desde que Gonzalo había comenzado a participar en un conocido programa de televisión en el que asesoraba a famosos, las muestras de afecto en público casi habían desaparecido.

—Por toda una vida...—respondí en apenas un susurro.

—Creías que se me había olvidado, ¿eh? —regresó a su asiento y lo hizo con la misma elegancia con la que se había acercado para besarme.

—La verdad... —Sentí cómo me ruborizaba. Había dado en clavo.

—¡Parece mentira que no me conozcas! —añadió con una de esas sonrisas que no me dedicaba desde hacía mucho tiempo y que provocó que mi deseo por él aumentara.

Entonces tuve un pensamiento que me desagradó. Lo conocía sí. Y, por el modo en el que se llevaba comportando últimamente, una parte de mí le creía capaz. Ya había vivido algún cumpleaños e incluso una Navidad sin un regalo suyo.

—Gracias —alcancé a decir con la mirada fija en el anillo, y tratando de obviar la ansiedad que me había causado el último de mis pensamientos.

—Quince años juntos merecía algo especial.

—Sí...

No pude añadir nada más. Llegaron los primeros platos, momento que

aproveché para meditar en el regalo que tenía para él. Cuando lo adquirí en una pequeña tienda de antigüedades, me pareció perfecto. Ahora, si lo comparaba con la joya que lucía en el dedo, no estaba tan convencida. Ya no había nada que pudiera hacer, así es que, antes de entregarme a disfrutar de una cena estupenda, alargué la mano y cogí el bolso de mano que descansaba en un lateral, lo abrí y extraje de él una caja envuelta en un precioso papel dorado.

—Espero que te guste —deslicé la caja con suavidad sobre la mesa y me preparé para observar su reacción.

—Seguro que sí.

En cuanto Gonzalo se dio cuenta de cuál era mi regalo, se le iluminaron los ojos. Respiré aliviada. La expresión de su rostro era la confirmación que necesitaba.

—¡Es perfecta! —añadió mientras acariciaba con suavidad el relieve de la pitillera de plata que sostenía entre sus dedos—. Hacía mucho tiempo que estaba enamorado de esta belleza.

—Pues ya es tuya —respondí con una amplia sonrisa y mientras mi mente avanzaba lo que sucedería en cuanto regresáramos a casa.

El resto de la cena transcurrió con tranquilidad. Nuestra conversación se centró en especial en el último proyecto en el que mi marido estaba trabajando. Uno que, de salir bien, supondría un gran empuje para él. Siempre que hacía referencia a este tema, yo pensaba que se dejaba llevar demasiado por su entusiasmo. Al fin y al cabo, solo se trataba de eso, un proyecto, una posibilidad. Muchas cosas podían salir mal e incluso existía la posibilidad de que finalmente al cliente no le gustara su propuesta. Pero, cada vez que intentaba hacer alguna mención a ese respecto, él se enfurecía y acabábamos en nuestra eterna discusión: Mi falta de apoyo a su carrera y la vida que yo me podía permitir como escritora gracias a su trabajo. Al menos esa era la teoría que él defendía. En la práctica, hacía años que mis libros se vendían bastante bien y mis ingresos eran, sino extraordinarios, los suficientes para llevar una vida desahogada.

Cuando nos fuimos a vivir juntos, Gonzalo se convirtió en mi máximo apoyo. Fue precisamente él quien me animó a trabajar en lo que realmente me fascinara. Y a mí, lo que me hacía feliz, era contar historias. Los inicios fueron difíciles para ambos, pero éramos felices. No nos importaba pasar horas y más horas sentados en el salón. Él proyectando edificios, dibujando y ocupando toda la mesa del salón y yo en el sofá tratando de escribir una buena

novela. Afortunadamente, el esfuerzo, las horas arrebatadas al sueño y tanto empeño, dieron sus frutos. Fue el primero en lograr el objetivo. Consiguió que un conocido estudio de arquitectura de Barcelona se interesara por sus diseños y, a partir de aquel momento, nuestra vida fue mucho más fácil. Eso sí, seguimos volcados en nuestras respectivas profesiones incluso más que antes. Con el tiempo, yo también logré publicar mi primera novela y, aunque el ascenso fue mucho más lento que el de mi marido, también conseguí mi propio espacio.

Para cuando llegamos a los postres estábamos tan animados que decidimos ir a tomar una copa. Hacía mucho que no disfrutábamos de una velada así hasta el punto de que me parecía un sueño disponer de ese tiempo para nosotros. Gonzalo pagó la cena y yo aproveché el momento para ir al baño a retocarme el maquillaje. Nada más entrar, un espejo enorme me devolvió mi imagen. La observé con satisfacción. La mujer que tenía delante era guapa, sexy y parecía segura de sí misma. Y así era exactamente como quería sentirme el resto de la velada. Ya volvería a la sencillez del día a día a la mañana siguiente.

Cuando regresé junto él estaba hablando por teléfono. Noté la tensión en su rostro y presentí que algo malo sucedía. Permanecí en silencio tratando de aparentar normalidad. En cuanto colgó, me buscó con la mirada. No hizo falta que dijera nada. Enseguida supe que nuestra noche se había terminado.

—María...

—Déjalo. Me voy a casa.

—Tengo que ir. Ya sabes lo importante que es este proyecto.

—Gonzalo, de verdad. No necesito que me des explicaciones —respondí mientras me esforzaba por controlar la rabia que sentía en ese momento y que amenazaba con salir de un momento a otro—. Voy a pedir un taxi.

—Deja que te lleve.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Será mejor que te marches ya. Cuanto antes termines de trabajar menos tardarás en regresar a casa —añadí malhumorada porque comprendí que mis planes de pasar una noche romántica y cargada de sexo se habían esfumado.

Él me miró con una expresión que, entonces, no supe cómo interpretar. Esbocé una tenue sonrisa. Ya me lamentaría cuando estuviera en casa. También me desahogaría porque ya tenía claro cómo iba a pasar la noche: Sola.

Capítulo 2

Gonzalo llegaba tarde. La tercera vez esa semana y estaba de mal humor. Conducía a toda velocidad con la sensación de que su vida se estaba descontrolando. Y lo odiaba. Creía en la importancia de guardar un orden hasta para cometer las peores acciones. En su caso: Ser infiel. No recordaba la fecha exacta. Tampoco los motivos que le habían impulsado a fijarse en otras mujeres. Al principio solo fueron simples escauceos. Después, relaciones de unas pocas semanas. Con Elena, todo había sido distinto. La mejor amiga de su mujer había estado allí casi desde el principio. Él lo único que tuvo que hacer fue alargar la mano y tomar lo que quería. Aquella amiga íntima, ahora ya de ambos, solía quedarse con frecuencia en casa a pasar la noche e incluso fines de semana completos. La relación que ella mantenía con María también favorecía que pudieran salir los tres a tomar una copa entre semana sin levantar sospechas. Elena era una persona inteligente, con chispa y muy atractiva. Desde el instante en el que todo cambió entre ellos, no se habían esforzado lo más mínimo ni por poner fin a su relación, como tampoco por contárselo a María, la mujer a la que, al menos en teoría, ambos afirmaban querer tanto.

Detuvo el coche frente a una casa de ladrillo rojo que, en otro tiempo tanto le fascinó. En realidad, había participado de forma activa en toda su reconstrucción. Cuando Elena les comunicó, bastante tiempo atrás que había comprado la propiedad y que quería reformarla casi al completo, él no se lo pensó dos veces y se ofreció para ayudarla con el proyecto. Quién mejor que un arquitecto de cierta fama ya por entonces para aconsejarla sobre lo que más le convenía. Y esto fue el origen de todo. Tardes de intenso trabajo que finalizaban en una cena improvisada a la luz de las velas, las constantes llamadas para discutir tal o cual mejora en la propiedad, el modo en el que lo miraba. Esto despertó al cazador que siempre había vivido en su interior. Ese ser al que creía tener bajo control después de haber conocido a María, pero que de nuevo irrumpía con fuerza en su vida. Estaba más que satisfecho con la vida que llevaba. Contentar a su mujer era bastante fácil y, por lo que respectaba a Elena, jamás le había pedido nada. Era diferente al resto de mujeres. No deseaba una familia, ni un matrimonio, ni siquiera esperaba una relación de exclusividad. Se limitaba a vivir el presente y a tratar cada uno de

sus encuentros como si fuera el primero. Y eso era lo que más le fascinaba de ella. La razón por la que seguía tan enganchado después de tantos años. Sin embargo, algo había cambiado en los últimos meses. Gonzalo vivía con una sensación de vacío y desasosiego que le preocupaba.

Aparcó el Mercedes al final del sendero empedrado junto al acantilado. Llevaba muchos años visitando el lugar y aún le impresionaban las vistas espectaculares que podían contemplarse desde allí. Nuca había sido muy fan de vivir tan alejado de la gran ciudad, pero tenía que reconocer que ese rincón casi olvidado de la Costa Brava era mágico. La casa descansaba en soledad en la parte más elevada. El mar se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Y aunque durante los meses de invierno la tramontana soplaba con fuerza, era un inconveniente menor si se tenían en cuenta algunas de las ventajas que ofrecía el lugar. Uno de los que él más valoraba era la playa prácticamente privada de la que podían disfrutar durante los meses de verano, lugar al que solo se podía acceder desde el interior de la casa.

Recorrió despacio los escasos metros que le separaban de la verja principal. Luego metió la mano en el pantalón, sacó el mando y pulsó el botón para abrir. Elena se enfadaba cada vez que hacía eso. No paraba de repetirle que dejara el coche en el garaje y no en la calle en un lugar tan solitario. Él solía responderle que esa era precisamente la razón por la que siempre aparcaba allí. Quién se iba a molestar en ir a robar a un sitio que casi ni aparecía en los mapas. Sonrió y enfiló el camino en dirección a la entrada principal no sin antes alzar la vista para contemplar la magnífica construcción. Se trataba de una réplica casi perfecta de una casa de estilo victoriano. La propiedad había pertenecido durante más de doscientos años a una de las familias más acaudaladas de Cataluña que, en la década de los noventa, se había visto envuelta en diversos escándalos financieros que habían terminado con varios de sus miembros en prisión. Los herederos que no habían sido condenados ni imputados optaron por la opción más sensata: Deshacerse de los bienes que todavía no habían caído en manos de bancos o especuladores.

Así fue cómo Elena consiguió hacerse con ella. Sus apellidos siempre le habían permitido moverse en los círculos adecuados y gracias a su trabajo como directiva de finanzas y recursos humanos en una reputada multinacional, sabía todo lo necesario para conseguir la casa a un precio irrisorio. El resto se habían encargado de ponerlo a punto entre los dos. Gonzalo no tenía ni idea de las horas de trabajo que había invertido en aquel lugar, aunque estaba satisfecho. Ese proyecto también le había abierto las puertas a la arquitectura

con mayúsculas y al grupo de poder más selecto del país. Desde que Elena y su mansión se cruzaron en su camino, la vida solo había hecho más que mejorar. Por eso entendía más bien poco la desazón que lo embargaba.

Estaba a punto de abrir la puerta que daba acceso al interior, cuando advirtió que había luz en la ventana de la esquina izquierda de la planta baja. Sabía a la perfección a qué estancia correspondía. Era la biblioteca. Un espacio que, además de disponer de unas magníficas vistas tanto al jardín como al mar, contaba con un inmenso sofá en el que tan buenos ratos habían pasado. La vivienda contaba con numerosas habitaciones, pero ellos siempre habían preferido ese lugar repleto de libros y con una enorme chimenea frente a la que poder disfrutar. Asimismo, Gonzalo se había esmerado lo suficiente para lograr que, desde allí, se divisara el horizonte, algo que les proporcionaba la sensación de tener el mundo a sus pies a cada instante.

Se la imagino esperándolo y sonrió. Guardó las llaves en el bolsillo y pulsó el timbre. Sabía cuánto le molestaba esto a ella. Pero ¿qué era la vida sin un poco de emoción de vez en cuando? Esperó durante más de un minuto y, al no obtener respuesta, insistió. Poco después apareció Elena en el quicio de la puerta como si acabara de salir de la portada de Vogue. Esa era otra de las cualidades que también admiraba en ella. Daba igual el momento del día o de la noche en el que estuvieran. Siempre estaba perfecta.

—¿Te has dejado las llaves o es que encuentras especial placer en molestarme cuando estoy trabajando? —dijo sin controlar del todo que una sonrisa le iluminara el rostro.

—Disculpa... No sabía que la señora de la casa atendiera las visitas. ¿Le pagas al servicio por tumbarse en la piscina y jugar al pádel?

Gonzalo sabía lo esnob que sonaba cada vez que utilizaba este tipo de expresiones, unas que habían formado parte de su relación casi desde el principio. A ella no le costaba adoptar ese papel. Había pasado gran parte de su vida adulta desempeñándolo. Para él eso era su válvula de escape. Cuando estaban juntos podía convertirse en la clase de persona que no podía ser con su mujer. María nunca se lo hubiera permitido. Tampoco lo hubiera entendido.

—Se marchan a las cinco. Ya sabes que no me gusta tener gente en casa por la noche.

—Eso es nuevo... —murmuró él en un tono de lo más seductor.

Elena se hizo a un lado para dejarlo pasar no sin antes lanzar una mirada cargada de sensualidad. En cuanto se cerró la puerta, él se abalanzó sobre ella y empezó a besarla casi con desesperación. Llevaban bastante tiempo juntos y

seguía sintiendo una atracción que casi lo consumía. Apenas podía pasar un par de días alejado de ella porque enseguida las imágenes de su cuerpo desnudo y de todas las formas en las que practicaban sexo acudían a su mente. Tenía asumido que lo que les unía no iba más allá de lo físico. Tampoco necesitaba más. Dudaba de ser capaz de soportar una intensidad mayor que la que ya le producía el peso constante sobre su pecho y una opresión en la boca del estómago que aumentaba casi por días.

Ella lo recibió con los labios entreabiertos, con esa calidez en el interior de su boca que a él tanto le gustaba. Sus lenguas se enredaron casi a la misma velocidad con la que se fueron desnudando el uno al otro. Apenas habían conseguido desplazarse un par de metros y él ya se había desecho del conjunto de lencería que resaltaba aún más la perfección del cuerpo de Elena. Un solo tirón había bastado para romperla, pero se contuvo. Gonzalo la deseaba allí, en aquel mismo instante. Apoyó su esbelto cuerpo contra la pared, facilitó que colocara las piernas alrededor de su cintura y siguió devorando su boca. Las manos de ella se afanaban en deshacerse de los vaqueros de él. Se moría de ganas de sentir en su interior la erección que notaba a través de la tela de los pantalones. Con más lentitud de la que le hubiera gustado, consiguió desabrocharlo y sus dedos se perdieron por el interior de los *boxers*. A Elena se le escapó un gemido cuando notó cuánto la deseaba, pero no tuvo demasiado tiempo para recrearse en esa sensación. En cuanto él percibió su miembro liberado se movió con rapidez para dejarlo justo en la entrada de su sexo. Ella se apretó contra él con más fuerza, deseando al mismo tiempo tanto que él se quedara quieto y prolongar así el hormigueo que estaba sintiendo entre sus muslos, como que entrara en su interior con fuerza y provocara que perdiera el control. Él hubiese deseado recrearse mucho más, pero las ganas de notar cómo ella lo recibía eran todavía mayores.

Gonzalo la penetró con un movimiento rápido y firme. Luego se quedó quieto disfrutando de la sensación que tanto había ansiado. Abrió los ojos y contempló fascinado el rostro de Elena. Estaba preciosa con su melena rubia cayéndole sobre un lado de la cara, los ojos cerrados y aquella expresión de inmenso placer en su rostro. Le hubiera gustado detener el tiempo, permanecer de ese modo tan íntimo hasta que las fuerzas les flaquearan a ambos, pero entonces ella movió ligeramente las caderas invitándolo a disfrutar de un placer todavía mayor. Él no se hizo de rogar e impuso un ritmo casi frenético. Era un amante generoso, de modo que hizo todo lo posible por satisfacerla a ella primero. A punto estuvo de perderse con Elena en el primero de los

orgasmos. Pero, fue capaz de ejercer cierto control sobre su cuerpo y, sin salir de su interior ni dejar de morder ligeramente su cuello, mantuvo la misma intensidad. Sabía que no iba a resistir durante mucho más tiempo, de modo que volvió a mirarla, a tratar de reconocer los gestos que le confirmaran que ella estaba a punto de nuevo para perder el control. Sintió cómo temblaba su interior y se abandonó al placer al mismo tiempo que jadeaba con fuerza. Ese fue el pistoletazo de salida para dársele todo, para fundirse en su cuerpo y vaciarse por completo.

Apenas unos segundos después los dos respiraban con dificultad y Gonzalo casi no podía sostener el peso de ambos sobre sus piernas. Se apartó ligeramente de Elena y la sostuvo hasta que ella se deslizó lentamente hacia el suelo. Él la imitó y se sentó junto a ella, atrayéndola hacia sí y consiguiendo que descansara la cabeza sobre su pecho. Ambos temblaban y sudaban. Elena recuperó el aliento antes que él y se hizo un ovillo en su regazo. Se limitó a abrazarla con los ojos cerrados en un intento de prolongar al máximo la sensación de bienestar que invadía al cuerpo después de una sesión de buen sexo.

—Deberíamos movernos —dijo Elena poco después—. Una ducha nos sentaría muy bien y luego podemos meternos en la cama donde seguro que estamos mucho más cómodos.

—No quiero.

—Ni yo, pero ya no tenemos edad para andar practicando posturitas. Mañana nos dolerá todo. Y yo tengo una reunión a la que debo asistir estupenda.

Elena se levantó con facilidad, le dio un suave beso en los labios y se encaminó escaleras arriba. Aún le fascinaba la capacidad que tenía ella para reponerse. Probablemente por eso, la aventura que había comenzado como algo que él había calificado de temporal se había prolongado tanto en el tiempo. Durante todos esos años, en más de una ocasión había intentado alejarse de ella, liberarse de esa obsesión y recuperar su vida. Tenía una mujer guapa, inteligente y con una carrera profesional que estaba comenzando a despegar de forma importante. María no tenía la exuberancia de Elena, pero a su manera, también la consideraba atractiva. Era una lástima que ella apenas les prestara atención a esos detalles y viviera tan entregada a su trabajo y a él. Al principio de su matrimonio, Gonzalo estaba encantado con la entrega y el entusiasmo que su mujer le ponía a todo lo que hacían. También le gustaba el modo en el que ella siempre satisfacía todas sus necesidades. Con los años,

eso comenzó a resultarle más que aburrido y, cuando intentó que María cambiara su forma de actuar, no fue capaz. Cuando trataban de darle algo de chispa a su relación, ella se mostraba tímida, algo que provocaba que a él le abandonara el deseo por completo. Por eso con Elena las cosas habían funcionado tan bien. Ella era todo lo que María no quería ser. Y esa era la razón con la que, a lo largo de tantos años había justificado el engaño: Su mujer se merecía los cuernos que llevaba.

Gonzalo apartó ese pensamiento de su mente porque sabía que no le conducía a nada bueno. Con algo más de esfuerzo que Elena, también se levantó y todo su cuerpo reaccionó al oír el sonido del agua. Enseguida volvió a sentirse excitado y fue a buscar a la mujer que sabía que se lo daría todo de nuevo. Subió las escaleras tan rápido como pudo. Cuando llegó al baño fue directo a la ducha y se coló en su interior. Ella lo recibió con una enorme expresión de satisfacción en su rostro. Le encantaba comprobar el efecto que sabía que ejercía sobre él. Esta sensación de poder la excitaba incluso más que contemplar su cuerpo musculado a golpe de gimnasio.

—¿Es que no has tenido suficiente? —dijo ella ronroneando como una gata.

—Ya sabes que de ti nunca.

—Tendremos que hacer algo para solucionar esto... —Elena apretó sus nalgas contra la erección que sentía sobre ellas y sonrió—. A lo mejor podrías quedarte así hasta dentro de un rato —murmuró.

—Eres mala —dijo él con media sonrisa dibujada en los labios—. Si me dejas a medias luego el castigo será terrible.

—Me muerdo de ganas de comprobarlo.

Elena se separó de él con la misma rapidez con la que se había acercado. Gonzalo lanzó un suspiro mezcla de deseo y frustración. Tendría que esperar para tener más de ella, aunque sabía que valdría la pena. Cuando salieron de la ducha cada uno se envolvió en su albornoz y fueron directos al dormitorio.

—¿Cómo va el proyecto para los chinos?

—Bastante bien. Esta semana les hemos entregado los planos definitivos y parece que les gustan. Si todo sale como esperamos, en unos cuantos días podré contarte que te acuestas con uno de los arquitectos de moda en Oriente.

Gonzalo sonrió al escucharse pronunciar aquellas palabras. Solía darse bastante importancia al hablar y cuando estaba con ella... Todavía más.

—Y también serás un poco más rico...

—Digamos que podré permitirme algún capricho, sí.

—¿Un viaje? ¿Un coche? ¿Una casa nueva, quizás?

—Aun no lo sé. Tendré que pensarlo.

—Seguro que tu mujer te da varias ideas para emplearlo bien.

—Elena no empieces...

Desde que iniciaron su aventura habían establecido un acuerdo tácito entre ellos. Él no haría referencia a los hombres que pasaban por su cama y ella a su vez no nombraría a María. El trato había funcionado entre ambos hasta hacía unos pocos meses, cuando Elena había empezado a mencionar a su mujer con bastante asiduidad y casi sin venir a cuento.

—¿Hasta cuándo vas a seguir jugando a la familia feliz? —dijo mostrando por primera vez y de forma tan clara el malestar que sentía por ser solo su amante.

—No estoy jugando a nada. Las cosas funcionan tal y como están. ¿Para qué cambiarlas? —Gonzalo se sentía desconcertado y, por primera vez, comprendió a qué se debía en parte su sensación de inquietud. La razón le advertía. El tiempo de un polvo sin complicaciones había acabado.

—Me cuesta creer que no te atraiga la idea de volver a ser libre. Poder recuperar el control de tu vida. Entrar y salir de casa sin tener que dar explicaciones. Ser dueño de tu tiempo.

—¿Acaso crees que no lo soy? —respondió bastante molesto e intentando ocultar la sorpresa que su actitud le estaba provocando.

—¿En serio piensas que pintas algo en casa o que tienes el control de tu matrimonio? Si de verdad lo crees es que conoces poco a María. Detrás de esa fachada de amabilidad, comprensión y sinceridad se oculta una personalidad que desconoces por completo.

—Llevamos más de veinte años juntos. Si de algo puedo presumir un poco, es de conocer a la perfección a la persona con la que comparto mi vida.

—Si tú lo dices...

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Desde cuándo te preocupa el estado de mi matrimonio? ¿A qué viene este ataque de cuernos absurdo? Te recuerdo que si hay que recriminarle algo a alguien es a ti. ¿Cuánto hace que presumes de ser la mejor amiga de María?

—Me pasa que estoy harta de ver pasar los años y de que nada cambie. Francamente tu matrimonio me da lo mismo, pero me agota ver cómo las mosquitas muertas os controlan la vida y os manipulan para que no podáis ver a las mujeres que de verdad valen la pena.

—Elena... No entiendo nada —dijo al tiempo que entrelazaba los dedos

en un intento por ocultar el temblor de manos que le había provocado estar en lo cierto. Ahora veía con claridad lo que le había intentado gritar la intuición durante meses—. Pensaba que las cosas estaban claras entre nosotros.

—No te he pedido matrimonio...

—Cierto. Tampoco comprendo a dónde quieres ir a parar.

—¡Ay Gonzalo! Pues es muy sencillo. Estás desperdiciando los mejores años de tu vida junto a alguien que no te valora de verdad. Una mujer a la que su aspecto se la sopla, una persona que se conforma con todo y que lleva unos años ya más preocupada por su fama que por su vida en pareja. ¡Si ni siquiera ha sido capaz de darte un hijo!

—Joder, ¿y qué es lo que te molesta de eso? ¿Desde cuándo te preocupan las decisiones que tomo en mi intimidad? —No se dio cuenta de que había elevado el tono de voz y de lo enfadado que estaba hasta que notó que apretaba los puños con fuerza—. Tú y yo quedamos, follamos, lo pasamos bien y listo. Por eso funciona lo nuestro. Porque no hay preguntas, ni reproches, ni promesas, ni nada. Si quiero problemas o dolores de cabeza ya tengo a mi mujer en casa dispuesta a contarme cuatro mil cosas de las que debo preocuparme por el hecho de compartir vida con ella.

—¿Estás seguro de que eso es lo que hacemos? Porque personas para follar hay cientos. Creo que has tenido unas cuantas. Además, si lo nuestro solo fuera sexo haría ya tiempo que te habrías buscado a una más guapa y más joven que yo. Los hombres como tú no perdéis el tiempo con una de cuarenta cuando os podéis ir a la cama con dos de veinte.

—Yo no estoy enamorado de ti.

Las palabras se escaparon de su boca antes de que tuviera el tiempo necesario para meditarlas de verdad. Después de pronunciarlas se preguntó cuánto había de verdad en lo que acababa de decir.

—Tal vez el término "enamorado" sea demasiado para ti. Ahora bien... Lo que no puedes negar es que estás completamente encoñado.

Gonzalo se incorporó y le dio la espalda. Se le había acelerado la respiración y necesitaba ordenar lo que pensaba. No entendía nada. Tampoco era capaz de comprender por qué Elena se estaba comportando de aquel modo. La conocía desde hacía muchos años. Sabía hasta dónde podía llegar cuando quería hacerle daño a alguien. En cierto modo, siempre había admirado su frialdad y la capacidad de análisis que tenía cuando planeaba eliminar a un enemigo. En su trabajo también se comportaba como un témpano. Ella solía excusar su, en ocasiones extrema crueldad, con la necesidad de demostrar

constantemente que estaba al nivel del cargo que desempeñaba en la multinacional. Ahora estaba utilizando esas armas y no lo acababa de entender. En cierto modo, tenía razón. El poder que ella ejercía era enorme. El sentimiento que siempre lo devolvía a sus brazos era casi imposible de controlar. Pero no podía admitir que dependía de Elena hasta aquel punto. Quería seguir creyendo que él controlaba la situación y que podría alejarse de ella en el instante en que quisiera. Por eso estaba tan nervioso y fuera de sus casillas. No estaba acostumbrado a que lo enfrentaran a sus emociones con tanta frialdad y claridad al mismo tiempo.

— ¿Me vas a decir de una vez por todas qué demonios te pasa? ¿Por qué te comportas así? —dijo todavía sin ser capaz de mirarla a la cara.

—Ya te he respondido. Empiezo a estar harta de todo esto.

—¿Quieres dejarlo?

Trató de aparentar mayor tranquilidad de la que en realidad sentía. No sabía cómo iba a seguir adelante sin poder acudir a ella cada vez que lo necesitara, aunque se tranquilizó diciéndose a sí mismo que, si se alejaba de ella, todo sería mucho más sencillo. Tal vez romper la relación que les unía desde hacía años no fuera una mala idea.

—¿Y tú?

Ella conocía su incapacidad para tomar decisiones y hasta qué punto lo controlaba. Sabía cuál era la respuesta a esa pregunta. Aun así, necesitaba escucharla de su boca.

—Para mí las cosas están bien así. No deseo que lo nuestro se convierta en un problema. El tiempo que pasamos juntos es estupendo y nos mantiene alejados de todo lo que nos preocupa, de lo que convierte nuestras vidas en eso tan gris. Si, por alguna razón, esto va a cambiar prefiero que lo hablemos ahora y que le pongamos solución.

—¿Nunca has pensado cómo sería la vida si ella no existiera? —Elena se había colocado justo a su espalda y ahora Gonzalo podía sentir su aliento acariciándole el oído.

—Muchas veces —respondió él con sinceridad—. He fantaseado con ello en infinidad de ocasiones, aunque siempre llego a la misma conclusión.

—Que es...

—Mira... —dijo ladeando la cabeza y buscando el contacto de sus labios —tal vez si María no estuviera nuestra historia sería diferente. O quizás, si tuviéramos vía libre, esta relación tan solo duraría un par de semanas. Siempre he pensado que lo que más nos une es la atracción sexual que existe

entre nosotros. ¿Qué pasaría una vez que el morbo y el deseo perdieran intensidad? ¿Podríamos seguir adelante como una pareja o acabaríamos odiándonos?

—Nunca lo sabremos si no lo intentamos.

Elena sonaba seria y, al mismo tiempo, muy convencida de lo que acababa de decir.

—¿En serio me estás planteando que seamos una pareja más?

—Conozco todos tus secretos y tú los míos. Nos llevamos bien y en la cama... Bueno no hace falta que te recuerde lo que acaba de suceder. ¿Por qué te empeñas en seguir con una mujer a la que ni quieres ni admiras? ¿Tan importante es para ti guardar las apariencias? ¿Tan elevado es el beneficio de seguir aparentando que sois la pareja ideal? Si estás viviendo esa clase de vida por el dinero desde ahora te digo que con tu trabajo y los clientes adecuados vas a ganar más del que imaginas.

—Yo...

Gonzalo estaba abrumado por todo lo que acababa de escuchar. ¿Cuántas veces, una parte de él, había soñado despierto con aquello? Apenas podía recordar las ocasiones en las que imaginó que María se enteraba de su aventura y le abandonaba. Así se ahorraría tener que confesárselo él mismo. En otras era su mujer quien le confesaba una infidelidad y él la convencía de que lo mejor era estar separados. Pero solo habían sido eso. Fantasías. Nunca hubiera imaginado que sería su amante quien pondría las cartas sobre la mesa y mucho menos del modo en el que acababa de hacerlo. Sabía que quería a su mujer de esa forma en la que se aprecia a una amiga de muchos años, a una persona a la que se conoce durante la juventud y con la que se comparten sueños. Ambos habían recorrido un largo camino juntos. Algunos de sus deseos se habían hecho realidad. Él se estaba convirtiendo en el arquitecto que siempre había querido ser y ella era una escritora que empezaba a ser reconocida. Era cierto que su vida en común se había transformado en algo monótono y hasta previsible. ¿Qué matrimonio no lo era después de casi dos décadas? Elena siempre había significado lo imposible, lo inalcanzable. Y ahora estaba allí ofreciéndole lo que, en el fondo, él siempre había deseado.

—Este tipo de cosas hay que pensarlas con detenimiento —dijo al final, y sabiendo que lo único que intentaba con eso era ganar algo de tiempo—. No entiendo este cambio tan repentino de actitud. No sé qué decir.

—Deja a tu mujer y vive la relación que siempre has querido —respondió con contundencia.

—Pensaba que María era tu mejor amiga...

—Durante un tiempo lo fue. Mientras creí que nunca caería en los convencionalismos sociales ni en la hipocresía que les rodea. Pensaba que era una mujer inteligente y ambiciosa como yo. Cuando comenzó su carrera como escritora estaba segura de que se comería el mundo. Después todo cambió y ha terminado siendo otra de esas esposas encantadas de haberse conocido. Una de esas que simulan tener un trabajo creativo para hacer algo con su tiempo libre.

—María ha trabajado muy duro para alcanzar el reconocimiento del que empieza a gozar. Ha renunciado a muchas cosas para conseguir vivir de la escritura. No todo ha sido tan fácil como lo estás pintando y lo sabes. Has compartido con ella gran parte de ese recorrido —dijo bastante molesto.

—Sí, pero ahí se ha quedado atrapada, en una vida a medias.

—No todos tienen tu ambición

—Cierto. Y por esa misma razón creo que ya es hora de que tú estés con quien realmente pueda ofrecértelo todo.

Gonzalo no respondió. Para poder hacerlo debía tomar distancia y meditar con calma. Tal vez ella tuviera razón y había llegado el momento de dar un paso más. Por muy fácil que fuera la vida con María, también había mucha decepción, cómo había ido su relación, el modo en el que ambos parecían haberse acomodado hasta rendirse. Quizás había llegado el momento de vivir lo que empezaba a descubrir que, en el fondo, siempre había anhelado.

Capítulo 3

Gonzalo regresó a casa casi al alba. Fingí estar dormida. No quería discutir con él. Tampoco deseaba enfrentar la verdad, una que más adelante, la vida se encargaría de mostrarme con toda su crueldad. Mientras le oía pasear por el dormitorio no dejaba de pensar en cómo habían cambiado las cosas entre nosotros. No dejaba de repetirme que todo eso cambiaría en cuanto yo alcanzara mi objetivo. Triunfar con la novela que estaba a punto de terminar. Para ello necesitaba una paz y estabilidad que no pasaba precisamente por iniciar una guerra con mi marido. Con el rabillo del ojo vi el anillo que él me había regalado apenas unas horas atrás descansando sobre la mesilla de noche. ¿Cómo podía alguien manifestar su intención de seguir con un proyecto en común para, a continuación, desaparecer con una vaga excusa sobre el trabajo? Noté cómo se aceleró el corazón. No podía permitirme un ataque de ansiedad. Al menos hasta que el libro estuviera terminado. Me concentré entonces en la fascinación que siempre me había provocado la habilidad que tenía mi marido para parecer fresco y lozano sin apenas horas de sueño. ¿Cómo se podía estar tan despejado cuando el sol ni siquiera había iluminado el horizonte? Yo era más murciélago que ave tropical. Para mí, la madrugada era el momento mágico para trabajar. Esas horas en las que las ideas fluían sin cesar y la escritura se convertía en algo especial.

Mientras escuchaba a mi marido moverse por casa, la mente no dejaba de ordenarme que me tapara con el nórdico y siguiera disfrutando de un profundo sueño. Mi lado racional me incitaba a levantarme, darme una ducha y prepararme para una larga jornada de ocho horas de trabajo. Además, si me daba prisa, todavía podría desayunar con él, un último esfuerzo para abordar el malestar que su huida en plena celebración de aniversario me había provocado. Tras un intenso debate interior, se impuso la parte adulta y saqué un pie de la cama. A continuación, fue medio dormida hasta el cuarto de baño, abrí el grifo de la ducha y me deshice del pijama. Enseguida noté el agua deslizándose sobre mi piel y una gran sensación de bienestar me invadió. Gracias a momentos como este levantarse temprano merecía la pena. Pero... ¡costaba tanto vencer a la pereza! Cuando terminé me vestí con ropa cómoda, aunque mona. Había empezado a ignorar mi estado de ánimo en función de las prendas que seleccionaba. Sabía cómo le molestaba encontrarme lo que él

llamaba “hecha un ascazo”, cuando regresaba de trabajar. Estaba haciendo un esfuerzo más que importante para evitar caer en la tentación del chándal a modo de segunda piel, el riesgo de vivir eternamente enfundada en ropa de ese estilo es que luego eres incapaz de desprenderte de ella.

Cuando entré en la cocina vi a Gonzalo junto a la cafetera. Lo miré de arriba abajo. Seguía enfadada con él, pero eso no me impidió admirar el atractivo y la seguridad en sí mismo que desprendía. Me esforcé por mantener a raya mi lado más animal, ese que me recordaba lo que habíamos dejado a medias durante la noche anterior, los planes que mi mente había trazado para cuando estuviéramos a solas tomando una copa y después en casa. Pero, a pesar del cabreo, fui capaz de relativizar su comportamiento. En realidad, lo justifiqué. Era más cómodo así.

—Veo que al final te has decidido a llevar un horario más de persona —dijo Gonzalo en cuanto se percató de mi presencia.

—Y yo que el trabajo te ha tenido más que abducido —respondí sin poder evitar la ironía en el tono de mi voz.

—No seas cría. Ya sabes lo que pasa cuando hay que cerrar un proyecto importante. Ni que fuera la primera vez —añadió mientras me daba la espalda.

—Cierto. No lo es y quizás eso debería de empezar a preocuparme. Tal vez trabajas demasiado o, tal vez, es que te concentras mejor en otra parte —añadí para llamar su atención.

—¿Te has levantado con ganas de pelear? Pues yo no. Si quieres hablar de algo espera a que regrese. Si es que te encuentro en condiciones para eso, claro.

Sabía que se estaba refiriendo a mi trabajo, a las horas que pasaba escribiendo en el despacho durante la tarde, la noche y la madrugada. Era consciente de hasta qué punto le molestaba que no estuviera disponible para él cuando volvía. Pero yo también comenzaba a tener mis propios ritmos y necesidades, unas en las que él ya no participaba. Durante unos segundos medité mi respuesta. Una tras otra descarté todas las réplicas que se me ocurrían. Demasiado agresivas si lo que pretendía era no discutir. Al final opté por la más evidente.

—Voy a intentar terminar de escribir un capítulo que me trae de cabeza desde hace días y ver si así se aclara un poco la trama —dije distraída.

—¿De día? ¿Te encuentras bien?

—Gonzalo por favor... —dije con los ojos clavados en los suyos y casi suplicado con la mirada. Por suerte el recogió el guante y enseguida cambió el

tono de la conversación.

—¿Cuándo tienes que entregarla?

—Aún queda un mes.

—Y estás tan tranquila... —murmuró un poco tenso. Él siempre era un agonías con las fechas de sus proyectos y no entendía el modo en el que yo afrontaba mi trabajo.

—No voy a ganar nada con estresarme. Además, voy bastante bien.

—Sí eso me dices siempre y luego... —No terminó la frase porque percibió que mi cuerpo se había tensado por completo—. Espero que te cunda —añadió con cierta desgana—.

—¿Tienes mucho trabajo hoy?

—Un par de reuniones y estar pendiente del nuevo proyecto para los chinos. Vamos a enviar las primeras muestras y a ver si se deciden. La espera acabará conmigo.

—¿Te apetece que almorcemos juntos hoy? —dije tragándome mucho el orgullo, tal y como llevaba haciéndolo de un tiempo a esta parte y arrastrándome un poco más con tal de mantener nuestra aparente vida tranquila.

—No puedo estar dos horas fuera del despacho.

—Bueno pues voy yo hasta allí —añadí en un tono más conciliador de como me sentía en realidad.

—¿Pero tú no se supone que vas a trabajar hoy?

El tono su voz provocó que se me erizara la piel y que el corazón empezara a latirme con fuerza. Después sentí rabia, mucha. A pesar de mis esfuerzos por no alterarme y mantener la calma hasta que lograra acabar la novela, estaba bastante harta de su actitud prepotente y distante. Me aburría el mensaje subliminal que encerraban sus palabras. La opinión incuestionable de que yo me pasaba el día en el despacho sin hacer nada. Tuve que controlar las ganas de gritar, de decirle lo duro que era para mí estar sola a todas horas. Que echaba de menos compartir cosas con él y que empezaba a pensar que nuestra relación había llegado casi a un punto sin retorno. Su reloj de pulsera sonó y con ello recordé que ni siquiera teníamos tiempo.

—Pasa un buen día —dije al tiempo que me levantaba del taburete y empezaba a caminar en dirección a mi despacho.

—No me esperes para cenar —fue todo lo que oí antes de perderme escaleras arriba.

Durante un buen rato permanecí sentada frente al ordenador tratando de

calmarme y recuperar el hilo de la historia que llevaba entre manos. No lo logré. Empecé a ponerme nerviosa ante mi falta de ideas, de modo que alargué la mano, cogí el teléfono y marqué el número de mi mejor amiga. Sin duda alguna ella sabría darme el impulso que necesitaba.

—María, ¡qué sorpresa! —la voz de Elena sonaba tan jovial y natural como de costumbre. En cuanto la oí empecé a sentirme muchísimo mejor—. ¿Pasa algo?

—No... Solo me apetecía hablar un rato —dije sin demasiado convencimiento.

—¿Seguro que va todo bien? Porque es muy raro que me llames antes de que te dé tiempo a tomarte cinco cafés.

Sonreí. Me conocía muy bien. No solía hablar con nadie hasta que tenía en el cuerpo la cafeína suficiente para poder levantar un piano de cola sin ayuda. La sensación de alivio después de oírla fue instantánea y no fue difícil sincerarme con ella.

—Te llamo porque estoy con uno de mis bloqueos —dije un poco avergonzada. Sabía que Elena no iba a juzgarme porque tuviera dificultades con mi trabajo. Además, siempre me sentía un poco desastre a su lado. Ella representaba la perfección en todos los sentidos. Guapísima, inteligente, con una carrera de éxito y nunca tomaba la decisión equivocada. A su lado yo me sentía imperfecta y con un largo camino por recorrer.

—Ya sabes lo que opino de eso —respondió con contundencia.

¡Ya lo creo que lo sabía! Habíamos discutido tantas veces sobre el tema que, incluso dormida, podría recitar la lista de argumentos que desmontaban por completo la cuestión de los bloqueos creativos. Para ella todo se reducía a una cosa: Trabajo, trabajo y más trabajo. Elena vivía en el convencimiento de que, si dedicabas las horas suficientes a hacer lo que te gustaba o lo que te daba de comer, algo que para ella era casi lo mismo, no había nada insalvable. Incluida esa ausencia de inspiración en la que yo me cobijaba con cierta frecuencia.

—Pero es que esta vez es verdad. Llevo varios días que solo escribo mierda. Todo lo que sale de mi cabeza son frases de lo más manidas y argumentos ñoños.

—El día que me hagas caso y dejes de escribir esos folletines verás cómo todo te va mejor. El thriller... lo tuyo es el thriller.

—¡Oye un respeto a mi trabajo! —respondí falsamente ofendida. Ella era poco fan de la novela romántica. Aun así, siempre me había apoyado en todos

mis proyectos. O, al menos, así lo creía yo.

—Precisamente porque lo respeto quiero que hagas algo que esté a la altura de tus posibilidades —añadió con una maldad que no me pasó para nada desapercibida.

Últimamente me persuadía para que escribiera otro tipo de novelas que, a decir verdad, se acercaban bastante más a sus gustos que a los míos. Siempre me habían apasionado los retos. En este caso concreto no me sentía preparada para abordar ese género. A esto tenía que añadir que me había acostumbrado demasiado a los finales felices.

—Ya hago lo que está a la altura de mis posibilidades—. No me esforcé demasiado por disimular mi malestar, la verdad. —Ahora mismo eso pasa por terminar esta novela y empezar a pensar en la siguiente.

—No te entiendo. Cada historia en la que te embarcas es un sufrimiento.

—Sí. Eso forma parte del encanto del arte de crear —dije muy convencida.

—No sé qué placer obtienes con eso. Cada tres o cuatro meses estamos en el mismo punto. Tú odiando tener que sentarte frente al ordenador y yo convenciéndote de que puedes hacerlo.

—Mujer visto así... Seguro que a ti los números también te dan dolor de cabeza en más de una ocasión. Además, yo he llamado para que me animes. No para que me hagas pensar.

—¿Cuándo tienes fecha de entrega?

—Todavía faltan unas semanas...

Comenzaba a sentir la presión y, otra vez, estaba pasando por la familiar fase de no estar satisfecha con nada de lo que escribía. En los últimos días incluso había comenzado a sentir cierta aversión por los protagonistas de la novela. Incluso me planteé comenzar de cero. Lamentablemente, me había quedado sin tiempo y ahora tenía que acabar esa historia sí o sí.

—Pues anula tu vida social. Nada de cafés, ni chats, ni redes sociales... Aislamiento y al lío.

—Para ti suena muy fácil. Como no te debes a tu público —dije en un tono bastante melodramático.

—Ahórrate el discurso para cuando te den un premio con un montón de pasta y hazme caso. “*Stay focused*”. Vamos... que te centres en lo que estás haciendo.

—Podríamos quedar para almorzar y así me presionas... —Me estaba comportando como una niña y debía ponerme a trabajar de inmediato, pero mi

mente no hacía más que proponer alternativas mucho más atractivas que la de estar sentada sufriendo sobre el teclado.

—Lo siento. Los adultos tenemos trabajo. Empieza a escribir si no quieres que le diga a Gonzalo que te dedicas a holgazanear mientras él trabaja un montón de horas para que tú te puedas dar la vida padre.

Sus últimas palabras me escocieron, mucho. Ese modo de recordarme que me podía permitir la escritura porque mi marido trabajaba muy duro para llegar a ser el arquitecto de éxito que pretendía, no me sentó bien. Durante varios segundos no supe qué decir. Después pensé en el esfuerzo que yo también había hecho en mi profesión. Estuve a punto de replicar con cierta acidez. Enseguida reconsideré mi actitud. No podía culpar a mi mejor amiga del mal rollo que tenía tras la peculiar cena de aniversario con Gonzalo. De modo que, una vez más, lo dejé correr e intenté reconducir la situación.

—¿Cenamos el próximo viernes?

—Llevaré el vino. Y ahora en serio... ¡Ponte a trabajar!

Media hora después, la página seguía en blanco. No conseguía deshacerme de la mezcla de desazón, tristeza y preocupación que se había instalado en la boca del estómago. Volví a pensar en la conversación que había tenido con Gonzalo aquella misma mañana, en lo extraño y lejano que lo sentía desde hacía un tiempo. Los nervios se fueron extendiendo por todo mi pecho y, cuando me di cuenta, respiraba con dificultad. Incluso sudaba. Algo no terminaba de encajar y la sensación de que algo terrible estaba a punto de suceder se apoderó de mí.

Capítulo 4

Durante los días siguientes intenté no pensar en cómo me sentía. Hice todo lo posible por volcarme en el trabajo y, para cuando llegó el fin de semana, lo había conseguido. Las cosas entre Gonzalo y yo seguían tensas, extrañas... Continuaba pensando que nuestra situación era pasajera y reforcé la idea de que, si volcaba todas mis energías en mi próxima novela, todo volvería a fluir. En cierto modo era así porque, cuando llegaba la noche, estábamos tan agotados que ni fuerza teníamos para dirigirnos la palabra.

Aquel viernes me sentía llena de energía. A las cinco de la tarde di por finalizada mi semana de trabajo y me fui un rato al gimnasio con la intención de regalarme una buena sesión de spa. Me la había ganado. Me había puesto las pilas. De regreso a casa me sentía renovada. Ver el coche de Gonzalo aparcado en la puerta contribuyó a aumentar mi buen humor. Entré en casa y encontré a mi marido sentado en el salón hojeando un periódico. Caminé despacio, me apoyé en el quicio de la puerta y le observé en silencio. Seguía molesta con él, pero eso no me impidió apreciar su atractivo. El paso del tiempo había endurecido sus facciones. Las primeras canas comenzaban a cubrir su cabello oscuro. Y le sentaban mejor que bien.

Seguí observándole y regresó la pregunta que había estado enterrando en horas y horas de trabajo. ¿Qué nos estaba sucediendo? ¿En qué punto se encontraba nuestro matrimonio? Cuando nos casamos era muy joven y tan solo me planteaba el aquí, el ahora. De un tiempo a esta parte no dejaba de pensar en el futuro, en cómo sería mi vida dentro de unos años. Si estaría muchos más años al lado de aquel hombre con el que había llevado una existencia bastante tranquila. Y cada vez que esos pensamientos llenaban mi mente, la certeza que me invadía era la misma. Le quería, sí. Le amaba... Comenzaba a pensar que no. Había basado nuestro matrimonio en el cariño, el afecto, el respeto. No en las mariposas en el estómago que jamás había sentido por nadie.

En esto estaba cuando Gonzalo se percató de mi presencia, se levantó, caminó hacia donde yo me encontraba y me dio un beso en los labios. Este gesto suyo me desconcertó. Esa actitud camaleónica que tan bien le funcionaba en los negocios y que, de un tiempo a esta parte, estaba extendiendo a nuestro matrimonio. Sé que debí reaccionar en cuanto me di cuenta de lo que estaba haciendo. No fue así. En mi constante obsesión por la paz, la tranquilidad y la

estabilidad, me limité a obviar un comportamiento que me afectaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —dijo sonriendo.

—Apenas unos minutos —respondí un tanto aturdida por lo contradictorio de mis sentimientos.

—¿Has disfrutado de las vistas?

—Mucho... —añadí con cierta ironía en el tono de mi voz y, al mismo tiempo, entrando de lleno en la provocación sexual por su parte.

—Tal vez pueda hacerte disfrutar un poco más...

Gonzalo volvió a besarme mientras posaba las manos sobre mis caderas y me atraía con fuerza hacia él.

—Puede ser, pero... —dije mirando de reojo mi reloj de pulsera —en media hora vendrá Elena y me gustaría darme una ducha antes.

—Hueles estupendamente

Nuestras miradas se encontraron durante unos pocos segundos y sentí... No puedo definir lo que experimenté. Podría haberme quedado allí y tratar de averiguar de una vez por todas qué nos estaba sucediendo. Al final opté por lo que consideré más sencillo. Obviar lo que se interponía entre nosotros y correr escaleras arriba a refugiarme bajo el grifo del agua caliente de la ducha.

Cuando media hora después regresé a la cocina con el fin de preparar una cena ligera para los tres me sentía un poco más animada. Lo primero que hice fue abrir una botella de *Chardonnay*. Me serví una copa y la apuré casi de un trago. Esto atemperó bastante la tensión que aun sentía en la boca del estómago. Más serena ya saqué de la nevera todos los ingredientes que necesitaba para preparar mi plato preferido: *Risotto amalfitana*. Había aprendido a preparar este plato en un curso al que asistí meses atrás. Desde mi niñez, la cocina era una de mis grandes pasiones y, cada vez que tenía oportunidad, me perdía en ella durante horas.

Mientras salteaba los carabineros con aceite de oliva dejé volar mis pensamientos. Me sentía algo mejor con respecto a mi trabajo. Creía que llegaría a tiempo a la fecha de entrega pactada con mi editor. Las cosas con mi marido mejorarían cuando ambos nos relajáramos. Estaba ansiosa porque los chinos le dieran el sí definitivo. Objetivamente, las cosas no iban del todo mal y, sin embargo, algo me mantenía en alerta constante. Tal vez un presentimiento. Quizás la certeza de que algo malo estaba a punto de ocurrir. El sonido del timbre me sobresaltó.

—Gonzalo, ¿puedes abrir tú? —grité desde la cocina al tiempo que intentaba serenarme.

—Ya voy.

Enseguida escuché la animada voz de Elena acercándose por el pasillo y me relajé por completo. Era curioso el efecto que ella ejercía sobre mí casi desde el mismo instante en que coincidimos por casualidad en la cafetería de la universidad. A pesar de lo diferentes que éramos y de que incluso entendíamos lo esencial de la vida desde perspectivas opuestas, nos hicimos inseparables desde el primer día. Desde entonces habían pasado casi veinte años.

—¡Qué bien huele eso, María! —dijo Elena mientras me daba un sonoro beso en la mejilla y dejaba sobre la mesa un par de botellas de vino—. El día que dejes de escribir avísame y te contrato para que me cocines a diario.

—De eso nada. Yo la vi primero —Gonzalo estaba justo a mi lado mirándonos a ambas con una expresión en los ojos que no supe muy bien cómo descifrar.

—Eso podemos negociarlo...

—¿Y yo puedo opinar o vais a seguir hablando como si no estuviera presente?

—Tranquila... Te ofreceré un sueldo tan maravilloso que no te podrás resistir. Pero hablemos de otra cosa... Gonzalo, ¿qué tal el trabajo? —Si algo la caracterizaba era que siempre dirigía el rumbo de las conversaciones. Nosotros lo teníamos tan asumido que, si en alguna ocasión se comportaba de forma distinta, incluso nos preocupábamos.

—Bastante bien, la verdad. Parece que los chinos nos van a decir que sí.

—¡Eso es fantástico! —respondió Elena prácticamente saltando a sus brazos.

—Es genial —añadí con un poco más de entusiasmo porque no me había pasado desapercibido el hecho de que me había ocultado esa información hasta entonces.

—Habrá que celebrarlo, ¿verdad? No se reciben noticias así cada semana.

—Desde luego —respondió Gonzalo desviando los ojos de los míos.

—¡Ahora sí que vais a vivir de puta madre!

—Tampoco es que nos haya tocado la lotería...

De acuerdo. Me estaba comportando como una aguafiestas, o peor, como una mujer en pleno ataque de cuernos. Pero comenzaba a cansarme de

situaciones como esta. No era la primera vez que me enteraba de una noticia importante al mismo tiempo que nuestros amigos o que incluso compañeros de trabajo de mi marido. Estaba un poco harta de que no se me diera el lugar que consideraba que era mío.

—¡Ahora a organizar un viajecito! —dijo Elena con el mismo entusiasmo que si hubiera conseguido ella el proyecto.

—Todo a su debido tiempo... —respondió Gonzalo paseando la vista por la cocina y sin ser capaz de mirarme a la cara.

—En cuanto a María se le pase el trauma de “tengo que acabar una novela” os podéis ir.

—Oye guapa, ¡yo no padezco de eso! —murmuré sin ocultar lo molesta que me sentía.

—Admite que un poco sí —replicó Gonzalo con media sonrisa en los labios algo que acabó por sacarme de mis casillas.

—Imagino que tú seguirás tan entusiasmada como de costumbre en enviar a pobres ejecutivos a la cola del paro —añadí con malicia

—Si solo me dedicara a eso estaría incluso feliz porque no tendría que enfrentarme a más quebraderos de cabeza. Las cosas van de mal en peor. La actitud de la gente, los objetivos que también debemos cumplir quienes se supone que tomamos las decisiones importantes. No quiero ni pensar hacia dónde vamos.

—Al final darás hasta pena, sí —respondí todavía bastante disgustada por el tono que estaba empleando.

—Hoy están los ánimos en todo lo alto, ¿eh? —dijo Gonzalo quien se afanó por servirnos vino a ambas en un intento de relajar la tensión más que palpable.

Cogí la copa, les di la espalda y me concentré en el *risotto*. Ya solo faltaba que se me quemara o se me pasara el arroz. Noté cómo ellos se movían a mi espalda y, poco después, supe que me habían dejado sola en la cocina. Mucho mejor así. Lidiaría yo sola con mis demonios y el mal cuerpo que me había dejado tanto la impertinencia de Elena como la pasividad de mi marido.

—¿Se puede saber qué te pasa? —murmuró él.

—¿Qué me tiene que pasar? —dijo Elena a la defensiva y dirigiéndole una mirada cargada de reproches.

—Este no es el momento.

—¡Para ti nunca lo es y yo empiezo a estar harta de hacer el papelón cada vez que vengo a visitaros! Para colmo tú actúas como si fueras un amante y

abnegado esposo. ¡Qué asco todo!

Oír susurrar a Gonzalo y a Elena no ayudó precisamente a tranquilizarme. Por eso decidí salir de la cocina e ir a su encuentro. Me sorprendió el silencio en el que ambos habían caído de repente, pero no lo comprendí. Quizás no quise. Aun no lo sé. Lo cierto es que, lejos de coger al toro por los cuernos y aclarar la situación, me limité a hacer lo de siempre. Callar y tragarme todo lo que sentía.

Durante un buen rato nadie dijo nada. Ellos se entretuvieron poniendo la mesa en el salón. Yo me concentré en terminar de preparar la cena. Para cuando regresé al salón, los ánimos de todos estaban un poco más calmados. Nada más sentarme respiré hondo y traté de comportarme como una buena anfitriona.

—¿Qué planes tienes para las vacaciones Elena? —Mi imaginación no dio para más y recurrí al primer tema que me vino a la cabeza.

Faltaban casi dos meses para Navidad. Aún así, ella solía anticiparse bastante a la hora de organizar las escapadas para esas fechas. No tenía familia. Sus padres murieron cuando ella apenas tenía cuatro años y la abuela que la había criado también había fallecido tiempo atrás. Por ese motivo, mi mejor amiga aprovechaba unas fechas obviamente familiares para perderse en la otra punta del mundo.

—Fíjate si este año voy hasta arriba con todo que ni siquiera lo he decidido.

—Seguro que hay algún lugar al que te apetezca huir —dijo Gonzalo en un tono que no acabé de comprender y que me pareció bastante desagradable.

—Querido... para esconderse no hace falta ir a ninguna parte. Basta con encerrarse en casa, desconectar el teléfono y creer a pies juntillas que todo lo que necesitas está entre esas cuatro paredes.

Me pareció que Elena estaba lanzando algún tipo de indirecta a mi marido. Sin embargo, eso era imposible. Decidí seguir adelante con la conversación como si nada hubiera pasado.

—A mí me encantaría desconectar de todo en una playa del Caribe —dije y enseguida en mi mente se dibujó una playa paradisíaca con sus aguas cristalinas.

—¿Desconectar de qué?

Gonzalo tenía la vista fija en la copa de vino que sostenía entre los dedos. Aun así, capté la indirecta. Ahí estaba de nuevo su velada acusación sobre la insignificancia del trabajo que yo realizaba.

—De tu cara espantosa cuando me levanto por las mañanas —respondí mordiéndome la lengua para no decir allí mismo todo lo que estaba pensando.

—Si es para eso ya te compro yo el billete —dijo Elena sonriendo. —Tú solo elige el destino y... ¡A descansar se ha dicho!

—¿Te imaginas? ¿Desaparecer cuando todos te quieren en sus fiestas? Estaría bien... Pero me temo que tendré que conformarme con escaparme más adelante —añadí mirando de reojo a mi marido para ver si captaba la indirecta y, de paso, mi necesidad de un tiempo para solucionar las cosas entre nosotros.

—Lástima, porque ya nos imaginaba saliendo de compras la próxima semana.

—No seas cruel. ¡Sabes lo que me cuesta decir que no a una de esas tardes! —respondí con el recuerdo todavía fresco de la última vez que las dos habíamos salido juntas a comprar ropa. Todavía me estaba recuperando del meneo que le había metido a la tarjeta de crédito.

—Pues el día que quieras ya lo sabes

—Elena, ¡Eres el mal!

—Peor que eso —murmuró Gonzalo con amargura.

En ese momento el móvil de mi marido comenzó a vibrar. Él me miró con su habitual cara de “tengo que atender esta llamada porque es importante”. Yo me limité a respirar con fuerza y a mirarlo mientras se alejaba de la mesa.

—¡Hombres! —dije más para mí misma, que para compartir con Elena cuánto me molestaba que él no fuera capaz de alejarse del trabajo tan solo por unas horas.

—Hasta el más bueno tiene defectos.

—Pues sí.

—Piensa que te has quedado con lo menos malo.

—Menudo consuelo.

—A todas nos encantaría encontrar al hombre perfecto, pero a estas alturas de la vida ya sabemos que no existe. Así es que debemos comenzar a conformarnos con el que más se le aproxime.

—Elena, si no te conociera pensaría que estás hablando en serio.

Una de las cosas que más me fascinaban era la claridad con la que veía el mundo de las relaciones de pareja. Desde que la conocía, tenía el listón tan alto, que ningún hombre había sido suficientemente bueno para ella. Por eso, la afirmación que acababa de realizar me inquietó tanto.

—¿Tan mal está el tema? —pregunté desde mi absoluta ignorancia sobre

el asunto que ella y mi marido se llevaban entre manos.

—Mal no. Peor. Sabes que siempre he sido exigente. De un tiempo a esta parte no dejo de pensar que los años pasan y las ganas de ir de fiesta en fiesta también. Y un buen día te encuentras pensando que sería agradable abrir la puerta de casa y encontrar que hay alguien esperándote.

Elena me miró y supe que hablaba en serio. Era la primera vez que verbalizaba la necesidad de apoyarse en alguien, de poder compartir con otra persona la primera taza de café por la mañana o una película aburrida sentada en el sofá después de catorce horas de trabajo. Eso me desconcertó aun más y también me conmovió.

—Sé que te va a sonar a tópico, pero es que no sé decirlo de otra forma.

—Sorpréndeme.

—Puedes tener al hombre que quieras.

—Al que quiera no...

Apartó sus ojos de los míos y aun me sentí más perdida. ¿Existía algún hombre que ella no fuera capaz de conseguir?

—¿Lo conozco?

—¿Cómo dices? —respondió distraída

—Que si tengo el gusto de conocer al tipo que te quita el sueño.

—¿Quién ha dicho que lo haya?

—Tú con esa cara de circunstancias que acabas de poner.

—No hay ningún hombre —dijo mirándome directamente a los ojos—. Es solo que estoy empezando a plantearme cosas diferentes. A lo mejor es que me estoy haciendo vieja.

—Todavía nos queda mucho para cumplir los setenta. Quizás entonces podamos decir que nos estamos haciendo mayores. Hasta entonces... ¡ni una palabra!

—Hablo en serio. A lo mejor no lo entiendes porque eres de esas personas que tienen una vida fácil y disfrutan de ella.

—Puedo asegurar que no es así —respondí de nuevo molesta—. No vivo en un remanso de paz y felicidad completo —añadí volviendo a pensar en mi matrimonio y en la sensación de desasosiego de la que no conseguía librarme—. Tengo problemas como todo el mundo, solo que es posible que me tome las cosas de forma diferente.

—¡Venga ya, María! Mira a tu alrededor. Tienes una casa estupenda, un marido guapo y con éxito. Te dedicas a lo que te gusta y ganas dinero. Lo has logrado todo.

Elena acercó la copa de vino a sus labios y la apuró de un solo trago. Yo me limité a rellenarla y a tratar de canalizar la rabia y frustración que sentía.

—Ese es un análisis bastante simple. Es posible que, desde fuera, se me vea así. Lo que no acabo de entender es cómo tú no eres capaz de profundizar un poco más conociéndome desde hace tantos años.

—Es de lo más objetivo —respondió. Luego alargó la mano hacia el paquete de tabaco que descansaba sobre la mesa, sacó un cigarrillo, lo encendió y dejó escapar el humo lentamente entre sus labios—. Eres afortunada. No tienes que estar pensando en la forma de organizar tu vida ahora en una edad en la que no tienes que planificar todo tu futuro.

—Hablas como si te fueras a morir mañana.

—No tengo intención de hacerlo, pero los años pasan y empiezan a pesar. Tal vez sea el momento de obviar algunos principios —dijo en un tono bastante enigmático.

—Si estás pensando en casarte, tener hijos y vivir como el resto de la humanidad... Adelante, aunque no creo que eso vaya en absoluto contigo.

—Eso es lo que he creído yo siempre...

—¿Pero?

—Hay cosas en la vida que no se pueden o no se quieren controlar.

—Si crees que lo mejor es dejarse llevar, hazlo. ¿Qué puede pasar?

Elena me miró de un modo muy extraño y no tuve tiempo de averiguar el motivo de su preocupación porque Gonzalo regresó a la mesa con el semblante muy serio.

—Me temo que tendré que trabajar durante el fin de semana.

Luego, se dio la vuelta, abrió el armario en el que guardábamos las bebidas más fuertes y sacó una botella de *whisky*. Lo que quiera que hubiera sucedido le había afectado bastante. No era muy aficionado al alcohol. Aun hoy, desconozco cuál fue la razón que me llevó a guardar silencio. Lo más normal por mi parte hubiera sido preguntar qué sucedía. Quizás porque estaba harta de analizar sus continuos cambios de humor o porque necesitaba de verdad desconectar de todo, obvié su mal genio. Para mi sorpresa, Elena tenía otros planes.

—¿Todo bien? —dijo con el tono de voz cariñoso que debería haber empleado yo.

—Estoy harto de la gente. De la que no sabe hacer bien su trabajo y de quienes no saben qué puñetas quieren.

—Lo que sea que suceda, ¿tiene solución? —continuó mi amiga dando así

todo un recital de cómo manejar a un hombre a punto de estallar.

—Sí, o al menos eso creo

—En ese caso, arréglalo. Cuanto antes te quites el problema de encima, más pronto podrás disfrutar del tiempo libre.

Yo permanecí inmóvil en la silla contemplando la escena como mera espectadora. Admiré y odié a Elena al mismo tiempo. Por su familiaridad con Gonzalo, por el modo en el que parecía conocerlo y, por supuesto, por la forma en la que había gestionado una crisis inminente. Durante un buen rato los tres nos ocupamos en comer el *risotto* que, a pesar de mis esfuerzos, se había quedado frío. Después nos sumimos en un cómodo silencio a pesar de lo que acababa de suceder. Nos conocíamos tanto que habíamos logrado alcanzar ese tipo de intimidad. Gonzalo apuró su segunda copa y, en ese momento, Elena la que decidió dar por finalizada la velada.

Cuando mi marido y yo nos quedamos solos quise decirle muchas cosas. No pude. Me venció de nuevo la rutina, el agotamiento y el ego herido que arrastraba. Él me miró de forma enigmática durante unos pocos segundos. Después salió del salón en dirección a la sala de estar. Sabía lo que haría allí. Lo mismo que yo en el despacho. Enterrarse en trabajo hasta que el sueño le venciera bien entrada la madrugada.

Capítulo 5

Gonzalo no sabía qué hacer con toda la tensión que llevaba acumulada. Siempre había sido una persona segura de sí misma y con la energía suficiente para enfrentarse a cualquier reto que la vida le pusiera por delante. Eso había empezado a cambiar y le enfurecía. Cuando empezó a aceptar proyectos de China, sabía lo exigentes que eran y hasta qué punto querían que se cuidara cada detalle. Lo que desconocía era de qué modo iban a poner a prueba sus nervios. Si a eso se le sumaba que había perdido el control de su vida personal, el resultado era un hombre irascible y que, lejos de pararse a pensar o pedir ayuda, se había encerrado en sí mismo.

Consultó el reloj y se dio cuenta de que era casi la hora de comer. Miró una vez más el diseño en el que estaba trabajando y se debatió entre dedicarle el resto de la jornada, o salir a tomar un poco el aire. Enseguida le vino a la mente Elena. Seguro que pasar un rato con ella le ayudaría a cargar las pilas. Ciertamente que las últimas veces que se habían visto las cosas entre ellos no habían terminado demasiado bien. Sentía que ella comenzaba a exigirle cosas que él no estaba dispuesto a dar. O quizás solo se tratase de una racha pasajera que se solucionaría en cuanto bajaran un poco sus respectivos ritmos de trabajo. Miró a través del ventanal que tenía justo delante. Le gustaba trabajar con luz natural mientras fuera posible y, lo cierto era que, aquel despacho en la planta diecisiete en plena Diagonal, no solo se la proporcionaba, sino que le brindaba unas excelentes vistas de la ciudad, incluido el mar. Cuántas veces se había concentrado en aquella línea del horizonte para poner sobre el papel una idea o para planificar una reunión. Observó la ciudad que, a aquella hora del día, estaba más viva que nunca. Los coches, la gente, los sonidos que le llegaban a pesar del grueso cristal que le separaba del mundo exterior. Y, una vez más, fue capaz de encontrar algo de energía para seguir adelante. Una sonrisa iluminó su rostro, alargó la mano, cogió el teléfono móvil y pronunció un nombre. Lo siguiente que escuchó fue su voz.

—¿Tienes planes para comer?

—No tengo tiempo ni para ir al baño —dijo Elena visiblemente alterada.

—Paso a buscarte en quince minutos y almorzamos. Te sentará bien salir del zulo durante un rato.

—Gonzalo no puedo irme. No te haces una idea del lío que tenemos

organizado en el despacho.

—Tendrás que comer, ¿no? Pues hazlo conmigo. Solo te robaré cuarenta y cinco minutos.

Por supuesto, él mentía. Saldrían a comer, pero después Elena no regresaría a su despacho. Iría directa a su cama. La idea de tenerla desnuda a su lado le provocó un escalofrío que en pocos segundos se transformó en una erección en toda regla. Ella siempre lograba excitarlo. Daba igual el tiempo que hiciera que la conociera o la cantidad de cosas que hubieran hecho juntos. Cada vez que la imaginaba todo su cuerpo reaccionaba. A veces con más intensidad de la que él hubiera deseado.

—Está bien. Pero si podemos almorzar en media hora mejor. Te espero en La Cueva.

Él sonrió. El lugar en el que se habían citado era un pequeño restaurante de comida casera que estaba tan solo a un par de manzanas del hotel que solían frecuentar para dar rienda suelta a la pasión. Al margen de preparar siempre unos platos deliciosos de estilo mediterráneo, disponía una carta de vinos exquisita. Pensó si Elena se habría confundido con la elección del lugar porque no era un sitio al que ir con prisas. Cada uno de los platos que servían allí merecía ser saboreado con calma y no con el estrés de tener que volver a la oficina. En cualquier caso, daba igual, porque sus planes pasaban por quedarse con ella el resto de la tarde.

Cuando llegó al restaurante, ella ya estaba sentada en la barra frente a lo que parecía ser un *gin-tonic*.

—¿Has empezado a beber sin mí? —dijo inclinándose ligeramente sobre su oído y acariciándole la cintura con toda la intención.

—Es agua con gas —respondió mucho más tensa de lo que habituaba a estar.

—¿Estás enferma?

—Ya te he dicho que tengo mucho trabajo.

—¿También pasarás del vino durante la comida?

—No. Creo que podré resistir un par de copas —añadió con algo más de tranquilidad. A pesar de lo molesta que se había sentido en un primer momento con su llamada, ahora estaba encantada de poder pasar algo de tiempo juntos fuera de la cama.

—Así me gusta —Gonzalo utilizó ese tono de voz que sabía que era irresistible. Grave, profundo.

—¿Vamos a la mesa?

Elena fue la primera en levantarse y caminó con paso seductor en dirección a rincón muy discreto justo al final de la barra. Era su lugar habitual. Cada vez que acudían a este restaurante procuraban comportarse como los adultos que eran y hacer creer a quien los viera que solo estaban manteniendo una reunión de trabajo. Sin embargo, tanto las miradas que se dirigían, así como el conjunto de su lenguaje corporal los había delatado bastante tiempo atrás.

Apenas se molestaron en mirar la carta que el *maître* les dejó sobre la mesa. De primero pedirían uno de sus platos favoritos. Ensalada tibia de bogavante con vinagreta de limón. De segundo un *steak tartar* para él y una fusión de salmón con aguacate para ella. Gonzalo se encargó de pedir el vino y enseguida la conversación comenzó a fluir.

—¿A qué debo el honor de tu compañía? —dijo Elena un poco más relajada ya.

—Estaba harto de estar encerrado en el despacho y he pensado que nos vendría bien un poco de conversación.

Él terminó la frase lanzando una mirada cargada de intención a su escote.

—Ya veo...

—¿Cómo va todo?

—Regular. Empiezo a estar bastante harta.

—Siempre puedes cambiar de trabajo.

Gonzalo podía tener muchas virtudes, pero entre ellas no se encontraba la de captar indirectas o frases cargadas de intención.

—Si estuviera cansada de eso te puedo asegurar que ya le habría puesto remedio.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que te preocupa?

Elena guardó silencio durante varios segundos mientras evaluaba si se estaba quedando con ella o si, por el contrario, no tenía ni la más mínima idea de a qué se estaba refiriendo.

—Últimamente no me siento cómoda con nuestra... situación —dijo en voz baja como si todavía le costara ponerle nombre a la relación que ambos mantenían.

—No empieces...

—¿Qué coño significa eso?

—¿Por qué te empeñas en ponerle problemas a una cosa que no los tiene?

—Gonzalo se alisó el pelo con las manos, un gesto que solo hacía cuando comenzaba a ponerse nervioso.

—¿En qué mundo vives? ¿De verdad te crees lo que estás diciendo o es que no quieres darte cuenta de que ha llegado un momento en el que ya no podemos seguir así?

Elena odiaba discutir. En especial, con él. Solían tener puntos de vista bastante diferentes sobre muchas cosas. El tema de las relaciones de pareja era uno de ellos. Desde que se conocían apenas habían hablado mucho de aquello. Las cosas les habían ido bastante bien. Ahora todo era distinto y le parecía incomprensible que él no lo viera con la misma claridad.

—¿Qué es lo que quieres cambiar? Nos va bien así. Tenemos lo que queremos.

Cuando levantó la vista se dio cuenta de la extraña expresión que mostraba el rostro de Elena. La sensación que llevaba semanas sintiendo en el estómago se hizo más intensa. Hasta el punto de que tuvo que darle un largo sorbo a la copa de vino tinto que tenía delante. Necesitaba disolver el nudo que amenazaba con no dejarle respirar. Entonces lo comprendió. La angustia, la desazón, los nervios. Era miedo, terror. No quería que se alterara un ápice ningún aspecto de su vida. Las cosas tenían un tiempo, un espacio, un orden. Lo último que quería era meterse en un torbellino de emociones que alteraran toda su existencia. Así había funcionado su matrimonio durante todos estos años. El sistema también parecía haber tenido éxito con su amante. Sin embargo, el silencio de ella y la expresión endurecida de su rostro le hicieron pensar en que las cosas como las conocía habían terminado. Tenía claras sus prioridades, pero por encima de eso, estaba lo que compartía con ella. Algo que no estaba dispuesto a arriesgar demasiado.

—A ver... ¿Qué sucede? —dijo mostrándose un poco preocupado, aunque su tono de voz sonó bastante condescendiente.

—Mira Gonzalo, tú y yo estamos bien —Elena tenía el discurso claro en su mente y esperaba que, al pronunciarlo en voz alta, sonara igual de contundente—. Siempre dijimos que estaríamos juntos mientras a los dos nos pareciera bien y que no nos convertiríamos en una de esas parejas que, con el paso del tiempo, acaban exigiéndose cosas.

—Pero... —respondió él conteniendo la respiración.

—En ocasiones, las cosas que se planifican con tanto cuidado y que crees que van a ser para siempre, son las más frágiles.

—No te sigo.

—¿Tú estás seguro de que te sientes bien con lo que tienes a mi lado?

Una de las cosas que más había temido ella cada vez que pensaba en esto,

era no obtener la respuesta que necesitaba. Creía conocer a Gonzalo y había notado lo inquieto que parecía en los últimos meses. Por eso necesitaba saber si ambos seguían en el mismo barco y si estaban dispuestos a dar un paso más allá.

—Si no estuviera bien junto a ti nada de esto tendría sentido —se limitó a responder él con seriedad.

—Eso es obvio. Lo que trato de averiguar es si no te gustaría dejar de salir de casa en mitad de la noche, o fingir reuniones o viajes de trabajo para poder pasar algo de tiempo juntos. ¿Alguna vez te has planteado cómo sería la vida, si las cosas fueran distintas?

—Sí. Lo he pensado. En ocasiones he fantaseado sobre cómo serían las cosas si no tuviera una mujer o una casa a la que regresar. Nunca he ido más allá. La realidad es la que es. Ambos lo sabemos.

—¿Y no te gustaría cambiarla? ¿Dejar atrás lo que sabemos que ya no funciona?

Las primeras gotas de sudor perlaron su frente y se le aceleró la respiración. Ahí estaba el momento, la pregunta que de forma inconsciente había estado esperando. Esa que estaba seguro de que, en un momento u otro de la relación que mantenían, terminaría por surgir. Y lo peor de todo era el caos que reinaba en su interior. Siempre pensó que, si llegaba el momento, tendría clarísimo que su respuesta sería negativa, clara, rotunda. Ahora se había dado cuenta de lo confundido que estaba y de hasta qué punto Elena se había colado en su interior. Sabía que debía darle una respuesta. Ella no era muy fan de la ambigüedad, pero no podía darle ninguna que fuera satisfactoria. Escogió una que le haría ganar algo de tiempo.

—Me gustaría que algunas cosas fueran distintas. No te lo voy a negar. A veces pienso en qué hubiera pasado si te hubiera conocido antes o si no nos hubiéramos acomodado a esta rutina.

—¿Tú me quieres? —Elena sabía que tenía que pasar a la acción lo antes posible. Había captado el movimiento de Gonzalo. Era consciente de que, si le dejaba tiempo para pensar, no lograría lo que deseaba de él.

—Claro que te quiero.

—¿Crees que podríamos tener una vida juntos?

—Ya la tenemos.

—Me refiero a una normal y de verdad. Compartiendo casa, cama, proyectos, ilusiones.... Vamos lo que se conoce como una relación de pareja estable.

—Supongo que podríamos.

—¿Y por qué no lo hacemos? Tenemos cuarenta años. ¿No crees que ha llegado el momento de disfrutar y no pensar en nada más? Nos lo hemos ganado.

Elena alargó la mano por encima de la mesa y le acarició suavemente el dorso de la de él. Fue un gesto sutil que le provocó un leve estremecimiento.

—No sé si te he entendido bien...

—Yo creo que sí.

—¿Quieres que hagamos oficial nuestra relación? ¿Que vayamos por ahí como una pareja normal?

—No. Eso ya lo hacemos ahora. Salimos, nos acostamos, nos vamos de viaje, nos llamamos.

—¿Entonces?

—Lo que deseo es que demos ese paso más. Que estemos juntos sin tener que engañar a nadie y sin sentirnos mal por ello.

—¿Quieres que deje a mi mujer?

Gonzalo la miró con la esperanza de haberla entendido mal o de que toda la conversación fuera tan solo un juego.

—Sí.

—¿Por qué?

—Sé que no la quieres y que la vida sin sobresaltos que llevas junto a ella ya no te satisface. Sabes tan bien como yo que vuestro matrimonio está muerto. Quizás siempre lo haya estado. Nunca he comprendido cómo podías vivir al lado de una mujer que siempre ha afirmado no estar enamorada de ti. Considero que te fue bien entonces porque tú tampoco lo estabas de ella. Seguramente jamás lo hubieras estado de nadie antes. Ahora las cosas han cambiado.

Sabía que se lo estaba jugando todo a esa carta porque este era solo su análisis, uno en el que Gonzalo no había participado ni se había manifestado. Daba por hecho desde el principio que nunca había amado a María. ¿Y si estaba equivocada? Se había cansado de ser siempre la otra. Además, ya no le gustaba tanto como antes estar sola. Se hacía mayor y había llegado el momento de tener a un buen hombre junto a ella. Sin duda alguna, él era el mejor para ocupar el puesto. Era fácil de manejar y en la cama satisfacía todas sus fantasías. ¿Para qué iba a buscar a alguien más si lo tenía a su lado desde hacía tanto?

—Todo esto es muy... confuso —acertó a decir sintiendo cómo le latían

las sienes y le temblaban hasta las puntas de los dedos de los pies—. Insinúas que mi matrimonio está vacío y roto. Quizás tengas razón. No lo sé. Lo que tengo claro es que lo que me une a ti no es precisamente la espiritualidad. Tú y yo somos fuego, pasión, intensidad, emoción. No sé si podría enamorarme de ti. Como tú misma has dicho, es posible que no lo haya estado nunca o no sepa como hacerlo. Lo cierto es que ahora mismo tengo un montón de preguntas, aunque supongo que la más importante es ¿por qué?

—¿Estás enamorado de María?

—He preguntado primero.

—Y yo necesito una respuesta —dijo Elena sin molestarse en disimular su enfado.

—Creo que no.

—Entonces yo tengo razón y mi argumento es válido.

—Responde tú a mi pregunta. ¿Por qué ahora?

—¿Quieres esperar a que tengamos setenta años y tomemos dieciocho pastillas al día? Tú no eres feliz y yo digamos que... quiero más.

Gonzalo no sabía cómo actuar. Estaba fuera de juego después de haber admitido en voz alta que nunca había estado enamorado de su mujer y que, aunque eso no lo había verbalizado, apenas sentía ya cariño por ella. Le urgía encontrar tiempo para tranquilizarse y asumir lo que acababa de pasar.

—No sé cómo encajar todo esto. Necesito estar solo y reflexionar.

—¿Qué es exactamente lo que tienes que pensar?

—En lo que quieres, en lo que se supone que no siento hacia mi mujer o lo que tú me haces sentir. En cómo hacer las cosas en el caso de que llegue a la misma conclusión que tú.

—Bueno pues ya nos veremos cuando tengas las cosas claras —dijo Elena muy digna.

—No hagas esto —no tenía el cuerpo para aguantar ese tipo de arrebatos que, además, le parecían de lo más infantil.

—Te dejo espacio para que pienses con claridad. Y considero que, como mejor lo harás, es lejos de toda influencia. De modo que, ya nos veremos.

No pudo añadir mucho más porque Elena se levantó con elegancia de la mesa, se puso el abrigo y encaminó sus pasos hacia la salida. Él no pudo evitar contemplar la magnífica comida que descansaba sobre la mesa sin que apenas la hubieran probado ninguno de los dos. Pensó entonces que tenía dos opciones. La primera: Salir tras ella y tratar de razonar sobre lo sucedido. Enseguida la descartó. Sabía que cuando se ponía así no escuchaba a nadie. La

segunda y la que le provocó cierto bienestar era quedarse donde estaba y disfrutar del almuerzo, aunque fuera en soledad. Optó por esta última. La conversación le había cogido por sorpresa y, a pesar del malestar que sentía ahora por todo su cuerpo, lo mejor que podía hacer era intentar comer y no pensar demasiado en lo que acababa de suceder. Ya tendría tiempo para ello cuando estuviera más calmado.

Eran poco más de las ocho cuando llegó a casa. Había pasado toda la tarde encerrado en su despacho tratando de centrarse en los últimos detalles del proyecto de China. Se sentía bien por haber sido capaz de apartar a Elena de su mente durante varias horas. No había recibido ningún mensaje suyo. En cuanto dejó su abrigo y el maletín en el mueble de madera de la entrada le extrañó el silencio que reinaba en la casa. A esas horas lo más normal era encontrar a María en la cocina preparando alguno de sus deliciosos platos.

Pasó por el salón y se sirvió una copa de *whisky* antes de tratar de localizarla en la planta superior. Mientras subía dio un par de sorbos a la bebida y enseguida notó cómo se relajaba. Fue directo al despacho. Estaba vacío. Allí reinaba el mismo silencio que en el piso de abajo. Le extrañó. Su mujer era un ser de costumbres. Era extraño que se saltara su rutina a menos que se encontrara imbuida en la escritura, pero no era el caso. Miró rápidamente en el baño y en el resto de las habitaciones, aunque sin éxito. Finalmente la encontró al abrir la puerta del dormitorio principal. Estaba sobre la cama, tapada con una manta de *patchwork* que le había regalado su madre muchos años atrás y de la que no se separaba mientras hiciera frío. Se quedó mirándola durante unos segundos. Trató de buscar una palabra que describiera lo que estaba sintiendo por ella en este instante y al margen de una cierta ternura, se reconoció a sí mismo que no sentía nada. Absolutamente nada.

Pensó en la conversación que había mantenido con Elena, en las cosas que le había dicho y en cómo se había movido todo en su interior. La sensación de desasosiego volvió a apoderarse de él. ¿Y si ella tenía razón y no había ningún motivo ya para quedarse en esa casa junto a una mujer que se había convertido en poco más que una compañera de piso? ¿Sería cierto que habían dado un paso más en la relación que mantenía con Elena y que ahora era el momento de disfrutar de ella? ¿Quería él volver a habituarse a otra mujer? ¿No sería más fácil mantener la situación a pesar de todo? Mientras se hacía estas preguntas María abrió los ojos y se sintió incómodo.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —dijo ella todavía adormecida.

—Acabo de llegar —de pronto se sentía muy enfadado. No acababa de entender el terremoto emocional que estaba sufriendo—. No esperaba encontrarte aquí... durmiendo.

—Me está costando más de lo previsto esta novela. Estoy agotada.

Se sintió un poco molesta. Tenía la impresión de que le estaba pidiendo explicaciones sobre su trabajo. ¿Desde cuándo tenía que justificar su forma de hacer las cosas?

—Ya veo que llevas un ritmo trepidante.

A Gonzalo cada vez le costaba más disimular lo que sentía y decidió que, el enfado y la frustración que sentía consigo mismo, iba a volcarlo en ella.

—¿Ahora te preocupan mis horarios? —respondió incorporándose en la cama y sin terminar de dar crédito a lo que acababa de oír.

—Solo digo que tal vez deberías probar a trabajar como lo hace el resto del mundo.

—Mira a estas alturas de la vida no voy a tener esta conversación contigo.

—Igual deberías y así al menos daría la impresión de que te preocupa algo más que tú misma.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —María se puso de pie y se ajustó el cinturón de la bata azul que llevaba puesta. Le parecía ridículo hablar de un tema así sentada y arropada con la colcha de su madre sobre las piernas — ¿Has tenido un mal día en el trabajo y ahora toca pagarlo conmigo?

—Solo digo que es muy frustrante llegar a casa cansado y encontrarte en la cama como si te diera igual todo.

—¿Prefieres que te espere con el delantal puesto y la cena en la mesa? Pues para eso tendrías que hacerme una nota con tus horarios y especificando qué días piensas aparecer por casa para no quedarme con cara de imbécil. O quizás deberías de haberte casado con otra.

—Ahora se trata de mí, como siempre...

—Pues no lo sé. Llegas aquí sin avisar y me montas este espectáculo. Ya me dirás qué quieres que piense.

—Esto no es ningún espectáculo. A ver si no voy a poder decir lo que pienso en mi propia casa.

—Sería una novedad...

—¿Tienes algún reproche que hacerme? —Gonzalo sabía exactamente a dónde le iba a llevar la posible respuesta. Pero eso era lo que quería. Una bronca entre los dos haría más sencillo asumir sus decisiones.

—Siendo sincera... Muchos. Y, por lo que veo, tú también. Así es que podríamos hacer un ejercicio de madurez y, por primera vez en años, decírnos las cosas a la cara en vez de seguir aparentando que todo está en orden.

Por diferentes motivos, era obvio que ambos necesitaban esa discusión, la misma que les iba a permitir saber con exactitud en qué punto se encontraba cada uno. Remover las cosas iba a dolerles, aunque después llegara a ser liberador

—María... —dijo Gonzalo mientras evaluaba si entraba al trapo o no.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que te preocupa? Porque tú no eres de los que hace o dice las cosas porque sí.

—¿Crees que estamos bien? —respondió mientras trataba poner en orden los pensamientos de una conversación que preveía, al menos, intensa.

—¿A qué te refieres? —ella no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Gonzalo había iniciado todo aquello, pues que fuera también él quien llevara el peso de la conversación.

—A nosotros, a nuestra relación.

—Sí.

Mintió con todo el descaro del mundo. Ya conocía su estrategia. Trataría de hacerla hablar en primer lugar y luego él se iría de rositas sin explicar nada. Esta vez no estaba dispuesta a darle ese gusto.

—¿Estás segura?

Sabía a ciencia cierta que se hacía la despistada a propósito y aquello le enfureció todavía más.

—¿Qué quieres que te diga?

—Para empezar la verdad y, para terminar, que dejes de fingir que esto no va contigo.

—¿Me empiezo a preocupar ya? —No tenía ni idea de dónde había salido ese tono tan hiriente. Tal vez sí. De su hartazgo generalizado y de la incertidumbre que le provocaba no saber en qué punto se encontraba su matrimonio y su vida en general.

—Lo nuestro no funciona. Hace tiempo que estamos mal y debemos ponerle solución —respondió con contundencia y con fingida preocupación por su matrimonio.

—¿Y qué propones?

—No lo sé. Yo ya no tengo ilusión por nada, ni ganas de hacer cosas. Cuando llego a casa lo único que me apetece es darme una ducha, meterme en la cama y desconectar de todo.

—¿Qué crees que está mal? —Ahora sí, María se estaba preocupando de verdad.

—Todo.

Hubiera sido más fácil ser claro con ella y contarle lo que en realidad quería hacer. Le hubiera gustado decirle que estaba harto de ese matrimonio de cara a la galería en el que hacía años que vivían. Que se moría de ganas de volver a sentir todas aquellas cosas que habían muerto mientras compartía su vida con ella. Hubiera querido gritarle que hacía meses que se sentía asfixiado en una relación que sabía que no iba a ninguna parte. Y también quiso responder que sentía que toda su relación había sido un error enorme. Y, a pesar de eso, se limitó a guardar silencio esperando a que ella reaccionara.

El miedo se apoderó de María. Una sensación que, a medida que pasaban los segundos, se extendía por cada poro de su piel y que enviaba señales a su mente de que había algo que escapaba del todo a su control. Fue la primera vez que tomó conciencia de que la situación entre ambos era peor de lo que había imaginado.

—Lo nuestro no va a ninguna parte —añadió Gonzalo quien, si quería emprender una nueva vida, tenía que ser tan claro como pudiera.

—Parece que lo tienes muy claro —respondió casi por inercia porque era incapaz de pensar con claridad.

—Tú y yo sabemos que lo nuestro ni tiene solución ni nos apetece buscársela —en cuanto pronunció estas palabras se sintió mejor y el peso que sentía desde hacía tiempo se aligeró.

—Tengo miedo...

Las palabras se escaparon de los labios de María. No mentía. Se sentía aterrorizada no tanto por lo que acababa de oír, sino por su rotundidad. ¿Y si había llegado de verdad ese momento que en su interior tanto temía y, en cierto sentido, también había deseado, aunque le horrorizaba ser ella quien diera el primer paso? ¿Qué sucedía si, de repente, esa vida gris y mediocre en la que se había refugiado saltaba por los aires?

—Creo que ya no te quiero.

No tenía ni idea de a quién pertenecía la voz que salía de su cuerpo y que estaba hablando con tanta rotundidad, aunque en el fondo lo agradecía.

—Siento que me estoy perdiendo cosas, que estar a tu lado es una carga enorme con la que ya no estoy dispuesto a lidiar más tiempo. Quiero que esto se acabe. Mejor dicho... quiero poner punto final a una relación que hace años que está muerta.

—Pero... —fue todo lo que ella logró murmurar.

A partir de ahí, todo fue muy rápido. Gonzalo abrió la puerta del armario de madera frente a la cama. Buscó en su interior y sacó su bolsa de viaje. La colocó en el suelo, la abrió y empezó a llenarla con las prendas que pensó que iba a necesitar durante los próximos días. Ya se plantearía más tarde cómo recuperar el resto de sus cosas. Este era el momento de salir de allí con el menor escándalo posible. Sabía que, si a su mujer le daba por ponerse a llorar o por dejar salir ese genio que, aunque llevaba años sin sacar sabía que habitaba en su interior, todo sería mucho más complicado.

Mientras él vaciaba el armario María se debatía entre la sorpresa y la rabia. ¿En serio que Gonzalo pensaba marcharse así? Una parte de ella quería pedirle calma y una explicación más allá de la demoledora confesión de desamor que le acababa de hacer. La otra deseaba abofetearle con fuerza por no haber sido capaz de tomar la misma decisión que su marido años atrás. Le dio coraje notar que había empezado a llorar. A partir de ese instante, hizo todo lo posible para no derrumbarse. Al menos hasta que él se hubiera marchado.

—Si sales por esa puerta no te molestes en volverme a dirigir la palabra —dijo María sin ni siquiera mirarlo.

—Ya hablaremos —fue toda la respuesta que obtuvo antes de que él desapareciera escaleras abajo.

Gonzalo salió a la calle y una enorme sensación de libertad se apoderó de él. “Lo más duro ya está hecho”, pensó y sintió cómo cada músculo de su cuerpo se relajaba. Respiró hondo y el aire de la noche le llenó los pulmones. No sabía cuándo había empezado a llover. En realidad, diluviaba. Le daba igual. Nada podía detenerlo ya. Se dio la vuelta y echó un último vistazo a la que había sido su casa durante tanto tiempo. Un lugar que había transformado junto a su mujer. Su primer gran proyecto profesional. Clavo los ojos en el amplio ventanal del dormitorio. La luz estaba encendida y no le costó imaginar a María. Lloraría durante algunos días, pero al final le acabaría dando la razón. Su matrimonio estaba muerto.

Inspiró de nuevo con fuerza. En esta ocasión lo hizo mirando al cielo y notó cómo las gotas de lluvia caían sobre su rostro. Entonces un rayo lo iluminó todo y esa fue la chispa que cambió la decisión que había tomado. ¿Estaba seguro de querer salir de un matrimonio monótono para volver a atarse a alguien, tener que compartir su espacio, sus sentimientos, sus pensamientos y su libertad? La respuesta fue tan rotunda como visceral. No.

Lo que quería en realidad era marcharse. No huir ni esconderse, pero sí alejarse de las cosas que le habían mantenido prisionero durante tanto tiempo. En concreto, tenía que poner distancia con las mujeres que habían marcado su vida y con las que ya no podía estar.

¿Por qué no volver a brillar como él merecía? Esa fue la pregunta que le impulsó a sacar el móvil y a teclear con agilidad un mensaje que envió con la misma premura. Otro rayo iluminó el cielo y ese fue el momento que escogió para recorrer la distancia que le separaba de su coche. En cuanto entró dejó la bolsa con sus pertenencias en la parte de atrás, arrancó y encendió la radio. Sonaba una canción “*Can't stop the feeling*” de Justin Timberlake, un tema que siempre conseguía ponerle las pilas y, que ahora, lo hizo todavía más. Abandonó su casa sintiéndose cada vez más repleto de energía y con ganas de poner en marcha mil ideas. Recorrió a toda velocidad las calles de su barrio mientras dejaba atrás lo que había sido su vida hasta aquel momento. Cuando llegó a la Diagonal la única decisión que le preocupaba era si emprendía rumbo al norte o al sur. Al final optó por la segunda. Hacía tiempo que no paseaba por algunos de sus rincones favoritos del Mediterráneo. Unos días alejado de la ciudad, de todo lo que formaba parte de su vida cotidiana y volviendo a ver a personas a las que hacía tiempo que no visitaba serían un buen punto de partida para su nueva vida. Mientras conducía pensó en Elena. Hubiera sido muy fácil para él reconsiderarlo todo, entrar en razón e ir a vivir con esa otra mujer que tantas cosas le había dado durante años. Pero ya había tomado su decisión y Gonzalo no era alguien que diera marcha atrás cuando veía las cosas claras en su mente. Pisó el acelerador un poco más y se perdió en la noche.

Capítulo 6

Después de llorar con todas mis fuerzas me quedé dormida. Y, en cuanto lo hice mi cerebro se puso a trabajar regalándome un sueño de lo más confuso. El timbre de la puerta no dejaba de sonar. Al agudo sonido lo acompañaba un golpear con fuerza de nudillos. Gonzalo volvía a casa, subía las escaleras, me abrazaba con fuerza y decía que todo iba a ir bien. Después, los dos llorábamos, nos abrazábamos y susurrábamos palabras de perdón. Podía sentir su aroma llenando todo el espacio de mis pulmones y me invadió una enorme sensación de paz. Estaba besando a mi marido en los labios como años atrás. Por fin los dos habíamos comprendido que teníamos que seguir luchando por nuestra relación. Éramos fuertes y lo conseguiríamos.

Los golpes fueron en aumento. ¿Por qué no paraban si ya estaba todo resuelto? Sentí un dolor agudo en la sien. El mismo que te atraviesa la cabeza cuando pasas una noche en vela o cuando se te ha ido la mano con el alcohol. Abrí los ojos y traté de enfocar la vista. El ruido seguía. ¿Quién insistía tanto en plena noche? Me incorporé en la cama y miré a mi alrededor. Allí no había ni rastro de él. Aún así, sentía su aroma sobre mi piel y el calor de sus labios sobre los míos. El timbre sonó de nuevo y noté como si me taladraran el cerebro de izquierda a derecha. Salí de la cama tan rápido como pude porque me sentía confundida y un poco mareada. Tenía los ojos hinchados y me costaba un poco respirar. Cogí la bata que descansaba a los pies de la cama y me la eché por encima. Mientras bajaba las escaleras, recordé, recuperé del todo la consciencia y, con ella, todo lo sucedido esa misma noche.

Abrí con la misma urgencia con la que llamaban. Sin preguntar y casi sin respirar. Lo primero que vi fue a un tipo muy alto vestido de uniforme. A su lado había una chica también uniformada, de aproximadamente treinta años, rubia y de ojos azules. El hombre empezó a hablar. Yo no acertaba a entender lo que me decía. Mi mirada se detuvo en la placa que lucía la chica en la solapa del uniforme y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Solo desvié los ojos unos segundos en dirección a la calle. Fue así como caí en la cuenta de que estaba diluviando. Con un gesto invité a los dos agentes que ya había identificado como *Mossos d'Esquadra* a entrar en mi casa.

—¿Es usted María Peris? —dijo el agente mirándome con cierta preocupación.

—Sí —acerté a responder al tiempo que sentía que las piernas eran incapaces de sostener el peso de mi cuerpo.

—Venga, siéntese —añadió la chica—. Tenemos que hablar con usted.

Sabía que lo que tenían que contarme no era nada bueno. Los *Mossos* no se presentaban en tu casa en plena madrugada a menos que algo terrible hubiera sucedido. Caminé despacio hacia el taburete de madera que descansaba junto a la mesita del recibidor y me acomodé en él.

—¿Quiere un vaso de agua? —dijo de nuevo la agente. No respondí, pero pude darme cuenta de la mirada que intercambiaba con su compañero.

—La cocina está al final del pasillo.

—A ver... —empezó a decir de nuevo el joven—. Me confirma que es usted María Peris, ¿verdad?

—Sí.

—¿Vive aquí Gonzalo Soler?

—Sí

—Señora... —intervino ahora la agente —me temo que su marido ha sufrido un accidente en la AP7.

—¿Están seguros de que se trata de él? Cuando no duerme en casa suele hacerlo en un hotel —dije con mucha seguridad—. Si quieren pueden llamar y seguro que les confirman que está allí.

—Mire señora Soler —insistió la agente—. No dudo de que su marido duerma en ese hotel, sin embargo, esta noche no lo ha hecho. Ha sufrido un accidente en la autopista cerca de Delta del Ebro.

—No puede ser Gonzalo —me limité a responder—. ¿Qué iba a hacer mi marido en esa carretera precisamente en una noche en la que diluvia?

Los agentes permanecieron en silencio y tuve la sensación de que todavía había algo que no me habían dicho.

—¿A qué hospital lo han llevado? ¿Cómo se encuentra? ¿Pueden acercarme ustedes? —Me había empezado ya a levantar de la silla cuando la pareja de *Mossos* volvió a mirarse de forma significativa—. Porque Gonzalo está bien, ¿verdad? —añadí.

—Su marido conducía a ciento sesenta kilómetros por hora. El vehículo ha cruzado la mediana... —el agente vio interrumpido su estudiado discurso por un agudo grito que se escapó de mi garganta.

—¡No puede ser! ¡Él nunca hubiera ido a esa velocidad en una noche como esta!

—Tranquilícese. Necesitamos que ahora mismo esté calmada, ¿de

acuerdo?

—Sí, pero dígame. ¿Cómo está él? ¿Se recuperará?

—Señora su marido... ha fallecido. Cuando llegaron los servicios de emergencias su esposo ya no respiraba. Su muerte fue inmediata.

Sé que el *mosso* siguió hablando porque movía los labios y la expresión de su rostro iba cambiando. Desde el mismo instante el en que oí que mi marido ya no estaba, una niebla muy densa se alojó en mi cabeza y el frío se apoderó de mí. Era imposible. Gonzalo no podía estar muerto. Recordé entonces el sueño que había tenido tan solo unos minutos antes. Ese instante en el que todo había sido tan intenso y tan real. Quise gritar y hundirme en un mar de llanto que me hubiera liberado del cúmulo de emociones que me desbordaba. Nada de eso sucedió. Mi cuerpo se limitó a permanecer quieto, en silencio y con la mirada fija en algún punto en el vacío.

—¿Quiere que llamemos a alguien? No debería quedarse sola...

Eso fue lo primero que oí cuando regresé al presente. La agente estaba inclinada ligeramente sobre mí y hablaba en un tono muy cercano.

—¿Hay alguien a quien podamos avisar para que esté con usted?

—Elena... —me limité a responder.

Era la más cercana y la única a quien recurrir en una circunstancia así. Mi familia estaba a cientos de kilómetros de Barcelona y hacía bastantes años que no me relacionaba con ellos. Ella era lo más parecido a una hermana que tenía.

Hice un gran esfuerzo para levantarme y me dirigí hacia el teléfono inalámbrico que siempre dejábamos en el mueble de la entrada. Pulsé la tecla de la memoria y, a los pocos segundos estaba escuchando la voz de mi amiga quien, para mi sorpresa, sonaba un poco alterada.

—María, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo? —dijo en cuanto descolgó.

—Gonzalo ha muerto —respondí de forma automática—. Necesito que vengas, por favor.

Di por hecho que su respuesta sería afirmativa porque, inmediatamente después de pronunciar esas palabras, colgué y regresé junto a los agentes que se miraban con cierta incomodidad, como si estuviera deseando regresar a sus quehaceres cotidianos y alejarse de la tragedia que sabían que iba a vivir a partir de aquel instante.

—Muchas gracias por haber venido hasta aquí —dije al tiempo que le tendía la mano a modo de despedida—. Les agradezco también la paciencia que han tenido conmigo.

—No se preocupe. Es nuestro trabajo —respondió el agente listo para abandonar mi casa.

—Si necesita cualquier cosa, llámeme.

La joven que había estado pendiente de mí todo el tiempo dejó sobre mis manos una tarjeta en la que se podía ver con claridad un número de teléfono.

—A cualquier hora —añadió con una cálida sonrisa.

—Gracias...

Poco después escuché el sonido de un motor y vi cómo el vehículo se alejaba por el sendero en dirección a la carretera principal. Regresé al salón casi por inercia y me desplomé en el sofá. Quería acurrucarme y desaparecer. Despertar a la mañana siguiente y comprobar que todo había sido un sueño. Desde luego, eso no sucedió. Mi mente no dejaba de repetirme las palabras de los *Mossos*. Mi marido ya no estaba y yo no sabía exactamente cómo sentirme por ello. Recordé algunos retazos de la conversación que habíamos mantenido y, de forma casi inevitable, un sentimiento de culpa se apoderó de mí. ¿Por qué no había sido capaz de detenerlo cuando vi que se marchaba tan enfadado? ¿Por qué me había comportado de forma tan indiferente y fría? Sentí entonces una intensa quemazón en el centro del pecho, un dolor que me obligó casi a doblarme sobre mi cintura al mismo tiempo que notaba cómo los ojos me escocían y la sangre golpeaba con fuerza mis sienes. Luego tuve dificultades para respirar. Noté también cómo se me empezaban a dormir los dedos de la mano izquierda. Traté de relajarme, de concentrarme solo en mantener el ritmo de mi respiración. Pero, a medida que transcurrían los minutos, el hormigueo se fue intensificando.

Cuando llegó Elena, apenas notaba la parte izquierda de mi cuerpo. Incluso me costaba organizar el pensamiento a la hora de hablar. Estaba asustada y convencida de que me encontraba al borde de un infarto. En cuanto mi amiga atravesó el umbral de la puerta me abrazó con fuerza y rompió a llorar. Cómo me hubiera gustado poder acompañarla. Me aferré a ella como, si de aquel modo, pudiera salvarme del dolor que me invadía por completo.

Me sentí reconfortada. Incluso algunos de los síntomas que había experimentado comenzaron a desaparecer. No estaba sola. En cuanto Elena se separó de mí me miró a los ojos. Ella los tenía anegados en lágrimas y de un verde tan transparente que, en cualquier otra situación, me hubieran parecido casi idílicos. Me observaba con el rostro contraído por el dolor y sé que estaba haciendo auténticos esfuerzos por controlar los sollozos. Yo, por el contrario, permanecía inmóvil y aparentemente poco afectada. Aún así, la

procesión iba por dentro y me sentía a punto de estallar.

—Ven siéntate —dijo Elena al tiempo que me cogía de la mano y me obligaba a sentarme en el sillón—. Te prepararé una infusión.

—No me apetece nada —la voz salió de mi cuerpo como si no me perteneciera. Sin tono, sin emoción, sin ninguno de los sus rasgos habituales. Era como si otra persona estuviera hablando en mi lugar.

—En ese caso creo que nos serviremos una copa antes de empezar con las cosas que hay que hacer...

Me di cuenta de que a ella le había costado muchísimo pronunciar esa frase en voz alta. Hacerlo suponía admitir la puesta en marcha de los preparativos de un funeral, algo para lo que ella tampoco parecía muy preparada. Solo habían pasado unos pocos minutos desde su llegada y yo ya sabía que sería imposible pasar por todo esto sin su ayuda.

—Ten —dijo mientras me tendía un vaso de cristal bastante lleno—. Bébetelo de un trago. Te sentará bien—. Obedecí y apuré la bebida. Enseguida noté cómo el líquido me llenaba la boca para, a continuación, deslizarse por mi garganta con un calor que me reconfortó. —Buena chica —añadió—. Ahora tomarás un poco más.

—Elena no quisiera acabar borracha —temía los efectos que el alcohol pudiera ocasionar en mi cuerpo dadas las circunstancias—. Sé que hay gente que opina que lo mejor es pasar por estas situaciones sedado o completamente ahogado en alcohol. No creo que eso vaya conmigo, la verdad.

—Tranquila. Un poco más no va a provocar que se te trabe la lengua ni que veas doble. Necesitas tranquilizarte y eso es exactamente lo que vas a hacer.

Vacíé el vaso de nuevo de un solo trago y comprobé que mi amiga hacía lo mismo. Volvió a coger la botella, pero en esta ocasión, solo se sirvió para ella. Probablemente necesitara templar los nervios y enfrentarse así a todo lo que teníamos que hacer en cuanto fuera de día. Mientras observaba la serenidad con la que ella afrontaba la situación, me sentí mejor. El hormigueo había cesado, mi respiración se había estabilizado e incluso podía pensar con cierta claridad. Menos mal que ella había llegado en el momento adecuado porque, de otro modo, hubiera terminado en un hospital o incluso peor.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo mientras se sentaba a mi lado en el sofá—. Me vas a explicar todo lo que ha sucedido. Después ya decidiremos cómo proceder...

Hice un tremendo ejercicio de memoria y le conté toda la información que

me habían proporcionado los *Mossos*. No era mucha porque, dado mi estado de casi histeria, apenas recordaba los detalles esenciales como dónde se encontraba el cuerpo de Gonzalo, si le iban a practicar la autopsia, cuándo podríamos hacer los trámites para enterrarlo... Me sentí muy torpe. Me reprendí por no haber sido capaz de actuar de una forma más madura y haberme dejado llevar por el nerviosismo. Cuando terminé, Elena cogió su teléfono móvil y comenzó a hacer llamadas. Yo la miraba completamente absorta, como si una parte de mí hubiera abandonado de nuevo el presente y se hubiera sumergido en esa niebla espesa que amenazaba por volver a instalarse en mi mente.

—Todo aclarado —dijo pasado un buen rato—. Mañana a partir de las ocho empezaré a llamar a las personas que tú desees que asistan al funeral. Familiares, amigos, compromisos del trabajo. Tendremos que hablar también con los del seguro en cuanto sepamos a qué hora estará terminada la autopsia de Gonzalo y podamos seguir adelante con todo.

Mi amiga hablaba en un tono tan resuelto y profesional que me costaba creer que se estuviera refiriendo a un amigo suyo. Uno muy especial. Se llevaron bien desde el primer momento en el que se conocieron. En más de una ocasión incluso yo había llegado a pensar que quizás, ella hubiera sido mejor esposa que yo.

—Son las cuatro de la mañana. De modo que te vas a meter en la cama y vas a intentar descansar.

—Es inútil que me acueste. Sé que no voy a poder pegar ojo —dije muy convencida.

—Tranquila que nos vamos a encargar de eso ahora mismo.

Elena se levantó y salió del salón. Cuando regresó llevaba un objeto en la mano derecha. Su pastillero de plata. Luego, se sentó de nuevo a mi lado, lo abrió con delicadeza y extrajo de él un par de cápsulas rosadas que me ofreció.

—Drogarme no es una opción.

—Solo te van a ayudar a descansar y a ver las cosas con más claridad por la mañana. Confía en mí.

—Elena... ¿Qué va a pasar ahora?

—Ya pensaremos en eso con más calma —respondió con serenidad—. Ahora lo importante es que duermas. Mañana va a ser un día muy duro.

Me quedé sentada observándola. A pesar de que había llorado, tenía el maquillaje impecable al igual que el peinado y la ropa que vestía. Me parecía

increíble que una persona pudiera tener un aspecto tan fantástico después de haber recibido una noticia tan tremenda. Envidié la frialdad y la entereza con la que se estaba enfrentado a todo. Yo, desde luego, no era capaz de hacerlo y eso que aún no me había hundido del todo. Tarde o temprano lo haría. No como ella que seguiría adelante con la pena guardada en lo más profundo de su ser.

Finalmente le hice caso. Me metí las dos pastillas en la boca y bebí un poco más para poder tragarlas. Era consciente de que no se debía mezclar ansiolíticos con alcohol, pero en aquel momento poco me importaba todo. Me levanté del sofá sintiendo todo el peso del mundo sobre mis hombros. Tenía la cabeza a punto de estallar. Los pensamientos cruzaban por mi mente a toda velocidad y nada tenían que ver unos con otros. Por suerte, la opresión en el centro del pecho se había aliviado. Era el momento de intentar si no descansar, relajar el cuerpo para las horas que se avecinaban.

No hicieron falta palabras entre nosotras. Esa era una de las ventajas de conocernos tan bien y haber compartido tantas cosas juntas. Sí que le dirigí una mirada cargada de cariño y de agradecimiento. Subí las escaleras y me tumbé sobre la cama. Sabía que tenía que dejar la mente en blanco y tratar de relajarme. Pero era casi imposible. Una y otra vez me venían imágenes de Gonzalo. Cuando nos conocimos, nuestra boda, la discusión que habíamos tenido apenas unas horas antes, unas vacaciones que pasamos en Cuba... Por suerte, a los pocos minutos las pastillas empezaron a hacer efecto y caí en un sueño que, aunque ligero, fue suficiente para dejar de pensar.

Elena se dejó caer pesadamente sobre el sofá, puso los codos sobre las rodillas y apoyó la cabeza entre las manos. Las lágrimas empezaron a brotar de nuevo. Se mordió el labio inferior en un intento de ahogar los sollozos que amenazaban con escaparse de su boca. “Gonzalo estaba muerto”, le gritaba su mente una y otra vez. Apenas podía creérselo. Le parecía que estaba viviendo una horrible pesadilla de la que, por supuesto, deseaba despertar. En el fondo era consciente de que todo era real, aunque albergaba un resquicio de duda hasta que pudiera ver su cuerpo.

Rellenó su vaso. Estaba bebiendo demasiado. También sabía que no lo suficiente para mitigar la inmensa pena que sentía. En cuanto consiguió dejar

de llorar alargó la mano y cogió su bolso. Sacó con cuidado su teléfono móvil y lo dejó sobre la mesa. Los dedos le temblaban. Sabía que no debía hacerlo porque sentiría todavía más dolor. Pero necesitaba asegurarse de que todo había pasado como lo recordaba. Pulsó la pantalla y enseguida apareció en ella el mensaje que había leído negándose a que fuera cierto.

“Nunca he estado enamorado de ti. Lo único importante ahora es mi libertad. Lo siento”. Ella no lo dudó y lo llamó una, dos, tres... cuatrocientas veces. Había hecho lo imposible porque le respondiera. Había perdido la cuenta también del número de mensajes que le había enviado pidiendo una explicación por unas palabras que no quería entender ¿De verdad Gonzalo la había dejado? ¿Cómo podía haberla traicionado así? Sabía que nunca encontraría las respuestas a esas preguntas. También era consciente de la inutilidad de seguir formulándoselas. Pero debía hacerlo. Existía en su vida un problema mayor y debía resolverlo cuanto antes.

Apuró la copa, fijó la vista en la ventana de la cocina y dejó que la mente fuera de un pensamiento a otro. Qué distintos se dibujaban en su mente los días pasados. Esos en los que ella había fantaseado con la posibilidad de que Gonzalo lo dejara todo por ella y para vivir por fin la relación que soñaba. Qué lejano quedaba también el proyecto de vida en común que había diseñado para compartir con él y la victoria final con la que creía que se alzaría cuando él hiciera pública su historia. Porque, a pesar de la conversación mantenida con él, de su silencio y los extraños días que llevaban alejados, siempre estuvo segura de que ganaría esa batalla. Tanto era así que había guardado en secreto la última arma. Estaba embarazada. Su doctora le había confirmado la noticia tan solo unos días atrás. Tal y como habían ido los acontecimientos pensó que lo mejor sería anunciárselo a Gonzalo cuando él hubiera entrado en razón. Lo conocía desde hacía años y sabía que nunca había deseado tener hijos. Cada vez que había surgido la pregunta de por qué él y María no tenían familia las respuestas habían sido diferentes. Al principio porque no tenían dinero, luego porque seguían siendo demasiado jóvenes y en los últimos tiempos porque llevaban una vida en la que no había cabida para un bebé. Siempre había pensado que él era ese tipo de hombre que podía cambiar de opinión con la mujer adecuada a su lado. María tenía muchas virtudes, pero entre ellas no se encontraba la de ser avispada. Al menos así lo creía. Desde que había recibido la noticia de su embarazo estaba convencida de que él no la dejaría en la estacada y que sería un buen padre.

Ahora no tenía ni idea de qué era lo que debía hacer. Su lado más racional

le aconsejaba que se deshiciera de ese hijo que ya no compartiría con Gonzalo y que, con toda seguridad, sería un lastre para sus planes profesionales. El lado del corazón, ese que mantenía casi oculto y fuera del alcance del resto del mundo, le susurraba de vez en cuando que quizás debería darle una oportunidad a su embarazo. El tiempo pasaba y con él se alejaba más de la fertilidad. Esa era la que no pensaba cuando era joven, pero que ahora parecía haberse convertido en un tema que acudía a su mente con cierta frecuencia. ¿Y si esta era su última posibilidad de ser madre? ¿Pero qué iba a hacer ella con un bebé?

Sabía que debía tomar una decisión y rápido. No disponía de demasiado tiempo. Aún así, este no era el momento más adecuado para pensar en ello. Por increíble que pareciera tenía otros temas más urgentes que atender. Lo que más le preocupaba en la oscuridad de aquel salón era que María no se enterase de nada de lo que había sucedido entre ellos dos. Era la única amiga que tenía. La persona con la que sabía que siempre podía contar y, ahora que él ya no estaba, tampoco tenía ningún sentido hacerla pasar por el dolor que le causaría enterarse de su aventura. Al mismo tiempo, Elena era consciente de que debía ocultar cualquier rastro que los vinculara y que ella pudiera descubrir. Fue entonces cuando decidió que se encargaría de organizar el funeral y también de acceder antes que nadie a sus objetos personales. Si quería que su amiga siguiera viviendo en la ignorancia, tenía que hacerse con el teléfono móvil de Gonzalo. Después tendría que encargarse de su portátil y de eliminar cualquier rastro de lo que había existido entre ellos. Cuando las primeras luces del alba empezaron a entrar a través de la ventana. Elena tenía ya perfectamente trazado un plan que pensaba cumplir a rajatabla.

Capítulo 7

Apenas puedo recordar nada del funeral de mi marido. Solo sé que acabé exhausta. De no haber sido por Elena, no habría podido con todo. Ella tomó las riendas desde el principio y se encargó de que Gonzalo tuviera una despedida a la altura de la persona que había sido en vida. Daba igual que nuestro matrimonio hiciera aguas o que estuviera roto la noche en que murió. Por mucho que durante un primer momento hubiera intentado odiarlo por su forma de actuar, al final había ganado el cariño que sentía por él y por todo lo que habíamos compartido. Eran demasiados los años que llevábamos juntos. Eso, unido a mi natural tendencia a perdonar, había provocado que todo doliera un poco menos. También había contribuido la dosis de medicación que me había recetado el médico cuando Elena me arrastró a él después de haberme encerrado en casa sin querer salir ni relacionarme con nadie.

Siempre había afrontado las dificultades de la vida de cara. Por muy duras que fueran y, como muchas otras personas, consideraba un signo de debilidad el tener que recurrir a determinados tratamientos para sobrevivir. Tras la muerte de Gonzalo, comprobé lo equivocada que estaba porque, cuando se encuentra la receta adecuada para aliviar la tristeza y el vacío que sientes, las cosas no mejoran, pero sí que dejan de atormentarte con tanta intensidad. Esta era una de las razones por las que casi no conseguía ubicar en el tiempo el momento exacto en el que mi marido pasó de ser un cuerpo en el interior de un ataúd a tan solo un recuerdo. Cada vez que trataba de regresar a aquellos días, una densa bruma se adueñaba de mi mente y lo único que obtenía era frustración. Elena era la única que respondía a mis preguntas, aunque no siempre. No dejaba de repetir que no me aportaría nada saber si el cuerpo de Gonzalo estaba muy dañado tras el accidente o si se dijeron bonitas palabras en su funeral. Según ella, mi única preocupación debía ser recuperar el control de mi vida lo antes posible y acostumbrarme a seguir adelante sin mi marido.

Una de las cosas a las que mi mejor amiga me acostumbró durante las semanas después del funeral fue a pasar por mi casa después del trabajo. Al principio se limitaba a sentarse a los pies de mi cama y a contarme lo que había hecho durante el día. Ella sabía que ese era mi único contacto con el mundo real. Me pasaba las horas o bien durmiendo o mirando el vacío

mientras recordaba algunos de los momentos más felices de mi matrimonio, o culpándome por el modo en el que todo acabó. Al principio no dijo nada. Debí pensar que necesitaba mi tiempo de duelo. Pasados unos días empezó a mostrar su preocupación. Me importaba todo una mierda. Tanto, que me vi arrastrada a la consulta de un psiquiatra en plena tarde sin haberme quitado ni el pijama. Luego las cosas empezaron a mejorar. Al menos, conseguí seguir una rutina más o menos sana.

Llevaba un par de semanas intentando retomar la escritura. Si ya en condiciones normales me costaba Dios y ayuda narrar una buena historia, en aquel momento todo lo que tecleaba era basura. Cuando esto sucedía, sentía un gran remordimiento. Me había costado muchos años de esfuerzo llegar hasta el punto profesional en el que me encontraba. Sabía que una ausencia muy prolongada del mundo literario no sería especialmente beneficiosa para mí y yo intentaba retomar la conexión. Sin ningún éxito debo admitir. Lo único que sí que había conseguido fue volver a leer. Disponía de todo el tiempo del mundo para perderme entre las páginas de una buena historia. Me dediqué a releer libros que hacía años que deseaba volver a explorar. Descubrí también a nuevos autores y me enamoré de otros que ocupaban las listas de *best sellers* de todo el mundo. Llegó un punto en el que mi existencia se convirtió en las novelas que leía.

Precisamente aquella tarde me encontraba sentada en el sofá de mi despacho releyendo a Victoria Holt. Había heredado de mi abuela el gusto por aquella escritora y guardaba las novelas que ella misma me había regalado cuando yo apenas era una adolescente. En alguna ocasión mi editor me había dicho que, si algún día quería deshacerme de la pequeña colección que descansaba en la estantería de casa, se lo dijera. Al principio no entendí muy bien por qué hasta que un día, por casualidad, se me ocurrió buscar en internet el precio actual de las ediciones que yo tenía. Desde luego, los beneficios no me daban para retirarme, pero sí para pagarme algún que otro capricho. En cualquier caso, no pensaba deshacerme de ninguno de aquellos ejemplares en cuyas páginas siempre encontraba dos cosas: La voz de mi abuela y a una mujer que siempre había comprendido cómo me sentía. Daba igual la edad que tuviera o cuando me acercara a sus historias o cuáles fueran mis experiencias en la vida. Ella siempre tenía las palabras adecuadas para mí.

—El día menos pensado te voy a encontrar con el cerebro derretido y la mente perdida en un universo paralelo —la voz de Elena me sobresaltó provocando que el libro que con tanto interés estaba leyendo se me cayera de

las manos.

—Lo que me vas a encontrar es muerta si me sigues dando estos sustos — respondí molesta. Desde que le había dado la llave de casa para no tener que preocuparme de si entraba o salía, había adquirido la costumbre de aparecer en cualquier rincón sin que yo me diera cuenta.

—Pero si sabes que voy a venir... —Elena se detuvo unos segundos frente a mí, me observó y luego me dejó un beso en la mejilla—. Veo que hoy tampoco hemos comido.

—Lo he hecho —respondí a la defensiva porque no quería entrar en una nueva discusión sobre si me alimentaba correctamente o no.

—Si por almuerzo entiendes esas sopas de sobre que te preparas llenas de azúcares, conservantes y no sé cuántas mierdas más... Definitivamente no has comido.

Decidí no añadir nada más a sus palabras con la esperanza de que se diera por vencida y sacara otro tema de conversación. Pero venía con las pilas puestas y no pensaba pasar por alto una dieta que ella consideraba muy poco apropiada.

—María tienes que empezar a ser un poquito adulta...

—¿Esta es tu forma de motivarme hoy? Pues desde ahora mismo te digo que no funciona.

—No —respondió ella sentándose con elegancia en el sillón que había justo enfrente de donde yo me encontraba—. Este es el modo de decirte que el tiempo de revolcarte en la mierda y de comportarte como una niña de cuatro años se tiene que acabar.

—Yo no me comporto como una niña —dije bastante ofendida por el comentario. No entendía su falta de sensibilidad.

—Lo haces y, a eso debo añadir, que nos estás empezando a cansar a todos. Así es que... ¡Espabila!

No me podía creer que me estuviera hablando de aquel modo. ¿Acaso no era consciente de que apenas habían pasado unas pocas semanas desde la muerte de mi marido? Estaba tan enfadada y aturdida por lo que acababa de decirme que las palabras se agolpaban en mi mente, pero se negaban a salir por mi boca. Claro que aquel era el discurso que más me convenía, el que defendía a capa y espada para no tener que enfrentarme a la realidad. Estaba aferrándome al recuerdo de un hombre y de un matrimonio que ya no existían. Me había dejado llevar por el recuerdo idílico de quienes le conocieron hasta dejarme contagiar por él. Era incapaz de asimilar que lo nuestro se había

terminado y que debía ponerle también un límite a la autocompasión en la que me estaba refugiando.

—¿Te sientes mejor? Pues ya puedes irte —dije sin pensar en nada más.

—Ni me siento mejor, ni me voy a ninguna parte. Lo que sí que te voy a dejar claro es que si crees que eres la única mujer en el mundo que ha perdido a su marido y que sufre, lamento decirte que no.

—¿Y a ti qué más te da? Lo único que me preocupa es mi dolor. Las emociones que tengan otras personas la verdad es que me dan completamente igual.

—De eso ya me he dado cuenta...

Elena me miró a los ojos y encontré en ellos una mezcla de reproche y tristeza que no me gustó.

—Si no te gusta lo que ves siempre puedes no venir. Nadie te ha llamado.

—Lo que voy a hacer como no dejes de hablar así es darte dos guantazos —añadió elevando un poco el tono de la voz.

No era la primera vez que la veía enfadada. Sí que me costaba recordar la última vez que había perdido su famoso autocontrol. Siempre sabía qué hacer, cómo y cuándo. Nunca se permitía expresar sus verdaderas emociones a menos que estuviera rodeada de gente muy cercana. Y, aun así, tampoco era algo que hiciera con asiduidad. Como seguía sin tener fuerzas ni ganas de discutir, decidí no responderle, pero ella parecía dispuesta a seguir con el tema.

—Tienes que pensar en qué vas a hacer a partir de ahora. Debes recuperar tus rutinas. Trabajar y relacionarte con el mundo. En algún momento tendrás que seguir adelante y, cuanto antes lo hagas, antes empezarás a sentirte un poco mejor.

—Ya sigo con mi vida —respondí con todo el sarcasmo del que fui capaz mientras dirigía la mirada al libro que estaba sobre la alfombra.

—Me refiero a una de verdad en la que te levantes, te vistas, salgas a la calle y tengas responsabilidades. Leer está muy bien. Evadirte de la realidad, no.

—Hay veces en las que me pregunto cómo puedes ser tan insensible.

Cuando terminé de decir esa frase noté cómo su mirada se endurecía y en su rostro aparecía un rictus mezcla de dolor y enfado. Enseguida me arrepentí, aunque era tarde.

—¿Piensas que, porque Gonzalo y yo éramos solo amigos, no siento su ausencia cada día que pasa? ¿Te imaginas que es fácil venir aquí a verte y

esperar a que aparezca en cualquier momento? ¡Pues te equivocas!

A medida que hablaba se fue acercando a mí. Cuando terminó de hablar estaba a escasos centímetros de mi cara y noté que incluso le costaba respirar. Estaba tan sorprendida por su reacción que opté por el silencio. Quería gritarle que yo era quien más dolor sentía porque, al fin y al cabo, era quien llevaba a su lado más tiempo. Pero pensé que aquello sería ir demasiado lejos y que tampoco nos conduciría a nada.

—Deja de compadecerte....

—Lo que tú digas —me limité a responder sin más. No entendía su reacción que, además, me parecía bastante desproporcionada. Gonzalo y ella siempre se habían llevado bien, pero no acababa de entender desde cuándo sentía ese afecto tan intenso por él.

—Haz lo que te dé la gana —añadió mientras volvía a sentarse bastante más calmada—. Yo solo te digo que no pienses que vas a tener a todo el mundo pendiente de ti el resto de tu vida. Los demás también tenemos problemas, trabajos, malos momentos...

—Vale.

Era consciente de que me estaba comportando como una imbécil. Era consciente de que lo más maduro hubiera sido darle la razón. Mantenerme alejada de todo y completamente apática no iba a hacer que Gonzalo regresara. Sabía que no iba a conseguir sentirme mejor, pero me había instalado en una rutina que era cómoda para mí. Era la forma que había encontrado para no pensar ni hacerme responsable de nada.

—¿Crees que fue feliz? —dije después de un buen rato en silencio.

—Estoy convencida de que lo era.

Respondió con una rotundidad que me sorprendió.

—Me gustaría estar tan segura como tú...

A pesar de que era mi mejor amiga, no le había contado lo sucedido entre nosotros la noche en la que Gonzalo murió. Tampoco le había dado muchas explicaciones sobre la sensación que tenía en los últimos tiempos de que mi matrimonio estaba en un punto muerto. No sabía cuál había sido la razón por la que le había ocultado aquello y por la que seguía sin abrirme del todo a ella. Sentía la necesidad de proteger mi intimidad a toda costa, de no revelar al mundo mis peores temores. Unos que ahora pasaban por tener que rehacer del todo mi vida...

—Nunca me pareció que fuera un hombre infeliz —dijo al tiempo que inclinó ligeramente la cabeza y se quedó mirando con fingido interés el

estampado con el que iba rematado el jersey de lana negro que llevaba puesto.

—En su trabajo era la persona más feliz del mundo. Había conseguido casi todo lo que había soñado. Lo que me pregunto es si, en el conjunto de su vida, lo era.

—¿Te refieres a si estaba bien a tu lado?

—Supongo...

—Sí —volvió a responder Elena con la misma seguridad—. No había más que veros. Eráis la pareja perfecta.

—No todo ha sido un camino de rosas...

—¿Y qué relación lo es?

—Imagino que ninguna.

—Quédate con lo bueno que habéis compartido y lo demás simplemente... déjalo pasar. Hay preguntas para las que es mejor no conocer las respuestas. Y si éstas además dependen de personas que ya no están es sencillamente, absurdo.

Elena volvió a guardar silencio. Yo no supe qué contestar. Una parte de mí sabía que tenía razón. La otra, necesitaba tener toda la información para poder cerrar definitivamente la herida que había dejado el desamor, la decepción y la muerte de Gonzalo.

—¿Qué planes tienes para Navidad?

—El de todos los días.

—¡De eso nada! No te vas a pasar dos semanas sola en esta casa aislada de todo y todos.

—Te agradezco la energía que pretendes contagiarme, pero no tengo intención de moverme de aquí.

—¡Ya lo creo que si!

Apenas había terminado de hablar y ya estaba tecleando sobre la pantalla de su teléfono móvil.

—No pienso ir a casa de mis padres. No a menos que quieres que acabe lanzándome al vacío desde la terraza.

—No seas tan dramática. Además, tampoco te harías mucho daño. Viven en un primero.

—Ya, pero lo que cuenta es la intención.

—A ver... Hay un tren el viernes por la tarde. Llegas a una hora estupenda para ir a casa, darles un beso a tus padres y luego tomarte una cervecita frente al mar.

—Para cervezas estoy yo... Además, no he vuelto a hablar con ellos

desde el entierro de Gonzalo. Sabes que las cosas entre mi familia y yo no están bien desde hace años. No sé si es buena idea volver a casa precisamente ahora.

—Te puedes poner como te dé la gana porque aquí sola no te vas a quedar.

—Ya soy mayorcita. Sé cómo gestionar mi tiempo. Y estas fiestas las pienso pasar en esta casa... Sola.

—Eso no te lo crees ni tú —añadió con determinación.

—¿Qué harás tú?

—Me voy a Lanzarote a pasar unos días. ¡Estoy harta de tanta lluvia!

Menos mal que estaba sentada en el sofá porque, de haber escuchado esa misma frase en cualquier otra circunstancia, me habría caído al suelo sin dudarlo. Elena, mi amiga, la reina de los planazos en Navidad, Semana Santa y verano... ¿Acababa de decir que no pensaba irse a un paraíso perdido al otro lado del océano? Ella tan amante de la lluvia, de los rayos y de los truenos, ¿se estaba quejando del pésimo otoño que estábamos teniendo?

—¿Te encuentras bien? —fue todo lo que pude decir.

—Perfectamente. ¿Por qué?

—Me resulta bastante extraño que te quedes tan... cerca.

—Este año no me apetece pasarme veintitrés horas metida en un avión —respondió con naturalidad—. Además, aunque no lo parezca, empezamos ya a tener una edad. He pensado que unas vacaciones más cerca de casa y con una buena temperatura me sentarán igual de bien que si me fuera a escalar un glaciar.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. Y, por si te lo estás preguntando... Pienso irme sola.

Había algo que no terminaba de cuadrarme en todo aquello. Tal vez fueran paranoias mías, pero me daba la impresión de que Elena me ocultaba algo. En las últimas semanas la había visto a diario y, a pensar de mi estado de profunda tristeza e incluso depresión, no me habían pasado del todo inadvertido algunos cambios que se habían producido en ella. Había una extraña luz en sus ojos e incluso podía afirmar que había ganado un poco de peso. No es que le sentara mal. Al contrario. Siempre había estado en contra de su obsesión por mantenerse en esa talla treinta y ocho que tanto la genética como las horas de gimnasio le ayudaban a mantener a pesar del paso de los años. Estaba más guapa y eso me llevó a pensar que había otra persona en su vida. Alguien de quien no me quería hablar.

—Pues todo aclarado. Tú tendrás tus vacaciones y yo las mías aquí encerrada en casa, que es lo que me apetece.

—Eso ya lo veremos —respondió de forma bastante enigmática.

El silencio se volvió a instalar entre nosotras. No sabía en qué estaría pensando Elena, pero mi mente no dejaba de darle vueltas a una idea. Deseaba acostarme y dormir al menos hasta el siete de enero. Sabía que eso no sería posible y que, en un momento u otro tendría que hacerme a la idea de que iba a pasar mis primeras navidades sin Gonzalo. Me estremecía solo con pensarlo, no quería ni saber cómo iba a ir reaccionando a medida que se acercara la fecha. Poco a poco empecé a trazar en mi mente un plan para hacer la situación algo más llevadera.

Fue entonces cuando recordé uno de los consejos que me había dado mi psiquiatra. Uno de los pocos que recordaba a pesar de las sesiones de terapia a las que asistía: La importancia de plantearse solo metas o retos diarios. Según él, iba a necesitar mi tiempo para poder pensar con claridad en el futuro. Aunque se tratara del más inmediato. Por eso incidió en que debía trazar planes que no fueran más allá de las veinticuatro horas que tenía el día. Había llegado el momento de hacerle caso. Solo así conseguiría superar con éxito las fiestas que se avecinaban.

—¿En qué piensas? —la voz de Elena me devolvió de golpe a la realidad.

—En lo absurdas que somos las personas.

—¿A qué te refieres?

—Nos pasamos organizando un futuro que no tenemos la certeza de si llegará o no. Creemos que somos invencibles, que lo controlamos todo. De repente un día se acaba y te encuentras con que todo se ha quedado en nada. Has perdido cientos de horas organizando algo que ya no sucederá. Has malgastado la única certeza que tienes, el presente, pensando en algo que pasará o no.

—No entiendo tanto existencialismo...

—Lo que quiero decir es que voy a empezar a pensar en el presente. No pensar más allá de unas cuantas horas. ¿Quién sabe si mañana me despertaré?

—Entiendo que estés afectada por todo lo que ha pasado, pero no creo que sea una buena idea despreocuparse por lo que ha de venir.

—A ver no estoy diciendo que vaya a dejar de pagar las facturas, ni a gastarme todo el dinero que hay en el banco por si mañana resulta que me muero. Lo que trato de explicar es que a lo mejor tengo que planear menos mi

vida y disfrutarla más.

—Pues yo creo que lo que deberías hacer es centrarte en la medida de lo posible y empezar a trabajar, ya lo sabes.

—Tal vez esa sea la solución para ti, Elena —respondí un poco molesta porque me daba la impresión de que no estaba haciendo ningún esfuerzo por entender lo que le decía—. Lo que yo necesito es levantarme por la mañana y saber lo que tengo que hacer ese día. No el siguiente, ni el otro. Preocuparme exclusivamente por las siguientes dieciséis horas.

—Si con eso sales de esta casa para algo más que no sea ir a terapia...

—¡Ya estás otra vez! —Me estaba hartando ya de tanto reproche. Sabía que lo hacía por mi bien, pero hubiera estado muy bien sentir un poco de empatía por su parte.

—¡Joder María, no se te puede decir nada!

—Sí se me pueden decir las cosas, pero a lo mejor con un poco más de suavidad. Que desde que murió Gonzalo no me has dado ni un solo día de descanso —añadí sintiendo cómo la rabia por lo que le había pasado a mi marido me empezaba a dominar.

—¿Eso crees?

—En todas estas semanas no me has preguntado ni una sola vez cómo estoy, cómo llevo el hecho de haber perdido de repente a una de las personas más importantes de mi vida. Lo único que has hecho ha sido presionarme y agobiarme para que vuelva a ser la misma persona que antes. No te has querido enterar de que una parte de mí se ha ido con él y que hay momentos en los que desearía no estar viva para no tener que soportar todo este dolor. Pero tú solo insistes en que trabaje, en que salga a la calle, que hable con los demás... ¡No sé cómo es posible que todavía no me hayas organizado una cita con algún tío bueno de tu oficina!

Cuando terminé de hablar caí en la cuenta de que estaba casi gritando y que mi cuerpo estaba tan rígido que incluso me dolía. Sabía que eso podía pasar porque llevaba tanto tiempo conteniendo mis emociones que de algún modo tenían que salir. Pero lo que no esperaba para nada es que lo hicieran con tanta rabia. Miré a Elena. Ella me observaba con una mezcla de dolor, incredulidad y decepción. Enseguida traté de encontrar las palabras adecuadas para terminar con la tirantez que se había instalado entre nosotras. No las encontré. No había nada que pudiera justificar la inmadurez y el egoísmo con el que me acababa de comportar.

—Será mejor que me vaya.

—No... por favor —sabía que, si se alejaba de mí en aquel momento y sin aclarar las cosas, después iba a ser mucho más difícil solucionarlas.

—Estoy cansada y quiero volver a casa.

Me tragué las lágrimas, la humildad y las ganas de pedirle de nuevo que no se marchara. Por el contrario, permanecí impassible mientras se ponía el abrigo y empezaba a caminar en dirección a la puerta. Cuando escuché el sonido del motor de su coche sentí un enorme vacío en mi interior. Y esa fue la primera vez que me sentí sola de verdad.

Capítulo 8

Elena no sabía muy bien qué hacía en una playa que no visitaba desde que era pequeña. Salió de casa de María sintiendo toda la responsabilidad sobre ella. La muerte de Gonzalo también la había golpeado y no del modo en el que los demás pensaban. Solo ella sabía el tremendo esfuerzo que tenía que hacer a diario para sobrellevar sus emociones. Durante las últimas semanas había intentado refugiarse en el trabajo. Si antes sus jornadas eran maratonianas, ahora prácticamente vivía en su despacho. Ese era el mejor modo de mantener los recuerdos a raya. El poco tiempo libre que se permitía lo empleaba haciendo ejercicio y para meditar una de las decisiones más importantes de su vida. Después de lo acontecido, su mente se negaba a funcionar con la eficacia de siempre y ella se empeñaba en que todo fuera como antes.

Los últimos días habían sido especialmente duros porque su cuerpo, que hasta a aquel momento no le había dado ningún problema, estaba empezando a cambiar. Sentía náuseas en cuanto se levantaba de la cama y, al vestirse, la ropa se le ceñía más de lo habitual. Si seguía engordando a ese ritmo el tiempo para pensar se le acabaría antes de lo previsto. Debía tomar una decisión en un sentido u otro, pero cada vez que intentaba afrontar la situación acudía a su mente el mensaje que le había enviado Gonzalo poco antes de morir. Las palabras cuyo significado había analizado una y otra vez a pesar de lo claras que eran. Él la había dejado... Le hablaba de su necesidad de ser libre. En los momentos de mayor desesperación, quería creer que él había sido víctima del miedo y de los nervios. Intentaba convencerse de que, si todavía estuviera vivo, ahora mismo estarían juntos porque ella habría tenido tiempo suficiente para convencerlo. Cuando recuperaba la razón y la serenidad, se repetía que él jamás la había querido. Su relación había sido una simple distracción, algo más con lo que llenar un tiempo que había terminado cuando decidió volar en solitario.

Salió del coche. Necesitaba caminar. La brisa del mar le alborotó su melena lisa, rubia y perfecta. A pesar del frío que sintió decidió bajar a la arena. Quería notar el agua, el viento, el olor de la sal sobre su piel. Ansiaba comprobar que todavía existía vida a su alrededor, que había cosas que permanecían inalterables pasara lo que pasara. Llevaba un buen rato andando próxima a la orilla del mar cuando se detuvo a contemplar las vistas. Era

prácticamente de noche. Una luz tenue y violeta desaparecía lentamente por el oeste. Si miraba en la dirección opuesta podía ver cómo las luces de la ciudad brillaban con su magia especial. Aún así, prefirió concentrarse en los últimos instantes del atardecer. De forma casi instintiva dejó caer sus dos manos sobre el abrigo negro de cachemira. Lo hizo justo a la altura de su vientre y se concentró en la decisión que debía tomar.

Quizás este no fuera el mejor momento, pero tal y como estaban yendo las cosas en su vida, ninguno lo sería. Se sentía alterada por lo que acababa de suceder con María. También enfadada consigo misma. ¿Cómo había podido hablarle así a ella, la única que había estado pendiente de sus necesidades desde la muerte de Gonzalo? ¿Por qué era tan egoísta al pensar que era la única que sufría por la pérdida de un hombre? Al mismo tiempo también meditó sobre lo injusto de su enfado. Elena no se había comportado bien y, a pesar de lo mucho que había tratado de justificar la mentira en la que había vivido, le dolía un poco la falta de sinceridad hacia la que había sido su mejor amiga. En ocasiones se preguntaba qué hubiera pasado si la noche en la que él murió se hubiera atrevido a contarle toda la verdad. Seguro que habrían discutido, pero también sabía que, al final, ella la habría perdonado. ¿Por qué no había sido sincera cuando había tenido oportunidad? Ahora se encontraba en una situación muy complicada. No quería mentir, pero cuando esa misma tarde le había preguntado por sus sentimientos hacia él, se había esforzado mucho para ocultarle lo que había sucedido en realidad.

Durante unos minutos valoró la posibilidad de regresar y confesárselo todo. Quizás aún hubiera una posibilidad para ellas, para su amistad... Una nueva ráfaga de viento levantó y un escalofrío recorrió su cuerpo. Definitivamente, la sinceridad no era una opción. Tomaría la decisión pensando solo en ella. Trató de encontrar con la mirada los últimos segundos de luz de aquel día. Consiguió ver una pequeña mota violácea a punto de desaparecer definitivamente detrás de la montaña. Enseguida asoció la imagen con la vida que llevaba en su interior y lo supo. Ese fue el instante en que el todo cobró sentido.

Poco después de que Elena se fuera de casa empecé a sentirme mal. A la ya familiar presión en el pecho se le añadió una nueva emoción: La rabia.

Cuando me fue imposible permanecer más tiempo sentada en el sillón del salón, me levanté y fui a la cocina para preparar café. Cuando regresé me di cuenta de que la botella de *whisky* todavía descansaba sobre la mesa. La cogí y añadí un buen chorro a la taza. En cuanto di el primer sorbo noté cómo el calor del alcohol lo llenó todo. Di un segundo trago y me senté sin poder dejar de pensar en lo cabreada que estaba con la vida, con el destino, conmigo misma por no haber sabido aprovechar mejor el tiempo. Elena llenó otra vez mis pensamientos. Esa mujer independiente con una vida cargada de éxitos. La amiga que tenía al alcance de su mano todo aquello con lo que muchas soñábamos de niñas. ¿Cómo había sido tan tonta al pensar que podría entender por todo lo que yo estaba pasando? Ahora me alegraba de no haberle contado la última discusión que tuve con Gonzalo. Me levanté y comencé a pasear furiosa por el salón. De tanto en tanto daba un trago del café que había vuelto a rellenar con más alcohol y analicé nuestra amistad. Sabía que no era justo juzgarla solo por un hecho, aunque desde mi perspectiva, lo único que había hecho era incordiarme y no dejar que pasara el duelo a mi manera. Cuando el efecto de la cafeína y el alcohol aumentó, se me hizo casi insoportable permanecer en casa. Salí al jardín y respiré algo más aliviada.

Pensé en cómo enfrentarme a todo. Gracias a Dios no tenía que preocuparme por mi economía, ya que estaba bastante saneada. Además, percibiría una pensión de viudedad y otros ingresos procedentes de las inversiones de mi marido. Saber que, en cierto modo, tenía mi vida resuelta no era algo que me motivara precisamente a trabajar. Mientras paseaba por el jardín tratando de aplacar un poco el enfado me sentí con la energía suficiente para demostrarle a Elena y a cualquiera que se me pusiera por delante que podía escribir una nueva historia en cuanto me lo propusiera. De hecho, iba comenzar a hacerlo esa misma noche. Justo en el instante en el que puse un pie en el interior de mi casa, un relámpago lo iluminó todo y un cercano trueno provocó que se me erizara la piel de la nuca. Cuando llegué a mi despacho empezaban a caer las primeras gotas de lluvia. Qué más podía pedir. Ese era el escenario ideal para empezar a teclear y demostrarles a todos, incluida yo, que había vida después de Gonzalo.

Varias copas y tres horas después tuve que rendirme a dos evidencias. La primera: Estaba borracha. Por lo menos no había nadie cerca para poder avergonzarme. La segunda: Elena estaba en lo cierto. Llevaba tanto tiempo sin concentrarme en algo que no fuera mi dolor que ahora era incapaz hasta de pensar. Con gran esfuerzo había conseguido escribir un párrafo entero, pero en

cuanto lo releí, me pasó lo mismo que en días anteriores. Me convencí de que era una auténtica mierda y lo borré. Bajé al salón a por más bebida. Estaba rendida a la evidencia y había cedido a la autocompasión. Apenas había dado un par de pasos cuando toda la estancia empezó a dar vueltas. Más por voluntad que por capacidad conseguí llegar al cuarto de baño. A continuación, me abracé a la taza del váter y empecé a vomitar. Mientras notaba cómo todo mi cuerpo se contraía en dolorosos espasmos una y otra vez, di un paso más allá en mi habilidad para revolcarme en el lodo. Sentí lástima de mí. Tanta que, cuando conseguí levantar la cabeza y mirar a un punto fijo sin sentir de nuevo arcadas, me sentía fracasada y acabada. Logré desnudarme no sin dificultad y me metí en la ducha. Abrí el grifo de agua fría y dejé que cayera sobre mi cuerpo.

Mi reacción no se hizo esperar. Se me encogieron todos los músculos, la sangre comenzó a latir con fuerza a la altura de mis sienes y no podía dejar de gritar. Al principio fue por la impresión. Luego fue un acto voluntario. Descubrí que, con cada uno de ellos, conseguía liberar una pequeña dosis de las emociones negativas que se acumulaban en mi interior. Cuando envolví mi cuerpo con el albornoz la cabeza me seguía doliendo horrores, pero me sentía algo más persona. No iba a cometer el error de jurar no volver a tocar el alcohol nunca más. Había descubierto que, mientras bebía, no pensaba. Y eso era lo que más me apetecía. Por supuesto, sabía que ese no era el camino que debía seguir. El alcohol estaba bien para mitigar el dolor unos días, quizás unas semanas. No más. Era una solución momentánea. Un alivio pasajero para el alma. Una tregua antes de enfrentarme a la vida en solitario.

Tenía que volver a escribir. Eso era un hecho. Por mucho que me costara, por muy malas y pésimas que me parecieran cada una de las palabras que tecleaba. Era necesario que siguiera adelante. Lo que todavía desconocía era cómo iba a hacerlo. Cada rincón de mi casa me recordaba a él. En ocasiones me sorprendía esperando que entrara por la puerta y que pudiéramos mantener por fin la conversación que teníamos pendiente. Seguía sin aceptar todo lo que él me había dicho aquella última noche. Seguro que no hablaba en serio. En mi interior continuaba albergando la esperanza de que, si él viviera, todo sería diferente. Lamentablemente, ya no disponía de ese tiempo y ahora tendría que seguir adelante con ese peso que se genera en el interior cuando se cae en el peligroso juego de lo que pudo haber sido y no fue.

De regreso a mi dormitorio, me tumbé sobre la cama. Aún me sentía ligeramente mareada. Traté de concentrarme en la respiración. Esa era una de

las pocas técnicas de relajación que había añadido a mi rutina diaria y que todavía no funcionaba como me hubiera gustado. Cerré los ojos e intenté poner la mente en blanco. Fue una misión casi imposible. Cada vez que creía que estaba a punto de conseguirlo un nuevo pensamiento se apoderaba de ella y tenía que volver a esforzarme para no recrearme en él. Curiosamente, lejos de enfadarme por mi falta de disciplina, empecé a sentirme algo más tranquila. Aunque las ideas iban y venían a su antojo, me di cuenta de que cada vez estaban más relacionadas con mis necesidades que con la muerte de Gonzalo y la soledad a la que me había estado enfrentando.

Fue entonces cuando algo cambió. Una especie de clic que me llevó a juzgarme con severidad. No era la primera mujer que se enfrentaba a una situación como esta. Cada día miles de personas debían superar la muerte de un ser querido y el mundo no dejaba de girar por ello. Tenía ejemplos cercanos de mujeres que se habían quedado completamente solas y que se habían levantado al día siguiente para ir a trabajar o hacerse cargo de sus familias. ¿A qué estaba jugando creyéndome tan especial? Durante un buen rato me estuve reprendiendo por mi actitud infantil. Y, cuanto más lo hacía, mejores eran las soluciones que encontraba para volver a empezar. Me detuve en una que consideré la adecuada. Debía cerrar el grifo de los sentimientos. Me fui convenciendo de que, si quería salir del pozo en el que lentamente me había ido hundiendo, debía poner las emociones en un segundo plano. Quizás en un tercero, un cuarto o un quinto. Tenía que ser la razón la que guiara mi mente. Lograr que cualquier decisión que tomara, por insignificante que fuera, se basara en la lógica. No en lo que sentía. Eso me permitiría retomar la rutina, sanar y ser capaz, pasado un tiempo, de echar la vista atrás. Y entonces se produjo un cambio insignificante para el mundo, pero muy importante para mí. Por primera vez desde la muerte de Gonzalo dejé que mi cuerpo se expandiera, se relajara y ocupé todo el ancho de la cama.

Llevaba más de veinte años durmiendo en el lado izquierdo. Incluso en las noches en las que él se ausentaba, yo no me movía de allí. Y así había continuado hasta hoy. Este pequeño acto de liberación me animó, tanto que comencé a pensar qué más sería capaz de cambiar. Mi psiquiatra me había recomendado seguir una rutina, ser fiel a una serie de pautas. Yo me había pasado todo aquello por el mismísimo arco del triunfo durante semanas. Supe entonces que había llegado el momento de hacerle caso, al menos un poco, a un profesional que sabía mucho más que yo de desequilibrios químicos que la ansiedad y la tristeza estaban ocasionando en mi cerebro.

Alargué la mano y cogí el teléfono móvil que descansaba sobre la mesilla de noche. Fijé la vista en la pantalla y, a pesar de que eran casi las cinco de la madrugada, puse la alarma a las ocho y media. Una voz en mi interior no paraba de recordarme lo absurdo de este comportamiento. Lo más probable era que, en cuanto sonara el despertador, lo apagara y siguiera durmiendo hasta bien entrada la tarde. Pero hubo un susurro mucho más intenso que dijo que nada de aquello iba a suceder. Iba a ser fuerte y, a pesar del sueño y los efectos del alcohol, sería capaz de levantarme, salir a hacer un poco de ejercicio y luego ponerme a trabajar hasta la hora de comer. Con esta idea en la mente cerré los ojos. Poco después el cantar de los pájaros me anunció que era hora de volver a la vida.

Tal y como había intuido tuve la tentación de tirar el teléfono y seguir durmiendo hasta que mi cuerpo dijera basta. A pesar de eso, la voz de la responsabilidad fue más fuerte que yo y me obligó a poner un pie en el suelo. Cuando conseguí incorporarme, aun me sentía un poco mareada. Al menos, la cabeza no me estaba matando. Me levanté y fui directa al baño en un intento por lograr un aspecto algo más presentable del que sabía que tenía. Minutos después bajé a la cocina dispuesta a tomarme un café. Tenía el estómago cerrado y sabía que no iba a ser capaz de comer ni una simple galleta. Una taza de café bien cargado sí que la toleraría y, además, con agrado. Además, sería el bálsamo ideal para despertar a mis neuronas y empezar a funcionar. En cuanto me senté en la mesa de madera para saborearlo, mis ojos buscaron la ventana y el lugar en el que se suponía que debía de estar aparcado el coche de Gonzalo. Enseguida la tristeza y la angustia se apoderaron de mí. Pero yo no estaba dispuesta a rendirme. Al menos, no tan pronto. De modo que cogí el Ipad que tenía a mi lado y me dediqué a leer el periódico. Sabía que solo iba a encontrar desgracias, pero al menos no eran las mías y me mantendrían la mente ocupada durante un rato.

Cuando me terminé el café, me levanté, cogí la chaqueta y salí a la calle. El viento frío me golpeó en la cara y aquello sirvió para que me espabilara algo más. Me planteé ir conduciendo. El tráfico de esa hora me convenció de lo contrario. Hice algo inusual. Coger el autobús. Sabía que tenía casi una hora de trayecto hasta el lugar al que iba, pero... ¿cuánto tiempo hacía que no paseaba así por las calles de Barcelona? Llevaba conmigo el eterno cuaderno de notas, bolígrafos de sobra y un libro. Si el milagro se producía, quizás volviera con ideas nuevas para otra novela. Caminé con paso decidido un par de calles y al llegar al Paseo de la Bonanova enseguida encontré la parada del

bus. Agradecí no tener que esperar demasiado porque el viento de levante que soplaba esa mañana de otoño no invitaba precisamente a pasear. En cuanto subí al vehículo me acomodé, me dediqué a contemplar la ciudad a través de la ventana y me perdí en mis pensamientos. Por suerte, todos ellos estaban relacionados con el trabajo y con las novelas que debía escribir.

Mientras el autobús descendía la calle Muntaner, saqué el cuaderno de la mochila y empecé a anotar frases sueltas y, aparentemente, sin sentido. Me daba lo mismo si no podía usarlas más tarde para trabajar por ser algunas de ellas demasiado personales. Estaba segura de que llegaría el momento en el que necesitaría volver a echar mano de esas reflexiones y no quería perderlas. Supe que había llegado a mi destino porque, en una de las ocasiones en las que la puerta del bus se abrió, el aroma del mar me envolvió. Alcé la mirada y contemplé la playa frente a mí. Sentí la misma emoción que una niña de cinco años el primer día de vacaciones de verano. Noté un cosquilleo en las puntas de los dedos y enseguida me levanté. Aun tuve tiempo de recogerlo todo y apearme allí mismo. Luego eché a andar con paso decidido en dirección al mar. El viento me golpeó con fuerza. No me importó. En lo único en lo que podía pensar era en el agua, en la furia con la que azotaba la playa y en la necesidad de acercarme a ella para contagiarme de la vida que emanaba. Sentí las primeras gotas de lluvia sobre la cara. Tampoco me importó. Estaba a menos de veinticinco metros de mi objetivo. Aceleré el paso y, en cuanto percibí la arena bajo la suela de mis zapatos, sonreí.

Cualquiera que me estuviera observando desde la distancia, hubiera pensado que había enloquecido. Quizás así fuera. Nunca me había permitido seguir mis impulsos de ese modo. “¡Menos mal que anoche decidí hacer más caso a la razón!” murmuré divertida mientras corría en dirección al mar. Al llegar a la orilla me detuve. Me había criado en el Mediterráneo y sabía que, tras su aparente calma, podía ser muy traicionero cuando el viento de Levante soplaba de ese modo. Una ola se aproximó, di un par de pasos atrás y me agaché. Sonreí de nuevo al darme cuenta de que había calculado bien la distancia porque el agua se quedó justo donde yo quería: A la altura de mis manos. Me incliné un poco más y las sumergí en ella. Estaba helada y, a pesar de ello, tan viva. Permanecí en esa posición esperando la llegada de una nueva ola, otra y otra más.

Pasaron diez minutos. Tal vez fueran veinte. No lo sé. Solo recuerdo que decidí ponerme a cubierto cuando la lluvia resbalaba con fuerza sobre mi piel. Era consciente de la sonrisa que había dibujada en mi rostro y del aspecto de

loca que debía de tener. No me importaba. Por primera vez en años me sentía ligera... libre. Desconocía cuál era el peso que me había quitado de encima después de mi encuentro con el mar. Solo sabía que lo que había oprimido mi interior, eso que llevaba devorándome años, era mucho menos intenso. En cualquier otra circunstancia hubiera malgastado mis energías tratando de averiguar lo que había sucedido. Pero la madrugada anterior había decidido dejar de ser aquella mujer que se preocupa por cosas que no tenían solución y la persona que vivía continuamente obsesionada con un futuro que ni siquiera sabía si iba a llegar. Había tomado la decisión de no pensar en nada que no pudiera abarcar en un plazo de doce horas. Tal vez me hubiera convertido en una inconsciente. No recordaba la última vez que me había sentido tan llena de energía y con ganas de hacer algo más con mi vida que no fuera lo que se esperaba de mí.

Un estornudo seguido de un escalofrío me devolvió a la realidad. Debía ponerme a cubierto e intentar entrar en calor si no quería coger un resfriado de los buenos. Me encontraba de nuevo a escasos metros de una parada de autobús de la línea que me llevaría de regreso a casa. A estas alturas estaba ya completamente empapada. No recuerdo bien por qué, pero miré ligeramente hacia mi izquierda y localicé un pequeño café. La fachada era toda de madera y la cálida luz que emanaba de su interior me invitó a caminar en dirección a él. Si me dejaban entrar con la pinta que llevaba, seguro que podía secarme allí. En cuanto entré, una sonrisa iluminó mi rostro. Repartidas entre las mesas, las estufas de butano caldeaban la estancia proporcionándole una temperatura casi primaveral. Seguro que si lograba una mesa próxima a alguna de ellas entraría en calor y me secaría en muy poco tiempo. Como nadie me indicó lo contrario me acomodé en la mesa más alejada de la entrada. A pocos metros, una mujer de unos sesenta años estaba absorta en la lectura de un libro y daba pequeños sorbos a una taza de café. Agradecí la tranquilidad y pensé que había encontrado el lugar adecuado para trabajar.

En cuanto me senté, un camarero bastante joven se acercó. Me miró de forma extraña, pero no dijo nada sobre el aspecto lamentable que debía ofrecer. Aproveché su silencio para pedir un café bien caliente y un *bagel* de salmón con queso. Cuando se marchó fijé de nuevo la vista en el mar. A través de la espesa capa de lluvia aprecié que rompía con más fuerza contra el espigón y en la orilla. Había sido una temeridad bajar a la playa con ese temporal, pero solo por la paz y la felicidad que estaba sintiendo, ya merecía la pena. En cuanto la comida llegó a mi estómago comencé a entrar en calor.

Gracias a la estufa, la ropa se había secado lo suficiente como para sentirme cómoda. Estaba ya bastante recompuesta cuando saqué mi cuaderno de la mochila y retomé la escritura de frases sin sentido. Poco a poco la magia fue apareciendo y las palabras adquirieron vida propia. En uno de los momentos en los que separé el bolígrafo del papel supe que había comenzado a escribir una novela, una historia que ni sabía que tenía en mi interior pero que ahora me pedía a gritos que la contara. Al contrario de cómo había trabajado hasta entonces, no tenía nada planificado. No había un comienzo específico, ni personajes elaborados. Tampoco tenía ni idea de hacia dónde me iba a llevar el argumento y, por supuesto, desconocía su final. Solo sabía que tenía que seguir escribiendo hasta llegar al final. Pedí otro café. No quería irme de allí y perder el hilo tan valioso que acababa de encontrar. Deseaba seguir tirando de él para ver en qué dirección me llevaba.

Perdí la noción del tiempo. Me dejé envolver por las palabras que salían de mis dedos sin control. Si me detenía a leer una frase o un párrafo, era incapaz de verme reflejada en ellos. Era como si otra persona viviera en mi interior y dictara la novela que debía escribir. Mientras el bolígrafo se deslizaba sobre el papel pensé en si lo que me estaba sucediendo era justamente lo opuesto a lo que creía. Existía la posibilidad de que esa fuera mi auténtica voz y que la estuviera escuchando por primera vez. Tal vez, el dolor por la muerte de Gonzalo había logrado despertar a otra parte de mí que ahora quería salir. Recuerdo que permanecí en aquel bar unas cuantas horas más degustando su fabuloso café y algún que otro cigarrillo. Poco me importaba si me volvía a enganchar. La nicotina era, al menos en aquel momento, la menor de mis preocupaciones. En cuanto dejé de sentir los dedos de la mano derecha decidí que era el momento de regresar a casa. Debía pasar al ordenador todo lo escrito y, gracias a la cantidad de café que llevaba en el cuerpo, iba a tener energía para horas. Pedí la cuenta y, mientras el camarero me la traía, volví a mirar en dirección al mar. Había dejado de llover y una luz grisácea lo envolvía todo. La playa se intuía más que verse, pero yo sabía que el mar estaba allí. Estaba saboreando de nuevo las sensaciones que me había provocado sumergir las manos en el agua helada cuando escuché una voz.

—Nada es para siempre.

—¿Cómo? —respondí mientras buscaba con la mirada a quién había hablado.

—Todo cambia —la anciana que había visto al entrar y que leía un libro con tanta atención se estaba dirigiendo a mí.

—Disculpe... Me temo que no la comprendo —me sentía un poco intimidada por la seguridad en sí misma que desprendía y también hipnotizada por el verde de sus ojos que podía apreciar con total claridad a pesar de la distancia que nos separaba.

—No tienes que entender nada —añadió con una sonrisa que le dio a su rostro un halo de dulzura y de sabiduría a la vez.

Guardé silencio. Quizás me había confundido con otra persona, algo que me sucedía con cierta frecuencia. El camarero me trajo la cuenta y yo me limité a dejar un billete de veinte euros sobre la mesa al tiempo que recogía mis cosas. Antes de abandonar el lugar, lancé una mirada disimulada a la anciana que sostenía el libro entre las manos y que me observaba con interés. Me levanté y caminé en dirección a la puerta. Estaba a punto de decirle adiós por pura cortesía cuando ella se me adelantó.

—Recuérdalo. Nada es para siempre. Como es dentro, debe ser fuera —dijo mirándome directamente a los ojos.

—Así lo haré —fue todo lo que le pude responder.

Todavía no sé muy bien por qué lo hice. No tenía ni la más remota idea de a lo que se estaba refiriendo y, todo sea dicho de paso, tampoco tenía intención de hacerle caso.

Salí a la calle y caminé con paso decidido en dirección a la parada de autobús. Aún tenía una hora de viaje antes de llegar a casa. No me importaba. El día estaba siendo tan intenso y productivo que todo lo demás era irrelevante. Debía tener todo el universo a mi favor porque el autobús apareció a lo lejos. Apenas cinco minutos después volvía a estar sentada en la parte trasera, con la libreta apoyada sobre mis rodillas y el bolígrafo volando con rapidez sobre el papel. En cuanto llegué a casa fui directa a la ducha. Mientras había estado escribiendo en el café, la estufa me había mantenido más o menos caliente. Pero la ropa volvía a estar húmeda y hacía ya un rato que sentía cómo el frío se había colado en cada músculo de mi cuerpo. Dejé que el agua caliente se deslizara sobre mi piel el tiempo suficiente para entrar en calor y eliminar el dolor que me estaban provocando. A continuación, me envolví en el albornoz, me tomé una nueva dosis de ibuprofeno (tenía que empezar a dejar esa costumbre) y luego bajé a la cocina con la intención de prepararme algo rápido para cenar. Lo único que me apetecía era encerrarme en el despacho y seguir escribiendo. Abrí el armario de encima del horno y encontré un paquete de *noodles* picantes con pollo. Después del frío que había pasado aquel día, tal vez fuera una excelente opción para devolverle algo de

energía al cuerpo. Los metí directamente en el microondas. No era muy fan de la comida rápida, pero en aquel momento agradecí tener en casa algo así y ahorrarme cocinar. Mientras se calentaba mi cena abrí el armario en el que guardaba las botellas de vino. Cogí la primera. Se trataba de un vino de flores que me encantaba y que solía utilizar en las cenas en casa. En cuanto el recuerdo se hizo más nítido, un dolor intenso se instaló en la boca de mi estómago. Respiré hondo y traté de desviar la atención hacia el proyecto de novela que había comenzado. La desagradable sensación se hizo más pequeña. Concentré mis energías en abrir la botella, servirme una copa y disfrutar.

Capítulo 9

Elena aún dudaba sobre la decisión que debía tomar. La había atisbado días atrás mientras paseaba junto a un mar enfurecido, pero necesitaba estar completamente segura de lo que iba a hacer ya que estaba ante el mayor reto de su vida. Había pasado de tener un futuro perfectamente organizado, a la más absoluta incertidumbre. Al menos le quedaba su brillante currículum profesional, uno con el que, llegado el momento, no sería muy complicado volver a ocupar un cargo de dirección como el que había dejado atrás. Además, parecía que todo su cuerpo se hubiera aliado en su contra. Se levantaba cada mañana con náuseas y la sensación de haber perdido por completo el control de lo que sucedía a su alrededor. Se había visto obligada a dejar el gimnasio, no porque supusiera un problema para su salud, sino porque se pasaba más tiempo tratando de aliviar los sudores fríos y las bajadas de tensión que sufría, que siendo ella misma.

A medida que fueron transcurriendo los días se dio cuenta de que, la estrategia que en otro tiempo le había servido, esa que consistía en pensar exclusivamente en un trabajo que ahora ya no tenía, era inútil. Su única ocupación ahora era darle vueltas y más vueltas a su maternidad. Continuar con ella o no, se había convertido en el centro de toda su existencia. Había momentos en los que tenía muy claro que, la mejor opción era no seguir adelante. ¿Qué sentido tenía? Al fin y al cabo, el hombre con el que pensaba compartir toda esa experiencia ya no estaba. A esto había que añadirle su negativa a traer hijos al mundo, esa que había abanderado casi desde la adolescencia cuando decidió que sería una mujer de éxito. Sin embargo, algunas noches se había sorprendido fantaseando con la idea de sostener un bebé entre los brazos. Uno que fuera completamente suyo. Sabía que el tiempo apremiaba. Recordó entonces la última reunión de trabajo a la que había asistido.

Como siempre, Elena hizo una presentación brillante y no tardó en conquistar a los directivos de Londres con sus estrategias que, además de ahorrarle a la empresa una cantidad ingente de dinero, también optimizaba el tiempo de sus empleados. En cuanto terminó su exposición y vio las caras de las personas allí reunidas, supo que había triunfado. Por el contrario, ella no se sentía para nada victoriosa. Al contrario. Tenía la sensación de que acababa

de empeorar las condiciones laborales de más de la mitad de los jóvenes que trabajaban allí. En ese instante había pensado por primera vez y de forma seria en la vida que llevaba en su interior.

Desde el mismo momento en el que comenzó a trabajar en esta multinacional, supo que terminaría sus días en ella. Había escalado posiciones peldaño a peldaño. Y, aunque lo había hecho a una velocidad de vértigo, nadie le había regalado nada. Cada vez que pensaba en su vejez, se veía en algún lugar soleado, rodeada de naturaleza y sintiéndose todavía muy joven. También solía imaginarse dedicada a una de sus grandes pasiones: La pintura.

Decidió darse un baño. En cuanto se sumergió en el agua tibia se sintió mejor. Apoyó la cabeza en un pequeño cojín y cerró los ojos. Inspiró con fuerza y enseguida el aroma de naranja que había utilizado como sales, le recargó las pilas. Notó cómo todos los músculos de su cuerpo se relajaban y, casi al mismo tiempo, recuperaban su elasticidad. De forma instintiva colocó las palmas de las manos sobre su vientre ligeramente abultado. No supo por qué, pero se sintió en paz. A pesar de todo el dolor que le había provocado la muerte de Gonzalo; a pesar de que él hubiera decidido abandonarla en el último segundo; a pesar de todo ello, en su interior había paz.

No fue capaz de identificar cuándo se había sentido así por última vez. La sensación que estaba experimentando vino a ratificar lo que ya había meditado mientras paseaba junto al mar. Debía comenzar una nueva vida lejos de Barcelona, de todo lo que le recordara a Gonzalo y, en especial, al fracaso de una relación de la que tan segura estaba. Salió de la bañera, se secó con cuidado y se puso el pijama. Poco después se metió en la cama y se quedó profundamente dormida. Fue al amanecer cuando sintió un dolor intenso en la parte baja de su vientre que la obligó a sentarse sobre la cama y a encogerse sobre sí misma. En cuanto recuperó un poco el aliento llamó a un taxi y fue directa al hospital donde la sometieron a todo tipo de pruebas. Mientras le hacían ecografías y analíticas se sorprendió pidiendo en silencio que todo fuera bien, que su hijo estuviera a salvo.

—Todo va a ir bien —le dijo la enfermera que le estaba tomando la tensión en aquel momento.

—Lo sé —se limitó a responder con una media sonrisa en los labios al haberse dado cuenta de que su decisión ya estaba tomada.

En cuanto le dieron el alta en el servicio de urgencias fue directa a casa. Cuando puso un pie en la calle su primera intención fue ir a contarle a María todo lo que le estaba pasando, pero ¿cómo iba explicarle ese cambio tan

radical en su comportamiento sin hablarle de su embarazo? No podía explicarle que llevaba años acostándose con su marido y mucho menos que esperaba un hijo de él. Después de lo que había sucedido, de cómo ella había traicionado su amistad hasta el punto incluso de menospreciarla como persona, era imposible revelarle nada. Decidió entonces escuchar a su lado más emocional, el más íntimo. Se adentró en ese lugar en el que habitaban sus sentimientos, ese al que solo ella tenía acceso. Después de un buen rato sumida en emociones que incluso la desbordaron, llegó a una conclusión. Necesitaba irse, huir, escapar. Comenzar de nuevo muy lejos de allí. Quizás algún día perdonaría a María por todo. Porque, en el fondo, ella culpaba a su amiga de lo que le había sucedido. Estaba convencida de que se lo merecía. Hacía tiempo que no soportaba la falta de deseo que mostraba hacia Gonzalo, su indiferencia y esa rendición a la monotonía. Alguien así no merecía un marido como aquel, un hombre de éxito y ambicioso. Por el contrario, Elena creía ser la candidata adecuada para tener un futuro junto a él. Por supuesto, cada vez que se refugiaba en ese pensamiento obviaba lo esencial: Él las había abandonado a ambas. Una parte de ella, una muy pequeña, lo sabía y por eso, cuando poco antes del amanecer se metió en un taxi camino del aeropuerto, pensó en si en un futuro podría volver a mirar a María a los ojos.

La cocina estaba completamente en silencio y, mientras cenaba, por fin lo comprendí. Gonzalo no iba a volver. No sabía cómo sentirme exactamente con ello, de modo que opté por rellenar mi copa. Estaba a punto de hacerlo cuando mi teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa. Lo cogí. Era un mensaje de Elena. Deslicé el dedo sobre la pantalla y mis ojos comenzaron a pasearse por cada una de las palabras. En cuanto terminé de leerlo volví a empezar. Nada tenía sentido. Cuantas más veces lo hacía, menos comprendía.

Sé que no vas a entenderme. Solo espero que algún día puedas perdonarme. Tengo que irme. Necesito alejarme de todo. Hay cosas que debo solucionar... sola.

¿Irse a dónde? Esa fue la pregunta que me hizo reaccionar. Cogí el móvil y marqué su número. Mientras esperaba a que respondiera surgieron muchas

preguntas. ¿Qué había pasado? ¿Por qué tenía que irse? ¿Cuál era la razón para que no lo pudiera hablar conmigo? En el pasado, siempre habíamos compartido todos nuestros problemas por graves que hubieran sido. Ciertamente yo le había ocultado algunas cosas, especialmente mis últimos problemas con Gonzalo, pero, aún así, ella sabía que podía confiar en mí. Seguí pensando a toda velocidad hasta que el servicio de telefonía me informó de que aquel número estaba apagado. Tal vez estuviera conduciendo. Quizás estaba agobiada y alejarse un poco de todo. Sin embargo, una voz en mi interior no paraba de repetirme que estaba sucediendo algo que desconocía. Tenía la sensación de que me faltaba la información necesaria para poder comprender el mensaje. Colgué y llamé su casa. No obtuve respuesta. Hice lo mismo con su despacho. A pesar de lo tarde que era una voz femenina respondió.

—Me gustaría hablar con Elena —dije con cierta desesperación.

—¿Con Elena?

—Sí. Elena Quiroga —respondí mientras mi nerviosismo iba en aumento.

—Lo lamento, pero la señorita Quiroga ya no trabaja aquí.

—¿Cómo dice? —No podía creerme lo que acababa de oír. Lo más probable era que aquella secretaria fuera nueva y no supiera en realidad por quién le estaba preguntando. Enseguida deseché este pensamiento. Elena era la Directora de Recursos Humanos y de sobra conocida por todos los empleados de aquella multinacional.

—La señorita Elena Quiroga hace una semana que ya no trabaja aquí —añadió la voz con eficiencia—. ¿Quién es usted? Si necesita cualquier cosa tal vez la pueda ayudar.

Colgué sin llegar a responder. ¿Qué sucedía? ¿Cómo era posible que mi mejor amiga hubiera dejado el trabajo al que tanto amaba y que yo no tuviera ni idea de ello? ¿Por qué había decidido desaparecer? Me levanté de la silla y caminé hacia la entrada. Cogí las llaves del coche que descansaban en el mueble del recibidor y salí a la calle. Había bebido copa y media de vino, lo suficiente para dar positivo en un control de alcoholemia. Aún así, mi preocupación por ella era mayor. Conduje hasta su casa con toda la calma que pude. Cuando vi todas las luces apagadas, mi angustia aumentó. Bajé de mi vehículo y pulsé el botón del timbre durante un buen rato. No obtuve respuesta. Marqué de nuevo todos sus teléfonos. Silencio. Estuve llamando al timbre durante un buen rato, pero no obtuve respuesta. Lo intenté de nuevo al teléfono. Solo obtuve silencio. Intenté escribir un mensaje, pero los dedos me temblaban tanto que apenas atinaba con las letras adecuadas. Al final logre

teclear algo con cierta coherencia y mostrándole mi preocupación. Se lo envié y regresé a mi casa. Me convencí de que cuando entrara en razón, vendría a verme o hablaría conmigo.

En cuanto llegué revisé el contestador del teléfono de mi domicilio por si, en mi ausencia, ella había llamado. No encontré nada. Un montón de imágenes espantosas cruzaron por mi mente. Un accidente, un ataque de pánico. A lo mejor le había sucedido algo terrible en su vida y había llegado a la conclusión de que no podía confiar en mí. Muerta de preocupación, subí las escaleras con la intención de encerrarme en mi despacho. Mientras andaba se me pasó por la mente la posibilidad de llamar a la policía. Enseguida lo descarté. Era una mujer adulta que había tenido la serenidad de dejar un trabajo y también de escribirme un mensaje de despedida. Nada indicaba que hubiera tenido un accidente o similar. Intenté tranquilizarme convenciéndome de que lo único de provecho que podía hacer en ese momento, era regresar al trabajo. Me senté en la silla frente al ordenador y saqué de la mochila el cuaderno en el que había estado escribiendo durante todo aquel día. Pocos minutos después estaba completamente volcada en lo que ya tenía claro que iba a ser mi próxima novela.

Mientras el coche avanzaba a toda velocidad por la autopista, Elena relajó todo su cuerpo, fijó la vista en las primeras luces del día y dejó que los pensamientos fluyeran con total libertad. Por fin se marchaba de la ciudad, aunque sabía que no sería un adiós, sino un hasta pronto.

Capítulo 10

Pasé varias semanas tratando de encontrar a Elena. Solía despertarme en plena noche preguntándome la razón por la que había desaparecido de mi vida. Cuando la sensación de angustia se hacía insoportable, me consolaba pensando que había hecho todo lo que estaba en mi mano por contactar con ella. Había sido imposible. No había ni rastro de ella por ninguna parte.

La Navidad estaba casi a la vuelta de la esquina y, como me sentía incapaz de soportarla sin las que habían sido las dos personas más importantes de mi vida, tracé un plan que consistía en aislarme del mundo lo suficiente para no darme cuenta de nada. Mis padres no dejaban de insistir en que fuera a visitarlos y yo era incapaz de ver más allá del dolor y la pena. Nada me hizo cambiar de opinión, ni siquiera las lágrimas de mi madre unos días atrás. Me quedaría sola con mis pensamientos. Llené la despensa de casa como si fuera a enfrentarme a una guerra y opté por no encender ni la radio ni la televisión. De ese modo, nada me distraería de mi objetivo: Hacer desaparecer la Navidad. Tenía listas de música en mi ordenador suficientes para todo un año y también había conseguido una serie de rutas de *running* con las que había decidido machacarme cada mañana.

La novela que se había ido fraguando en mi interior deseaba ser escrita cada día con más fuerza. Por eso no tuve demasiados problemas a la hora de sentarme frente al ordenador y pasarme días enteros a base de sándwiches, café y algún que otro dulce. Nunca había escrito una novela en tan poco tiempo. Claro que tampoco antes había pasado tantas horas seguidas tecleando como si estuviera poseída. Desde que comencé a trabajar siempre había sido capaz de mantener cierta distancia entre mis emociones y la narración, pero con esta historia todo era distinto. En más de una ocasión me había descubierto llorando desconsolada al mismo tiempo que lo hacía la protagonista de la novela porque no era capaz de soportar más dolor. También había reído y, cuando una fría mañana, conseguí poner el punto final, sentí por primera vez, que había dejado una enorme parte de mi alma entre aquellas páginas.

Era consciente de que ese no era el libro que esperaba mi editor, pero me sentía incapaz de retomar el proyecto que había dejado aparcado en cuanto esta nueva idea acudió a mi mente. Ahora tenía la sensación de que mis

anteriores libros estaban vacíos, como si mis historias hubieran dejado de representarme. Mi voz ya era otra y acababa de dejarla entre más de quinientas páginas de las que me sentía bastante orgullosa. En cualquier otro instante de mi vida, la situación me hubiera provocado cierto temor y angustia. Siempre había sido fiel a las directrices que se me daban a la hora de crear, a mi propio estilo y a lo que intuía que les gustaba a mis lectores. Ahora, todo eso había dejado de importarme. Había escrito la novela que me había salido del corazón y poco me preocupaba ya si iba a gustar a quienes debían tomar la decisión de publicarla. Cuando esa idea atravesó mi mente, sonreí. Quizás hubiera perdido el juicio. No me encontraba en el momento más adecuado para jugarme mi carrera profesional. El trabajo era lo único que no me podía fallar ya que me estaba aferrando a él con uñas y dientes. No sé si fue por todo lo que llevaba sufrido o por el subidón de creatividad que llevaba, pero cuando envié el manuscrito definitivo me sentí satisfecha por primera vez en mucho tiempo.

Pasé los siguientes días poniendo mi casa en orden. Una de las manías que tenía cuando escribía era la de no tocar ni un solo papel de encima de mi mesa. No mover nada. Mantener mi despacho siempre en el mismo estado hasta que hubiera dado por finalizado ese proyecto. He de decir que, cada vez que terminaba una novela, todo a mi alrededor parecía recién sacado del decorado de una película de terror. No tenía en mente ningún proyecto nuevo y tampoco me había parado a pensar qué era lo que iba hacer a continuación. Seguía muy preocupada por Elena, aunque nada podía hacer si ella no se ponía en contacto conmigo. Yo también sabía de la necesidad de escapar, de permanecer en silencio durante horas o de alejarse de todo. Lo había sentido después de la muerte de Gonzalo y, todavía me seguía asaltando. De hecho, cada mañana al levantarme se me pasaba por la mente la idea de meter mi ropa en una maleta, coger un avión y plantarme en el primer destino que se me ocurriera.

En cuanto conseguí que en mi casa reinara de nuevo la limpieza y cierta normalidad, me di cuenta de que las navidades habían terminado. Un nuevo año había comenzado y no tenía mucho que hacer. Al principio llené mis días dando largos paseos por la playa. Seguía cogiendo el autobús y cruzando toda la ciudad para poder ver el mar. Ese recorrido se había convertido en mi dosis diaria de tranquilidad. A pesar del tráfico y de las prisas que veía en los rostros de las personas que compartían trayecto conmigo, conseguía disfrutar de no ser uno de ellos, de no estar atrapada en una vida regida por los horarios

estrictos y el estrés. Luego, en cuanto ponía un pie sobre la arena, todo dejaba de importar. Cuando regresaba a casa para almorzar era una persona nueva. Dediqué las tardes a la lectura. Llevaba mucho tiempo aparcando libros para más adelante. Ahora, sin Gonzalo en casa ni Elena cerca, tenía un montón de horas para poder disfrutar de una de mis grandes pasiones. Así fueron transcurriendo los días. No sé bien si fue por el ejercicio, la rutina o porque estaba haciendo lo que realmente me apetecía, pero me sentía un poco mejor. El peso que se había instalado en el centro de mi pecho casi había desaparecido e incluso había recuperado algo el apetito. También me ayudaron las palabras que esa desconocida había pronunciado aquel día de lluvia. “Nada es para siempre”, murmuré mientras tomaba un café en la cocina. Y, por primera vez, comprendí su significado. No tenía nada que ver ni con el sufrimiento, ni con el dolor, ni siquiera con la tristeza. Conocía demasiado bien esas emociones como para saber que, aunque se podían controlar con el paso del tiempo, jamás desaparecerían. Esa expresión contenía un mensaje mucho más profundo. La necesidad de vivir el momento y no recrearse en lo que ya no tenía solución. ¿Cómo había logrado sentirme un poco mejor y comenzar a ver algo de luz al final del túnel? Sin pensar en nada más que en el día en el que me encontraba. Desde que retomara la escritura, mis únicas preocupaciones habían sido hacer ejercicio, comer sano y llenar un número de páginas concreto cada día. Durante ese proceso no había existido el ayer. Me había dado cuenta de que no era bueno para mí ni echar mano de los recuerdos, ni dejarme vencer por la melancolía. Tampoco había pensado en lo que iba a hacer al día siguiente. Simplemente, cuando me acostaba por las noches después de darme una ducha con agua bien caliente, me tumbaba en la cama y me dejaba vencer por el agotamiento.

También comprendí la segunda frase que me había dedicado: “Como es dentro es fuera”. La vida no era más que un reflejo de cómo se encontraba nuestro interior. A raíz de la muerte de Gonzalo, me había encargado de volcar en todo lo que me rodeaba el dolor y la rabia que sentía ya no solo por su repentina muerte, sino por cómo habían sido los últimos años de nuestra vida en común. Lo que nos habíamos dicho. Lo que habíamos callado. Los instantes en los que habíamos creído que teníamos muchos años por delante para hacer las cosas que deseábamos. Tras una larga reflexión había llegado a la conclusión de que, si quería dejar atrás esa etapa de mi vida que jamás regresaría, debería comenzar a mirarlo todo con ojos nuevos. Por supuesto, eso no significa olvidarlo todo y empezar de cero. Además, tampoco creía que

algo así funcionara. Estaba convencida de que, por mucho que una quisiera, no se podía olvidar ni lo aprendido con los años ni ninguno de los grandes reveses de la vida. Este era sin duda un importante cambio de actitud.

Durante aquellos días también tuve tiempo para pensar no ya en las cosas que deseaba, sino en las que no quería para mí. Una de las primeras fue la de dejar mi casa. La constante presencia de Gonzalo en cada rincón me agobiaba. Apenas había cambiado nada desde su muerte. Ni siquiera había sacado su ropa del armario. Durante varios días contemplé la posibilidad de pintar y redecorar toda la casa. La simple idea de meter albañiles en casa me desestabilizó. Además, tampoco estaba del todo convencida de si era la casa o era yo la que necesitaba un cambio de aires. Tal vez salir un poco me sentaría bien. Hasta que mi editor no se manifestara sobre el manuscrito que le había envidado, poco o nada tenía en lo que ocupar mi mente. Gracias a la pensión de viudedad que iba a recibir, a los *royalties* de mis novelas y a diferentes inversiones que había realizado Gonzalo, mi situación económica era casi envidiable. Poco a poco la idea fue cogiendo fuerza en mi interior.

Hay momentos en la vida en los que no sabes cuál es la razón concreta que te empuja a tomar una decisión. Simplemente te levantas una mañana y una décima de segundo es suficiente para que optes por una opción y no otra. Al menos eso fue lo que sentí un amanecer a mediados del mes de enero nada más levantarme. Fui directa al armario, saqué toda la ropa de mi marido y la dejé sobre la cama. Después vacié todos los cajones en los que guardaba jerséis, sudaderas e incluso la ropa interior. Lo último de lo que me ocupé fue de los zapatos. Ni siquiera me detuve a mirar las prendas una última vez. Sabía que lo único que conseguiría con ello sería hacerme más daño. Bajé al trastero y cogí todas las cajas que pude. Gonzalo siempre fue un fan del almacenaje y, gracias a eso, nunca nos faltaba un lugar donde guardar las cosas que no íbamos a necesitar durante un tiempo. Regresé a mi habitación y casi conteniendo la respiración, empecé a colocar la ropa en el interior de las cajas. Traté de fijar la vista en un punto intermedio entre la cama y mis manos para no tener que ver así las prendas que hasta hacía unos meses había llevado él. Al principio pude evitar no caer en los recuerdos. No contaba con que el aroma de su perfume lo llenara todo. A partir de ahí, mis manos comenzaron a temblar y se me aceleró el pulso. Luego se me hizo un nudo enorme en la garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas. Durante unos segundos consideré seriamente la opción de abandonar la tarea. Sin embargo, en mi interior y, a pesar de todo el dolor que estaba experimentando, sabía que había

llegado el momento de deshacerme de todo aquello. Era el único modo para poder continuar. Cerré la última de las cajas con bastante dificultad y, en cuanto lo logré, bajé a la cocina a servirme un café.

Mientras lo saboreaba pensé en qué iba a hacer a partir de ahora. Mi marido no volvería. Eso era un hecho y acababa de borrar cualquier rastro de él de nuestro dormitorio. También tenía asumido que nunca podría solucionar la discusión que habíamos tenido la noche en la que murió. Tampoco tendría ocasión de razonar con él nada de lo que nos habíamos dicho ni ahondar más en las emociones encontradas que vivimos aquella última vez. Todo había terminado y, aunque me quedaran mil interrogantes por resolver, jamás obtendría una respuesta.

Apreté los ojos con fuerza y respiré hondo. Tenía que volver al dormitorio a por las cajas y bajarlas al trastero hasta que decidiera qué hacer con ellas. Cuando terminé la tarea estaba exhausta y empapada en sudor. Cargar con las pertenencias de mi marido por la escalera había sido más duro de lo que había imaginado. En cualquier caso, ya estaba hecho. Entré en el baño y, antes de desnudarme, observé mi rostro frente al espejo. No tenía mal aspecto a pesar de todo lo que había sufrido durante los últimos meses y de lo poco que me había cuidado, en especial al principio. Gracias a mis paseos diarios por la playa y al ejercicio, hasta mi piel siempre tan blanca, había adquirido algo de color. Mi melena estaba recogida en una coleta improvisada. Fijé la vista en la parte superior de la frente y me pregunté cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de un buen tinte. Sin duda alguna, debía de hacer bastante a juzgar por las canas que se mezclaban con los diferentes tonos de mi castaño natural. También me di cuenta de que habían aparecido dos nuevas bolsas bajo mis ojos. Siempre había presumido de ser una mujer sin ojeras. Daba igual si había dormido dos horas o catorce. Jamás había tenido ni siquiera una pequeña arruguita. Ahora, dos finas capas violáceas me recordaban que, si no comenzaba a pensar en mí, iba a envejecer muy rápido. Ese pensamiento me hizo sonreír. Probablemente a cualquier otra persona le hubiera parecido horrible pensar en cremas e hidratantes para el cutis dadas las circunstancias. A mí me pareció algo de lo más normal y fue eso lo que me recordó que la mujer que siempre había vivido en mi interior estaba comenzando a resurgir. Ya en la ducha me entretuve trazando un plan para recuperar todo lo que había dejado atrás durante el duelo.

Una idea cruzó por mi mente. Al principio la descarté por completo, pero como regresó varias veces con insistencia, al final le presté atención. Acababa

de deshacerme de todas las pertenencias de Gonzalo y él seguía estando allí. Seguramente lo seguiría estando durante bastante tiempo. La novedad residía en que yo no estaba dispuesta a convivir con eso, no hasta que hubiera decidido qué hacer a continuación. Necesitaba marcharme, salir de aquellas cuatro paredes en las que prácticamente me había enterrado. Salí de la ducha. Me vestí apresuradamente con un pantalón vaquero ancho, una camiseta de algodón y unas deportivas blancas. Luego fui a mi despacho, encendí el ordenador y busqué un mapa de España. Una sensación muy extraña se había extendido por todo mi cuerpo. Estaba emocionada y asustada al mismo tiempo. No sabía qué era lo que me estaba impulsando a comportarme así, pero cuanto más lo meditaba, mayores eran mis ganas de dejarme llevar por ella. Cerré los ojos y, de forma completamente aleatoria, coloqué el dedo sobre la pantalla del ordenador. Cuando los abrí lo primero que pude leer con total claridad fue: Naia do Miño. Paseé los ojos varias veces por las letras para asegurarme de que había entendido correctamente el nombre de aquel lugar. A continuación, lo copié en el buscador y me dispuse a averiguar a dónde me había llevado el azar. Mientras lo hacía ya tenía claro que mi destino era Galicia. Concretamente, algún lugar de la provincia de Pontevedra. El primer resultado que consulté me ofreció las imágenes más espectaculares de la naturaleza que había visto en mucho tiempo. Lo siguiente que hice fue buscar el modo más rápido de llegar hasta allí. En cuanto lo tuve, anoté todo en mi teléfono móvil y fui corriendo a mi habitación.

Abrí las puertas de mi armario, bajé la maleta del altillo y empecé a llenarla. No sabía por qué. Solo me apremiaba la sensación de marcharme de la ciudad a ese paraíso que acababa de descubrir por casualidad. Procuré pensar con cierta claridad y metí bastante ropa de abrigo. Había estado con anterioridad en Santiago y en La Coruña. Sabía cómo se las gastaba el tiempo por estas tierras en las que igual pasaban semanas en las que no se veía la luz a causa de la lluvia, como que soplaba el viento o ambas cosas. También lucía el sol, pero cerca del río la humedad siempre provocaba que la sensación térmica fuera más intensa. Cogí la bolsa del portátil que solía utilizar para viajar. No sabía ni cuánto tiempo iba a estar fuera, ni dónde iba a alojarme. Ni siquiera tenía la certeza de poder pasar más de tres días alejada de mi ciudad. Pero allá iba.

En cuanto me aseguré de tener las tarjetas de crédito y las del seguro médico llamé a un taxi. Faltaban cuatro horas para el siguiente vuelo a Vigo, pero debía darme prisa. Mientras esperaba me ocupé en cargar mi *ebook* del

máximo número posible de libros asegurándome el entretenimiento para, al menos, un par de semanas. Estaba terminando de apagar el ordenador cuando escuché el claxon de un vehículo. Bajé las escaleras, me puse el abrigo, cogí el equipaje y dirigí una rápida mirada a mi casa. El tiempo justo para despedirme de ella en silencio, pero sin dejarme arrastrar por la melancolía o la incertidumbre.

Mientras el taxi cruzaba la Diagonal sentí una mezcla de ilusión y melancolía. Por una parte, me dejé llevar por ese hormigueo que se instala en la boca del estómago cuando intuyes que estás a punto de hacer algo importante. No había ninguna razón lógica para creer aquello. Sin embargo, estaba casi convencida de que viajaba hasta aquel rincón de Galicia por algún motivo. Por otro lado, me apenaba alejarme de Barcelona, de sus calles, del mar y de esa rutina que tanto bien estaba haciendo tanto a mi mente como a mi espíritu. Pero, por mucho que me entristeciera salir de casa, tenía la sensación de que ese impulso que me guiaba me llevaba a algo mejor. El trayecto hasta el aeropuerto se me hizo muy corto. Como solo llevaba mi maleta y la bolsa del portátil no estaba obligada a facturar, de modo que cuando me instalé en la terminal B de la T1 todavía faltaban dos horas para que saliera el avión. Caminé con paso decidido hasta un pequeño café que había justo frente a una de las probables puertas de embarque, pedí un americano y me senté en una de las mesas más pequeñas que estaban justo al lado del ventanal desde el que se podía ver con claridad parte de la pista de despegue. Durante varios minutos me entretuve viendo cómo los aviones abandonaban la ciudad y jugué a imaginar a dónde se dirigiría cada uno de ellos. Luego empecé a sentirme un poco abrumada por la decisión que había tomado y pensé que lo mejor sería escribir un rato. Saqué el portátil de su bolsa y tuve la precaución de poner la alarma del teléfono móvil. No hubiera sido la primera vez en la que me enfrascaba tanto en una historia que casi perdía un vuelo. Abrí un documento en blanco, pero antes de empezar a dejar que mis dedos se deslizaran sobre el teclado me acordé de Elena.

La echaba muchísimo de menos y seguía muy preocupada por ella. Desde aquel único mensaje en el que me decía que necesitaba irse, no había vuelto a saber nada más de ella. Yo, seguía enviándole mensajes y algún que otro *email*. Así fue como supe que estaba bien o, al menos viva, en algún lugar del planeta. Los correos no me los devolvía el sistema, por lo que interpreté que llegaban a su destino. En ellos no le contaba nada especial. No mencionaba su huida y tampoco le preguntaba sobre los motivos que la habían llevado a

desaparecer de aquel modo. Solía explicarle cosas relacionadas con mi día a día o los progresos que iba haciendo con mi novela. Tecleé un correo a toda velocidad. No ofrecí demasiados datos. Tan solo que me iba unos días a Galicia porque necesitaba desconectar y descansar un poco.

Luego fijé la vista en el documento que había abierto y me concentré en la escritura. Por segunda vez en muy poco tiempo, volví a pensar que era víctima de algún hechizo creativo porque, sin apenas darme cuenta, las frases brotaron de mis dedos sin apenas esfuerzo. La vez anterior, lo había atribuido al momento personal por el que estaba atravesando. En los momentos en los que llevaba algo mejor el dolor, incluso me convencí de que estaba escribiendo una de esas novelas únicas en la vida de un autor y cuya voz jamás se vuelve a encontrar. Ahora volvía a suceder. Era yo en estado puro. Mis manos estaban conectadas a ese susurro que nacía justo del centro de mi pecho y fluía hasta los dedos. Nada de lo que tecleaba parecía ser racional. Pero al releerlo, me di cuenta de que las palabras tenían más sentido que nunca. Me animé pensando que debía seguir por ese camino. Necesitaba ahondar en todo lo que estaba sintiendo y, de nuevo, la sensación de estar frente a algo importante me llenó por completo.

El tiempo voló y solo regresé a la realidad cuando nos llamaron para embarcar. Mantenía la energía que me había dado el rato de escritura. Consideré trabajar también durante el vuelo. Enseguida lo deseché. Quería vivir la experiencia en la que me había embarcado desde el principio y con los cinco sentidos. Cuando el avión comenzó a desplazarse sobre la pista cerré los ojos y traté de poner la mente en blanco. Por primera vez en años no había nadie que me esperara. Por primera vez en mucho tiempo no tenía que dar ninguna explicación de lo que hacía con mi vida. También por primera vez, no sentí nada. Y lejos de asustarme lo que sentí fue un tremendo alivio. Porque aquella ausencia de emociones solo podía significar una cosa: Todavía quedaban muchas páginas de mi vida por llenar.

Capítulo 11

Vigo me recibió con un tiempo de lo más gallego. Llovía a cántaros y pude notar el frío colándose a través de las paredes del *finger* nada más salir del interior del avión. El lugar al que me dirigía estaba a unos cuarenta minutos en coche, de modo que decidí que lo mejor sería alquilar un vehículo y conducir hasta mi destino final. Con paso firme fui hasta el mostrador en el que debía hacer la reserva y el pago. Una vez allí, traté de obtener la mayor información posible del lugar en el que pensaba quedarme durante las próximas semanas. Aunque ya había hecho mi particular investigación sobre la zona, sabía que los detalles proporcionados por los habitantes de la zona serían mucho más valiosos que los que pudiera encontrar online. Estuve de suerte porque enseguida conecté con la chica que se encargaba de tramitar los alquileres. No tendría más de veinticinco años. Era morena y tenía unos ojos negros no muy grandes, pero sí bastante expresivos. Además, lucía una sonrisa sincera que invitaba a conversar.

—¿Y está segura de que quiere ir a Naia do Miño? —dijo con aquel acento tan típico del lugar y que enseguida me cautivó.

—Sí. ¿No es bonito?

—¡Es precioso! Lo que pasa es que en esta época del año es raro que vengan turistas a visitar un lugar tan pequeño y apartado. La gente que viene por aquí suele buscar ciudades como Pontevedra o Baiona.

—Pues yo debo ser la excepción porque lo que más me apetece ahora es paz y tranquilidad —respondí contagiada de la jovialidad que la muchacha desprendía.

—Allí la va a encontrar seguro. Solo están los trabajadores de los viñedos, las mujeres del vivero y la gente que está demasiado mayor o demasiado apegada al pueblo como para marchar.

—He estado buscando información por internet y hay algo que no he sabido encontrar —añadí con cierto temor—. ¿Hay algún hostel en el pueblo en el que me pueda alojar?

—No señora —respondió la joven con eficiencia—. Pero le puedo dar el número de teléfono de un par de personas que estarán encantadas de alojarla en su casa.

—No quisiera molestar a nadie. Además, tampoco sé con exactitud cuánto

tiempo me voy a quedar.

—¡No se preocupe por eso! Son gente de confianza y a la que no le vendrá mal sacarse unos euriños extra.

—¿Seguro que no seré un incordio para ellos?

En ningún momento había entrado en mis planes alojarme en un domicilio particular.

—Estoy segura. Mire, una de las casas que le recomiendo es la de Doña Lina. Espero que no le importe, pero ya que va usted a su pueblo y que ella está tan sola... ¡Seguro que está encantada de tener que ocuparse de una invitada!

—Bueno... Yo tenía intención de pagar por el alojamiento —dije sintiéndome un poco incómoda ante el cariz que estaba tomando la conversación.

—Por eso no se preocupe. De esa casa no se va nadie sin pagar... —No sé si fue el tono de voz con el que pronunció aquellas palabras o el brillo que percibí en sus ojos, pero me había convencido a la primera—. Mire, si quiere, la podemos telefonar desde aquí. Así se garantiza ya usted una cama y una buena cena para esta noche porque, si tiene que conducir bajo esta lluvia, la va a necesitar.

—Sería estupendo salir de aquí sabiendo dónde me voy a alojar —apenas había terminado de hablar y la joven ya estaba teléfono en mano.

—Hola Lina. Soy Rosa, la de la *garrucha*... Te mando una chica para alojarse en tu casa por unos días. Que va de vacaciones a Naia y quiere conocer todo aquello. Si, ya sé que no es tiempo de turistas en el pueblo, pero está muy interesada en pasear por las calles y conocer a sus gentes.

En ningún momento había dicho yo algo parecido. Pero me gustó tanto el desparpajo con el que abordó el tema que no me atreví a intervenir. Además, si no me gustaba la opción que acababa de escoger, siempre podía irme a otra parte. Esa era la razón principal por la que había alquilado un coche. Para poder moverme a mi antojo y tener total libertad.

—¡Pues ya está! Tiene alojamiento para esta noche y para todo el tiempo que quiera. Ya verá como Lina le encanta. Es una mujer fascinante —dijo mientras sonreía.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¡Claro que sí!

—¿Cómo es que conoces tan bien a la gente de Naia cuando es un lugar tan pequeño y alejado?

—Porque nació allí —se limitó a afirmar con energía.

—Disculpa... No pretendía ser grosera —respondí al darme cuenta de que quizás la referencia a su pueblo podía haberla ofendido.

—Tranquila. No lo ha sido. Ya verá cómo le gusta todo aquello. Mire, aquí tiene la dirección de Lina —dijo tendiéndome una hoja de papel— y también le anoto algunas instrucciones para que encuentre el lugar sin problemas. Además —añadió mientras me ofrecía un mapa de la zona— le voy a señalar también algunos de los lugares que debe visitar y que creo que le gustarán. También le marco varios restaurantes. La comida de por aquí es difícil de olvidar.

Mientras observaba cómo escribía a toda velocidad pensé en cuánto me gustaría tener la mitad de su vitalidad y predisposición a la hora de ayudar a los demás. Era cierto que, parte del trabajo de aquella chica consistía en ser agradable y, hasta cierto punto, servicial. Pero de ahí a volcarse como lo había hecho conmigo había mucho. Durante unos segundos pensé en cuándo había sido la última vez que me había comportado así con alguien. Me dolió darme cuenta de que no lo recordaba. Hice una nota mental y me prometí en silencio que sería uno de los propósitos que me marcaría para este viaje: Ser algo más cercana. Dejar de encerrarme tras las páginas de mis libros y mostrar una pequeña parte de lo que habitaba en mi interior.

—Bueno, pues ya está todo. Si camina unos metros por este mismo pasillo y luego gira a la derecha encontrará su coche. Aquí tiene las llaves y la documentación. Si necesita ampliar su reserva para más días, solo tiene que llamarme. Si se va a alojar en casa de Lina yo misma se lo entregaré todo. Así no tendrá que conducir casi una hora solo para poner una firma.

—Rosa... No sé cómo agradecerte todo esto —dije y sentí el ya familiar nudo en la garganta.

—Es mi trabajo y no es molestia ninguna, de verdad.

—Muchísimas gracias —repetí embargada por la emoción.

—Espero que disfrute de Naia y ojalá vuelva a verla pronto.

Me alejé de allí con paso rápido. No quería empezar la aventura con los ojos bañados en lágrimas. Así de sensible estaba. Tal y como había dicho, el vehículo me esperaba en el lugar exacto que me había indicado. Coloqué el equipaje en el maletero y fue ahí cuando caí en la cuenta del coche que había alquilado. Se trataba de un Volkswagen Golf TDI de color blanco casi idéntico al que me regalaron mis padres cuando, allá por los noventa, me saqué el carné de conducir. Adoraba ese modelo y, aunque seguramente estaría dotado

con la última tecnología, su exterior seguía manteniendo la esencia. Bastante animada, me senté frente al volante, introduje Naia do Miño en el navegador y comprobé que me ofrecía la misma ruta de autovía y carretera que yo había memorizado antes de salir de Barcelona. Si todo iba bien, en menos de una hora estaría disfrutando de la paz y la tranquilidad que tanto ansiaba.

En cuanto salí del aeropuerto la lluvia volvió a hacer acto de presencia, aunque con menos fuerza. A pesar de lo cubierto que estaba el cielo y de que empezaba a anochecer, aun pude apreciar algo del paisaje. Allá donde mirara solo veía verde y azul. La ría, el mar y la montaña se combinaban con una perfección que me sobrecogió. Otra de las cosas que llamó mi atención fue el brillo especial que parecía reinar a mi alrededor. Durante unos segundos miré al cielo. Las tonalidades eran muy diferentes a las que recordaba de otros puntos de Galicia. Era como si el lugar en el que me encontraba no perteneciera al norte. Esto me hizo esbozar una sonrisa y provocó cierto hormigueo en las puntas de mis dedos. Todo iba a ir bien.

A medida que me fui alejando de la ciudad, el paisaje se hizo mucho más verde y agreste. Comenzaron a aparecer las primeras casas de granito con sus techos de tejas rojas de las que enseguida me enamoré. Otra de las cosas a las que me aficioné fue al olor del eucalipto. Era tan intenso que no pude resistir la tentación de abrir la ventana e inspirar con fuerza. Olía a tierra mojada, a campo, a vida. Me sorprendí sintiéndome tan bien frente a un paisaje como aquel. Teniendo en cuenta que me definía como una adicta al mar y a la playa, no entendía la fascinación que este lugar estaba despertando en mí. Conforme me acercaba a mi destino, las poblaciones se fueron haciendo más pequeñas hasta que, al final, se redujeron a unos cuantos grupos de casas todos ellos contruidos muy cercanos a las iglesias.

Una señal en la carretera anunció que me encontraba a poco más de diez kilómetros de Naia. Estaba ansiosa por descubrir si el lugar hacía justicia a las imágenes que había visto tan solo unas horas atrás. Eso sí, tendría que esperar a que fuera de día y dejara de llover. Poco a poco la carretera se fue estrechando hasta quedar convertida en un camino de sentido único. Un par de kilómetros después encontré el desvío que me llevaría directamente hasta el centro del pueblo. Una vez allí tendría que encontrar un sendero por el que no tenía la certeza de que el coche pudiera transitar. La casa de Doña Lina estaba más o menos a la mitad del sendero. Me encomendé a todos los santos para encontrarla a la primera y no tener que caminar bajo aquella lluvia.

Las calles del centro de Naia estaban prácticamente desiertas. De no

haber sido por las luces que se colaban a través de las ventanas, hubiera pensado que me hallaba en una especie de pueblo fantasma. Desde el interior del coche traté de familiarizarme con el lugar. Me sentí aliviada al ver que a mi derecha había un bar con la tele encendida y a mi izquierda una tienda de ultramarinos en que la se podía leer el cartel de “abierto”. Por lo menos podría tomarme un café y comprar alguna chuchería para pasar el resto de la noche. Dudaba mucho que Doña Lina hubiera tenido tiempo de preparar nada. Vi la casa antes de salir del coche. Rosa la había descrito a la perfección, pero se le había olvidado explicar que no era una vivienda al uso. Al menos no como yo la entendía. La construcción hubiera pasado por una mansión en cualquier otro lugar del país. Al igual que en el resto de casas que había visto desde mi llegada, el granito era el protagonista. La diferencia residía en que no disponía de una sola planta, sino de tres y cuadruplicaba en superficie a las demás. Bajé del coche y, con paso rápido me acerqué a la puerta. El sonido del timbre me sobresaltó y cuando Doña Lina abrió me encontró con el corazón acelerado y la lluvia cayendo con fuerza de nuevo sobre mi rostro.

—Buenas tardes soy... —No tuve oportunidad de decir nada más porque enseguida la bellísima mujer que tenía frente a mí comenzó a hablar.

—Ya sé quién es. Pase, por favor. Se está mojando —dijo mientras que, con un hábil movimiento, cogió las maletas que descansaban a mi lado—. Deje el abrigo en ese perchero para que se seque y, si me acompaña, le enseñaré su dormitorio y dónde puede cambiarse.

La casa era más espectacular de lo que aparentaba por fuera. Lo primero que me llamó la atención fue el suelo de mármol de color beis. Siempre había pensado que en los lugares en los que llovía y solía hacer tanto frío se optaban por materiales más cálidos como la madera. En este caso, no era así. Luego mis ojos se fijaron en una imponente escalera del mismo material que daba acceso a la planta superior. Me impresionó también la barandilla de madera tallada con la que estaba rematada. Nunca fui entendida ni en arte ni en decoración, pero algo me decía que se trataba de una pieza carísima y, probablemente, única.

Apreté el paso para no perder de vista a Doña Lina y pude ver que la puerta que daba acceso a la sala de estar eran dos enormes vidrieras de tonalidades rojizas y motivos campestres. Fue entonces cuando empecé a tener la sensación de que me iba a alojar en una especie de museo, pero no me atreví a abrir la boca. Había tenido la suerte de que aquella mujer me acogiera en su casa sin hacer demasiadas preguntas. Después de atravesar una pequeña

sala de estar en la que había un enorme sofá tapizado con casi los mismos motivos que en la vidriera, unos muebles de madera que identifiqué como de roble accedimos a la cocina. Durante unos segundos pensé en que, quizás, quisiera alojarme en una especie de trastero dado el recorrido que estábamos haciendo por el interior de la casa, pero deseché esa idea en cuanto me percaté de la existencia de una modernísima isla con ocho fogones justo al lado de lo que me pareció una centenaria cocina de leña. Debí de emitir algún tipo de sonido porque enseguida, mi guía se dio la vuelta y me miró con cierta complicidad.

—Es una de las joyas de la casa —dijo mientras paseaba la vista desde mi rostro hacia el objeto de alabanza en cuestión—. Por si se lo pregunta... sí, todavía funciona.

—Sabía que existían por las historias que oía de pequeña en casa, pero nunca había visto una cocina como estas. Mi abuela solía contar que todo sabía diferente cuando se preparaba aquí.

—Y tenía razón... Mañana prepararé carne y verá que delicia —añadió como si pudiera saborear el plato con solo imaginarlo.

—Por mí no se moleste. He visto que hay un supermercado aquí cerca. Saldré a comprar algo o quizás me pase por un restaurante que he visto cuando aparcaba.

—Haré un buen caldo con berzas y zorza. Comerá como es debido y si luego le quedan ganas de ir a comprar cualquiera de las porquerías procesadas que venden en los supermercados podrá hacerlo.

De niña había aprendido a no replicar a las personas mayores. Me quedé en silencio no tanto por educación sino porque me di cuenta de que estaba frente una mujer de carácter fuerte e inamovibles decisiones. Acepté sin rechistar la invitación para compartir mesa al día siguiente y, de paso, probar algunos platos de la gastronomía local. El leve chirrido de una puerta me devolvió a la realidad. Doña Lina había desaparecido de mi vista e intuí que debía de haberlo hecho por aquella puerta. La atravesé y me encontré en medio de un jardín inmenso que apenas podía ver por la lluvia que había arreciado y porque apenas estaba iluminado por la luz que se reflejaba desde el interior de la casa.

—Es por aquí —dijo una voz justo a mi derecha y a la que seguí con toda la rapidez que pude teniendo en cuenta que no conocía el lugar—. Mañana cuando salga sol le enseñaré todo esto. Ahora lo importante es que pueda darse un baño bien caliente y que descanse.

Escuché un leve tintineo y vi cómo sacaba unas llaves del interior del bolsillo de la chaqueta marrón que llevaba puesta. Traté de adaptar la vista a la oscuridad y, después de unos segundos, me pareció adivinar una construcción más pequeña tras la puerta que ya se estaba abriendo. Entonces se hizo la luz y me encontré poniendo un pie en una enorme, pero al mismo tiempo acogedora, sala de estar.

—He pensado que necesitaría cierta intimidad. Así es que, mientras esté en mi casa, se alojará aquí. Tiene cocina propia, baño y, si no quiere pasar por la vivienda grande cada día tiene su entrada propia —añadió señalando hacia un punto que yo no podía ver—.

—No tenía que haberse molestado tanto. Solo necesito una cama y poco más —respondí en cuanto recuperé el habla. Me sentía un poco abrumada.

—Pero seguro que aquí está mucho mejor y encuentra la solución que está buscando —en cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras, me miró directamente a los ojos y fue entonces cuando me di cuenta de que eran del verde más extraordinario que había visto en mi vida. Siempre había pensado que el color de los de mi amiga Elena eran fascinantes y, probablemente, únicos. Ahora tenía que admitir que en esa mirada había algo que solo pude definir como magia.

—En realidad no sé si estoy buscando algo —respondí sin dejar de sentirme aturdida por sus palabras.

—Sea lo que sea, ha venido al lugar adecuado.

Doña Lina no añadió nada más. Yo permanecí también en silencio con la vista fija en una enorme mesa de madera que descansaba bajo el ventanal. Enseguida pensé que ese sería un lugar ideal para trabajar. Me giré ligeramente hacia donde estaba la dueña de la casa para darle las gracias de nuevo, pero ya no estaba. Había desaparecido con la misma velocidad con la que me había llevado hasta allí. Sin dejar de pensar en ella y en ese halo de magnetismo que la envolvía, decidí que lo mejor sería instalarme lo antes posible. Empezaba a notar el cansancio del viaje y me moría de ganas de ponerme ropa un poco más de abrigo que la que llevaba. De modo que, cerré la puerta tras de mí y empecé a moverme por la casa con el fin de descubrirla.

Lo primero que vi a mi derecha fue una enorme chimenea de piedra que estaba lista para ser encendida. No me lo pensé dos veces y corrí hacia ella. Solo hicieron falta un par de cerillas para que el fuego prendiera. Enseguida sentí un leve calor en las mejillas. Justo a la izquierda había un enorme hueco también de piedra en el que descansaba la leña suficiente para pasar, al menos

en mi opinión, varios meses sin salir de allí. Alcé un poco la vista y me encontré con algo que no esperaba. A ambos lados de la chimenea había unos estantes de la misma madera que la mesa y que recorrían la pared de lado a lado. Todos ellos estaban repletos de libros. Parpadeé con fuerza un par de veces para convencerme de que lo que estaba viendo era real. Cuando me convencí de que lo era, me sentí en el paraíso. En ese instante me embargó una sensación que hacía muchísimo tiempo que no experimentaba: Estaba en casa. Tan solo hacía unas pocas horas que había salido de la mía en Barcelona, pero fue rodeada por aquellas paredes de piedra cuando me di cuenta de cuánto había añorado el estar en un lugar en el que me sintiera identificada, en el que pudiera ser yo misma y donde no importara qué hiciera, cómo me vistiera o en qué ocupara mi tiempo. Era la primera vez que estaba sola en un lugar desconocido que no fuera la habitación de un hotel. Aun así, mi cuerpo y, en especial mi mente, estaban en completa armonía.

Después de comprobar que el sillón que había frente a la chimenea era tan cómodo como prometía, decidí abrir la puerta que había justo a mi derecha. Casi empecé a gritar como una niña pequeña cuando me encontré con un amplio cuarto de baño completamente blanco en el que solo destacaba un único elemento. Una bañera de hidromasaje de color coral situada estratégicamente al lado de la ventana. Ladeé la cabeza tratando de imaginar cuáles serían las vistas desde allí, porque estaba convencida de que debían ser impresionantes. Retrocedí unos pasos y me lancé a explorar el resto de la vivienda. Fue entonces cuando encontré la cocina. Me sentía muy orgullosa de la que tenía en casa, pero aquella no tenía nada que envidiarle. Era de color blanco y estaba completamente equipada. Me encantó el detalle de los tiradores de color rojo en cada uno de los muebles. Le daba al lugar la misma calidez que el fuego a la sala de estar. La siguiente de las puertas que abrí fue la del dormitorio. Decir que era precioso e inmenso, era quedarse muy corta. El armario de cinco puertas corredizas que ocupaba toda la pared de la derecha me cautivó. Deslicé una de ellas para ver el interior y me quedé fascinada. El mueble había sido construido respetando la pared de piedra natural, aunque la distribución de cada uno de los espacios era completamente actual. La cama ocupaba el centro de la estancia. Nunca había sido muy buena con las medidas, pero casi podía asegurar que medía más de dos metros tanto de ancha como de larga. Mi teoría se reforzó al fijarme en el cabecero de hierro forjado que había anclado a la pared. A ambos lados de la cama descansaban unas mesitas de noche de madera y, de nuevo bajo la ventana,

otra mesa del mismo material. No tenía ni idea ni de quién ocupaba esa vivienda, ni a qué se dedicaba, pero a juzgar por cómo estaba dispuesto todo, tenía que ser algo relacionado con la creatividad porque todo allí invitaba a dejarse llevar por la inspiración. La última de las puertas estaba junto a la ventana de la sala de estar. La abrí y vi que se trataba de un pequeño gimnasio. “Dios, quiero morir aquí”, dije en voz baja y con el corazón latiendo a toda velocidad. También le di las gracias al destino por haber puesto a Rosa en mi camino y que me hubiera conseguido aquel lugar tan maravilloso. Entonces me di cuenta de algo esencial en lo que no había caído con anterioridad. No tenía ni idea de cuál era el precio del alojamiento. Pensé en regresar a la casa principal y abordar el tema con su dueña. Lo consideré durante unos minutos hasta que me convencí de que sería mejor hacerlo a la luz del día. Dadas las circunstancias, podía permitirme un alojamiento como ese y cuanto antes comenzara a disfrutarlo, mejor. Regresé al salón a por las maletas y las llevé hasta el dormitorio. Las coloqué sobre la cama y saqué el pijama, un grueso jersey de lana rojo que solía usar para trabajar y la ropa que me iba a poner al día siguiente. En cuanto lo tuve todo listo fui al cuarto de baño dispuesta a disfrutar de un agradable baño de burbujas.

Sentir el agua caliente por todo mi cuerpo era lo que necesitaba para finalizar un día intenso y extraño al mismo tiempo. Dejé aparcadas mis dudas y me concentré en disfrutar solamente del momento presente. Poco a poco, cada músculo se fue relajando. Los párpados comenzaron a pesarme y un débil hormigueo apareció entre mis muslos. A raíz de la muerte de Gonzalo gran parte de mi mundo se había parado. Mi cuerpo no era una excepción. Sin embargo, fruto de la casualidad o del destino, acababa de volver a la vida. Me abandoné a las sensaciones que fueron aumentando poco a poco. Sonreí al imaginar qué pasaría si, por alguna razón, Doña Lina entraba y me encontraba practicando sexo conmigo misma así de buenas a primeras. Una sonora carcajada lo llenó todo. La idea de abandonarme al placer me tentaba, pero lo hacía más la necesidad de seguir escuchando lo que mi cuerpo y mi mente susurraban. Salí del agua sabiendo que tenía algo pendiente y a lo que regresaría sin duda alguna. Me puse el pijama, el jersey y estaba a punto de sentarme frente a la chimenea cuando mi estómago protestó. Oía con claridad cómo la lluvia golpeaba con fuerza los cristales y, enseguida, deseché la idea de salir a comprar. Consideré la posibilidad de molestar a mi casera. Tampoco me convenció esa opción. Me levanté y fui a la cocina. Abrí la nevera casi por inercia y me emocioné. En su interior había queso, leche,

jamón, huevos y un pequeño surtido de refrescos. Encendí el fuego y me dispuse a cocinar. Pocos minutos después estaba de nuevo frente al hogar, con una bandeja sobre mis rodillas. Junto a la tortilla que me había preparado había tres lonchas de jamón serrano que desprendía un aroma exquisito, varios trozos de pan de hogaza que había calentado en la tostadora, un vaso de leche y unas galletas de mantequilla que había encontrado en el interior de un bote metálico en uno de los armarios con todo el aspecto de ser caseras. Aunque me esforcé por masticar despacio para familiarizarme con el auténtico sabor de la comida, tardé solo unos pocos minutos en terminar. Dejé junto a la chimenea el vaso de leche y llevé la bandeja de nuevo a la cocina donde me entretuve dejándolo todo tal y como lo había encontrado. Regresé al salón y me di cuenta de que, junto a la estantería de la izquierda, en la parte de abajo, había un pequeño equipo de música. Conseguí encenderlo sin problemas y una conocida emisora de música en español apareció sintonizada en el dial. Una canción lo llenó todo. Reconocí enseguida el tema de Presuntos Implicados: “La noche”. Mientras tarareaba el estribillo, paseé la mirada por las estanterías en busca de algo de lectura. Me detuve justo en uno cuyo título era el mismo que el del tema que estaba escuchando. Lo cogí para contemplarlo más de cerca y vi que estaba escrito por una mujer, Sarah Kennedy. Me emocioné al leer el nombre ya que había sido una de mis autoras preferidas cuando estaba en la universidad. Escribía novelas en las que mezclaba tanto la historia, el romance, como el misterio. Las páginas de sus libros me habían ayudado a estudiar porque las usaba como incentivo cuando conseguía memorizar los temas que me había marcado para cada día. Cuando terminé mis estudios estaba convencida de haber leído todas sus obras e incluso recuerdo haberme puesto en contacto con su editorial con el fin de conseguir lectura nueva, aunque fuera en otro idioma. Fue así como descubrí que no existían más novelas suyas y que había dejado de escribir. A pesar de que algunos años después volví a interesarme por ella, obtuve la misma respuesta. De modo que acabé por convencerme de que tenía en mi poder toda la producción literaria de una mujer a la que me hubiera encantado conocer. Ahora sostenía entre mis manos un ejemplar del que jamás había tenido noticias. Cuando me senté de nuevo en el sofá, el corazón me latía con fuerza. Ni siquiera me molesté en leer la sinopsis de la novela. La había escrito Sarah Kennedy. Para mí eso era suficiente. Abrí el ejemplar con la misma emoción, respeto y cautela con la que una persona se acerca a lo que sabe que es valioso. En la primera página y escritas con una caligrafía impecable pude leer dos frases que provocaron que

toda la piel se me erizara: “Quiero perderme en cada esquina de tu cuerpo y revolverte entera como espuma de mar. Necesito ser aire, ese que respiras, para que comprendas que aún se puede amar”.

Capítulo 12

La luz que se filtraba a través del único hueco abierto de la contraventana de madera y el sonido de los pájaros me despertó. No tenía ni idea de qué hora era. Abrí los ojos con la sensación de haber descansado más y mejor que en años. Alargué la mano para coger el teléfono móvil que había dejado sobre la mesilla de noche. Eran las nueve y media. Salté de la cama con rapidez. Tal y como había anunciado Lina, había dejado de llover. Abrí las puertas de madera que tapaban la ventana y dejé que la habitación se iluminara por completo. Aproveché la ocasión para echar un vistazo al exterior y me quedé fascinada al darme cuenta de que todo a mi alrededor era de un verde tan intenso, incluso irreal. Parecía que la primavera estaba a punto de llegar a pesar de que todavía faltaban semanas para ello. Eso contradecía por completo mi idea de que, en el norte, apenas florecía nada durante el invierno. Qué equivocada estaba. El jardín que se extendía hasta donde alcanzaba mi vista, parecía recién sacado de una isla caribeña. Reconocí en él diferentes tipos de plantas y también algunas hortalizas. Esa extensión inmensa de terreno estaba dividida en dos partes. La de mayor tamaño era la formada por rosales, hortensias, buganvillas y lilas. La de la izquierda y mucho más pequeña había sido convertida en un pequeño huerto en el que logré identificar lechugas, cebollas y remolachas. Enseguida se me hizo la boca agua y pensé cuándo había sido la última vez que había comido algo recién cogido del campo. Tuve que remontarme a mi niñez para recordar aquellas tardes de verano en las que, junto con mis amigos del barrio, acudíamos a una huerta cercana, trepábamos a un ciruelo y allí comíamos fruta hasta que nos saciábamos. Mi estómago protestó con insistencia.

Elegí unos pantalones vaqueros claros, una camiseta de algodón blanca y un jersey grueso de color azul marino para mi primer día en Naia Do Miño. Me moría de ganas por recorrer el pueblo y verlo bajo la luz de ese sol tan estupendo. Antes debía hablar con Lina para agradecerle tanto su hospitalidad, como para gestionar el pago de mi alojamiento. En cuanto cerré la puerta de mi pequeño apartamento y me di la vuelta para encontrar el camino hasta la casa grande, advertí que no estaba sola. Me encontré a la mujer, que me había acogido en su casa, arrodillada en el suelo y sosteniendo un montón de piedras de diferentes colores en la mano izquierda. Lina lucía el cabello blanco

impecable y recogido tan solo por un pasador de madera del que se desprendían varios mechones que le proporcionaban un aire juvenil. El verde de sus ojos era más intenso de lo que recordaba y su figura me pareció más esbelta e imponente que la noche anterior.

—Buenos días. Espero no haberte despertado —dijo ofreciéndome una sonrisa sincera

—Buenos días, Doña Lina —respondí mientras contemplaba fascinada el pequeño jardín de piedra y eucaliptos en el que me encontraba—. ¡Esto es precioso!

—Llámame Lina. Y sí... solía serlo años atrás cuando había más gente ocupándose de él. Yo ya estoy demasiado mayor para tenerlo todo como me gustaría —respondió mientras se ponía en pie con bastante agilidad.

—Si vamos a tutearnos mi nombre es María. Anoche con las prisas, la lluvia y el agotamiento, apenas tuvimos tiempo de presentarnos.

—Un placer. Imagino que querrás desayunar.

—Sí. Ahora iba a acercarme al pueblo dando un paseo.

—No puedes salir sin al menos haber tomado un buen zumo de frutas —dijo con tanta rotundidad que fue imposible negarme—. Te acompañaré y así yo también podré beber algo fresco. Los días ya van siendo más cálidos y eso se nota cuando trabajas al aire libre.

Mientras la seguía en dirección a la casa grande pensé cómo sería de verdad el invierno para la gente de allí. Noté cómo la brisa fresca erizaba la piel de mi rostro y el jersey polar que me cubría el cuerpo no me sobraba. Lina, por el contrario, parecía incluso acalorada. En mi interior agradecí contar con buen tiempo. Eso ayudaba a mejorar mucho mi humor. En cuanto entramos en casa, Lina dejó con cuidado las piedras que todavía sostenía entre los dedos. Y fue entonces cuando me di cuenta de que, cada una de ellas, estaba pintada de diversos colores sin ninguna relación aparente entre si.

—Es uno de mis hobbies —dijo en cuanto se dio cuenta de que la estaba observando—. Cuando los días comienzan a templarse me entretengo decorando el sendero de los eucaliptos. Este año voy con un poco de retraso. Espero terminarlo a tiempo.

—Todavía hace frío...

—Lo más duro ya ha pasado. Hasta casi el mes de agosto lo que nos esperan son días calurosos y noches cortas.

No quise contradecirla. Me parecía casi imposible que el calor fuera tal si lo comparábamos con lo que se sufría a orillas del mediterráneo casi seis

meses al año. Me sorprendí entonces preguntándome cómo serían los veranos. La llegada de los turistas, la de los familiares que vivían en otras ciudades, las tardes de playa o de excursión por alguna de las rutas que había visto anunciadas en un folleto en el aeropuerto. Eso me animó. Quizás, si el tiempo acompañaba, pudiera hacer una escapada en solitario.

—¿Y qué es exactamente lo que haces con esas piedras? —pregunté ya sentada en la cocina frente a un zumo de pomelo recién exprimido.

—Cada año decoro el sendero con un mosaico formado a base de estas piedras que recojo durante meses. Lo voy haciendo en mis ratos libres.

—¿Dibuja el camino de los eucaliptos?

—Algo así. En cuanto te acabes el zumo te lo enseño. Aunque todavía no está terminado. Es una tradición en esta casa y además me ayuda a mantener la cabeza ocupada. Cada vez que salgo a caminar selecciono las piedras adecuadas y voy trazando en mi mente el diseño que quiero pintar. Cuando lo tengo, lo dibujo en un papel para que no se me olvide ningún detalle y, en cuanto llega el buen tiempo, empiezo con la decoración.

—Debe de ser algo muy laborioso.

—En algo hay que ocupar el tiempo. Los días aquí pueden ser muy... largos —añadió con un punto de tristeza que no me pasó desapercibido.

Tal y como había anunciado, en cuanto terminé el zumo que estaba delicioso, regresamos a la zona de eucaliptos. Allí me enseñó el mosaico en el que estaba trabajando ahora. A pesar de la modestia con la que lo hizo, me di cuenta de lo orgullosa que estaba de una obra que todavía estaba casi en pañales. Y no era para menos. Con cada una de esas pequeñas piedras de colores había conseguido esbozar una escena que me resultó familiar. Si se observaba el conjunto desde cierta distancia se diferenciaban varios tonos de azul que evocaban, sin duda alguna, al mar. Justo a mis pies distinguí las siluetas de dos niños jugando. Fue entonces cuando reconocí la imagen y sonreí.

—Niños en la playa... —murmuré.

—No pretendo ser tan ambiciosa —dijo con una pizca de orgullo— pero sí, este año habrá algo de Sorolla en mi jardín.

—Me encanta su obra y tú... ¡Has reproducido tan bien la luz!

—Lo pinto como lo recuerdo —respondió con lo que me pareció cierta añoranza.

—¿No está el mar a pocos kilómetros de aquí?

—Sí. A diez minutos en coche. Pero, como sabes. Ese no es el mar de este

cuadro.

—Cierto. El Mediterráneo queda algo más lejos.

—Bueno, no quiero entretenerme en tu primera mañana aquí. Si a la hora del almuerzo tienes apetito, aquí tendrás un plato caliente. Si prefieres algo de intimidad, ve al apeadero. Está justo al doblar la esquina.

—Lo haré. Por cierto... Antes de marcharme hay un tema del que creo que deberíamos hablar.

—Tú dirás.

—Cuando hablé con Rosa en el aeropuerto y le pedí una habitación, nunca imaginé que me enviaría a un lugar tan maravilloso como este. Y me gustaría dejar zanjado el tema del alquiler.

—¿Cuánto puedes pagar?

—¿Cuánto suele cobrar usted?

Durante unos segundos Lina me dedicó una enigmática sonrisa y sus ojos verdes me observaron con intensidad.

—En temporada alta una quincena ronda los mil euros. Estamos en pleno enero y, dado que yo también me voy a beneficiar de tu compañía, dejémoslo en seiscientos por un mes con todo incluido.

—No quiero ser ninguna... —respondí casi por inercia y todavía sorprendida por el precio tan bajo que me acababa de dar.

—Y no lo vas a ser. Me vendrá bien mantenerme ocupada y tener cerca a alguien con quien conversar de vez en cuando.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Quién vive en la casita del jardín? —Sentía curiosidad por el inquilino habitual del lugar en el que me ella me había alojado.

—Nadie. Solo los turistas cuando vienen durante el verano —respondió mientras se colocaba con rapidez un mechón de pelo que se le había escapado del pasador con el que sujetaba su media melena—. ¿Por qué lo preguntas?

—Anoche mientras me instalaba me dio la impresión de hacerlo en casa de un artista. La disposición de las mesas, la cantidad de luz que hay en su interior y esa enorme biblioteca...

—Me alegra que percibas esa casa como algo especial. Deseo de verdad que encuentres aquí lo que has venido a buscar.

—No busco nada en particular —mentí porque me molestaba que leyera mis emociones con tanta facilidad.

—Todos buscamos algo —respondió mientras tomaba mi mano derecha y

la sostenía con delicadeza entre las suyas.

Tenía razón. Dos breves conversaciones con ella me habían bastado para darme cuenta de que Lina tenía una gran facilidad para leer entre líneas y también para interpretar el lenguaje corporal. Por el modo en el que me miraba supe que ya se había formado una opinión sobre mí.

—Será mejor que no te entretenga más. Disfruta del día.

—Así lo haré.

Encontré con cierta facilidad la puerta que daba acceso directo al exterior de la propiedad. Varias mujeres cargadas con cestos de paja pasaron por delante de mí conversando animadas. Apenas un par de minutos después divisé el bar de la noche anterior y que, a aquella hora, estaba completamente lleno. Caminé unos pocos pasos y enseguida encontré el motivo de aquel ajeteo. Era día de mercadillo y decidí que lo mejor sería darme una vuelta para ver lo que se ofrecía en los puestos. Después de detenerme en varios en los que se vendía ropa, calzado y útiles de cocina, me dirigí a uno bastante grande en el que me pareció adivinar pan recién hecho. Me acerqué con decisión y me emocioné al ver la cantidad de tartas caseras, pasteles, magdalenas y bollos que cubrían por completo cada una de las bandejas en los que estaban colocados. Por segunda vez aquel día, mi estómago volvió a protestar y decidí darme un capricho. Después de mucho pensar, porque a punto estuve de llevarme un poco de cada cosa, opté por unas pequeñas tartaletas de hojaldre y manzana que parecían recién sacadas del horno y unas empanadillas de cebolla que ni siquiera llegaron a entrar en la bolsa en cuanto las pagué. Me las comí allí mismo y volví a tener la sensación de que hacía muchísimo tiempo que no me alimentaba con comida de verdad. La masa de aquellas empanadillas crujía entre mis dientes, el tomate y la cebolla tenían un sabor tan intenso que, durante unos segundos, tuve la impresión de regresar a la cocina de mi abuela. No sabía si era porque estaba dispuesta a disfrutar de la experiencia o porque en realidad toda aquella comida casera estaba deliciosa, lo cierto era que no podía esperar a llegar a casa para comprobar si la tartaleta de manzana tenía tan buen sabor como aparentaba. No sin esfuerzo, logré contener mi gula y seguí caminando hasta que encontré una pequeña cafetería con terraza y vistas a la plaza mayor. Caminé hacia allí y me senté en una de las mesas más soleadas. En cuanto me acomodé saqué de mi bolso el cuaderno de notas y la novela que había encontrado en casa la noche anterior.

Poco después estaba disfrutando de una taza de café bien cargado y un bollo dulce que estaba delicioso. Apenas llevaba un par de horas en pie y ya

había comido más de lo que lo hacía en Barcelona en un solo día. Si pensaba quedarme en Naia durante al menos un mes, iba a tener que empezar a cuidar mi alimentación si no quería regresar con un par de tallas de más. Me costó poco retomar la lectura desde donde la había dejado la noche anterior. Siempre me pasaba lo mismo con esta autora. Conseguía atraparme tan solo con un par de frases y, además, “La noche” me tenía bastante intrigada porque la historia que narraba se parecía muchísimo a todo lo que yo acababa de vivir. Deseaba saber cómo terminaba y, al mismo tiempo, me apenaba pensar que el libro no duraría demasiado entre mis manos. Mientras devoraba página tras página empecé a percibir un intenso aroma a jazmín. Aparté brevemente la vista del papel para localizar la procedencia de ese olor que tanto me gustaba. No lo encontré. Me concentré de nuevo no sin antes caer en la cuenta de que, tan al norte y en la época del año en la que nos encontrábamos, no era probable que hubiera florecido ninguno todavía. Sin embargo, no había ninguna duda. Era jazmín lo que estaba respirando. Levanté de nuevo la cabeza y miré a mi alrededor, tampoco encontré nada. Pensé que quizás vendieran perfumes en alguno de los puestos del mercadillo y que su aroma llegaba hasta mí. Tras una rápida ojeada me encontré frente a unos ojos grises, unos labios gruesos y un hoyuelo en la barbilla. El corazón comenzó a latirme con fuerza y toda la piel se erizó al mismo tiempo. Sabía que lo correcto era apartar la vista y tratar de disimular la agitación que sentía. Fue imposible. Estaba completamente atrapada en los ojos de ese desconocido que se iba acercando con paso decidido. Cuando pasó junto a mi mesa me dedicó una ligera inclinación de cabeza y se perdió en el interior del café.

Tardé bastante tiempo en recuperarme. Cuando volví a la realidad, unas enormes nubes habían ocultado el sol y ni siquiera me había dado cuenta. Respiré hondo en un intento de poner mis pensamientos en orden y también para recuperar el control de mi cuerpo. No sabía qué me acababa de suceder. ¿Por qué un hombre que no había visto antes me había provocado esas sensaciones? Intenté tranquilizarme pensando que quizás estuviera más impresionable porque todo era nuevo para mí. No me convencí del todo a pesar de que no encontré ningún otro argumento. Casi había regresado a mi estado natural, cuando regresó el aroma a jazmín. No hizo falta mucho más para que se repitieran las emociones que tanto me había costado calmar. En esta ocasión decidí que lo mejor sería fingir que leía. Lo último que quería era volver a comportarme como una idiota. En cuanto consideré que ya se había alejado lo suficiente miré con disimulo y lo divisé caminando calle abajo. Me

fijé en su pelo moreno, ligeramente ondulado y cortado a la perfección. Tenía una espalda ancha que trataba de ocultar bajo una camisa blanca sin demasiado éxito porque se ajustaba a su cuerpo a la perfección. Llevaba unos pantalones vaqueros azul oscuro a la altura adecuada. Ni por encima de la cadera, ni por debajo. Caminaba con decisión y confianza hasta que se detuvo frente a un *crossover* de color blanco. Cuando desapareció al final de una cuesta bastante elevada, el aroma a jazmín seguía llenando mis pulmones. Enseguida me pregunté quién era ese hombre y por qué me había puesto tan nerviosa con solo una mirada.

Como sentía más calor del que en realidad hacía, decidí ir a dar un paseo por el río. Gracias a la conexión wifi del café me había hecho con un plano de la comarca y había descubierto que el Miño se encontraba a menos de medio kilómetro de distancia. Mi primera intención fue coger el coche. Después lo descarté. Me vendría bien hacer un poco de ejercicio y respirar aire fresco. Memorice la ruta y eché a andar con la esperanza de no perderme. Mi sentido de la orientación no siempre funcionaba y existía la posibilidad de que acabara buscando el río en la dirección opuesta. Apenas llevaba diez minutos caminando cuando encontré un cartel que indicaba que iba en el sentido correcto. Sonreí aliviada. Mientras paseaba me dediqué a observar las casas que iba encontrando a ambos lados del camino. Todas ellas eran muy parecidas a pesar de estar construidas con materiales muy diversos. Las que más llamaban mi atención eran las que lucían las fachadas de piedra de granito y contaban con un porche al que se podía acceder desde cualquier punto de la vivienda. También me gustaron los jardines de hortensias, rosas y margaritas que fui encontrando al paso. Tal y como me había pasado unas pocas horas atrás, me sorprendió la vida que había en cada rincón de aquel lugar. Era como si en Naia las estaciones no funcionaran como en el resto del mundo. Allí las flores y los frutales parecían tener sus propias normas de crecimiento. Mientras en otras ciudades todavía tendríamos que esperar más de un mes para ver las primeras rosas o los almendros completamente en flor, allí todo era vida, color y olor. Iba tan emocionada contemplando el paisaje que llegué al río antes de lo que pensaba. Si el espectáculo hasta llegar a él había sido fascinante, no tenía nada que ver con lo que me encontré una vez estuve a orillas del Miño. La marea estaba bajando. Lo supe al ver la arena mojada en la pequeña playa que quedaba a mi derecha. El agua apenas se movía, como si estuviera dibujada. Allí hasta donde me alcanzaba la vista se sucedían todas las tonalidades del verde. En la orilla opuesta los pintorescos pueblos de

Portugal me dieron la bienvenida con el sonido de las campanas. Saqué el móvil de mi mochila y empecé a fotografiar la escena. Sabía que era imposible captar toda la belleza que reinaba a mi alrededor, pero al menos, me llevaría un buen recuerdo. Justo cuando estaba fotografiando un pequeño embarcadero que había a unos pocos metros distinguí un sendero de tierra que se perdía entre los eucaliptos y la vegetación. Decidí adentrarme en él. Probablemente el camino discurriría paralelo al río. Y así fue.

Mientras contemplaba ensimismada todo cuanto encontraba a mi paso, los sonidos de la naturaleza lo llenaron todo. El de la suave brisa que empezaba a soplar y el murmullo del agua de los pequeños arroyos que se habían formado a la vera del río. Aminore el paso con la intención de adaptarme al nuevo ritmo de vida. Naia tenía sus propias reglas naturales y también sus *tempos*. Estaba tan absorta llenándome de cuanto tenía a mi alrededor que no podía hacer nada más. Respiré hondo y enseguida percibí el intenso aroma del eucalipto. Sonreí al pensar en lo estupendo que iba a ser aquel tratamiento natural para mis pulmones un tanto castigados por la vida en la ciudad y mis años de tabaco. También me animé al encontrar una ruta excelente para poder hacer ejercicio por las mañanas. Estaba convencida de que, junto a aquel sendero, habría muchos más que me permitirían descubrir los alrededores de Naia y cambiar de recorrido casi a diario. Volví a escuchar las campanas a lo lejos. Eran las dos y mi estómago me recordó que era hora de almorzar.

Estaba considerando disfrutar del pastel de manzana que llevaba envuelto en la mochila cuando me pareció reconocer el aroma de unas lentejas recién hechas. Caminé hacia el lugar del que procedía el olor y me alegré al advertir que, sin proponérmelo, había encontrado el lugar del que me había hablado Lina: “El apeadero”. Subí con decisión los escalones que me separaban de la entrada dispuesta a disfrutar de una buena comida. Me acomodaron en una mesa entre la chimenea y la ventana desde la que se podían ver las dos orillas del Miño. Enseguida se me acercó una mujer bastante mayor, regordeta, con el pelo blanco y recogido en un moño bajo con una sonrisa en los labios. Muy amablemente me indicó cuáles eran los platos del día y opté por una ración de zorza, la misma de la que me había hablado Lina la noche anterior, y un plato de esas lentejas que cada vez olían mejor. Pedí una copa de vino tinto para beber. Hubiera sido un pecado remojar ese banquete con agua. A continuación, saqué mi cuaderno del bolso dispuesta a escribir algunos de los pensamientos y emociones que había experimentado durante mi primera mañana en Naia. Apenas había empezado cuando escuché una voz que me resultó muy familiar.

—Veo que al final has hecho caso del consejo de los ancianos del lugar.

—¡Doña Lina! —dije sintiéndome realmente feliz por haberla encontrado. También me sorprendió que ella hubiera salido a mi encuentro. Porque estaba claro que así era.

—¿Vas a empezar a hablarme de usted otra vez? Pensé que lo habíamos dejado todo claro esta mañana.

—Disculpa. Es la costumbre. Ven, siéntate aquí conmigo.

—Ay hija, no quiero molestar —respondió con sinceridad.

—Y no lo hace. Además, seguro que puede aconsejarme sobre alguno de los postres maravillosos que estoy convencida que sirven aquí.

—Así que eres golosa... Pues no sabes lo bien que me viene. ¡Con lo que me gusta cocinarlos en las tardes en las que arrecia la lluvia y no me apetece salir! —Los ojos de Lina se iluminaron tras pronunciar estas palabras

La misma mujer que me había tomado nota se acercó a Lina. Sonreí al ver que, al menos había coincidido con ella a la hora de pedir uno de los platos. También sentí curiosidad por el bacalao con patatas y los callos que había pedido. Había oído decir que esto formaba parte de la gastronomía típica de la zona, pero yo no estaba muy segura de que fuera a gustarme. Cuando la anciana camarera apareció de nuevo en nuestra mesa con una copa de vino tinto, mi compañera de mesa empezó a reír sin ninguna clase de disimulo.

—¿Qué trajiste? ¿El vino como lo beben los señores? —dijo con un maravilloso acento gallego que no le había oído hasta entonces—. Anda ve a la cocina y dile a Ana que te dé dos tazas. Ah... ¡Y saca el vino que tenéis vuestro *e non el de turistas!*

Las dos mujeres empezaron a reír y me uní a ellas. Me gustaba que Lina me hubiera acogido en su casa con tanta facilidad y que me tratara con aquella familiaridad. Estaba convencida de que con ella iba a descubrir muchas cosas tanto de Naia como de los alrededores. Y yo tenía muchas ganas de conocer todos esos lugares que no están en los mapas. Los que son auténticos y que solo saben de su existencia quienes los viven o recorren a diario. La anciana regresó con una ración de bacalao que me dejó impresionada, dos tazas y una jarra de barro en la que intuí que contenía el vino.

—¡Madre mía! —dije en cuanto vi el primer plato—. Y yo que pensaba que era una tapa.

—Y lo es. Pero gallega —Lina volvió a sonreír mientras llenaba con elegancia las dos tazas—. Por los comienzos —anunció al tiempo que alzaba la suya y la rozaba suavemente con la mía.

—Por los comienzos —respondí volviendo a tener la sensación de que, aún sin conocernos, aquella mujer sabía más de mí que yo misma.

En cuanto probé el primer trago de la taza supe que me había conquistado. Lo primero que noté fue que estaba fresco y que tenía un intenso sabor a fresas. Era bastante áspero al paladar, algo que quedaba compensado con el suave calor que proporcionaba mientras se deslizaba por la garganta.

—Los turistas suelen tomarlo con gaseosa. No les gusta que raspe —dijo Lina adivinando a la perfección las sensaciones que yo estaba experimentando en aquel mismo instante—. Por aquí preferimos tomarlo así. Quita la sed y ayuda a no pensar demasiado.

—En ese caso creo que voy a necesitar un par de jarras más.

Desconozco cómo sonó la frase ni por qué salió de mi boca con tanta facilidad. Me limité a sostenerle la mirada a Lina. Mientras me observaba tuve de nuevo la sensación de que, para ella, yo era un libro que podía leer y comprender a su antojo. Ella no dijo nada y yo agradecí ese gesto prudencia. Durante los minutos siguientes nos dedicamos a degustar el bacalao y luego los callos. Todo estaba delicioso. También conversamos un poco sobre nuestras vidas. Así fue como pude saber que mi casera había sido profesora de Historia en la Universidad de Santiago y que una de sus grandes pasiones era viajar. Como coincidíamos en esa afición, nos lanzamos a hablar sobre los lugares del mundo en los que ambas habíamos estado y qué impresiones nos habíamos llevado de esas ciudades. Estábamos compartiendo nuestra fascinación por la ciudad de Nueva York cuando nos dimos cuenta de que llevábamos ya dos jarras de vino en el cuerpo y todavía nos faltaba el postre.

—Creo que voy a explotar —dije mientras me movía ligeramente sobre la silla con la intención de acomodar el michelín que estaba segura acababa de salirme—. Pero estaba todo tan bueno que lo he podido resistir.

—Pues aún te queda el postre.

—No creo que pueda...

—Seguro que sí. Después nos tomamos unos cilantros y a trabajar.

—¿Cilantro? —dije con sorpresa—. ¿Qué es eso?

—Es una bebida espirituosa originaria de Naia. Estoy segura de que te encantará. Aunque antes de pasar a los licores tienes que probar las *filloas* que hace Ana.

—¡Si me como una *crepe* ahora... moriré!

—Pediremos una ligerita. Nada de chocolate, nata o caramelo

—¡Por favor!

Las *filloas* caseras estaban escandalosamente buenas. Tanto que casi las devoré y no pedí más porque estaba Lina conmigo. En cuanto la camarera retiró todos los platos, sacó una botella de cristal llena de un líquido amarillento, dos vasos de chupito, lo dejó todo sobre la mesa y luego se alejó.

—No pensará que vamos a bebernos todo esto —dije con extrañeza.

—Tampoco seríamos las primeras. Es la costumbre. Dejan el cilantro, tú bebes lo que quieres y después te cobran lo que les da la gana —Lina volvió a reír después de decir esto y yo me contagié de su alegría.

—¿A qué sabe? —pregunté mientras contemplaba cómo llenaba los vasos con la misma eficiencia con la que había servido el vino.

—Es como el orujo, pero en bueno.

Reímos de nuevo y, en esta ocasión fui yo la que hizo un brindis completamente inesperado.

—Para que nada importe —dije con la vista perdida en la orilla del Miño.

—Para que todo cuente —respondió apurando el licor de un solo trago.

Siempre he sido muy fan del refrán “donde estuvieres haz lo que vieres”, de modo que la imité. Enseguida noté el alcohol llenándome primero la boca, luego la garganta y finalmente el estómago. Con una rapidez increíble mis mejillas se sonrosaron. En cuanto fui capaz de respirar, porque sin duda alguna aquella bebida era de las más fuertes que había probado, paladeé un delicioso sabor a hierbas y especias. A pesar del calor inicial que había sentido en todo el cuerpo, me di cuenta de que apenas tenía efecto en mi cuerpo, de modo que me atreví con el segundo chupito que me supo aún mejor. Tuve la certeza de que aquella sería otra de las cosas que me llevaría de Galicia cuando regresara a Barcelona.

—*Cilantro é bo para contar segredos* —dijo Lina mirando en dirección al Miño.

—Si el cilantro es bueno para contar secretos nos hará falta algo más que chupitos.

—Por eso dejan la botella, para que confiemos.

Ese no fue el día en el que Lina y yo nos sinceramos. De lo único que fui capaz en cuanto llegué a casa, fue de tumbarme en la cama y de abandonarme al sueño que, tanto la buena comida, como la bebida me habían causado. Antes de cerrar los ojos tuve la certeza de que la vida había puesto a esa mujer en mi camino por alguna razón. Ahora solo tenía que descubrir cuál.

Capítulo 13

Elena paseaba cerca del acantilado. Le gustaba notar la brisa fría del Atlántico sobre su rostro. La ayudaba a tranquilizarse y, a no pensar. Desde la muerte de Gonzalo y, en especial, desde que se marchó precipitadamente de Barcelona, había desarrollado cierta habilidad para que los recuerdos y las recién tomadas decisiones, no la torturaran demasiado. Sabía que era importante mantener la calma. El médico que la visitaba fuera de la ciudad se lo había repetido en más de una ocasión. Si no quería hacerlo por ella, al menos debería intentarlo por el bebé que esperaba. La decisión de seguir adelante con su embarazo era ya incuestionable. Los motivos que la habían llevado a no abortar eran bastante egoístas y ella lo sabía. Por una parte, sentía la necesidad de mantener a su lado lo único que le quedaba de Gonzalo. Era una mujer inteligente. Sabía que él la había abandonado. Con el transcurso de las semanas, había llegado a convencerse de que, si él no hubiera muerto, estarían juntos disfrutando de su vida en común. Ella habría conseguido recuperarlo. Por otra, era consciente de la edad que tenía y sabía que la vida no le ofrecería muchas más oportunidades. No tenía ni idea de bebés, ni de lo que suponía pasar un embarazo en solitario. Siempre se había adaptado bien a los cambios y este no sería una excepción. Estaba convencida de que podría con todo y por eso había viajado más de dos mil kilómetros: Para tomar distancia de su anterior vida y comenzar, en la medida de lo posible, una nueva.

Pensaba en María más de lo que hubiera imaginado. Al principio, sus sentimientos con respecto a ella fueron claros. La despreciaba. No había sabido aprovechar las oportunidades que la vida le había dado. Ni siquiera le había sacado partido al hecho de estar casada con un hombre como Gonzalo. Pasaba los días reclusa en su despacho y dejaba que su marido asistiera solo a fiestas en las que su presencia era más que necesaria. Odiaba que le otorgara más importancia a ese mundo de fantasía en el que parecía haberse alojado su mente, que en el real.

Sin embargo, desde que se había marchado de Barcelona y se había instalado junto al océano, se había dado cuenta de que tenía sentimientos encontrados con respecto a ella. Tenía claro que la despreciaba, aunque existía en su interior una pequeña voz que le susurraba palabras que le molestaban.

Poco a poco, comenzó a darse de cuenta de que quizás no se había portado del todo bien con ella. Parte de esas dudas habían surgido después de saber que no podría viajar al extranjero en su estado. Después de consultar a varios médicos, todos le habían desaconsejado coger vuelos demasiado largos con destino a países en los que no se le pudiera garantizar la atención adecuada. Esto la contrarió bastante. Ya se imaginaba dando largos paseos por alguna playa paradisíaca y disfrutando de algunos de los placeres que no encontraba en Barcelona. Pasados unos días en los que se sintió más contrariada de lo normal su mente reaccionó. Su necesidad de sol, playa y relax permanecía. Escogió un exclusivo hotel en Lanzarote como lugar en el que refugiarse y aislarse de todo.

Había visitado el lugar por primera vez una década atrás durante unas jornadas para altos ejecutivos. Enseguida se enamoró de aquella isla. Había algo en el aire, en la inmensidad del océano y en la tierra volcánica, que le fascinó. Cada mañana salía a pasear por las enormes playas casi vacías y conseguía relajarse como en ningún otro lugar. Por eso, en cuanto vio reducidas sus posibilidades de viajar a algún destino más lejano, su isla le pareció el lugar más indicado. Sabría que allí se encontraría a salvo de todo y, al mismo tiempo, podría organizar con tranquilidad la llegada de su hija.

Desde el mismo instante en el que supo que estaba embarazada tuvo claro que se trataba de una niña. Una hija que tendría sus ojos y la elegancia de su padre. Una chica a la que educaría para ser fuerte y no ceder ante los sentimientos como ella había hecho. No se arrepentía de la relación que había mantenido con Gonzalo, aunque ahora que todo ya había pasado, se había dado cuenta de que exteriorizar sus sentimientos la había convertido en una mujer débil, algo que odiaba y alguien en quien juró no volver a convertirse. Esa mañana soleada y tibia del mes de enero, Elena miró a la inmensidad del océano y pensó en María. Se concedería un último acto de debilidad. Se sentía algo sola y sentía una ligera punzada en el centro del pecho, una emoción que sí supo identificar: Culpa.

Los primeros días en Naia do Miño fueron de ensueño. Lina se había encargado de proporcionarme un mapa de la zona con los lugares que debía visitar. Incluso se había ofrecido a acompañarme en alguna ocasión por esas

carreteras que ella tan bien conocía y que yo consideraba dignas de un laberinto. Fue así como descubrí el lugar que convertí en mi sede oficial para trabajar. Siguiendo el consejo de mi casera, me había hecho con una bici. Así era mucho más fácil explorar esos lugares a los que era imposible acceder en coche. Esa mañana había madrugado. Después de un buen desayuno decidí hacer un poco de ejercicio intenso. Siguiendo las instrucciones de Lina cogí la carretera de salida del pueblo y puse rumbo al norte. Mientras pedaleaba iba contemplando el ya familiar paisaje de eucaliptos, viveros de flores y vida cotidiana. Me gustaba el modo en el que la modernidad y la naturaleza convivían allí con esa facilidad. Era como si ambos espacios se respetaran y se necesitaran a la vez. Iba tan ensimismada contemplando todo lo que había a mi paso, que me olvidé de concentrarme en lo esencial: El horizonte. No fue hasta que el camino empezó a complicarse y a hacerse más elevado, cuando levanté la vista y vi una enorme extensión de agua.

En un primer momento pensé que se trataba del río. Después de observarlo todo durante un buen rato, comprobé que éste quedaba a mi izquierda. De modo que la mancha azulada que tenía justo enfrente no podía ser otra cosa que el océano. A pesar de lo empinado del camino, pedaleé con todas mis fuerzas y, pocos kilómetros después me hallé con uno de los espectáculos de la naturaleza más bellos que había visto en mucho tiempo. A un lado el Miño se ensanchaba dejando a la vista en ambas orillas enormes extensiones de arena dorada en las que se podían ver también algunas dunas. A continuación, una roca sobre la que descansaba un pequeño faro que no mediría más de dos metros de alto, parecía marcar la frontera exacta del lugar en el que el agua dulce se mezclaba con la salada. A partir de ahí, el Atlántico con su azul intenso. Entrecerré los ojos para protegerlos del sol y pude apreciar pequeñas crestas de espuma en la zona más alejada de la costa. Yo, mujer del Mediterráneo, no estaba muy acostumbrada a una imagen como esta y me quedé completamente embobada mirando cómo la naturaleza seguía su ritmo natural. Escuché unas risas de niños a lo lejos y fue entonces cuando lo descubrí. Estaba prácticamente oculto entre las dunas de la playa y los árboles. Un pequeño edificio de dos plantas del mismo tono dorado que la arena, rodeado por una balaustrada de piedra blanca. Este detalle llamó mi atención porque, a pesar de que no rompía la belleza estética del lugar, me dio la impresión de que cumplía algún tipo de misión. Y yo tenía que saber cuál era.

Seguí pedaleando durante quince minutos más y, por fin, llegué a mi

destino. Bajé de la bicicleta y la dejé junto a la barandilla que daba acceso a la playa. Estaba casi desierta, solo los chiquillos que había oído desde la distancia y una chica morena que debía tener más o menos mi edad, disfrutaban de esa especie de primavera adelantada. Dirigí mis pasos hacia el edificio y comprobé con cierta sorpresa que se trataba de un hotel. Durante mis largos paseos por la zona, solo me había encontrado con alguna pequeña pensión, y hallar un establecimiento como este en plena naturaleza, despertó mi curiosidad aún más. Comencé a bordearlo por mi derecha. Apenas había dado unos pocos pasos cuando encontré unas pequeñas escaleras de piedra. No me lo pensé y ascendí por ellas. Cuando llegué al final comprendí que no me había equivocado. La balastrada de piedra blanca no era otra cosa que una inmensa terraza para el restaurante y bar del hotel. Por enésima vez desde que había puesto un pie en Naia, volví a pensar que estaba en el paraíso. Busqué con la vista la mesa más cercana a la barandilla para poder disfrutar con tranquilidad de las vistas que ofrecía. Las mismas que había contemplado yo hacía unos minutos, pero mucho más cerca del océano. En cuanto me senté en una silla de mimbre junto a una pequeña mesa de café, sentí que había llegado al lugar adecuado, al mejor que podía encontrar para dar vida a los personajes de una nueva historia. El sol brillaba con fuerza y caldeaba la suave brisa procedente del océano. Un camarero perfectamente uniformado se acercó hasta donde me encontraba. Pedí un café con leche y enseguida comencé a prestar atención a las voces que oía en mi interior. Necesitaba trasladarlas al papel antes de que desaparecieran. Seguía oyendo a los niños de fondo. También se colaban en mi particular discurso las voces de los clientes sentados en mesas cercanas. Abrí la mochila, saqué el cuaderno y comencé a escribir sin seguir un orden concreto. Comencé a trabajar con el convencimiento de que la historia que había germinado en mi interior iba a ser distinta de todas las que había contado con anterioridad. Estaba casi segura sería la mejor hasta entonces. Y con aquel ánimo seguí llenando las páginas de la libreta.

No me detuve hasta que sentí un agudo dolor en el dedo meñique de la mano derecha. Necesitaba un respiro y también recuperar mi portátil. Mientras recuperaba la movilidad de los dedos, mis ojos regresaron a un paisaje que se hizo más íntimo y familiar. Era como si cada duna de la playa, cada ola del océano y cada sople de brisa fueran exclusivamente para mí. Como si, de algún modo, todo aquello me perteneciera desde hacía tiempo. Me pareció extraño y fascinante a la vez. Solo había tenido un sentimiento similar aquel en

mi casa, en mi playa, en mi mar. Y eso estaba a más de mil kilómetros de donde me encontraba.

Consulté el reloj y me di cuenta de que el tiempo había volado de nuevo. Era casi la hora de almorzar. No tenía hambre ni me apetecía moverme de allí y pensé en aprovechar las horas de luz que sabía que quedaban. Estaba a punto de retomar la novela cuando el jazmín regresó a mí. Aparté la vista del papel unos segundos con la intención de localizar la procedencia exacta de aquel aroma. No tuve suerte. Por más que miré a mi alrededor, no encontré nada ni a nadie con el que asociar ese olor que me embriagaba. Me concentré otra vez en el trabajo y entonces sentí que la piel de la nuca se erizaba y, con ella, la del resto de mi cuerpo. Tuve la certeza de que alguien me observaba. Lentamente, me di la vuelta y me encontré frente a unos enormes ojos grises que me miraban con interés. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo por sostener la mirada. Había tanta intensidad en ella que provocó que me ruborizara. Aun así, resistí el contacto visual. El desconocido que me miraba con interés sonrió. Y yo, sin tener ningún control sobre mis emociones, le devolví el gesto. Estuvimos así, como un par de adolescentes, el tiempo suficiente para identificarlo. Era el mismo hombre que había visto en mi primera mañana en Naia. A partir de ese momento no pude pensar en nada más.

Desde que decidí dejar atrás la muerte de Gonzalo y había retomado parte de mi vida, no había tenido casi tiempo de pensar en algo que no fuera hacer ejercicio, leer y escribir. Había puesto todo mi empeño en dejar atrás la tristeza, la sensación de fracaso y el hondo sentimiento de pérdida en el que había estado sumida. Durante los dos meses transcurridos desde su muerte, no se me había pasado ni por la imaginación la idea de conocer a otro hombre. Entonces, ¿por qué estaba reaccionando de aquel modo frente a una persona con la que me había encontrado en dos ocasiones y por casualidad? Cómo no conseguía retomar el hilo de la novela en la que trabajaba decidí regresar a casa. Me quedaba un paseo por delante y quería hacerlo a la luz del día. Recordé que había dejado la bicicleta junto a la barandilla de la playa sin protección alguna. Deposité sobre la mesa un billete de cinco euros y me levanté con rapidez. Al hacerlo se me cayó el libro que me acompañaba desde mi llegada. La novela de Sarah Kennedy.

—Disculpe creo que esto es suyo —dijo una voz ronca y sensual antes de que yo pudiera reaccionar.

—Gracias... —logré responder porque la capacidad de hablar casi me

había abandonado.

—Una novela única —insistió el desconocido.

—Sí... —Me sentía como una estúpida respondiendo solo con monosílabos. Lo único que deseaba era salir de allí lo antes posible—. Si me disculpa tengo algo de prisa —añadí prácticamente arrancándole el libro de entre las manos y alejándome de allí tan rápido como me permitieron los pies.

Cuando llegué al lugar en el que había dejado la bicicleta horas atrás, respiré aliviada. Seguía allí. Agradecí a la Providencia que la gente de aquel lugar fuera decente y que nadie se hubiera apropiado de ella. Noté que las piernas me temblaban. Tenía la respiración agitada y me moría de ganas de mirar atrás. Intuía que él me observaba. Lo sentía en cada parte de mi cuerpo. Cuando consideré que estaba en condiciones de mantener el equilibrio, me subí a la bicicleta y pedaleé tan fuerte como pude. Necesitaba poner distancia, llegar a casa y averiguar qué me estaba pasando.

No sé si fue por el efecto del café o por la fuerza con la que pedaleé, pero llegué a Naia mucho antes de lo previsto. Como no quería que Lina me viera en ese estado, accedí a mi casa por la puerta lateral. Recorrí el sendero empedrado y me di cuenta de que el mosaico estaba casi finalizado. Cada vez que lo miraba era como volver a mi hogar. La luz, los colores y la alegría de aquellos dos niños jugando en la orilla me recordaban a muchas de las tardes de mi infancia. Me sentía un poco más calmada. Dejé la bicicleta junto a un enorme eucalipto. Luego entré en casa. Sabía que, si me mantenía desocupada durante mucho tiempo, rememoraría lo que acababa de vivir en esa terraza frente al Atlántico. Opté por darme una ducha, ponerme un pantalón de chándal junto con una sudadera y encender el portátil que descansaba sobre la mesa del salón. Los rayos del sol que se filtraban a través de los cristales aun iluminaban bastante. Aproveché el resto de la tarde para trabajar y seguir dándole forma a mi novela.

El sonido de unos nudillos golpeando sobre la puerta me devolvió a la realidad. Me levanté de la silla y todos los músculos del cuerpo protestaron. También tenía agujetas. Aún así, sonreí. Me sentía más viva que nunca. Cuando abrí la puerta me encontré con Lina que lucía un elegante abrigo negro con cuello de piel y su cabello cano recogido en un moño bajo. Era sin duda, la mujer más elegante que había conocido jamás. Y lo era con cualquier prenda que llevara puesta.

—Siento molestarte —dijo con su cálida voz—. Apenas te he visto hoy y quería saber si estabas bien.

—Discúlpame... Es que me he puesto a trabajar y he perdido la noción del tiempo.

—Tranquila... Quería asegurarme de que todo estaba en orden.

—Pasa. No te quedes en la puerta —respondí recordando al fin mis modales—. Justo ahora iba a prepararme un té. Haré para las dos.

—No quisiera interrumpir nada —Lina permaneció en el quicio de la puerta con esa actitud prudente que tanto admiraba en ella. Al fin y al cabo, estaba en su casa.

—Entra, por favor —repetí antes de echar a andar en dirección a la cocina—. El té estará listo enseguida.

Lina no respondió y yo di por hecho que había hecho exactamente lo que le pedí. Puse agua a hervir, saqué dos bolsitas de té chai y, a continuación, calenté un poco de leche. Abrí el armario que estaba sobre el horno y saqué de él unas roscas de azúcar que había encontrado el día anterior en una panadería perdida en la montaña. Cuando todo estuvo listo lo coloqué sobre una bandeja y salí al comedor. Encontré a mi casera sentada en el sofá y frente una pequeña mesa de madera que yo no tenía ni idea de dónde había salido. Sobre ella descansaba una botella de cilantro y dos pequeños vasos de cristal. La miré sin poder disimular una sonrisa y ella me la devolvió.

—Está visto que no puedo pasar ni un solo día sin beber —dije mientras descargaba la bandeja sobre la mesa y servía el té. Desconocía de dónde había salido la botella. Tal vez la llevara en el bolso cuando vino a verme. Quizás estuviera oculta en algún rincón de mi casa. En cualquier caso, no protesté.

—Esto es inofensivo... —murmuró Lina sin poder contener la risa—. Además, tiene propiedades medicinales.

—Tengo que admitir que un par de chupitos antes de irse a dormir ayudan bastante a conciliar el sueño —confesé con cierto rubor.

—Ahuyenta los malos pensamientos, sí —Lina se me quedó mirando con ternura y tuve la impresión de que estaba a punto de preguntarme algo. No lo hizo.

—¿Qué tal te ha ido el día hoy? —pregunté con bastante naturalidad.

—He tenido una tarde interesante... —El tono misterioso que empleó despertó mi curiosidad.

—¿Ah sí?

—Sí —se limitó a responder sin añadir nada más.

En aquel momento maldije para mis adentros esa muestra del carácter

gallego del que tanto había oído hablar. Porque, a pesar de que era muy habladora, cuando Lina quería no daba ninguna otra explicación y se le tenían que sacar las palabras a base de mucha paciencia.

—Yo también he tenido una jornada productiva —comencé a decir desviando la vista hacia el portátil que descansaba sobre la mesa—. No sé qué tiene esta tierra. Desde que llegué hay una energía que me impulsa a escribir todo lo que pasa por mi mente.

—Igual va a ser cosa de las *meigas*... —Lina mostró una enorme sonrisa burlona antes de volver a guardar silencio.

—¿Crees en ellas? —Había leído lo suficiente sobre Naia como para saber que la creencia estaba bastante extendida. Me sorprendió que una mujer como ella les diera credibilidad.

—Ya sabes lo que dicen. “Habelas, hailas”.

—¿Has conocido a alguna?

Me miró directamente a los ojos durante unos segundos y noté cómo el verde de sus ojos se acentuaba un poco más. Pensé en que quizás había sido algo indiscreta. Estaba a punto de pedirle disculpas cuando comenzó a hablar.

—Hace algún tiempo vivieron en el pueblo dos mujeres. Durante el día trabajaban y, por la noche, disfrutaban del cilantro frente a la chimenea. Cada vez que salían juntas a hacer la compra o a tomar un café, les rodeaba un halo especial. Cuando se miraban a los ojos, daba la impresión de que compartían un secreto que solo ellas conocían y que las hacía sonreír a todas horas. Con el paso del tiempo —prosiguió Lina fijando la mirada en sus manos que descansaban juntas sobre su regazo— las gentes del pueblo comenzaron a hacer todo tipo de comentarios sobre ellas. El más extendido era el que hacía referencia a los extraños bailes y rituales que aquellas dos mujeres realizaban frente al fuego. Poco tiempo después, la sabiduría popular llegó a la conclusión de que eran *meigas*.

—¿Qué pasó? —quise saber. La historia me había atrapado por completo.

—Hicieron caso omiso a las habladurías. Siguieron con su vida a pesar del enorme vacío del que fueron víctimas.

—Me gustaría conocerlas.

—Me temo que no va a ser posible. Todo aquello terminó.

Lina se sumió en uno de sus silencios. Luego abrió la botella de cilantro, sirvió dos chupitos con la misma elegancia de siempre y las dos apuramos la copa de un solo trago. En cuanto sentí el líquido ambarino deslizándose por mi garganta pensé en cuánta razón tenía ella al decir que aquella bebida invitaba a

compartir las emociones. Cada vez que nos sentábamos frente al licor, una de las dos, terminaba mostrando una pequeña parte de su alma.

Capítulo 14

El día había amanecido frío y lluvioso. El cielo estaba tan oscuro que, de no haber sido porque sonó el despertador, hubiera pensado que todavía era noche cerrada. Llevaba ya tres semanas en Naia y, aunque anímicamente me sentía bastante mejor, todavía no sabía cómo seguir adelante sin repetir los errores del pasado. Deseaba más que nada seguir trabajando. De hecho, estaba a punto de terminar el primer borrador del manuscrito que comenzó al mismo tiempo que mi andadura por tierras gallegas. Con el paso de los días había establecido una rutina que consistía en aprovechar las mañanas para recorrer los alrededores, siempre que el tiempo lo permitiera, ir a la terraza del café a caballo entre el Miño y el Atlántico, volver a casa para escribir el resto de la tarde y pasar algunas de las noches frente a la chimenea en compañía de Lina. Por lo general conversábamos sobre lo que habíamos hecho a lo largo de la jornada. A veces también hablábamos sobre cine o literatura. Fue así como descubrí que mi casera era una apasionada de la novela. Teníamos en común nuestro gusto por la historia y por el romance. Por eso no nos resultó muy complicado enfrascarnos en acalorados debates sobre lecturas que teníamos en común. Durante el tiempo que pasamos juntas, el cilantro se convirtió en un elemento indispensable. Yo ya no concebía nuestros encuentros sin esa bebida que me ayudaba a pensar con claridad y que también me relajaba. A veces me preguntaba qué sería de mis noches cuando me marchara de allí. En especial, cuando ya no tuviera aquel licor al que tanto me había aficionado.

Miré por la ventana. Apenas se distinguía el paisaje. La lluvia golpeaba con fuerza contra los cristales y el olor a tierra húmeda lo inundaba todo. Sabía que lo más sensato era quedarme en casa leyendo, trabajando o incluso planteándome nuevos retos para el futuro. Fantaseaba con la idea de alargar mi estancia, aunque había algo que me impulsaba a regresar a Barcelona. Permanecí un buen rato sumida en mis pensamientos hasta que sentí que necesitaba salir de allí. La urgencia por ver algo más que no fueran bosques de eucaliptos, hortensias y casas de granito se apoderó de mí. Así es que me calcé las botas de agua que había comprado unos días atrás en el mercadillo del pueblo junto con el chubasquero, cogí la mochila y salí. En cuanto puse un pie en el jardín me di cuenta de que llovía con mucha más intensidad de lo que aparentaba. No solía conducir con mal tiempo. Aun así, me dirigí al coche y,

después de unos minutos de luchar con toda la ropa que llevaba puesta para no mojarme, conseguí sentarme frente al volante. Arranqué sin tener claro hacia dónde me dirigía. Lo que sí que sabía era que necesitaba ver gente y pasear por un lugar algo más urbano.

Salí del camino que daba acceso a la casa de Lina y enseguida me incorporé a una carretera que ya conocía bastante bien. Varios kilómetros después encontré una señal con indicaciones a dos ciudades: Vigo y Pontevedra. Sin pensarlo demasiado, opté por la segunda. Después activé la radio. Unos días atrás había encontrado una emisora portuguesa en la que sonaban sin parar éxitos de los años ochenta. La voz de George Michael y su conocidísimo “Faith” lo llenó todo. El día dejó de ser gris y lluvioso para convertirse en gratos recuerdos. Los que me devolvían a los dieciséis años y a mi colegio de monjas. Fui tarareando una tras otras todas las canciones que sonaron mientras seguía las indicaciones que me guiaban hasta mi destino.

Cuando llegué había dejado de llover. Aparqué en lo que me parecieron las afueras y, a continuación, cogí el mapa que Lina me había dado tiempo atrás. Tenía que admitir que aquella mujer era una fantástica guía turística. No había tenido ningún problema en encontrar los lugares que me había recomendado. Observé el papel con interés y uno llamó especialmente mi atención. Se encontraba en pleno centro histórico de la ciudad, junto al Convento de San Francisco. Eché a andar calle abajo, no sin antes anotar en mi teléfono en qué lugar concreto había aparcado. No sería la primera vez que perdía el coche en mi afán por descubrir nuevos lugares. A medida que avanzaba, me dejé atrapar por la magia de esta pequeña ciudad que descansaba junto al Río Lérez. Una de las primeras cosas que me sorprendieron fueron los blasones que se veían en las fachadas de algunos de los edificios que me rodeaban y que me trasladaron a varios siglos atrás. También me fascinaron los tres pazos convertidos en museos, así como la plaza de Abastos. Fui tomando nota de algunas de las tabernas que iba viendo a mi paso y que, sin duda, visitaría en cuanto tuviera ocasión.

Mientras caminaba, observé con agrado la gran actividad que reinaba en la ciudad. Quizás no fuera tanta, pero después de tres semanas paseando por municipios de apenas dos mil habitantes, tuve la sensación de que Pontevedra estaba llena de vida. Me gustó también el hecho de que hubiera tanta gente joven paseando por sus calles y, reconocer los nombres algunas de las franquicias típicas de las grandes urbes, me hizo sentir de nuevo de lo más cosmopolita. Una señal a mi derecha me indicó la proximidad del Convento de

San Francisco. Apenas un par de minutos después me encontraba frente a la librería más bonita que había visto en años. Parecía recién sacada de uno de mis sueños. El exterior de piedra estaba en total armonía con el estilo gótico del convento y daba la impresión de que formaba parte de él. La librería llevaba el mismo nombre del fundador de la orden que durante siglos había habitado en aquel lugar, San Francisco de Asís. Hasta el escaparate en el que se exponían las últimas novedades, parecía haber sido construido varios siglos atrás. Se apoderó de mí el ya familiar cosquilleo en la boca del estómago. Completamente decidida y dándole las gracias a Lina por esta recomendación, empujé con suavidad la puerta de cristal y entré. Lo primero que me llamó la atención fue su tamaño. Era un espacio de dos plantas completamente abierto. Las estanterías estaban dispuestas a ambos lados, junto a las paredes de piedra. Cada pocos metros un cartel anunciaba el género de cada sección. Al piso superior se accedía a través de una escalera también de piedra rematada con una barandilla de hierro forjado en el que se adivinaban las siluetas de pájaros de diferentes tamaños.

En cuanto la belleza del lugar dejó de sobrecogerme, me dirigí hacia la estantería que tenía a mi izquierda. Levanté la vista y busqué la sección en la que se encontraban las novelas. En casa de Lina disponía de mucha lectura, aunque no podía irme de allí sin comprar al menos un ejemplar. El género que buscaba se encontraba casi al final de la enorme sala. Una vez allí comprobé con satisfacción que los libros estaban organizados por subgéneros y en orden alfabético. Cuando descubrí la ingente colección de novelas románticas que había en aquella librería, casi me abalancé sobre ellas. Empecé a recorrer los nombres de los autores con los ojos y enseguida tres volúmenes llamaron mi atención. Alargué la mano sin apenas poder creer lo que estaba viendo. Cogí el primero de ellos y paseé los ojos sobre el título. “Cuando te amé”, Sarah Kennedy. Cogí también el que descansaba a su lado. “Ahora tienes amor”, de la misma autora. Sintiendo cómo el corazón casi se me salía del pecho, tomé con la única mano que tenía libre el último de ellos, “Una tarde de noviembre”. Como si fuera una yonqui y esos tres ejemplares, la droga que tanto ansiaba, me lancé a hojearlos casi al mismo tiempo. Leí las sinopsis casi sin respirar y confirmé lo que había sospechado desde el principio. Eran tres novelas de mi autora preferida de las que yo ni siquiera tenía conocimiento. Lo cierto es que ese detalle me sorprendió mucho, porque si alguien lo sabía todo sobre la obra de aquella mujer, era yo. Durante varias semanas había pensado que el hallazgo de “La noche” en la casita del jardín había sido una

casualidad. Tal vez un libro del que se hubiera hecho una tirada muy pequeña y que, por alguna razón que yo desconocía, había terminado en este lugar a orillas del Miño. Ahora tenía entre mis manos tres nuevos títulos de los que no había oído hablar jamás. Pasé un buen rato leyéndolos con el fin de convencerme de que, en efecto, eran obras escritas por la misma mujer a la que yo tanto admiraba. Tal vez existiera otra Sarah Kennedy que se dedicara a la novela romántica y yo no lo supiera. No tuve que leer demasiado para convencerme de que se trataba de la misma persona. Su estilo era inconfundible. Había encontrado un auténtico tesoro y estaba dispuesta a llevarlo conmigo.

Con estos tres libros en mi poder, seguí paseando y curioseando por la misma sección. Encontré otros títulos a los que no me pude resistir. Cuando llegué al apartado de “Histórica” iba cargada hasta los topes. Salí del pasillo principal con el fin de encontrar alguna bolsa en la que poder depositar las novelas. Alguien habló a mi espalda.

—¿Puedo ayudarla en algo? —dijo una voz ronca y muy sensual.

—Sí. Estoy buscando... —No pude terminar la frase. Reconocí los ojos grises que me miraban con interés. Supe que era él.

—Hola —respondió mostrando una sonrisa preciosa —¿Quiere que la ayude con eso?

—No... Sí... En realidad...

Allí estaba de nuevo mi incapacidad para hablar con coherencia. Intenté tranquilizarme. El aroma a jazmín que me envolvía me lo impidió. Finalmente, con un gran ejercicio de autocontrol, conseguí serenarme lo suficiente y actuar como una persona adulta y equilibrada.

—En realidad sí —logré decir con mucha más calma de la que en realidad sentía— ¿Sabe dónde puedo encontrar una bolsa para poner estos libros?

—Ahora mismo se la traigo.

Vi cómo echaba a andar y enseguida mis ojos recorrieron su cuerpo de arriba abajo. La misma espalda ancha que había llamado mi atención el primer día que coincidimos, la cintura estrecha y unas largas piernas que se intuían musculadas debajo de los pantalones vaqueros azul oscuro. Mientras le observaba sin ningún tipo de disimulo, una voz en mi interior me reprendió: “María, ¿se puede saber qué haces? Eres viuda, por el amor de Dios”. Me avergoncé por el modo en el que le estaba mirando y también por el calor que se extendía por casi todo mi cuerpo. La vocecita estaba en lo cierto. La muerte

de Gonzalo era muy reciente. Cierto. Sin embargo, ese desconocido había encendido algo en mi interior. Quizás solo fuera una simple atracción sexual. Volví a avergonzarme. No tanto por lo que experimentaba, sino por el hecho de no haberlo sentido desde hacía tantos años. Fui incapaz de recordar cuándo había deseado a mi marido de ese modo.

—Aquí tiene. Permítame que la ayude —anunció al tiempo que alargó una de sus enormes manos y tomó entre ellas con facilidad, todos los libros que a mí casi me impedían moverme.

—Gracias.

—¿Necesita alguna cosa más? —añadió clavando de nuevo sus ojos grises en los míos y provocando que me diera un vuelco el estómago.

—En realidad no busco nada —no sé por qué sentí la necesidad de dejarle claro que no estaba abierta al coqueteo. Sabía que mi reacción era exagerada. Al fin y al cabo, él solo estaba tratando de ser amable. Aun así, quise que no diera nada por sentado.

—En ese caso la dejo que siga mirando con tranquilidad. Si necesita algo estoy al final del pasillo a la derecha. Me llamo Carlos —dijo y con un gesto cargado de seguridad en sí mismo y me tendió la mano.

—María —acerté a responder en el mismo instante en el que su piel rozó la mía.

Se alejó con la misma rapidez con la que se había acercado a mí. Durante unos segundos no supe muy bien qué hacer. Estaba aturdida y confusa. Además, sentí un cálido cosquilleo en la mano que él me había estrechado durante un pequeñísimo instante. “María, te estás volviendo loca”, afirmó la voz en mi interior. “Te estás montando una película”, respondió otra mucho más conciliadora. Sacudí la cabeza con fuerza y traté de ignorarlas. Concentré entonces toda mi atención en los estantes que sabía que tenía justo a mi espalda. Quizás encontrara en ellos alguna otra joya que pudiera llevarme a casa. Y así fue. Cuando me di cuenta tenía lectura para un año entero. Consideré la opción de dejar alguno de los libros. Después de releer todas las sinopsis, no pude.

No quería irme de la allí sin visitar la planta superior. Una mala decisión, sin duda. Lo supe en cuanto me vi frente a varios lineales repletos de libretas, cuadernos, bolígrafos y todo tipo de material de oficina al que yo era adicta. Paseé la vista por lo que consideraba el mismísimo paraíso. No dejaba de repetirme que tan solo estaba mirando y que no compraría nada. Apenas tres minutos después, me había olvidado de mis propósitos y estaba escogiendo

entre ocho cuadernos diferentes. Desconozco en qué momento recuperé la cordura y me alejé de allí.

El intenso olor a jazmín me guio hasta la caja. No tuve ni la más mínima duda de quién se encontraba allí. Mientras caminaba en la dirección en la que él se encontraba me mentalicé para que su presencia no me alterara. Al menos, no demasiado.

—Al final creo que me he llevado media librería —dije pretendiendo sonar despreocupada y segura al mismo tiempo.

—Y yo que me alegro —respondió él sonriéndome—. Clientas así son las que necesitamos cada día si queremos mantener el negocio abierto.

—Seguro que les va bien. Un lugar tan estupendo como este no puede pasarle desapercibido a nadie.

—Ojalá todos fueran como usted. Sin embargo... Son tiempos difíciles.

Hubo algo en la forma en la que pronunció esas palabras que despertó mi interés. No pregunté. Ahora que había conseguido dirigirme a él con bastante normalidad, no quería estropearlo

—Su cara me suena. ¿Nos hemos visto antes? —dijo con un tono bastante sincero.

—Creo que sí. El otro día recogió mi libro del suelo en un bar frente al río.

—¡Cierto! Sarah Kennedy.

—¿Cómo dice?

—La autora de la novela que se le cayó. ¿No es así?

—Sí —respondí feliz de que recordara aquel detalle.

—Una mujer fascinante. ¿Sabe que pasaba temporadas aquí?

—¿Dónde? —pregunté y noté cómo todo mi cuerpo se puso en tensión.

—Bueno no aquí en Pontevedra, sino en un pequeño pueblo cercano a la desembocadura del Miño.

—¿Está usted seguro de eso? —dije recordando que en todas las notas biográficas que había encontrado de esa autora la ubicaban en Baiona durante los meses de verano.

—Segurísimo —respondió con contundencia—. Durante más de una década se alojó en Naia. Era una mujer tremendamente hermosa y, al mismo tiempo, muy discreta. Por eso cuando desapareció fue tan difícil seguirle el rastro.

—¿A qué se refiere con lo de que desapareció?

—Dejó de venir —dijo sin más

—¿Y usted cómo sabe todo eso? —añadí sin poder ocultar la gran curiosidad sentía.

—Venía a la librería con cierta frecuencia y se pasaba horas paseándose entre los estantes repletos de libros. En aquella época era mi padre quien estaba aquí. Él llegó a conocerla bien. Lamentó mucho que, finalizado el verano, no regresara más. Al menos así me lo contó años después cuando me descubrió tumbado en el sofá leyendo uno de sus libros.

—¿Usted lee novelas de Sarah Kennedy?

—¡Por supuesto! —respondió un poco molesto—. Me hubiera perdido algunas de las grandes novelas románticas del siglo XX de no haberlo hecho.

—Estoy de acuerdo —dije sin poder ocultar del todo la sorpresa y la satisfacción que sentía en aquel momento al haberme encontrado con otro admirador de la americana—. Su forma de narrar era simplemente... Fascinante.

—Sí. Ninguna otra como ella ha sabido expresar el amor con tanta certeza y exactitud. Aunque tengo que admitir que a usted no se le da del todo mal...

—No entiendo...

—Es usted María Peris, ¿verdad?

—Sí —me limité a responder al tiempo que notaba cómo ascendía el calor hasta mis mejillas y me ruborizaba como una adolescente—. La misma.

—El primer día que la vi no estaba del todo seguro. Por eso, en cuanto regresé aquí escogí una de sus novelas y busqué su foto en la solapa. Al verla caminar hacia aquí hace unos segundos, he tenido casi la certeza de que era usted.

Una de las cosas que peor llevaba como escritora era el hecho de que la gente me reconociera por la calle. Esto no me pasaba con demasiada frecuencia, aunque en las escasas ocasiones en las que pasaba, siempre reaccionaba del mismo modo. Me quedaba sin habla y sin saber cómo comportarme. En esta ocasión nada cambió. Permanecí en silencio esperando a que él siguiera con la conversación.

—Perdone si la he molestado —oí en cuanto regresé a la realidad.

—No tiene por qué disculparse. Es solo que me ha sorprendido. Nunca me acostumbraré a que alguien me reconozca —dije ofreciéndole una tímida sonrisa.

—Sé que le sonará a tópico, pero... He leído todas sus novelas.

—¿Y le han gustado?

En cuanto terminé de pronunciar estas palabras, ambos nos echamos a

reír.

—Respuesta típica para pregunta previsible —añadí sintiéndome algo más relajada ya.

—Menos mal que mi padre no está aquí. De lo contrario se hubiera avergonzado de mí. Todo un librero frente a una autora de éxito y no se le ocurre otra cosa que decirle las palabras más predecibles del mundo.

—Me alegra saber que alguien por estas tierras se ha leído mis historias.

—No sea usted modesta. Tiene muchos seguidores por aquí. Si viera con qué interés esperan sus nuevas novelas...

Al oír esto sentí que me ruborizaba de nuevo. Cuando comencé a escribir no imaginé que mi trabajo pudiera llegar a tantas personas. A pesar de que, cada vez que acudía a una firma de libros, recibía el cariño de mucha gente, no terminaba de creerme la realidad que me rodeaba. Aún con el tiempo transcurrido desde que se publicó mi primera novela, todavía me costaba asimilar que el círculo de lectores se ampliaba con cada nueva publicación.

—¿Cómo es posible que no hubiera oído hablar de estas novelas de Sarah Kennedy? —dije en un intento de desviar la atención.

—Como le he dicho mi padre era un gran admirador suyo y hace años se hizo con toda su producción literaria, tanto en español como en inglés —respondió con mucho orgullo en el tono de su voz—. No me pregunte cómo, pero una pequeña editorial gallega consiguió los derechos de un total de siete libros que tradujeron y que fueron publicando poco a poco. Por supuesto, nosotros fuimos los primeros en poner las novelas a la venta aquí en la librería. Estos ejemplares que se lleva son los últimos.

—Entonces deben valer una pequeña fortuna.

—No. Y no será porque yo lo haya decidido. Mi padre se niega a cobrar por ellos lo que realmente valen. Es un romántico y de los que opinan que los libros que tenemos en este negocio están para leerlos, aunque sea gratis.

Me quedé mirándolo entre sorprendida y divertida. ¿Cómo era posible que un hombre que dirigía una empresa así tuviera estas ideas? Un amante de la cultura, sin duda alguna.

—Sí, ya lo sé... A veces yo tampoco comprendo cómo seguimos en pie. Pero aquí estamos.

Carlos me sonrió y, a continuación, se concentró en escanear el precio de cada uno de los libros. Cuando terminó, extrajo varias bolsas de tela de debajo del mostrador. A continuación, y para mi enorme sorpresa, abrió un cajón y sacó de él diez hojas de papel de seda de diferentes colores. La última

vez que había visto envolver un libro de ese modo había sido en Florencia y se trataba de un ejemplar bastante antiguo. Mientras le observaba entregarse a la tarea casi con devoción, pensé qué habría llevado a un hombre tan elegante y culto como aquel a dedicarse al negocio familiar. Desde luego su pasión por los libros era innegable, como también el dominio que estaba segura que tenía de todos los ejemplares que se vendían en la librería. Intuí que, detrás del oficio que había desarrollado con el paso de los años, había algo más. “Venga María... Ya estás con tus historias”, susurró la voz en mi interior. “¿Por qué te empeñas en pensar que todo el mundo oculta algo?”, repitió. Y tuve que admitir que, probablemente, estuviera en lo cierto. En ocasiones me dejaba llevar demasiado por mi instinto de escritora y no me daba cuenta de que la realidad era mucho más simple de como yo la veía.

Cuando vi en la máquina registradora a cuánto ascendía la cuenta, casi me da un infarto. Me había vuelto un poco loca. Bien lo valía cada uno de los tesoros que llevaba conmigo. Cogí la cartera del interior de mi mochila y le tendí la tarjeta de crédito a Carlos con la mejor de mis sonrisas. Mientras lo hacía grabé en mi mente casi a fuego, que tenía que abstenerme de regresar allí en muchísimo tiempo si no quería arruinarme.

—Ha sido un placer —dije en cuanto él me entregó las bolsas repletas de libros y que con tanto esmero había organizado.

—Igualmente. Espero que regrese pronto. Disfrute de la lectura.

Volvió a darme la mano y, de nuevo sentí la misma calidez en la piel. Mientras me dirigía a la salida hice otra anotación mental. Mantenerme también lo más alejada posible del hombre que tenía la habilidad de ponerme tan nerviosa y de provocar sensaciones así de intensas en todo mi cuerpo. Cuando salí a la calle agradecí que el aire fuera frío. Necesitaba recuperar el control de todo. Eché a andar y, unos pocos metros después me detuve porque tuve la sensación de que alguien acababa de gritar mi nombre. Me di la vuelta y me encontré con Carlos que se acercaba con paso rápido.

—¿Me he dejado algo? —dije mientras paseaba la vista inquieta por cada una de las bolsas que colgaban de mis manos.

—Sí. Mi número de teléfono por si mientras estás por aquí te apetece hablar de libros o de lo que sea.

Él me tendió una tarjeta. Yo alargué la mano para cogerla y, antes de poder decir nada, había desaparecido. Durante un instante me sentí confundida y fascinada al mismo tiempo. Me fastidió un poco la seguridad con la que él había actuado. Como si supiera de antemano que yo no iba a rechazarlo.

También me sorprendió que hubiera decidido tutearme sin más. Sonreí y, sumida en estos pensamientos retomé el paseo en dirección a una pequeña taberna que había visto unas horas atrás. Mi estómago empezaba a protestar y volvía a llover.

Capítulo 15

Faltaban días para que mi estancia en Naia terminara. El tiempo había pasado con demasiada rapidez. Desconocía si estaba preparada para regresar a Barcelona. Me sentía mucho más animada a probar cosas nuevas, a hacerlas por mí misma y, simplemente, porque me apetecía. Desde mi llegada a Galicia, todas las preocupaciones se habían relativizado. Tan solo me limitaba a planificar una nueva novela, a hacer ejercicio y a dar largos paseos con Lina los días en los que no diluviaba. Me parecía increíble la forma en la que había conseguido colarse en mi vida, hasta el punto de que empezaba a considerarla ya una amiga. Iba a ser difícil separarme de ella, aunque tenía la certeza de volveríamos a vernos en un futuro no demasiado lejano. Ahora que había descubierto este remanso de paz, pensaba regresar tantas veces como me fuera posible.

Mi jornada había comenzado como tantas otras. Un café con leche, unos bollos con mantequilla y mermelada, una excursión en bici por la orilla del Miño y varias horas sentada frente al ordenador esperando a que fuera la hora del almuerzo para poder conversar un rato con mi casera. Precisamente estaba en uno de esos momentos mágicos en los que se vive tanto el argumento de una historia que incluso hasta te convences de que es real, cuando sonó mi móvil. Al principio no caí en la cuenta de que se trataba de mi teléfono. Hacía tanto tiempo que no recibía una llamada que casi me había olvidado de él. Respondí en cuanto reconocí el número.

—Hola Alberto —dije con el tono más profesional posible. No sabía de qué humor iba a encontrarme a mi editor después de semanas sin hablar con él.

—María... —se limitó a responder él con tanta seriedad que el corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

En ese momento deseé con todas mis fuerzas que fuera él quien llevara el peso de la conversación porque yo me había quedado, para variar, sin poder pronunciar palabra.

—Vamos tirando. ¿Dónde estás? —dijo sin más preámbulo

—Trabajando

—Ya veo... Pero ¿dónde?

—Fuera de Barcelona —no quería dar ninguna otra explicación. Ni

siquiera a él.

—Eso me había parecido.

—¿Ocurre algo? —me atreví a decir en vista de que él no estaba por la labor de explicarme a qué se debía aquella llamada tan extraña entre dos personas que hacía años que se conocían.

—En realidad, sí.

Cogí todo el aire que pude por la nariz, cerré los ojos con fuerza y me preparé para escuchar la charla que hacía tanto tiempo estaba temiendo. Sin duda alguna, mi editor me llamaba porque la novela que le había enviado antes de salir corriendo de la gran ciudad, era un auténtico asco. No solo era completamente diferente de cuanto había escrito hasta entonces, sino que, era mala de narices. Casi desde el principio tuve la sensación de que no debería habérsela dado. Pero entonces no pensaba con demasiada claridad y el tiempo apremiaba. Ahora tenía que prepararme para la bronca que, con toda seguridad, estaba a punto de caerme.

—Tú dirás...

—¿Se puede saber en qué estabas pensando cuando escribiste esta historia? —Su voz sonaba tan extraña que no supe distinguir si estaba a punto de acordarse de toda mi familia o si iba a empezar a saltar por su amplio despacho en pleno centro de Barcelona.

—En nada —respondí con sinceridad—. Esta es la primera novela que he escrito sin pensar en toda mi vida.

Quizás no fuera esa la respuesta que él esperaba. También era la menos oportuna, pero era la pura verdad. Aquellas páginas habían salido directamente de un lugar de mi corazón que yo, ni siquiera sabía que tenía. Tal vez debería haberla revisado con más detalle antes de hacérsela llegar. A lo mejor lo más inteligente hubiera sido dejarla dormir en el fondo de un cajón. Fuera lo que fuera, ya estaba hecho. Ahora lo único que podía hacer era defender mi trabajo con uñas y dientes. Ese manuscrito había sido algo espontáneo, pero no por ello tenía que ser malo. Estaba convencida de que había muchas cosas buenas en él.

—Eso me ha parecido cuando lo he leído. Que no te habías parado ni a mirar la clase de argumento que has utilizado.

—Lo cierto es que no —respondí con una mezcla de temor y hastío. Lo último que me apetecía ahora era que me cuestionaran un trabajo al que había tenido que enfrentarme en el peor momento de mi vida— ¿Hay que hacerle muchos cambios?

—Si... No... Depende.

¡Por el amor de Dios! Alberto me estaba matando con esa forma de actuar. Él que siempre había sido una persona tan abierta y directa a la hora de manifestar su opinión con respecto a mis novelas, no sabía qué decir. O a lo mejor sí que lo sabía, pero no encontraba el modo. O no quería. Opté por guardar silencio. Si dejaba salir por mi boca todo lo que estaba pensando, tal vez terminara diciendo algo de lo que me acabara arrepintiéndome.

—Es bueno. Aunque no sé qué hacer con él. No es lo que has hecho siempre —dijo por fin.

—Es diferente, sí.

—Demasiado. Y ese es el problema.

—¿Por qué?

—Hace tiempo que tu nombre se asocia a un tipo de novela. Los lectores están esperando algo similar. No un libro tan diferente.

Por primera vez en la conversación, Alberto parecía un poco más relajado. Incluso sonaba al editor que yo siempre había conocido.

—Pero acabas de decir que es bueno, ¿no? —Sabía a qué se refería con exactitud. Esperaba otra de mis historias divertidas y con algo de romance. Quería más de lo que yo llevaba años entregándole. Y él, al igual que me había sucedido a mí mientras trabajaba después de la muerte de Gonzalo, no estaba preparado para algo tan distinto.

—Sí. Aunque no sé dónde lo vamos a meter. Vamos que nuestra intención es publicarlo, pero no sabemos qué calificación ponerle.

—No le pongáis ninguna —respondí sin más.

Oí una sonora risa al otro lado del teléfono. Desde que nos habíamos conocido, raro era el mes en el que no discutíamos sobre el modo en el que la industria editorial tendía a etiquetar todos los libros, a clasificarlos dentro de géneros o subgéneros para guiar al lector. Yo siempre había sido una gran defensora de la libertad de cada uno para decidir si una historia le parece romántica o trágica. Con el paso del tiempo, había descubierto que, si quería seguir trabajando, debía ceñirme a unas reglas por mucho que me disgustaran.

—Sabes que no podemos hacer eso. ¿Tú cómo la calificarías?

—Autoayuda —respondí con sarcasmo. Alberto volvió a reír y todos los músculos de mi cuerpo se relajaron.

—No creo que podamos colocarla ahí. ¿Tú dirías que es romántica?

—Acaba bien, ¿no? Así es que encaja ahí.

—Pero el estilo... No sé...

—Si esta es tu forma de pedirme que la reescriba, ya te puedes ir olvidando.

Por lo general no solía poner ninguna pega a la hora de modificar algunas partes de las novelas que escribía. Confiaba lo suficiente en él como para saber que, con cada cambio que se me sugería o con cada esfuerzo más que se me demandaba, la obra terminaba ganando calidad. Sin embargo, algo me sucedía con aquel manuscrito. Desde que comencé a escribir, consideraba que las cosas que narraba eran así, tal cual. No había cambio posible para ninguna de ellas. Y, con el paso del tiempo, me había ido reafirmando en esa creencia.

—¿Cómo dices? —Alberto sonó tan sorprendido que casi pude ver cómo abría los ojos al máximo allí sentado en su despacho.

—Lo que acabas de oír. No pienso retocar ni una línea de esa novela. Si no te gusta o si no la quieres, dímelo. El borrador se queda tal y como está.

Sabía que me la estaba jugando. Jamás me había atrevido a retarle así. Él me decía que era una *rara avis* del panorama literario ya que, por lo general, los autores solían ser bastante reticentes y tiquismiquis sobre cualquier cambio que se realizara en sus obras. Desde mi llegada a Galicia me sentía mucho más segura y, sobre todo, libre. En gran medida sabía a quién le debía ese cambio de actitud. A Lina. Conocerla había sido una de las mejores cosas que me habían sucedido últimamente y eso que estaba convencida de que todavía me quedaban mucho más de ella por descubrir.

—María... —la voz de Alberto me devolvió al presente —no te he llamado para discutir cuestiones de puntuación o para pedirte que me cambies un capítulo por otro. Lo que necesito es que me digas cómo es posible que, en apenas unos meses, hayas pasado de un género que dominas a esta novela tan... distinta y perfecta —añadió casi en un susurro.

¿Qué le podía decir? Había escrito mi último libro confundida, enfadada y rota por el dolor tras la muerte de Gonzalo. En unas semanas en las que apenas era capaz de dormir y, mucho, menos pensar con claridad. Refugiarme en la narración de esa historia era lo único que me había mantenido más o menos cuerda. No podía darle más respuesta que la verdad. Había puesto mi corazón en ella y también una parte de mi alma. Tal vez esta fuera la razón por la que él la encontraba tan distinta a todo lo anterior.

—Creo que es lo más auténtico que he hecho desde que comencé a escribir —dije creyendo a pies juntillas en cada una de esas palabras—. Eso no significa que no me haya implicado en todo lo anterior. Pero esto es... diferente.

—Es lo mejor que he leído de ti. Por eso necesito que vengas a verme. Estoy convencido de que podemos hacer grandes cosas con esta novela.

—¿No acabas de decir que no sabes dónde encajarla?

—Y es cierto. Aunque eso no quita que sea buena Costará convencer un poco a tus lectores habituales. Cuando lo consigamos, pasarás al siguiente nivel.

“Mi editor y sus niveles”, pensé mientras esbozaba una media sonrisa al otro lado del teléfono. “Este hombre cree que estamos en una pantalla del Mario Bros de 1984”. Continuamente me hablaba de ir escalando posiciones, de ganar en calidad, seguidores y prestigio. Siempre que lo hacía yo pensaba lo mismo: En los videojuegos a los que me había aficionado cuando apenas era una adolescente allá por la década de los ochenta. En cualquier caso, me sentía halagada por sus palabras. Viniendo de alguien que no solía deshacerse en cumplidos, eran algo así como música para mis oídos.

—Por eso necesito que te pases por aquí cuanto antes —continuó y percibí la urgencia en el tono de su voz.

—No estoy en Barcelona.

—Pues coges un avión, un tren o lo que sea que te saque del lugar en el que te encuentras y pasas a verme. Si puede ser mañana, mejor que pasado.

En cuanto mi mente procesó que debía regresar, un intenso escalofrío me recorrió entera y la angustia se volvió a instalar en la boca del estómago. Sabía que debía regresar a casa, a la rutina y a la vida nueva que me esperaba. Mi tiempo en Naia se agotaba, pero una cosa era regresar por voluntad propia y otra bien distinta con el apremio de la obligación. La idea de alejarme de Lina fue lo que más me entristeció. Después, por alguna razón que desconozco, pensé en Carlos. Su sonrisa, esos ojos grises que me miraban con esa mezcla de admiración y desafío. El corazón se me encogió un poco más al recordar ese aroma a jazmín que siempre desprendía. Por estúpido que pareciera, no quería irme de allí sin conocerle un poco más.

—El lunes a primera hora estaré allí —dije todavía con un nudo en la garganta.

—Hoy es jueves...

Alberto no era un hombre acostumbrado a esperar. Ahora, yo tampoco era una mujer dispuesta a correr. Necesitaba pensar. Hallar el modo de equilibrar la situación y eso pasaba por hablar con Lina. Seguro que ella me aconsejaría bien.

—Y yo estaré en Barcelona exactamente dentro de tres días —respondí

con determinación y dejando poca opción a que él pudiera añadir algo más.

—A las 9. Tú pagas el desayuno.

Sonreí al escuchar sus palabras. Por cierto, fueron las últimas porque mi editor colgó sin despedirse. Hubiera pagado mucho por ver su cara en aquel instante. Alberto no era un hombre acostumbrado a acatar las decisiones de los demás. Durante las últimas dos décadas, más bien lo contrario. Todos bailaban al son que él marcaba que, todo sea dicho de paso, solía ser el del trabajo duro y el éxito.

Permanecí un buen rato en silencio. Miré a mi alrededor. La casa del jardín se había convertido ya en mi hogar. De nuevo la nostalgia aguijoneó en el centro de mi pecho. Respiré hondo. A pesar de que la primavera aún no había llegado, me pareció percibir un intenso aroma a jazmín. Entonces un nombre cobró fuerza de nuevo: Carlos. No quería irme de allí sin volver a verlo. Sí, era una locura, algo irracional, pero estaba dispuesta a dejarme llevar por esta extraña sensación que experimentaba cada vez que mi mente volvía a él. Cuando regresé al presente fue a buscar a Lina. La encontré agachada junto a la chimenea preparando la leña para cuando el frío del atardecer hiciera necesario prender un buen fuego. Golpeé levemente el cristal de la ventana trasera con los nudillos. No quería sobresaltarla. Enseguida ella giró levemente la cabeza. En cuanto me vio sonrió mientras que con la mano me invitó a entrar. Giré la manivela de la puerta metálica y cedió al instante. Sonreí al comprobar una vez más lo poco que le preocupaba la seguridad. Ni a ella ni a ninguna de las personas que había conocido en aquel lugar. Vivían en una especie de paz constante, de respeto y confianza en los demás que los llevaba a olvidarse de cuestiones como echar el pestillo cada noche o cerrar el coche.

—Buenos días —dije en cuanto estuve a su lado y enseguida me sentí reconfortada por el aroma a hogar que se respiraba allí.

—Dame un minuto y te preparo un café.

—Tranquila. Iré a almorzar al bar —respondí consciente de la tristeza que comenzaba a sentir.

Lina se dio la vuelta, me miró directamente a los ojos y la expresión de su rostro, relajado hasta entonces, cambió. Noté cómo me atravesaba y me leía el alma. Así había sido casi desde el mismo instante en el que nos habíamos conocido.

—Te vas... —dijo en apenas un susurro.

—Sí. Debo regresar a Barcelona.

—Aun no es el momento.

Su voz sonó dulce y firme al mismo tiempo. No supe cómo interpretar sus palabras y me limité a asentir. Si algo había aprendido durante mi estancia en Naia era a dejarme envolver por esa clase de presentimientos irracionales en los que parecían encontrarse muchas de las respuestas que buscaba. En cualquier otro momento de mi vida hubiera cuestionado sus palabras. Ahora, incluso me sentía bien al pensar en que no todo dependía de nuestra voluntad, sino también del instinto, la fuerza interior o como lo quisiéramos llamar.

—El trabajo me reclama —respondí a modo de disculpa y siendo consciente de que ella seguía leyendo en mi interior. Lina se limitó a devolverme una extraña sonrisa. Una que provocó que me acabara de convencer de que podía ver cosas que para el resto pasaban completamente inadvertidas.

—Volverás. Este es tu lugar —añadió antes de atravesar el salón en dirección a la cocina dejándome sola con mis pensamientos.

¿Qué era lo que ella veía con tanta claridad para hacer una afirmación como esa? Enseguida una parte de mí le dio la razón. Aún no había hecho la maleta y ya deseaba volver. Observé la agilidad con la que Lina se movía por la cocina. Durante los escasos segundos que tardó en encender el fuego, colocar una sartén sobre él y comenzar a freir unos filetes con una pinta estupenda ninguna de las dos habló. Ella porque había dejado claro lo que pensaba de mi inminente partida. Yo porque temía echarme a llorar en cualquier momento y perder así parte de la determinación que iba a necesitar para hacer el equipaje. Seguí observando en silencio la maestría con la que pelaba verduras y preparaba también una improvisada ensalada.

—Aquí tendrás siempre tu casa. Lo sabes, ¿verdad? —Lina me miró después de que ambas hubiéramos dado buena cuenta del almuerzo.

—No sé cómo agradecerte... —intenté responder. Ella llevó dos de sus dedos a mis labios y me obligó a guardar silencio.

—Soy yo la que tiene que darte las gracias. Por llenar esto de vida de nuevo, por darle a esas cuatro paredes —dijo mientras su mirada se perdía en la casa del jardín —el alma que había perdido. Yo no te he rescatado de nada. Has sido tú.

Noté cómo las lágrimas acudieron a mis ojos hasta que fue imposible contenerlas. No era un llanto compulsivo como semanas atrás. Era sereno, calmado y con el que dejaba salir, no ya la profunda tristeza que me producía tener que alejarme de todo esto, sino el saber que una parte de mí, una bastante

grande, había encontrado un hogar en estas tierras.

—Supongo que nos hemos salvado mutuamente —acerté a responder sintiendo todavía un enorme nudo en la garganta.

Durante nuestras conversaciones, apenas le había ofrecido más que leves pinceladas de mi vida. Ella había hecho lo mismo. Sin embargo, ambas habíamos sido capaces de comprender que más allá de nuestra aparente serenidad y estar en paz, se ocultaban muchos momentos de dolor y una existencia mucho más complicada de la que en realidad estábamos dispuestas mostrar. Mi casera me miró con la misma intensidad que tanto me había sorprendido la noche en la que nos conocimos y una leve sonrisa se dibujó en su rostro. No hizo falta que pronunciara ninguna palabra porque pude sentir a la perfección el mensaje que intentaba transmitirme. El mismo que había pronunciado unos minutos atrás. Y algo en mi interior me decía que ella estaba en lo cierto. Volvería a Naia. Mi tiempo allí aún no había terminado.

Capítulo 16

Los últimos días en Galicia volaron. Cuando me quise dar cuenta tenía la maleta preparada, todas mis cosas recogidas y una cita para cenar con Carlos. Fui yo quien propuso el encuentro tras una breve visita a la librería. Una que terminó en un almuerzo a dos, una agradable conversación y unas copas de cilantro junto a la chimenea. Algo que dio pie a un casi constante intercambio de mensajes en días posteriores y alguna que otra conversación telefónica. Me quise convencer de que, si nos veíamos cara a cara, sería más fácil decirle no adiós, pero sí hasta luego. Mientras me arreglaba para una salida informal sentí que el corazón se me aceleraba. Y, al mirarme al espejo para animar mi piel con algo de maquillaje me di cuenta de que tenía un brillo especial en la mirada. Era obvio que mi interior había cambiado en pocas semanas. También mi exterior. Había ganado algo de peso, las eternas ojeras habían dado paso a una leve sombra bajo mis ojos que incluso me daba un aspecto interesante y la piel en general había recuperado algo de vida. Me sentía también mucho más animada. Tanto que incluso mi cerebro acostumbrado a tantos años de rutina había comenzado a trazar nuevos planes. No creía que fuera posible llevarlos a término en un futuro inmediato, ni siquiera cercano, pero el simple hecho de ser capaz de emocionarme de nuevo me llenaba de vitalidad. Sin embargo, no todo era positivo.

La muerte de Gonzalo me había sumido en un trance extraño que apenas duró unas semanas. Ahora experimentaba un arrepentimiento que tampoco me parecía normal. Uno que tenía que ver con Carlos. Cada vez que me asaltaba esa sensación que me atenazaba la boca del estómago intentaba convencerme de que no estaba haciendo nada malo. Al fin y al cabo, el librero y yo solo conversábamos. Él había sido extremadamente correcto durante nuestros encuentros. Y yo me había limitado a disfrutar de la compañía de un hombre que sí, era atractivo. Mucho. Pero su verdadera belleza se hallaba en esa mente privilegiada que tenía y en sus amplios conocimientos no solo de literatura, sino de otras muchas áreas. A veces me preguntaba si no estaría jugando a aquello de “a rey muerto, rey puesto”. Si no era demasiado pronto para disfrutar de la compañía de un hombre por el que me había sentido atraída casi desde la primera vez que nuestras miradas se cruzaron.

Con todos aquellos pensamientos en mente terminé de arreglarme. Escogí

para la ocasión unos pantalones vaqueros azul oscuro, una blusa blanca con escote en forma de uve que siempre me había favorecido mucho y zapatos sin tacón. Había hecho la reserva para cenar en un restaurante que estaba apenas a doscientos metros de casa, así es que no tenía que preocuparme demasiado por si me mojaba bajo la lluvia o por el frío. Apenas me daría tiempo a notarlo. Acompañé el *outfit* con el abrigo que me acompañaba desde mi llegada a Naia y una bufanda en tonos burdeos que daba también mucha luz a mi piel. Me había recogido el pelo en una coleta alta, lo que me proporcionaba un aire bastante juvenil. Cuando me di un último repaso frente al espejo sonreí bastante satisfecha con el resultado.

La noche era fresca cuando salí al jardín. Olía a tierra mojada y a eucalipto. Respiré hondo y cerré los ojos. A pesar de no ser un aroma con el que hubiera estado familiarizada a lo largo de mi vida, lo había incorporado por completo y se había convertido en uno de mis favoritos. Lo echaría de menos cuando me fuera. “Menos de catorce horas” susurró mi cerebro que se empeñaba en que me fuera casi imposible olvidar que al día siguiente dormiría en Barcelona, en casa. Al ser consciente de esto sentí una punzada de nostalgia en el centro del pecho. Me iba a costar más de lo que habría imaginado dejar atrás las semanas que había vivido en Naia y cómo me había hecho sentir. Aparté estos pensamientos de mi mente y eché a andar por el sendero en dirección a la salida. A pesar de la tristeza por la partida, estaba dispuesta a disfrutar de mis últimas horas en aquel lugar. De todas ellas. Sin excepción.

Apenas cinco minutos después estaba en la puerta del restaurante, una construcción de granito, madera y pizarra que me había fascinado desde el primer día que la vi. Desde el exterior, nada te preparaba para el inmenso jardín del que disponía en el interior y que los dueños habían acondicionado para que los clientes pudieran disfrutar de sentirse casi al aire libre en cualquier época del año. Lina me había hablado en más de una ocasión de las excelencias gastronómicas de este lugar que yo había visitado en varias ocasiones para degustar un buen albariño, pero no había encontrado ocasión de ir hasta esta noche. En cuanto Carlos aceptó mi invitación para cenar, tuve claro el lugar.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me di cuenta de que él ya había llegado hasta que lo respiré. Su aroma intenso a jazmín despertó todos mis sentidos. Me di la vuelta con toda la calma de la que fui capaz. El efecto que ese hombre causaba en mí me seguía sorprendiendo, aunque poco a

poco me iba acostumbrando a esa sensación de ensoñación que me embargaba cada vez que compartíamos algo de tiempo juntos. En cuanto me giré por completo me encontré directamente con sus ojos. No diré que perdí el aliento. Lo bueno de ir cumpliendo años es que también se gana en aplomo y en herramientas para disimular cuándo una mirada te ha dejado completamente fuera de combate. La suya lo hizo. Aun así, me limité a sonreír y a ofrecerle la mejilla en la que él posó sus labios más tiempo que en anteriores ocasiones.

Cerré los ojos durante unos segundos, los justos para poder impregnarme todavía más de su aroma y también sentir la proximidad del calor de su piel. En ese instante todo cambió y, la sensación de angustia por mi inminente partida fue sustituida por otra mucho más reconfortante. La de estar en casa. Si las circunstancias hubieran sido otras habría dedicado parte de mi energía a tratar de descifrar y poner en orden todo lo que estaba experimentando. Mi mente era un hervidero de preguntas y de explicaciones, mientras que mi cuerpo pasaba de una emoción a la opuesta en cuestión de segundos. Cuando Carlos se separó le ofrecí la mejor de mis sonrisas al tiempo que intenté mantener bajo control toda la avalancha de sentimientos y pensamientos. Ya tendría tiempo de hacerlo cuando regresara a Barcelona. Más allá de la cita con mi editor no había informado a nadie de mi regreso. Allí tendría tiempo de ponerlo todo en orden.

—Buenas noches —dijo Carlos con un brillo en la mirada que no quise interpretar.

—Hola... —respondí casi en un susurro mientras le sonreía.

—¿Puedo decirte que estás preciosa o es demasiado intenso para comenzar la velada?

Tardé unos segundos en asimilar la pregunta. No porque la intención me pasara inadvertida, sino porque no sabía bien qué responderle. Al final opté por ser sincera con él. Desde que nos conocíamos me había mostrado bastante natural. Además, esta iba a ser nuestra última noche. Al menos por un tiempo.

—No es inapropiado —respondí al tiempo que noté un leve cosquilleo en el centro del pecho—. Tú tampoco estás nada mal.

Carlos siempre me había sorprendido, al margen de por su innegable atractivo, por la elegancia innata que desprendía. No ya solo en su forma de actuar, sino también en la de vestir. Llevaba puesto un abrigo, pero pude intuir la camisa negra que llevaba debajo y que había combinado con unos pantalones vaqueros casi del mismo tono que míos. Lancé una mirada discreta en dirección al suelo y sonreí al comprobar que, a pesar de las inclemencias

del tiempo, había escogido unos mocasines también negros para la ocasión. En cualquier otra persona, este atuendo podría haber parecido incluso clásico. En su caso era elegante y actual.

—¿Entramos? —preguntó mientras me colocaba ligeramente la palma de la mano en el centro de la espalda.

En cuanto crucé la puerta, el calor de la chimenea lo envolvió todo. Hasta entonces no me había dado cuenta del frío y la humedad que se respiraba en el exterior. Una joven a la que yo ya conocía de las ocasiones en las que había estado allí degustando albariño vino a atendernos. No me pasó desapercibida la mirada significativa que le lanzó a Carlos ni tampoco el hecho de que sabía perfectamente de quién se trataba. Me limité a sonreír mientras nos indicaban la mesa que debíamos ocupar. Era una de las ubicadas en el jardín que, durante los meses de invierno, tenían cubierto con unas enormes cristaleras a través de las que se podía ver el cielo o incluso escuchar la lluvia caer.

Todavía me costaba acostumbrarme al hecho de que, en un sitio en el que la lluvia y el mal tiempo eran algo habitual, se recurriera a materiales en apariencia tan poco cálidos como el cristal. Allí habían logrado integrarlo a la perfección junto con el granito, la madera o la pizarra. Al sentarme en la silla que Carlos me había retirado en un gesto muy caballeroso por su parte, vi por primera vez la enorme chimenea que caldeaba el restaurante. Estaba en la parte inferior de una pared de granito sobre la que descansaba lo que parecía ser una pequeña vivienda. Sonreí al pensar en la casa que yo había ocupado hasta entonces. Al parecer, allí tenían una especie de fijación con los espacios pequeños y de lo más acogedores que parecían estar destinados a personas como yo. Durante unos segundos pensé en lo atractivo que podría ser para otros artistas poder disponer de uno de estos espacios durante un tiempo concreto. En cuanto la idea apareció en mi mente, el cerebro comenzó a funcionar a toda velocidad. Lo que hubiera dado yo en otro tiempo por disponer de un sitio como la casa de Lina para encerrarme y dedicarme solo a crear durante un par de semanas al año.

—¿Va todo bien? —La voz de Carlos interrumpió el hilo de mis pensamientos y me concentré en prestarle toda mi atención no sin antes decidir que tenía que darle alguna vuelta más a la idea que acababa de tener.

—Sí... Disculpa. Solo estaba pensando...

—¿Y puedes compartirlo?

Lo miré de nuevo a los ojos y el estómago se me volvió a encoger. Sabía que tenía que decirle que me marchaba. Aquel había sido el motivo principal

por el que habíamos quedado, pero no me sentía preparada para enfrentarme a una despedida. Al menos no tan pronto. Durante unos segundos consideré la posibilidad de compartir con él la idea que había aparecido en mi mente minutos atrás. Con toda seguridad y, habida cuenta del negocio al que se dedicaba, podría proporcionarme información de primera mano sobre las posibilidades reales de éxito que podría tener mi idea en caso de que me animara a ponerla en práctica. Al final decidí que ésta sería la mejor opción. Ya llegaríamos a las despedidas después de la cena, cuando me sintiera un poco más relajada y menos triste por tenerme que marchar.

—Tenéis un montón de lugares aquí que serían un sueño para muchos artistas —dije mientras trataba de recuperar cierta calma.

—Todo esto es muy bonito sí, cuando no vives aquí —se limitó a responder con bastante seriedad.

—Eso pasa en cualquier lugar. Yo aun me sigo sorprendiendo con las caras de los turistas que veo cuando pasean por Barcelona. No negaré que es una ciudad muy bonita, aunque en ocasiones me cuesta verla con la misma fascinación con la que lo hacen ellos.

—Eso mismo...

—En cualquier caso —añadí un poco más tranquila ya —no me refería tanto a la belleza de este lugar, como a la tranquilidad que se respira en él. Vivís tan relajados aquí. Se respira tanta paz...

Carlos permaneció callado durante lo que me pareció una eternidad. No sabía si estaba meditando su respuesta o si, por el contrario, me observaba por alguna razón en especial. Mantuve la calma y me esforcé para que mi rostro no dejara entrever ninguna de las emociones encontradas que él provocaba en mi interior.

—Aquí somos ajenos al ajeteo de la gran ciudad. Supongo que vivimos a otro ritmo, aunque para nosotros sí que exista el estrés.

—No pretendía... —dije en cuanto caí en la cuenta de que, tal vez mis palabras, podrían haberlo ofendido.

—Tranquila todo está bien. Entiendo a qué te refieres. ¿En qué has pensado? —añadió como, si de algún modo, hubiera adivinado lo que se estaba comenzando a fraguar en mi interior.

—No sé si será válido para otras personas. Tal vez mis circunstancias personales me hayan llevado a encontrar tanta inspiración aquí. Lo cierto es que, desde que llegué, he sido capaz de escribir más páginas de las que habitualmente hago durante un mes cualquiera en mi despacho en la ciudad.

Desconozco si esto mismo pudiera aplicarse a otras personas, pero sinceramente creo que tenéis aquí un filón para artistas que igual podríais aprovechar. Claro que hablo solo desde mi experiencia —añadí al darme cuenta de que estaba extremadamente serio.

—El encanto de los lugares apartados del mundo, sí.

Durante los siguientes minutos los dos permanecemos en silencio. Y, aunque no fue incómodo porque ocupamos el tiempo en elegir la cena de entre la exquisita oferta del restaurante, no pude evitar preguntarme si me estaba comportando como una imbécil. Una vez nos tomaron nota, Carlos volvió a hablar.

—A la gente de fuera os suele sorprender la vida cultural que se respira aquí —comenzó a decir en un tono de voz bastante grave. Tanto que incluso pensé que mis palabras podrían haberle ofendido—. Quienes estáis acostumbrados a las grandes ciudades tendéis a pensar que allí lo tenéis todo, y es cierto. No debemos olvidar que también hay vida más allá de esos lugares llenos de cemento y aglomeración —añadió.

—No pretendía... —comencé a decir a modo de disculpa sin saber ni por qué.

—Déjame seguir porque no es lo que piensas —atajó con firmeza y sin dejar de mirarme.

—De acuerdo.

—Aquí hay mucha vida cultural. Quizás más que en ciudades mucho más grandes. Tal vez el clima también influya a que nos guste resguardarnos de la lluvia frente a un buen libro o rodeados de personas con las que debatir sobre cuestiones que a todos nos interesen. De lo que ya no estoy tan seguro es de que haya un negocio en ello.

—A ti no parece irte mal.

—Tampoco es que esté nadando en la abundancia —se apresuró en responder—. Ten en cuenta que la librería de mi padre es un clásico en la ciudad. Gracias a su esfuerzo y el trabajo de todos hemos conseguido mantener una clientela bastante fiel aun en los tiempos que corren. Pero, como ya debes saber, en este país la cultura no es un negocio a menos que seas de los que tiene la sartén por el mango y toma decisiones.

—Ya...

Sabía que no le faltaba razón. Cada vez que publicaba un nuevo libro teníamos la misma conversación con la empresa. La economía, el avance del comercio electrónico, el cambio en el perfil de los lectores... El mundo de la

edición, tal y como él lo había conocido, estaba desapareciendo. Lo mismo ocurría con las librerías y muchos otros negocios relacionados con el ámbito cultural. En cualquier caso, en lo que yo estaba pensando no era en montar otro negocio para competir con los que ya existían. Lo que pretendía era facilitar un espacio para creadores, un lugar en el que pudieran trabajar con la misma intensidad con la que yo lo había hecho.

—Debo admitir que no te falta razón. Sé de sobra cómo va el negocio y a la velocidad que están cambiando las cosas. Ahora ya no basta con tener una profesión determinada, sino que debes saber hacer mil cosas a la vez para continuar siendo competitivo. En cualquier caso —dije mirándolo directamente a los ojos— mi idea no se basa en competir con los negocios que hay sino en organizar una comunidad en torno a los que ya existen.

En cuanto las palabras abandonaron mi boca me di cuenta de que, sin quererlo, le había puesto nombre al proyecto. Algo que sabía que era un error si lo que pretendía era no ponerlo en marcha. Ahora que sabía incluso cómo llamarlo, estaba segura de que terminaría haciéndolo realidad.

—Explicate.

Carlos me sostuvo la mirada al tiempo que se llevó con elegancia la copa de vino que nos acababan de servir a los labios. Yo lo observé en silencio mientras trataba de organizar mis pensamientos. Nunca había sido demasiado celosa con las ideas. Ciertamente era que tampoco solía compartirlas con nadie. Hacía años que Gonzalo había dejado de interesarse por mis novelas y lo mismo había pasado con Elena. Estaban tan acostumbrados a que los libros que escribía se vendieran bien que incluso me había llegado a preguntar si creían que el trabajo se hacía solo. Me había habituado a no hablar con nadie sobre mis proyectos presentes o futuros. No por prudencia, sino por familiaridad con el silencio.

En unas pocas horas me iría de Naia. Regresaría a la ciudad y, una vez allí, debería adaptarme a mis antiguas rutinas. Quizás comenzaría algunas nuevas. ¿Qué más daba si compartía algo que me había hecho sentir tan bien con él? ¿Qué iba a hacer Carlos? ¿Abrir una casa para acoger artistas? Solo la idea me hizo sonreír y alejó de mi mente los fantasmas. Fue entonces cuando decidí mantenerme fiel a la sinceridad que siempre había existido entre los dos. Al fin y al cabo, mi profesión consistía en escribir libros. La suya en venderlos. Lo que hiciéramos fuera de aquello, era otro cantar.

—Desde que llegué aquí he tenido muchas facilidades para trabajar —comencé a decir no sin antes saborear el exquisito tinto que tenía frente a mí

—. No soy alguien a quien le cueste concentrarse a la hora de escribir. Puedo hacerlo tanto en un lugar con absoluto silencio, como en un chiringuito en la playa al ritmo de Georgie Dann. —Carlos rio en voz alta al escuchar la comparación—. Considero que, en este lugar, y no me refiero solo a Naia, hay mil rincones en los que encontrar la inspiración y la rutina necesaria para poder trabajar unas semanas de forma intensiva —añadí creyendo a pies juntillas todas estas palabras.

—A todos nos inspiran los lugares que se escapan de nuestra rutina.

—Aquí tenéis un potencial que estáis desaprovechando.

—Ilústrame —dijo Carlos mirándome con aquella intensidad tan suya y que tantas emociones distintas despertaba en mí.

—Lina me ha acogido en ese lugar tan maravilloso que tiene —respondí mientras notaba cómo se me hacía un nudo en la garganta al darme cuenta de que estaba a punto de abandonar ese espacio en el que tan feliz había sido—, aunque no es la única que cuenta con un lugar así. Desde que llegué he podido conocer a muchos vecinos de la zona, algunos amigos de mi casera, otros forasteros con propiedades aquí que tienen espacios similares para que personas como yo podamos venir aquí a trabajar.

—¿Hablas en serio? ¿Por qué ibais a venir los artistas que adoráis la ciudad al mismísimo culo del mundo?

Me sorprendió que se refiriera de ese modo al lugar en el que vivía. Aún así, continué con mi exposición.

—Porque todos necesitamos paz en un momento u otro y porque, en el fondo, todos los que nos dedicamos a cuestiones creativas buscamos el santogrial. Ese lugar mágico, esa fórmula que nos lleve a ser altamente productivos durante un espacio no demasiado prolongado en el tiempo.

—¿Crees que aquí escribirás una novela en quince días?

—Si eso es a lo que vengo... Seguro. —No estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer. Al menos no a la primera de cambio. Sabía que mi idea era buena y que, si era capaz de convencer a varios vecinos, la podría poner en marcha en un plazo de tiempo relativamente corto.

—¿Sabes cómo se horrorizarían algunos si supieran que fabricas libros en quince días? —dijo sin poder contener la risa.

—Van a hablar igual tarde lo que tarde. La cuestión siempre es opinar tanto de lo que se sabe como de lo que no. De todos modos, ya sabes que es solo una forma de hablar. No es posible hacer un producto de calidad, sea el que sea, sin dedicarle muchísimas horas de trabajo. Pero creo que sí que es

factible arrancar un buen proyecto durante una breve escapada a un lugar que tenga magia, a un pueblo como este —añadí recreándome una vez más en la belleza del jardín cubierto en el que íbamos a cenar.

—Hacía años que no escuchaba a nadie de fuera hablar con tanta pasión de esta tierra.

—Eso es porque tenías que conocerme —respondí con franqueza. Tal vez demasiada porque enseguida me di cuenta del modo en el que su mirada se transformó y pasó de la cordialidad a algo bastante más irracional a lo que no quise ponerle palabras.

—Probablemente... Y dime, ¿serás tú quién se encargue de hablar con los vecinos, de convencerlos para que acojan a gente que quiere pintar, tocar un instrumento o escribir un libro?

—Lo puedo intentar, aunque desde la distancia va a ser un poco complicado.

Sabía que no era la mejor forma de decirle que me iba. Ni siquiera era así como había pensado comunicarle que regresaba a Barcelona. Me había dejado llevar por la pasión de una nueva idea y por la sinceridad que me caracterizaba. Ahora solo esperaba que no reaccionara mal.

—¿Cuándo te vas?

La seriedad que se dibujó en su rostro me dejó helada. Casi tanto como el hecho de que hubiera adivinado que me marchaba. Durante unos segundos me pregunté hasta qué punto sería transparente para él. Desde que nos conocimos siempre había tenido la sensación de ser yo quien controlaba la situación, los encuentros e incluso las conversaciones que manteníamos. Ahora acababa de comprobar que él era mucho más intuitivo de lo que había imaginado en un primer momento y que tal vez yo no fuera tan hermética con respecto a mis emociones como pretendía.

—Mañana.

—Vaya... —respondió esta vez sí desviando sus ojos de los míos para concentrarlos en la bandeja de ostras que acababan de dejar sobre la mesa.

Sonreí al caer en la cuenta de lo cómico de la situación. Allí estábamos los dos después de habernos visto unas cuantas ocasiones y no sabíamos muy bien en calidad de qué. Tenía claro que entre nosotros existía una extraña atracción, una emoción para la que yo no estaba en absoluto preparada, pero que me gustaba. Desde el día en el que nos conocimos, cada vez que estaba a su lado me sentía viva de un modo completamente diferente al que había experimentado antes. Las conversaciones, los debates en los que nos

enzarzábamos, la forma tan similar de entender la vida a pesar de proceder de lugares tan diferentes... Todo aquello convertía a Carlos en alguien especial para mí. Aún no había tenido tiempo de procesar del todo en qué sentido era distinto o qué lugar iba a ocupar en mi vida. Un recuerdo, un conocido, un amigo... Sin embargo, no dejaba de ser curioso que aquellas reflexiones y emociones estuvieran aderezadas con un plato tan afrodisiaco.

Por suerte no fue necesario que añadiera nada más porque, en cuanto él me vio sonreír cayó en la cuenta de lo que sucedía. Su semblante se transformó y sus labios, tensos desde que había sabido que me marchaba, comenzaron a relajarse e incluso a sonreír. No sabía si la tormenta había pasado ya. Sabía que debía, si no una explicación, sí al menos una aclaración por el que mi marcha era tan precipitada

Capítulo 17

Me sentía capaz de decirle muchas cosas. Este era el principal efecto que causaba en mí. La sensación de conocernos de antes, de haber compartido mucho sin apenas saber el uno del otro, de poder contarnos detalles que nunca habíamos confesado a nadie porque la distancia jugaría su baza una vez llegado el momento. Éste, sin duda, había llegado. Ahora que estaba sentada con él disfrutando de la que sería nuestra última cena, no quería que el tiempo pasara. En nuestras conversaciones nunca habíamos profundizado demasiado en la privacidad de cada uno. Dábamos por hecho que, habiendo superado la barrera de los cuarenta, ambos llevábamos a nuestras espaldas un equipaje considerable.

Sabía que, cuando menos cuenta nos diéramos, la noche habría llegado a su fin. No quería marcharme de allí con la sensación de que existía algo inacabado entre nosotros.

—¿Por qué te vas tan pronto?

Carlos no hizo nada por ocultar la sorpresa que le había producido la noticia. Y sí, aquella reacción suya me conmovió más de lo que hubiera imaginado.

—Tengo que recuperar mi vida.

—¿Y qué se supone has estado haciendo aquí? ¿Escapar? No tienes pinta de ser de las que se esconden.

Sus palabras me golpearon con fuerza. No tanto por el tono que había empleado al pronunciarlas, sino por la seguridad y certeza que había en ellas. Cada vez tenía más la sensación de ser como un libro abierto para él.

—Llegué aquí con la necesidad de descansar y de retomar mi vida de un modo diferente. Tanto Naia como las maravillosas personas que he encontrado —dije con total sinceridad— me han enseñado que soy más fuerte de lo que pensaba y que, a pesar de no tener todavía claro el camino a seguir, regreso a casa sintiéndome alguien diferente, aún conservando mi esencia. La vida debe continuar.

Estas últimas palabras sonaron huecas y casi a cliché y, a pesar de eso, eran ciertas. No tenía problemas en admitir que me había encariñado con el pueblo, con Lina, con mis vecinos e incluso con él. A pesar de ello, mi tiempo allí había llegado a su fin y cuanto antes lo asumiera, mejor.

—Tienes razón. Deberíamos quedarnos con lo bueno que ha sido que nuestros caminos se hayan cruzado. Lo demás...

Carlos no terminó la frase. No supe si porque era incapaz de encontrar las palabras adecuadas, porque no tenía muy claro cómo continuar o si, por el contrario, lo que pudiera decir no le convenía. Lo cierto fue que, a partir de ese momento, ambos nos esforzamos por conversar como lo habíamos hecho siempre, de los temas que nos interesaban, de los libros que nos habían fascinado y de la pasión que compartíamos por Sarah Kennedy, esa misteriosa autora que había pasado parte de sus días en Naia. Estuve bastante cómoda todo el tiempo, aunque había una parte de mí que hubiera deseado ahondar en ese vínculo que parecía haberse creado entre nosotros. Intentaba convencerme de que una actitud neutra era lo mejor. Sabía que no estaba emocionalmente recuperada y, por muy bien que pudiera sentarme que un hombre como Carlos me prestara algo de atención, no me sentía preparada ni siquiera para un tonto inocente como el que, me daba la impresión, habíamos mantenido en algunos momentos.

Varias copas de vino después, un *tournedó rossini* que estaba francamente delicioso y de haber compartido un *coulant* porque ninguno de los dos quería renunciar al placer del chocolate a pesar de que no nos cabía nada más en el estómago, Carlos pidió una botella de champán. Ese gesto suyo me sorprendió y halagó al mismo tiempo. Que fuera capaz de poner ese broche a la amistad que se había fraguado entre nosotros reafirmó el concepto que ya tenía de él. Era un hombre especial: Inteligente, seguro de sí mismo y, como cualquier persona a partir de determinada edad, un ser humano con sus particulares demonios contra los que luchar. Me puse en su lugar durante un instante. También debía de ser complicado para alguien como él, una persona no muy dada a mostrarse tal cual era, siempre preocupado por la imagen de empresario y profesional serio que era.

—Por los finales felices —dijo mirándome directamente a los ojos y con esa sonrisa que tanto me gustaba.

—Por los finales felices —repetí sintiendo cosquillas en el centro de mi pecho.

En ese momento no sabía si se refería solo al final de la velada o si, por el contrario, estaba aludiendo a la amistad que había surgido entre los dos. No me incomodó y seguí con el deseo de querer terminar la velada con el mismo estado de ánimo con el que la había iniciado.

Tres copas de champán después y con el estómago quizás más lleno de lo

que me hubiera gustado, salimos del restaurante. Habíamos pasado los últimos diez minutos bromeando sobre quién pagaría. Nunca había discutido por dinero. Me habían educado en la creencia de que pelear por cuestiones monetarias era bastante ordinario. Así es que no insistí cuando, con un tono de voz que invitaba poco a llevarle la contraria, dejó claro que se hacía cargo de la cuenta. El frío de la noche me despejó un poco. Tanto que volví a sentir una desazón que había aparcado casi desde mi llegada a Galicia. Sabía que tenía que despedirme de él. Que lo más sensato era dejar las cosas como estaban. Habíamos disfrutado de una velada muy agradable. Habíamos sido capaces de sortear los momentos complicados en los que las emociones, al menos en mi caso, amenazaron con desbordarse. Nos habíamos comportado como dos adultos que habían coincidido en el tiempo y el espacio. Cada uno con sus heridas, defectos, virtudes y demonios a los que enfrentarse. En definitiva, conocer a Carlos había sido una especie de bálsamo que había provocado que me replanteara algunas de las verdades absolutas tanto de mi pasado, como de mi presente. Tenía que regresar a Barcelona y sabía que esta amistad iba a ser complicada de mantener en la distancia. Al fin y al cabo, lo que nos había unido era mi presencia en Naia. Una vez me hubiera marchado, ambos seguiríamos adelante con nuestras vidas. Tal vez nunca más volviéramos a encontrarnos.

—Sé que va a sonar a tópico, pero me da igual. No quiero que se acabe la noche... aún.

Miré a Carlos a los ojos y lo que encontré en ellos me conmovió. Tal vez las palabras que había escogido podrían enmarcarse en las típicas tópicas en una situación como esta. Lo que pude intuir en su mirada no. Una parte de mí no dejaba de repetir que lo más sensato era regresar a casa, terminar de empaquetar las cosas e intentar descansar. Otra, a la que más escuchaba en los últimos tiempos, me gritaba que alargara su compañía lo máximo posible.

—Acepto sugerencias —respondí antes de ser consciente de haber tomado la decisión de quedarme.

—¿Conoces el camino del viejo faro?

—¡Ahora sí que has sonado a tópico!

En cuanto terminé de hablar, comencé a reír casi a carcajadas. ¿Qué se suponía que íbamos a hacer en plena noche junto a un faro? ¿Admirar las vistas? A medida que las preguntas se sucedían en mi mente, más complicado se me hacía controlar la risa. Por suerte, Carlos entendió la situación igual de cómica que lo hacía yo.

—No es lo que crees. Simplemente, no puedes irte de aquí sin visitarlo. Además, la noche está despejada. Incluso se ve la luna —añadió mientras que con una leve inclinación de cabeza señaló el punto exacto en el que se esta se encontraba.

—Te haré caso, aunque haré lo posible por defender mi virtud...

Carlos estalló en sonoras carcajadas a las que me sumé. No me pasó desapercibido el modo en el que nos miraron otros clientes que también abandonaban el restaurante y se apresuraban a entrar en sus vehículos. En cualquier otro momento hubiera tratado de ser un poco más discreta. Ahora no me apetecía fingir que no estaba disfrutando con la situación.

Echamos a andar en dirección opuesta a mi casa todavía sin poder dejar de reír. Enseguida oí el familiar sonido del desbloqueo de puertas y, unos segundos después estaba cómodamente sentada en el interior de su *crossover* blanco dispuesta a vivir una última aventura en tierras gallegas. Reconocí la dirección que tomábamos y sonreí. Se trataba de una carretera secundaria en dirección norte que bordeaba el Miño hasta su desembocadura en el Atlántico. Desde mi llegada a Naia lo había recorrido en infinidad de ocasiones. El paisaje era espectacular y me proporcionaba muchísima paz. Además, había encontrado un par de restaurantes con mucho encanto en los que era posible disfrutar de un buen café con espectaculares vistas al Atlántico, algo que había sido esencial a la hora de encontrar la concentración necesaria para escribir mi última novela.

Desde que habíamos subido al coche, nos habíamos sumido en un cómodo silencio. Él parecía estar muy concentrado en la carretera. Yo disfrutaba por primera vez de la belleza del paisaje nocturno gracias a la impresionante luna llena que brillaba en el cielo. Atrás habían quedado los nubarrones y la lluvia de la tarde. Contemplando aquel cielo despejado y cómo el mar se bañaba de plata nadie hubiera dicho que horas atrás hubiera llovido a mares. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que había música de fondo. No sabía en qué momento había comenzado a sonar. Se me erizó la piel en cuanto identifiqué la voz de Diana Krall susurrando un tema que yo conocía a la perfección. “*I’m confessin that I love you*”. Miré a Carlos por el rabillo del ojo con disimulo. Nada en su actitud o en el gesto relajado de su rostro llevaba a pensar que no se tratara de una mera casualidad. Otra más. Claro que si era fruto del mero azar, ¿por qué no dejaba de pensar en la posibilidad de que él estuviera escuchando ya esta música de camino a la cita para cenar? ¿Estaba intentando decirme algo? ¿Necesitaba urdir algo como esto para

expresar sus emociones cuando siempre había sido bastante claro a la hora de hablar de cualquier cosa?

Decidí que lo mejor sería disfrutar del momento, de las vistas y de una letra que para mí siempre había tenido muchísimo significado. No tanto en el ámbito personal, pero sí en el profesional. La voz de Diana Krall me había acompañado en más de una madrugada durante los últimos años. Mientras mis dedos se desplazaban por el teclado del ordenador, cuando la inspiración decidía bendecirme y me sumergía en un mundo en el que todo era posible. Dejé escapar un leve suspiro que a él no le pasó desapercibido. De hecho, durante unos pocos segundos apartó la vista de la carretera y me miró. Me esforcé por no dejar entrever ninguna de las emociones que estaba experimentando. Debí lograrlo porque enseguida volvió a concentrarse en la carretera, aunque algo en su cuerpo había cambiado. Parecía más relajado, despreocupado e incluso hasta más joven.

“Hombres”, pensé y sonreí de nuevo. Admití divertida que me sentía bastante ridícula e incluso oxidada en el arte del *ligoteo*. No es que Carlos hubiera dicho nada en ese sentido, pero es que la situación que estábamos viviendo casi desde que había comenzado la noche, parecía sacada de una comedia romántica. La última vez que había sido consciente de utilizar mis armas de mujer todavía quedaba más de una década para que terminara el siglo XX. No sabía qué era lo que se suponía que debía hacer a continuación. Bueno... eso en el caso de que debiera comportarme de algún modo concreto. Sonreí un poco más y, en esta ocasión, lo hice sin ningún disimulo.

—¿Qué es lo que te divierte?

Lucía el mismo gesto que yo en los labios.

—¿En serio tengo que explicártelo? —Él rio con ganas.

—¿Te han dicho alguna vez que las cosas no son siempre lo que parecen?

—¿Y a ti que la primera impresión es la que vale?

—¡Ya lo creo!

—Pues esto tiene toda la pinta de ser una especie de “aquí te pillo, aquí te mato” —respondí casi entre carcajadas—. Y yo ya no tengo edad para estas cosas —añadí divertida pero también sintiendo cómo me ruborizaba un poco.

—Mujer... escribes novelas. Échale un poco de imaginación, ¿no?

—No sé si eso nos conviene a ninguno de los dos... —Durante unos segundos nuestras miradas volvieron a encontrarse y percibí una especie de corriente eléctrica entre los dos.

—En serio, —dijo Carlos en cuanto dejó de mirarme —no hay nada de

perverso en el lugar al que te llevo.

—El sitio no es precisamente lo que me preocupa...

Hablé antes de pensar, y a medida que transcurrían los minutos a su lado me daba cuenta de que la razón me abandonaba y se iba abriendo paso una mujer que, aunque yo sabía que existía, llevaba mucho tiempo desaparecida. Tal vez olvidada. Noté una punzada de dolor y de nostalgia. Nunca me había parado a pensar qué cosas había perdido en el camino con el paso de los años. ¿Los sueños que habían quedado atrás o las partes de mí que había ido abandonando conforme iba abrazando eso que solían llamar la madurez? Desde mi llegada a Naia, no hacía más que darle vueltas al tema. Tenía la sensación de haber desaparecido bajo una capa de responsabilidad, deber y profesionalidad que no se correspondía en realidad con la mujer que se ocultaba en mi interior, con esa que siempre me habría gustado ser.

—¿De qué tienes miedo entonces? —su sensual voz interrumpió el hilo de mis pensamientos.

—De nada. Es solo que no me gustaría que las cosas entre nosotros se malinterpretaran. No cuando quedan apenas unas horas para que me vaya.

De pronto el coche se detuvo y yo me sentí desconcertada. No sabía si habíamos llegado a nuestro destino o si, por el contrario, él se había molestado conmigo. Miré hacia el exterior en un intento de averiguar dónde estábamos. Lo que contemplé me sobrecogió tanto que no fui capaz de articular palabra. Había estado tan ocupada tratando de gestionar pensamientos y emociones que hacía un buen rato que había dejado de prestarle atención al paisaje. Apenas tuve que mover los ojos para ver que el faro se alzaba frente a nosotros. La luna lo iluminaba de pleno. Era hermoso. Lo primero que me llamó la atención de él fue el hecho de que estuviera en funcionamiento. Lo segundo el modo en el que estaba pintado. Blanco y rojo. Alcé un poco la vista y descubrí en lo alto lo que me pareció una especie de bóveda también rojiza. Algo que le daba un aspecto bucólico y romántico.

Luego clavé la vista en el horizonte. Y, si ya no tenía palabras después de haber contemplado el faro, todavía enmudecí más frente a aquel Atlántico bañado por la luna. No sé en qué momento Carlos salió del coche. Sí que noté su mano sobre la mía después de haber abierto la puerta de mi lado invitándome a salir. Aún no había puesto un pie fuera cuando una fuerte brisa me envolvió entera. Olía a sal, a mar, a tierra mojada, a vida. Sabía que no iba suficientemente abrigada para no morir de frío en cuanto saliera, pero hubiera sido una estupidez no hacerlo y perderme aquel espectáculo de la naturaleza.

Tomé la mano que me tendía con fuerza y él tiró de mí. Sin soltarnos anduvimos los escasos pasos que nos separaban del muro de granito que hacía las veces de mirador. Una vez allí apoyé mi cuerpo sobre él y permanecí en silencio contemplando el paisaje.

El agua golpeaba con suavidad contra las rocas del acantilado. A pesar de la lluvia de horas atrás, el océano parecía estar sumido en una extraña calma. Pequeños trocitos del océano llegaban hasta nosotros en forma de espuma transportada por la brisa, la misma que provocaba que unos metros más abajo todo hubiera adquirido una tonalidad blanca que invitaba a sumergirse y perderse en ella. Lástima que fuera invierno y que la temperatura no acompañara. Estaba convencida de que en otra época del año no hubiera dudado en bajar hasta la pequeña cala que podía divisar desde allí y disfrutar del placer de un buen baño. Seguí contemplándolo todo y sonreí al poder hacerme una idea del lugar en el que me encontraba. Estábamos muy cerca de la línea de costa y enseguida identifiqué el lugar: Baiona, un poco más arriba Vigo. Incluso hubiera podido afirmar que las luces que podía ver a la derecha de donde me encontraba pertenecían a las Cíes.

La brisa comenzó a soplar con algo más de fuerza y la piel de todo mi cuerpo se erizó. Noté entonces el brazo de Carlos sobre mis hombros apretándome contra su cuerpo en un intento de darme algo de calor. Me sentía incapaz de decir nada inteligente o adecuado debido al impacto de la belleza del lugar y también al percibir tan de cerca su particular aroma a jazmín. Respiré hondo. No tanto para llenarme del Atlántico, sino para que aquel olor tan particular se me quedara grabado. Quería recordarlo. Deseaba que, una vez hubiera dejado Naia, pudiera recurrir a él para sentir que lo que había vivido aquí había sido verdad. Cerré los ojos como si así fuera a recordar con más facilidad aquel instante, esa fragancia que me proporcionaba aquella sensación de bienestar. Cuando los volví a abrir él se había separado ligeramente de mi cuerpo y me observaba en silencio. Ahí caí en la cuenta de que nuestras manos continuaban entrelazadas.

Un nuevo escalofrío me recorrió entera. Tenía tantos sentimientos opuestos en mi interior que me daba la impresión de que podría estallar de un momento a otro. Cerré los ojos y los apreté con fuerza. De forma instintiva me aferré aún más a la mano de Carlos. Poco a poco dejé escapar el aire que llenaba mis pulmones en un intento de recuperar el aliento. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba casi segura de que él podía escucharlos. Por mi mente comenzaron a pasar imágenes a toda velocidad. Yo con veinte años, el

día que me casé con Gonzalo, noches de risas interminables con Elena. La publicación de mi primera novela y el fin de semana romántico en París que mi marido organizó como regalo al que ya me había hecho la vida permitiéndome vivir de las letras, lo que más amaba. Las horas interminables frente a la pantalla del ordenador, los bloqueos, las semanas en las que me planteaba dejarlo todo y buscarme un trabajo “normal”. La decisión de no tener hijos y dedicarnos a nosotros, los viajes, las ausencias, la distancia...

De pronto sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Mi mente se empeñó entonces en ofrecerme la retrospectiva de una vida que yo había sido incapaz de ver hasta entonces. Los horarios que nunca coincidían, la cordialidad entre dos personas que lo han compartido todo durante décadas, pero entre las que existía cada vez un muro más grueso que las separaba. Las agendas, los compromisos, las cenas con clientes o editores cada vez más frecuentes. La necesidad del otro cada vez más infrecuente y que, de producirse, se resolvía en apenas unos pocos minutos. Hasta el momento en el que Carlos decidió llevarme al Faro Silleiro hubiera afirmado sin vacilar que mi matrimonio tenía, al menos, un aprobado. Ahora, tras la repentina y abrupta caída del velo que había maquillado la realidad de mis últimos años, supe que había sido un suspenso enorme y una decepción.

Noté la calidez de una mano recorriendo mi mejilla con tanta suavidad que, por un instante, dudé de si aquello estaba sucediendo en realidad. Abrí los ojos. Las lágrimas que se habían contenido en los párpados surcaron todo mi rostro. Carlos me miraba con una expresión de infinita ternura. No sé si es que no quise o no supe interpretar más allá sus emociones. Desde luego, no me pasó inadvertida su batalla interior. A diferencia de mí, él no estaba aterrorizado ni confundido. Al menos no lo suficiente como para no poder actuar movido por las emociones. Me perdí en su mirada durante no sé cuánto tiempo. El sonido del mar golpeando contra las rocas, la brisa cada vez más fresca de la madrugada, el corazón latiendo a toda velocidad como si, de algún modo, quisiera frenar cualquier intento de pensamiento racional. Y cómo no, ese aroma a jazmín que lo llenaba todo. Durante unos segundos desvié los ojos en dirección a la mano que estaba entrelazada con la suya y sonreí. Ojalá el olor de su piel quedara impregnado allí durante mucho tiempo. Sabía que no sería así. Que aún no me habría marchado de Galicia y cualquier rastro de esta fragancia que me hacía sentir segura, a salvo, en casa, habría desaparecido.

Sus ojos volvieron a atraparme. No sé si fue él, yo o ambos a la vez. La suavidad de sus labios lo llenó todo. Me dejé llevar por una sensación que era

tierna, dulce y al mismo tiempo, intensa, cargada de ansia y de necesidad. Nos besamos como si nos fuera la misma vida en ello. Como dos personas que acababan de encontrarse tras un largo viaje interior cargado de decepciones, frustraciones y dolor. Dos almas que se habían reconocido tiempo atrás pero que, por motivos muy diferentes, habían decidido no reconocerse hasta este último instante. Sentí cómo su cuerpo se pegaba mucho más al mío hasta encajar a la perfección. Carlos posó con suavidad la mano que tenía libre sobre mi nuca y me sujetó con fuerza. Tuve la sensación de que había un deseo implícito en aquel gesto. Un “no te vayas”, un “no te alejes ahora que hemos sido capaces de bajar la guardia”. No fui consciente del mensaje que le estaba haciendo llegar tan solo con mis gestos hasta que sentí la suavidad de su piel bajo mis dedos. Mi mano se había colado por debajo de su camisa acariciándole la espalda con una mezcla de pasión y ganas acumuladas.

El deseo fue en aumento. Casi tanto como el ritmo de nuestra respiración entrecortada. La madrugada podría ser nuestra. Lo que estábamos viviendo y sintiendo podría haber cambiado el rumbo de nuestro futuro más inmediato. Este descubrimiento podía alterar mi decisión de regresar a casa. Me merecía cada una de las emociones que se habían despertado en mi interior y que ahora ya sabía que había dejado de experimentar mucho tiempo atrás. ¿Qué podía pasar si me quedaba unos días más, unas pocas semanas? Seguíamos besándonos, aunque ahora el ritmo era mucho más lento. Saboreábamos cada centímetro de nuestras bocas probablemente por la misma razón. Para tener algo que recordar cuando todo terminara.

Seguí pegada a él debatiéndome entre lo que sentía y los mensajes contradictorios que cruzaban por mi mente. Me repetía las mismas preguntas una y otra vez. Por desgracia para mi lado emocional, las respuestas eran de lo más coherentes. Por mucho que me gustara lo que estaba sintiendo sabía que no estaba preparada para ello. Si iba más lejos acabaría en la cama con Carlos. No tenía ni la más mínima duda de que la experiencia sería maravillosa. Pero no era eso lo que quería en realidad. Ahora que me había dado cuenta de la extraña realidad en la que había vivido durante los últimos años. Y estaba dispuesta a analizarla, desmenuzarla y afrontarla por compleja o dura que pudiera llegar a ser. Me gustaba. Sentía una atracción enorme no ya por su físico, que también, sino por lo que me había dejado ver de su interior. Sin embargo, ni era el momento, ni el lugar, ni las circunstancias nos favorecían a ninguno de los dos. Hubiera sido muy fácil dejarme llevar por lo que mi cuerpo pedía a gritos. No lo hice. Al contrario. Tuve que hacer acopio

de todo el valor que pude y me separé de él con delicadeza.

—Carlos... —conseguí decir con la respiración todavía bastante agitada y las mejillas completamente encendidas— así no. Yo...

—¿Qué sucede?

—Me gustas mucho. Todo el tiempo que hemos pasado juntos ha sido fantástico... ¡Joder ahora la que suena a tópico soy yo! —Apenas podía controlar la frustración y el enfado conmigo misma.

—Tranquila —respondió al tiempo que llevaba dos de sus dedos a mis labios y los acariciaba con suavidad—. Lo entiendo —añadió con un tono de voz tan grave que me estremecí de nuevo.

—¿Qué es exactamente lo que entiendes? Dímelo, por favor porque yo soy incapaz de procesar nada.

—María... —Carlos se quedó en silencio y su mirada recorrió cada centímetro de mi rostro. Pude sentir que me ruborizaba aún más si es que aquello era posible dadas las circunstancias. Yo dejé escapar un gemido mezcla de dolor, frustración y deseo que él enseguida acalló volviéndome a besar—. Todo está bien —sentenció.

—Nada está bien. Tú, yo, esto... Nuestras vidas, el trabajo, el pasado... —Las palabras salían de mi boca sin ningún orden ni sentido. Aún así él parecía comprender lo que trataba de decirle.

—Sé que te tienes que ir. Lo sabía desde el mismo instante en el que comenzamos a hablar. Tu vida no está aquí. El lugar al que perteneces está a mil kilómetros de distancia. Y no quiero promesas, ni que hagamos algo de lo que después tengamos que arrepentirnos. Es evidente que no deseas ir más allá. Al menos no esta noche. No en este momento. Te entiendo. Estoy en el mismo punto que tú.

—¿De verdad?

—No sabemos demasiado el uno del otro. Los dos hemos sido cautos a la hora de mostrar nuestra intimidad. De hecho —añadió sin dejar de acariciarme la mejilla con la yema de sus dedos— apenas nos hemos mostrado. Con todo eso, hemos sido capaces de ver más allá. Nos hemos permitido esto —Carlos ladeó ligeramente la cabeza para poder mirarme mejor a los ojos— y es maravilloso.

—Yo...

Intenté decir algo coherente. Ofrecerle una explicación para todo lo que estaba sintiendo y también para lo que acababa de descubrir sobre mí misma mientras le besaba. No pude. Las lágrimas caían sin control alguno y me

embargó una sensación mezcla de temor y gratitud. Miedo ante la incertidumbre del futuro más inmediato. Agradecimiento por haber sido capaz de olvidar, al menos durante unas pocas horas, las normas de control y frialdad a las que yo misma había sometido a lo largo de tantos años.

—Tienes razón. Tal vez no sea el momento ni el lugar para vivir nada de esto. Y, precisamente porque no quiero estropear la bonita amistad que hemos compartido hasta ahora, creo que sería mejor que lo dejáramos aquí.

Traté de sonreír para hacerle ver que sentía cada palabra que estaba pronunciando, aunque fueran en contra de lo que gritaba la razón. Él me devolvió el gesto y supe que era sincero. Carlos se acercó de nuevo. En esta ocasión solo me abrazó. Lo hizo con fuerza, como si con aquel gesto él también quisiera quedarse con una parte de mí. Me aferré a él y me esforcé por inmortalizar la imagen. La de dos personas que acababan de encontrarse en el cobijo de un faro envuelto de océano y magia.

Capítulo 18

Cuando nos separamos tuve la sensación de estar cometiendo un terrible error. Aún así, era necesario. Debía regresar a casa, retomar mi rutina y coger las riendas de mi nueva vida. Acababa de darme cuenta de que tenía muchas cosas en las que pensar y heridas que debían cicatrizar. Necesitaba comprender muchas de mis actitudes, de las verdades a medias que me había contado durante tantos años. Tenía que procesar gran cantidad de información y yo, que nunca había sido especialmente hábil con los sentimientos, sabía que tenía bastante trabajo por hacer. Hubiera sido muy fácil dejarme abrazar por él, trasladarle todas mis mierdas durante un tiempo y disfrutar de lo que fuera que existiera entre nosotros. Y no hubiera sido ni justo, ni ético, ni moral. Al menos desde mi forma de entender la vida. Marcharme de Naia iba a ser una de las decisiones conscientes más duras que había tomado en años. Ni siquiera alejarme de Barcelona después de la muerte de Gonzalo había supuesto ni la mitad de emociones opuestas de las que estaba experimentando ahora.

La voz de Diana Krall nos acompañó también durante el regreso a Naia. Iba a ser un auténtico reto volver a escuchar cualquiera de sus versiones cuando necesitara inspiración para mis novelas en plena madrugada. Ambos nos sumergimos en un silencio cómodo en el que tratábamos de disfrutar del poco tiempo que nos quedaba juntos. No nos habíamos soltado la mano desde que llegamos al faro. Era nuestra particular forma de hacernos saber que, aunque necesitáramos tiempo por delante, los sentimientos que se habían despertado eran auténticos. El viaje de regreso se me hizo inmensamente corto. Cuando Carlos paró el coche a la entrada del camino que llevaba a casa, gesto de discreción que agradecí, tuve la sensación de que apenas habían transcurrido unos segundos. Él fue el primero hablar. Yo no estaba segura de poder articular una sola palabra sin echarme a llorar o sin reconsiderar la decisión que había tomado.

—Y hasta aquí hemos llegado —su voz sonaba ronca, casi rota y, aún así, no había perdido ni una pizca de esa serenidad tan característica.

—Carlos... —en cuanto pronuncié su nombre el corazón me dio un vuelco y las lágrimas afloraron de nuevo a mis ojos.

—No necesito que digas nada. Lo sé. Sin promesas, sin horarios, sin fechas...

—Ojalá pudiera —comencé a decir con toda la tranquilidad que pude—. Nada me gustaría más que poder alargar esto un tiempo más. Averiguar si lo que ha surgido es producto del azar o si, por el contrario, hay más. Pero no puedo. No ahora.

—Yo tampoco. Ojalá pudiera explicarte las razones por las que ahora mismo no puedo ir más allá de este punto. Solo espero que el tiempo, la vida o el destino nos den la posibilidad de averiguar si algo de lo que creo que ambos hemos empezado a sentir vale la pena. Si debemos ir más allá.

Me costaba seguir el hilo de su argumentación. Varias horas atrás incluso me hubiera reído de ella. Era como si, los últimos acontecimientos nos hubieran convertido en personas completamente diferentes. ¿Qué había sido de los simples conocidos que mantenían una conversación amable sobre un libro, una película o una noticia oída en la radio? ¿Cuál era esa razón tan poderosa que nos había transformado a ambos en tan poco tiempo y que nos había impulsado a poner sobre la mesa nuestras complejas emociones? Fuera la que fuera tampoco íbamos a encontrarla en aquel momento.

—Me ha gustado mucho conocerte. Ojalá todo fuera distinto. Ojalá volviéramos a coincidir en un futuro en el que todo esté mucho más claro —comencé a decir mientras miraba nuestras manos entrelazadas.

—Lo que tenga que ser... Será.

Carlos había escogido muy mal momento para dejar salir el talante gallego. Y eso provocó que se me escapara una sonora carcajada.

—Disculpa... —dije en cuanto vi la sorpresa dibujada en su rostro.

—No te preocupes. Sé cómo ha sonado y no era en absoluto lo que pretendía decir. Lo que intento explicar es...

—Tranquilo —ahora fui yo quien se avanzó y cogí así las riendas de la situación— que sea lo que tenga que ser —añadí empleando el mismo tono que él—. Sabemos dónde estamos y cómo encontrarnos. Mil kilómetros no son nada que nos impida conversar si es eso lo que necesitamos. Sin prisas, sin agobios, sin obligaciones, sin exigencias, sin nada... Vivamos y a ver qué sucede.

No pude continuar. Con cada nueva palabra que decía, él se inclinaba un poco más sobre mi cuerpo. Al pronunciar la última, sus labios estaban a escasos centímetros de los míos. Y sí, nos besamos. Fue igual de especial que en el faro, con la misma intensidad y ahora con la familiaridad de haberlo hecho ya antes. Volví a perder el hilo de mis pensamientos, el compás de la respiración y deseé no tener que marcharme. De nuevo la voz de la cordura

sonó con fuerza en mi interior y, gracias a ella o tal vez por culpa de ella, lentamente me fui separando de él.

—Debo marcharme —dije con apenas un hilo de voz.

—Lo sé —respondió cuando todavía podía respirar su aliento.

—Hasta que la vida quiera.

—Hasta que la vida quiera, María.

Sentí que las lágrimas se deslizaban sin control por mis mejillas. Ahogué un sollozo mientras solté mi mano de la suya y salí al frío de la madrugada. En mis novelas había descrito situaciones como esta cientos de veces. El dolor y la angustia que sentían los protagonistas cuando se veían obligados a alejarse. Sin embargo, no estaba preparada para experimentar esa emoción que parecía dividir mi cuerpo en dos. Una opresión en el centro del pecho que me impedía respirar y que no dejaba de repetirme que me estaba equivocando. Apreté el paso para recorrer lo antes posible los escasos metros que me separaban de mis últimas horas en la casa del jardín. Cuando conseguí abrir la puerta y dejarme caer sobre el sofá un agudo sollozo se escapó de mi garganta. Tenía que calmarme. Aun me quedaban algunas cosas por recoger y necesitaba estar tranquila porque debía conducir hasta el aeropuerto. Me esforcé por respirar con normalidad. Cada vez que conseguía hacer dos inhalaciones seguidas, las imágenes de lo vivido no solo aquella noche, sino desde mi llegada a Naia, provocaban que me desbordara de nuevo. Finalmente conseguí reunir la fuerza necesaria para desnudarme y darme una ducha de agua bien caliente. Cuando salí me sentí algo más serena y hasta pude prepararme una taza de café bien cargado. Luego recogí las últimas prendas de ropa que descansaban sobre la cómoda, con la mente ya puesta en el viaje que tenía por delante. Estaba a punto de someterme a otro festival de cafeína cuando me pareció que alguien golpeaba la puerta con los nudillos. Me quedé quieta y el sonido volvió a producirse. Caminé los escasos pasos que me separaban de la puerta, abrí y encontré a mi casera perfectamente arreglada, como si se dispusiera a ir a algún lugar a pesar de que ni siquiera despuntaba el alba.

—¿Puedo pasar?

La voz de Lina sonaba más aguda de lo habitual. Quise achacarlo a lo intempestivo de la hora. No a lo que intuía en realidad.

No respondí. Tan solo me hice a un lado y cerré la puerta tras de mí. Luego me quedé en silencio sin saber bien qué decir, sin poder procesar todos los pensamientos y el enorme sentimiento de gratitud que me despertaba. No había sido capaz de decírselo con claridad, pero ella se había convertido en

mi tabla de salvación, en ese ser especial que siempre dicen que aparece en nuestras vidas cuando más lo necesitamos. Lina, con su carácter introvertido y calmado, me había enseñado más en las pocas semanas que habíamos pasado juntas que cualquier otra persona en años. Iba a echar de menos muchísimas cosas. A Lina, a sus historias y a su peculiar forma de entender la vida, lo que más. Sentí nuevamente cómo el corazón se me aceleraba. Hice un esfuerzo por mantener la calma. Todavía no me había recuperado de todo lo que acababa de vivir con Carlos. No podía someterme a más presión ni a emociones tan intensas otra vez. No si quería coger mi vuelo a Barcelona en apenas tres horas.

—Sabes que no soy mujer de demasiadas palabras —comenzó a decir mientras se sentaba en el sofá del salón. El mismo en el que me dio a probar aquel mágico licor por primera vez—. Sé que apenas nos conocemos. Soy consciente de que ambas tenemos nuestras heridas por cicatrizar, una parte del pasado que no queremos compartir y un futuro incierto. Aún así, hemos sido capaces de conectar y de compartir mucho más de lo que ambas estamos dispuestas a reconocer.

—No sé cómo agradecerte...

—Ya te dije esta mañana que no era necesario que me dieras las gracias por nada. Tampoco he venido a eso ahora —respondió y fui consciente del cariño que había en el tono de su voz—. Esto es para ti —añadió al tiempo que me tendía una pequeña caja de madera.

La cogí con manos temblorosas y tuve que hacer un auténtico esfuerzo para poder abrirla sin que se me cayera nada de lo que contenía. Al observar su interior fui incapaz de contener la emoción. Mi casera me había preparado un par de botellitas de licor de cilantro con el tamaño ideal para poderlas subir al avión sin problema alguno. También había incluido un cuaderno, similar a los que yo solía utilizar para trabajar. Lo dejé con cuidado a mi lado sobre el sofá porque me pareció intuir que en el interior de aquella caja había algo más. Volví a introducir la mano y encontré dos objetos. El primero de ellos venía envuelto en una funda de terciopelo que parecía muy antigua. Durante unos segundos desvié la mirada y me fijé en la sonrisa que iluminaba la cara de Lina. Regresé al contenido de la caja de donde también extraje un último objeto rectangular envuelto en la misma tela que el anterior. Con mucho cuidado deposité la caja de madera vacía en el suelo y, con dedos temblorosos comencé a desenvolver el de menor tamaño. En cuanto comprobé de qué se trataba enmudecí. Solo sabía que no podía aceptar un regalo como aquel. Una

magnífica pluma Mont Blanc Meisterstück color burdeos con apliques de oro descansaba sobre mi mano. No me hizo falta quitarle el capuchón para saber que su plumín también era del mismo metal y que en él llevaba grabada la cifra 4810. Había visto aquel objeto en catálogos y tiendas en infinidad de ocasiones. Llevaba enamorada de aquella estilográfica desde hacía muchísimos años. Nunca me la había llegado a comprar. No por una cuestión económica, aunque al principio de mi carrera profesional a duras penas me podía permitir un bolígrafo Bic, sino porque siempre pensé que un objeto como este para alguien que sentía auténtica pasión por la escritura a mano, debía ser regalado. Aún así, tenía claro que no podía quedarme con ella.

—Lina... Te lo agradezco en el alma y es un detalle que nunca olvidaré, pero no puedo aceptarlo.

—Puedes y lo harás —respondió casi atravesándome con la mirada—. Esta estilográfica lleva demasiado tiempo guardada sin que nadie le dé un buen uso. Ha llegado el momento de que vuelva a vivir. Y no sé de nadie que le pueda dar más alas a este objeto que tú.

—No sé qué decir...

Y era verdad. Este gesto me había dejado con la sensación de que aquella mujer y yo teníamos más en común de lo que estábamos dispuestas a aceptar.

Desde que la conocí tuve la sensación de que ocultaba algo. Una parte de su pasado que guardaba celosamente y que no estaba dispuesta a compartir con nadie. No la juzgaba. Yo estaba en su misma situación. La miré a los ojos y sonreí en un intento de hacerle saber que la comprendía y que captaba lo que me estaba intentado decir con un regalo como aquel. Seguiría adelante con mi carrera profesional y, lo más importante, sería capaz de encauzar mi vida de nuevo. No tenía en absoluto claro ni cómo, ni cuándo ni dónde. Solo la certeza de que lo volvería a hacer.

Abrí entonces el otro paquete más grande. Al cogerlo entre mis manos me había dado la impresión de que se trataba de un libro. Comprobé que no me había equivocado. Sin embargo, no era un ejemplar cualquiera. Se trataba del borrador de una novela titulada “Lágrimas de libertad”. La autora no era otra que Sarah Kennedy. Hojeé las primeras páginas y confirmé mis sospechas. El ejemplar que sostenía no había sido publicado nunca. Incluso tenía correcciones y comentarios a lápiz en los márgenes. Miré a Lina con una mezcla de confusión, incredulidad y fascinación. ¿Quién era en realidad esta mujer y por qué me hacía un regalo como aquel? ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Antes de que pudiera decir nada, mi casera comenzó a hablar.

—Quiero que lo leas y, si te parece bien, que hagas algo con él. Al igual que la pluma, lleva demasiado tiempo escondido. Tal vez sea el momento de que vea la luz y sé que eres la persona adecuada.

—Me siento halagada, pero no suelo ponerle mi nombre al trabajo de otra persona —respondí sintiéndome un poco molesta por la insinuación que acababa de hacer.

—Déjate de remilgos, de moralidad y de gilipolleces. No te estoy pidiendo que publiques esta novela haciéndola pasar por tuya. Tanto el estilo como el vocabulario están de lo más oxidados.

—¿Entonces?

—Léela, desmóntala, dale la vuelta, destrózala si quieres, pero haz lo posible porque el mundo la llegue a conocer.

—¿Y por qué no la publicas tú?

Había comenzado a dar por hecho que ella era esa autora a la que yo tanto admiraba. Existían demasiadas coincidencias. Tenía todas sus novelas, incluso algunas sin publicar como acababa de comprobar, se le iluminaban los ojos cada vez que hablábamos sobre alguna de ellas y durante mi estancia allí se había interesado tanto por mi trabajo que tenía la impresión de que alguna vez había formado parte del mundo editorial. Estaba casi segura de que Sarah y ella eran la misma persona. Por qué había dejado de publicar y las razones por las que había decidido enterrar aquella parte de ella las desconocía. Y sí... me intrigaban, aunque estaba casi segura de que no me iba a desvelar el misterio.

—Yo ya no estoy para estas cosas. Lo único a lo que aspiro es a vivir tranquila y a no dejarme llevar demasiado por los recuerdos.

Desde luego, si esto pretendía ser una explicación por su parte, estaba consiguiendo el efecto contrario. Ambas lo sabíamos.

—Entonces dime lo que quieres que haga con este manuscrito —insistí.

—Cualquier cosa menos seguir guardándolo en un cajón —respondió y mantuvo esa actitud misteriosa que comenzaba a sacarme de quicio.

—Bien.

—Tenemos un trato entonces.

—Supongo que sí.

Volví a hojear el manuscrito y las preguntas regresaron a mi mente. El tiempo en Naia me había dado muchas cosas en las que pensar. Tal vez pudiera encontrar las respuestas entre las páginas de esa novela. Al fin y al cabo, su autora fuera la mujer que tenía frente a mí o no, siempre había sido una guía,

algo a lo que aferrarme en los momentos más duros de mi vida.

Lina permaneció en silencio observándome. Era obvio que se debatía entre seguir así o decir algo más. La entendía porque yo me sentía igual. Estas semanas en su casa habían marcado un antes y un después en mi vida. Nada sería lo mismo una vez abandonara aquel pueblo gallego. De igual modo comprendí que, si comenzaba a hablar, tal vez acabara diciendo cosas para las que todavía no estaba preparada. Opté por callar mientras repasaba con la mirada cada rincón de aquella casa tanto en un intento por memorizarla como para comprobar que no me dejaba nada. A continuación, volví a depositar todos los objetos en el interior de la caja de madera. Abrí la maleta e intenté acoplarla con el fin de llevar las manos lo más libres posibles para viajar. Si había algo que me horrorizaba era la gente que subía a los aviones cargada de bolsas. No tenía ni idea de cómo lo hacían para no dejarse nada a la salida.

La alarma del móvil nos sobresaltó a las dos. Había llegado la hora.

—Bueno... —comencé a decir mientras notaba cómo el nudo en la garganta se apretaba— será mejor que me vaya. Aún tengo que llegar a Vigo, devolver el coche y coger ese avión —añadí en un vano intento de mantener mis emociones a raya.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Creo que lo mejor para las dos es que nos despedamos aquí. Nunca he llevado demasiado bien las lágrimas —bromeé consciente de que las mías ya habían aflorado a los ojos.

—Seamos mujeres duras pues.

Lina no pudo mirarme al pronunciar aquellas palabras, señal inequívoca de que la emoción del momento también la estaba superando.

—Ha sido un verdadero placer compartir este tiempo contigo, María. Vuelve cuando quieras —añadió antes de sorprenderme estrechándome entre sus brazos.

—Lo haré. No sé cuándo, pero te prometo que regresaré.

Me aferré a sus brazos y dejé que las lágrimas rodaran por mis mejillas a su antojo. ¿A quién pretendía impresionar? Era evidente lo que sentía por esa mujer. El cariño y la complicidad que había experimentado por ella desde casi el mismo instante en el que la conocí. ¿Qué nos importaba dejar salir las emociones tal cual eran al menos por una vez? Ambas guardamos silencio que solo se interrumpió cuando la alarma sonó de nuevo.

—Vaya... Va a ser que tienes prisa por salir de aquí...

Se separó de mí y me sonrió. Luego caminó en dirección a la puerta. Yo

me limité a respirar hondo, coger mi equipaje y seguirla. Cuando salí al frío de la madrugada tomé consciencia por primera vez de que aquello estaba pasando. Me marchaba. Ahora sí, mi tiempo en Naia había llegado a su fin. A mi mente volvió la imagen de Carlos, las horas que acabábamos de compartir, la conversación que habíamos mantenido, las emociones que se habían despertado. Por supuesto también estaba Lina y ese regalo de última hora que estaba convencida me daría mucho que pensar durante los próximos días. Cuando me quise dar cuenta, estábamos de nuevo la una frente a la otra justo al lado del coche.

—No hagamos esto más complicado de lo que ya es, ¿de acuerdo? —dijo tomando así las riendas de la situación.

—Mejor, porque esto empieza a parecerse al final de “Los puentes de Madison”.

—Y eso que ni siquiera nos hemos acostado.

Adoraba esas salidas tuyas llenas de chispa y vitalidad. Agradecí su peculiar sentido del humor y el esfuerzo que estaba haciendo para que todo fuera más fácil. Deposité el equipaje en el maletero y dejé el abrigo en el asiento de atrás. Antes de meterme en el coche la abracé de nuevo y le repetí que volvería. Yo, la que nunca hacía promesas, al menos no en la última década, acababa de comprometerme a algo que estaba más que dispuesta a cumplir. Lina se limitó a asentir con la cabeza y a separarse de mí lo suficiente como para que me pudiera marchar.

Entré en el coche con los ojos llenos de lágrimas. Conecté la radio y busqué algo de música para escuchar. Necesitaba serenarme y quería disfrutar de mis últimos minutos allí. Arranqué y miré a través del cristal. Mi casera, a la que ya consideraba una gran amiga, seguí allí mirándome con un gesto que no me podía permitir el lujo de interpretar. No si quería coger mi vuelo a tiempo. Levanté la mano con suavidad y le dije adiós. Luego recorrí el estrecho camino empedrado hasta la carretera sin mirar atrás. No lo necesitaba. Sabía que ella estaba allí. Que siempre estaría.

Las lágrimas volvieron a salir en cuanto me incorporé a la carretera. Por suerte lo hacían de forma pausada y pude seguir conduciendo. A medida que iba dejando atrás Naia sentí como si algo tirara de mi cuerpo, una voz en mi interior que me confirmaba que una parte de mí se quedaba en Galicia. Giré ligeramente la cabeza hacia la derecha y, aunque no lo vi, intuí al Miño acompañándome. Una densa niebla lo cubría, pero estaba ahí y ese ya familiar aroma a eucalipto lo llenaba todo. Volví a fijar la vista en la carretera y seguí

contemplando el paisaje antes de incorporarme a la autovía. De nuevo mil recuerdos y sensaciones se apoderaron de mí: Carlos, Lina, un manuscrito, una novela, un corazón roto y, lo más importante, una nueva María que volvía a empezar.

Capítulo 19

Elena no se acostumbraba a la luz del Atlántico en esta isla en la que la primavera era permanente. Hacía días que no dormía bien. Al principio del embarazo había logrado dormir más de diez horas seguidas. Pero ahora, apenas lograba conciliar el sueño durante más de dos. Al principio lo achacó a los cambios que estaba experimentando su cuerpo. Ya notaba al bebé. A su hija. Esa se había convertido en su única fuente de felicidad. Saber que en su interior crecía una vida inocente a la que pensaba ofrecerle un futuro mejor que el presente al que ella se enfrentaba a diario. Pero ahora comenzaba a pensar que algo le estaba sucediendo.

Las pesadillas se habían convertido en recurrentes. Se despertaba en plena madrugada bañada en sudor y con la misma imagen: El coche de Gonzalo destrozado en medio de la autopista y a María estrechándolo entre sus brazos. Elena nunca había sido una mujer que se cuestionara demasiado las cosas. Era inteligente y se dejaba guiar por la razón. Era de esa clase de personas que jamás echaba la vista atrás. Lo bueno o lo malo, simplemente sucedía. No había nada provechoso en volver a ellas si no se podían solucionar. Aun así, había vuelto a pensar en María.

Al principio solo había sido en ocasiones puntuales. Cuando compró su primera prenda premamá, el chupete con ositos que le regalaron en su última revisión médica, la madrugada en la que sintió a su hija por primera vez. No sabía por qué, solo que sentía la repentina necesidad de compartirlo con la que había sido su mejor amiga. También había tenido tiempo para reflexionar precisamente sobre esto último. A medida que iba pasando el tiempo, comenzó a plantearse el modo en el que había actuado con María y no le gustaban para nada las conclusiones a las que estaba llegando.

La que más la atormentaba era que se había comportado como una auténtica cabrona con una mujer que le había abierto su vida, su casa y su corazón. Al principio había intentado combatir ese sentimiento con toda clase de argumentos que pasaban desde el más absoluto desprecio hacia María, hasta acabar reconociendo que una parte de ella siempre había envidiado todo lo que su amiga tenía. A ella no le faltaba inteligencia ni belleza. Además, la vida le sonreía hasta el punto de poderse permitir la realidad que llevaba ahora. Tener poco más de cuarenta años y no necesitar trabajar sin perder por

ello calidad de vida, era un lujo que solo unos pocos podían permitirse. Era una privilegiada y lo sabía. Por eso, cada vez que pensaba en su forma de actuar en el pasado, su interior se revolvía con fuerza. No alcanzaba a entender qué era lo que María tenía que ella tanto ansiaba. ¡Si hasta había conseguido arrebatarse a su marido! Al principio Gonzalo se había resistido, pero estaba convencida que había sido más por el hecho de no ponérselo tan fácil que por fidelidad hacia su mujer.

La casa que ambos compartían era bonita, aunque dentro de los límites a lo que personas con cierto éxito podían optar. Ella se esforzó por lograr una vivienda mucho mejor que decoró y transformó dejándose una auténtica fortuna en ella. Cuanto más lo pensaba, más cuenta se daba de que llevaba más de una década compitiendo con una mujer a la que parecían darle igual todas aquellas cosas. María era igual de sencilla y transparente que el día que anunció que lo dejaba todo para perseguir su sueño: Escribir y publicar sus obras. Y eso era precisamente lo que Elena no había digerido. Había hecho falta un hecho traumático como la muerte de Gonzalo y el añadido de la sorpresa de su embarazo. Ahora era consciente de que los celos habían controlado su vida. Ella que se consideraba tan fuerte, libre e independiente, había sucumbido a uno de los grandes males de los mediocres: La envidia.

Una parte de su mente se mantenía en sus trece y no dejaba de repetirle que María se merecía lo que tanto Gonzalo como ella habían hecho. Ella siempre tan sumida en su mundo. Ella que pasaba días enteros encerrada en el despacho viviendo encerrada en las novelas que escribía en vez de disfrutar de la que en realidad tenía. Ella que prefería a los galanes de las páginas de cualquier libro y dejaba desatendido a su marido durante semanas enteras. Las mujeres que se comportaban así se merecían el engaño y más. ¿Cuántas veces había insistido para que prestara más atención a su imagen? Le había aconsejado hasta la saciedad cómo debía vestirse, maquillarse e incluso le había explicado qué tipo de calzado le favorecía. En más de una ocasión, incluso habían discutido cuando quedaban a tomar un café un sábado cualquiera y su amiga aparecía con unos tejanos gastados y una sudadera como si fuera una universitaria en época de exámenes. Elena le había repetido hasta agotarse que ya no tenía edad para salir así a la calle, que debía de ofrecer un aspecto mucho más profesional y María, aunque parecía escucharla, siempre acababa volviendo a sus viejos hábitos. Durante un tiempo se preguntó por qué el comportamiento de su amiga le molestaba tanto. Años después había encontrado la respuesta y ésta tampoco le agradaba. Tenía una elegancia y

belleza natural con la que no podía competir. Sí, ella era hermosa, pero artificial. María, por el contrario, contaba con el atractivo de las personas seguras de sí mismas, de las que vivían en paz y armonía con quienes eran sin pretender nada más. Era feliz y Elena no lo soportaba.

Sintió de nuevo el frío atenazándole los músculos y una nueva arcada la devolvió a la realidad. ¿Hasta cuándo iba a luchar su cuerpo contra el ser que crecía en su interior? Tal vez su aventura debía finalizar. La idea de disfrutar de un tiempo alejada de la ciudad en un lugar en el que los recuerdos no la asaltarán y en la que el frío no se cebará con su cuerpo, había estado bien. Ahora debía hacer un ejercicio de madurez y regresar. Los controles rutinarios a los que se había sometido en la isla indicaban que todo estaba bien, pero Elena tenía la sensación de que, con cada nuevo amanecer, se apagaba un poco más. Volvería a Barcelona. Sus médicos habituales se ocuparían de ella y, cuando se sintiera más recuperada, ya hallaría el modo de arreglar las cosas, de retomar su vida.

Nada más poner un pie en mi casa, el mundo se me vino encima. Los aromas, los recuerdos de mi vida pasada en cada rincón, la intensidad de las emociones vividas durante las últimas horas, la tensión por no saber cómo ni cuándo iba a poder estar al cien por cien y la falta de descanso cayeron sobre mí como una losa de granito. Lo primero que hice fue dejar el equipaje en el armario junto a la entrada y entrar en la cocina para prepararme una taza de café bien cargado. El cuerpo me pedía dormir a gritos, pero sabía que si me metía en la cama cuando aun no eran ni siquiera las once de la mañana, iba a alterarme el sueño para el resto de la semana. Me concentré en hacerme un desayuno tardío y en tratar de no pensar demasiado. Por suerte había sido precavida y le había enviado un mensaje a Alberto aplazando la cita que tenían para unas horas más tarde.

Era una tarea casi imposible. Cada rincón de la casa me recordaba a la vida que había dejado atrás. A la que no recuperaría. El aroma que siempre me había parecido tan agradable, ahora me provocaba sentimientos opuestos. Y no me gustaba. Mientras buscaba algo con lo que prepararme un bocadillo (gracias a que la señora que venía a limpiar a casa se había tomado la molestia de llenarme la nevera con alimentos básicos), el cerebro no dejaba

de bombardearme con imágenes de dos vidas completamente distintas. Por un lado, estaban todas las relacionadas con mis últimos meses en Barcelona. La frialdad de Gonzalo, mi completa abstracción y entrega al trabajo, lo rara que estaba Elena. Caí en la cuenta entonces del tiempo que había pasado desde que había desaparecido de mi vida de aquella forma tan misteriosa. Con mi viaje a Galicia había pretendido poner tierra de por medio para no tener que asumir el dolor de esa pérdida. Ahora estaba de vuelta. El momento de la verdad había llegado. Tenía que ser capaz de enfrentarme al dolor, la rabia y la impotencia que me había causado el comportamiento de la que siempre había considerado mi mejor amiga. Sabía que no iba a poder comprender los motivos por los que había actuado de aquel modo. De hecho, no pensaba malgastar mis energías en ello, a pesar de que iba a necesitar tiempo para recuperarme de la decepción.

A todas estas emociones se sumaban las que llevaba acumuladas de las últimas semanas. Galicia había sido realmente mágica para mí. Una especie de renacer tanto personal como espiritual. Lina y Carlos eran en gran medida los artífices de esta nueva forma de entender la vida. Había regresado a casa con un propósito claro. Cuanto antes me pusiera manos a la obra mejor. En cuanto noté los primeros efectos de la cafeína en mi cuerpo fui directa a darme una ducha. Media hora después, vestida con unos pantalones vaqueros desgastados y una camiseta blanca de algodón, estaba sentada en mi despacho con otra humeante taza de café entre las manos y encendiendo el ordenador dispuesta a ponerme en marcha de una vez por todas.

Una de las primeras cosas que tenía que hacer era regresar a la vida social. Durante años mi universo de relaciones personales se había limitado a las salidas con Elena, a las cenas obligatorias a las que debía asistir con Gonzalo y sus clientes más adinerados y a algún que otro evento que organizaba la editorial a los que no me podía negar. La idea de conocer gente nueva cada vez me atraía menos. La auténtica felicidad se producía cuando me encerraba en el despacho y me dejaba arrastrar por la novela que estuviera escribiendo. El viaje a Galicia me había servido para darme cuenta de dos cosas. No resultaba ni tan difícil ni tan desagradable abrirse a otras personas e intentar conocerlas. Tampoco podía seguir viviendo aislada o dependiendo solo la amistad de unos pocos. Las razones eran obvias.

Consulté el reloj y corrí a mi dormitorio. Si no me daba prisa, también llegaría tarde.

Después de haber pasado casi dos meses en Galicia, la brisa que soplaba en la Bonanova me parecía hasta primaveral. Sabía que en cuanto cayera el sol

refrescaría bastante. Marzo no dejaba de ser casi invierno para mí. Había optado por un pantalón recto negro, una blusa rosa palo con un pronunciado escote en forma de uve que sabía que resaltaba mi figura. Me había recogido el pelo en un improvisado moño del que fui soltando algunas hebras de cabello y me maquillé a conciencia para ocultar el cansancio producido por la falta de sueño. Terminé de componer mi aspecto con unos zapatos negros de tacón y un abrigo de cachemir que había adquirido en uno de mis últimos viajes a Nueva York.

Mientras el taxi atravesaba las calles de la parte alta de Barcelona me emocioné al ser consciente de cuánto había echado de menos el bullicio de la gran ciudad, el ir y venir de la gente, la luz y ese aroma a mar, mi mar, que podía percibir cada vez que respiraba. El corazón comenzó a latirme con fuerza y sentí cómo la ilusión empezaba a expandirse por mi pecho. Era como si, de repente, toda la energía de la que había carecido en todos estos años regresara a mí con una intensidad que ni siquiera podía procesar. Lo único que podía hacer era dejar que me llenara y esperar a ver hasta dónde me llevaba. Cuando bajé del vehículo en la puerta del edificio que albergaba la sede de la editorial me sentía como si me hubiera quitado veinte kilos de encima. Eché a andar con paso decidido y, en cuanto atravesé la puerta, me dejé mimar por todos.

Tardé casi diez minutos en llegar al despacho de Alberto. No solía dejarme ver demasiado por allí, aunque sí estaba en contacto constante con muchas de las personas de la editorial y que, de un modo u otro, colaboraban en el lanzamiento o promoción de mis libros. También con quienes me hacían llegar las novedades a casa de forma puntual. Cuando me encontré frente a frente con mi editor estaba de un excelente humor. Por suerte para mí, él también parecía alegrarse de verme.

—No sé a qué te has dedicado estas últimas semanas. No lo dejes, por favor —Alberto se inclinó sobre mí y me abrazó con fuerza. Siempre me había gustado su efusividad y lo directo que era a la hora de abordar cualquier situación.

—Estar sin oír tu voz tanto tiempo me ha rejuvenecido.

—Pues espero que hayas cargado pilas porque, a partir de ahora, te vas a hartar de escucharme.

—¿Tan mal está todo? —dije sopesando por primera vez la posibilidad de que la novela que le había enviado no le hubiera gustado.

—Ya te dije que el manuscrito era bueno. Eso sí, me ha sorprendido la

intensidad y la pasión que le has imprimido a la historia. Siempre he sido consciente de la fuerza que había en tu interior, pero creí que ya habías renunciado a mostrarla.

—Estoy un poco confundida...

—Tranquila. Te lo explico todo en un extenso *email* que te he enviado hace un momento. Ahora me gustaría que habláramos de tu regreso.

Alberto me miró con una intensidad que yo ya conocía. Sabía que iba a decirme algo para lo que yo, o bien no estaba preparada, o no me iba a gustar. Sentí que las manos me comenzaban a temblar, así es que opté por pedir un Martini. Quería estar despejada para hablar de negocios y de mi futuro profesional, pero una copa me ayudaría a templar el ánimo. Mientras nos preparaban las bebidas hablamos de todo y de nada. Cuando nos volvimos a quedar solos el silencio apenas duró unos pocos segundos.

—María, creo que has escrito una novela cojonuda —dijo con esa pasión que ponía en los proyectos a los que les veía un buen futuro. Por suerte para mí había escuchado esas mismas palabras en anteriores ocasiones y estaba a punto de relajarme cuando él continuó hablando—. Tengo mis dudas sobre cómo recibirán tus lectoras este cambio de estilo, la madurez con que afrontas ahora la escritura. Sin embargo, a todos aquí nos ha entusiasmado y sorprendido la historia a partes iguales.

—Escribí este primer borrador en un momento bastante complicado —comencé a decir a modo de disculpa—. Es normal que haya algunos cambios con respecto a lo que solía hacer. Ya no soy la misma persona.

—Me hago una idea y, entiéndeme, no te estoy diciendo que no vayamos a apostar por esta novela. Es solo que estoy un poco descolocado. Después de tantos años acostumbrado a un estilo y a una forma de narrar historias, cuesta acostumbrarse a la novedad.

—Ya te dije lo que pensaba sobre reescribirla, aunque si tan necesario es, veré qué puedo hacer. Eso sí, me gustaría que me lo dijeras cuanto antes porque estoy trabajando en otra historia ya.

—¡Quién te ha visto y quién te ve!

Alberto sonrió y me miró con una mezcla de complicidad y admiración que me gustó.

—Ya te he dicho que he cambiado. Las circunstancias me han obligado a parar, a analizarlo todo y a darme cuenta de todas aquellas cosas en mi vida que me estaban arrastrando en una dirección que considero que no era la mejor.

—Bendito cambio entonces. Ahora me gustaría que habláramos de algo que nos encanta a los dos. Las ventas y el marketing.

Si había algo que los dos odiábamos profundamente era precisamente aquello. Los números, la presión de las ventas, las promociones, el mercado digital... Él era un editor a la antigua usanza y yo una mujer que todavía abrazaba la romántica imagen de la soledad del escritor y su aislamiento del mundanal ruido.

—Estarás de broma, ¿no?

—En absoluto. De hecho, hemos quedado para almorzar con alguien que te gustará —respondió al tiempo que me daba la espalda probablemente para obviar mi cara de desconcierto.

—Pensaba que esto era entre tú y yo.

—Lo es. Aunque nos va a acompañar alguien que sabe muchísimo de esto y que estoy segura de que te entusiasmará.

—Adoro las sorpresas —dije sin ocultar lo contrariada que estaba.

—Esta te va a gustar. Te lo aseguro.

Alberto tomó la copa vacía que descansaba entre mis manos y me invitó a levantarme. Poco después ambos caminábamos juntos en dirección a la salida del edificio. Allí nos esperaba el coche que nos llevaría directos al restaurante. Durante el trayecto ninguno de los dos volvimos a mencionar nada que tuviera que ver con el trabajo. Él se interesó por mi reciente viaje y enseguida nos enfrascamos en una conversación en la que alabamos las maravillas de las tierras gallegas.

Capítulo 20

Llegamos al lugar en el que íbamos a almorzar y una sonrisa iluminó mi rostro. Conocía el restaurante y me hacía mucha ilusión regresar a él. Ubicado en lo alto del Tibidado, el establecimiento galardonado con varias estrellas Michelin, era un auténtico regalo para los sentidos. Allí no solo degustabas platos preparados de forma exquisita y delicada, sino que hacías un viaje a través de los sentidos. Durante unos segundos y mientras caminaba los escasos metros que separaban al taxi de la puerta de entrada, me dejé llevar un poco por la melancolía. ¿Quién me lo iba a decir un año atrás que mi vida iba a cambiar de un modo tan radical? ¿Cómo era posible que, en solo unos meses, me sintiera una persona tan diferente de la que estuvo allí el verano anterior?

—¿Va todo bien?

A Alberto no le había pasado desapercibido mi cambio de actitud. Y él que era un hombre curtido en el tema de las relaciones sociales y los estados de ánimo se apresuró a hacerme olvidar lo que fuera en lo que estuviera pensando, aunque él lo intuyera.

—Piensa en la pasta que le vas a costar a la editorial hoy. No se viene aquí cada mes —añadió y posó con suavidad su mano en el centro de mi espalda invitándome a pasar al interior antes de que la brisa dejara de ser agradable.

—Eso estoy pensando... ¿Qué andarás tramando para traerme a un lugar como este? —Coincidió con él en que era una ocasión más que especial. Desde que se convirtiera en mi único editor, nuestros almuerzos o cenas se habían limitado a restaurantes más bien normalitos. Alberto evitaba los lujos a toda costa aun con los autores que le proporcionaban a la editorial considerables beneficios. “Tal vez se esté ablandando con la edad”, pensé y sonreí al mismo tiempo.

—No te hagas ilusiones. Probablemente esto nos saldrá gratis. El chef acaba de firmar un contrato con nosotros —dijo disfrutando del momento como un niño pequeño—. Espero que eso no le reste emoción al encuentro —añadió con un tono de voz que me pareció bastante misterioso.

Una vez en el interior me volví a sobrecoger con la belleza del lugar. La decoración exquisita en tonos crudos combinaba a la perfección con el mobiliario hecho a mano. En mi anterior visita, la *maitre* había sido muy

amable al explicarme parte del proceso de la remodelación que había sufrido el restaurante el último año y no dudó en responder de forma exhaustiva a cada una las preguntas que tanto Gonzalo como yo le formulamos. Sin embargo, si había algo que llamaba poderosamente la atención del lugar y que, a decir verdad, constituía su verdadero atractivo, eran las impresionantes vistas de la ciudad. Allá donde miraras tenías Barcelona a tus pies.

La voz de Alberto me sacó de mi particular fascinación. Me di la vuelta y vi a mi editor saludando con muchísimo afecto a Patricia, la *maitre*. Me tendió la mano, me sonrió y me transmitió la ilusión que les hacía poder contar con nosotros. En un primer momento no tuve ni idea de a qué se estaba refiriendo. Si de algo tenía fama este restaurante era de acoger cada fin de semana a actores, políticos, empresarios y fauna del mundo del famoso. Que le alegrara tanto la visita de una escritora que ni mucho menos era mediática y su editor fue algo que me alertó haciéndome pensar que Alberto me estaba ocultando algo. Mi sorpresa fue en aumento cuando, en lugar de llevarnos a la mesa que sin duda teníamos reservada, donde nos dirigimos fue a la elegante barra de madera.

Al principio no me di cuenta porque estaba tan sorprendida con la situación que solo era capaz de mirar a mi editor de forma inquisitiva en un intento de averiguar qué estaba tramando en realidad. Pero había alguien esperándonos al final de la barra. Era un hombre alto, moreno, joven y, a juzgar por cómo se le ajustaba la camisa sobre la espalda, un tipo muy fan del deporte y el gimnasio. Mientras nos dirigíamos hasta donde él se encontraba me di cuenta de que sostenía entre los dedos con elegancia un vaso de *whisky*, solo, sin más. Y este detalle, a pesar de que no tenía ni idea de quién se trataba, me cautivó. A lo largo de mi vida había conocido a poquísimas personas capaces de beberse un malta como había que hacerlo: Sin aliños ni sustancias que alteraran su sabor

—¡Javier! —la voz de Alberto me sobresaltó y tuve el tiempo justo para respirar hondo e intentar ocultar la impresión que aquel desconocido me había ocasionado— ¡Has sido hasta puntual! —añadió luciendo la mejor de sus sonrisas y propinándole un efusivo abrazo al señor misterioso.

—Para una vez que os estiráis pagando un almuerzo en un sitio decente no iba a llegar tarde.

El aludido se dio la vuelta y esa fue la primera vez que pude verle con claridad. Mi primera impresión no había sido para nada equivocada. Al observarle de cerca, prestando especial atención a sus ojos verdes y a los

hoyuelos que se le formaban en las mejillas mientras sonreía, supe que Javier Rodrigo era, efectivamente, carne de gimnasio. Eso y uno de los autores de novela negra que más vendían tanto en España como en el extranjero. Qué estaba haciendo allí y por qué iba a compartir mesa con él, era algo que desconocía.

—Bueno, la ocasión bien lo merece —se apresuró a responder mi editor de nuevo envolviendo sus palabras con el mismo halo de misterio que unos minutos atrás—. Permíteme que te presente a otra de nuestras autoras estrella —añadió mientras volvía a colocar la palma de su mano sobre mi espalda no supe bien si en un intento de ayudarme a mantener el equilibrio o de evitar mi habitual timidez.

—María Peris...

En cuanto escuché su voz todo mi cuerpo se puso en tensión. No porque su tono fuera grave, sensual y hasta empalagoso, sino porque me había reconocido.

—La misma —respondí en cuanto me repuse de la sorpresa inicial—. Un placer conocerte en persona. He leído muchos de tus libros.

En cuanto dije esto me sentí como una auténtica gilipollas. Acababa de sonar como una *groupie* atontada o incluso peor... ¡Como una adolescente cargada de hormonas!

—Yo también —se apresuró a responder dejándome dos sonoros besos en las mejillas.

—Eso se lo dirás a todas.

A Alberto, que no le había pasado en absoluto desapercibido, el efecto que nos habíamos causado mutuamente no perdió ocasión para ir abonando el terreno. De cómo transcurriera la velada dependían en gran medida los planes inmediatos que tenía para nosotros.

—Admito que mis técnicas para ligar son de lo más obvias y predecibles. Pero en este caso estoy siendo totalmente sincero. He leído al menos cinco de tus novelas y tengo que reconocer que son todas maravillosas.

Nunca había creído en los cumplidos. Estaba convencida de que en el noventa por ciento de las ocasiones se utilizaban por amabilidad y pura cortesía. El otro diez por ciento para obtener algo a cambio de la persona objeto de adulación. Por lo poco que sabía de Javier y, teniendo en cuenta la fama de ligón que le precedía, supuse que era de los del segundo tipo. Probablemente esperara que yo cayera rendida a sus pies tal y como me constaba que lo habían hecho otras antes. Aquello, en vez de molestarme, me

gustó. No porque yo estuviera dispuesta a dejarme llevar por él, sino porque pensaba hacer todo lo contrario: Resistirme.

—¿Tanto te gustaron?

Tal vez debería haber permanecido en silencio y no ponérselo tan fácil. El punto de sorpresa que había en mi voz probablemente le dio una pista. Lo que opinara sobre mi trabajo no me dejaba del todo indiferente.

—Y yo que no te hacía leyendo novelas de amor —añadí con cierta mofa en el tono de mi voz.

—Con lo que nos ha costado quitarnos de encima determinados tópicos, no me digas que vas a ser precisamente tú la que los desempolva de nuevo.

Alberto me miraba con una mezcla de sorpresa, enfado y complicidad.

—No estoy diciendo que se me haga raro que un hombre lea novelas románticas, sino que lo haga él.

—¿Por qué? Hay que saber con quién compites. Conocer al enemigo — los ojos de Javier me contemplaron divertidos después de esta afirmación.

—No sabía que me considerabas como tal. A partir de ahora intentaré no poner sobre la mesa todas mis cartas —respondí riendo abiertamente.

—Pues mucho me temo que vais a tener que compartir estrategias. Al menos durante un tiempo.

Alberto nos miró a los dos de forma significativa y disfrutando del momento. De uno que sabía que odiábamos los dos. Porque, aunque ninguno de nosotros lo supiera del otro, tanto Javier como yo odiábamos los imprevistos y las sorpresas.

—Vamos... ¿que nos invitas a comer para jodernos!

Reí con ganas. Yo no lo hubiera dicho así, pero pensaba de la misma forma.

—Al menos tú nos llevas un *whisky* de ventaja,

Alberto estaba curtido en una y mil batallas. Esta era otra más. Y, a juzgar por el buen ánimo con el que se estaba tomando todo. Una que le interesaba.

Patricia se acercó hasta donde nos encontrábamos, nos invitó a pasar al comedor y nos llevó hasta una mesa ubicada junto al ventanal que ofrecía, la que en mi opinión era, la mejor imagen de la ciudad. Mientras me acomodaba en la silla no fui capaz de apartar los ojos del *skyline* de Barcelona.

—Da lo mismo las veces que mires este paisaje. Siempre consigue conmoverte.

Aparté la vista unos segundos y me encontré de nuevo con los de Javier que me miraban con una mezcla de curiosidad, interés y ternura. Durante el

breve instante que duró ese contacto me sentí incómoda. No por el modo en el que me contemplaba, sino por la agitación que había en mi interior.

—Vaya par estáis hechos. A ver cuándo crecéis un poco y os centráis en las cosas que verdaderamente importan.

Alberto también se había sentado, pero a diferencia de nosotros, él estaba con los ojos puestos en la carta de vino y en el menú degustación que íbamos a disfrutar.

—De mayor quiero ser como tú —dijo Javier recuperando su tono más jovial.

—¿Un capullo que trabaja más horas de las que debería?

—No. ¡El puto amo!

Volví a reír a carcajadas. Hacía muchos años que conocía a Alberto y tenía bastante confianza con él. Tal vez no la suficiente como para contarle nada muy personal, pero sabía que, tras esa máscara de cinismo y profesionalidad, se ocultaba un romántico. Nunca se me hubiera ocurrido responderle de ese modo. Debía admitir que observar cómo otro lo hacía era más que divertido.

—Aprovechad ahora para reiros de mí todo lo que queráis. En cuanto terminemos esta reunión seréis míos durante los próximos tres meses.

Si la intención de mi editor era de la de asustarnos y provocar que se nos erizara hasta el último vello del cuerpo, lo consiguió. Javier y yo nos pusimos en alerta. Incluso a él se le congeló un poco la sonrisa de canalla que le acompañaba desde que nos habíamos conocido. Durante unos segundos esperé en vano a que fuera mi compañero de letras quien pidiera una aclaración de lo que acabábamos de escuchar. No lo hizo. De modo que tuve que hacer de tripas corazón y ser yo la que se lanzara al vacío.

—Cuando te refieres a tuyos... ¿En qué has pensado exactamente?

Me daba miedo conocer sus planes. Algo en mi interior me decía que no me iban a gustar. También sabía que, después de mi escapada a Galicia y de haberle entregado el manuscrito que me había dado la gana y no el que él me había pedido, tampoco estaba en situación de negociar demasiado.

—Sabéis que durante los últimos meses le hemos estado dando vueltas a la promoción de los autores. Los que ponen la pasta —dijo con la intención de aclarar que la decisión última no había sido suya— cada vez quieren rentabilizarla más. Sois dos de los autores, cada uno en vuestro sello y género, que más venden. Por eso hemos pensado que sería interesante que hicierais un intensivo juntos.

—Que consiste en... —Javier parecía haber recuperado el habla y cierta calma.

—Tres meses de promoción conjunta por toda España.

Alberto nos miró a los dos con entusiasmo. No supe si lo sentía en realidad o debía mostrarlo para que no lo enviáramos a paseo allí mismo. Javier y yo nos miramos con una mezcla de confusión, incredulidad y temor. Apenas nos conocíamos. Eso no habría importado de no ser porque éramos autores de géneros completamente opuestos. Él era un referente de la novela negra, el misterio y los crímenes. Mi fama no podía compararse con la suya. Y, en el caso de que así fuera y mi eterna lucha con la autoestima no me permitiera verlo, yo escribía novelas románticas y alguna que otra comedia. Sus lectores buscaban intrigas, asesinatos e incluso terror psicológico. Los míos, en su gran mayoría mujeres, querían finales felices. ¿Cómo íbamos a hacer que algo tan diferente funcionara con éxito para los dos?

—Con todos mis respetos, ¿qué estabais fumando cuando tuvisteis esta brillante idea? —El shock inicial había dado paso al enfado. Estaba bastante cabreada. Mucho, a decir verdad.

—Nada bueno —se apresuró a añadir Javier en quien el mosqueo era también bastante evidente ya.

—No os pongáis exquisitos. Esto es algo que os va a beneficiar a los dos —Alberto mantenía la calma de quien ya contaba con una reacción similar por nuestra parte y se había preparado la oportuna respuesta para contenernos—. Ahora pensáis que no tenéis nada que ver el uno con el otro, que escribís para públicos radicalmente opuestos. Os equivocáis. Los lectores son eso... Lectores. Personas que valoran una buena historia independientemente del género.

—¡Hay que joderse! —dijo Javier quien ya había recuperado el control de sí mismo y la capacidad de pensar—. Lleváis años diciéndonos que nos enfoquemos en nuestro público potencial, que trabajemos pensando en ellos y ahora... ¿nos venís con el rollo de que a la gente que nos lee le da lo mismo el género? ¿Crees que sus chicas —añadió señalándome con el dedo, algo que me molestó bastante—, van a sentirse atraídas por una serie de crímenes en un club sadomaso?

—Debe ser que tus chicos son todos premios Nobel —respondí sin ocultar mi enfado.

—No te ofendas María, pero no creo que mi público sea el tuyo.

—En eso estoy de acuerdo. Para leer mis novelas es imprescindible tener

más de una neurona y saber mear dentro del inodoro cuando se va de copas.

—Niños... No os peleéis —Alberto mantenía la calma a pesar de ser consciente de que la tormenta entre nosotros podía desatarse en cualquier momento—. Como os acabo de explicar ya hemos pensado en eso y os aseguro que vuestros lectores no son tan distintos como pensáis.

—Aunque algunos meen fuera —añadió Javier son poder ocultar una sonrisa pícara.

—Lo siento. Tal vez me he pasado un poco. Pero llevo ya muchos años escuchando gilipolleces como esta.

—Yo también me he dejado llevar. ¿Amigos? —Javier me miró directamente a los ojos y me tendió la mano. Luego, estrechó la mía con fuerza.

—¡Eso pelillos a la mar! —Mi editor estaba encantado de haberse conocido.

—¿Nos explicas cómo habéis pensado torturarnos? —dije ya empezando a hacerme a la idea de lo que se me venía encima.

Durante la siguiente media hora, Alberto se dedicó a explicarnos con bastante detalle en qué iba a consistir la promoción conjunta que habían organizado para ambos. La cosa consistía en que prácticamente cada día íbamos a dormir en una ciudad española diferente. Cuando nos tendió un dossier en el que se explicaban las fechas y los lugares, Javier y yo nos miramos seguramente con la misma pregunta en la mente: ¿Cuándo íbamos a tener tiempo para descansar? Ni siquiera pensaba ya en dormir, pero al ver los horarios perfectamente marcados de firmas de ejemplares en librerías y centros comerciales, se me vino un poco el mundo encima.

Llevaba meses ajena al estrés no solo de la gran ciudad, sino de lo que suponía el contacto directo con los lectores. En mi maravilloso mundo perfecto en tierras gallegas solo había existido espacio para la escritura, sin presiones ni fechas de entrega, la lectura, los paseos y las conversaciones de las que tanto había aprendido. Volvieron a mi mente entonces Carlos y Lina. Aparté ese pensamiento enseguida. Debía seguir con mi vida y ésta ahora pasaba por dar más vueltas que el baúl de la Piquer acompañada de un tipo que, aunque me empezaba a resultar divertido, sabía que era un seductor nato. ¿Me apetecía la experiencia? En absoluto. ¿Tenía que vivirla? ¡Qué remedio!

—Creo que me voy a ir ya —dijo de repente Javier sin mirar a nadie en concreto.

—¿Dónde? —respondí sintiéndome bastante confundida.

—A la farmacia para empezar. Con el *World Tour* este que pretenden que hagamos no vamos a tener tiempo ni para mear. Voy a ir adquiriendo una sonda para cuando la necesitemos.

Me guiñó un ojo y sonrió. Sabía que él estaba tan sorprendido y contrariado como yo. También me gustó el modo en el que se enfrentó a la adversidad.

—No va a ser tan malo como creéis. Además, tenéis que pensar en lo encantados que estarán vuestros lectores. Esos mismos que llevan ya bastante tiempo pidiendo que les hagáis una visita.

Alberto estaba en lo cierto. Hacía casi dos años que, con cierta frecuencia, dejaba caer el tema de las firmas de ejemplares en ciudades que no fueran Madrid o Barcelona. Siempre me había hecho un poco la loca, no porque no me apeteciera la propuesta, sino porque me había convertido en un animal de costumbres. Vivía en una disciplina permanente que temía alterar lo más mínimo para evitar así perderla por completo. Al recordarlo me planteé la posibilidad de que los últimos años de mi vida habían sido más una obsesión por mantenerlo todo bajo control que un trabajo en condiciones. Ahora no tenía ninguna excusa para rechazar la propuesta. Mi estancia en Galicia no había sido precisamente un ejemplo de constancia y planificación. A pesar de que había logrado cierta rutina dentro de lo impredecibles que habían sido mis días allí, no había establecido ningún patrón que ahora pudiera temer romper.

Miré de nuevo a Javier con la esperanza de que él tuviera un argumento mejor para evitar una experiencia que me fastidiaba e incomodaba a partes iguales. Él permaneció en silencio mirándome a los ojos con una mezcla de diversión, incredulidad y picardía que acrecentó mi inquietud. Por suerte para mí, Alberto había acudido al almuerzo para lidiar con nosotros perfectamente preparado. Como gran estratega y conversador que era, decidió que el tiempo de los alegatos y las excusas había llegado a su fin. Enseguida encontró temas de conversación con los que todos nos sentíamos más a gusto y, aunque de vez en cuando la idea de la gira de promoción acudía a mi mente, logré disfrutar de la comida. Mi compañero de letras, en cuanto fue capaz de dejar a un lado su actitud seductora y provocadora, también me conquistó. Sabía que era alguien inteligente y culto. Escucharle hablar de determinadas novelas que había leído o autores a los que admiraba me hizo verlo con otros ojos. Al final del *lunch* mi opinión sobre Javier Rodrigo no había cambiado de forma

radical, pero sí que tenía bastante más claro que me apetecía conocer qué se ocultaba detrás de aquella fachada de arrogancia y picardía.

Capítulo 21

Elena se movía inquieta en la silla mientras esperaba a ser recibida por su ginecóloga en el Centro Médico Teknon. Había pasado las dos últimas semanas tratando de convencerse de que las molestias que experimentaba eran algo propio del embarazo. Sin embargo, no dejaba de escuchar una voz en el interior de su mente que le repetía una y otra vez que debía asegurarse de que su futura hija estaba en perfecto estado. De modo que, la mañana en la que los vómitos se prolongaron más de lo habitual no dudó en coger el teléfono y pedir cita urgente con su médico.

Regresar a Barcelona de forma tan precipitada había tenido algo positivo. Apenas había tenido tiempo de darse cuenta de la decisión que había tomado hasta que observó el perfil de la ciudad desde la ventana del avión. Estaba cubierta de una densa neblina y tuvo un mal presagio. Aún no había puesto un pie en tierra cuando acudieron a su mente imágenes desordenadas de la que había sido su vida allí no tanto tiempo atrás.

—La Doctora Giralt la recibirá enseguida.

La voz de una joven enfermera interrumpió el hilo de sus pensamientos. Se puso en pie y observó lo que había más allá amplio ventanal que tenía frente a ella. A la izquierda podía ver un amplio y cuidado jardín en el que se habían combinado con gran maestría dos tipos de árbol completamente opuestos: Las palmeras y los cipreses. La combinación de dos especies tan distintas producía en ella una extraña sensación de serenidad. Elena desvió entonces la vista a la derecha donde la familiar imagen del Tibidabo le provocó una honda melancolía. Cuántas veces había estado en Sant Gervasi disfrutando de los excelentes restaurantes y clubes en compañía de Gonzalo. Qué bien lo habían pasado aquellas noches de verano en las que fingían ser una pareja más y se aislaban del mundo en el reservado de las terrazas más exclusivas de la ciudad. La realidad volvió a sobrecogerla, aunque apenas tuvo tiempo de sentir nada más porque enseguida escuchó una voz femenina de lo más familiar.

—Elena, ¡qué alegría verte de nuevo!

Ella se giró y se encontró con los inconfundibles ojos negros de su ginecóloga y ex mujer de uno de sus antiguos colegas de profesión. Le devolvió la sonrisa y recorrió la escasa distancia que las separaba.

—Hace ya un par de días que quería llamarte —la Doctora Giralt pronunció esas palabras de modo afable mientras que con mirada experta la analizaba desde la cabeza a los pies—. Me sorprendió mucho no verte en la cena anual del club la semana pasada y me prometí llamarte en cuanto pudiera. Pero...

—Tranquila, lo entiendo. Cuando el trabajo te absorbe es imposible huir de él.

—Así es. Vamos a la consulta y allí hablamos con tranquilidad, ¿te parece?

Elena asintió como toda respuesta y se limitó a seguir a la doctora por un amplio pasillo que ya había recorrido en anteriores ocasiones. Poco después ambas estaban sentadas en un despacho luminoso y decorado con un gusto exquisito. De no haber sido por el estetoscopio que descansaba sobre la mesa de cristal, Elena hubiera pensado que estaba en una reunión con un colega de profesión.

—He consultado tu historial y veo que nos faltan algunas pruebas por realizar. Tenemos que darnos un poco de prisa si queremos hacerlo todo dentro de los plazos previstos. Así descartamos cualquier tipo de complicación y nos centramos ya en el siguiente trimestre de embarazo.

El tono de voz y la actitud de la doctora eran de lo más profesional. Debía de haber hecho esto miles de veces. Elena no se sentía del todo tranquila. El hecho de que le acabara de señalar que se había saltado algunas revisiones provocó mayor inquietud en ella.

—He estado fuera de Barcelona. Sé que en mi estado es importante cuidarme, pero necesitaba salir de la ciudad.

Habló casi sin darse cuenta en un intento por tranquilizarse. Sabía que no debía justificarse frente a nadie. Se notaba tan extraña desde hacía unos días que había sentido la necesidad de explicar el motivo que la había impulsado a obviar dos citas con el ginecólogo.

—Has vuelto que es lo que importa. ¿Dónde has estado?

A Gemma Giralt no le había pasado inadvertido el nerviosismo que reinaba en su paciente. Algo que la preocupó de inmediato porque, si de algo podía presumir la mujer que tenía frente a ella era de tener bastante aplomo. Ese rasgo de su personalidad era una de las cosas que más le habían llamado la atención cuando la conoció casi una década atrás. Quiso atribuirlo al embarazo. En el pasado había atendido a pacientes con cambios de actitud bruscos provocados por el exceso de hormonas. Aun así, nunca había

presenciado un cambio de personalidad tan acusado como este. Sentada en su consulta, Elena parecía una mujer completamente distinta a la que había entrado en ella casi tres meses atrás.

—El frío no me sentaba bien y pensé que un cambio de aires sería positivo —respondió siendo consciente de que no le estaba proporcionando ninguna información.

—Ahora lo importante es ver cómo estáis los dos.

Le había quedado bastante claro que su paciente no tenía demasiadas ganas de socializar y se concentró en hacer lo que mejor se le daba: Su trabajo.

— Pasa a la sala de al lado y te cambias. Si necesitas algo... ya sabes cómo va —añadió dando así por zanjada la conversación.

Pocos minutos después Elena estaba tumbada sobre la camilla observando las fotos de bebés sonrientes que decoraban la pared de la consulta. Después su mirada se posó sobre el monitor del ecógrafo de última generación que descansaba justo a su lado. Durante varios minutos su ginecóloga centró toda la atención en las imágenes que aparecían en la pantalla, formas y contornos que a la futura madre le parecían indescifrables. El silencio se prolongó y la inquietud de Elena fue en aumento.

—Todo está en orden —dijo con un tono tan aséptico y profesional.

—¿Seguro?

—El tamaño del feto es normal, su peso está ligeramente por debajo de lo que le correspondería más allá de la semana doce de gestación... Pero nada inusual. De todos modos, quiero hacerte una serie de analíticas y de controles para asegurarnos al cien por cien de que todo va como debe de ir.

—¿Hay algo que te preocupe en especial?

Elena había utilizado palabras similares en tantas ocasiones que había llegado a perder la cuenta. Asegurarle a alguien que todo iba bien y después hacerle recomendaciones posteriores, le sonaban a precisamente lo opuesto. Algo estaba pasando. Lo intuía.

—Del feto no. De ti no estoy tan segura de que las cosas vayan bien.

Durante varios segundos ambas mujeres se sostuvieron la mirada. Gemma tratando de averiguar qué era lo que no andaba bien en una mujer a la que, ahora que podía verla de cerca, se la notaba agotada y con la mirada apagada. Elena haciendo todo lo posible por no mostrar la preocupación que corroía su interior.

—Estos días he sufrido más náuseas de las habituales y mareos. Aunque

no creo que sea nada ajeno a mi estado —dijo mientras dejó caer con cuidado una mano sobre su vientre aun prácticamente liso—. Tampoco tengo demasiado apetito... En realidad, nunca he disfrutado demasiado con la comida —añadió con lo que a su médico le pareció una sonrisa forzada. — Nada fuera de lo normal, dadas las circunstancias.

—¿Dónde has estudiado medicina?

—¿Perdón? —Elena se sorprendió tanto por el tono empleado por su doctora como por la pregunta en cuestión.

—Explícame los estudios que te avalan para afirmar con tanta rotundidad que los síntomas que padeces son solo fruto del primer trimestre de embarazo.

—Ningunos —respondió haciendo un esfuerzo por no pronunciar en voz alta las palabras que cruzaban por su mente en este momento—. Lo único que sé es que nada de esto me sucedía cuando no estaba embarazada.

—Pues deja entonces que los médicos hagamos nuestro trabajo. Mañana a primera hora te harán unas analíticas y nos aseguraremos de que todo está bien. Y ahora... ¿te gustaría escuchar su corazón y saber si es niño o niña?

Al oír estas palabras, Elena se emocionó y las lágrimas aparecieron. “Putas hormonas”, fue lo primero que cruzó por su mente. Este era su particular mecanismo para obviar algo a lo que no estaba acostumbrada: Los sentimientos y las emociones de verdad.

Me costó un poco reponerme del almuerzo que había compartido con mi editor y con Javier Rodrigo. En realidad, no fue el evento en sí lo que ocasionó mi malestar, sino la noticia que todavía no había podido digerir. En el mismo instante en el que Alberto me comunicó que debía emprender una gira promocional por toda España durante casi tres meses me di cuenta de lo jodida que estaba. No porque tuviera que dejar mi casa durante tanto tiempo (que también), si no por el trastorno que suponía tener que alterar todas mis rutinas. Si hubiera tenido que hacerlo en solitario también hubiera sido duro, pero habría mantenido cierto orden. Lo había conseguido en Galicia y estaba segura de que podría repetirlo si me lo proponía. Tener que viajar durante casi doce semanas en compañía de Javier Rodrigo lo cambiaba todo. Aún podía sentir sus ojos clavados en mí, la sonrisa entre pícara y enigmática que me había dedicado durante todo el almuerzo esa personalidad arrolladora que me

había sorprendido tanto. Si había sido capaz de eso en apenas tres horas, ¿qué podía esperar durante tres meses?

Tal y como había prometido, Alberto se ocupó de que desde la editorial me enviaran por *email* información detallada sobre las ciudades que íbamos a visitar, las librerías y centros comerciales en los que nos esperaban para la firma de ejemplares. También me proporcionaron los vuelos, las reservas de hotel e incluso su secretaria se había tomado la molestia de incluir una mini guía turística de cada uno de los lugares en los que íbamos a estar durante los próximos meses. Yo ya había visitado muchos de ellos con anterioridad, pero presentía que hacerlo junto a Javier iba a provocar que lo viera todo con ojos nuevos.

Intentaba organizar las dos semanas que todavía faltaban para tener que comenzar el viaje cuando el teléfono móvil comenzó a sonar. Y sí, sonreí como una imbécil cuando comprobé de quién se trataba.

—Miénteme y dime que también has recibido el simulacro de Guía Michelin con el que pretenden consolarnos por el lío en el que nos han metido —la voz de Javier sonaba fresca y jovial.

—Me ha llegado, sí. Y ya estoy contando los días para tachar todos los sitios que se nos recomienda encarecidamente ver.

—¿También los clubes nocturnos?

—Esos los primeros. ¡No voy a dejar uno por visitar! —respondí sin poder evitar que se me escapara una carcajada.

—Cuenta conmigo.

—Pensaba ir sola.

—Mujer...

Percibir su desconcierto me provocó primero sorpresa, satisfacción después. Sin pretenderlo había encontrado el modo de provocarle.

—Estaba bromeando —dije en cuanto el silencio se prolongó al otro lado del teléfono.

—Nunca me acostumbraré a esto de los móviles...

—Y yo que pensaba que eras un crac tecnológico.

Habíamos roto el hielo durante el almuerzo. Quizás yo había ofrecido una imagen algo más seria y estirada de la habitual. Los nervios, a los que no estaba demasiado acostumbrada, me habían jugado una mala pasada. Aún así, se había establecido entre ambos cierta cordialidad que hacía posible que pudiéramos bromear sin ofendernos.

—Y lo soy —percibí un ligero cambio en el tono de su voz. No quise

darle más importancia—. Eso no quita que me siga jodiendo enormemente no poder mirar a los ojos a las personas cuando les estoy hablando.

—Has sido tú quien ha llamado.

—Y yo que creía que eras bastante más paradita.

—Solo cuando almuerzo con desconocidos en compañía de mi editor.

—Fachada entonces.

—Correcto.

—Entonces volveré a formular la pregunta. ¿Vendrás conmigo a todos esos antros de perdición que nos sugieren desde la editorial para pasar el escasísimo tiempo libre que nos quede entre ciudad y ciudad?

—Lo haría encantada si no estuviera segura de que, en cuanto terminemos de firmar ejemplares caeremos rendidos en la cama.

—¿Ya hemos llegado a ese punto? ¡Si ni siquiera conozco a tus padres!

—Eres terrible —dije sin poder contener la risa.

—Y te encanta.

Opté por guardar un prudencial silencio. Pero sí. Tenía que admitir que Javier Rodrigo era un hombre que no me había dejado indiferente. Dudaba de que pudiera no despertar algún tipo de emoción en los demás. Por lo que respectaba a mí lo había hecho. De sobra.

—¿Qué estás haciendo?

—Venga... y ahora pregúntame qué llevo puesto.

—Si te empeñas...

Le oí sonreír al otro lado del teléfono. Estábamos manteniendo un tonto que, con toda seguridad, no llegaría a ninguna parte. En cualquier caso, íbamos a tener que vernos las caras durante casi tres meses prácticamente a diario. Qué mejor que hacerlo con el sentido del humor y el buen rollo en lo más alto.

—¿Qué llevas puesto? —La voz de Javier fue una mezcla de emoción contenida, diversión y algo un poco más oscuro que no logré descifrar.

—Un chándal rosa estampado de unicornios y unos calcetines de esquiar hasta las rodillas.

—En veinte minutos estoy en tu casa.

—¿Tanto?

Estallamos de nuevo en carcajadas. La imagen falsa que le había descrito era todo menos atractiva. En ese momento no supe qué era lo que me hacía más gracia. El hecho de imaginarme vestida de esa guisa o que él me hubiera seguido la corriente.

—No se te debe resistir ningún hombre —dijo Javier todavía entre risas.

—Si yo te contara...

—¿Por qué no lo haces mientras cenamos mañana?

—Tú no pierdes el tiempo, ¿verdad?

—Cuando algo me interesa, no.

—Espero que ese interés tuyo sea estrictamente profesional, aunque después de oír lo que opinas sobre lo que escribo...

—Ya te pedí disculpas por eso. Si lo necesitas volveré a hacerlo. Y prometo que solo hablaremos de trabajo durante la cena. Lo demás lo dejaremos para cuando estemos frente a un buen *gin-tonic*.

Sonreía cuando terminamos la conversación. Me sentía extrañamente feliz. A pesar de lo que había sucedido con Carlos en Galicia, algo sobre lo que todavía debía reflexionar, no me encontraba preparada para embarcarme en una relación seria. Menos aún con un hombre con la personalidad arrolladora de Javier. Pensé entonces en mis últimos momentos en Naia y en la ilusión con la que había escrito a mis amigos de allí en cuanto llegué a Barcelona. Mi casera había dado la callada por respuesta y con respecto a él, se había limitado a manifestarse con dos frases educadas y escuetas que no dejaban lugar a dudas. Ahora que yo me había marchado y, después de que la última noche en Naia no sucediera lo que probablemente esperaba, había dejado de interesarle. Estaba un tanto ofendida. Sabía que era absurdo y mi voz interior no dejaba de repetirme una y otra vez la misma pregunta: “¿Y qué esperabas, chata?”. Me sentía un poco gilipollas al recordar las mariposas en el estómago tras coger el avión de regreso a casa. Y no eran porque volvía a la vida que había dejado atrás, sino por todas las emociones que había experimentado junto a Carlos. Claro que, si tanto me atraía y tan bien estaba a su lado, ¿por qué no se lo había dicho? ¿Cuál era la razón por la que no había dejado que hablaran mis emociones en vez de que se impusiera lo que se suponía que debía hacer? No sé cuánto tiempo estuve absorta en recordar algunas de las cosas que había vivido en tierras gallegas. En cuanto sentí que la nostalgia se apoderaba de mí me obligué a centrarme de nuevo en el presente.

Todavía faltaban dos semanas para que diera comienzo el *World Tour*, tal y como lo había bautizado Javier. Necesitaba sumergirme de nuevo en la rutina. Recordé que aún tenía pendiente una conversación con mi editor.

Me acerqué al ordenador y escribí un correo bastante extenso. Sabía que a Alberto le gustaban los detalles, de modo que junto al archivo que adjunté al correo, también le ofrecí una amplia explicación de la historia que había

intentado contar. En cuanto lo envié fui consciente de que había conseguido entrar de nuevo en modo trabajo. Bajé a la cocina, llené la cafetera de agua y, mientras esperaba a que me proporcionara la deliciosa bebida noté un familiar cosquilleo en las yemas de los dedos. Pocos minutos después y bien provista de cafeína, me senté de nuevo frente al ordenador. Observé el cursor sobre la página en blanco y comencé a teclear.

Los nervios de Elena estaban a flor de piel. Por mucho que la Doctora Giralt le había dicho que el feto estaba bien, no le pasó desapercibido ni el modo en el que la miraba desde su llegada, como si la estuviera diseccionando, ni cierto desasosiego en el tono de su voz. Existía la posibilidad de que se estuviera sugestionando y dándole una interpretación a las cosas que no coincidían con la realidad, pero pocas veces se había equivocado cuando la intuición le decía que algo no iba bien. En cualquier caso, tenía algo que celebrar. Por fin había sabido el sexo del bebé. Una niña. Justo lo que ella había pensado desde el principio. Mientras conducía de regreso a casa pensó en los preparativos que debía hacer para la llegada de su hija. “Mi niña”, pensó sintiéndose orgullosa por ello. Como nunca había tenido interés alguno por la maternidad, ni por los bebés, se sentía bastante perdida con respecto a lo que debía comprar. Para ella, una mujer capaz de cerrar grandes negocios y de interpretar balances como nadie, algo tan sencillo como comprar una cuna se le hacía todo un mundo. Sabía que iba a necesitar ayuda. Mucha.

Pensó en María. Ella había decidido no tener hijos. Aun así, siempre había tenido una gran afinidad con los niños. En especial, con los más pequeños. Los bebés caían rendidos a sus pies. Elena había tenido ocasión de comprobarlo en las escasas fiestas a las que asistía cuando alguna amiga común decidía presentar a su recién nacido. Su amiga sabía cómo sostener a esos seres tan pequeños y frágiles entre sus brazos, qué palabras susurrarles para que se tranquilizaran cuando nadie más era capaz de lograr que dejaran de llorar y también qué hacer para que sonrieran. Y, sin saber cómo, cuando Elena detuvo el vehículo estaba frente a una casa que no era la suya. Una que conocía muy bien: La de María.

Sabía que su presencia allí obedecía al designio de su subconsciente. El

mismo que llevaba ya semanas recriminándole a gritos el modo en el que se había comportado en el pasado. Por mucho que se empeñara en luchar contra sí misma, sabía que había obrado mal y que tenía la obligación de solucionar lo que había hecho. Era consciente de que no podía reparar el engaño. No tenía la varita mágica que le permitiera volver atrás en el tiempo y evitar arrebatarse a Gonzalo. Además, arreglar las cosas no era solo una cuestión de tiempo, sino de emociones y ella todavía seguía sintiendo celos de su amiga. No sabía cómo podía gestionar o superar aquel sentimiento que la convertía en un ser tan mezquino y egoísta. Solo había llegado a la conclusión de que no le gustaba la mujer en la que se había convertido.

De forma casi automática dirigió la mirada a la planta superior de la casa. Vio una luz encendida. Sabía de sobra a qué estancia pertenecía. Había paseado por allí con tanta frecuencia que conocía cada rincón de ese hogar. María debía estar trabajando en otra novela y, si no fuera una cobarde, ella debería de estar bajando del coche para intentar hablar con ella. No lo hizo. Se limitó a respirar hondo, fijar la vista de nuevo en la carretera y poner el coche en marcha.

Capítulo 22

Llevaba más de dos días sin salir de casa. Apenas había dormido unas horas. El resto del tiempo lo había pasado trabajando. El modo en el que las palabras habían fluido sobre el teclado, los personajes que había estado perfilando durante horas y la idea general de la historia que ya tenía en la cabeza, me llevaban a pensar que el viaje que acababa de comenzar con ellos me iba a llevar por un camino muy distinto al que yo estaba acostumbrada. En cualquier otro momento de mi carrera profesional hubiera dejado escapar la oportunidad de salir de mi zona de confort, de enfrentarme a temas por los que había pasado casi de puntillas en mis novelas anteriores. No sabía el por qué. Sabía que este era el momento que siempre había esperado para hacer algo diferente, para probarme y demostrarme que podía de contar una historia mejor y distinta.

Consulté el reloj y apenas faltaban dos horas para mi encuentro con Javier. Aquella misma mañana había recibido un único mensaje en el que me proporcionó una dirección y la hora. Las siete y media de la tarde me pareció algo muy americano, esnob y también fresco. No pude evitar sonreír cuando lo recibí y al pensar en cómo estaría disfrutando él, un seductor nato, con todo esto. Decidí darme una larga ducha para desentumecer los músculos. Tantas horas sentada pasaban factura. En cuanto el agua caliente entró en contacto con mi piel sentí una sensación de alivio inmediato que deseé se prolongara durante el resto de la noche. Mientras notaba cómo cada centímetro de mi cuerpo se relajaba intenté vaciar mi mente de todo lo que sonara a reproche, obligación o trabajo. Habida cuenta del maratón al que me iba a someter en apenas unos días, me merecía un poco de desconexión.

Veinte minutos después y con la piel perfectamente hidratada estaba frente al armario vestida solo con un conjunto de braga y sujetador de color negro tratando de escoger la imagen adecuada. Acudió a mi mente entonces una imagen muy similar. La había vivido apenas unas semanas atrás a más de mil kilómetros de allí. Estaba a punto de ir a cenar con Carlos y quería ofrecerle mi aspecto más femenino. Sonreí con cierta melancolía al darme cuenta de que, a pesar de que esa fecha había sido prácticamente ayer en el calendario, yo tenía la sensación de que habían transcurrido meses. Por mi mente pasaron a toda velocidad imágenes de aquella última noche con él, las vistas desde el

faro, el paseo en coche y todo lo que nos dijimos sin apenas hablar. Volví a pensar en Lina y en lo mucho que echaba de menos su sabiduría, el modo en el que me aconsejaba haciéndome creer que había llegado yo sola a las mejores conclusiones. Y, mientras decidía qué vestido ponerme, porque ya tenía claro que esta era una cita a la que quería asistir sintiéndome más mujer que escritora, caí en la cuenta de algo: No había vuelto a tocar el manuscrito que me había entregado aquella madrugada.

¿Cómo había podido olvidarme? Miré de reojo el despertador que descansaba sobre la mesilla de noche. Apenas tenía una hora para terminar de arreglarme, maquillarme y llegar puntual a mi cita con Javier. Antes de que pudiera estar lista del todo, sonó una alerta en mi teléfono móvil. El coche que había pedido acababa de llegar. Me hubiera gustado tener unos minutos más para conseguir la imagen perfecta para la cena, pero como me había dormido en los laureles, me tendría que conformar con lo que había conseguido después de bastante esfuerzo. Antes de salir de casa volví a mirarme al espejo. Sonreí con el resultado. Desde mi regreso de Naia tenía un brillo especial en la mirada. Algo que, en un principio, yo había achacado a las horas de descanso, los paseos y no pensar demasiado. Después de recuperar la rutina, seguía allí. Asimismo, había notado un cambio con respecto a mi forma de enfrentarme a las cosas. En cualquier otro momento, hubiera recibido con bastante descontento la idea de tener que viajar junto a un desconocido por medio país. Ahora incluso empezaba a parecerme divertido. Tuve que admitir entonces que Galicia me había cambiado mucho más de lo que creía. Durante unos pocos segundos regresó a mi mente de nuevo el manuscrito que me había entregado Lina. La curiosidad se apoderó de mí otra vez. De modo que me lo llevaría para poder leerlo y trabajar en él frente a una buena taza de café.

Llegué puntual al restaurante. Un lugar elegante, discreto y tranquilo a pesar de que, durante los últimos meses, se había puesto bastante de moda. Tras darle mi nombre al *maitre*, éste me informó de que mi acompañante ya había llegado y que me esperaba sentado en la barra.

—Lamento haberte hecho esperar —dije aun sabiendo que llegaba puntual a la cita. Todavía no había conseguido averiguar por qué este conseguía que me comportara un poco como una imbécil—. Vaya, no pierdes el tiempo... —añadí mientras mis ojos se posaron directamente sobre la copa de *whisky* que sostenía con elegancia entre sus dedos.

—He llegado antes. Me gusta disfrutar de un poco de intimidad antes de una cita —al pronunciar aquellas palabras, me dedicó una amplia sonrisa y

comprobé que había también un brillo diferente en sus ojos.

—De modo que así llamas a esto...

—Es lo que es. Una cita. Otra cosa es la intención que le quieras dar a esa palabra en concreto.

—Ah que va de semántica el tema —respondí sin poder contener la risa.

—Va de lo que tú quieras.

Javier me miró directamente a los ojos y noté cómo se me secaba la garganta. Y no era porque una enorme corriente nos atrajera o por la tensión sexual que ciertamente parecía existir entre nosotros, sino por la honestidad y sinceridad que encontré en ellos. Durante el almuerzo con Alberto ya me había hecho una idea aproximada de cómo era el afamado compañero de letras. Seguramente tendría miles de defectos, muchos de ellos jamás llegaría a conocerlos. En cualquier caso, me había quedado prendada de lo que consideraba su gran virtud: Ir de frente.

—De una cena entre colegas para organizar cómo vamos a trabajar durante los próximos tres meses —añadió en apenas un susurro.

—Brindo por eso.

Javier alzó su copa sin apartar sus ojos de los míos. No supe con exactitud cuándo había aparecido otro escocés sobre la barra. Quizás él lo había pedido para mí mientras me esperaba. Recordaba haberle dicho que no sentía especial fascinación por el *whisky*, aunque me pareció mal rechazarlo. En cierto modo, lo necesitaba. Vacié la copa de un único trago no sin antes sostenerle la mirada. Mientras lo hacía sentí una oleada de calor descendiendo desde el pecho hasta el estómago donde se expandió por el resto del cuerpo. Estaba convencida de que no iba a hacer del buen malta mi bebida oficial. Aun así, agradecí la sensación de bienestar que me proporcionó casi de forma inmediata. Los nervios, las preguntas y cualquier tipo de temor que hubiera podido tener con respecto a él desaparecieron casi por completo. Apenas había terminado de disfrutar del efecto de la bebida sobre mi cuerpo cuando nos sugirieron de nuevo que ocupáramos la mesa que teníamos reservada.

Javier y yo no nos hicimos de rogar. Seguimos al camarero quien nos guió hacia una mesa junto a un enorme ventanal con lo que, bajo la luz del día, debían de ser unas vistas impresionantes al mar y al resto de la ciudad.

—Lo nuestro va a ser contemplar Barcelona —dijo Javier al darse cuenta de que mis ojos se habían posado en un punto concreto de la ciudad.

—No es tan impresionante como hacerlo desde el Tibidabo, pero hay que reconocer que tiene su encanto.

—Nunca pensé que llegara a amar tanto esta ciudad.

Desvié la vista hacia él y lo miré confusa. Sabía que no todo el mundo debía tener la misma relación con un lugar que yo consideraba mágico y especial. No creí que él fuera el tipo de persona que odiara las grandes urbes.

—Cuando llegué hace más de una década creí que no lo conseguiría.

—¿Qué exactamente?

—Adaptarme al ruido, a las prisas, a la velocidad con la que parece transcurrir todo aquí. A la gente llenando las calles a todas horas, los coches y, en definitiva, el ritmo que respira una gran ciudad.

—Bueno... Barcelona lleva ya unas cuantas décadas siendo un lugar bastante movidito.

—Pero eso no lo sabes cuando vives a cuatrocientos kilómetros de distancia y eres un universitario gilipollas cargado de sueños.

Me llamó la atención el modo en el que Javier pronunció estas últimas palabras. Incluso me quedé un poco descolocada.

—Me crie en un pueblo cerca de Huesca —se apresuró a explicar en cuanto se dio cuenta de mi estado de confusión—. Luego fui a la universidad en Zaragoza, aunque mis ojos siempre estuvieron puestos aquí. El lugar en el que llegaría a ser un gran escritor.

—Y aquí estamos, ¿verdad?

—Dicho así hasta parece fácil.

—Por lo general, las personas no quieren escuchar cómo se consigue un sueño, ni las cosas a las que se deben renunciar para alcanzar lo que siempre has querido. Lo único que parece que interesa es el resultado. Como si el éxito y mantenerse junto a él con el paso de los años fuera lo único importante.

—Es lo que queda.

—Lamentablemente.

—¿Cuándo supiste que querías escribir?

—No lo supe. Simplemente... pasó.

—Vaya... No es una respuesta muy concreta.

—Es la más honesta que te puedo dar. No me desperté una mañana queriendo escribir historias, ni dedicando todas las horas del día a los personajes y a los argumentos de una novela. Las letras me han acompañado desde que tengo uso de razón, desde el mismo instante en el que aprendí a deslizar el lápiz sobre el papel. No recuerdo un solo día de mi infancia en el que no haya dedicado al menos una hora a contar lo que me sucedía o el modo en el que me sentía.

—Así es que eras una chica de diario...

No pude responder porque el camarero se acercó y nos informó sobre los platos fuera de carta que podíamos degustar. Al principio pensé en tomar la iniciativa y pedir que me sirvieran una buena ración del excelente ceviche que sabía que preparaban allí. No lo hice. Permanecí en silencio observando a Javier, el modo en el que su espalda erguida y la mirada al frente llevaba a pensar que quería estar al mando. Durante el almuerzo con nuestro editor ya me había dado cuenta de que era uno de esos hombres a los que les gustaba sobresalir y hacerse con las riendas de cualquier situación. Yo sabía cuidarme solita.

—¿Te parece bien pescado para la cena? —dijo con una dicción tan perfecta que, durante unos segundos, viajé a una reunión de la alta sociedad inglesa. Solo le faltó añadir un “querida” para que la escena fuera perfecta.

—Sí, claro.

—De hecho, tenemos un ceviche que creo que les encantará.

—Eso sería genial, sí —respondí mostrando la mejor de mis sonrisas.

—En ese caso... ceviche para los dos y sorpréndanos con el resto.

Javier dio así por zanjada la conversación relativa a la cena y se limitó a observarme en silencio.

—Estás acostumbrada a salirte siempre con la tuya, ¿verdad? —El tono de su voz era una mezcla entre diversión y falsa ofensa.

—No sé de qué me hablas.

—¡Ya lo creo que sí!

Sostuve su mirada escrutadora y puse cara de no haber roto un plato en la vida. Sabía el efecto que esta actitud en concreto causaba en los hombres y, en su caso, también funcionó.

—Me gustas —dijo para mi completa sorpresa y rubor de mejillas incluido—. Sabes cómo jugar tus cartas y eres directa.

—Si no me puedo permitir a estas alturas de mi vida decir lo que pienso o lo que siento muy mal lo habría hecho.

—No todos gozan de ese privilegio.

—Tampoco están dispuestos a pagar el precio por ser uno mismo.

—Cierto. Aunque no todo es cuestión de fuerza o valentía. En ocasiones, las circunstancias, la infancia y las consecuencias de las decisiones que uno ha tomado no hacen posible poder ser eso... Quien se es en realidad.

Mientras nos servían el vino pensé en cuáles serían esos hechos a los que se refería. No me daba la impresión de que hubiera tenido una mala vida ni

una infancia tortuosa. Había seguido su trayectoria lo suficiente como para saber que era uno de esos hombres que había sabido aprovechar las ocasiones que se presentan en la vida. Por supuesto, tendría sus dificultades. No todo habría sido un camino de rosas. Aun así, creía firmemente que él pertenecía a ese selecto grupo de personas que están en el lugar adecuado en el momento correcto.

—¿Tu éxito ha sido coser y cantar?

La pregunta me sorprendió. Tuve la impresión de que me leía el pensamiento.

—No. Ninguno lo es. Alcanzar el éxito en algo puede ser relativamente sencillo. Lo complicado es mantenerse. Esto, como bien sabes, es una carrera de fondo.

—Hablas como mi madre.

—No sé cómo tomarme eso...

—Disculpa, no pretendía ofenderte.

—Y no lo has hecho. Me siento orgullosa de la edad que tengo y no me importa que me la recuerden. Yo al menos he llegado...

Dejé la frase inconclusa a propósito. Sabía que Javier era un hombre de mente ágil, no en vano había cosechado un enorme éxito escribiendo *thrillers*, y esperaba una réplica a la altura de su inteligencia.

—Acabamos de conocernos y ya quieres enterrarme. ¿Te he dicho ya que me gustas?

Era la segunda vez en unos pocos minutos que decía que le gustaba. Y sí, volví a ignorar sus palabras.

—Hay una cosa que me gustaría dejar clara —dije con el mismo tono jovial y distendido que él estaba empleando. Sabía que sus intenciones no eran malas, pero no quería ningún malentendido entre nosotros.

—Ahora el que se está asustando soy yo.

—Tranquilo. Solo quiero que este buen rollo entre ambos sea esto, cordialidad y compañerismo.

—Por lo que a mí respecta así será —se apresuró a responder.

—No pretendo nada más —añadí casi con la misma velocidad con la que él había hablado.

—No sé si te entiendo.

—Es sencillo. Tú y yo solo somos compañeros de letras que van a emprender una curiosa aventura juntos. Mi deseo es que los dos tengamos claro que esta experiencia es estrictamente profesional.

Durante unos segundos que se me hicieron eternos los ojos de Javier escrutaron de forma minuciosa cada músculo de mi cara. Probablemente estaba intentando adivinar si hablaba en serio o si, por el contrario, estaba bromeando.

—Veo que tendré que cortejarte de otro modo —dijo al fin.

—Yo de ti no perdería el tiempo.

—Siempre me han atraído los retos.

—Créeme. No lo soy.

—La falsa modestia no te pega demasiado.

—Es la realidad. La misma que dice que entre tú y yo no va a existir nada más allá de una cena, unas copas y unas buenas risas.

Javier alargó la mano y cogió con elegancia la copa de vino. La alzó suavemente invitándome a hacer lo mismo. Lo imité no sin antes percatarme de un detalle que me había pasado inadvertido hasta aquel instante. El vino blanco que nos había sugerido el *maitre* era el mismo que había compartido con Carlos durante nuestra última cena en Naia. Un cúmulo de sensaciones, emociones y recuerdos me asaltaron de nuevo. La madrugada en el Faro Silleiro, el paseo en coche por los acantilados, el olor a tierra mojada, las palabras con las que dejaba entrever que me esperaba hasta que las cosas en mi vida estuvieran claras. Apenas había tenido tiempo de pensar en esa puerta abierta que él había dejado y que ahora, en un momento para nada adecuado, yo veía con tanta claridad. Había hecho un esfuerzo enorme tratando de apartar mis sentimientos y mi vida personal. Desde la muerte de Gonzalo todo lo relacionado con los asuntos del corazón había quedado en una especie de punto muerto que tan solo se había visto ligeramente alterado cuando conocí al librero de Pontevedra. Aún así, había sido capaz de mantenerlo todo a raya y centrarme en el trabajo. Era consciente de que esa puerta no iba a permanecer cerrada durante mucho más tiempo. Solo esperaba que cuando lo hiciera mi periplo por España en compañía de Javier hubiera terminado.

—Por los comienzos castos y puros —dijo con sorna.

—Fueron felices y comieron perdices —respondí bastante contagiada por su sentido del humor y la sensación de libertad que respiraba cuando estaba a su lado.

Durante el resto de la cena ninguno de los dos volvió a mencionar el tema. Pasados los primeros instantes en los que él tomó las riendas de la conversación, me di cuenta de que las cosas estaban claras entre los dos. Así eran las generaciones más jóvenes. Personas que valoraban la sinceridad y que no

se les hiciera perder el tiempo. A partir de aquel momento me relajé. Tanto que, cuando quise darme cuenta estaba frente al primer *gin-tonic* de la noche hablándole de la novela en la que estaba trabajando.

—Entonces quieres coger un nuevo rumbo profesional —dijo y luego apuró de un único trago el *whisky* que había en el interior de la copa para, a continuación, indicar que nos sirvieran de nuevo.

—No es exactamente eso. ¿Nunca has tenido curiosidad por saber si serías capaz de escribir otro género literario?

—Si tuviera que hacer rimar versos creo que acabaría arrancándome los párpados —respondió poniendo los ojos en blanco en un gesto muy teatral. Reí a carcajadas y, mientras eso sucedía, me di cuenta de que no había dejado de hacerlo en toda la velada.

—No me refiero a un cambio de registro tan drástico. ¿En serio que nunca te has planteado otro tipo de novela?

—¿Acaso te disgustan los libros en los que al final mueren todos? ¿Es más bonito eso de comenzar a leer una historia que ya sabes de antemano que acabará bien?

—Huy... si vamos a empezar con los ataques gratuitos y los tópicos déjame que consulte el archivo de reproches para los de tu género —añadí todavía con la sonrisa en los labios.

—¿Tan mal lo hacemos?

—No. Es que esa misma respuesta es aplicable a todo. En esta profesión, como en el resto, hay gente que destaca porque escribe como Dios, gente que está en el lugar adecuado en el momento adecuado y sabe aprovechar la oportunidad y también hay mercenarios o, como yo los llamo, asesinos de las letras.

—Me escandalizas. No sabía que fueras tan crítica. Yo siempre te había tenido por una persona sensata y conformista.

—No te equivoques. Que me mantenga al margen de conflictos y provocaciones no significa que no tenga opiniones. Al principio de mi carrera sí que entraba más en debates y provocaciones. Después me di cuenta de la energía que consumía en discusiones estériles y en el poco beneficio que obtenía de ellos. Al final llegué a la conclusión de que la opción más inteligente era permanecer fuera de todo este mundillo y preocuparme exclusivamente de mis lectores. Ya sabes lo que se dice en estos casos.

—Creo que no. Ilústrame.

—Más vale que digan: Aquí huyó marranamente, que aquí cayó

gloriosamente.

Javier comenzó a reír tan fuerte que provocó que las personas que estaban sentadas en las mesas cercanas nos miraran con disgusto.

—Desconocía que fueras una cínica.

—No lo soy. Solo pretendo ser práctica y seguir viviendo de lo que es mi auténtica pasión: La escritura. Como te he dicho, al final lo que queda de todo esto son las personas que nos leen y quiero creer que también queda lo poquito que podamos influir en sus vidas bien sea distrayéndolas durante un rato, haciéndoles pensar sobre un tema determinado, provocándoles una carcajada o un cabreo monumental cuando el autor decide eliminar a ese personaje que tanto les gustaba.

—Veo que te has leído mis libros.

—Te dije que seguía de cerca tu trabajo. No tenía por qué mentir —me dio la sensación de que se ruborizaba ligeramente, aunque también podía ser ya un efecto del vino blanco de la cena que empezaba a subir más gracias a la velocidad con la que me había bebido el primer combinado.

—La respuesta a tu pregunta es que sí. A veces he pensado cómo sería escribir una novela histórica o una de ciencia ficción. Al final siempre llego a la misma conclusión.

—Que es...

—Me faltan cojones y conocimientos.

No me sorprendió su sinceridad. Llevaba haciendo gala de ella desde que nos habíamos conocido. Fue la elección de los términos que utilizó lo que consiguió que no supiera qué responder. Si algo no lo definía era eso, la cobardía. Y, por las conversaciones que habíamos mantenido y el despliegue de narrativa que hacía en sus novelas, dudaba mucho de que la falta de cultura fuera uno de sus problemas.

—Ahora el de la falsa modestia eres tú. Porque no creo que esta respuesta se deba a un problema de autoestima.

—Lo creas o no yo también siento un profundo respeto por esta profesión y por las personas que se ganan la vida con ella a base de esfuerzo y muchísimas horas de trabajo.

—Por qué iba a dudar de ello.

—María —dijo con un tono de voz tan grave que provocó que el estómago se me encogiera— no nos engañemos. Esta sociedad no lleva demasiado bien que alguien joven triunfe.

—La edad no creo que sea el problema.

—¿A qué te refieres?

—Mira, desconozco la auténtica realidad de otros países. Quizás los defectos sean aplicables a los humanos en general, aunque sí es cierto que en unas sociedades hay emociones que prosperan más que en otras. En la nuestra, el deporte nacional es la envidia. No se lleva demasiado bien que el de al lado triunfe y uno no. Dan igual las capacidades, las aptitudes, las horas de estudio, las de trabajo o los sacrificios que una persona haya tenido que hacer para alcanzar una meta. Lo que cuenta es que tiene algo que nosotros codiciamos, que queremos a toda costa y, cuando no lo logramos, en vez de preguntarnos por qué, vamos a cuchillo a por el de al lado.

—Nunca lo había oído expresado con tanta crudeza.

—Tal vez porque eres más joven o igual tiene algo que ver el hecho de que seas hombre.

—¿Consideras que también hay machismo en esto?

—Te podría preguntar si crees que hay algo en la sociedad que nos rodea que no esté impregnada de él. Pero me lo ahorraré. La cuestión es que el éxito en general se digiere mal. Pero si encima la que triunfa es una mujer... apaga y vámonos.

—A veces siento que hay cierto victimismo en esto que dices.

—No puedo responderte por los demás. Basándome en mis años de experiencia y en lo que he vivido creo que la afirmación es correcta. De todos modos, esto no es relevante. Lo que importa ahora es que ambos sabemos que si no salimos de nuestra zona de confort es porque se está muy a gustito ahí.

—Tú podrías escribir lo que te diera la gana.

Ahí estaba de nuevo el estómago del revés y la piel de la nuca erizada. Nunca había llevado demasiado bien los halagos. Desconfiaba por naturaleza de quienes alababan mis novelas casi por sistema. Sabía que, en la mayoría de las ocasiones, los comentarios eran sinceros y que era yo quien tenía un problema de desconfianza. En cualquier caso, las palabras de Javier acababan de alimentarme el alma, que no el ego. Tal vez no le faltara razón. Con muchas horas de trabajo y esfuerzo tal vez fuera capaz de adentrarme en otro género literario que no fuera el habitual. Pero no era eso lo que me había conmovido tanto. Era la emoción que había tras sus palabras lo que me había llegado a lo más hondo. La sinceridad con la que las había pronunciado e incluso el tono de admiración que aprecié en ellas.

—Opino lo mismo de ti —respondí mirándole directamente a los ojos y con la intención de que comprendiera bien lo que le estaba diciendo. No

intentaba quedar bien, ni devolverle el cumplido. Yo también opinaba que Javier Rodrigo podía destacar escribiera lo que escribiera.

—Creo que esta etapa juntos va a ser interesante —dijo obviando mis palabras, supongo que a propósito—. Brindemos de nuevo —añadió alzando su copa.

—Como no bebamos más despacio en media hora ni nos acordaremos ya de por qué brindamos —me apresuré a decir en un intento de recordarme a mí misma que al día siguiente debía trabajar y que no estaba ya para enfrentarme a una monumental resaca.

—Iremos poco a poco... No te preocupes por eso. Porque la sinceridad nos guíe siempre —añadió.

—Amén.

Javier no me dejó pagar la cena. Ni siquiera consintió dividir la cuenta. En lo que sí que insistió fue en ir a tomar la última copa a un club que él solía frecuentar. Mi lado racional me ordenó llamar a un taxi, despedirme y marcharme a casa. Mi lado emocional y mucho más travieso gritó de alegría la famosa frase de “la noche es joven”. Ganó la segunda. Entre risas y confesiones sobre aspectos de nuestros respectivos trabajos que probablemente no habíamos compartido con nadie antes, nos metimos en un taxi dispuestos a disfrutar del resto de la velada.

Capítulo 23

Me quería morir. Estaba convencida de que un camión me había atropellado más de una vez. Apenas había dormido tres horas. La noche se alargó hasta casi el amanecer. Quizás Javier estuviera acostumbrado a aquellos festivos de alcohol, música y diversión, pero yo ni siquiera recordaba la última vez que había llegado tan perjudicada a casa. No me arrepentía. Al contrario. Tenía un vago recuerdo de ambos en un club en el que él me aseguró que nos tomábamos la última (mentira porque tenía consciencia de haber bebido al menos dos copas más después de aquella). Recuerdo haberle repetido hasta la saciedad cuánto estaba disfrutando de la velada. Él se limitó a mirarme con ese gesto tan suyo a caballo entre la burla y la sorpresa. Le costaba creer que yo llevara algunos años ya prácticamente dedicada a mi trabajo y a una vida bastante tranquila.

Me dolía cada músculo. Las piernas se negaban a obedecerme y, aunque había conseguido despertarme cuando sonó el despertador, tenía el cuerpo completamente revuelto. Por suerte la habitación había dejado de darme vueltas justo antes de quedarme profundamente dormida. En realidad, creo que el proceso fue el opuesto. Debí desplomarme sobre la cama y por eso desapareció la sensación de estar viajando en barco. Alargué la mano y comprobé si tenía algún mensaje en el móvil. No esperaba ninguno. Aun así, albergaba la secreta esperanza de que me hubiera escrito. Sonreí al comprobar que lo había hecho. La noche anterior había insistido en dejarle claro que nuestra relación, aunque cordial e incluso amistosa, no iba a pasar de ahí. Sin embargo, supongo que producto del alcohol, nos pasamos gran parte de la velada tonteando. Fue algo inocente por ambas partes. No por ello fue irreal. ¿Me había divertido con ello? Sí. ¿Necesitaba dejar de comportarme así? También. No me gustaba jugar con las emociones de nadie y, aunque Javier estuviera acostumbrado a lidiar con toda clase de tonteos, no me apetecían más complicaciones.

¿Conoces los beneficios de la vitamina B12 y el paracetamol?

Dejé escapar una carcajada en cuanto leí el mensaje. Había que reconocer que tenía su encanto y su arte a la hora de decir las cosas.

¿En qué formato? ¿Polvo? ¿Pastilla? ¿Inyectable?

Ni siquiera revisé el texto antes de enviarlo. Si algo estaba aprendiendo

en los últimos tiempos era a apreciar el valor de la espontaneidad y, este hombre, conseguía despertar esa parte tan nueva para mí.

*Veo que eres de las mías... Las emociones cuanto más fuertes, mejor.
Como las drogas*

Respondí con idéntica naturalidad. No recibí más mensajes, pero sabía que estaba sonriendo igual que yo.

Pocos minutos después conseguí salir de la cama no sin antes hacer el firme propósito de no volver a beber de aquel modo nunca más. Claro que eso me duraría hasta que me dejara liar de nuevo por Javier y sucumbiera a otra de sus noches de juerga hasta el amanecer. De camino a la cocina me planteé hablar con él seriamente. No podíamos pasarnos los tres próximos meses en este estado. Mi hígado no creo que lo aguantara y tampoco sería muy positivo para mi imagen pública. Desde que comencé mi carrera como escritora me había esforzado mucho tanto en cuidar mi aspecto como en la imagen que proyectaba a mis lectores. Lo último que deseaba era que, en poco más de una semana, se viniera abajo todo lo que me había costado tanto esfuerzo construir.

Llené la jarra de la cafetera hasta el borde. Esta resaca solo se podía currar de dos maneras. La primera era llenando el cuerpo de cafeína. La segunda... Esta pasaba por hacerle caso a Javier y someter a mi cuerpo a un tratamiento intensivo de vitamina B12 y paracetamol. Mientras el agua hervía y las primeras gotas de café comenzaron a deslizarse sobre la taza, me preparé el coctel reparador. No tenía hambre. Más bien al contrario. Tenía el estómago vuelto de revés. Aun así, me preparé una tortilla a la francesa y unas tostadas. Seguía teniendo el sueño de la muerte. También la sana intención de no desperdiciar el día. Mientras repasaba mentalmente la lista de cosas que quería hacer, algo acaparó toda mi atención: El manuscrito que Lina me había entregado.

Fui a buscarlo al lugar en el que lo había dejado la noche anterior. Existía el riesgo de que, si comenzaba a leerlo y me enganchaba, me pasara el resto del día pegado a sus páginas. Asimismo, sabía que tenía las neuronas tan abotargadas que iba a ser casi imposible que pudiera escribir un solo párrafo con cierto sentido. Poco después regresé a la cocina donde me serví más café, abrí el manuscrito por la primera página y comencé a leer. Las primeras frases escritas a mano y posiblemente con estilográfica se me agarraron a las entrañas.

Cornualles 1987.

He renunciado al amor para que vivas feliz. No regresaré. El abrazo que nos dimos junto al acantilado, ese que ha sido testigo de nuestra pasión y sentir verdadero, fue el último. Sigue adelante, pequeña. Vuela. Sé libre. Siempre.
S.K.

“Joder con la dedicatoria” pensé después de haberla leído al menos cinco veces para asegurarme de que estaba entiendo bien su significado. Mi autora preferida se despedía de alguien. De un amor no correspondido o uno al que no se podía enfrentar. Que hablara en femenino me confundió al principio. Que mencionara emociones como la pasión o la libertad, enseguida me llevaron a pensar que se trataba de una relación especial. Entendí que a quien había dejado atrás era a otra mujer. Pero ¿qué hacía allí escrita aquella declaración, en un manuscrito que ni siquiera había visto la luz? Mi mente comenzó a trabajar a toda velocidad.

El café comenzaba a hacer ya efecto y determiné que la persona a la que la autora aludía no podía ser otra que Lina. ¿Por qué si no, había sido ella quien había custodiado este manuscrito inédito durante tantos años? ¿Qué otra cosa podía explicar el hecho de que tuviera en su poder todas las obras publicadas de esta autora e incluso algunas que ni siquiera habían visto la luz como era el caso? El hecho de que esta novela pudiera estar directamente relacionada con ella aun me provocó más interés y ganas de conocer cuál era su argumento. Pasé la página y me adentré por completo en la historia. Comenzaba a caer la noche cuando mis ojos empañados en lágrimas llegaron a la última frase, al final de una novela que, en mi opinión, era de lo mejorcito que había escrito la autora y que ahora ya podía afirmar que estaba estrictamente relacionada con la mujer que había dejado en Galicia. Mi casera, mi amiga y ahora también más que admirada Lina.

Elena había tomado por costumbre pasar por casa de María casi a diario. Aparcaba el coche frente a la puerta y se quedaba observando el interior sin dejar de preguntarse qué estaría haciendo su amiga en ese instante. Así era cómo la había visto regresar en compañía de un tipo muy atractivo. En cualquier otra circunstancia no le habría dado más importancia de la que tenía.

Elena se encontraba peor físicamente y no era capaz de pensar con demasiada claridad. Un enorme sentimiento de rabia se apoderó de ella cuando consideró la posibilidad de que María estuviera rehaciendo su vida. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado tan pronto a Gonzalo? La esposa siempre fiel y abnegada. Sabía que este pensamiento era ilógico. ¿Quién era ella para determinar el duelo que alguien debe guardar a la persona a la que ha amado y más teniendo en cuenta que Gonzalo la engañaba desde hacía años?

Había hecho hasta tres intentos de salir del coche, llamar a la puerta y contarle todo lo que había pasado. Siempre se echaba atrás en el último momento. Una mezcla de temor frente al rechazo, orgullo y remordimiento se apoderaba de ella cada vez que contemplaba decir por fin la verdad. Estaba con estas consideraciones cuando sonó el teléfono móvil. Desvió la vista el tiempo justo para darse cuenta de que la llamaban desde una de esas extensiones interminables. A punto estuvo de no cogerlo hasta que recordó que tal vez fuera del hospital. Acertó de lleno. La doctora Giralt la instó a reunirse con ella en la clínica lo antes posible. Elena hizo un esfuerzo por retrasar la cita, pero la ginecóloga no dio su brazo a torcer. Quedaron para media hora más tarde. Mientras conducía no podía dejar de pensar en que el palpito que tenía en su interior se estaba haciendo realidad. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde. En cuanto aparcó recorrió nuevamente el mismo camino que días atrás. Ahora, las sensaciones que la envolvían eran completamente diferentes. El presagio de algo terrible se cernía sobre ella. Quiso achacarlo a la culpabilidad que experimentaba y que con cada hora que pasaba se aprisionaba el pecho hasta casi impedirle respirar. Su intuición, le repetía constantemente que no se trataba de nada de eso.

Que la doctora Giralt la esperara de pie junto a la ventana del despacho con la vista fija en la pantalla del Ipad, le hizo presagiar lo peor. Cuando pasados unos pocos segundos, la miró directamente a los ojos, lo supo. Algo terrible, un hecho que cambiaría su vida para siempre estaba a punto de suceder.

—Gracias por venir con tanta rapidez.

—Tampoco he tenido muchas opciones...

—Cierto y siento las prisas con las que hemos concertado esta visita. El tema del que tenemos que hablar es... serio.

Elena, que siempre se había caracterizado por ser una mujer fría, racional y con unos nervios de acero, sintió cómo el corazón se le aceleraba y respiraba con dificultad. Trató de serenarse. Fuera lo que fuera que su

ginecóloga le tuviera que contar, seguro que podría solucionarse.

—La última vez que nos vimos comentamos que el feto estaba un poco por debajo de su peso. Esta ahora no es nuestra principal preocupación.

—¿Y cuál es? —se atrevió a preguntar haciendo un esfuerzo titánico por que su estado de casi histeria pasara lo más desapercibido posible.

—Hemos encontrado unos registros anormales en tus analíticas y me gustaría que respondieras a algunas preguntas.

—Bien.

—¿Has experimentado dolores de cabeza, más somnolencia de la habitual, dificultades para coordinar el pensamiento o incluso el habla?

—¿No se supone que algunos de esos síntomas son los propios de un embarazo?

—Según cómo se produzcan. Las cefaleas y el cansancio suelen ser habituales durante los primeros meses de embarazo. El cuerpo de la mujer se ve sometido a un sobreesfuerzo debido a la actividad que se está produciendo en su interior. La formación del corazón del feto y su constante división celular supone un gran desgaste de energía. Estos síntomas suelen desaparecer en torno a las diez, doce semanas de gestación, cuando el crecimiento ya se establece en otros términos. Por eso es importante saber si ahora sufres algunos de estos síntomas.

—Creo que todos los que has nombrado... Además, a veces tengo la sensación de estar mareada, como si no fuera capaz de mantener el equilibrio

—¿Te cuesta hablar?

—En ocasiones tengo problemas para ordenar las palabras y para pronunciar las frases en el orden adecuado. Solo dura unos segundos, pero es una sensación bastante molesta. ¿Por qué? ¿Es grave?

—Tendríamos que hacerte una resonancia para averiguarlo —dijo la doctora Giralt con un tono de voz tan neutro y profesional que aun preocupó más a Elena.

—¿Embarazada?

—No es lo ideal, pero tratándose de algo así, creo que no tenemos muchas más alternativas.

—¿Qué es lo que me pasa?

—Todavía es pronto para avanzar un diagnóstico. La presencia de ciertas alteraciones en tu analítica no las podemos pasar por alto. Necesito hacerte más pruebas.

—Gemma, no me jodas. No creo que me hayas hecho venir hasta aquí

solo para decirme que tengo que repetir un análisis de sangre.

—No —respondió la ginecóloga y en su mirada Elena pudo notar cómo se debatía la profesional que había en ella y la persona cercana que siempre había sido—. Necesito someterte a pruebas más exhaustivas y para ello vas a tener que quedarte aquí. Si es lo que creo, el tiempo no juega precisamente a nuestro favor.

—¿Qué es lo que me pasa?

—Como te he dicho todavía es muy pronto para aventurar un diagnóstico...

—¡Dímelo! —Elena había comenzado a perder el poco control que todavía mantenía sobre sus emociones.

—Podría tratarse de algún tipo de tumor —sentenció mientras alargaba una mano y la dejaba caer con suavidad sobre su hombro.

—¿Qué posibilidades de tratamiento hay? ¿Y de curación? ¡Joder, quiero vivir! —se escuchó decir con una desesperación.

—Sé que no te va a gustar mi respuesta. Es la única sincera que puedo ofrecerte en este momento. Con los resultados de las pruebas que necesito hacerte sabremos a lo que nos enfrentamos. Mientras tanto... cuanto antes empecemos, antes saldremos de dudas.

Elena comenzó a sentir que las piernas dejaban de sostenerla y cómo el mundo se le iba borrando poco a poco. Parpadeó con fuerza un par de veces con la intención de recuperar el equilibrio y cierta serenidad. No lo consiguió. Lo siguiente que la envolvió fue una placentera y silenciosa oscuridad. Después... Nada.

Los siguientes días fueron un auténtico infierno para ella. Dado su embarazo, todas las pruebas solicitadas suponían algún peligro o bien para ella, o para el bebé o para ambas. Todo el equipo médico implicado se esforzó en explicarle los pros y los contras de los procedimientos que iban a realizarle. En la mayoría de los casos, los porcentajes de riesgo eran muy bajos, pero tal y como no dejaban de repetirle, existía la posibilidad de que algo saliera mal, de que alguna prueba acabara dañando al bebé. Apenas podía creer lo que sucedía. Cómo su vida había cambiado en tan solo una semana. Intuía desde hacía tiempo que algo no iba bien, pero ni en sus peores pesadillas estaba preparada para todo lo que se le venía encima. Sabía que tenía la opción de quedarse como estaba, de no someterse a ninguna prueba más y dejar que los síntomas se fueran manifestando de forma natural hasta que fueran irreversibles. Sin embargo, ella no quería que nada dejara de tener

solución. Tal y como le había gritado a su ginecóloga, quería vivir. Y deseaba hacerlo porque tenía más claro que nunca que debía saldar una deuda, pagar por un pecado enorme que había cometido. No podría descansar hasta que todas las cosas de su vida ocuparan el lugar que les correspondía.

Tomó la decisión precisamente por ese motivo. Necesitaba mantenerse con vida, luchar contra lo que fuera que le sucediera con todas sus fuerzas. Quería que su hija, a la que ya había comenzado a sentir en su interior, naciera sana. Deseó más que nunca poder disfrutar de una larga y plácida vida junto a ella. Y, precisamente por eso, accedió a todo y asumió los riesgos. Del mismo modo que había intuido que algo grave le sucedía, esa misma voz interior le decía que nada de lo que le hicieran en el hospital iba a perjudicar a su bebé. Estaba segura de que su hija, a pesar de sus escasos tres centímetros de longitud, era una superviviente.

Las analíticas que necesitaban realizarle fueron constantes y, aunque todo el personal médico se aseguró de que se sintiera lo más cómoda posible, apenas consiguieron calmar el continuo estado de angustia en el que se encontraba. Las enfermeras no dejaban de recordarle que la ansiedad con la que estaba viviendo todo el proceso no era bueno ni para ella ni para el feto, pero no podía evitarlo. En los momentos en los que se quedaba sola en la habitación, su mente se afanaba en mostrarle los peores escenarios posibles. Esos en los que ella no conseguía salir adelante.

La vida había preparado a Elena para muchas cosas. A pesar de su éxito profesional, siempre había mantenido los pies en el suelo. Era consciente de que algo, por muy pequeño que fuera, podía salir mal. Esta misma premisa la aplicaba ahora mientras esperaba a que su ginecóloga se reuniera con ella. Los resultados de todas las pruebas ya estaban en manos del equipo médico. Solo quedaba que le explicaran qué era lo que le estaba sucediendo y cuál era el mejor modo de atajarlo. En cuanto la doctora entró en la habitación, ambas mujeres se sostuvieron la mirada. En la de Elena había una mezcla de terror e incertidumbre, en la otra no se podía adivinar nada. Que estuviera manteniendo su actitud más profesional debía significar que la situación no era tan grave. Al menos eso fue lo que pensó ella durante los breves segundos en los que el silencio se prolongó.

—Bueno ya tenemos todos los resultados y tengo que decir que son bastante concluyentes.

—De modo que ya sabemos lo que me pasa, ¿verdad? —respondió Elena en un intento fallido de quitarle hierro a la situación que se le estaba haciendo

casi insoportable.

—En un alto porcentaje sí.

—¿Qué quieres decir?

—Estas cosas nunca son al cien por cien.

—No claro. Siempre os cubrís las espaldas.

—En este caso el margen de error es muy pequeño. Créeme.

—Y bien doctora, ¿qué me pasa?

—Basándonos en la bioquímica, la resonancia y a la espera de una biopsia debemos realizarte casi de inmediato...

—¡Gemma por Dios me vas a matar con tanto rodeo!

—Glioblastoma multiforme.

—Que es...

—Un tumor en el cerebro.

—Que podremos operar...

Elena pronunció estas palabras con el convencimiento de que su ginecóloga enseguida le daría la razón. Sin embargo, ésta permaneció en un silencio que la estremeció.

—Porque se podrá hacer algo, ¿verdad?

—Me gustaría que hablaras con el oncólogo y con el neurólogo. Ellos solventarán tus dudas mucho mejor que yo. Pero ya te adelanto que intervenir un tumor de estas características, dimensiones, localización y en tu estado...

—¿Es imposible?

—Es complicado. Por eso necesitamos realizarte esa biopsia. Cuanto más sepamos de él, en mejores condiciones estaremos para hacerle frente, aunque ya te avanzo que dado el estadio en el que se encuentra, tu situación es... delicada.

—¿Cuál es la cifra? ¿Dos? ¿Tres? —dijo Elena mientras sentía cómo las lágrimas brotaban de sus ojos sin control alguno.

—Cuatro. En realidad, es uno de los peores con los que nos hemos encontrado.

Un intenso gemido se escapó de la boca de Elena. Un sonido que, a medida que fueron pasando los segundos y ella adquirió consciencia de la gravedad de su situación, se convirtió en casi un aullido. Debía haber algún error. Todo esto no podía estar pasando. Necesitaba estar viva, sana... Tenía una misión que cumplir y, sobre todo, quería ver crecer a su hija.

—¿Qué va a pasar ahora?

—De momento vas a hablar con el neurólogo y él te dará más detalles

sobre lo que te sucede, así como el protocolo que se suele activar en estos casos.

—Que es...

—La interrupción del embarazo.

—¡Ni hablar! Haré lo que haga falta, me someteré a las pruebas que sean necesarias, pero no abortaré.

—No tienes muchas alternativas. Si sigues adelante es posible que no vivas para contarlo y que el feto tampoco salga adelante dada la semana de gestación en la que te encuentras.

—Escúchame bien —comenzó a decir Elena con una determinación y rabia en la mirada que conmovió a la ginecóloga— haced lo que tengáis que hacer. Mi hija nacerá.

—El tratamiento es absolutamente incompatible con el embarazo. Eso por no hablar de la presión añadida que supone tu estado para un tumor de estas características. Tu cuerpo no aguantará. No lo conseguirás, Elena. Y mi trabajo aquí, como el de todos, es salvarte la vida.

—Te equivocas. Tu misión es traer niños sanos al mundo. Así es que empieza a buscar la forma de conseguir que mi hija llegue a nacer.

Gemma Giralt sabía que era absurdo discutir una decisión como esta ahora. Había sido del todo sincera con Elena. Ella era su prioridad. Salvar su vida o, como mínimo, proporcionarle la mayor calidad posible. Un tumor de esas características y en estadio cuatro era mortal en más del noventa por ciento de los casos. Lo demás... Sería un milagro si conseguía seguir con vida después de las sesiones de quimioterapia que iban a ser necesarias para hacerle frente al tumor. Al final, por quedarse en silencio y dejar sola a su paciente. Sabía lo mucho que le quedaba por procesar y el trabajo que todo el equipo médico tenía por delante para convencerla de que escogiera luchar por su vida.

Capítulo 24

Las once de la noche no era una hora demasiado normal para llamar a un hombre al que habías dejado a casi mil kilómetros de distancia sin haberte enfrentado a lo que habías sentido por él. Desde su regreso no había sido capaz de hablar de lo sucedido entre ambos. Las conversaciones eran un tanto frías y poco tenían que ver con los días de confianzas en Galicia. A pesar de esto, necesitaba conversar con él sobre manuscrito que acababa de leer. Al fin y al cabo, Carlos era quien más conocía tanto la obra de esta autora como algunos aspectos personales del tiempo que pasó en Naia.

Sentía que debía hacer algo con la novela que sostenía entre mis manos y que me había mantenido en vilo durante toda la jornada. Necesitaba que me ofreciera detalles sobre quién había sido mi casera, algo que fuera más allá de los datos que ella misma me había facilitado o los que él también me había proporcionado. Durante varios minutos consideré cuál era la opción que menos nos comprometía a ambos y, en especial, qué era lo que debía hacer para no quedar como una mera cotilla. Tampoco pretendía engañar a nadie. Me ganaba la vida contando historias y, en muchas ocasiones, éstas se basaban en cosas que les habían sucedido a personas que había conocido en algún momento de mi vida o sobre las que había leído en los periódicos o incluso en otros libros. Admitía que sentía cierta curiosidad por el género humano. Lo conocía lo suficiente como para saber que era una persona discreta y reservada. Hablaba lo justo y, cuando lo hacía, escogía con cuidado las palabras que utilizaba. ¿De qué modo iba a conseguir que se extendiera más y respondiera a las miles de preguntas que en aquel momento cruzaban por mi mente?

Finalmente opté por enviarle un *email*. Traté de emplear un tono cordial y, al mismo tiempo profesional. Como no quería poner a Lina en ningún compromiso, obvié a propósito toda la información referente al origen del manuscrito. Sí le hablé de su existencia, así como de los vínculos que creía que unían a su autora con alguien de Naia. Carlos era un hombre lo suficientemente inteligente como para saber leer entre líneas y yo hice todo lo posible por redactar un correo claro, conciso y sin demasiadas especulaciones. Necesitaba respuestas y si había una persona capaz de proporcionármelas, sin duda alguna, era él. En cuanto envié el correo el peso

del cansancio acumulado de toda la jornada y el añadido de la madrugada tan alegre que había pasado, cayó sobre mí con fuerza. Tanta que me costó casi la misma vida llegar hasta mi dormitorio donde me desplomé sobre la cama sin preocuparme por nada más.

Me desperté después de casi diez horas de un sueño relajado y reparador. Mi primer pensamiento fue para Lina y la novela. Alargué la mano, cogí el teléfono y comprobé si tenía algún mensaje. Carlos no me había contestado. Tampoco es que tuviera muchas esperanzas de que lo hiciera. Solo hacía unas horas que le había escrito.

Me levanté de la cama, abrí la ventana de mi habitación y asomé la cabeza. Una brisa fresca impregnada de azahar me acabó de despertar y provocó que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Cerré los ojos con fuerza y me trasladé a Galicia, a un instante concreto en el tiempo. A ese en el que en plena madrugada había notado los labios de un casi desconocido sobre los míos y me había permitido sentir.

Impregnarme de este aroma me llenó también de energía. Tanta que, apenas media hora después, salía de casa cargada con mi portátil, dispuesta a encontrar un lugar en el que sentarme, desayunar con calma y pasar el resto de la mañana enterrada en trabajo. Gracias a la historia que Lina había puesto en mis manos, nuevas ideas habían aparecido en mi mente y necesitaba ponerlas por escrito mientras que todavía las tuviera frescas. Podría haber sacado el coche, luego consideré que un viaje en autobús hasta Sant Antoni me sentaría bien. Recordaba un lugar en aquel emblemático barrio en el que servían unos desayunos exquisitos en los que los huevos revueltos, los *bagels* y las tortitas eran los protagonistas. Solo de pensarlo se me hacía la boca agua. Cuando salí de casa me invadió una sensación extraña. Una mezcla de presentimiento maligno y la certeza de que alguien me estaba observando. Miré a ambos lados de la calle sin encontrar a nadie. Me fijé en los coches que había aparcados a pocos metros de donde me encontraba y me quedé prácticamente sin respiración. Allí, en el interior de un *Porsche* de color negro estaba Elena. Me quedé petrificada y parpadeé dos veces para asegurarme de que fuera ella. Cuando conseguí enfocar la vista había desaparecido. Mi primera reacción fue coger el móvil y marcar su número. Luego recordé las veces que había repetido esta misma operación en el pasado sin ningún éxito. Aun así, lo intenté. Me encontré de nuevo con el mensaje automático en el que se me informaba que el dispositivo estaba apagado. ¿Qué era lo que acababa de pasarme? ¿Se trataba de una alucinación o en realidad la mujer a la que hasta

hacía relativamente poco tiempo había considerado mi mejor amiga y que había desaparecido de mi vida sin ofrecer ningún tipo de explicación, me estaba esperando? Permanecí de pie junto a la verja de la entrada sin saber demasiado bien qué hacer. Era incapaz de procesar tantas emociones y tampoco podía pensar con claridad. Fijé la vista en el otro extremo de la calle y me di cuenta de que se acercaba un autobús. Caminé con toda la determinación que las circunstancias me permitieron y llegué a la parada casi al mismo tiempo que el vehículo. En cuanto subí busqué el asiento más alejado y junto a la ventana que estaba libre. Me senté y dejé escapar todo el aire que había retenido sin apenas darme cuenta. Las piernas comenzaron a temblarme y la ansiedad fue en aumento. Estaba al borde de un ataque de pánico y, si había algo que no podía permitirme y tampoco quería que me sucediera era eso. Nadie se merecía que yo me alterara de aquel modo y menos una mujer a la que, a pesar de haberla querido tanto y considerarla casi como una hermana, también estaba aprendiendo a olvidar. De modo que intenté pausar el ritmo de mi respiración y traté de redirigir todos mis pensamientos. Lo conseguí, aunque con bastante esfuerzo. Regresé a las aguas del Miño, a las infinitas tonalidades de verde que había aprendido a diferenciar durante mi estancia en Naia. Me transporté a la playa del Molino donde me sentaba cada mediodía a disfrutar de una copa de vino mientras mis ojos se empapaban de océano. Poco a poco fui recuperando la calma. Para cuando llegué a mi destino había logrado casi el mismo estado de serenidad que había experimentado al levantarme. También me convencí de que la visión de Elena había sido fruto de mi imaginación.

Jamás había valorado tanto los beneficios de la glucosa. Después de permitirme un desayuno completo en aquel pequeño y acogedor bar frente al mercado de Sant Antoni me sentía muchísimo mejor. A ello también contribuyó el hecho de verme rodeada de jóvenes que, portátiles sobre la mesa, trabajaban muy concentrados. Esta era una de las cosas que más echaba de menos desde que había tomado la decisión de dedicarme a la escritura de forma profesional. Tener compañeros con los que consultar, tomar decisiones o incluso conversar en los momentos de descanso. El hecho de poder disfrutar de cierta compañía, aunque fuera en silencio, me ayudó bastante. Abrí mi cuaderno y, después de revisar algunas notas sobre lo que había escrito durante los días anteriores, comencé a trabajar. Me encontraba en plena efervescencia creativa cuando el móvil comenzó a vibrar sobre la mesa. En cuanto me di cuenta de quién me llamaba, el corazón me dio un vuelco y se me

encogió el estómago: Era Carlos.

—Hola... —Su voz sonaba con firmeza al otro lado del teléfono— ¿te pillo en mal momento?

—No. Estaba trabajando.

—Si prefieres que te llame más tarde, dímelo.

La situación era curiosa. Todo lo que nuestra relación había fluido durante mi estancia en Naia, ahora parecía haberse estancado. Yo necesitaba más tiempo para poder analizar con cierta perspectiva lo que había experimentado junto a él en tan poco tiempo. Sin embargo, una voz en mi interior no dejaba de repetirme que no estaba actuando con normalidad o, dicho de otro modo, no estaba siendo demasiada adulta. El hecho de que estuviera confusa o que no quisiera enfrentarme a mis emociones, no era incompatible con mantener una relación cordial con él. Que ambos hubiéramos permanecido en silencio, solo roto ahora por algo ajeno a nosotros, me llevó a pensar que probablemente él se sintiera tan confuso como yo.

—Tranquilo tengo tiempo. Muchas gracias por llamar tan pronto. Estoy bastante intrigada con el manuscrito que te comentaba en el correo. Me preguntaba si podrías facilitarme de algún modo la información que tengas sobre Sarah Kennedy.

—No tengo ninguna novedad más. Solo sé lo que te conté cuando estuviste aquí.

Percibí bastante frialdad en el tono de su voz. Quizás había sido una mala idea contactar con él para hablarle solo de trabajo. Tal vez esperara que, si en algún momento decidía llamarle o escribirle, fuera para concluir todo lo que se había quedado pendiente en aquella madrugada mágica.

—Entiendo... —acerté a responder sin poder ocultar mi decepción.

—Puedo preguntar a mi padre o consultar en los archivos. de En aquella época había mucha vida cultural en esta zona y, como te comenté, el hecho de poder contar con una celebridad internacional en las inmediaciones no pasó desapercibida para nadie, incluida la prensa.

—Te agradecería mucho cualquier tipo de información. Me gustaría saber más, tanto de su vida como de la posibilidad de que existieran obras aun por publicar.

—Si hay alguien que te pueda ofrecer algún dato sobre eso es Lina.

Al escuchar estas palabras me quedé en silencio. No podía contarle que había sido precisamente mi casera la que me había entregado el manuscrito

con la orden de que hiciera con él lo que se me antojara. No quería explicarle que mi ex casera se había quitado de en medio sin ofrecerme ninguna explicación y que, si existía algún misterio en la vida de mi autora favorita o en la de ella, iba a tener que ser yo quien lo averiguara.

—De momento me gustaría dejarla fuera de esto. Ya ha sido bastante generosa conmigo durante todo el tiempo que he estado allí. Creo que tendré suficiente con el material que me puedas proporcionar para empezar.

—Veré qué puedo hacer. Aunque necesitaré tiempo...

El hecho de que dejara la frase inacabada me llevó a pensar de nuevo que no estaba refiriéndose solo al favor que le acababa de pedir.

—Carlos yo...

—No digas nada, por favor. Las cosas tienen su tiempo. Ya llegará el adecuado para esto.

Lo más sensato hubiera sido permanecer en silencio y aceptar su respuesta. Dejar que las cosas reposaran y se fueran colocando por sí mismas era, sin duda alguna, la opción más inteligente dadas las circunstancias. Aún estaba bastante inquieta. Tenía la impresión de no estar haciéndolo bien ni con él ni conmigo.

—Siento no haberte llamado antes.

—Las cosas van como van.

—Me encantaría que dejaras de hacerte el gallego —respondí con media sonrisa dibujada en los labios.

—Entonces estaría medio muerto —intuí por el tono de su voz que él estaba sonriendo.

—No me gustaría que te llevaras una impresión equivocada.

—A ver, María. ¿Qué es lo que crees que pienso de ti?

—Ya estás otra vez —dije intentando quitarle algo de trascendencia a la pregunta que me acababa de formular.

—¿Me vas a responder?

—Lo que no quiero que pienses es que no significó nada lo que vivimos la última noche, que no has sido más que una distracción para una mujer que pasaba unos días de vacaciones a mil kilómetros de su casa. Quisiera ser capaz de darte una respuesta más clara, más elaborada. No la tengo. Quiero ser capaz de analizar todas las emociones. Las que me provocó la pérdida de mi marido, las que me empujaron a viajar, las que han determinado que viva uno de los momentos más complicados de mi vida completamente porque me aterra compartir el dolor con mi familia o amigos más cercanos. Me gustaría

que supieras que no fuiste una distracción para mí y que lo que sentí en cada uno de los momentos que pasé contigo fue real.

Cuando terminé de hablar me di cuenta de que el corazón me latía con fuerza y que se me había quebrado la voz. Le había dicho sin más que no me era indiferente, que ocupaba un lugar todavía por determinar en mi corazón, y que sentía que algo me empujaba hacia él por mucho que me aterrara desconociendo si mis sentimientos eran correspondidos. Me entró el pánico y a punto estuve de desviar la atención de la conversación haciendo alguna broma. No fue necesario porque enseguida él recogió el testigo.

—María... Te lo dije la última vez que nos vimos. Eres una mujer especial y, aunque hemos pasado muy poco tiempo juntos, ha sido el suficiente para que hayas despertado mi interés. Y no me refiero solo a nivel intelectual, que también. Tengo la sensación de que te conozco desde antes. Tal vez sea porque me he leído cada una de tus novelas, o porque he pasado los últimos días revisando cada entrada que hay en google sobre ti. Sé que tenemos problemas, que existen mil kilómetros entre nosotros y que nuestras vidas no se encuentran en su mejor momento. Bueno... tal vez esto último no sea del todo cierto.

—¿A qué te refieres? —acerté a preguntar con un hilo de voz. Descubrir que había estado buscándome en internet me había dejado sin aliento.

—Desde que nos conocemos no hemos dejado de repetirnos lo ocupados que estamos, lo mucho que hemos sufrido, lo recientes que son nuestras heridas, que necesitamos tiempo para colocarlo todo. Pero ¿y si eso no fuera más que una excusa?

—¿Una excusa para qué?

—Para no admitir que lo que nos sucede en realidad es que tenemos miedo. Nos asustan las emociones a una edad en la que se supone que deberíamos estar disfrutando de una vida acomodada y sin sobresaltos. Tanto tú como yo nos pasamos media adolescencia planificando al dedillo nuestro futuro. Dónde estaríamos a los veinte, qué sería de nosotros a los treinta y dónde nos veíamos a los cuarenta. Hemos alcanzado esa edad y, una parte importante de lo que proyectamos para nosotros, no ha sido así. Pero ¿qué podíamos saber de la vida cuando apenas habíamos salido del cascarón? ¿Vamos a tomar decisiones en función de la que sí elegimos cuando apenas éramos unos niños?

—Eso no sería muy inteligente, desde luego.

—Pues ahí es donde voy. No sé por qué me siento tan atraído por ti.

Tampoco soy capaz de averiguar la razón por la que apenas me concentro en nada desde que te marchaste. Quizás lo sensato sería olvidarme de todo y seguir adelante con mi vida, pero no quiero una realidad en la que no pueda estar en contacto contigo del modo que sea. Si estamos destinados a ser amigos seámoslo. Si hemos sido elegidos para vivir una historia de amor, hagámoslo. Si resulta que lo único que podemos compartir es un romance o un flirteo... adelante. Dejémonos de silencios, excusas y de mantener una distancia que creo que ninguno de los dos desea.

Terror, ansiedad, alegría y alivio fue todo lo que experimenté mientras le escuchaba hablar. Sin quererlo, sin pensarlo (porque estaba convencida de que todo lo que me acababa de decir había sido completamente espontáneo) Carlos había descrito cada una de mis emociones. Desde mi llegada a Naia no había dejado de poner trabas a las emociones que experimentaba. A las que tenían que ver con él desde el primer instante en el que lo vi. Sí que había sido capaz de librarme de otras cargas que arrastraba conmigo. Pero en la relativa al amor y la emotividad, había hecho todo lo posible por contenerlas. Estaba obviando mis emociones y el modo en el que mi cuerpo había reaccionado desde la primera vez que le vi. El modo en el que me erizaba la piel su aroma, cómo me aceleraba el corazón el tono de su voz y el modo en el que pronunciaba las palabras. La forma en la que mi cuerpo encajó a la perfección con el suyo cuando nos abrazados. Mi análisis de la situación basado solo en la lógica era perfecto. Pero yo era humana y experimentaba sensaciones que había dejado por completo al margen.

—No sé qué decir... En realidad, sí. Aunque me cuesta encontrar las palabras —me sentía confusa.

—Deja de pensar y solo habla.

—Me fascina que tengas las cosas tan claras, que estés tan dispuesto a lanzarte al vacío con alguien a quien apenas conoces. Estoy de acuerdo contigo en casi todo lo que has dicho. Tengo miedo. Estoy aterrorizada. En todo este tiempo no he dejado de descubrir cosas tanto de mi vida como sobre mí que no dejan de sorprenderme. Estoy en plena avalancha emocional y no sé dónde colocar todo lo que me pasa. Sé que cuando estoy contigo me siento bien y que no me eres indiferente. Soy consciente de cómo me he sentido contigo casi desde el primer minuto y coincido en que aquí hay todavía mucha tela que cortar. Lo único que no sé es cómo voy a hacerlo sin que luego todo se me desplome, me arrastre y me destroce.

—Tenemos tiempo, ya lo sabes.

—Cuando hablas del modo en el que acabas de hacerlo siento la necesidad de darte una respuesta urgente. Y no la tengo o no sé si la que tengo es la que necesitas oír.

—Lo único que siempre me ha interesado es la verdad.

—Carlos yo... —acerté a decir sintiéndome de repente muy sobrepasada por la situación.

—No hace falta que me prometas nada, ni que le pongas nombres, ni etiquetas, ni lo que sea que se haga en estas ocasiones. Solo fluye. Deja que ambos seamos capaces de comportarnos con normalidad, de llamarnos si nos apetece, de estar en silencio si es eso lo que deseamos. Solo te pediré una cosa. Por favor, que sea todo auténtico, sincero. Si tenemos que ser solo amigos pues eso... ¡Seámoslo! Basta ya de intentar mantener el tipo por temor a lo que el otro piense o pueda llegar a creer.

—¿Es eso lo que hacemos?

—Dime que desde que te fuiste de aquí no has vuelto a pensar en los momentos que pasamos juntos. Dime que no te has acordado de esa última madrugada una y mil veces. Dime que no has querido llamarme en más de una ocasión y no lo has hecho porque yo tampoco me había puesto en contacto contigo. Dime que todo esto te da igual y solo volveremos a hablar cuando tenga la información que me has pedido.

—No es eso lo que quiero —dije casi atropellando las palabras—. Y sí, son verdad todas y cada una de las afirmaciones que acabas de hacer. Carlos lo único que te pido es algo de tiempo y que, como tú has dicho hace un momento, que las cosas comiencen a fluir entre nosotros. No sé cómo se hace nada de esto. Ya no sé cómo sentir.

—Sí sabes. Ambos lo sabemos. Solo tenemos que dejar que suceda.

Sabía que tenía razón y que, si quería seguir con mi vida y ser una adulta sana, debería empezar a superar todos mis miedos. En especial el principal: El terror que me producía haber salido de mi zona de confort afectiva. Tanto durante mi estancia en Naia como después en los momentos que había pasado con Javier, me había dado cuenta de que una nueva María estaba empezando a aparecer con fuerza y, seguramente, lo hacía con la intención de quedarse. Me gustaba cómo me hacía sentir cada vez que esa nueva persona hacía acto de presencia. A continuación, mi mente voló hacia el pasado. Recordé mis últimos años de matrimonio, el modo en el que tanto Gonzalo como yo nos habíamos acomodado. Ahora tendría que enfrentarme conmigo misma y ser capaz de reconocer que había existido un momento en el tiempo, uno bastante

lejano, en el que mi matrimonio había pasado de basarse en emociones, sentimientos y promesas a ser una mera convención social, un remanso de paz para dos personas que se trataban con cariño y respeto. Nada más. Carlos me acababa de decir que teníamos una posibilidad juntos. Solo teníamos que averiguar en calidad de qué.

—De acuerdo —dije no sin antes hacerme la promesa de abordar la cuestión de mi matrimonio cuando estuviera algo más serena— veamos hacia dónde nos lleva esto. Solo necesito una cosa.

—¿Qué?

—Nada de promesas.

—Prometido —respondió y, a continuación, comenzó a reír.

—¡Eres lo peor!

—Y eso que aún no lo conoces todo.

—Pues tendré que hacerlo.

Después de lo que ambos acabábamos de decir, la tensión entre nosotros desapareció por completo. Necesitamos apenas unos minutos más para que todo fluyera exactamente del mismo modo en el que lo había hecho durante mi estancia en Naia. Él me puso al día de los últimos acontecimientos culturales y de las actividades que estaba organizando en la librería de cara al veintitrés de abril. Por mi parte le hablé de la propuesta editorial de viajar por media España junto a un compañero de letras. Enseguida se entusiasmó con la idea.

—Pasaréis por aquí, ¿verdad?

—Todavía no lo sé. De momento solo nos han pasado las fechas más cercanas. Lo único que sé que en un par de días tengo que poner rumbo al sur. De todos modos, ¿no se supone que tú estás al día de todas estas cosas?

—Y lo estoy. Lo que pasa es que he tenido unas semanas complicadas con otros temas y apenas he controlado ni la agenda ni todas las peticiones que me han ido llegando. De todos modos, si venís por aquí seguramente sea a La Coruña o a Santiago, aunque igual puedo pedir favores a algún contacto —dijo más para sí mismo que para mí—. En cualquier caso, vas a dar terror allá en tierras andaluzas. ¡Con lo bien que se come y se bebe por allí!

—Pensé lo mismo cuando vi el itinerario, pero luego se me pasó. En cuanto empecé a copiar fechas y horas en mi agenda caí en la cuenta de que apenas me va a quedar el tiempo justo para dormir unas pocas horas.

—Seguro que no es tan exagerado. Además, los libreros siempre llevamos en palmitas a los autores que vienen a vernos.

—En eso te tengo que dar la razón. Aun así, me da miedo no estar a la

altura.

—¡No digas bobadas! Vas a dar la talla de sobra.

—A ver no me malinterpretes. No estoy del todo segura de poder aguantar ese ritmo de estar cada día en una ciudad diferente. Siempre que voy a estar con lectores me gusta disponer de tiempo para hablar con ellos. Es lo menos que puedo hacer con personas que no solo se han leído o van a leer mi libro, sino que en algunos casos soportan colas de varias horas con frío, lluvia o calor. No sé cómo lo voy a hacer para que el cansancio no me pase factura.

—Ya verás como encuentras la forma. Al final siempre acaba habiendo rutina en las cosas extraordinarias. Solo tienes que encontrar tu ritmo.

—Espero que tengas razón...

—Estoy seguro de ello. María...

—¿Sí?

—No sabes cómo lo siento, pero tengo que dejarte. Hoy estoy solo en la librería...

—Claro, ¡no te preocupes ya vamos hablando!

—Si en cuanto tenga alguna información te la haré llegar.

—Espero que no esperes a llamarme solo por eso —dije con naturalidad.

—Tranquila. Te pienso llamar para muchas cosas más.

Al oír el tono en el que Carlos pronunció esta última frase pude sentir sus ojos clavados en los míos, su aliento rozando mis labios y nuestros cuerpos completamente pegados. Incluso volví a respirar ese aroma tan suyo. Si a mil kilómetros de distancia y con las cosas tan calculadas entre nosotros era capaz de experimentar algo así, no quería ni pensar qué sucedería cuando nos volviéramos a ver o en el instante en el que nuestras conversaciones se centraran más en nosotros. No pude decir nada más porque, cuando volví a la realidad, él ya había colgado. Pedí otro café con la intención de concentrarme de nuevo en el trabajo. Afortunadamente lo conseguí. Me sentía con energías renovadas y muy ilusionada. En unas pocas horas me embarcaría en una aventura de la que estaba convencida iba a aprender muchísimo y, con respecto a Carlos... Frente a nosotros teníamos todo un abanico de posibilidades. ¿Quién sabía lo que el futuro más inmediato nos iba a deparar?

Elena se había resistido a aceptar su diagnóstico. No es que dudara ni de

los porcentajes que tanto el neurólogo como el oncólogo le habían proporcionado. Al contrario. Como buena profesional acostumbrada a los números, sabía que no había nada más fiable que ellos. Aun así, se negaba a aceptar la gravedad de lo que le sucedía y, por supuesto, no estaba dispuesta a sacrificar la vida de su hija. Una parte de ella sabía que se estaba comportando de un modo completamente irracional. La otra, con mucho más peso en aquel momento, no paraba de repetirle que debía mantenerse firme y preservar la vida que crecía en su interior al precio que fuera.

Los médicos le habían explicado todas las opciones, así como los síntomas que iría experimentando a medida que la enfermedad fuera avanzando si no comenzaba a tratarse de inmediato. De hecho, ya estaba sufriendo algunos de ellos. No quería pasarse los próximos meses de su vida encerrada en el hospital. No sin antes haber hablado con María y explicarle lo que tanto se había afanado por ocultar. Precisamente por eso había decidido ir a visitarla. Lo haría en cuanto se sintiera con algo más de fuerza. Los días que había pasado sometándose a toda clase de pruebas en el hospital la habían dejado exhausta. Dormiría, comería bien, descansaría lo suficiente y estaba segura de que en breve podría empezar a zanjar una parte de su vida de la que no sentía especialmente orgullosa. Desconocía cómo iba a hacerlo, pero estaba segura de que lo conseguiría.

Capítulo 25

Un coche pasó a recogerme poco antes de las seis de la mañana. Apenas había conseguido dormir unas pocas horas. Lo había intentado todo. Leer, trabajar, escuchar música, ver alguna película... Nada había funcionado. Los nervios ante el inminente inicio de la gira que la editorial había programado me tenían un poco desquiciada. Durante los últimos dos días, los mensajes entre Javier y yo se habían hecho casi constantes. En más de una ocasión él había insistido para que saliéramos a comer o a tomar una copa. Yo había declinado la invitación alegando que tenía todavía muchas cosas que organizar y quería dejar algunas cosas de trabajo terminadas. No le conté en qué andaba ocupada. Dado su carácter extrovertido y aventurero estaba convencida de que me hubiera animado a viajar a Galicia y resolver por mí misma todas las dudas que me había planteado la lectura del manuscrito de Lina.

Carlos no había vuelto a llamarme desde la noche en la que ambos nos habíamos sincerado. Sí me había enviado algunos audios de voz en los que se interesaba por cómo me encontraba y me comentaba los escasos avances que había podido realizar con respecto a la vida más desconocida de Sarah Kennedy. Yo apenas había tenido tiempo para pensar en nada. Me sentía mucho más tranquila desde que habíamos dejado las cosas claras. La propuesta de fluir por ambas partes cada vez me parecía más acertada. Nunca había sido demasiado fan del *carpe diem* y, aunque cuando lo había practicado en tierras gallegas no me había ido mal del todo, era consciente de que no podía alargarlo demasiado en el tiempo. En cualquier caso, mi principal objetivo para las semanas siguientes era disfrutar de la promoción de mi última novela, aprovechar la oportunidad para tener contacto con las lectoras que se acercaran y, si tenía tiempo, hacer un poco de turismo. En el fondo de mi mente también contemplaba la idea de trabajar en algún nuevo proyecto, aunque sabía que esto último iba a ser complicado.

La T1 del Aeropuerto del Prat estaba abarrotada a pesar de lo temprano que era. Yo tenía a mi favor el haber viajado mucho, por lo que conocía la terminal como la palma de mi mano. Me dirigí con paso rápido hacia el control de seguridad. Lo pasé sin problemas. Una vez superado con éxito este trámite me dirigí hacia el panel en el que se anunciaba la salida de mi vuelo. Aun disponía de casi una hora para el embarque por lo que me encaminé hacia

una de las cafeterías en las que sabía que preparaban unos deliciosos cruasanes con mantequilla. En cuanto llegué me situé en la cola para pedir. Unos segundos después el móvil comenzó a vibrar en el interior del bolso.

—Pídeme algo también para mí y voy agenciándome una mesa. ¡Cuánta gente de buena mañana!

Sonreí en cuanto reconocí la voz de Javier y moví la cabeza en varias direcciones tratando de localizarlo. Finalmente lo hice a mi izquierda. Vestido con unos vaqueros oscuros, una camisa azul clara y una americana que se ajustaba a su cuerpo como si estuviera hecha a medida, tenía que admitir que lucía un aspecto de lo más elegante y atractivo. Él me devolvió la sonrisa y me guiñó el ojo.

—Ya que te voy a hacer de camarera, al menos podrías venir a hacerte cargo de mi equipaje.

—Si mujer. ¡Y que me roben la maleta! No sabes la clase de gente que corre por aquí tan temprano.

—Pues ya me dirás cómo quieres que te lleve el café si tengo las dos manos ocupadas.

—Seguro que encontrarás la forma de hacerlo. Eres una mujer de recursos.

Colgó sin que yo tuviera oportunidad de responderle. Lo fulminé con la mirada mientras avanzaba en la cola y él me sacó la lengua. Aquel gesto tan infantil por su parte provocó que me riera a carcajadas. Aún no había llegado mi turno para ordenar el desayuno cuando apareció justo a mi lado.

—¿Ya no tienes miedo de que te roben los calzoncillos?

—En absoluto. He dejado a una mujer bellísima cuidando mis más preciadas posesiones —dijo mientras ladeó la cabeza ligeramente a la derecha.

—Capaz serás...

Antes de poder añadir alguna palabra más miré en la dirección en la que él lo estaba haciendo. En efecto. Sentada junto a la mesa que le había visto ocupar instantes atrás había una mujer de más de setenta años que le devolvía la sonrisa con la misma ternura con la que debía de dirigirse a cualquiera de sus nietos.

—¡Tendrás la cara dura!

—¿Por qué? He hecho lo que me has pedido. Venir a hacer caso de tus cosas para que puedas servirme el desayuno como Dios manda.

—No tienes tu suerte —respondí mientras entrecerraba los ojos y fingía

que me ofendía lo que acababa de decir.

—Anda no pongas esa cara. Estás demasiado guapa para enfurruñarte.

En esta ocasión tampoco pude responder. Empezaba a ser frecuente en mi vida que las personas con las que interactuaba apenas me dieran el tiempo suficiente para responderles. Me había pasado con Carlos días atrás y ahora con Javier. Le pedí lo mismo que iba a tomar yo. Ya que me había tocado servirle tendría que conformarse con lo que yo escogiera. Cuando llegué hasta la mesa la anciana que se había encargado de controlar las pertenencias nos miraba con entusiasmo. No tenía ni idea de qué le había dicho Javier sobre nosotros, pero a juzgar por la complicidad con la que nos miraba, no le había explicado nada bueno.

—No estoy segura de querer saber lo que le has dicho a esta pobre mujer para que nos mire con esa cara de entusiasmo —dije sin poder contener la risa.

—Que aún me estoy acostumbrado a las exigencias de la vida de casado...

—¡Tendrás poca vergüenza!

—¿Acaso no es cierto, palomita mía? —Javier se acercó a mi rostro más de lo que me hubiera gustado mientras me pasaba una mano por encima del hombro y le dirigía a la anciana de la mesa de al lado una mirada de niño de desvalido.

—No le haga ni caso —respondí en un intento de sacar a la pobre mujer de la confusión en la que vivía.

—Son jóvenes y hermosos. Encontrarán la forma de sacar su relación adelante —dijo la anciana y tuve la sensación de que, durante unos segundos, se estaba viendo a ella misma muchos años atrás.

Ni Javier ni yo respondimos. Nos limitamos a mirarnos y a sonreír. Pensé entonces en el trasfondo de lo que esta buena mujer estaba diciendo y no pude evitar pensar en mi propia vida. Tenía que dejar de castigarme. No podía cambiar el pasado. Pero debía dedicar cierto tiempo a recordarlo todavía. No quería repetir los mismos errores.

—¡Cuéntame a dónde acabas de viajar! Estoy sin tema para mi próxima novela y se supone que tengo que entregarla en poco más de dos meses.

—No te creo....

—Pues deberías.

—Entonces es que estás más loco de lo que pensaba.

—Puede ser.

—¿Y cómo piensas arreglártelas?

—Algo se me ocurrirá. Seguro que durante los próximos días encuentro un suceso lo suficientemente interesante como para lanzarme a teclear cien mil palabras.

—Pues yo espero no tener que ver morir a nadie —dije recordando en voz alta el género que escribía mi compañero de fatigas.

—¿Quién sabe? Quizás me dé por la comedia romántica.

—Tus lectores no te lo perdonarían.

—¿Por qué? ¿No crees que sea capaz de hacerlo con cierta dignidad?

—Estoy segura de que puedes escribir la novela que te dé la gana. Manejas el lenguaje como quieres, las tramas, los personajes de tus libros tienen muchísima profundidad y también eres muy hábil a la hora de desarrollar las motivaciones de cada uno de ellos.

—Por favor quiero que hagas tú el prólogo de mi próximo libro con esas mismas palabras —respondió al tiempo que se llevaba ambas manos al corazón y fingía acabarse de enamorar de lo que percibió como un halago.

—¿Vas a conceder ese honor tú, rey de la novela negra a una pobre mujer que escribe novela romántica? ¿Quieres que nos lapiden a los dos?

—¿Eres consciente de que parte del estigma que lleváis encima las autoras de ese género es culpa vuestra?

—¡Ilumíname!

—Vais por la vida pidiendo perdón por la temática sobre la que escribís considerando que tiene menor valor que lo que hacen otros autores.

—¿Eso crees que hacemos?

—Sí.

—Por curiosidad, ¿con cuántas autoras de novela romántica has tratado a nivel profesional o les has preguntado sobre cómo se sienten con respecto al trabajo que realizan? Y no me refiero a estas personas que ejerciendo su libertad deciden un día publicar un libro, sino a las que han hecho de la escritura su profesión —Javier permaneció en silencio observándome durante varios segundos y yo lo interpreté como una invitación a seguir hablando—. Todos somos víctimas de los tópicos en un momento u otro de nuestras vidas. Tampoco somos ajenos a los prejuicios ni a las influencias que otras personas puedan ejercer sobre nosotros. Yo puedo considerar que los tipos que escribís novela negra sois unos asociales de la leche con tendencias psicopáticas y que la soledad o el aislamiento en el que vivís os lleva a crear esas tramas tan jodidamente enrevesadas.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—En realidad no. Ni de ti ni de nadie. Lo que intento explicarte es que es muy fácil ver la paja en el ojo ajeno...

—Y obviar la viga en el propio.

—Más o menos. Es cierto que hay unos géneros más apreciados que otros por la crítica y por el mundo literario en general. Sinceramente no creo que esa popularidad o valor añadido esté determinado por la calidad de lo que se escribe o por la imagen que den o dejen de dar los autores. Es algo mucho más profundo que viene determinado por la educación, por la cultura...

—No irás a hablarme ahora de machismo o de igualdad de oportunidades.

—Tranquilo. Obviaré ese detalle, pero no por eso dejará de ser realidad. Aunque no lo creas aun hoy a una mujer le cuesta más obtener el reconocimiento que a un hombre. Y una tía que escribe novela negra lo tendrá muy jodido para triunfar, aunque alguna lo haya logrado como bien sabes. Una mujer que destaque escribiendo géneros que, de entrada, se consideran menores, todavía no ha dejado de ser una ama de casa aburrida que escribe historias de amor porque su vida es una mierda o porque no tenga nada mejor que hacer.

—Yo no opino eso de tu trabajo.

—Me parece perfecto. Por desgracia tu criterio no abunda. Eso es así y punto.

—¿Te molesta? ¿Te preocupa?

—No en el ámbito personal. Fui a la universidad. Tengo mi máster y la escritura fue una opción profesional para mí hace más de veinte años. No me define ese argumento en absoluto. Lo que me molesta es por un lado que se generalice y, por otro, la falta de respeto. ¿Qué tendría de malo que una señora que se aburre en su casa escribiera una historia de amor, de espías o de marcianos transgénero? Lo que me molesta es el clasismo y la extendida creencia de que solo unos pocos están tocados por el dedo divino de la creatividad mientras que los demás, lo único que pueden hacer es sentarse a verlos triunfar. Pues no. El día que aprendamos a respetar y a no meternos en lo que cada uno decida hacer con su vida o con su tiempo libre, el día que maduremos de verdad como seres humanos, nos irá a todos mucho mejor.

—Visto así. Aunque no me negarás que hay mucha porquería publicada.

—La hay, pero de todos los géneros. No creo que exista uno que tenga la exclusiva. Si no me crees date una vuelta por cualquier librería, coge ejemplares de varios géneros y hojea algún capítulo. Encontrarás autores

gloriosos y otros que no te podrás creer que les hayan publicado algo así. Pero claro es más sencillo extender la creencia de que existe un género donde se da cita la peor calidad literaria posible. Un género en el que, curiosamente, el 99% de los autores somos mujeres.

—Deberías dedicarte a hablar en público y a exponer tus teorías.

—Hace tiempo que practico la máxima de: La opción más inteligente siempre es el silencio.

—¿Por qué?

—Por dos razones. La primera porque es una guerra que no voy a ganar. La segunda... Es un desgaste que no me va a proporcionar ningún beneficio.

—Si no lo intentas...

—Esta no es una batalla para una sola persona y hace tiempo que aprendí que el primer culo que se debe poner a salvo siempre en cualquier refriega es el propio.

Javier me observó en silencio y yo aproveché para probar el café que descansaba sobre la mesa desde hacía un buen rato. Reconocí que hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una conversación como aquella. Una en la que me sintiera libre para decir lo que pensaba en realidad sin temor a que alguien pudiera sentirse ofendido y eso tenía que agradecerse a él. La forma en la que había llevado el peso de la conversación, las preguntas que había formulado y el talante con el que había aceptado mis respuestas habían logrado que me sintiera lo bastante cómoda como para hablar con franqueza y obviar lo políticamente correcto. Esta era una de las cosas que ya me habían gustado de él cuando nos conocimos. Probablemente debido a su juventud o quizás porque, en el ámbito profesional, muy poca gente se había atrevido a cuestionarlo, Javier era capaz de encajar cualquier punto de vista por muy en su contra que pudiera ir y eso me gustaba. Hacía mucho que había dejado de rodearme de personas que destilaran autenticidad. Tal vez pasar un tiempo en su compañía me sentara hasta bien.

—¿Hablabas en serio? —dije intentando romper el silencio que se había establecido entre nosotros.

—¿Con respecto a qué?

—Al manuscrito que debes entregar y que todavía no has escrito.

—Completamente.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Ya te lo he dicho. Algo se me ocurrirá.

—Yo estaría al borde del colapso si me encontrara en tu situación. Es

más, no creo que me hubiera embarcado en una promoción como esta teniendo pendiente escribir un libro.

—Debes de estar poco acostumbrada a disfrutar de la vida —Javier hizo ese comentario con tanta naturalidad que no pude evitar pensar que tenía razón. Vivía demasiado pendiente de mis notas, los calendarios, las planificaciones, las fechas que me imponía a nivel personal, las que me venían dadas. Probablemente se debiera a que no sabía trabajar de otro modo y también a la excelencia a la que siempre me obligaba.

—Tampoco he estado encerrada en un convento... —respondí con franqueza mientras le sonreía.

—Creo que vamos a aprender mucho uno del otro durante las próximas semanas.

—Estoy de acuerdo.

Y lo dije completamente convencida de ello. Javier había conseguido en unos pocos días que confiara en él de un modo que ni yo misma comprendía. Me sentía cómoda a su lado y, por supuesto, no lo consideraba ninguna amenaza. Precisamente por ello se me pasó por la mente la idea de compartir con él el manuscrito que me había entregado Lina. No pretendía que se lo leyera, ni mucho menos. Pero quizás me vendría bien la opinión de alguien ajeno a toda la historia y que también se dedicara a la escritura. Se había instalado en mi mente una idea concreta sobre lo que se ocultaba tras aquella historia y necesitaba que alguien con una mirada fresca confirmara o desmintiera mi teoría. Por qué pensé en él y no en Carlos. Lo desconozco. Vivía completamente ajena a lo que tanto el manuscrito en cuestión como la decisión de compartirlo con mi compañero de letras iban a suponer.

Apenas había terminado el café y dado un par de bocados al cruasán cuando una alerta en la pantalla de mi móvil nos advirtió de que había comenzado el embarque de nuestro vuelo. Javier y yo nos levantamos y pusimos rumbo a la puerta que se nos indicaba. No volvimos a abordar el tema sobre el que habíamos debatido durante el desayuno, pero era innegable que entre nosotros se había instalado una camaradería que estaba segura se iba a consolidar aún más durante los próximos días.

Capítulo 26

El avión aterrizó en Málaga poco antes de las nueve de la mañana. El vuelo había transcurrido sin contratiempos. Una de las primeras cosas que me llamó la atención fue la intensidad de la luz, así como la excelente temperatura. En algo más de una hora habíamos pasado de un invierno cálido a prácticamente el verano. Mientras caminábamos por la terminal del aeropuerto en dirección al coche que nos esperaba en la salida, experimenté una enorme sensación de libertad. Tanta, que me estremecí. Javier caminaba a mi lado en silencio. Él también parecía estar observando todo cuando sucedía a nuestro alrededor. En cuanto puse un pie en el exterior inspiré hondo y un aroma tan añorado como familiar me invadió. Málaga olía a calor, a nuevas posibilidades y a todo un mundo por descubrir.

—¿Te imaginas cómo debe ser esto en pleno verano?

En cuanto Javier habló me confirmó que estaba experimentando sensaciones parecidas a las mías.

—Sé perfectamente cómo es esto en julio o agosto.

—Vaya... ¡Qué misterioso ha sonado eso!

—En absoluto. Tengo... —aún me costaba hablar de Elena en pasado, aunque enseguida rectificué— tenía una amiga a la que le fascinaba Marbella. En más de una ocasión nos escapábamos juntas a disfrutar de la noche, las playas y a escondernos del sol que cae implacable desde bien temprano. También te puedo contar cómo son los inviernos. He escrito capítulos de varias de mis novelas no muy lejos de aquí.

—Por tu cara de sorpresa cuando hemos bajado del avión he pensado que era tu primera vez.

—No, solo que se me había olvidado que las estaciones aquí transcurren de forma diferente.

—En ese caso ya sé quién me va a hacer de guía —dijo Javier mientras le daba las maletas al conductor del vehículo que nos esperaba justo en el lugar en el que la asistente de la editorial nos había indicado.

—Cuando quieras...

Teníamos habitaciones reservadas en un *Room Mate* en pleno centro de la ciudad. Le pregunté al conductor si podía llevarnos por el camino más próximo a la playa. Por alguna extraña razón, Elena se había instalado en mi

mente de nuevo. Meses sin apenas cuestionarme qué habría sido de ella ni idear todo tipo de explicaciones o justificaciones por el modo en el que había desaparecido de mi vida, se borraron de un solo plumazo. Antes de que pudiera sumirme en un estado mezcla de añoranza, melancolía y enfado, el mar apareció frente a mis ojos. El perfil de la bahía me resultó tan familiar que incluso me dolió. Cuántos buenos momentos habíamos pasado en aquellas mismas playas. Las noches interminables bebiendo mojitos sobre la arena, los espetos a la hora del almuerzo, las coquinas, los boquerones, los *gin-fizz* en la Plaza de la Merced. Recuerdos de una vida, de unas emociones compartidas de las que tomé conciencia que jamás volverían a suceder.

Tenía dos opciones. La primera dejarme invadir por la nostalgia y amargarme los días que quedaban por delante. Iba a ser muy duro y complicado gestionar los recuerdos que me producía estar de nuevo allí. Sola y con más preguntas de las que me hubiera gustado admitir. La segunda y la más aconsejable era tomarme esta visita como una experiencia completamente diferente. Las circunstancias habían cambiado. Ahora estaba en la ciudad sola y con la posibilidad no ya de reescribir mi historia, pero sí de poder comenzar a escribir una nueva. ¿Qué prefería? ¿Un revolcón por el lodo o un nuevo comienzo?

—¿En qué piensas? —dijo Javier mientras hacíamos el *check in* en el hotel.

—En lo raro que es estar aquí después de tanto tiempo...

—¿Nostalgia?

—Entre otras cosas.

—¿Me contarás alguna vez ese terrible secreto que tanto te atormenta?

Me sobresalté. Nunca me había caracterizado por ser transparente con este tipo de sentimientos. Ahora, al menos para él, estaba claro que algo no terminaba de encajar en mi interior.

—No hablaré si no es delante de una copa de vino y unas buenas tapas — respondí intentando quitarle dramatismo al tema.

—Te espero aquí en veinte minutos.

—Me sobran diez.

Cogí la llave de la habitación que una guapísima recepcionista me entregó y fui hacia el ascensor. Podía recorrer ese hotel con los ojos cerrados. Había pasado allí muy buenos momentos. Cuando entré en la habitación lo primero que hice fue abrir el balcón y contemplar las vistas. De nuevo el estómago se me encogió. El aroma tan familiar, el bullicio de la calle Larios bajo la luz de

la mañana, el mar al fondo. Respiré hondo y traté de serenarme. La opción de compadecerme la había descartado. No sabía si sería capaz de explicarle a casi un desconocido lo que me preocupaba y me alteraba al mismo tiempo. Después consideré que tal vez no habría nada de malo en dejar salir algunas de ellas. Las menos dolorosas. Regresé al interior, abrí la maleta y coloqué con rapidez la ropa en el armario. Sonreí al comprobar que aún no había perdido mi habilidad para deshacer equipajes en tiempo récord. Luego fui hasta el cuarto de baño y repasé mi aspecto frente al espejo. A pesar del madrugón mi piel lucía fresca y se había instalado un brillo en mi mirada que debía reconocer que me favorecía. Abrí el neceser que había dejado sobre la estantería junto al lavabo al deshacer la maleta y repasé ligeramente el suave maquillaje que me acompañaba desde primera hora de la mañana. Cuando volví a mirarme en el espejo, la imagen que me devolvió me encantó. Dudé si debía quitarme el fino jersey de lana con el que cubría una blusa blanca. Luego recordé que, al atardecer, la humedad de la ciudad se notaba bastante por lo que decidí dejarlo como estaba. Apenas diez minutos después estaba de regreso en el *hall*. Javier estaba allí. Había sido más rápido que yo puesto que él sí se había cambiado y lucía una impecable camisa blanca sobre la que había colocado un jersey del mismo tono que el color de sus ojos. Tenía que admitir que estaba guapo. Mucho.

—Vaya parece que por fin he encontrado a una mujer que no muere frente al espejo —dijo en cuanto se percató de mi presencia. No me pasó para nada desapercibida la mirada con la que me recorrió desde la cabeza a los pies.

—Dejando a un lado que ese comentario es bastante machista te diré que no sé con qué clase de señoras te has relacionado hasta ahora. Yo cuando doy un horario lo cumplo.

—Niñatas todas. Sin duda.

—Eso lo has dicho tú.

—Correcto —respondió al mismo tiempo que me tendió el brazo—. Y ahora... ¿podemos irnos?

—Cuando quieras.

Salimos al bullicio de la calle Larios y una energía renovada se apoderó de mí. Mientras caminábamos en dirección a la catedral observé las calles con distintos ojos. Puede que el hecho de ir cogida del brazo de Javier tuviera algo que ver. O tal vez fueran las observaciones que él iba haciendo sobre las personas con las que nos cruzábamos o algunas de las tiendas que encontrábamos a nuestro paso. Yo tenía pensado que viera algunas de las

cosas más típicas de la ciudad y, habida cuenta de dónde nos alojábamos, no era difícil. Por lo que me había comentado durante el vuelo, él nunca había estado aquí con anterioridad. Y no sabía por qué, a mí me importaba que se llevara un gran recuerdo de esta ciudad. En un momento de nuestro paseo dudé si girar a la derecha o la izquierda.

—¿Te has perdido? —dijo con su sorna e impertinencia habitual.

—¡Ya te gustaría!

—¿Entonces?

—¿Crees que es pronto para empezar a beber? —añadí consultando el reloj y dándome cuenta de que apenas eran las once.

—Nunca es temprano para una copa. ¿Cuál es la otra opción?

—Hacer tiempo paseando por las calles hasta que sea la hora del aperitivo —respondí divertida mirándole directamente a los ojos.

—Así es que, ese es tu plan... ¡Emborracharme!

—Error. No hay plan y si lo hubiera no iría más allá de pasarlo bien.

—Vayamos a por esa copa entonces.

Desanduvimos parte del trayecto. Si la memoria no me fallaba un par de calles atrás había una estupenda vinoteca que solía abrir temprano. Recé para que continuara haciéndolo. Apenas diez minutos después estábamos sentados frente a una copa de vino junto a un grupo de turistas extranjeros a quienes también les había parecido perfecto empezar a beber justo después del desayuno.

—Veo que conoces lo mejor de la ciudad...

—Ha sido suerte. No sabía si iba a estar abierto tan temprano.

—Tampoco son las ocho de la mañana.

—Ya, pero por lo que recuerdo, aquí las cosas tienen una hora distinta.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás por ti mismo más tarde.

—Me estoy asustando —respondió con media sonrisa dibujada en los labios y un brillo divertido en la mirada.

—Lo dudo...

—Y bien... ¿qué es eso que tanto te inquieta?

—Tú no pierdes el tiempo, ¿eh?

—Estás hablando con un tipo que suele matar al menos a tres personajes antes de llegar al capítulo cinco. No tengo el cuerpo para dar rodeos. Aunque si prefieres que llevemos la conversación como en una novela de Jane Austen, puedo intentarlo.

—¿Qué tiene de malo Austen?

—Nada en absoluto. Pero no sé si podré soportar el dolor de mandíbula después de horas de pronunciar de esa forma tan engolada.

—Tampoco eran tan afectados —respondí sin poder contener la risa.

—¿Has pasado alguna vez más de veinte minutos en compañía de algún noble inglés?

—Sí

—¿Y luego no has tenido que ingerir una cantidad indecente de ibuprofeno?

—No, pero sí te confesaré, que tuve que ir a buscar un diccionario.

Ahora fue él quien se rio con ganas. Me gustaba verlo sonreír. De igual modo me atraía, quizás demasiado, la forma impetuosa y despreocupada con la que hablaba.

—Luego reconoces que son un poco insufribles.

—¡Jamás!

—¿Amantes del circunloquio?

—Esa te la compro.

—Bien. Entonces, ¿al estilo Austen o probamos géneros nuevos?

—Me arriesgaré.

—Soy todo oídos.

Javier echó el cuerpo hacia atrás y se acomodó en la silla. Yo alargué la mano y bebí un buen sorbo de vino. A excepción de Carlos, y eso que a él tampoco le había ofrecido demasiados detalles, no había hablado con nadie de lo que había sucedido durante los últimos meses de mi vida. No sé si fue por el hecho de estar alejada de casa, por la camaradería que se había establecido entre los dos o porque había llegado el momento de soltar lastre. La cuestión es que comencé a hablar y lo hice desde el principio: Con la muerte de Gonzalo.

Elena sabía que su estado estaba empeorando. No tenía ningún síntoma nuevo. Nada había cambiado en su vida excepto la sensación que se había instalado en su interior de que se le acababa el tiempo. Tanto su ginecóloga como el neurólogo le habían dado un ultimátum. Debía tomar una decisión y, cuanto antes lo hiciera mejor. Ella ya la había tomado. No pensaba deshacerse

de su hija. Había sido informada por los médicos de las escasísimas opciones que tenía para que el embarazo llegara a buen término, de cómo y cuánto estaba exponiendo su vida al no someterse al tratamiento recomendado lo antes posible. Sin embargo, nadie podía obligarla a hacer algo que no deseaba. Junto a la certeza de tener los días contados, vivía también con una nueva necesidad. La de hablar con María. La sensación había comenzado cuando aún paseaba por las impresionantes playas de Lanzarote ajena al mal que crecía en algún punto desconocido de su cerebro. En los últimos días se había convertido casi en un motivo por el que levantarse cada mañana. Aun así, no había sido capaz de encontrar todavía el valor necesario para llamar a la puerta y dar la cara. Porque si algo tenía claro era que debía mantener esa conversación mirando a los ojos de María. Era su única opción.

Sabía que tenía mucho que explicar y que debía de tener todas las respuestas posibles a mano. Ni tenía la seguridad de que ella quisiera escucharla. Aún así, sentía la necesidad de estar preparada para todo. Por esta razón se había levantado tan temprano. Hoy era el día. Desayunaría, se arreglaría con cuidado e iría a casa de María. Ya lo había hecho hasta en cuatro ocasiones con anterioridad. En esta, conseguiría bajar del coche, llamar a la puerta y enfrentarse a la verdad.

A las diez en punto aparcó el coche y dirigió una mirada nerviosa a la casa. Le extrañó que la luz del despacho de María no estuviera encendida como era habitual a aquella hora. Tal vez hubiera salido. Quizás estuviera durmiendo. A lo mejor debía regresar otro día. “No”, murmuró. Hoy era el día. Reunió la fuerza suficiente y bajó del vehículo. Recorrió con paso decidido los escasos metros que la separaban de la entrada y pulsó el timbre. No obtuvo respuesta. Insistió y obtuvo el mismo resultado. Regresó al coche y se acomodó en su interior. Esperaría a que regresara. Seguramente habría salido a hacer algo de ejercicio y no tardaría en volver.

Dos horas, tres copas de vino y una cuarta en camino fueron el balance de explicarle a Javier cómo había sido mi vida durante los últimos meses. La muerte de mi marido, la huida de la que consideraba mi mejor amiga, mi escapada a Galicia, Carlos (con respecto a él oculté lo que había sucedido entre nosotros, aunque sabía que no le había pasado inadvertido este hecho),

Lina... Y sí, también le mencioné el manuscrito que ésta me había entregado poco antes de regresar.

—¿Estás segura de no querer pasarte al thriller? —dijo sin dejar de mirarme a los ojos y con un tono de voz muy dulce.

—Supongo que da para una novela lo mío, sí.

—María lo último que quiero es ofenderte o que pienses que no me importa nada de lo que me acabas de contar. Pero es que... ¡joder con la autora de novela romántica!

—A ver si te piensas que nos pasamos la vida saltando de cama en cama y enamorándonos del primer tío guapo que pasa por nuestro lado —respondí en un intento por serenarme y quitarle dramatismo al hecho de haberme casi desnudado con él.

—Tampoco sería mal plan ese, todo sea dicho.

—Después de lo que te he contado y... ¡te quedas con eso!

—Es que es muy tentador... —Javier puso los ojos en blanco y frunció la frente fingiendo que evocaba en su mente una imagen nada pudorosa de mí, probablemente desnuda yendo de una cama a otra—. Ahora en serio... Gracias.

—¿Por haberte dado tema para tu próxima novela?

—No lo había pensado. Ahora que lo dices... —Los dos reímos con ganas durante unos segundos. Después él continuó—. En serio que te agradezco la confianza. No puedo imaginar por lo que has pasado. Creo que nunca he estado enamorado y, a medida que pasa el tiempo, me voy convenciendo de que las relaciones estables no son para mí. Me quiero demasiado, ¿entiendes?

Este hombre no dejaba de sorprenderme. Conforme transcurrían las horas me daba cuenta de que, detrás de esa fachada de despreocupación y de vivir el momento que se empeñaba en proyectar a todas horas, había una persona más inteligente y sensible de lo que estaba dispuesto a admitir. El hecho de que siendo tan joven tuviera ese conocimiento de sí mismo también me impactó. Ojalá hubiera tenido yo su claridad mental una década atrás. Probablemente mi vida hubiera sido distinta. Quizás aun seguiría casada. Durante unos segundos me quedé reflexionando sobre esta última afirmación. Sabía que la felicidad que tanto me empeñaba en recordar cuando notaba la ausencia de Gonzalo no era real. Sin embargo, seguía aferrándome a ella sin saber bien por qué. En otro momento me hubiera permanecido horas enredada en esta idea. Ahora no me lo podía permitir. No estaba sola.

—Amar a alguien no está reñido con el amor a uno mismo. Dicho esto, creo que sé a qué te refieres. En los últimos tiempos he descubierto ciertos beneficios de la soledad y del amor propio.

—Me cuesta creer que no los tuvieras antes.

—Te sorprendería saber la clase de mujer que he sido durante años.

—Solo me importa la que eres ahora.

Desvié la mirada del ir y venir de gente al otro lado del cristal y me encontré con el verde de sus ojos. Sentí que me atravesaba con la mirada. Y lo había hecho al analizar y resumir mis emociones de forma tan sencilla. A punto estuve de dejarme llevar por el impulso casi irrefrenable de abrazarle. Al final venció la cordura, permanecí sentada frente a la copa de vino y sonreí.

—¿Cuál es el chiste?

—Como continuemos a este ritmo vas a ir muy perjudicado a tu encuentro con los lectores esta tarde —dije sin apenas poder contener la risa.

—Valdrá la pena solo si tú me acompañas en el mismo estado —respondió y alargó una de sus enormes y viriles manos en dirección a las mías.

—Dudo mucho que borracha te pueda dar apoyo moral. Además, tampoco creo que lo necesites. Seguro que hay cola en la librería.

—Probablemente, pero será más divertido si tú estás allí.

—¿Por qué?

—Porque empiezo a acostumbrarme a tu magia y no quiero que desaparezca.

Tuve que parpadear dos veces y tragar saliva otras tantas para no reír. Por suerte me contuve porque, una rápida mirada al conjunto de su rostro me bastó para saber que estaba hablando en serio. Llevábamos las mismas copas de vino. Aún así, él parecía completamente sobrio mientras que yo empezaba a notar bastante calor en las mejillas, me costaba mantener bajo control mis emociones y empezaba a dejarme llevar por ese estado de euforia que precede a una resaca épica. Si la circunstancia hubiera sido la contraria, podría haberlo atribuido a los efectos del alcohol. Sabía que estaba sobrio y que su afirmación había sido del todo consciente.

—En ese caso... tendré que ir, pero con una condición. Dos en realidad.

—Vamos a comer en algún sitio donde nos den cantidades ingentes de agua y mantengámonos alejados del vino al menos hasta la hora de la cena.

—Hecho. Ahora brindemos. Sería una pena dejar esta copa a medias.

—¡Eres tremendo!

—No menos que la historia que me acabas de explicar —dijo mientras se

llevaba la copa de vino a unos labios que yo no podía dejar de mirar.

—Tal vez la escriba —respondí en un intento de mantener mis emociones a raya.

—Nunca sale bien hablar de temas personales en las novelas que uno escribe. Sin embargo... ese manuscrito que te han dado...

—¿Qué pasa con él?

—Tal vez puedas terminarlo

—¡Pero no lo he escrito yo! —protesté sin acabar de dar crédito a lo que insinuaba.

—No te estoy diciendo que te apropiés del trabajo de otra persona.

—¿Entonces?

—Solo sé lo que me has contado, pero si esa mujer... Lina te ha entregado ese manuscrito no es para que lo leas, lo comentes y después lo entierres. Creo que lo que intenta es que escribas una historia.

—¿Cuál?

—La de su vida.

—¿Tú también crees que son la misma persona?

—¿Tu casera y la escritora? ¡Para nada! Tú misma me has contado que hay testigos que conocieron a la autora extranjera.

—Sí, aunque la información es muy confusa.

—Aún así. Creo que ambas mujeres existieron y que son personas distintas. Como también estoy seguro de que entre ellas hubo algo más que amistad.

—Se suponía que la autora de novela romántica era yo —dije con sinceridad.

—Uno también tiene su corazoncito. Además, las señales son evidentes. La dedicatoria, la historia que se narra... Tendría que leerlo para estar seguro al cien por cien, pero creo que los hechos que se cuentan sucedieron en realidad.

—¿Quieres leer el manuscrito? —Estaba bastante sorprendida. Al hablarle de la novela no había contemplado la posibilidad de que le llegara a interesar tanto—. Lo tengo en la maleta.

—¿Te has traído el original?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Qué lo fotocopiara?

—¿Sabes lo que es un PDF?

—¿Y a ti te ha enseñado alguien que las copias digitales las carga el diablo?

—*Touché.*

—Si quieres leer el manuscrito te lo prestaré. Ahora bien, como me lo devuelvas con la más mínima mancha, doblez o indicio de maltrato no respondo.

—¿Y si me lo copio?

—Ambos sabremos lo que has hecho y dejaré de verte con estos ojos.

—¿Cuáles?

—Los del respeto.

Ahora fue Javier quien guardó silencio y me dirigió una mirada que no había visto con anterioridad. Una que me traspasó de lado a lado y que provocó que al rubor de mis mejillas por los efectos del vino, se añadiera el calor que provoca la certeza de haber tocado el interior de otro ser humano.

—Te ayudaré en lo que pueda, pero tienes que contar esa historia — añadió poco después.

—Me gustará que lo hagas.

Apuramos la copa y salimos en dirección a un restaurante de cocina de mercado a apenas cinco minutos caminando. Mientras caminaba por las calles del centro de Málaga me sentí mucho más ligera. Y no era por los efectos del alcohol (a pesar de que también estaba un poco achispada), sino por haber sido capaz de aligerar una mochila que comenzaba a pesar demasiado. Me había sincerado con alguien a quien casi no conocía rompiendo así una de las normas que habían regido mi existencia durante años. ¿Se había acabado el mundo? No ¿Había alejado a Javier de mí? Tampoco. Quizás había llegado el momento de permitirme ser mucho más espontánea, de dejar de controlar cada emoción que sentía y cada aspecto de mi vida. Tal vez había llegado la hora de enterrar para siempre a una María con la que ya no me sentía identificada.

Capítulo 27

Con más alcohol en el cuerpo del que hubiera deseado aparecí en la presentación de la última novela de Javier Rodrigo. Apenas había tenido el tiempo suficiente para darme una buena ducha caliente, escoger ropa cómoda, aunque elegante e ingerir un coctel de paracetamol junto con vitamina B12 que aliviara el hecho de que se me había ido la mano con los vinos. En realidad, me había extralimitado en todo teniendo en cuenta el modo en el que me había comportado hasta entonces. Mientras sacaba del armario un vestido negro ajustado con mangas por el codo que además dejaba mis hombros al aire no pude dejar de pensar en la facilidad con la que me había sincerado con mi compañero de letras durante el almuerzo. Claro que las copas habían ayudado bastante y su actitud también invitaba mucho a ser yo misma, a dejar de esconderme tras mi educación, los convencionalismos sociales y todas las excusas que con el paso de los años me había empeñado en elaborar con el fin de no ser ni accesible, ni transparente.

Apenas había diez minutos caminando desde el hotel hasta la librería en la que Carlos iba a recibir su baño de multitudes. Él se había marchado casi una hora antes y no habíamos quedado en nada concreto. Por supuesto, había insistido en que fuera y luego poder disfrutar de la noche malagueña. Yo no tenía del todo claro si se trataba de una buena idea porque, dado al ritmo al que bebíamos cada vez que estábamos juntos, lo más probable es que ni siquiera llegáramos a la siguiente firma de libros en Sevilla dos días después. Había llegado a contemplar seriamente la opción de quedarme en la cama leyendo, viendo la tele o directamente pensando en la nada gracias al vinito. Luego pensé que no podía venirme abajo a la primera de cambio que debía estar allí. No porque él me necesitara, no era esa clase de hombres, sino porque en el fondo yo sí que deseaba que asistiera a alguna de mis firmas.

Subida sobre los maravillosos tacones que me había puesto para la ocasión, conseguí llegar de una pieza a la librería diez minutos antes de la hora prevista. Era una de las más emblemáticas de Málaga ubicada en plena Alameda. Un lugar que yo había visitado bastante como lectora y alguna vez como autora. Apenas había llegado a la puerta y sonreí. Mis predicciones se habían quedado cortas. Javier no solo iba a tener trabajo firmando ejemplares, sino que iba a morir de éxito. Traté de abrirme paso entre la gente que formaba

una cola más o menos ordenada. Si no podía escucharlo (no iba a privar a sus lectores de su compañía cuando yo podía estar con él mucho más tiempo) al menos podría darme una vuelta por el interior. Tenía un par de novelas en mente que me apetecía comprar y esta era una ocasión tan buena como otra. Poco después estaba frente al lineal de novela negra buscando cualquier obra suya que no hubiera leído y que, por supuesto, no se encontraba en mi lista inicial. Treinta minutos después, la cola en la puerta continuaba. Una hilera de personas que ascendía por las escaleras hasta la planta superior, el espacioso lugar en el que se solían hacer este tipo de eventos. Me acerqué hacia un chico joven que sostenía en las manos varios ejemplares para firmar y le pregunté si todavía no había empezado el evento, aunque me extrañaba. Él me respondió con una sonrisa que sí, pero que la sala estaba completamente llena y que era imposible subir hasta que las personas que la llenaban comenzaran a desalojarla.

Consulté el reloj y calculé que, por lo menos, tenía para tres horas. De modo que pensé que sería una buena idea encontrar algún café cercano en el que poder sentarme a leer y a esperar a que él terminara. Estaba a punto de enviarle un mensaje comunicándole mis planes, cuando una mano femenina se posó suavemente sobre mi hombro.

—Disculpa... Eres María Peris, ¿verdad?

—La misma —respondí al tiempo que me di la vuelta para encontrarme frente a una chica de unos veinticinco años, alta, rubia y con unos bonitos ojos azules.

—Si no te importa, ¿me acompañas?

—¿A dónde? —me sentí un poco confusa con la situación.

—Arriba. La presentación está a punto de comenzar y me han pedido que te busque.

—Pero hay gente esperando...

—Es una pasada, ¿a que sí?

Sonreí ante su respuesta tan espontánea. Si había captado o no la intención con la que yo había hablado, lo desconocía. Lo que estaba claro era que no se iba a ir de allí sin mí, de modo que no me quedó más alternativa que acompañarla. Mientras subía los peldaños noté muchas miradas clavadas en mí y me ruboricé. Nunca había sido fan de los tratos de favor ni de los privilegios y, de no haber sido porque sabía que había sido el propio Javier quien la había enviado a por mí, hubiera declinado la invitación. Tal y como había imaginado, no había un alma allí. Las hileras de sillas estaban llenas,

como también los tres pasillos que quedaban entre ellas. Incluso me pareció ver a gente sentada en el suelo en primera fila frente a la tarima. Sobre ella estaba Javier impecablemente vestido. Una camisa azul, unos pantalones vaqueros gastados y una americana le daban un aspecto de canalla, aunque elegante. La joven de la librería hizo intención de abrirse paso entre la multitud, pero yo tomé la iniciativa.

—Ya me quedo por aquí. No te preocupes.

—Pero tiene una silla reservada en primera fila —protestó con un gesto casi de súplica en la mirada.

—No voy a mover a toda esta gente que probablemente espera desde hace horas para llegar hasta allí. Y dudo que pase algo porque otra persona ocupe ese lugar. No te preocupes. Si Javier protesta ya le diré que ha sido cosa mía.

—Pero...

—Estaré bien.

La joven se alejó en dirección a la mesa que ya ocupaba y le susurró algo al oído. Él alzó la cabeza en mi dirección y me buscó con la mirada. Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios cuando nuestras miradas se encontraron. Yo me limité a asentir. Luego, saqué el móvil del bolso y tecleé un breve mensaje. Él desvió la vista hacia el teléfono que descansaba sobre la mesa y me volvió a mirar negando suavemente con la cabeza. A punto estuvo de escapárseme una carcajada. La llevaba clara si pensaba que me iba a quedar hasta que terminara todo. Y, como él no podía huir de la responsabilidad, lo hice yo. Pero antes estuve más de media hora contagiándome de la pasión y la fuerza que se desprendía de cada una de las palabras que pronunciaba. Amaba su trabajo igual que yo. Era su vida. Tal y como me había confesado durante el almuerzo, era la única cosa que sabía hacer. ¡Qué identificada me había sentido con sus palabras! ¡Cuántas veces las había pronunciado sin encontrar muestras de comprensión!

En cuanto comenzó la firma de ejemplares, me escabullí escaleras abajo. Estaba a punto de abandonar la librería cuando una mujer morena más o menos de mi edad se acercó sonriéndome.

—María, ¿verdad?

—Sí —respondí empezando a preguntarme si iba a poder pasar desapercibida en algún momento.

—Soy Mónica, la nueva encargada de la librería.

—Un placer. Menudo lío, ¿eh? —añadí mirando en dirección a la cola que era todavía mayor.

—¡Benditos líos! Ojalá todos los autores llenaran como vosotros.

—Sería maravilloso, sí.

—Igual te parece un poco atrevido, pero ¿te importaría que te organizáramos algo aquí mañana?

Me quedé sin saber qué decir. Por lo general era la editorial la que se encargaba de cerrar los lugares en los que se firmaban ejemplares y se suponía que solo debíamos asistir a las fechas que ellos nos cerraban. Mónica percibió mi confusión.

—No se trata de una firma de libros ni nada. Bueno, al menos en teoría —yo me limité a arquear las cejas porque seguía sin comprender dónde quería llegar—. Tenemos un club de lectura y hemos organizado un vermiculé. Algo informal para celebrar la primavera y que nos reunamos cada mes para leer a algún autor. Sé que es todo muy precipitado, pero ya que no podemos tenerte firmando —añadió— sí nos encantaría poderte invitar a tomar algo.

Sabía que debíamos estar en Sevilla al día siguiente frescos y dispuestos a dar lo mejor de nosotros. Y utilizaba el plural porque sabía que Carlos se apuntaría a la fiesta. De igual modo era consciente de que el AVE nos llevaría allí en apenas dos horas. Iríamos con el tiempo muy justo y quizás bastante cansados, pero dije que sí. Ya me pelearía después con Alberto y el equipo de la editorial. Tampoco estaba el negocio como para andar desaprovechando invitaciones y la posibilidad de compartir tiempo con los lectores. De modo que quedé con ella y ahora sí, conseguí salir a la calle no sin antes hacerme con unos cuantos libros.

Los bares de la zona empezaban a llenarse de gente dispuesta a tomar unas cañas a la salida del trabajo. Entré en uno muy cercano al mercado en el que recordaba haber tomado un fino estupendo y que, además, contaba con unas tapas excelentes. Busqué una mesa en la que acomodarme y tuve éxito al encontrar una muy pequeña en un rincón bastante íntimo dado lo abarrotado que estaba el local. Pedí una copa, el paracetamol ya había hecho efecto y se me había olvidado mi promesa de no volver a beber, le envié a Javier mi ubicación y me dispuse a disfrutar de unas cuantas horas de soledad.

Pasaban de las once de la noche cuando él cruzó la puerta del bar. Yo había sido capaz de beber con cierta moderación.

—Veo que me has estado esperando para cenar —dijo con una mezcla de sorna y cansancio.

—Ya lo creo que sí. Te recomiendo todo lo de la carta. ¡Está delicioso!

Se quitó la americana y se sentó frente a mí. Pude ver en sus ojos esa

mezcla de euforia y agotamiento que me resultaba familiar. La satisfacción de haber estado compartiendo un tiempo con los lectores, mezclado con el bajón típico después de un estado de nervios o ansiedad prolongado.

—No te voy a preguntar cómo ha ido. No tenía duda de que ibas a arrasarlo.

—¿Cómo sabes que lo he hecho si te has largado? —dijo haciendo un simulacro de puchero con los labios.

—Ver esa librería con gente haciendo cola en la calle me ha bastado para averiguarlo.

—Eres muy lista.

—¡Ya lo creo!

—Estoy contento sí. Aunque mucho más de haberme podido librar del sarao que me tenían organizado ahora.

—¿Qué sarao?

—Unas copas y un no sé qué. Pero tenía otros planes. Unos que no podía eludir.

—¿Ah sí? ¿Cuáles? ¿Seducirme?

—Hacerme con ese manuscrito que no puedo sacarme de la cabeza.

—El manuscrito de Lina... —conseguí decir al tiempo que intentaba reponerme del desconcierto en el que me hallaba.

—Sé que nos conocemos desde hace cuatro días como aquel que dice y también sé lo extraño que suena todo esto. Puedes estar tranquila porque no voy a intentar copiármelo ni publicarlo con mi nombre.

—Tampoco había pensado que lo hicieras —y era cierto. Sabía que la historia era atractiva y que, tal vez de ella, pudiera surgir otra novela. También tenía claro, a pesar de lo poco que le conocía, que no era del tipo de autores que se inspiran en el trabajo de otros, sino de los que se curraban las tramas, los personajes y los diálogos—. ¿Por qué? —acerté a añadir.

—Porque ahora tenemos el tiempo, porque me apetece que averigües lo que esa dichosa mujer esconde, si es que oculta algo y porque no tengo ni puta idea de cuál es la próxima novela que voy a escribir. Esa que se supone que debo entregar en nada.

—Acabas de decir que no te lo copiarás —sonreí mientras percibí un ligero temblor en sus manos.

—Y no lo haré. Ahora necesito salir de esta especie de letargo en el que me encuentro.

Sus palabras me conmovieron y conectaron con mi lado más humano. Sabía a qué se estaba refiriendo porque yo también había pasado por ello.

Esas desagradables semanas en las que veía cómo la fecha de entrega de una novela se acercaba y tenía la certeza de estar escribiendo auténtica mierda. Eso en las ocasiones buenas en las que al menos tenía un borrador empezado. También había estado en la situación extrema de no tener nada para entregar, la misma que él debía estar atravesando en este momento.

—Llámalos y diles que lo aplacen.

—No puedo. Ya está toda la promoción hecha, las fechas previstas y hasta la campaña en internet.

—Hazme caso. Lo arreglarán.

—¡Qué fácil! —dijo completamente derrotado, algo que me sorprendió mucho dado lo que acababa de vivir.

—No lo es. En realidad, es muy difícil para ti y una putada para ellos. Se van a acordar de todas tus castas, ancestros y similares. Pero cuanto antes des la cara, antes te quitarás la presión de encima y podrás empezar a pensar con claridad.

—Habló la experiencia —no había reproche en el tono de su voz y tampoco le tuve en cuenta la negatividad en la que había caído.

—Lo creas o no, sí. He pasado por eso. Llama y solúcionalo —dije tendiéndole mi teléfono móvil.

—¿Ahora? ¡Estás de coña!

—Hazlo o no tendrás acceso al manuscrito.

—Eres una perra —respondió sonriéndome y alargando la mano al mismo tiempo para realizar esa llamada.

—Mira eso no me lo habían dicho nunca.

—Lo dudo —murmuró a medio camino entre la diversión por el cariz que había tomado la conversación y el miedo ante lo que se le venía encima.

Aproveché que Javier comenzaba a explicarle a Alberto el éxito que acababa de vivir en el primer acto de la gira de promoción para ir a la barra y asegurarme de que dejaran de servirnos alcohol. Necesitábamos estar despejados. Él para leer y ser capaz de pensar con claridad. Yo para darle un descanso al cuerpo e intentar averiguar hacia dónde quería encauzar mi vida cuando todo esto acabara. La idea no era nueva. El valor para enfrentarme a mis emociones, sí.

Me encantaría decir que fuimos malos y que nuestras buenas intenciones quedaron en nada. No fue así. Durante más de media hora él estuvo discutiendo por teléfono y, al mismo tiempo, aguantando un chorro épico. Cuando colgó me di cuenta de que le temblaban las manos y sentí la necesidad

de nuevo de protegerle.

—Tranquilo. Se les pasará. Eso sí, no vuelvas a hacerlo más.

—¡Joder me dejas más tranquilo!

—No es lo que pretendo. Tienes un futuro prometedor por delante. Estás haciendo con tu vida lo que realmente quieres. Vives un éxito que muchos quisieran. No lo malgastes.

—¿A ti te ha ido bien siendo tan prudente y centrada?

—Bueno... Estoy sentada aquí contigo. Yo no lo consideraría un fracaso.

—Tienes respuesta para todo —añadió sonriendo abiertamente por primera vez aquella noche.

—En ese caso brindemos.

Ambos levantamos las jarras de cerveza heladas que nos habían dejado sobre la mesa. Él apuró la suya casi de un trago. Yo me limité a observarlo y su reacción no se hizo esperar.

—¿Se puede saber qué puta mierda es esto? —dijo con un tono de voz no demasiado elevado por suerte para mí.

—El principio de tu nueva vida.

—¡María, no me jodas que ya tengo una madre!

—Tenemos un trato.

—Sí. La llamada por tu manuscrito.

—Las condiciones han cambiado.

—Vete a la mierda —respondió entre risas. Ambos sabíamos que el hecho de saciar su curiosidad ya estaba por encima de todo.

—Puedo irme, aunque allí no hay buena lectura.

—Lo dicho. Eres una zorra.

—¿No era una perra?

—¿Acaso hay diferencia?

Ambos volvimos a reír y yo aproveché para refrescarme con la cerveza que, lejos de lo que acababa de afirmar, estaba muy fría y buena. A continuación, dirigí la conversación hacia la experiencia que acababa de vivir. No era la primera vez que llenaba una librería ni que tenía una cola de horas para firmar ejemplares. Sí me daba la impresión de que la novedad residía en el hecho de que hubiera comenzado a hacer frente a sus debilidades. Conversamos de todo y de nada. Hicimos planes de trabajo para los próximos días. Él seguía perdido con la historia que debía escribir a continuación. Yo tenía la certeza de que acabaría encontrándola. Pasaban de las dos de la mañana cuando llegamos al hotel. Sobrios. Agotados. Felices.

Me desperté temprano y, curiosamente, sin resaca. Una nueva dosis de paracetamol y vitamina antes de meterme en la cama habían terminado de obrar el milagro. Sabía que debía evitar de nuevo el festival de copas. Al menos si quería que mi hígado no acabara pidiéndome el divorcio. La muerte de Gonzalo, la desaparición de Elena, el dolor y la incertidumbre que todo aquello me había provocado comenzaban a ser pasado. Había estado bien la evasión, las copas por placer o para no oír lo que gritaba mi interior. Ahora era necesario que todo volviera a su cauce o, al menos, esta parte de mí. Después de pasar más de veinte minutos estirada sobre la cama mirando a un punto fijo en el techo decidí que hacer algo de ejercicio me sentaría bien. De modo que me puse ropa cómoda, unos vaqueros, una sudadera y me calcé las deportivas que recordaba haber dejado en el interior de la maleta junto con el resto de los zapatos. Unos minutos después, el fresco de la mañana me oxigenaba el cerebro.

Tenía muy claro cuál iba a ser mi destino. El mar. Recorrí con paso ligero la calle Larios y al llegar a la estatua del marqués que le daba nombre, crucé y me dirigí hacia la izquierda, al Paseo del Parque. Apenas habían pasado unos pocos minutos cuando comenzó a llenarme el aroma del mar. Esa mezcla de sal, humedad y arena que tanto me fascinaba. Respiré hondo durante una caminata que no duró más de media hora. Cuando me di cuenta estaba al final del Paseo del Muelle Uno y el azul del mar hasta donde me alcanzaba la vista. Una sensación inmensa de paz y tranquilidad me invadió. Estaba en casa, a pesar de los novecientos kilómetros que me separaban de Barcelona. Fue entonces cuando recordé otro azul, otro aroma, el océano golpeando con fuerza contra las rocas. Y, como si de una broma del destino se tratara, justo en aquel instante comenzó a vibrar el móvil en el bolsillo de mi sudadera. Convencida de que debía de ser Javier, ni siquiera miré la pantalla antes de responder.

—Espero no haberte despertado —la voz me sonaba familiar, aunque en un primer momento, no la identifiqué—. Tengo noticias nuevas sobre tu manuscrito.

—Carlos...

—Si. Soy yo. ¿Te encuentras bien?

—Perdona... Es que no esperaba que llamas tan pronto.

—Si estás ocupada puedo hacerlo más tarde.

—No... no. Solo he salido a hacer un poco de ejercicio. Dime...

—Después de hablar contigo la otra noche empecé a repasar las viejas historias que solía contar mi padre cuando yo era niño. Al principio no hallé

nada nuevo en ellas, ningún detalle que no te hubiera comentado ya y que tuviera que ver con Lina o con Sarah. Sin embargo, ayer por la mañana mientras organizaba las firmas de varios autores para las próximas semanas, recordé algo. Mi padre mencionó alguna vez que hubo varios veranos de lo más extraños. Unos en los que la presencia de un americano con un coche lujoso y enorme tuvo en vilo a los vecinos de Naia.

—¿Un americano? —Si los lugareños se sorprendían en la actualidad por la presencia de según qué forasteros en pleno siglo XXI, el hecho de que un hombre extranjero se paseara por sus calles cuarenta años atrás, debió ser todo un acontecimiento.

—Sí. Al principio pensé que era posible que hubiera mezclado historias, que ese hombre jamás existiera. Ya sabes cómo somos por aquí. Creemos escuchando mil cuentos a caballo entre la fantasía y lo que en realidad sucedió. Intenté concentrarme en el trabajo y, cuantas más vueltas le daba al asunto, más me convencí de que el relato no solo era verídico, sino que era tal cual te lo estoy explicando ahora. Cuando cerré la librería y ya de camino a casa, decidí hacerle una visita a mi padre. Sé lo poco que le gustan las sorpresas y que le alteren la rutina, pero necesitaba salir de dudas. Después de un par de tazas de vino decidí explicarle el motivo de mi visita.

—¿Y? —Tenía los nervios a flor de piel y sabía que estaba a punto de contarme algo importante.

—Yo estaba en lo cierto. Ese americano existió, visitó Naia varios veranos y estuvo relacionado con Lina.

—¿En qué sentido? —dije sin poder contener la emoción.

—Eso es lo que todavía no he podido averiguar, pero debió de ser algo... Turbio.

Las palabras de Carlos, lejos de calmar mi necesidad de saber, la avivaron. Después de haber leído el manuscrito me había convencido de que el pasado de mi casera gallega había sido más intenso de lo que ella había contado. Al mismo tiempo, mi intuición me decía que fuera lo que fuera no pegaba mucho con el adjetivo que él acababa de utilizar.

—¿Puedes ser un poco más concreto?

—De momento no. Mi padre zanjó la conversación diciéndome que no quería entrar en rumores de viejas y no quise seguir preguntando. Sé que, de haberlo hecho, se nos habría escapado cualquier posibilidad de averiguar algo más.

—Pero...

—Tengo intención de seguir tirando de ese hilo. Estoy seguro de que alguien más recordará la visita de este extranjero y lo que anduvo haciendo con la profesora universitaria...

—Acabas de sonar como una auténtica alcahueta —dije sin evitar sonreír. Esa faceta suya era tan nueva como atractiva para mí.

—Ya sabes que te equivocas. Lo que haga la gente con su vida es asunto suyo y si estoy haciendo esto...

—Es porque yo te lo he pedido y te lo agradezco.

Me sentí atacada y como si me estuviera responsabilizando de comportarse de un modo que no era habitual cuando había sido él quien se había ofrecido a ayudarme. Mi humor cambió por completo. La energía, la conexión y el buen rollo del que había disfrutado durante mi paseo junto al mar parecían haberse esfumado. No recordaba que él fuera tan reservado. O tal vez me había acostumbrado en muy poco tiempo a la espontaneidad de Javier. Fuera como fuera, me sentí molesta y, por primera vez desde que nos habíamos conocido, no supe qué terreno pisaba con respecto a él. Opté por guardar silencio. No era ni el momento ni el lugar para hacer frente a las emociones que estaba experimentando. Debía quedarme con la información que me acababa de proporcionar. Un indicio que podía confirmar lo que yo ya sospechaba: En el pasado de Lina había un misterio que desentrañar, estaba relacionado con el manuscrito que me había entregado y ella quería que lo descubriera. ¿Por qué si no me lo habría entregado?

—¿Cómo van las cosas por el sur? —La voz de Carlos interrumpió el hilo de mis pensamientos.

—De momento bien. Esta tarde me estreno.

—¿Nerviosa?

—Siempre lo estoy. Creo que nunca me acostumbraré a tener que hablar en público y a que haya personas a las que les apetezca escuchar mis divagaciones.

—Haces más que eso —dijo con un tono de voz mucho más dulce del que había empleado hasta el momento.

—Eso no lo sabes. Nunca me has visto en esa situación.

—Pero te he leído y nadie que escriba como tú puede ser mal orador.

Allí estaba de nuevo el Carlos que yo había conocido en Pontevedra. El que me había cautivado con su sensibilidad e inteligencia. El mismo al que había besado en plena madrugada junto a un faro frente al Atlántico. Un suspiro se escapó de mi boca. Qué lejano y, al mismo tiempo, qué cercano me

parecía todo. Una avalancha de sentimientos opuestos amenazó con tomar el control de mi mente. Apreté los ojos con fuerza, respiré hondo un par de veces y me tranquilicé. Debía aprender a dejar de cuestionármelo todo una y mil veces. Las cosas entre él y yo estaban bien. Habíamos hablado y, durante el tiempo que duraban nuestras conversaciones telefónicas, siempre había estado a gusto. Debía seguir poniendo en práctica lo que tan bien me había ido en Galicia: Fluir. Aquello que, sin saberlo, estaba haciendo con otro hombre: Javier.

—María... ¿Te encuentras bien?

—Sí —me había vuelto a quedar ensimismada—. Tengo un montón de cosas en la cabeza ahora mismo.

—Entiendo...

—Voy a tener que volver a leer el manuscrito con esta nueva información que me has dado. Es posible que se me haya escapado algo —dije en un intento de llevar la conversación a un terreno menos personal.

—Perfecto.

—Te llamaré esta noche para que me cuentes que has arrasado.

—Seguro que es algo menos —añadí sonriendo de nuevo con sinceridad.

—Haz caso a los mayores que sabemos de esto. Vas a estar impresionante.

—Lo intentaré.

Después de la conversación me encontraba de mejor humor. Tal vez me hubiera dejado llevar demasiado por el entusiasmo que había vivido junto a Javier durante las últimas horas. Él tan joven, enérgico y vital. Además, jugaba en mi contra tanto la distancia como el hecho de no ser demasiado buena a la hora de captar las emociones de las personas a las que no podía mirar a los ojos. Era cierto que Carlos y yo habíamos pasado horas hablando por teléfono, pero aún me costaba comprender tanto sus sentimientos como los míos. Mientras caminaba de regreso al hotel me convencí de que ambos necesitábamos que el tiempo corriera a nuestro favor. Al menos teníamos un buen punto de partida: Lo que sentíamos y la honestidad con la que siempre nos habíamos expresado.

Capítulo 28

Me encontré con Javier en la puerta del hotel. Estaba tan guapo como de siempre. Vestido con unos vaqueros, una sudadera de Harvard y unas zapatillas de deporte, parecía dispuesto a disfrutar de su día libre.

—Te estaba buscando —dijo en cuanto me vio—. No he pegado ojo. Menuda historia la de esa amiga tuya.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Tenía un aspecto estupendo, fresco y digno de haber dormido sus buenas ocho horas. Desde luego, no era la imagen del insomne ni de alguien consumido por haber pasado la madrugada en vela.

—Para nada. Me he leído el tocho ese al menos tres veces y, cuantas más páginas pasaba, más me convencía de que aquí hay toda una vida atrapada.

—¿A qué te refieres?

—¿Has desayunado?

—No

—Pues te invito. Estas cosas se ven mejor con el estómago lleno —alargó la mano y, con un gesto muy caballeroso, me invitó a pasar al interior del hotel.

—¿A dónde vamos?

—Te lo acabo de decir. A llenar el buche.

—Pero has dicho que me invitabas tú —dije mirándolo con expresión de falsa ofensa.

—Ya pagaré las copas esta noche.

—De eso nada. El alcohol entre nosotros ha terminado.

—Porque tú lo digas...

—Exacto. Al menos hasta que volvamos a Barcelona se han terminado los festivales de vino, *gin-tonics* y cualquier cosa que tenga más de dos grados.

—Vas a convertir este viaje en un infierno.

—Seguro que hallamos la forma de darle la vuelta. Pero ya hablaremos de eso después. Me muero de hambre.

—Una tortilla francesa, dos molletes, una cantidad indecente de jamón serrano y tres cafés después, estaba en situación de escuchar su teoría.

—¿Podrás mantener la atención después de este festival? —dijo burlón—. Tengo entendido que, tras una comilona, a las señoras mayores les entra el

sueño.

—Vete a la mierda —respondí sin poder controlar la risa—. Algún día comprenderás que lo mejor empieza después de los cuarenta.

—Ardo en deseos, sí.

—Bueno, ¿me vas a dar tu opinión o prefieres que me vaya a trabajar? — porque era precisamente el plan que tenía para el resto de la mañana?

—Creo que lo que se cuenta es real.

—¿Qué parte?

—Todo.

—¿Podrías ser un poco más específico?

No es que fuera incapaz de entenderle. Más bien lo que pretendía era averiguar a qué conclusiones había llegado sin estar condicionado por las mías.

—Aquí va mi teoría. Creo que la autora de ese manuscrito y tu amiga gallega tuvieron un lío de cojones. Quiero decir...

—Que estuvieron juntas.

—Sí y no haciendo punto de media precisamente.

—Continúa —dije bastante sorprendida por la seguridad con la que exponía sus argumentos.

—Estoy seguro de que son personas distintas. Lina no es la autora de la novela, sino que lo es Sarah. Una pena que no hubiera internet en la época porque ahora tendríamos todo tipo de detalles e imágenes sobre ella. Así de románticas eran las cosas antes. Un autor de éxito podía vivir por completo en el anonimato.

—¿Por qué crees que no son la misma persona?

—Por lo poco que me has contado de la gallega, no la veo con la pasión necesaria para escribir una historia como esa. La novela está narrada con una intensidad que te atraviesa y te atrapa a partes iguales. Es un canto al amor, a la libertad y también a una realidad de la que ninguna de las dos pudo o quiso escapar. De la misma forma que los protagonistas de la historia, creo que esas dos mujeres se amaron con auténtica devoción. Es posible que, en el presente, aun lo hagan. Eso sí, las dos fueron víctimas de la sociedad, de su tiempo y de los convencionalismos que a ambas las rodeaban.

—No veo yo a Lina ni sumisa ni muy preocupada por acatar las normas.

—Claro. La has conocido jubilada y sin nada que perder. Probablemente a estas alturas esté más que de vuelta de todo. Seguramente su vida no siempre fue así. Era una persona respetada, profesora universitaria en una ciudad

relativamente pequeña. Vivía en esa España del qué dirán, de la mujer del César no tiene que ser honrada, sino que también lo debe aparentar. ¿Crees que estaba en condiciones no ya de aceptar su condición sexual, sino de vivirla abiertamente?

—Supongo que no.

—¿Saldrías tú del armario ahora mismo si esa fuera tu situación personal?

Me quedé en silencio tratando de buscar la respuesta más sincera posible. Yo siempre había dado a las emociones un papel más secundario en mi vida. Basaba mi existencia en valores que, correctos o no, me habían servido para crecer como persona. La fidelidad, la honradez, la sensatez, la discreción, no salirme nunca del guion establecido... Acertados o no los había llevado hasta la última consecuencia durante mi vida adulta. Era cierto que la sociedad había cambiado. Afortunadamente el hecho de ser homosexual, al menos en teoría, ya no suponía un drama social. Otra cosa era la realidad que se veía en la prensa a diario donde, a pesar de las libertades, el acceso al conocimiento y la educación en la igualdad, seguían existiendo personas (más de las deseables) que perseguían a otras por con quién decidían dormir. La respuesta se dibujó con claridad en mi mente. Probablemente, de darse la circunstancia no tendría el valor para vivir abiertamente una relación con otra mujer. Y si yo en una sociedad teóricamente más avanzada no era capaz de hacerlo, por qué no pensar que Lina había escogido la misma opción.

—¿Y bien?

—No. Creo que no me la jugaría.

—Entonces estoy en lo cierto.

—Bueno esa es la lectura que tú has hecho del manuscrito y es posible que sea la correcta. Aunque no lo sabemos con certeza.

—Creo que Sarah y Lina tuvieron ocasión de vivir su historia de amor. Y estoy casi convencido de que algo o alguien las separó para siempre.

—Acabas de explicar la razón...

—Dudo que fuera la presión social. Me inclino más a pensar que existía alguien más. Tal vez un marido al que no se podía abandonar, unos hijos, una vida diferente en otro lugar...

Fue entonces cuando me acordé de lo que me había contado Carlos esa misma mañana. La presencia del americano en las calles de Naia un verano mucho tiempo atrás. Durante unos minutos dudé sobre si debía compartir esa información con Javier o esperar a que desde Galicia me llegara algo más de

información. Al final opté por la segunda. Esperaría a saber quién era el misterioso extranjero y si tenía alguna relación con alguna de estas dos mujeres.

—Tienes que escribir esa historia, María —dijo Javier con la emoción propia de un niño pequeño.

—Te recuerdo que ese manuscrito ya está escrito. Si tal y como afirmas, se trata todo de una metáfora, es evidente que la autora ya explicó su gran historia de amor.

—No, esa ya no da para más. Tú tienes que escribir la auténtica.

—¿Y esa cuál es?

—La de qué pasó después del “fueron felices y comieron perdices”.

—Hombre si tu teoría es cierta, mucha felicidad no hay ahí.

—Pero el manuscrito acaba bien. Ella lucha por el amor del tipo que ha dejado en España. Se enfrenta a todos y consigue regresar junto a él algunos años después.

—Quizás ese final fuera eso.... Un deseo. O el desenlace lógico de una buena novela romántica.

—O tal vez ese final era un mensaje que solo Lina podía descifrar. Un último deseo de la que fuera la persona más importante de su vida. Una especie de “si tú me dices ven, lo dejo todo”.

—Es posible.

No sabía si la teoría de Javier era cierta o no. Lo que sí que tenía que reconocer es que, de serlo, explicaría a la perfección esa melancolía que yo siempre había apreciado en Lina. Su sabiduría, esa sensación que me provocaba hablar con ella, como si estuviera frente a una mujer que no solo había vivido mucho, sino que había sufrido también. Las conclusiones a las que él había llegado también explicarían el cariño con el que ella siempre hablaba del trabajo de Sarah y por qué tenía en su haber obras que ni siquiera se habían publicado en España. Si ambas mujeres habían mantenido una relación tan estrecha, era más que normal que ella siguiera enamorada de la que podía haber sido la época más feliz de su vida. Mi mente comenzó a trabajar a toda velocidad en un intento por unir todos los puntos de una trama que comenzaba a cobrar cierta lógica.

—¿En qué piensas?

—Si tienes razón, voy a tener que volver a Galicia en breve.

—Iré contigo. ¡Esto no me lo perdería por nada del mundo!

Lo miré a los ojos y supe que hablaba en serio. Al mismo tiempo tenía

claro que, en el caso de regresar a tierras gallegas con el objetivo de desentrañar el pasado de Lina, debía hacerlo sola. Desconocía la razón concreta. Sí, sentía que mi vida estaba vinculada a la suya de un modo que no alcanzaba a comprender. Era consciente de nuestras diferencias. Ella tan centrada, equilibrada y con esa vida interior por la que tan atraída me había sentido desde el principio. Yo, con esa tibieza tan mía con la que caminaba por la vida, esas eternas dudas que no era capaz de resolver. En definitiva, la tibieza con la que me había enfrentado a la madurez. A pesar de todo estaba convencida de que existía un vínculo entre nosotras. Y ahora empezaba a encontrar el valor para ser capaz de averiguar cuál.

A medida que transcurrían los días, Elena se sentía un poco más débil y agotada. Hacía algunas semanas que era consciente de que la única fuerza que la impulsaba a seguir adelante era la de su mente. Apenas conseguía dormir un par de horas seguidas y, a pesar de sus intentos por tranquilizarse, la sensación de que su tiempo se terminaba se acrecentaba. Al menos estaba satisfecha con una parte de ella. La que había comenzado a hacer examen de conciencia y la que le había movido a buscar a María. A enfrentarse a la verdad y, tal vez, al rechazo. A pesar de lo poco que le gustaba, era una opción que no debía descartar. La mujer que recordaba no era rencorosa y siempre hacía gala de una enorme empatía. También sabía que, habían transcurrido meses desde la última vez que había estado con ella y todavía recordaba que sus encuentros no habían sido del todo agradables. Entonces Elena estaba llena de celos y de rabia por la necesidad de tener a Gonzalo con ella. Su mejor amiga era el único obstáculo que le quedaba por salvar. Al menos así lo creyó. Ahora sabía lo equivocada que estaba. Él nunca tuvo intención de compartir nada con ella más allá de la sórdida aventura a la que ambos se habían entregado sin pensar en nada más.

Un escalofrío recorrió toda su espalda y se abrochó la chaqueta de lana que llevaba. La primavera se respiraba en el ambiente, pero para Elena la sensación térmica era la misma que la del mes de enero. Por mucho que se abrigara no conseguía entrar en calor. Durante los últimos días se había acostumbrado a dar largos paseos por la playa. Conducía hasta la costa del Garraf y aparcaba cada vez en lugares más apartados. Era consciente del

riesgo que asumía. Nadie sabía dónde se encontraba y, en el caso de que le pasara algo, no sabía si tendría tiempo de llegar al hospital más cercano. Aún así, estas caminatas en completa soledad y con el sonido del mar de fondo la ayudaban a pensar. Se sentía desconcertada. Había ido en dos ocasiones más a casa de María y había llamado a la puerta. Nadie había respondido. En ambos momentos pensó que no volvería a encontrar el valor para enfrentarse a ella. Después, pasadas unas horas, hallaba la excusa perfecta para mantener la conversación que había planificado al detalle en su mente.

¿Por qué era tan importante? Esta también era una cuestión sobre la que había reflexionado largo y tendido. No se merecía un nuevo comienzo. Estaba convencida de ello. Había hecho demasiado daño a muchas personas durante su vida adulta. ¡Qué cierto era aquello de querer enderezar las cosas cuando se le ven las orejas al lobo! Sabía que la única posibilidad que tenía de que la que había sido su mejor amiga la perdonara era sincerarse con ella. Eso la rompería por dentro porque, una cosa era pensar en cómo se había comportado y, otra muy distinta, verbalizarla. Relatar uno por uno los errores que había cometido, las acciones que había realizado a sabiendas de que iba a destruir a otra persona, lo harían todo mucho más real. Y si a algo le temía Elena era al presente. A un día a día que se sentía que se le escapaba de las manos.

Casi de forma automática encaminó sus pasos en dirección a un pequeño café que había en el otro extremo de la playa. Era uno de los poquísimos chiringuitos que permanecían abiertos durante todo el año. La presencia en la zona de turistas extranjeros había llevado a sus dueños a adoptar la decisión de no cerrar cuando comenzara el frío. La primera vez que estuvo allí, se sorprendió por el ambiente veraniego que se respiraba en él. Holandeses y, sobre todo ingleses, llenaban el local cada mañana vestidos con pantalones cortos y chanclas. Ella, que no conseguía quitarse el helor que recorría su interior, los miraba con una mezcla de diversión e incompreensión. En cuanto se sentó en una mesa junto a la ventana pidió un café cargado. Necesitaba mitigar el dolor de cabeza que la perseguía desde hacía días y, aunque sabía que no debía abusar de la cafeína dado su estado y la enfermedad que padecía, era imprescindible que pudiera pensar con claridad. Sintió también la necesidad de comer algo, de modo que consultó la carta. Hacía tiempo que no se regalaba un *brunch* y la opción de unos huevos rancheros se le antojaron deliciosos. Mientras esperaba a que le sirvieran todo cogió uno de los periódicos del día que sabía que circulaban por allí.

Antes de empezar la lectura dirigió una rápida mirada al mar. Unas nubes

negras habían aparecido en el horizonte. Unas que, sin lugar a duda, presagiaban tormenta. La brisa fresca que había soplado hasta hacía escasos minutos había ganado fuerza. El mar comenzaba a mostrar un aspecto mucho más bravo. El suave oleaje había dejado paso a un mar cada vez más enfurecido que le comía terreno a la arena con cada vaivén. Un escalofrío más intenso volvió a recorrer su cuerpo y supo que la tormenta que comenzaba a fraguarse en el exterior era un fiel reflejo de lo que estaba a punto de suceder. Nunca había creído en las premoniciones. Sabía que algo importante estaba a punto de suceder. Una taza de café humeante apareció frente a ella. Alargó la mano y respiró hondo. El aroma la transportó a otro momento de su vida no muy lejano en el tiempo. A uno en el que creía que lo tenía todo bajo control y el futuro se dibujaba prometedor frente a ella. Ahora todo había cambiado. Una vida crecía en su interior. Una parte de ella estaba convencida de que no tenía futuro mientras que la otra luchaba contrarreloj para dejarlo todo en orden. No importaba lo que tuviera que hacer o hasta dónde debiera llegar. Lo esencial era encontrar el modo de llevar a cabo el plan que había trazado en su interior.

Después de un par de sorbos, el café comenzó a obrar el efecto milagroso en su cuerpo. Sintió cómo la energía y la vida regresaban de nuevo a ella. Abrió el primero de los periódicos y se concentró en la lectura. Tras una hora de desconexión con todo lo que sucedía a su alrededor y de haber comido con apetito por primera vez en meses, Elena estaba a punto de dar por finalizado su momento de relax. Pasó la página y el corazón le dio un vuelco. Allí, a cinco columnas y a todo color estaba María. Se la veía más feliz de lo que la recordaba y, algo que le sorprendió bastante, mucho más joven. Tenía un brillo especial en la mirada. Algo que Elena no recordaba haber visto con anterioridad. Su primer pensamiento fue negativo. Tal vez la muerte de Gonzalo hubiera sido una liberación para ella. Quizás esa imagen serena y de esposa entregada que siempre había proyectado era, en realidad, una mentira. A lo mejor había sido capaz de desempeñar un papel durante años porque le convenía de cara a posicionarse en su profesión. Al fin y al cabo, eso era lo que María vendía: Historias de amor y finales felices.

En cuanto se dio cuenta de la dirección que tomaban sus pensamientos se reprendió. Había tomado la decisión de enmendar las cosas. Aún así, se le hizo un nudo en el estómago que le impedía respirar con normalidad. Permaneció prácticamente inmóvil durante un buen rato sin poder apartar los ojos de los de María. Tan absorta estaba en las emociones contradictorias que

la invadían que tardó un buen rato en darse cuenta de que junto a su amiga aparecía otra persona más. Un chico joven, moreno y muy atractivo. ¿Sería él la causa de la felicidad y la serenidad que se apreciaba en su rostro? ¿Era posible que precisamente ella, una mujer que había defendido a capa y espada las relaciones estables, hubiera encontrado ya un sustituto para Gonzalo? Lo primero que tenía que hacer para salir de dudas era leer el artículo a toda página y que, sin duda alguna, era el reflejo del éxito que había alcanzado María. Nunca hasta entonces un medio de comunicación le había prestado tanta atención a su trabajo. Antes de comenzar con la lectura sintió una punzada de envidia. Una emoción que quedó prácticamente relegada en cuanto notó cómo se movía su hija en su interior. Tenía la sensación de que esta pequeña vida le hablaba con esos pequeños gestos. Decidió que no estaba siendo justa con María y que debía trabajar aún más para mitigar los celos que todavía sentía con respecto a ella. Si quería reconciliarse con la vida, ser capaz de superar lo que la estaba destrozando por dentro. Se dio cuenta de todo el trabajo que todavía le quedaba por realizar. Solo había un problema: El tiempo se le acababa.

Con dedos temblorosos comenzó a leer el reportaje del diario. Gracias a él pudo descubrir muchos detalles de los últimos meses. Sabía leer entrelíneas lo suficiente como para darse cuenta de que también había sufrido y, al igual que ella, se había sentido tremendamente sola.

Cuando terminó de leer todo el artículo sintió cierta alegría por su ex amiga. Lo había conseguido. Había llegado a lo más alto en el panorama literario. Prueba de ello era la gira de promoción que le había organizado la editorial en compañía de aquel otro autor tan bien parecido. Tendría que comprarse sus libros. No quería quedarse sin saber qué era lo que la había catapultado a la fama más allá del trabajo diario y del tesón que, aún a regañadientes, ahora le reconocía. A medida que procesaba la información, los pasos a seguir se iban dibujando en su mente con más claridad. Al principio contempló la posibilidad de esperar a que regresara. Luego, tras repasar el calendario de firmas que aparecía justo debajo de la foto, se dio cuenta de que iba a estar fuera casi dos meses. No podía esperar tanto. “Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma” murmuró mientras se aseguraba de cuál era la próxima ciudad que visitaba. Estaba prevista para dos días después, tiempo de sobra para coger fuerzas y meditar sobre la larguísima conversación que sabía que debían mantener.

Una fina lluvia había empezado a caer cuando decidió regresar a casa.

Una nueva mirada al horizonte fue suficiente para saber que no se trataba de una tormenta al uso. El cielo azul de primera hora de la mañana se había convertido en una masa oscura y espesa que amenazaba con descargar justo sobre el lugar en el que se encontraba. Apuró el paso y, en cuanto llegó al lugar en el que había aparcado el coche, entró. Pocos minutos después Elena conducía de regreso a casa con el corazón latiéndole con fuerza. Tenía por delante casi cuarenta y ocho horas, un tiempo que debía aprovechar al máximo si quería que las cosas se solucionaran en el sentido que ella necesitaba que lo hicieran.

Capítulo 29

Javier resultó ser un excelente compañero no ya solo de viaje, sino de trabajo. Fue un gran apoyo para mí durante mi firma de libros y también en el vermicelino posterior. No sabía demasiado bien la razón de los nervios que se habían alojado en la boca del estómago desde que me levanté. Había asistido a cientos de eventos como aquel. Quizás el hecho de hacerlo sola por primera vez, desde la muerte de Gonzalo, daba otro significado a las cosas. También acrecentaba mi ansiedad el ser consciente de todos los cambios que se estaban produciendo en mí. Por la noche procuraba dejar la mente en blanco y no pensar en nada que no estuviera relacionado directamente con el trabajo. Estar fuera de Barcelona facilitaba bastante las cosas. Sentía también que los días junto a Javier volaban. Incluso me estaba empezando a convencer de que estaba mostrando una parte de mí bastante nueva. Su espontaneidad, la ausencia de miedo con la que afrontaba cada pregunta o problema que se nos planteaba, así como la seguridad en sí mismo parecían haberseme contagiado. También estaba Carlos. Cada vez que hablaba con él por teléfono sentía de nuevo esa conexión que con tanta fuerza se había manifestado durante mi viaje a Galicia. Aún así, no podía dar respuesta a por qué seguía teniendo dudas con respecto a él. Fue precisamente durante la firma de ejemplares en Málaga y el vermicelino cuando me di cuenta de que el viaje me estaba alejando de él y acercando cada vez más a Javier. Tal vez, demasiado.

Hubo muchísima gente en la librería. Hacía tanto tiempo que no sentía tan cerca el cariño de la gente que no fue hasta que tuve delante a mis lectoras cuando caí en la cuenta de ello. Sus preguntas, el modo en el que se referían a los personajes y a las tramas de mis anteriores novelas, la paciencia con la que aguardaron turno en una cola que, según Javier, era “la envidia de cualquiera que aspirara a publicar e incluso de quienes lo hacían”. Se deshicieron en atenciones hacia ambos y cuando salimos de allí estábamos en una nube. Él propuso tomar una cerveza rápida y enseguida salió la bruja del norte que también habita en mí. Al principio lo miré con cierta reprobación, pero tres pucheros y dos carantoñas después estábamos sentados frente a una jarra de cerveza intentando convencernos de que aquello era todo el premio por la jornada que habíamos vivido. Y fue así, aunque no del todo. Al final cayeron dos jarras, pero porque la conversación derivó hacia un tema que nos

unía y tenía bastante sentido que lo hiciera. El manuscrito de Lina era un caramelo tanto para un autor que disfrutaba desentrañando intrigas y misterios, como para otra a la que le apasionaban las historias reales con finales felices. Cuando llegamos al hotel, los dos seguíamos barajando todo tipo de hipótesis con respecto a la novela y la realidad que se ocultaba tras él. Casi a punto de despedirnos él me hizo prometer que leería de nuevo el manuscrito desde la perspectiva que él me planteaba y fijándome en todos los detalles que la primera lectura no me había permitido. Cuando me metí en la cama me sentía agotada y feliz, una sensación que reconocí haber echado bastante de menos y que me prometí no volver a desterrar de mi vida durante tanto tiempo. Cerré los ojos e intenté dormir. No lo conseguí. Las palabras de Javier sonaban con fuerza en mi mente y apenas diez minutos después de apagar la luz, la volví a encender. Me levanté y fui a por el manuscrito. Sabía que no podría descansar hasta que lo volviera a leer. Estaba casi amaneciendo cuando finalicé la lectura y, tal y como mi compañero me había asegurado, un montón de pistas nuevas y de realidades se habían abierto paso en mi mente.

Ya no entendía la novela como una simple relación entre un hombre y una mujer. A lo largo de la novela había frases e incluso diálogos enteros que parecían muy personales y tener también un destinatario concreto. Tal vez Javier no estuviera tan desencaminado y detrás de una intensa, aunque convencional historia de amor, se escondieran emociones más profundas y realidades mucho más complejas. Como sabía que me iba a costar conciliar el sueño después de aquello abrí el portátil y comencé a teclear. Hice una lista de todos los elementos nuevos que había encontrado en el manuscrito. La intensidad de los sentimientos, la tristeza y los reproches que estaban presentes en muchas de las conversaciones que mantenían los personajes principales. Tampoco podía dejar de pensar en la dedicatoria tan peculiar que había al principio de la novela y el lugar desde el que se había escrito: Cornualles.

Recordé entonces una de mis conversaciones con Carlos sobre Sarah Kennedy. Él había afirmado con rotundidad que Sarah Kennedy no era el verdadero nombre de la autora. No es que existieran documentos que lo demostraran de forma fehaciente. Se basaba en lo que le había oído contar siempre a su padre, quien ofrecía siempre la misma versión cada vez que salía a la luz esta historia. La mujer a la que yo admiraba podría haber sido en realidad una escritora española que había salido del país bastante joven y quien había decidido que un apellido extranjero fuera mucho más exótico y

comercial a la hora de vender libros en nuestro país. Mientras tecleaba todos los pensamientos que cruzaban por mi mente me di cuenta de una cosa. Era obvio que el padre de Carlos podía ofrecernos muchísima más información de la que en un principio los dos habíamos pensado. Ahora estaba clarísimo que la obra era de carácter personal, tenía que hacer todo lo posible para que aquel hombre hablara, si no conmigo, al menos sí con su hijo. Recordé entonces la conversación que habíamos mantenido días atrás y en las que me había comentado cómo su padre se había mantenido un tanto esquivo a la hora de facilitar más información sobre la autora. Solo esperaba que Carlos pudiera obtener más detalles sobre el misterioso americano y su relación con Lina. Anoté también ponerle al día sobre las nuevas pistas que había descubierto en cuanto tuviera ocasión de conversar con él.

Sevilla nos recibió con aroma a primavera y unas calles llenas de vida. En cuanto salimos de la estación los dos nos dejamos llevar por la emoción que se respiraba en cada rincón. Volvimos a triunfar en un evento en el que la afluencia de público superó todas las expectativas. Durante más de cinco horas los dos hicimos lo posible por atender a todas las personas que nos quisieron dedicar parte de su tiempo. Desde la librería se había organizado un pequeño ágape que acogimos entusiasmados. Por mi parte hice todo lo posible por mantenerme alejada del alcohol. De hecho, en una de las poquísimas ocasiones en las que me quedé a solas sonreí al pensar que existía la posibilidad de que necesitáramos terapia cuando la gira finalizara. No es que me tomara de una forma trivial el tema de las adicciones. Al contrario. Yo misma había sido testigo de algunas de ellas a lo largo de mi vida. Compañeros de trabajo e incluso familiares que habían luchado contra las drogas o la comida. Era solo que la idea de verme sentada junto a él en una reunión de terapia de grupo me pareció gracioso e interesante al mismo tiempo. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué se ocultaba en el interior de la mente de mi compañero de viaje.

Pasadas las doce de la noche se dio por finalizado el evento, momento que nosotros aprovechamos para disculparnos y salir al fresco de la madrugada sevillana. Estábamos ebrios, pero de emociones. Lucíamos el mismo brillo en la mirada. El de la satisfacción; el de la recompensa al esfuerzo de tantos meses. Ese que solo se encuentra cuando miras directamente al rostro de quienes han dedicado una parte de su tiempo a leer tus historias.

Por supuesto, ninguno tenía ganas de irse al hotel y, aunque hubiera sido lo más sensato, si algo habíamos demostrado Javier y yo cuando estábamos

juntos era que el sentido común no era nuestro fuerte. Echamos a andar y vi que no estábamos demasiado lejos del Paseo Colón. Desde que habíamos llegado a la capital hispalense, él había insistido mucho en ver el Guadalquivir. En ningún momento quiso decirme por qué. Pensé entonces que podíamos matar dos pájaros de un tiro. Él vería el río y luego podríamos perdernos un rato en alguno de los estupendos bares de copas que recordaba que había allí. El cielo estaba despejado y una luna creciente había hecho acto de presencia justo en el mismo instante en el que nuestros ojos se encontraron con el agua. Miré a Javier de reojo y me di cuenta de que sonreía de forma misteriosa.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—No puedo decírtelo. Tendría que matarte después.

—Correré el riesgo —respondí mientras arqueé una ceja y puse los ojos en blanco.

—¿Alguna vez has basado toda una novela en un lugar en el que jamás has estado?

—¿Te refieres a la trama entera?

—Sí

—Creo que no. ¿Por qué?

—La acción de una de mis primeras novelas transcurre aquí. De hecho, el asesinato en el que se basa toda la historia es aquí mismo... En el Guadalquivir.

—¡Bendito Google Maps! —dije mirándolo con ternura.

—Ya te digo.

—¿Y es como lo esperabas?

—No. Aquí hay una magia que nunca hubiera podido describir en aquella novela.

—¿Por qué?

—Hay cosas que necesitas ver y sentir para poder hablar de ellas. Ahora sé qué color tiene el río en una noche despejada, con la luna asomando y al lado de una mujer preciosa.

No había ningún ápice de burla en el tono de su voz. Ni siquiera estaba presente su sarcasmo habitual. El piropo que acababa de dirigirme era absolutamente sincero y, precisamente por eso me ruboricé como una adolescente. Me acordé entonces de otra madrugada, a cientos de kilómetros de allí. También había agua y luna, solo que el hombre era distinto. La primera pregunta que me asaltó en cuanto pude pensar con cierta claridad fue: “¿Qué

les pasa últimamente a los hombres conmigo?”. La segunda y mucho más importante: “¿Por qué llevaba tanto tiempo perdiéndome momentos así?”. De haber estado sola me habría pasado el resto de la velada dándole vueltas al asunto. No era el momento. Javier se había acercado tanto que casi podía respirar su aliento.

Siempre había sido de la opinión de que no era conveniente mezclar negocios y placer. Y, mientras mis ojos se quedaban fijos en sus labios, la emoción que corría por mi interior me gritaba que lo besara, la última neurona con sensatez de mi cerebro me obligó a permanecer inmóvil. Javier, que siempre había sido muy intuitivo con respecto a mis emociones, captó el mensaje y, con la misma naturalidad con la que se había acercado, se separó.

—¿Te apetece una copa? —dijo con una sincera sonrisa tras la que suponía que escondía parte de la decepción que nos invadía a ambos.

—Creo que deberíamos plantearnos seriamente nuestra relación con los bares...

—Mañana en cuanto nos levantemos haremos propósito de enmienda y urdiremos un plan infalible para no volver a beber hasta que esto acabe.

—Te recuerdo que se supone que eso ya lo habíamos decidido en Málaga —añadí sin poder contener la risa.

—Eso es pasado. Vivamos esta noche. Mañana ya volveremos a ser adultos y responsables.

Sus palabras fueron música para mis oídos. No es que necesitara su permiso para dar rienda suelta a esa parte más atrevida de mí y que había tardado cuarenta años en descubrir, pero el hecho de que él estuviera tan dispuesto a no plantearse nada más durante unas horas me dio alas, tantas que alargué la mano, cogí la suya y así, con los dedos entrelazados echamos a andar. Los pubs y las terrazas de la zona estaban a reventar. Sonreí al darme cuenta de que se me había olvidado cómo sabían aprovechar la vida en el sur, el modo en el que conseguían que algo tan simple como tomar una caña fuera divertido e inolvidable. No conseguimos llegar al lugar al que yo quería ir porque la música de los años ochenta que salía del interior de uno de ellos nos atrapó. Con solo una mirada los dos supimos que era allí donde queríamos estar. Javier se fue abriendo paso entre la multitud e incluso utilizó su perfecta sonrisa y modales de galán trasnochado para hacerse con un hueco al final de la barra. Mientras él pedía las copas, yo me quedé fascinada con el ambiente que se respiraba allí. Creo que en aquel momento fui consciente, al ver a personas de mi misma edad reír y bailar sin problema, de que hacía tiempo

que se me había olvidado cómo divertirme.

—Anda vamos a brindar —dijo Javier mientras me tendía un *gin-tonic* con trocitos de fresa en su interior.

—¿Qué se supone que es esto?

—Lo que me han dicho que beben las tías buenas por aquí —respondió guiñándome un ojo.

—Anda déjate de zalamerías y espero por tu bien que esto no se me suba a la cabeza.

—¿O qué?

—Ya lo verás —añadí al tiempo que tendí la mano y cogí la copa.

—Porque podamos seguir compartiendo el éxito —su voz sonó más grave de lo habitual y el verde de sus ojos había adquirido un tono más intenso.

—Que lo que estamos viviendo no se nos suba a la cabeza —añadí más para mí misma que para él.

Los dos llevamos la copa a los labios y dimos un largo trago. Después nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos. No tenía ni idea de lo que decían los míos. En los suyos pude leer con claridad emociones que me atraían y me asustaban al mismo tiempo.

—¿Crees que el ego es malo? —dijo rompiendo así la dirección poco sensata que habían cogido mis pensamientos.

—No si se sabe gestionar. Todos tenemos orgullo y ese punto que tan bien nos sienta cuando somos capaces de reconocer nuestros méritos o, como en este caso, el fruto de meses de trabajo y esfuerzo. El problema creo que se produce cuando te empiezan a regalar demasiado los oídos y te lo crees.

—O cuando llegas a la conclusión de que ya lo sabes todo.

—Si algún día opino así espero haber cumplido al menos los ochenta.

—Ahora dime que nunca has experimentado la sensación de estar de vuelta de todo...

—Sí, pero eso no significa que crea que no me queda nada por aprender. Hay cientos de autores a los que no he leído, miles de novelas en las que seguro encuentro otras formas de escribir, clásicos a los que me encantaría releer... —Mientras hablaba me di cuenta de que Javier comenzaba a sonreír —. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Que nunca dejas de trabajar.

—¿No era de nuestra profesión de lo que hablábamos?

—En realidad el tema era el amor propio, el orgullo, esa emoción que te lleva a sentirte especial.

—Si te conoces a ti mismo y has visto un poco de mundo sabes que no lo eres. Es cierto que cada uno de nosotros tenemos habilidades o aspectos en los que destacamos de un modo u otro. Eso no nos convierte en especiales para nada. Sí en distintos.

—Yo sí creo que eres especial.

Allí estaba de nuevo metiendo la directa y haciendo saltar todo por los aires con su sinceridad. No sé si fue porque la ginebra comenzaba a hacer efecto en mi cuerpo, porque ya había hecho una importante labor de autocontrol junto al Guadalquivir o porque sonaba un temazo de Madonna, la cuestión es que me acerqué a él y le planté un beso en los labios. Si le sorprendió este gesto por mi parte, no lo mostró. Más bien todo lo contrario porque, apenas unos segundos después, estábamos pegados el uno al otro sin poder dejar de besarnos. No tenía ni la más mínima idea de por qué me estaba comportando de ese modo. Que entre los dos existía cierta atracción desde el mismo instante en el que nos conocimos, era evidente. Las emociones de las últimas semanas me habían desbordado y situado en un estado de aprovechar el presente así constante. Estaba borracha de éxito, de ganas y de libertad.

Noté su mano deslizándose sobre mi espalda mientras probaba el sabor de sus labios, su boca y su lengua. Nuestras respiraciones agitadas, la mezcla de calidez y humedad que percibía en su interior y su cuerpo musculado pegado al mío, no fueron más que la llama inicial que prendió el resto. No hablamos mucho y, en las escasas ocasiones en las que conseguíamos separarnos, solo era para dar un sorbo a nuestras respectivas copas, bailar muy juntos o seguir besándonos. Probablemente nos estábamos comportando como adolescentes o tal vez como personas adultas con un calentón de mil narices. No me importó. Estaba lejos de todo y de todos, en una ciudad en la que había empezado a ser consciente de la ausencia de libertad con la que había vivido hasta entonces. Era cierto que, durante mi estancia en Galicia, ese sentimiento había comenzado a aflorar, pero no había sido hasta el inicio de esta aventura en compañía de Javier cuando había tomado conciencia de ello.

Las canciones se sucedieron una tras otra y bailamos. Descubrí que, a pesar de ser mucho más joven, las conocía todas. Anoté mentalmente preguntarle a qué se debía esa fascinación por la música de los ochenta para cuando ambos tuviéramos cierta capacidad para pensar y conversar. Entre tema y tema, volvimos a besarnos, a tocarnos y a dejar más que claras nuestras intenciones. Poco antes de las cinco de la mañana las luces del pub

comenzaron a encenderse. Había llegado el momento de buscar otro lugar. Seguimos sin hablar ni hacer alusión a lo que estaba sucediendo. En cuanto salimos a la calle, entrelazamos nuestras manos y decidimos ir andando hasta el hotel. Un trayecto de apenas quince minutos a pie se convirtió en casi una hora. Éramos incapaces de mantener las manos alejadas del cuerpo del otro. Cuando no era Javier quien se detenía en una esquina para besarme o acariciarme, era yo quien posaba los brazos alrededor de su cuello y lo saboreaba recreándome en cada centímetro de su boca. Notaba el pulso golpeando con fuerza en las sienes, la respiración tan agitada que incluso se podía ver cómo mi pecho subía y bajaba cada vez más rápido. Sentía ese hormigueo tan familiar entre mis muslos y, lejos de plantearme o preguntarme nada como era tan habitual en mí, me limité a dejarme llevar. Me sabía más viva que nunca y no estaba dispuesta a perderme una experiencia como aquella por practicar el que ya consideraba mi deporte favorito: Comerme la cabeza.

Llegamos al hotel. fuimos directos a su habitación porque era la primera y en el ascensor prácticamente nos habíamos arrancado la mitad de la ropa. En cuanto se cerró la puerta, Javier empujó con suavidad mi cuerpo contra la pared y dejó caer el peso del suyo sobre el mío. Sentirlo tan cerca y, al mismo tiempo, tan dentro provocó que se me erizara la piel y que se me escapara un intenso gemido. Sus manos se deslizaron sobre mi espalda y terminaron apretando mis nalgas en un avance de lo que estaba por venir. Yo apenas tenía lucidez para acariciar su torso y pelearme con la hebilla del cinturón.

—Podría follarte aquí mismo...

—Eso estaría bien —me oí decir desde la lejanía. Porque ni reconocí aquella voz, ni a la mujer que pronunciaba esas palabras con voz tan sensual.

—Deseaba hacer esto desde la primera vez que te vi.

No me dio tiempo a añadir nada más porque él me besó de nuevo con una intensidad que acabó con el poco autocontrol que me quedaba. No sé cuánto tiempo pasó hasta que nos separamos de nuevo y, al hacerlo, me cogió de la mano y tiró de mí en dirección a la cama. Me dejé caer y él se tumbó sobre mí. Poco a poco nos fuimos desprendiendo de las pocas prendas de ropa que todavía llevábamos puestas. Por la ventana se colaba la luz suficiente que me permitió admirar su cuerpo joven y perfecto. Por suerte, fui capaz de olvidarme de los mil complejos que siempre había tenido con respecto al mío y también del hecho de que, para un tipo acostumbrado a chicas de veinte años, tal vez notara que mi piel comenzaba a perder suavidad y que, partes de mí que antaño habían estado firmes y tersas, comenzaban a notar el paso del

tiempo.

—Eres preciosa —dijo justo en el instante en el comenzaba a sentirme insegura.

—Esa frase debe funcionar con todas... —respondí sin apartar los ojos de los suyos.

—Nunca he necesitado que me funcionara nada y eso no hace menos cierto el hecho de que seas preciosa.

Por suerte para mí, la semi penumbra en la que nos encontrábamos era más que suficiente para ocultar cómo me había ruborizado. Acerqué mi mano a su nuca y atraje su boca de nuevo a la mía. Necesitaba sentir, sentirlo, sentirnos. Ser capaz por primera vez en mucho tiempo de escuchar solo a los deseos de mi cuerpo y dejar de racionalizarlo todo. Él me besó con una mezcla de pasión y ternura que me conmovió. Desconecté de todo y me rendí al placer que me estaba proporcionando. Noté su lengua deslizándose por mi garganta, acariciando mi pecho, serpenteando sobre mi vientre. Cuando se acomodó entre mis muslos me invadió una mezcla de necesidad y pudor que no pude disimular. Javier levantó la cabeza y me miró con tanta intensidad que capté el mensaje a la primera. Todo estaba bien entre nosotros y yo debía de empezar a saborear de una vez por todas la libertad imploraba mi cuerpo.

Sentí la humedad de su lengua sobre mi sexo y perdí la noción del tiempo, del espacio e incluso de mi propia existencia. Me abandoné al placer y a las emociones como no recordaba haberlo hecho antes. Javier no solo era experto en cuanto a la técnica, sino que por el modo en el que le oía suspirar comprendí que también era un auténtico fan del placer ajeno. Apreté los ojos con fuerza y me dejé llevar por el ritmo que impusieron sus labios, su lengua y sus dedos. Me deshice en su boca mientras mi cuerpo era arrastrado por un orgasmo tras otro. Cada vez que pensaba que era el final, me sorprendía encontrando las ganas de más. La última oleada de placer me sacudió con tanta fuerza que me quedé completamente desmadejada sobre la cama y con un único objetivo en mente: Poder respirar.

Poco después noté cómo él se acomodaba a mi lado y me abrazaba. Una parte de mí quería ser justa con él, necesitaba devolverle al menos una parte de lo que me acababa de ofrecer. Javier me abrazó y me atrajo hacia su cuerpo con ternura. Tanta que incluso noté brotar las primeras lágrimas.

—Todo está bien —murmuró tan cerca de mi oído que, a pesar de mi incapacidad para poder gestionar ninguna emoción más, me estremecí.

—¿Y tú? —conseguí articular no sin poco esfuerzo.

—Yo estoy bien. Tengo todo lo que quiero.

No pude añadir nada más. Los párpados comenzaron a pesarme y la sensación de bienestar me arrastró a un profundo sueño. Por primera vez en mucho tiempo no soñé con nada. Tampoco me asaltaron las preocupaciones a las que solía entregarme en mis noches de insomnio. Durante aquellas horas perdida entre sus brazos solo hubo silencio y paz.

Capítulo 30

Se me había olvidado cómo era despertar en brazos de un hombre y, todavía más, entre los de uno con poco más de treinta años. Apenas había podido abrir los ojos cuando noté los labios de Javier sobre los míos. Me besó con una mezcla de ternura y necesidad que me encendió. Volví a no cuestionarme nada. Con él todo era muy fácil. Solo tenía que insinuar lo que deseaba con un leve gesto y satisfacía mis necesidades. Durante toda la mañana y parte de la tarde nos abandonamos a un sexo magnífico no exento de ternura, morbo y sentimientos pronunciados en voz alta. Comenzaba a anochecer cuando nuestros cuerpos comenzaron a suplicarnos alimento y un descanso.

—No deberíamos irnos de Sevilla sin tapear un poco por el centro y pasear —dije en cuanto el sonido de nuestros estómagos se hizo casi constante.

—Es que no quiero salir de aquí —respondió abrazándome con fuerza y besándome en el cuello provocando que la piel se me erizara.

—Pero tenemos que hacerlo o nos encontrarán deshidratados dentro de unas pocas horas.

—¡O muertos!

—Admito que esta no es una mala forma de morir, pero me gustaría disfrutar de la vida un poquito más.

Después de decir esto, le dirigí una mirada cargada de intención. Su respuesta no se hizo esperar y se abalanzó de nuevo sobre mí.

—En serio Javier... tendríamos airearnos un poco. Empiezo a notarme hasta mareada.

—Eso es el vértigo de haber follado mucho y bien.

—¿Perdona?

No podía creerme lo que acababa de escuchar. No es que a estas alturas de la película me sorprendieran sus expresiones ni su espontaneidad. La cuestión era que nunca había tenido el placer de oír una afirmación así en vivo y en directo.

—El sexo no es bueno si después no te tiemblan las piernas.

Aunque lo intenté, no pude contener las carcajadas. Javier se había sentado sobre la cama y me miraba con el mismo gesto que Stallone en

“Rambo”.

—¿Has dejado de sentir las piernas, cari?

—¿Cómo me has llamado?

—¿Prefieres churri, muñeca, palomita, cielo? —respondió con sorna.

—María ya me va bien. Y sí, aun sabiendo que te va a dar un ataque de ego, hace horas que he dejado de sentir no solo las piernas, sino también el resto del cuerpo.

No tengo ni idea de la cara que debí poner, pero unos segundos después, los dos nos reíamos tumbados sobre la cama.

—¿Estás bien para salir o prefieres que te traiga algo? —dijo en cuanto pudo dejar de reír.

—Me gustaría salir y estirar un poco el cuerpo.

—Ese que hace rato no sientes...

—El mismo —respondí mientras le guiñaba un ojo y salía de la cama en dirección al baño para darme una ducha rápida.

Mientras el agua se deslizaba sobre mi piel me recreé pensando en lo que había sucedido entre nosotros. Fui capaz de centrar mi atención en la parte lúdico-festiva. No quise plantearme nada más allá. Sabía que no nos convenía establecer una relación de otro tipo. No mientras siguiéramos de gira juntos. Lo que había sucedido era fantástico y tenía la intención de no analizarlo. Dos adultos, sexo, buen rollo y a seguir. Al día siguiente salíamos con destino a Madrid. Allí volveríamos a encontrarnos con lectores, librerías e incluso con prensa. Desde la editorial nos habían organizado una serie de entrevistas a ambos. No me apetecía racionalizar lo que estaba sucediendo entre nosotros. No al menos hasta que hubiera disfrutado en su totalidad del subidón tanto físico como emocional que llevaba.

Mientras me vestía, Javier se coló en el baño. Poco después paseábamos despreocupados y también hambrientos por las calles de Sevilla. En el hotel nos habían recomendado una taberna cercana. Ni siquiera nos planteamos buscar otro lugar. Necesitábamos comer e hidratarnos. Después de hacer una mezcla de café con leche, tostadas, pinchos y cervezas nos sentíamos bastante mejor. Al menos yo había dejado de sentirme mareada y había recuperado cierta capacidad para pensar. Miré a Javier quien estaba dando buena cuenta del enésimo montadito de pringá, algo que ya había calificado como “lo puto mejor de este sitio”, y me di cuenta de que tenía las mejillas sonrosadas. Con el pelo todavía mojado, la camiseta blanca y aquellos tejanos claros con los que se había vestido parecía todavía más joven.

—¿Qué es lo que estás mirando con tanto interés?

—A ti

—¿Y te gusta lo que ves?

—Creo que es obvio —respondí entornando un poco los ojos y rememorando algunas imágenes de las horas anteriores

—¿Cómo y cuánto te gusta?

Durante unos segundos medité la respuesta. Al final opté por la sinceridad.

—Mucho. No me arrepiento de nada de lo que ha pasado ni de lo que hemos vivido estas últimas horas.

—Pero... —Javier era lo suficientemente listo como para saber que había bastante intención en mis palabras.

—Se va a quedar así.

—¿A qué te refieres?

—No pienso analizar lo que ha sucedido entre nosotros. Me parece maravilloso esto que ha pasado y es obvio que me siento a gusto contigo.

—Y... —Empezaba a ser bastante obvio que él sí necesitaba una explicación por mi parte.

—Desde que nos conocemos has repetido hasta la saciedad la importancia de vivir el momento, de plantearse una vida sin complicaciones y eso es lo que estamos haciendo.

—¿Es lo que quieres? —dijo con lo que me pareció un ápice de decepción.

—En este momento de mi vida sí.

—¿Sexo sin compromiso?

—No tanto sexo, como sí poder estar con una persona que no me pida explicaciones de nada, con la que disfrute y con quien no me sienta obligada a nada.

—Eso se ajusta mucho a la definición de *follamigos*.

—Si esa es la palabra que necesitas para definir esto...

—No es que pretenda ponerle etiquetas a lo que está pasando. Solo intento no despertarme una mañana y sentir que me he dado la hostia padre.

—Dudo que eso pase.

—¿Por qué?

—Tenemos claro de qué va esto. La vida ha hecho que nos encontremos en momentos personales muy parecidos. Tú estás en esa edad en la que uno se bebe el presente. Yo necesito aprender a hacer eso, porque no fui capaz de

disfrutarlo en su momento.

—Así es que soy tu pasaporte a la segunda juventud —dijo sonriéndome y mirándome con todo el descaro del mundo.

—¡Gilipollas! —murmuré entre risas—. Ya llegarás a los cuarenta y te darás cuenta de que la verdadera energía empieza precisamente ahora. A menos claro, que esto sea algo exclusivo en las mujeres, razón por la que ya puedes empezar a darte prisa exprimiendo los pocos años de lozanía que te quedan.

—*Touché.*

—Ahora en serio... —añadí—. No pretendo que me devuelvas la juventud. En realidad, no espero que me des nada. Desconozco la razón por la que todo esto está sucediendo entre nosotros, más allá de la obvia —me apresuré a aclarar porque ya estaba viendo la respuesta dibujada en sus labios—. Está pasando. Vivámoslo. Disfrutemos del viaje y practiquemos una máxima que siempre he admirado en otras personas.

—¿Cuál?

—La de cruzar el puente cuando nos encontremos con el río.

—Muy zen

—No te burles.

—En absoluto.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—Si estás de acuerdo con esto porque no quiero tener que volver a estar conversación dentro de unos días...

—Solo respóndeme a algo antes de continuar.

—Dime.

—¿Hay alguien más?

—¿Importa eso?

—Si solo vamos a follar no. En caso contrario... Me gustaría saber a qué atenerme.

—Te mentiría si dijera que no.

—Vaya...

—Tampoco te imagines cosas raras. Es alguien que conocí hace poco y con quién todavía no sé qué va a pasar.

—¿Qué quieres que pase?

—No lo sé —respondí con rotundidad.

—Veo que andas por la vida con las ideas muy claras.

Levanté ligeramente la cabeza y me encontré con el verde de sus ojos. Javier sonreía abiertamente y supe que no había ningún reproche en las palabras que acababa de pronunciar.

—Todavía no, aunque tengo la intención de hacerlo.

—Me parece bien.

—¿Qué?

—Todo.

A continuación, ambos nos sumergimos en un silencio bastante cómodo. Me alegraba haber sido capaz de sincerarme con él. Por el modo en el que él jugueteaba con el teléfono móvil que descansaba sobre la mesa, me di cuenta de que también se sentía a gusto. No tenía ni idea de qué iba a pasar con Javier. Tampoco qué dirección iba a tomar mi relación con Carlos. Y entonces tomé una decisión. Mientras durara la gira solo me iba a preocupar de dos cosas: Disfrutar y trabajar en el manuscrito de Lina. No tenía ni idea de dónde iba a sacar el tiempo para escribir ni para indagar sobre ese pasado del que sabía que tenía mil hilos de los que tirar...

—¿Te has planteado trabajar? —dije sintiendo la repentina necesidad de compartir mis pensamientos con Javier.

—¿Cuándo?

—Durante los días en los que no tengamos que asistir a ninguna firma libros o club de lectura.

—Creo que fuiste tú la que dijiste que tenías la intención de escribir a lo largo de estas semanas.

—Sí —admití sintiéndome un poco avergonzada por haberme pasado la planificación un poco por el arco del triunfo.

—Yo es que cuando me siento a escribir soy de los compulsivos. De los que no se levantan ni salen del despacho hasta que han terminado la novela —añadió después de ver mi cara de sorpresa.

—Ah...

—Verás... admiro mucho a los que os sentáis cada día frente al ordenador y sois capaces de trabajar durante horas. Siempre he sentido un profundo respeto por la constancia y eso que llamamos picar piedra.

—Pero no es lo tuyo...

—En absoluto. Puedo estar meses dándole vueltas a una idea. Buscando los personajes, las tramas y hasta las localizaciones.

—Pero cuando te pones a escribir...

—Soy incapaz de salir del despacho hasta que llego al final.

La imagen de un Javier sexi, ojeroso y desaliñado se dibujó en mi mente. Pensé en las raras ocasiones en las que yo había hecho un sprint de ese tipo teniéndome que quedar encerrada en casa durante un fin de semana entero para acabar un par de capítulos. No podía imaginarme cómo debía ser narrar una historia de principio a fin solo saliendo del despacho para lo más básico.

—Ahora te preguntas cómo lo hago, ¿eh?

—Empiezo a pensar que me lees la mente, de verdad.

—Es que tu cara lo dice todo...

—Seguramente —respondí sin poder dejar de sonreír—. Pero ahora que lo dices sí. Trataba de adivinar cómo son esos días.

—Pierdo la noción del tiempo. Incluso se me olvida comer. He llegado a pasar incluso dos semanas a base de café y cigarrillos.

—¡Pero si tú no fumas!

—Cuando entro en trance sí.

—Me gustaría verlo.

—Dudo que sea posible. Ya sabes cómo somos los autores... Siempre solos y oyendo voces.

—No me extraña que acabes matando a tanta gente en tus novelas.

—Es un ejercicio muy sano. Tal vez deberías probarlo.

—Quizás lo haga. Aunque antes de comenzar una nueva novela voy a embarcarme en otro proyecto.

—¿Cuál?

—Siento que, de algún modo, tengo que reescribir la novela de Lina.

—Oh cielos. ¿Vas a fusilar el trabajo de otra autora? —Javier me miró con una mezcla fingida de espanto y terror que provocó que me riera a carcajadas.

—¡No seas idiota! ¿Quién ha hablado de copiar? ¡Yo no hago eso!

—Tú misma acabas de decir...

—Me estás entendiendo perfectamente. Me entregaron esa novela con una orden específica. Que la terminara. Tú mismo dijiste que ahí hay una historia oculta. Y esa es precisamente la que quiero narrar.

—Quisiera participar en eso.

—Hecho —respondí sin ni siquiera considerar su oferta.

—¡Genial! ¿Cuándo empezamos?

—En cuanto los dos nos hayamos leído la novela una vez más.

—Perfecto. En ese caso... ¡Manos a la obra!

Salimos de la taberna con la intención de dar un paseo. Comer y beber

nos había sentado de lujo. Ahora lo que nos faltaba era un poco de ejercicio para oxigenar las neuronas. Mientras caminábamos por las calles más céntricas de la ciudad volvimos a perdernos en nuestras conversaciones sobre todo y nada en concreto. Ninguno de los dos volvió a mencionar lo que había sucedido entre nosotros, ni tampoco nos aventuramos a pronunciarnos sobre qué iba a pasar durante las próximas horas. De regreso al hotel fui a mi habitación, me puse ropa algo más cómoda, cogí el portátil y regresé a la de Javier. Él no preguntó nada y tampoco pareció sorprenderle mi pequeña mudanza. Después de escribir en un cuaderno las principales conclusiones que cada uno de nosotros había extraído del manuscrito, nos abandonamos a la lectura.

Elena había considerado todas las opciones. La más rápida era coger un vuelo. El puente aéreo le permitiría plantarse en Madrid en poco más de una hora. Sin embargo, la idea de desplazarse al Prat y luego tener que ir desde Barajas hasta el hotel le parecía, ya de entrada, agotadora. En cualquier otra circunstancia hubiera cogido su propio coche. Setecientos kilómetros y su pasión por la carretera le hubieran parecido una aventura digna de vivir. Sabía que en su estado no era lo más adecuado y menos si tenía en cuenta que los mareos habían empeorado. Era consciente de que se estaba arriesgando demasiado. Quizás ese afán por encontrar a María y hablar con ella la acabaría matando. Había ignorado con cierto éxito las llamadas y los mails del hospital que había recibido desde el hospital, a pesar de que sabía que no podía huir de ellos por mucho más tiempo. Su vida había llegado a importarle bastante poco. No así la que crecía en su interior. Durante las últimas horas, el miedo a que algo terrible pudiera sucederle a su hija, iba ganando terreno.

Al final consideró que la opción más saludable era el AVE. El tren la dejaría en pleno centro de Madrid. Luego cogería un taxi hasta un hotel cercano al lugar en el que sabía que María iba a firmar su última novela publicada. Un viaje de tres horas también le permitiría poner en orden sus pensamientos. No es que no supiera qué era lo que quería decirle. Llevaba semanas repitiendo las frases en su interior. Lo que necesitaba era encontrar el lugar adecuado para hacerlo y, en especial, el momento. Desconocía cuál iba a ser la reacción de María. No sabía hasta qué punto la muerte de Gonzalo la

habría cambiado. Eso, y el hecho de que Elena hubiera desaparecido de la noche a la mañana. Trató de hacer un ejercicio de empatía con el fin de anticiparse a la reacción. En cada uno de los simulacros su respuesta era la misma. Si ella fuera María la mandaría a hacer puñetas sin dudarlo, ni siquiera le daría la oportunidad de explicarse.

Metió unas cuantas prendas de ropa en una pequeña bolsa de viaje. No pretendía pasar en la ciudad más tiempo del necesario para dejar clara una parte de su vida que necesitaba ver la luz. Minutos después, un taxi la llevaba en dirección a la estación de Sants. Cuando se sentó en el asiento sus ojos se concentraron en la imagen subterránea de las vías. Eran la definición exacta del modo en el que se sentía ella. Enterrada en remordimientos, reproches y mentiras. Emociones y realidades que debían ver la luz. El tren comenzó a moverse. Las luces de la ciudad pasaban a toda velocidad al otro lado del cristal. Fue entonces cuando Elena abrió su bolso, sacó una libreta y un bolígrafo de su interior. Apoyó el cuaderno con cuidado sobre la mesa. Cuando apareció la primera página en blanco cerró los ojos, respiró con fuerza y, a continuación, comenzó a escribir.

He pensado mucho sobre qué voy a decirte cuando nos veamos. Sé que hay muchas cosas que debo explicar. Algunas las sabes. Otras, probablemente, las ignores y no entiendo demasiado bien por qué. Siempre he considerado que eres una mujer inteligente. Por eso jamás he entendido por qué pasaste gran parte de tu vida con Gonzalo mirando hacia otro lado. Con esto no pretendo justificar nada de lo que he hecho en el pasado, ninguna de las decisiones conscientes que tomé y que sabía que te iban a hacer daño. Durante los últimos meses he llegado a tal conocimiento de mí misma que puedo afirmar con rotundidad que no soy una buena persona. En realidad, soy mala. He tomado como virtudes los peores defectos del ser humano. Soy arrogante, prepotente, egoísta y cruel. ¿Y sabes qué? No me importa. Ni siquiera ahora, cuando intuyo que mi tiempo se acaba, soy capaz de arrepentirme de nada. He intentado una y mil veces hacer acto de contrición. Es imposible. No puedo.

Tú aun estás a tiempo. No de pedir perdón, dudo mucho que hayas hecho nada malo jamás. No te estoy menospreciando. Al contrario. Hablo desde la envidia más insana, desde los celos más dañinos que me han consumido durante años. María, lo has tenido todo en la vida. Inteligencia, éxito, un matrimonio perfecto... Al menos eso es lo que hemos visto los

demás. Tu día a día siempre ha sido un mar en calma en el que tú has navegado a placer. Nunca te he visto perder los nervios, pronunciar una palabra desafortunada... Ni siquiera has discutido conmigo a pesar de mis esfuerzos por provocarte, por conseguir que desataras a esa mujer contenida y llena de fuerza que sé que hay en tu interior.

No te merecías a un hombre como Gonzalo. Por eso te lo arrebaté. Nunca me ha faltado con quién acostarme. Tampoco una persona con la que casarme o mantener una relación estable si ese hubiera sido mi deseo. Nunca lo fue. Siempre he tenido la necesidad de que me admiraran, me regalaran el oído y me repitieran hasta la saciedad lo magnífica que era. Como bien sabes, Gonzalo era un experto en eso, aunque lo hacía con la persona equivocada. Cada vez que te halagaba, te regalaba un piropo o reconocía en público lo perfecta que eres, tú te limitabas a sonreír y a hacer como que no te importaba. Al principio pensé que adoptabas solo una pose de falsa humildad frente al mundo. Después me di cuenta de que en realidad te la traía al paio contar con su aprobación, admiración e incluso devoción. Cualquier mujer hubiera matado por estar en tu lugar. Yo misma lo hubiera hecho de haber encontrado el valor.

Jamás se me ha resistido nadie, una habilidad que la edad ha convertido casi en un castigo. A pesar de férrea moral a la que tu marido siempre se acogió, conseguí socavar su voluntad. Sé que soy atractiva, inteligente y segura de mí misma. Ni la humildad ni la falsa modestia se encuentran entre mis virtudes. Tengo que admitir que con él me tuve que emplear a fondo. No porque estuviera perdidamente enamorado de ti, cuando decidí conquistarlo ya había superado esa etapa, sino porque estaba convencido de que te debía respeto y fidelidad. ¡Qué grandes palabras! Fui capaz de encontrar su punto débil y, simplemente, ataqué por ahí.

¿Quieres saber cuál era? La inseguridad. Detrás del hombre de éxito, de la persona capaz de cerrar cualquier negocio había un artista. Y dime, ¿has conocido alguna vez a alguno que no necesitara de la alabanza constante, el apoyo continuo y sentirse mimado hasta la saciedad? Yo sí. A ti. Pero no quiero desviarme del tema.

Gonzalo necesitaba oír lo estupendo que era, los grandes proyectos para los que estaba destinado, lo perfectos que eran todos sus diseños... Me convertí en su sombra. Alimenté su ego del mismo modo en el que me hubiera gustado que hicieran con el mío. Le susurré todas aquellas palabras que deberías haber pronunciado tú. Provoqué que soñara con una vida

mejor y distinta. Después de meses de no salirme del plan que con tanta minuciosidad había trazado, conseguí el premio. A partir de ahí, casi todo fue sencillo. Digo casi porque, al final de cada día, en cada celebración estabas tú. Él te observaba en silencio y yo podía ver cómo el remordimiento le atrapaba y tiraba por tierra el esfuerzo que había hecho durante semanas. Porque si... Gonzalo también era una mala persona. Solo que aún le quedaba algo de conciencia. Tuve que esforzarme más para tenerlo de mi lado, para convencerlo de que pusiera fin a una relación con la que él no era feliz. Lo sabía porque, en el fondo, éramos iguales. Yo también fui presa de esa luz que desprendes, del atractivo innato que hay en ti y del que ni siquiera eres consciente. Precisamente, esa es tu magia. No le das importancia a tu potencial porque no tienes plena consciencia de él.

La noche en la que murió, iba a dejarte. Lo sé porque iba a marcharse conmigo. Al menos ese era el plan original. Pero te diré algo. En los últimos minutos de su vida, conseguiste vencer. Lo hiciste como casi todo siempre. Sin ser consciente, sin saber, sin mover un dedo. Poco antes del accidente recibí un mensaje. En un último atisbo de decencia me dejó. Desconozco si su intención era regresar contigo o, simplemente desaparecer. Mi intuición me dice que la segunda es la opción correcta. Nunca lo sabré. Yo también me quedé con un secreto por compartir. Algo que él tampoco sabrá ya y que a ti sí debo contarte.

Mientras planeábamos nuestra vida juntos supe que estaba embarazada. De hecho, la noche del accidente, tenía previsto explicárselo todo. Me sentía feliz. Pletórica. Lo había conseguido todo y una vida maravillosa se abría frente a nosotros. El destino la truncó. Perder al único hombre que me ha importado me trastornó. No comía, no dormía y me castigaba rememorando sus últimas palabras. Esas con las que rompió mi existencia en mil pedazos. Soy demasiado egoísta para quitarme la vida. Por eso hui. Dejé todo atrás. Necesitaba tiempo para pensar, para tomar decisiones y para recomponerme. Sé que debería haberte llamado. Tú siempre me has considerado una amiga y yo, a mi manera, también. Y no me estoy justificando. Ese momento ya pasó.

Mientras paseaba por las playas de Lanzarote, allí es donde me refugié, solo fui capaz de tomar una decisión acertada. Seguir adelante con la vida que crecía en mi interior. ¿Por qué? Es sencillo. Una parte de Gonzalo sigue en mí. La única que nadie más tendrá ya. Como ves, el egoísmo y la maldad continúan ahí. Pero tranquila. La vida ya me está sometiendo al justo

castigo. La incertidumbre de no saber si despertaré mañana es solo el inicio de un camino en el que me consta, voy a sufrir mucho. Desde el punto de vista de la moral, esa que tú manejas con tanta clase, probablemente me lo merezca. Tengo el justo pago al modo en el que me he comportado durante años. Desde mi perspectiva, todo esto es una puta broma del destino.

Tal vez no actúes como yo espero que lo hagas. Lo que sí sé es que me escucharás hasta el final. Por eso quiero hacerte una petición. Podría basarla en el cariño que me has tenido durante tantos años, en la amistad que has compartido conmigo e incluso en el respeto que has sentido por Gonzalo. (¿Ves? Ya estoy recurriendo al chantaje emocional, otra prueba más de la clase de ser humano que soy). No lo haré. Voy a apelar a tu humanidad. Por razones que espero poder explicarte frente a una taza de café, sé que no voy a tener la posibilidad de ver crecer a mi hija. Sí. Es una niña. No quiero recurrir a nadie más porque mi deseo es hacer al menos una cosa bien en la vida. Sé que no voy a ser capaz de educar a un ser humano decente. Por el contrario, tú sí. Haz de Ayla una persona decente, un ser con valores, una mujer a la que merezca la pena conocer...

Las lágrimas comenzaron a caer con fuerza sobre el papel. Elena se frotó los ojos y, a continuación, sacó un pañuelo de papel del bolso. Necesitaba que las palabras más sinceras que había escrito en mucho tiempo permanecieran intactas. Sabía que las releería miles de veces antes de ponerse frente a María. Además, el hecho de haber sido capaz de abrirse de ese modo, de reconocer lo que siempre había intuido, supuso para ella una auténtica liberación. Cuando el AVE entró en la estación de Atocha, el peso del mundo ya no descansaba sobre sus hombros. Incluso el apetito perdido muchas semanas atrás había regresado. Elena puso un pie en Madrid con energías renovadas. Solo esperaba que esa fuerza la acompañara hasta que todo en su vida estuviera por fin en orden.

Capítulo 31

Dejamos Sevilla con una sensación agridulce. Por una parte, estábamos ansiosos por llegar a Madrid y terminar así con la primera parte del viaje. Dispondríamos de unos pocos días de libertad antes de retomar los viajes por otras ciudades. Por otra, éramos conscientes de que lo que habíamos compartido allí era único. Y no es que me estuviera poniendo romántica ni moñas. Durante la noche que habíamos pasado juntos leyendo de nuevo el manuscrito, cada vez que nos mirábamos, tomábamos conciencia de lo especial que era el momento. Siguiendo con la máxima que nos habíamos impuesto de vivir el presente y no hacernos preguntas, ninguno de los dos había hecho referencia ni a las emociones ni al futuro más inmediato.

Intuía que nuestra historia no tendría mucho más recorrido una vez regresáramos a nuestras vidas. Javier era apasionado, extrovertido e intenso. Todo a su alrededor era blanco o negro. Dividía las cosas entre las que amaba y las que odiaba profundamente. Era excitante estar a su lado porque nada le resultaba indiferente. También era agotador. Esa constante confrontación, la energía que empleaba en cada decisión que tomaba, por pequeña que fuera... Yo sabía lo suficiente de la vida como para asegurar que ese comportamiento no era fruto de su juventud. Estaba convencida de que se acabaría convirtiendo en un adulto aún más intenso que el hombre que ya era en la actualidad. En el fondo, Javier era una persona muy sensible y con un potencial intelectual del que no era del todo consciente. La combinación de ambos elementos podía ser bastante atractiva para mucha gente. No era mi caso. Al menos no a la hora de plantearme una relación seria con él. Sí que era cierto que había tomado nota de parte de la filosofía con la que vivía. Consideraba que podía aplicármela y hacer algunos cambios en positivo. Si me preguntaba con sinceridad si iría con él más allá de lo que teníamos, la respuesta era clara: No.

—Puedo oír el chirriar de tus neuronas desde aquí —la voz de Javier me sacó del estado de desconexión del mundo en el que debía llevar sumida un buen rato.

—Bien. Así ya sabes lo que pienso.

—Más o menos, pero preferiría que me lo dijeras tú.

Todavía nos quedaba una hora de viaje. No sabía hasta qué punto podía ser positivo que compartiera con él la conclusión a la que acababa de llegar.

Si se ofendía con mis palabras sabía que el resto de nuestra gira se convertiría en un auténtico infierno. El hecho de permanecer en silencio cuando existía la posibilidad de que él estuviera sintiendo algo diferente, tampoco me agradaba. Al final opté por saltar al vacío.

—¿Está todo bien entre nosotros?

—¡Joder qué intensa te has puesto así de repente!

—Bueno... has sido tú quien se ha marcado el farol de intuir mi pensamiento.

—Se te pone cara de alga cuando piensas en mí —dijo con esa sonrisa burlona que tanto me gustaba.

—Mira, al menos no se me pone jeto de ameba.

—¡Jamás te consideraría un ser unicelular!

—Pedanterías aparte... No me has respondido.

—Tranquila, no voy a pedirte matrimonio.

Guardé silencio durante unos segundos y lo miré a los ojos. Sabía que utilizaba la ironía para no enfrentarse a sus emociones. Entonces me di cuenta de que nuestros sentimientos viajaban en sentidos completamente opuestos y comprendí que la mejor opción era coger el toro por los cuernos.

—Déjate de cinismos, de evasivas y responde. Es sencillo. Sí o no.

—Las cosas no siempre tienen son blancas o negras.

—Que precisamente tú digas eso...

—¿Me estás reprochando algo?

—Solo estoy constatando una realidad.

—Que es...

—Venga Javier. Tienes la inteligencia suficiente para saber de qué estoy hablando. Dime que no te da la gana contestar y listo.

Empezaba a enfadarme. Las poquísimas horas de sueño y todas las emociones que llevaba acumuladas en tan poco tiempo, estaban pasando factura. No sabía por qué le había hecho esa pregunta. Yo ya tenía claro el camino. Mi intención era la de evitar un mal mayor ahora que consideraba que todavía estábamos a tiempo. Tenía la sensación de que, con el paso de las horas, las emociones y los sentimientos entre nosotros se iban magnificando. Cierto que ya éramos mayorcitos para lidiar con lo que fuera. Yo comenzaba a tener por él un profundo afecto. Se estaba convirtiendo en una de las personas que mejor me conocía. En un amigo. Deseaba que eso continuara en el futuro.

—¿Te preocupa que me esté enamorando de ti? —Javier se había cambiado de asiento y se inclinó suavemente sobre mí. El movimiento del

vagón del tren provocó que nuestros labios casi se rozaran.

—¿Es así? —pregunté con temor. Por mucho que me halagara que se sintiera atraído por mí, no me parecía ético alimentar algo que yo no estaba en situación de corresponder.

—¿Y qué si lo es? Soy adulto y alguien capaz de gestionar sus emociones. No necesito una madre que me proteja...

Acababa de cometer un error. Yo no tenía la sensación de haberme comportado con él de forma tan protectora. Quizás no me había sabido explicar con claridad. En cualquier otra circunstancia me hubiera dado igual que él hubiera entendido lo que me impulsaba a ser tan sincera. En la que nos ocupaba, necesitaba que las bases de la relación entre ambos estuviesen claras.

—Ya tienes una, sí. Además, tampoco tengo edad para serlo —respondí con el mismo sarcasmo que él había empleado—. Nos quedan muchas horas juntos y quiero continuar sin preocupaciones, malos rollos ni dobleces.

—Lo que pasa en Sevilla, se queda en Sevilla.

De este modo confirmó lo que yo ya intuía. Me había entendido desde el principio. Sus palabras también me sirvieron para darme cuenta de que existía la posibilidad de que sus sentimientos fueran otros bien distintos.

—¿Y ya está?

—María, ¿qué cojones quieres de mí? —Javier levantó tanto el tono de voz que me sobresaltó. También mostró con ello esa dualidad en la que vivía constantemente. Era capaz de pasar de la calma al temporal en apenas un segundo.

—Quiero seguir descubriendo al hombre maravilloso que intuyo que eres. Al ser inteligente capaz de sacarle punta a la situación más desdichada. Quiero al Javier creativo, espontáneo y directo que llama a las cosas por su nombre. Me gustaría poder seguir disfrutando de esto durante mucho más tiempo. No deseo complicar las cosas.

—Qué bonita forma de darle la vuelta a la trillada expresión de que me quieres como amigo.

—¿Hay algo de malo en eso?

—Depende de si lo vemos desde tu punto de vista o desde el mío. Si te digo que acepto tus condiciones, seguramente respirarás aliviada, aunque con ello esté renunciando a lo que yo quiero en realidad.

—Javier solo llevamos unos días juntos... —mi intención era la de hacerle ver que, tras el subidón emocional que estábamos experimentando,

había una realidad incuestionable. Éramos casi unos desconocidos—. Apenas sabes nada de mí.

—Sé lo que siento. Y, por extraño que te parezca, esa es una poderosa razón para algunos, entre los que me incluyo.

—Puedo no sentir lo mismo...

—¿No lo haces o no quieres?

Medité la respuesta durante un buen rato. Ahora, el silencio entre nosotros sí que pesó. Podía sentir su mirada escrutando cada centímetro de mi rostro, analizando cualquier expresión que se pudiera marcar en él y que le ofreciera una idea aproximada de cuál iba a ser mi contestación.

—Ni puedo, ni quiero, ni debo.

—Luego soy yo quien confunde las cosas...

—¿Quieres saber si estoy enamorada de ti? La respuesta es no. ¿Podría estarlo algún día? Probablemente. Tienes muchas de las cualidades que yo admiro en un hombre. También tienes tus defectos y supongo que podría aprender a lidiar con ellos en el futuro. ¿Si quiero intentarlo? No. Por muy atraída que me sienta por ti, por mucha vida que me dé cada segundo que paso contigo, sé que la mujer con la que estás conviviendo estos días no soy yo. Con esto no estoy insinuando que finja cada una de las cosas que me estás haciendo sentir. Tampoco son falsas las emociones que verbalizo ni lo que te he dicho en un momento de intimidad. Me conozco y, a pesar de que me gustaría asomarme al mundo como lo haces tú, no soy así. No lo seré jamás. Me gusta el orden, la calma y la paz. Me apasiona tener las cosas bajo control, incluidas las emociones y, aunque he aprendido en estos pocos días que no pasa nada por desbordarse, por abrir la boca y coger lo que es tuyo, sé que es algo puntual. Tarde o temprano querré regresar a esa seguridad en la que tan bien me muevo. Probablemente me esté perdiendo la oportunidad de vivir una de esas grandes pasiones que he leído mil veces en los libros y que he visto en las películas. Uno de esos amores que dejan todo arrasado a su paso. Pasiones sobre las que yo misma he escrito en algunas de mis novelas. Siempre he sido muy honesta conmigo misma y sé que nada de eso es para mí. Sería muy fácil dejarme arrastrar por tu ímpetu, contagiarme de esa vitalidad tuya y las ganas de comerte el mundo. Pero acabaría convirtiéndome en una enorme decepción y en una mujer que, aunque tú no quieras verlo ahora, no te conviene. Tú debes experimentar la pasión desbordada. Yo necesito hallar mi libertad y la calma.

—Renunciarás a esto aun sabiendo que existe una posibilidad muy elevada de que acabes sola. Te convertirás en Lina...

—No entiendo... —Y era cierto. No era capaz de ver la relación entre lo que acababa de decir y mi ex casera.

—Anoche mientras leía de nuevo el manuscrito contemplé una nueva teoría. No sé si debería compartirla...

Me quedé perpleja ante esta afirmación. Habíamos pasado parte de la madrugada leyendo en la cama y tomando notas. Al despertar nos habíamos dejado arrastrar por la rutina previa al viaje que debíamos continuar. Un almuerzo tardío en la misma taberna del día anterior, recoger las maletas y desplazarnos en taxi hasta la estación del AVE había sido toda nuestra ocupación. La conversación había girado en torno a temas triviales y yo di por hecho que aprovecharíamos las horas de tren para ponernos al día. Que Javier tuviera una teoría elaborada que no quisiera compartir conmigo me descolocó. Mucho.

—Tú mismo —respondí sin querer ocultar que me sentía molesta.

—Esa actitud pasivo-agresiva no es la más adecuada, desde luego.

—Supongo que el hecho de que te comportes como un capullo es lo máximo que puedo esperar de ti. —Javier me miró con bastante desconcierto y yo aproveché su silencio para continuar—. Acabo de hacer un ejercicio de sinceridad y también de abrirme en canal. Te digo cómo me siento cuando lo sencillo hubiera sido callarme o seguirte el rollo. Voy de cara y tú te limitas a atacarme con una especie de jeroglífico que solo entiendes tú. Maravilloso...

—No eres la única que se ha sincerado. Tampoco tienes la exclusividad en esto de ir de frente. Yo también lo he hecho y, a pesar de que no es ni lo que quiero, ni lo que me gustaría, no me quedan más cojones que aceptar tu decisión. Una relación es cosa de dos y, como acabas de dejar muy claro, no es lo que deseas. Al menos conmigo. En cualquier caso, estoy en mi derecho de decidir si comparto una conclusión o no.

—Perfecto. Si quieres actuar como un crío, adelante. Cuando decidas volver a comportarte como el hombre sensato que he conocido, me encontrarás en la cafetería.

No le di tiempo a añadir nada más. Cogí el bolso y caminé en dirección al vagón contiguo sin mirar atrás. Un café y algo de aire, seguro que ayudaban a serenarme. Mientras me acomodaba en el espacio que había entre la ventana y una pequeña barra de madera, noté que el teléfono vibraba en el interior del bolsillo de mi chaqueta. No contesté. Si tenía que decirme algo que moviera el culo. Apenas le había dado un par de sorbos a un café con leche, el móvil volvió a vibrar con insistencia. “La lleva clara”, pensé. En los siguientes diez

minutos recibí al menos siete llamadas. Al final, harta de su actitud infantil y en vista de que no tenía intención de dejar de molestarme, respondí.

—¿Qué quieres?

—¿Sucede algo? —Carlos sonaba sorprendido y confundido al otro lado del teléfono.

—Disculpa. Pensaba que se trataba de otra persona.

—Hablamos más tarde. Veo que no estás de humor.

Noté cierta ironía en el tono de su voz, pero no sabía si era real o quizás producto del enfado que yo llevaba con Javier. Lo último que necesitaba era más sarcasmo y gente con ganas de tocarme las narices. A punto estuve de enviarlo a paseo, pero opté por serenarme.

—Lo siento. Es solo que... —no pude terminar la frase.

—Mucho estrés ¿verdad?

—Apenas hemos comenzado con la promoción y tengo la sensación de llevar meses fuera de casa. Todavía no he podido tomarle el pulso a esto. No encuentro una rutina.

—Es una ocasión única para conocer de cerca a tus lectores, para saber qué es lo que les gusta y qué les encantaría leer. Tómalo como una pausa del trabajo que habitualmente haces. Sé que es complicado porque, según me comentaste, tenías la intención de trabajar durante la promoción. A veces no se puede llegar a todo y no creo que sea nada recomendable que te agobies. Más bien al revés.

—Tienes razón.

Y era cierto. Disfrutar de la oportunidad de viajar que me había brindado la editorial y la rutina de la escritura no eran compatibles. Tal vez lo hubieran sido sin Javier de por medio, si no me hubiera dejado llevar por la novedosa necesidad de divertirme y expresar cada instante del día. Ahora que las cosas estaban claras entre ambos, quizás dispusiera de algo más de tiempo libre. Tal vez ahora el placer y el trabajo comenzaran a encajar.

—Pues eso. Tómalo con calma.

—Lo intentaré.

—¿Has llegado ya a Madrid?

—¿Cómo sabes a dónde voy?

—¿Se te ha olvidado ya que como librero y fan tuyo tengo acceso a tus fechas de promoción?

—Cierto —respondí con media sonrisa en los labios—. Ahora mismo estoy tomando un café en el AVE.

—Te va el riesgo, ¿eh?

—Tampoco está tan malo. Además, necesitaba pensar.

El silencio se hizo al otro lado del teléfono. No tenía ni idea de qué había interpretado con mi respuesta. En cualquier caso, tampoco le hubiera explicado la verdad. Al menos, no por teléfono. Transcurridos más segundos de los que hubiera deseado, Carlos volvió a hablar con normalidad.

—Tengo algunos datos nuevos que quizás te puedan ayudar con el manuscrito. Y me debes una cena.

—¿Cómo es eso?

—No sabes lo que he tenido que hacer para lograr que mi padre me explicara algo más de tu casera y la autora misteriosa.

—Espero que el hombre este bien —dije sonriendo de nuevo. Todavía me quedaba mucho por conocer de él, aunque por lo poco que habíamos compartido, sabía que era alguien que siempre conseguía lo que quería. Costara lo que costara.

—Cuando terminó la cena todavía respiraba...

—¡Carlos!

—Sabía que algún día podría utilizar esa frase con alguien que la supiera valorar.

Me ruboricé. Ahí estaba otra vez esa sensación que casi me había abandonado desde que comenzara la gira. Esa extraña e íntima conexión con otra mente. Esa relación en la que lo que menos importaban eran las palabras.

—¿Sigues ahí?

—Sí...

—Bien. Comienza a anotar. A principios de los años ochenta, una pareja extranjera llegó a Naia. Lo hicieron acompañados por un impresionante Chevrolet que apenas entraba por las calles más amplias del pueblo. Imagina la expectación que levantaron entre todos los habitantes. Por entonces, la llegada de turistas a un lugar como este era todo un acontecimiento. Mucho más si encima no eran españoles. Se instalaron en casa de Lina por tres razones. Se enamoraron de la casa del jardín en cuanto la vieron, ella hablaba su idioma y era uno de los pocos lugares en los que podían aparcar el vehículo con menos dificultad. Según he podido saber, tu ex casera no vivía allí en aquel tiempo y tampoco se dedicaba a alquilar su casa. Pero después de una conversación entre los tres que apenas duró unos minutos y la que ellos aseguraron que era el lugar ideal para que la esposa recuperara la salud, los Kennedy se instalaron con la intención de pasar allí los dos meses de verano.

El carácter extrovertido de ella y la elegancia de él lograron conquistarlos a todos. El hecho de que, cada vez que las clases en la universidad se lo permitía, Lina se uniera a la pareja, hizo que mucha gente del pueblo se encariñara con ellos. Cuando llegó septiembre, los Kennedy debían regresar a Nueva York. Unos días antes de su partida, ella sufrió una recaída. La fiebre era tan alta que incluso temieron por su vida. Peter, que así se llamaba él, no podía prolongar más su estancia en España. Debía reincorporarse cuanto antes al trabajo. Lina no lo dudó. Se ofreció a hacerse cargo de ella el tiempo que fuera necesario. Hasta que estuviera completamente recuperada para emprender el viaje. Al principio, él se opuso a la idea de partir sin la compañía de su mujer. Pero, ya sabes lo insistente y tenaz que puede llegar a ser tu casera. De modo que, en la fecha señalada, Peter regresó a Estados Unidos dejando a Sarah al cuidado de Lina. Por razones que todavía no he conseguido esclarecer, ella permaneció aquí durante casi cinco años. Al menos eso es lo que afirma mi padre quien asegura que la americana no dejó el pueblo hasta bien entrada la década de los ochenta. Cada vez que alguien hacía referencia a las razones por las que la americana seguía alejada de su esposo, Lina siempre argumentaba lo mismo. Los motivos por los que Sarah continuaba en Naia se debían a su delicado estado de salud. El último verano, Peter apareció como cada año. Solo que su aspecto era diferente. Parecía exhausto e incluso enfermo, mientras que Sarah parecía estar totalmente recuperada. A finales del mes de agosto se produjo una fuerte discusión en la casa de la que fue testigo una vecina, pero de la que poco pudo contar al no entender el idioma. Tras ella, ambos se marcharon para no regresar jamás. Y, aunque la curiosidad provocó todo tipo de rumores, nunca se supo la verdad. Las gentes de Naia sabían que era inútil preguntarle nada a Lina. Su seriedad y discreción eran ampliamente conocidas. Poco a poco el tema se fue olvidando y ha permanecido enterrado hasta hoy.

—¡Joder! —dije contagiada por los modales Javier.

—Vaya... Sí que te ha impresionado —respondió Carlos divertido.

—No sé qué decir.... Por una parte, toda esta información es valiosísima y muy esclarecedora. Sin embargo...

—Provoca un montón de preguntas más para las que todavía no tenemos respuesta.

—¡Correcto!

—Pues tendremos que seguir indagando, aunque con otras fuentes. Dudo mucho que mi padre me cuente nada más. Ya me acusó de ser un cotilla que se

interesaba por habladurías de viejas. Además, sé que me ha explicado todo lo que sabe.

—Sí. Algo tendremos que hacer porque esta historia plantea muchos interrogantes que además encajan con la teoría que tenemos sobre el manuscrito.

—¿Teoría? ¿Tenemos? ¿Qué me he perdido?

Me sentí atrapada. Él no sabía nada de lo que Javier y yo habíamos estado haciendo durante los últimos días. Y no estaba pensando en el manuscrito en exclusiva. Volví a sentir el calor en mis mejillas solo que, en esta ocasión, era más bien vergüenza. Sabía que no le debía ninguna explicación. Habíamos decidido dejar que las cosas fluyeran entre nosotros. Nunca me había caracterizado por mentir y tampoco tenía intención de comenzar a hacerlo ahora. Sabía que en algún momento tendría que poner todas las cartas sobre la mesa. Al menos debía hacerlo si pretendía ir a alguna parte con él. En cualquier caso, no era el momento ni el mejor modo de ponernos al día.

—Javier se ofreció a ayudarme con el manuscrito. Pensé que, como él escribe novela negra, tal vez sería capaz de ver cosas que a nosotros se nos podrían haber escapado. Y así ha sido. Después de varias relecturas del manuscrito hemos desarrollado una teoría a la que me gustaría que le echaras un vistazo.

Durante unos segundos contuve el aliento y esperé a que él dijera algo. No lo hizo y yo decidí continuar.

—Creo que la mejor opción es que te lo ponga todo por escrito y así te puedo señalar también los puntos exactos de la novela en los que creemos que los hechos que se narran no son ficticios, sino reales. ¿Qué te parece?

—Estoy sorprendido. Creía que no ibas a compartir esta información con otras personas...

—No son otras personas. Es un colega que puede ayudarnos. No hay más —traté de que mis palabras sonaran con la misma convicción que las suyas.

—En ese caso... —añadió no sin antes refugiarse de nuevo en el silencio — en cuanto puedas me envías esas notas y ya les echo un vistazo. Tal vez tarde un poco. Tengo pensado hacer un viaje.

El corazón me dio un vuelco. No sabía que tuviera pensado salir de Galicia ¿Por qué no tenía ni idea de ese misterioso viaje y cuál era la razón de que me lo dijera precisamente ahora y de ese modo tan frío? Empezaba a estar un poco cansada de los hombres que tenía a mi alrededor. Uno por exceso y el otro por defecto, no lograba entender a ninguno de los dos. Tal vez yo hubiera

actuado mal ocultándole que había otra persona que conocía la existencia de la novela. ¿Eso justificaba su frialdad ahora? Estaba a punto de responderle cuando una idea cruzó por mi mente y cobró fuerza. Si yo había actuado de forma impulsiva y no había encontrado nada de malo en ello, ¿por qué veía un problema en que él no me hubiera comentado sus planes?

—Cuando puedas. Intentaré enviarte el documento lo antes posible.

—Perfecto. Te deseo mucha suerte en el evento de Madrid, aunque sé que vas a arrasar.

—Mucha fe tienes tú.

—En ti, toda.

Ahí estaba de nuevo el rubor y las ideas fluyendo en todas direcciones. Carlos siempre había sido claro a la hora de hablar. No recordaba que fuera tan directo. Esa característica le pegaba mucho más a Javier, quien no renunciaba al placer de decir lo primero que se le pasara por la cabeza sin importar las palabras ni sus consecuencias. Quizás fuera un rasgo de su personalidad que hubiera decidido mostrarme precisamente ahora. No comprendía por qué, pero algo me decía que no tardaría mucho en averiguarlo.

—Tengo que volver al trabajo —dijo rompiendo así el silencio que se había instalado entre nosotros—. Disfruta de Madrid y... ¡Déjalos boquiabiertos!

—Lo intentaré —respondí con cierto pellizquito instalado en la boca del estómago—. Carlos...

—Dime.

—¿Está todo bien?

—Está todo perfecto. ¡Diviértete!

—Lo haré.

No pude añadir nada más. Él había colgado. La sensación de desasosiego se fue expandiendo por el interior de mi pecho. Cuando regresé al vagón Javier no estaba de muy buen humor. Yo tampoco tenía demasiadas ganas de enfrentarme de nuevo a él. De modo que, encendí el portátil y comencé a escribir. Lo que me parecieron solo unos minutos después, llegamos a Atocha. La aventura madrileña estaba a punto de comenzar.

Capítulo 32

Nada más llegar al hotel que se encontraba en pleno centro de la ciudad, nuestro humor mejoró. Ambos habíamos permanecido callados el resto del viaje. Él enfurruñado, yo haciendo lo posible por explicarle a Carlos las teorías que barajábamos sobre el manuscrito. En cuanto dispuse de wifi se lo envié. Esperaba que, a pesar de su viaje, pudiera averiguar alguna cosa más. Al mismo tiempo tenía que compartir con Javier la nueva información. No me apetecía volver a enfrentarme a él. De modo que opté por disfrutar del paseo que había insistido en dar desde la estación. Él había sugerido coger un taxi, pero yo tenía las piernas entumecidas por el viaje y necesitaba airearme. Quince minutos después llegábamos a la Plaza Santa Ana. Me había costado mucho creer que la editorial se gastara ese dinero en nosotros. No es que nos alojaran en sitios cutres ni nada de eso, era que ese hotel en concreto era más lujoso de lo habitual.

—¿Estás segura de que es aquí? —Javier estaba tan sorprendido como yo.

—Completamente.

—Les ha dado un derrame o algo para alojarnos aquí dos noches —dijo con malicia y sonriendo por primera vez en muchas horas.

—Probablemente tengan algún tipo de acuerdo con los precios.

—Aun así...

—Vamos a disfrutarlo por si acaso.

—Desde luego. ¿Sabes qué servicios están incluidos?

—Tampoco hay que pasarse —miré a Javier a los ojos y pude intuir que por su mente pasaba causar algún estropicio en el minibar, los masajes, el servicio de habitaciones o todo al mismo tiempo—. Además, seguro que vendrá alguien de la editorial a asegurarse de que mantengamos el orden. Vamos a portarnos bien. Aún queda mucha promoción por delante y no quiero que en la próxima ciudad a la que visitemos nos alojen en un camping.

—¿Qué tienen de malo?

—Nada. Es solo que yo ya no tengo la espalda para andar durmiendo sobre esterillas a ras de suelo.

—¿Qué antigua! ¿Sabes que hay sitios de esos con más lujo incluso que muchos hoteles?

—Sí, y no tengo intención de probarlos.

—¡No sabes lo que te pierdes!

No me molesté en responder. Sabía que me estaba tirando de la lengua y no tenía ganas de seguir argumentando mis problemas con las tiendas de campaña, las *roulottes* y la vida en el campo. En cualquier caso, la conversación sirvió para que volviera la cordialidad entre nosotros. No tenía intención de que las cosas volvieran a complicarse. Suponía que, después de lo sucedido en el tren, él tampoco. Aun así, quise asegurarme de que el mensaje había quedado claro. En cuanto tuvimos en la mano las llaves de nuestras habitaciones quedamos en encontrarnos en el restaurante en media hora.

Me di una ducha rápida. Si caía en la tentación de meterme en la bañera existía la posibilidad de que me quedara profundamente dormida. El cansancio atenazaba cada músculo de mi cuerpo. Quizás sucumbiera al *jacuzzi* más tarde. Ahora mi apetito era casi tan intenso como la necesidad de dormir diez horas seguidas. Me vestí con la ropa más cómoda que encontré en la maleta. Unos vaqueros desgastados, una camiseta negra y unas bailarinas. Apenas me maquillé. Lo justo para darle algo de color a mi piel. Recogí el pelo en un moño improvisado, me puse la cazadora de cuero que siempre me acompañaba en los viajes y bajé con la intención de disfrutar de una buena cena. Entré en el restaurante. Un simple vistazo en dirección a las mesas me bastó para comprobar que él ya estaba allí. Se había sentado en una de las mesas que estaban junto a la ventana. Desde allí, las vistas a la plaza eran impresionantes. Las terrazas estaban repletas de gente disfrutando de una copa y de la excelente temperatura de una noche primaveral. Allá donde mirara, solo veía personas pasándose lo bien y completamente ajenas a los problemas del mundo. Su entusiasmo fue contagioso porque, todavía no habíamos pedido el vino, cuando volví a sentirme animada de nuevo.

—Javier...

—Lo siento —se apresuró a decir él—. Me he portado como un capullo y, aunque no me gusta el estado de las cosas entre nosotros, no tengo más remedio que aceptarlo.

—Lamento si te he dado una idea equivocada sobre mis intenciones.

—Esas eran muy obvias —respondió con una suficiencia que, si no se hubiera tratado de él, me hubiera incluso ofendido—. Tranquila... Sé a qué te estás refiriendo —añadió con su perfecta sonrisa.

—Es cierto que no quiero que las cosas se estropeen entre nosotros. Me refiero a la amistad que sé que podemos ser capaces de mantener. Si tú

también quieres, por supuesto.

—Ahora mismo no puedo dejar de pensar en mil formas diferentes de follarte. En recorrer el mundo contigo y en compartir una rutina que sé que, a tu lado, sería fascinante. Hay tantas cosas que puedes enseñarme, tantas experiencias que podríamos compartir...

—Yo... —No supe muy bien cómo continuar la frase. Me había acostumbrado a la claridad con la que se expresaba. Aún así, no estaba preparada para afirmaciones tan contundentes como esta ni a la forma en la que se había terminado de desnudar conmigo. En cierto sentido ya lo había hecho durante nuestra discusión en el tren. Ahora era obvio que lo que sentía por mí le había tocado de verdad el corazón—. Siento que las cosas tengan que ser así. Intento evitar hacernos daño. —Vi cómo fruncía el ceño al escucharme y me apresuré en matizar mis palabras—. No quiero volver a equivocarme. Una relación contigo en este momento y en estas circunstancias sería un gran error.

—Las cosas cambian. Las personas y las opiniones también.

—Sí, pero yo no cambiaré de parecer.

—¿Cómo lo sabes?

—Por qué sé lo que no quiero —dije con una rotundidad que incluso me sorprendió—. Sé que puedes ser un gran amigo y confidente. Prueba de ello es cómo te has ganado mi confianza en apenas unos días. También sé que esto no irá a más.

—Y dime... ¿Sabes lo que quieres? —No sería él si no refutase cada uno de mis argumentos con una de sus típicas preguntas que me obligaban a enfrentarme a mis emociones.

—Empiezo a saberlo.

Y esta era toda la respuesta que podía ofrecerle desde la sinceridad. No tenía del todo claros mis sentimientos. Cada vez que pensaba en cómo gestionar las emociones que me desbordaban una incógnita se dibujaba en mi mente. Con el transcurso de los meses, las dudas iniciales se habían disipado algo. En los últimos días había sido capaz de imponer mis deseos en lo que respectaba a Javier. Solo deseaba poder hacer lo mismo con respecto a Carlos. En cuanto pensé en él sonreí y enseguida me sentí mejor. Recordé entonces las novedades sobre Sarah, Lina y el manuscrito. Pensé que este era un buen momento para cambiar de tema. Mi vida privada dejó de ser tema de conversación y me sumergí por completo en el relato de las últimas novedades.

Cenamos completamente volcados en nuestras propias conclusiones y cuando Javier me propuso salir a tomar una copa a cualquiera de las terrazas que teníamos justo delante, me pareció hasta una buena idea. Después de dos intentos fallidos tuvimos suerte. Una pareja se levantaba de una mesa en lo que adiviné era una coctelería. Me dejé seducir por la idea de tomar un Dry Martini, algo que solía beber en el pasado cuando acompañaba a Gonzalo en alguno de sus viajes a Nueva York. Al revés de lo que creí, el primer trago no me transportó a ninguna otra parte que no fuera al presente. A una terraza de la Plaza Santa Ana una noche en la que la se respiraba primavera y la temperatura también acompañaba. Javier acogió de buen grado la historia completa e insistió en la necesidad de indagar más en la vida privada de Lina.

—Tienes que volver a Galicia y lo sabes.

—¡Ni pensarlo!

—Por lo que me has contado, esa mujer confía en ti mucho. Yo diría que bastante. Si hay alguien a quien pueda revelarles los secretos de su pasado, es a ti.

—Te lo repito. Si hubiera querido contarme una bonita historia lo habría hecho. No se hubiera limitado a entregarme un montón de folios mecanografiados sin más.

—Quizás quería que tuvieras una primera toma de contacto con la historia y que sacaras tus propias conclusiones antes de ir más allá.

—Ves demasiadas películas.

—Y tú te resignas con demasiada facilidad.

Sus palabras aguijonearon en mi interior. No me tenía por una persona cobarde ni conformista. Solía vivir con las cartas que la vida me repartía intentando jugarlas con inteligencia. Si creía en algo firmemente, luchaba por ello hasta el final. Prueba de ello era mi carrera profesional. Había puesto todo mi empeño en ella y había terminado tapándole la boca a todas aquellas personas que aseguraron que nunca lo conseguiría. Ciertamente era que, si aplicaba la máxima a mi vida personal, el cuento cambiaba. En cualquier caso, esto poco importaba excepto por el hecho de que Javier tenía un punto de razón.

—Deberíamos considerar otras opciones antes de tener que presentarme en Naia para interrogar a mi casera.

—Tampoco es necesario que la golpees ni nada —miré a Javier con cierto terror y me di cuenta de que estaba a punto de escapársele una carcajada—. Además, puedes contar con mi apoyo y mi espectacular físico.

—¡De eso nada! En el remotísimo caso de que se me ocurriera hacerte

caso y viajar hasta allí, lo haría sola. La relación que se ha forjado entre nosotras es especial y tiene su particular ritmo. No te llevaré hasta el que ha sido mi remanso de paz para que lo pongas todo patas arriba y generes el caos.

—¡Ni que fuera Atila!

—Su primo hermano, más bien.

—¿Entonces irás?

—Si cuando termine esta gira no hemos encontrado ningún otro hilo del que tirar para desvelar toda la historia, iré a Galicia.

—¡Genial! —dijo sin hacer ningún esfuerzo por contener la emoción.

Yo me limité a sonreírle con ternura. Pensé en qué diferente hubiera sido mi vida si le hubiera conocido en otro momento. Quizás entonces sí que hubiéramos tenido una oportunidad. La energía y positividad que destilaba, su peculiar sentido del humor, ese andar por la vida sin temor a nada. Sí. Tal vez hubiéramos sido una de esas parejas a las que los amigos acaban adorando con el paso de los años. Eso nunca lo sabríamos. Lo que sí que podríamos averiguar era si nuestra amistad se convertiría en una de esas que resisten los envites del discurrir del tiempo y la vida.

Elena se sentía bastante tranquila. En muy poco todo habría terminado. Apenas faltaba media hora para que comenzara la firma de libros a la que asistiría María. Comprobó con bastante sorpresa que la librería estaba llena hasta los topes. Incluso había cola en la calle para poder acceder al evento. Elena sonrió y admitió a regañadientes que jamás pensó que María pudiera cosechar un éxito como aquel. Tal vez la asistencia de tanto público se debiera más a la presencia del otro autor invitado. Un simple vistazo a los ejemplares que muchas de esas personas sostenían entre las manos le bastó para saber que estaba equivocada. La que fuera su amiga había triunfado de un modo que ella no había llegado a sospechar.

Tuvo que hacer una concesión más. Había subestimado a aquella mujer a la que había considerado gris y conformista. La chica que conoció en la universidad y con la que tantos planes había hecho. A la persona que, con el paso de los años se transformó en un ser apocado, alguien a quien apenas reconocía. Quizás se hubiera equivocado y lo que María había hecho era adaptarse al ritmo de la vida adulta, a las decepciones y a la certeza de que,

por mucho que se sueña durante la juventud, es imposible tenerlo todo. Ella se había dejado la piel buscando el éxito y el reconocimiento, intentando alcanzar una posición social que siempre se le había resistido. Y todo para qué. En cuanto alcanzó ese sueño se dio cuenta del tremendo vacío que reinaba en su interior, de la soledad de un hogar en el que no había nadie que la esperara al final de una dura jornada de trabajo. Entonces quiso a Gonzalo. Y lo tuvo, pero el vacío no desapareció. Nunca había amado a nadie que no fuera ella misma. Lo comprendió cuando se sobrepuso a la pérdida y comenzó su particular huida hacia adelante con esa pequeña vida que crecía en su interior. Y allí estaba ahora, dispuesta a jugar su mano con unas cartas que no eran las mejores, pero con las que tenía opciones si sabía manejarlas bien.

María y Javier aparecieron por el pequeño pasillo lateral en el que también se agolpaban lectores ansiosos de poder escuchar a sus autores favoritos. Elena había encontrado una silla en un rincón discreto casi al final de la sala. Esto no le impidió apreciar lo cambiada que estaba ella. Estaba más delgada, su melena castaña le caía sobre los hombros y la piel de su rostro lucía un rubor que Elena hubiera jurado que era natural. El brillo en sus ojos acabó de confirmarle lo que le habían gritado las tripas desde el principio. Aquella no era la misma mujer a la que había dejado unos pocos meses atrás.

Se revolvió nerviosa en el asiento y enseguida recordó lo importante que era no perder la calma. Al menos no hasta que la noche hubiera terminado. Había llegado hasta allí con una misión concreta. Debía completarla y asegurarse el éxito. Lo que pasara después ya le era completamente indiferente. Fijó la vista en el atractivo joven que se había sentado junto a su ya ex amiga y comenzó a contar en silencio. Aquello siempre conseguía calmarla. Unos minutos después se sentía mucho más relajada y comenzó a disfrutar de todo. Javier le sorprendió por su inteligencia, sagacidad y el manejo que hacía de la ironía que, lejos de herir, conseguía dibujar la sonrisa en los labios a todo el público. Cuando le llegó el turno a María, ella se preparó para oír otro de sus discursos ñoños y sensibleros. En cuanto comenzó a hablar, tuvo que parpadear dos veces para asegurarse de que no estaba hablando ninguna otra persona en su lugar. Se dirigía al público con energía, seguridad y haciendo gala de un aplomo que nunca había visto en ella. Su discurso, aunque emotivo, carecía de los tópicos habituales. Incluso tenía chispa y garra. Ahí fue cuando Elena comenzó a darse cuenta de existía una posibilidad de que su plan fallara. El que había diseñado era para una mujer

completamente distinta de la que ahora tenía frente a ella. Sintió de nuevo que el corazón se le aceleraba. Incluso las manos le habían comenzado a sudar. De forma casi instintiva las colocó sobre su apenas abultado vientre. Una de las cosas que más le estaba sorprendiendo de su embarazo, eran los escasos cambios que se habían producido en su cuerpo. Las caderas se le habían ensanchado ligeramente y tenía algo más de pecho, pero de momento no había ni rastro de la incipiente barriga que se suponía que debía lucir con más de cinco meses.

Cuando terminó de hablar la sala rompió en aplausos que se prolongaron durante varios minutos. A Elena seguía costándole digerir la puesta en escena que acababa de presenciar. Aun así, tenía claro que debía seguir adelante con el plan original. Mientras que el resto del público se levantó de sus asientos para formar una cola y poder llevarse sus ejemplares firmados, ella permaneció sentada en la semi penumbra al fondo de la sala. Desde allí podía contemplarlo todo mientras gozaba de cierta privacidad. Durante más de tres horas asistió en silencio al éxito más rotundo. Risas, retazos de conversaciones alegres, emoción e infinitas muestras de cariño se sucedieron una tras otra. De vez en cuando María y Javier se miraban a los ojos. A Elena no le pasó inadvertida la complicidad que existía entre ellos. Se preguntó cuánto tiempo llevarían juntos porque era obvio que ahí había algo. Al revés de lo que había imaginado, no se sintió dolida. El hecho de que María hubiera sustituido ya a Gonzalo dio todavía más alas y credibilidad al discurso que había elaborado.

Poco a poco la cola se hizo más pequeña. Cuando apenas quedaba una veintena de personas en ella y desde la librería ya se apremiaba a dar por concluida la firma de ejemplares, se levantó y se colocó la última en la fila. Sostenía un ejemplar de María entre las manos. A su llegada no tenía ninguna intención de comprar otra de sus sosas novelas. Después de ver el cambio físico y emocional que había experimentado su ex amiga, se sentía más que intrigada por conocer si su escritura habría sufrido también un cambio tan radical. Elena había escogido su vestuario con minuciosidad y especialmente para este encuentro. Pantalón negro, blusa de seda roja con unos pequeños motivos orientales y chaqueta también negra. Llevaba su melena rubia perfectamente recogida en un moño aparentemente informal pero que había llevado más de una hora de peluquería. También se había maquillado a conciencia para ofrecer su aspecto más exitoso y saludable. Unos zapatos de tacón casi imposibles completaban un *look* que parecía recién sacado de la

portada de una revista de moda. Estaba espectacular y se hubiera sentido casi con el mismo ánimo de no ser por la jaqueca que le había ido aumentando de forma progresiva a lo largo de la tarde. Llevaba un par de paracetamoles en el bolso. Lo único que su ginecóloga le permitía tomar en caso de extrema necesidad. Claro que eso había sido antes de que se desencadenase el desastre en su cerebro. Pero aquel no era el momento de pensar en ello. Por fin llegó su turno y con él, la hora de la verdad.

Me sentía embriagada de éxito y felicidad. La asistencia de público a la firma de libros había superado tanto mis expectativas como las de Javier. Incluso me atrevería a decir que las de la propia librería desde la que se había hecho un despliegue de medios impresionante y que también se había visto desbordada. Aun así, se habían esforzado por acoger a todas las personas que habían acudido a vernos y a oírnos hablar. Sin duda alguna, aquella iba a convertirse en una de las noches más importantes de mi vida, una que recordaría con cariño con el transcurso de los años. La magia que se respiraba en el ambiente, la complicidad y la calma que se habían instalado entre nosotros después de haber aclarado el tema que nos afectaba, la primavera que se colaba por cada rincón y el reconocimiento a nuestro trabajo, los llevaría siempre en un lugar muy especial del corazón. Comenzaba a notar ya los primeros síntomas de cansancio. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba dedicando ejemplares de mi novela, ni las fotos que me había hecho con mis lectores. Las charlas, las palabras cariñosas, las preguntas en confidencia y las risas se sucedían a toda velocidad. La última vez que había levantado la vista para comprobar el estado de la cola, había perdido la cuenta más allá de la treintena. De modo que me había vuelto a concentrar en lo que estaba haciendo y a disfrutar de una experiencia que sabía que era única. Por eso no lo vi venir. Esa fue la razón de que cuando una mano femenina con una perfecta manicura y piel finísima dejó caer con suavidad un ejemplar de mi última novela sobre la mesa, siguiera inmersa en mi particular burbuja de éxito y felicidad.

—Para Elena —dijo una voz serena, suave y con una dicción perfecta. Un sonido que mi cerebro enseguida identificó.

—Elena... —respondí al mismo tiempo que levanté los ojos del libro

sobre el que estaba a punto de escribir más palabras de emoción y gratitud—
¿Qué haces aquí? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Pero estás...?

—¿Viva? Sí. Necesitaba verte. Tengo que hablar contigo.

Nunca había creído demasiado en historias de fantasmas, ni en la de seres que regresaban del más allá. Pero ver a la que había sido mi mejor amiga de pie frente a mí, más elegante incluso de lo que la recordaba y como si nos hubiéramos visto el día anterior, casi me dejó fuera de combate. De hecho, me había sobresaltado tanto que todo mi cuerpo había comenzado a temblar.

—¿Ocurre algo? —preguntó Javier quien, por suerte para mí, se había dado cuenta de que algo no andaba como debería.

—Estoy alucinando —respondí en apenas un susurro.

—Soy real —se limitó a añadir Elena mientras sonreía y nos miraba a los dos con ese aire de suficiencia tan suyo— y necesito un momento contigo... a solas —dijo lanzándole una mirada glacial a Javier.

En un primer momento mi reacción fue la de aceptar sus palabras y hacer lo que me pedía. Estaba a punto de ponerme en pie, no sin dificultad porque las piernas todavía me temblaban de la impresión, cuando la sorpresa comenzó a dejar paso a un sentimiento bastante más poderoso: La rabia. ¿Con qué derecho se presentaba ahora, después del modo en el que había desaparecido de la faz de la tierra? Había pasado más de cinco meses sin una llamada, un mensaje. Ni siquiera se había molestado en darme una explicación antes de irse. Y ahora allí estaba. Con su aplomo habitual, con esa actitud de triunfo en la vida y de tener derecho a hacer con todo y de todo lo que le diera la gana.

Capítulo 33

A la rabia que ya había experimentado en un primer momento, se le unió una nueva emoción: El dolor. Elena había desaparecido de mi vida en el momento en el que yo más la necesitaba. Cuántas noches había llorado en silencio necesitando un abrazo, palabras que me calmaran o, simplemente, poder contar con un hombro sobre el que apoyar la cabeza y abandonarme a mi dolor. ¿Pero dónde estaba ella? ¿Por qué se había largado sin más? ¿Tan mal lo había hecho yo para ni siquiera responder a mis llamadas de teléfono ni a mis mensajes? Había considerado a la mujer que tenía frente a mí casi como a una hermana. Alguien que durante mucho tiempo fue mi confidente y a quien le confesé mis temores y más oscuros pensamientos. Y así me lo había pagado ella: Llevando su egoísmo hasta la máxima expresión, alejándose para poder lamerse las heridas frente a una pérdida que, si a ella le dolía, a mí me había roto por dentro. Ahora cómo se suponía que tenía que reaccionar. ¿Debía imitarla? ¿Fingir que no había pasado nada? ¿Tratarla con cordialidad y cariño como si todavía fuéramos amigas? No, no y mil veces no.

—¿Va todo bien, querida? —Volví a escuchar su voz y aquello fue la chispa que prendió la mecha con la que saldrían a la luz las emociones reprimidas, los pensamientos que había estado tratando de controlar por respeto, educación y sentido del saber estar.

—Sí. Solo dame un momento para que me reponga del susto. No estoy acostumbrada a enfrentarme con fantasmas y menos, con los que vienen del pasado.

En cuanto terminé de pronunciar estas palabras la miré directamente a los ojos y pude percibir su sorpresa. Un destello fugaz atravesó sus ojos y provocó que los entrecerrara. Las mandíbulas se le tensaron levemente y un rictus de profundo desagrado se instaló en sus labios apenas unos segundos. Pero Elena era una mujer que sabía cómo mantener a raya sus emociones por muy intensas que fueran. Enseguida volvió a adoptar su pose de impassibilidad absoluta ante lo que estaba sucediendo.

—Te aseguro que no soy ningún fantasma ni vengo de ningún lugar extraño. He estado aquí. Todo el tiempo.

Me miró directamente a los ojos y comprendí que había venido a buscarme con una intención que no sé si acababa de comprender. ¿Era posible

que pretendiera regresar a mi vida tanto tiempo después solo para discutir? No tenía ni idea de dónde provenía la rabia que podía intuir en ella a pesar del esfuerzo que estaba haciendo por mantener la calma con esa sonrisa envenenada. No tenía ninguna intención de montar una escena en la librería, ni en presencia de Javier. Tampoco quería que ella se saliera con la suya y me continuara tratando con aquella condescendencia que estaba empezando a sacarme de quicio.

—Pues para estar aquí te has pasado cinco meses muy bien escondida sin responder a los mensajes, a las llamadas, sin decir ni siquiera un hola, un estoy bien, cómo te encuentras. Pero bueno supongo que a estas alturas del cuento ya nada de eso importa.

—Tuve mis motivos para actuar como lo hice y si mantienes la calma, podemos ir a un sitio más íntimo y hablarlo todo.

Una parte de mí quería decirle que se fuera a la mierda y que regresara por donde había venido. Con qué derecho volvía ahora que yo había conseguido seguir adelante prácticamente sin ayuda de nadie. La otra, probablemente a la más humana y a quien todavía no se le había olvidado que había existido un tiempo en la que ambas fuimos amigas, quería escuchar lo que fuera que tuviera que decir.

—Está bien —me oí decir incluso antes de ser consciente de haber tomado esa decisión—. Podemos ir a tomar algo a un café que hay a la vuelta de la esquina.

—Me parece perfecto y estaría bien que lo hiciéramos a solas —Elena miró entonces a Javier quien había asistido en silencio a nuestra conversación.

—No te preocupes, muñeca, yo me esfumo en cuanto esto termine. Iré con vosotras a ese bar, me pediré un *gin-tonic* bien cargado e intentaré conocer a alguna cierva jugosa.

—Una gran idea, chato. Que vayas a buscar a las chicas que sí compiten en tu liga—. Elena destilaba rencor y maldad, algo que, si había asistido en alguna ocasión, no podía compararse en intensidad y crueldad a lo que acababa de suceder.

—¡Qué sabrás tú sobre la liga en la que juega! —Tal vez debería de haber guardado silencio, pero cada vez me sentía más indignada con todo lo que estaba pasando.

—Tienes razón. No sé mucho. Aunque sí lo bastante como para saber que, desde luego, tú no.

—Vete a la mierda —dije en un tono de voz tan bajo que pensé que no me

había oído nadie. Pero cuando miré de reojo a Javier me di cuenta de que se esforzaba por controlar las carcajadas. Su reacción me infundió todavía más valor. Cuando me levanté de la silla en la que había permanecido sentada casi cinco horas las piernas habían dejado de temblar.

Antes de salir de la librería dimos las gracias por la fantástica velada de la que habíamos disfrutado. A pesar de la aparición de Elena, el resto había sido maravilloso. Un evento que siempre íbamos a recordar.

Cuando salimos a la calle, Madrid olía a primavera, a cientos de posibilidades por descubrir, a una noche por disfrutar. No tenía ni idea de qué era lo que tenía que decirme, ni por qué había decidido regresar precisamente ahora. Lo que sí que tuve claro fue que nada ni nadie iba a conseguir romper la magia de lo que acababa de vivir. Echamos a andar. La Gran Vía estaba llena de gente que caminaba despreocupada disfrutando de la noche cálida. Poco después entramos en un conocido bar de copas y tuvimos incluso suerte porque pudimos sentarnos. Tal y como Javier había prometido se dirigió al final de la barra donde le vi pedir al camarero una copa. Elena y yo lo hicimos en una discreta mesa al otro extremo desde donde se podía ver el resto del amplio local. Cuando el camarero se acercó a nosotras me extrañó que ella solo pidiera agua. Pero bueno... Me habían sorprendido ya tantas cosas durante la última hora que decidí no darle más importancia a una más. Yo me pedí un vodka con tónica. En cuanto nos quedamos a solas guardé silencio y la miré. Estaba algo más pálida de lo habitual, aunque eso no le restaba un ápice de su elegancia natural. También creí percibir que había ganado algo de peso, pero le sentaba estupendamente. Siempre había estado demasiado delgada. Incluso era un tema sobre el que habíamos discutido más de una vez en el pasado. Había un brillo nuevo en sus ojos que tampoco supe bien cómo explicar. Si tenía que sacar una conclusión sobre la mujer que tenía frente a mí era que los últimos meses de ausencia y silencio le habían sentado más que bien.

—Te estarás preguntando a qué viene todo esto y qué es lo que estoy haciendo aquí —comenzó a decir en cuanto nos sirvieron las bebidas.

—No exactamente...

—¿De verdad? —dijo con tanta ironía y crudeza en el tono de su voz que todo mi cuerpo se puso en tensión.

—Unos meses atrás me hubiera encantado saber por qué desapareciste de ese modo, qué era lo que había sucedido para que te marcharas sin más. Sinceramente, hubiera agradecido un por qué, por estúpido o simple que hubiera sido. Ahora... Lo cierto es que me da ya bastante igual.

—¿Estás segura? —respondió con tanta insolencia que a punto estuve de levantarme y marcharme junto a Javier.

—Completamente. Una de las cosas buenas que tiene el paso del tiempo es que cura las heridas. Algunas cicatrizan por completo. Con otras se alivia el dolor. No existe nada tan importante como para mantenerte en una eterna espera, en un constante sufrimiento. No. Al menos ya no para mí.

—Qué mayor te has hecho en tan pocos meses...

—Elena si has venido hasta aquí para insultarme, provocarme o hacer que me sienta mal, nuestra conversación ha terminado. No tengo ni idea de por qué te fuiste y creo que tampoco quiero saber por qué has vuelto. Algo me dice que tus intenciones no son buenas y no quiero verme mezclada en ellas.

Hice intención de levantarme. Ella alargó la mano y me cogió de la muñeca derecha presionando con bastante fuerza. Nuestras miradas se encontraron de nuevo. En la suya percibí una mezcla de rabia y súplica que me desconcertó. Permanecí sentada sin quitarle los ojos de encima y con el firme propósito de marcharme en cuanto volviera a sentir que me faltaba el respeto.

—Han pasado muchas cosas durante todo este tiempo. En realidad, los acontecimientos comenzaron a suceder mucho antes de lo que imaginas —dijo mientras se llevó el vaso de agua a los labios y casi lo vació—. Nunca has estado muy despierta al mundo ni a nada de lo que pasaba a tu alrededor. Siempre en tu despacho, con tus historias, tus personajes y esa carrera como escritora que tanto te has empeñado en sacar adelante. Aún así, la realidad, estuvieras en ella o no, seguía su curso.

—Elena... —dije a modo de advertencia. Comenzaba a perder la poquísima paciencia que todavía me quedaba.

—¿Eras feliz con Gonzalo? Espero que me digas que sí porque solo así podré comprenderte.

—No entiendo la pregunta.

—¿Valía la pena estar al lado de alguien que no te quería, que te despreciaba y a quien le habías dejado de importar hacía mucho tiempo? ¿Te compensaba ser esa especie de mujer florero en las fiestas que organizabais, el trofeo que él lucía delante de sus jefes y de a cuantos pretendía sorprender, ese ejemplo de esposa perfecta que mantenía la casa en orden satisfacía a un hombre y a la que aún le quedaba tiempo para tener una carrera profesional?

—¿De qué puñetas estás hablando? ¡Gonzalo no me despreciaba! —dije sintiendo cómo la rabia subía por mi vientre y se abría paso a través de la garganta—. ¡Él me quería y me respetaba! ¡Jamás me exhibió como un trofeo

frente a nadie!

—¿Estás segura de eso? —Sus ojos se clavaron en los míos y un escalofrío me sacudió entera. Había algo nuevo en ellos. Ese brillo que había percibido ya en la librería. Aquella fue la primera vez que tomé conciencia de que el mal adopta formas extrañas y se llega a ocultar en lugares en los que jamás hubiéramos pensado que habita. Tras la belleza de a quien había considerado mi mejor amiga, en aquella mente privilegiada, en ese cuerpo esbelto y perfecto existía la maldad en su más amplia extensión.

—Sí... —Mi respuesta, aunque concisa, no estuvo exenta de cierta duda. Una especie de neblina comenzaba a extenderse en la zona exacta en la que nacía mi pensamiento tal y como solía pasarme cuando estaba a punto de escribir un capítulo esencial en alguna de mis novelas.

—¡Qué ciega y equivocada has estado! Has tenido la verdad frente a tus ojos todo este tiempo y jamás te ha interesado averiguarla.

—Elena, de verdad, no tengo tiempo para esto... —Aún no había terminado de hablar y percibí que la niebla de mi interior se había hecho más densa. Traté de averiguar en torno a qué posibilidad se estaba enroscando. Qué era lo que pretendía que yo no viera. Qué emoción o certeza no debía salir a la luz.

—Gonzalo siempre necesitó mucho más de lo que tú le dabas.

Esta frase me golpeó en el centro del pecho de tal modo que a punto estuve de quedarme sin respiración. Me sentía como la protagonista de una película de terror a la que la muerte la pilla por sorpresa. Una parte de mí intuía por dónde le iba a venir el susto o la muerte, pero la otra era incapaz de ver más allá.

—¡Qué sabrás tú de mi matrimonio!

—Más de lo que te imaginas.

Era obvio que estaba disfrutando del momento. El lenguaje corporal, el tono de voz con el que me hablaba, la mirada penetrante y la sonrisa de medio lado que le daba a su cara un aspecto tremendamente maligno. ¿Por qué ahora? ¿Qué la había hecho regresar? ¿La necesidad de hacerme daño? Eso ya lo había hecho con creces el mismo día en el que desapareció. Incluso los meses previos a la muerte de Gonzalo su comportamiento con respecto a mí había dejado bastante que desear. Si no la hubiera conocido en el pasado diría que ahora lo que la movía a hacer todo aquello era una especie de sed de venganza, un odio hacia mí que no sabía de dónde provenía, ni hasta dónde se remontaba.

—No sé si quiero que me lo expliques... Aunque supongo que, si has venido hasta aquí después de tanto tiempo, intuyo que debe ser para algo parecido.

Elena permaneció en silencio observándome. Poco o nada quedaba de la mujer que yo había conocido tantos años atrás y a la que le había confiado mi vida entera. Decidí imitarla y esperar a que fuera ella quien llevara la iniciativa. Al fin y al cabo, la idea de estar allí hablando no sabía demasiado bien de qué, había sido de ella. Mientras la observaba la densidad en el interior de mi mente comenzó a despejarse y un sentimiento amargo se instaló en la boca de mi estómago. El corazón comenzó a latirme con fuerza y noté cómo se me secaba la boca por segundos. Alargué la mano, cogí la copa que descansaba sobre la mesa justo enfrente y di un buen trago. Mientras las burbujas refrescaban la garganta, el alcohol descendía por ella. Fue entonces cuando tuve una revelación. Una de las que ya había comenzado a experimentar durante mi viaje a Galicia. Estuve a punto de abrir la boca y de dejar salir por ella todos los sapos y culebras que sentía crecer en mi interior. Pero me contuve. No iba a darle el placer de verme perder el control. Elena había dejado clara la clase de persona que me consideraba. No podía creer que alguien como ella hubiera sido capaz de mantener una amistad de más de veinte años con el ser que había descrito. Me costó muchísimo permanecer callada y con las emociones bajo control. Al final lo conseguí porque fue ella la que rompió el incomodísimo silencio que reinaba.

—Nunca has querido saber nada. Cada vez que las cosas se ponían feas aplicabas la técnica del avestruz. Solo que en vez de esconder la cabeza debajo del ala, tú te encerrabas en ese despacho tuyo a evadirte del mundo, a contar historias que solo existían en tu cabeza mientras que obviabas la realidad que vivía a unos pocos metros de donde te encontrabas. No te preocupes —dijo mientras hacía señas al camarero para que le sirvieran algo más— si quieres que hablemos de la verdad, de lo que en realidad pasaba y lo que te has estado negando durante años, yo te lo diré. Aunque tendré que ser breve. No dispongo de mucho tiempo.

Quería irme de allí, casi tanto como levantarme y darle un buen guantazo. Gritarle en la cara quién cojones se creía ella para juzgar nada, para dar lecciones o para dirigirse a mí con aquella superioridad moral. Ella cuya vida no es que fuera precisamente un ejemplo de relaciones duraderas en las que reinara ya no el amor, sino el más mínimo respeto o afecto. Y entonces lo vi. La neblina se había evaporado por completo y una imagen apareció con

claridad en mi mente.

—Vosotros... Estuvisteis juntos... —conseguí decir mientras notaba cómo se tensaba hasta el último músculo de mi cuerpo presa de la rabia y la decepción—. Gonzalo me engañó y fue... ¡Contigo! —pronuncié esta última palabra con una mezcla de desprecio y asco que me sentí incapaz de disimular.

—Veo que empiezas a abrir los ojos.

—¿Cómo pudiste? ¿Por qué? ¡Siempre dijiste que él no era para mí, siempre estuviste de mi parte! —Elevé tanto el tono de voz que pude ver cómo Javier hizo ademán de levantarse y venir hasta donde nos encontrábamos. Yo hice un leve movimiento de negación con la cabeza que él enseguida captó, aunque permaneció todavía más atento a lo que estaba sucediendo entre nosotras de lo que me constaba había estado hasta el momento.

—¿Me vas a culpar solo a mí de todo esto, querida?

—¿Gonzalo está muerto! ¿A quién quieres que haga responsable?

—¡A ti! Siempre en tu mundo, tan perfecta, tan atenta, tan solícita, tan dispuesta a agradar a todos, a no incomodar a nadie. Tu marido te engañó porque le aburrías. Y no me refiero solo al sexo. Hacía tiempo que ya no suponías ningún desafío intelectual para él.

—Y tú sí lo eras, ¿verdad? La gran Elena, la mujer hecha a sí misma, la empresaria que había cosechado grandes éxitos antes de cumplir los treinta y cinco. ¡Eras mi mejor amiga! ¡Te hubiera dado hasta la sangre si me la hubieras pedido!

—Lo sé y precisamente por eso he venido hasta aquí para pedírtela.

Estaba tan enfadada y confundida que pasé por alto las palabras que acababa de pronunciar. Solo era capaz de echar la vista atrás y repasar los últimos años de mi vida con mi marido. Las ausencias, la distancia y la frialdad que yo había achacado a la excesiva carga de trabajo que soportábamos los dos, a los constantes viajes. ¡Los viajes! ¿Cómo no lo había imaginado antes? ¿Cuántos habrían sido reales y cuántos de placer? Noté cómo la bilis ascendía por mi estómago y a punto estuve de vomitar. Opté por beber otro largo trago de la copa. Al menos así podría controlar las arcadas que estaba empezando a tener.

—¿Por qué? —volví a decir más para mí que esperando a que ella me respondiera.

—Porque pudimos, porque fue fácil, porque Gonzalo se merecía a una mujer con aspiraciones y no a la conformista en la que te acabaste convirtiendo. Él tenía sueños y tú nunca se los alimentaste. Durante años

observé en silencio cómo renunciaba a proyectos mayores porque sentía que no te impresionaba, que te daba igual cualquier cosa que hiciera. Solo importabas tú, tus novelas, tus sueños, tu carrera.

—¡Mentira! Jamás le impedí hacer un proyecto. Nunca me interpuse en ninguna de sus decisiones. Siempre estuve a su lado. En cada cena, reunión e incluso viaje con los clientes a los que se empeñaba en arrastrarme. Jamás le puse una mala cara ni le reproché el tiempo que yo sí tenía que arañar a mis sueños y proyectos. Gonzalo me tuvo a su lado hasta el final.

En cuanto terminé de hablar me di cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas resbalaban sin control sobre mis mejillas, tenía la respiración agitada y el cuerpo entero me temblaba.

—¡Qué ciega has estado! —repitió Elena aun con más desprecio.

—Y tú te has portado como una auténtica zorra. No sé quién eres. Ya no te conozco —añadí antes de que una nueva oleada de lágrimas me impidiera seguir hablando—. Quiero que te vayas.

—Lo haré en cuanto acabe lo que he venido hacer.

Mientras Elena bebía de nuevo del vaso me di cuenta de que el tono de su piel había empaldecido. Incluso me pareció adivinar un leve temblor en la mano mientras conversábamos. Si estaba nerviosa, lo había disimulado muy bien porque había pronunciado cada frase con un aplomo y frialdad espeluznantes. Me fijé también en sus ojos que me observaban casi con indiferencia y que habían perdido parte del brillo que había percibido cuando la vi en la librería por primera vez. No sabía qué hacer. Solo era consciente de que necesitaba salir de allí lo antes posible. Tenía que desahogarme y, por lo que conocía de mí, también sabía que debería enfrentarme a la realidad que me acababa de explicar.

—Gonzalo pensó en ti cuando comenzamos nuestra historia.

—¡Qué considerado!

—Bastante, habida cuenta de que apenas os veáis unas pocas horas al día.

—¿Por qué me odias? —acerté a decir con bastante esfuerzo.

—Lo tenías todo y no lo sabías disfrutar.

—¡Si lo disfrutaba! Yo era feliz con mi vida, al lado del hombre al que había escogido años atrás y con el que había decidido compartirlo todo. Tenía una existencia apacible, sin sobresaltos.

—¿Amabas a Gonzalo? Y no me salgas con tonterías y memeces románticas.

—Sí.

—¿Estabas enamorada de él?

—No. Jamás lo estuve. Pero no le engañé. Era consciente de eso desde el primer momento y no le importó. Siempre fue feliz con mi forma de quererle, con la vida que planeamos juntos, con nuestra rutina.

—Si estuvieras en lo cierto nunca se habría alejado de ti.

—Pero se fue contigo...

—Exacto.

—No voy a eximir a mi marido de la responsabilidad de haber tenido una aventura porque eso es siempre cosa de dos. Aunque tengo muy claro que si él me engañó no fue quien comenzó el juego. ¿Me equivoco?

—Aciertas de pleno. Fui yo quien, harta de ver cómo desperdiciaba su vida y su talento decidí hacer algo.

—¡Qué generosa! No sé si podré agradecerte tanta amabilidad —la rabia se había apoderado de todo mi cuerpo. Incluso hubiera podido afirmar que sentía cómo circulaba por mis venas.

—La ironía no te pega nada.

—¡Qué sabrás tú!

—Deja de repetir esa frase. No me impresiona.

—Ni tú a mí tampoco. Ya no. Durante años te he admirado. He sentido incluso fascinación por ti. Siempre me pregunté cómo conseguías estar perfecta en todo momento, de dónde sacabas el tiempo para las mil actividades que hacías a lo largo del día, cómo era posible que tuvieras siempre la frase adecuada, el gesto correcto, esa forma tuya de hipnotizar a cuantos se te acercaban. Siempre me he sentido a tu sombra, pero me sentía tan orgullosa de ti y de lo que habías alcanzado que no me importó. Asumí que en nuestra particular relación eras tú la estrella y lo acepté sin rechistar. Luego murió Gonzalo y te largaste sin más. Ahora entiendo por qué, pero eso no justifica ni hará que perdone las noches en blanco preguntándome si había hecho algo mal, cuál era la razón por la que tú también me hubieras abandonado. La culpabilidad que he sentido durante tanto tiempo y que tú provocaste la llevaré en mi interior para siempre. Sin embargo, no todo es malo en la vida. Salí de casa, me fui a un rincón perdido del mundo y allí me aislé todavía más. Eso que a ti tanto te molesta y te enfurece, ese viaje hacia el interior consiguió que viera las cosas de un modo completamente distinto. Ya no soy esa mujer, Elena. Nunca fui el ser que tú describes y al que tanto odias. Tuve mis momentos de confusión, de duda, de apocamiento. ¿Quién no los

tiene a lo largo de su vida? Pero no era mala, ni inútil y, por supuesto, no me merecía esta clase de traición por mucho que tú la justifiques de ese modo. La María a la que conociste también murió con Gonzalo. No tengo intención de dejar que nada de ella perdure en mí. Al menos ninguno de sus defectos. De modo que no, Elena, no tienes ni puta idea de la mujer en la que me he convertido.

En cuanto terminé la miré de nuevo a los ojos y pude ver cierto desconcierto en ellos. Yo estaba llorando de nuevo, aunque me daba completamente igual. Me importaba poquísimos que un ser tan abyecto y maligno como el que tenía delante viera mis emociones por última vez. Porque sí, tenía claro que no quería volver a verla jamás. No ya porque me sintiera engañada y estafada, sino porque no quería a nadie tan tóxico como ella en la vida que con tanto esfuerzo estaba tratando de reconstruir. Elena estaba a punto de decir algo. Yo no estaba dispuesta a aguantar más dolor.

—Dejémoslo aquí, por favor. Sé que me costará. Que será difícil... Espero que con el tiempo sea capaz de recordar solo las cosas buenas que compartimos y tener en la memoria a la mujer que durante un tiempo sí demostró ser mi amiga. Ahora mismo considero que no tenemos nada más de qué hablar.

—Te equivocas. Sé que no lo vas a entender ahora y probablemente pienses que no tengo derecho a nada. Es cierto. No lo tengo. Sin embargo, no puedo irme de aquí sin terminar lo que he venido a hacer. Necesito que te hagas cargo de algo. Mejor dicho... de alguien. Es nuestro legado y no puedes rechazarlo. Después de hoy sé que tendrás nuevas preguntas en tu interior y harás lo posible por hallar todas las respuestas. Tal vez yo pueda proporcionarte algunas de ellas, pero no aquí ni ahora. Dime que sí y después haré todo lo posible por aclarar tus dudas.

—No sé de qué me estás hablando y tampoco quiero saberlo. Solo quiero que te vayas, que te alejes de mí y que no vuelvas nunca. Si fuera capaz de experimentar un sentimiento como ese estoy convencida de que hasta te odiaría en este mismo instante. Ahora lo mejor para ambas será que me vaya.

Antes de levantarme de la mesa le lancé una última mirada. Me di cuenta de que estaba completamente pálida. Pequeñas gotas de sudor perlaban su frente y la mirada, nítida hasta entonces, se había oscurecido. Me pareció que acababa de pronunciar una palabra, algo que sonó como “Ania” o “Ayla”. A continuación, se desplomó sobre la mesa. Me acerqué e intenté reanimarla. Javier, que había aparecido a mi lado casi a la velocidad de la luz, comprobó

que respiraba. Sin pensarlo dos veces cogí el teléfono y llamé a los servicios de emergencias. Hasta que llegaron, ambos hicimos todo lo posible por conseguir que recuperara la consciencia. No lo conseguimos.

Las siguientes horas fueron una mezcla de surrealismo y pesadilla de la que estaba deseando despertar. Una parte de mí era consciente de que lo que estaba viviendo era del todo real. Otra se afanaba por ordenarle a mi cerebro que me sacara de allí y me devolviera a la feliz realidad, a ese sublime instante en el que había sentido el mundo a mis pies, que era capaz de todo y de conseguir cualquier meta que deseara. No fue así. Al contrario. En cuanto llegamos al hospital se hicieron cargo de Elena con una celeridad que me hizo sospechar lo peor. Javier insistió en acompañarme y procuró entretenerme durante el todo el tiempo que pasamos en la sala de espera. Agradecí todos sus esfuerzos, pero mi mente trabajaba a toda velocidad reproduciendo una y otra vez la conversación que acabábamos de mantener. El puñal de la traición de Gonzalo todavía sangraba, pero lo hacía aún más el haber tomado consciencia del mal por el mal. Elena lo había definido sin el más mínimo rubor. Me había arrebatado lo que más quería por el placer de hacerlo y porque podía. Acababa de defender frente a mis ojos el derecho a ser mala persona, a comportarse como el ser egoísta que en realidad siempre había sido y no pensaba disculparse por ello. Cuántas veces en mis novelas había tratado de dibujar personajes así pensando que solo podían existir en la imaginación. Jamás hubiera pensado que tenía uno de ellos tan cerca. Y así era. No podía dejar de pensar tampoco en la extraña petición que me había hecho justo antes de desvanecerse. De qué o quién se suponía que tenía que hacerme cargo y por qué había esperado tanto tiempo para contactar conmigo. Yo no tenía la más mínima intención de acceder a su petición. Si ya me había dolido su desaparición, la herida que acababa de abrir, y el modo en el que había regresado a mi vida, iba a sangrar bastante. El tiempo lograría que olvidara todo lo sucedido. Al fin y al cabo, quien realmente importaba en esta historia había muerto. Pero sabía que nunca sería capaz de perdonar a ninguno de los dos. En esto estaba cuando un hombre más o menos de mi edad y que se identificó como el Doctor Moreno se dirigió hasta donde estaba sentada y comenzó a hablar.

Un montón de palabras sin sentido comenzaron a sonar y se instalaron en mi mente con fuerza. Derrame cerebral, coma inducido, situación crítica, semanas de gestación... Fue al oír esto último cuando conseguí volver a la realidad.

—¿Está embarazada? —conseguí articular gracias a que Javier sostenía casi todo el peso de mi cuerpo con sus brazos.

—Lo sigue estando. El feto tiene veintidós semanas y se encuentra en perfecto estado. No así la madre, que tiene un daño cerebral irreversible.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —murmuré mientras intentaba buscar algo de coherencia en todo lo que estaba pasando.

—La paciente había determinado con anterioridad cómo proceder si algo similar sucedía. De modo que, en cuanto logremos estabilizarla y esté fuera de peligro, la trasladaremos a Barcelona. Allí su equipo médico podrá contestar a todas estas preguntas. Lo lamento, de verdad.

El médico desapareció de la sala antes de que pudiera articular palabra. Me sentía mareada y estaba a punto de vomitar. Por suerte, Javier se dio cuenta de que estaba a punto de entrar en shock y me trajo una bebida azucarada que me obligó a beber sin rechistar. Unos minutos después el sudor frío y el temblor de piernas se había aliviado. Pero no el caos que reinaba en mi mente.

—María, en dos horas podemos estar sentados en un avión de regreso a casa.

—¿Y dejar a Elena aquí sola?

—Poco podemos hacer por ella. Ya has oído al médico.

—Ya...

Era incapaz de procesar nada de lo que estaba pasando a mi alrededor. Elena acababa de regresar justo para marcharse otra vez y, según había podido entender, de forma definitiva. ¿Qué pasaría con el bebé? ¿Quién se haría cargo de él? Ella no tenía familia y no había nadie a quien acudir. Durante años yo había sido la única persona a la que podía considerar familia. Qué iba a suceder con Elena a partir de ahora. Cómo se decidiría si seguía conectada a una máquina hasta que todo fallara o si se despedía de la vida con el menor sufrimiento posible.

—Anda... Vámonos. Volvamos a casa. Allí podremos pensar con calma sobre todo lo que ha pasado hoy.

—Lo has oído todo, ¿verdad?

—Más o menos —reconoció Javier con un punto de vergüenza en el tono de su voz.

—¿Crees que ese niño es de Gonzalo?

—Sí.

—Yo también.

—No tienes que pensar en eso ahora. Regresemos a Barcelona. Descansemos unas horas y después ya analizaremos todo esto.

—Puedo hacerlo sola —respondí en un intento de hacerle saber que no tenía por qué cargar con mis problemas.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. No vas a pasar por esto sola. No si yo puedo remediarlo.

—Javier...

—Tranquila. No estoy confundiendo las cosas. Tampoco pretendo aprovechar la situación para intentar nada. Lo has dejado muy claro. Seremos amigos, ¿de acuerdo?

Asentí a modo de respuesta. Se me había formado un nudo en la garganta que me impedía hablar. Las lágrimas habían comenzado a resbalar por mis mejillas con fuerza y noté cómo todo mi cuerpo volvía a temblar. Él me pasó el brazo por encima del hombro y me sujetó con fuerza. Minutos después abandonábamos juntos el hospital con una única idea en mente: Volver a casa.

Capítulo 34

A primera hora de la mañana, Javier se encargó de hacer las maletas y estábamos a punto de irnos al aeropuerto cuando recibí la llamada de un número que no conocía. Mi primera intención fue no responder. El corazón me latía a toda velocidad y notaba el pulso golpeando con fuerza contra mis sienes. La vida que unas horas atrás me parecía tan organizada y encaminada, se había convertido de repente en un montón de incógnitas y preguntas sin respuesta. Las dos únicas personas que podían saciar mi necesidad de saber no estaban. Al final decidí responder y mi sorpresa fue mayúscula al darme cuenta de que hablaba con el abogado de Elena. Me impresionó la rapidez con la que se puso en contacto conmigo y también toda la información que me proporcionó. Al parecer mi amiga lo había dispuesto todo semanas atrás y, según pude entender dentro de la confusión que experimentaba, yo era la persona designada para tomar las principales decisiones. El letrado me proporcionó la dirección del hotel en el que ella se alojaba e insistió en que me hiciera cargo del equipaje que había dejado allí. Una vez llegara a Barcelona hablaríamos de lo relativo a su estancia en el hospital y del hecho de que su cliente había decidido que, pasara lo que pasara, debíamos asegurarnos de que su embarazo llegara a buen término.

La conversación fue tan breve que, al finalizar incluso me dio la sensación de que la había soñado. De no haber sido por la atención con la que Javier me miraba, lo hubiera dado por hecho. Con la poca energía que me quedaba le comuniqué que de camino a Barajas debíamos pasar por el hotel de Elena. Por suerte para mí, él no hizo preguntas y volvió a ponerse al frente de la situación. Cuando llegamos, en la recepción ya estaban al tanto de nuestra visita por lo que hacernos con su escaso equipaje fue prácticamente cuestión de minutos. Antes de salir del hospital ya me habían dado varias de sus pertenencias entre las que se encontraba el bolso que llevaba durante nuestro encuentro. Yo me había limitado a entregárselo a Javier y ahora descansaba en el fondo de alguna de nuestras maletas. Cuando por fin me senté en el avión me sentía completamente agotada y sobrepasada por las emociones.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

La voz de Javier sonaba con una convicción que incluso me molestó. En los últimos tiempos parecía que aquella expresión me perseguía y, sin

embargo, tenía la sensación de que las cosas en vez de aclararse, cada vez se complicaban más.

—Si te digo la verdad... ¡Ya no sé qué creer!

—Todo ha sucedido de forma muy precipitada y apenas has descansado. No sé hasta qué punto estabas unida a esta mujer, pero tienes que tomarte lo que está pasando con mucha calma.

Sabía que Javier había oído nuestra conversación. Había estado pendiente de mí en todo momento y tenía que agradecerle el trabajo que estaba realizando. Me había quitado un enorme peso de encima al hacerse cargo de todo y, de paso, intentar protegerme de la tragedia. Por un momento pensé que sería bueno que le contara la totalidad de la historia. Mi vínculo con Elena, mi vida con Gonzalo, la importancia de todo lo que acababa de descubrir. No pude. En cuanto intenté organizar un poco las ideas, el peso de las emociones se apoderó de mí. Me esforcé todo lo que pude por mantener las lágrimas bajo control y, aunque poco pude hacer por los escalofríos que recorrían mi cuerpo, al menos evité romper a llorar en pleno vuelo.

—Sé que te debo una explicación y quiero que sepas que te agradezco mucho todo lo que estás haciendo. De no haber sido por ti aun estaría en la sala de espera de ese hospital sin saber muy bien qué hacer —dije en cuanto el avión despegó y las luces de Madrid se hacían cada vez más pequeñas.

—No me debes nada. Recuerda, somos amigos. O al menos eso es en lo que queremos convertirnos. Si alguien debe una disculpa soy yo. Oí más de la cuenta y, aunque me gustaría saber todo lo que ha sucedido en tu vida y cómo has llegado hasta aquí, no voy a hacer ninguna pregunta. Tampoco emitiré ningún juicio de valor. Estoy contigo y cualquier decisión que tomes me parecerá acertada. Te apoyaré hagas lo que hagas.

—¿Por qué?

—Porque sé que escogerás la opción correcta. La que, esta vez sí de verdad, te haga feliz.

No pude responder y me limité a ofrecerle una tímida sonrisa. Detrás de su imagen frívola y despreocupada había, tal y como yo había intuido, un hombre maravilloso. No el que yo necesitaba o el que quería para mi presente. Sí uno que valía mucho la pena y que se merecía lo mejor. Apenas dijimos nada más hasta llegar a Barcelona. Un taxi me dejó en la puerta de casa y cuando hice ademán de despedirme no lo conseguí. Javier se plantó a mi lado y se negó a marcharse.

—Seguro que ahí dentro hay un sofá en el que pueda meter el culo y

también podré agenciarme un par de mantas —dijo mientras yo buscaba nerviosa las llaves en el interior de mi bolso—. Necesitas dormir, descansar, desconectar de todo o lo que sea que tengamos que hacer para que puedas ver las cosas con más claridad. Te esperan días muy difíciles y no vas a pasarlos sola.

Quise responderle que no estaba sola. Que desde que le había conocido le consideraba ya una parte importante de mi vida. Quise contarle que también estaba Carlos a quien todavía tenía que explicarle lo sucedido. Sin embargo, guardé silencio. No estaba acostumbrada a que otra persona se hiciera cargo de mí cuando mi vida se tambaleaba y, aunque sabía que no debía acostumbrarme, tampoco había nada malo en dejarme mimar durante unas horas. Cuando entramos en casa, Javier dejó las maletas en el recibidor y me siguió hasta el salón. Yo fui directa al bar. Necesitaba algo fuerte antes de quitarme por completo la tensión bajo la ducha. Alargué la mano y cogí la botella de ginebra que solía tener para las ocasiones especiales. La London 1 era mi favorita cuando celebraba que había terminado de escribir una novela. Luego tomé dos vasos del armario contiguo y fui generosa dejando que el alcohol los llenara. Javier alargó la mano y cogió la dosis que parecía necesitar tanto como yo. La apuramos de un trago y en silencio. Rellené de nuevo y observé. Él me miraba de ese modo tan especial, de la misma manera en la que lo había hecho aquella primera noche en Málaga, una ciudad que ahora me parecía casi tan lejana como un sueño. La confusión, el dolor, la rabia y el desconcierto me hubieran podido servir como excusa perfecta para acercarme a él, abrazarlo, besarlo y, por qué no, arrancarle la ropa. Seguramente entre sus brazos encontraría parte del consuelo y la calma que ahora tanto necesitaba. No lo hice. Sabía que había ganado un amigo, alguien especial a quien quería conservar en mi vida. Además, había otros brazos, otros ojos y otros labios en los que me quería perder en realidad. Los mismos que tanto miedo me estaba dando aceptar. Esa persona a la que sabía que necesitaba no porque de nuevo mi existencia se hubiera visto alterada, sino porque le echaba de menos de verdad.

—Estás en tu casa. Voy a darte una ducha y a ponerme ropa más cómoda —dije justo antes de apurar la segunda copa.

—Estaré bien —respondió sin apartar sus ojos de los míos y leyendo a la perfección tanto mi estado de ánimo como las emociones a las que me estaba enfrentando.

Al pasar por su lado dejé un cálido y sincero beso en su mejilla. Él

acercó sus dedos a la mía y me acarició con suavidad. Fui consciente del esfuerzo que estaba realizando por no acercarse a mí, tomarme entre sus brazos y hacer exactamente lo mismo en lo que yo había pensado unos segundos atrás. De nuevo me sentí afortunada y reconfortada. Mientras sentía cómo la ginebra comenzaba a calentar mi interior, me dirigí a mi dormitorio, elegí la ropa más cómoda que pude y, poco después, me perdí en el interior del cuarto de baño. Cuando regresé al salón Javier también se había cambiado y leía cómodamente tumbado en el sofá. La botella de ginebra descansaba en la pequeña mesa que había justo a sus pies. A su lado, dos copas vacías que sabía que se volverían a llenar. En cuanto se percató de mi presencia cerró el portátil, se incorporó ligeramente y me invitó a que me sentara junto a él. Obedecí y, cuando noté el calor de su cuerpo junto al mío, me invadió una sensación de enorme bienestar. Pasó un brazo por encima de mis hombros y me atrajo todavía más hacia él. Permanecimos en silencio disfrutando de los primeros instantes de calma y verdadera paz en horas. Cerré los ojos y me concentré en el ritmo de mi respiración. Estaba de lo más relajada, incluso diría que cercana al sueño, cuando escuché de nuevo su voz.

—¿Y ahora qué? —dijo con ese tono que tanto me calmaba y me gustaba.

—Supongo que voy a tener que empezar a tomar un montón de decisiones.

—Eso parece...

—No tengo ninguna clara si es lo que me estás preguntando.

—Pues vas a tener que aclararte la mente y rápido.

—¿Por qué?

—¿Es que no has aprendido nada de todo lo que acaba de pasar?

—Sobre qué en concreto.

—La vida, el tiempo, el momento oportuno, el lugar adecuado.

—No sé si te sigo —dije separándome de él con suavidad y mirándole a los ojos.

—Sabes que oí vuestra conversación del mismo modo que eres consciente de que tienes un montón de trabajo por hacer.

—Si te refieres a perdonar, olvidar y seguir adelante con mi vida creo que eso es exactamente lo que he hecho desde la muerte de mi marido.

—No lo dudo, pero ahora las cosas han cambiado.

—Si. Dispongo de una información que no tenía hace cinco meses, aunque eso tampoco hace que cambie nada.

—¿De verdad?

—¿Qué puedo hacer ahora? Mi marido está muerto. Eso es irreversible

como lo es el hecho de que me engañara con mi mejor amiga. Eso ya no tiene arreglo. Elena tampoco está en situación de mejorar mucho las cosas. De modo que todo sigue igual.

—Solo que ahora sabes la verdad.

—¿Era necesario que la supiera? Quiero decir —añadí al ver cómo Javier abría los ojos por la sorpresa que le acababa de provocar mi respuesta — ¿me va a aliviar la pena o el sufrimiento por el que ya he pasado? ¿Va a hacer que cambie el vacío y las preguntas que me han rondado la mente durante todo este tiempo?

—No, pero sí puede que condicione las decisiones que debes tomar a partir de ahora.

—¿Te refieres a lo que sea que haya dispuesto Elena para mí y que todavía no sé?

—Sí.

—Como ya sabes ella se encargó de dejar claro en nuestra conversación sus verdaderos sentimientos hacia mí, el modo en el que me había visto en realidad durante tantos años y que jamás se atrevió a compartir conmigo. Sinceramente, lo que ella quiera que haga me la trae al paio. No acataré sus decisiones simplemente porque sí. Tal vez hubiera algo de verdad en las palabras que me dirigió, en el modo en el que describió mi comportamiento en el pasado, pero se olvidó de algo. Vino a hacer exigencias a la mujer a la que tan bien creía conocer sin tener en cuenta la posibilidad, por remota que fuera, de que yo hubiera cambiado. Y lo he hecho. Los acontecimientos de los últimos meses y el tiempo que he dedicado a meditar me han convertido en alguien distinto. Y te puedo asegurar que la persona en la que me estoy convirtiendo está muy lejos de plegarse a las exigencias de un ser que ha manifestado tanto rencor y rabia hacia mí.

—Y, sin embargo, desde que salimos de ese hospital no has hecho otra cosa que seguir sus indicaciones —sabía que Javier intentaba hacerme ver el conjunto de la situación, que trataba de ayudarme en un momento bastante complicado y por eso no me dejé llevar por el impulso de poner el grito en el cielo y sentirme atacada por él.

—No te equivoques. Mi forma de actuar desde hace unas horas no obedece a los deseos de nadie ni a sus exigencias. Hay una cosa que se llama moral y la mía en este momento dicta que averigüe qué es lo que Elena quiere de mí. Después actuaré en consecuencia. Igual que no dejas a un animal herido en medio de una carretera, tampoco puedes desprenderte de un ser humano de

cualquier manera, por mucho daño que te acabe de hacer.

—Ese es tu punto de vista, aunque podríamos debatir muchísimo sobre eso.

—Seguro que sí. Por lo que a mí respecta el debate está cerrado. Hago lo que entiendo que debo hacer por una persona a la que, hasta hace apenas unas horas, consideré mi mejor amiga. Que ahora sepa que me equivoqué o que tenga la sensación de haber perdido unos años preciosos junto a ella no quita que vaya a hacer lo correcto.

—Te admiro —dijo Javier con media sonrisa dibujada en su rostro—. Yo no sé si la hubiera dejado allí y hubiera pasado de todo.

—Te habrías comportado igual que yo —respondí con una rotundidad que le sobresaltó—. Aunque no lo creas, nos parecemos más de lo que imaginas.

—Por eso no podemos estar juntos.

—No. La razón por la que no podemos mantener otro tipo de relación es porque mi corazón tira de mí en otro sentido.

—Hacia otro hombre.

—Sí.

Nos refugiamos de nuevo en otro de nuestros cómodos silencios. Era curioso el modo en el que las cosas sucedían entre nosotros. Podíamos ser sinceros hasta herirnos y, sin embargo, una especie de hilo invisible muy sólido nos mantenía unidos. En Madrid él ya había encajado el rechazo. Ahora lo tenía tan claro que incluso me dio la impresión de que me estaba empujando en sentido opuesto. Sabía que tenía que hablar con Carlos. Pero no del manuscrito, ni de trabajo, ni de cualquier otra trivialidad. Debía sentarme con él, ser valiente y enfrentar mis verdaderos sentimientos. Esos que por puro miedo y temor me estaba guardando para mí.

—Supongo que él lo sabe —dijo después de un buen rato.

—No exactamente...

—¡María, no me jodas! ¿Existe un tipo en el mundo por el que sientes algo y ni siquiera se lo has dicho?

Su estallido de genio provocó que comenzara a reír a carcajadas. ¿Cuándo se suponía que había pasado de ser alguien con alguna opción en mi vida, o al menos así lo había creído días atrás, a hablar como si de mi mejor amiga se tratase? ¿En serio quería mantener ese tipo de conversaciones con un hombre que me constaba sentía algo por mí? Y conociéndome como él ya lo hacía, ¿por qué le parecía tan extraño el hecho de que existiera alguien a quien no le hubiera abierto del todo mi corazón?

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —dijo mirándome con una mezcla de burla y falso enfado.

—Que te tomes esto como si fueras mi compañera de habitación de la universidad o peor... ¡Mi madre!

—No sé a qué clase de gente estarás acostumbrada, pero en el mundo del que yo vengo hay que saber adaptarse a las circunstancias a toda velocidad.

—Por lo que veo a ti se te da genial.

—Soy camaleónico ya me conoces —dijo al tiempo que me guiñó un ojo—. Y también sabes que mi preocupación es sincera. Lo único que quiero es que estés bien.

No hizo falta que lo mirara de nuevo a los ojos para saber que estaba siendo del todo sincero. Desde luego admiraba la facilidad con la que se había adaptado a la nueva situación y, otra vez, me sentí agradecida por tenerlo a mi lado en un momento como aquel.

—Sé que tengo una conversación pendiente y la mantendré cuando sea el momento.

—¿No crees que sería un buen paso que él estuviera aquí, que le contaras todo lo que te está pasando? A ver... —añadió al tiempo que sostenía una de mis manos entre las suyas— no es que yo pretenda quitarme del medio ni mucho menos. En realidad, no me perdería este culebrón por nada del mundo. Honestamente considero que dadas las circunstancias tal vez necesites otro tipo de... refugio.

—Seguro que escribes una novela sobre esto...

—Apuesta tu vida a ello, pero no desvíes el tema de la conversación, por favor.

—Supongo que sí. Que debería coger el teléfono, llamarle y explicarle lo que está pasando. Pero no me veo con ánimos. Esta es una conversación de las que se deben mantener cara a cara.

—Pues dile que venga. Yo me esfumo si hace falta.

—No es necesario que te vayas a ninguna parte —respondí sin poder evitar una sonrisa—. Está a mil kilómetros de distancia.

—¿Y no hay aviones donde vive? ¿Trenes? ¿Autovías? En serio María no sé dónde está el problema. ¿Tan difícil es llamar a una persona por la que es evidente que sientes algo y decirle que la necesitas?

No. En realidad, no lo era. El único problema residía en el hecho de que en mis más de cuarenta años de vida jamás le había pedido ayuda a nadie. Estaba tan acostumbrada a tragarme las emociones, las satisfacciones y las

decepciones que ni si quiera me planteaba la posibilidad de decirle a otro ser humano que lo necesitaba. Esto, añadido al hecho de que me daba auténtico terror enfrentarme a mis sentimientos, provocaban que fuera incapaz de pedir ayuda ante una situación que era más que obvio que me sobrepasaba. Javier tenía razón y si yo quería que las cosas en ese aspecto de mi vida comenzaran a funcionar, debía de dar el primer paso por pequeño e insignificante que fuera.

Miré a Javier otra vez y vi que él me observaba siendo de nuevo consciente de las emociones contradictorias que se estaban produciendo en mi interior. Qué bonito que otro ser humano pudiera leerte con esa facilidad. Solo deseaba que la persona por la que estaba a punto de apostar también fuera capaz de hacerlo en el futuro. No pude pensar mucho más porque, pocos segundos después, el teléfono móvil descansaba sobre mi mano y un par de ojos estaban pendientes de todos mis movimientos. Respiré hondo un par de veces y, en cuanto marqué, Javier se levantó del sofá, salió del salón y me dio toda la intimidad que necesitaba para mantener una conversación que, sin duda alguna, supondría un antes y un después.

—Espero no haberte despertado —dije en cuanto escuché la voz de Carlos al otro lado del teléfono.

—Tranquila, estaba leyendo. Además, siempre es buena hora para saber de ti... —Al parecer no era la única que había decidido dar un paso más y dar cierta rienda suelta a los sentimientos— ¿Va todo bien, María?

—Yo estoy bien sí. Bueno... en realidad no —en cuanto pronuncié esta frase las lágrimas llenaron de nuevo mis ojos y el nudo en la garganta se hizo un poco más fuerte.

—¿Qué sucede? ¿Qué necesitas? —No tenía ni idea de cómo era su dormitorio, pero por un momento, lo imaginé sentado sobre una enorme cama al lado de un ventanal con unas bonitas vistas a la ciudad.

—Ha sucedido algo... inesperado. He tenido que regresar a Barcelona antes de lo previsto y bueno... —Sentí las palabras negándose a salir—. Necesito verte —añadí después de mucho esfuerzo para recuperar cierta calma.

—Sí... Claro... En cuanto sea posible...

—No Carlos, tengo que verte ahora. Ha pasado algo y yo... yo no quiero hacer esto sola.

Ya estaba lo había dicho. Había sido capaz de expresar en voz alta la urgencia de sentirlo a mi lado, de mirarlo a los ojos y de saberme apoyada por

él en una situación que me estaba costando mucho manejar y que presagiaba que iba a ser aún más complicada.

—Mañana estoy ahí. Saldría ahora mismo, pero tengo una reunión a la que no puedo faltar. En cuanto termine, cogeré el primer vuelo que salga de Vigo. ¿Seguro que estás bien?

—Le ha sucedido algo a una persona muy cercana. De hecho, está en el hospital y he sabido una serie de cosas que, en realidad, no sé si necesitaba saber. La cuestión es que en estas últimas semanas siento que todo se ha precipitado y yo solo... necesito verte.

—En unas horas estoy allí, cariño. Hablaremos si quieres y si te apetece me explicas lo que está pasando. Yo también quiero verte, aunque mi razón es muy obvia —Carlos sonrió al otro lado del teléfono y yo que me había percatado de la forma cariñosa con la que se había referido a mí sentí cómo se me ensanchaba el alma—. O pasaremos o si lo prefieres estaremos en silencio. Sea como sea, en unas horas estaremos juntos.

—Gracias —fue todo lo que acerté a responder mientras las lágrimas lo llenaban todo y poco a poco se iba deshaciendo la presión que hacía horas sentía en el centro del pecho—. Te lo contaré todo en cuanto pueda, de verdad.

—No necesito que me expliques nada. Me has llamado. Me necesitas. Aquí me tienes. Lo demás...da lo mismo.

—Cuando sepas la hora del vuelo dímelo, por favor.

—Tú solo preocúpate por decirme dónde quieres verme. Olvídate de lo demás. ¿Lo harás?

—Lo intentaré. Te recogeré en el aeropuerto.

—Creo que sabré no perderme por Barcelona.

—Lo imagino... Pero quisiera hacerlo —añadí al tiempo que sentí un extraño cosquilleo en el mismo lugar en el que tan solo unos segundos atrás había reinado la angustia.

—Está bien. Te llamaré en cuanto lo tenga todo listo. Prometido.

—Gracias...

—Deja de dárme las. No soy una máquina expendedora de tabaco.

Sonreí al darme cuenta de que él también lo hacía. Sabía cuánto le incomodaba que le agradeciera nada. Lo había comentado ya en las conversaciones que habíamos mantenido cuando estuve en Galicia. Incluso me había comentado que en alguna ocasión le había llegado a decir aquella misma frase a alguna clienta de la librería.

—No te las daré, aunque sí las sienta —respondí después de permanecer

varios segundos en silencio tan solo escuchando el ritmo relajado de su respiración—. Tal vez todo sería más fácil si aprendiéramos a decir en voz alta todo lo que callamos —dije casi en un susurro, porque pretendía ser más una reflexión para mí que algo que quisiera compartir con él.

—En eso estamos —respondió no sin antes dejar escapar un profundo suspiro que me dio una idea de que a él también le estaba costando gestionar y arriesgarse con lo que sentía.

Sabía que habíamos hablado de ir poco a poco. Darnos tiempo y espacio nos había parecido la mejor opción tan solo unas pocas semanas atrás. Ahora, tal vez por lo que acababa de descubrir, quizás porque la fugaz reaparición de Elena había abierto viejas heridas y temores, la posibilidad de dejar pasar el tiempo hasta averiguar si lo que sentíamos el uno por el otro valía la pena en realidad, se me antojó de lo más cobarde y absurda. Mi amiga había esperado tal vez años hasta conseguir lo que quería. ¿Para qué? En uno de sus golpes magistrales, la vida le había arrebatado aquello por lo que tanto se había esforzado. Aquella misma tarde, cuando parecía que encontrarme era lo último que le faltaba por lograr en su complejo plan, ni siquiera había tenido la opción de terminar la conversación que había iniciado. Nos gustara o no, el tiempo se nos escapaba como el agua de lluvia entre los dedos. Por mucho que nos empeñáramos en decirnos que teníamos toda la vida por delante, ninguno de nosotros tenía esa certeza. Entonces... ¿Para qué esperar? ¿Por qué callar? ¿Qué impedía que venciéramos nuestros miedos y nos arriesgáramos?

—Te veo más tarde entonces.

—Sí. En un rato estoy contigo.

Carlos y yo nos despedimos con la certeza de que, pese a las circunstancias, aquel era el primer paso real para que lo que nuestra particular relación pasara a convertirse en una con mayúsculas. Quizás no fuera el mejor momento. Lo sucedido con Elena, la gira que prácticamente acababa de empezar, lo que había pasado con Javier, el descubrimiento del manuscrito de Lina, ... Sí, puestas todas las cartas sobre la mesa y analizándolo todo con frialdad, se podría decir que era el momento menos adecuado para embarcarse en nada. Pero, siguiendo el hilo de mi reflexión, ningún instante sería el adecuado si esperaba a que la vida me diera la oportunidad de ponerlo todo en orden. No sé cuánto tiempo permanecí sentada en el sofá con la mirada perdida en la nada y mi mente viajando a toda velocidad al único lugar en el que quería estar, junto a la persona que mi corazón se empeñaba en reclamar.

Un leve movimiento a mi derecha me devolvió a la realidad. Javier estaba

apoyado en el marco de la puerta, sostenía un pequeño cuaderno y me estaba mirado de un modo muy extraño.

—¿Sucedó algo? —Por un instante me pasó por la mente la posibilidad de que hubiera escuchado mi conversación con Carlos y se hubiera molestado por algo. Enseguida lo descarté porque recordé que había estado sola en todo momento.

—He ido a coger el manuscrito de Lina. Necesitaba distraerme con algo. Al sacarlo de la maleta no me he acordado de que había puesto el bolso de Elena junto a él. Se ha caído y este cuaderno ha salido disparado. Al recogerlo he visto una página con tu nombre y bueno... lo he leído —dijo un Javier muy avergonzado, una faceta que desconocía de él.

—Los accidentes suceden. ¿Qué pasa con el manuscrito? ¿Tienes alguna teoría nueva?

—Creo que no me he explicado bien. Lo que hay en este cuaderno no son mis notas del manuscrito. Estoy casi seguro de que esto lo ha escrito tu amiga Elena y habla de ti.

—¿De verdad? —respondí al tiempo que tendí la mano para que me lo entregara.

—No sé si es buena idea que lo leas, la verdad. Y menos con todo lo que está pasando...

—Seguro que no es tan malo —dije más en un intento de tranquilizarme que porque en realidad lo creyese. Además, la cara de Javier tampoco hacía presagiar nada bueno.

—En realidad... lo es.

Me levanté casi de un salto, recorrí los escasos metros que me separaban de él y prácticamente le arranqué el cuaderno de entre los dedos. En apariencia era una libreta normal y corriente. La abrí un poco para hojearla y enseguida reconocí la letra de Elena. Parecía un diario, algo que me sorprendió porque ella jamás me había comentado que escribiera. Ni siquiera había mostrado interés por los temas relacionados con la literatura. A continuación, pensé que tampoco era tan descabellado que llevara un diario. Al fin y al cabo, había muchas cosas de ella que desconocía. Si tenía en cuenta el modo en el que se había comportado durante nuestra breve conversación, casi podía afirmar que era prácticamente una desconocida para mí. Seguí hojear las páginas y mis ojos se detuvieron en el mismo lugar en los que lo habían hecho los de Javier. Había un texto que ocupaba algunas páginas y en el que aparecía mi nombre. No tuve tiempo de decidir si debía leerlo o no. Aún

no había tomado consciencia de lo que quería hacer, cuando las primeras frases sonaban con claridad en mi interior. A partir de ese instante, el mundo desapareció de mi vista.

Capítulo 35

Noté el calor del cuerpo de Javier junto al mío y eso fue lo que provocó que comenzara a salir del trance en el que había entrado. Tal y como había intuido, Elena había escrito una nota que iba dirigida a mí. No me gustaba nada de lo que acababa de leer. Tampoco comprendía los argumentos que daba y con los que justificaba seguir anclada en la maldad y la negatividad. Me sentía confundida y dolida a partes iguales. No ya porque acabara de descubrir que la persona en quien más había confiado durante muchos años de mi vida era alguien altamente tóxico, sino porque tenía la sensación de haber sido una auténtica imbécil. Yo que siempre había estado satisfecha con mi capacidad para conocer a las personas e incluso poder ver en su interior, había estado completamente ciega con ella. Eché mano de los recuerdos y no logré encontrar ningún indicio que me condujera hacia la persona que había escrito aquella nota. Cuando unos años atrás Elena se distanció un poco de mí lo atribuí al exceso de trabajo y de estrés en el que todos estábamos sumidos. Jamás se me ocurrió pensar que me despreciaba de aquel modo y que incluso considerara que yo no merecía las cosas que había ganado a pulso con esfuerzo, trabajo y sacrificio. No fue aquello lo que más me dolió. Las palabras que se habían grabado a fuego en mi interior eran las que tenían que ver con mis afectos y sentimientos. ¿Qué derecho tenía a juzgar mi matrimonio con Gonzalo o la forma en la que yo le amara? ¿Quién era ella para decidir lo válido o lo erróneo en una relación que no le pertenecía? Y lo que más me enfadaba, si tan lamentable le parecía, si tan plana, aburrida e insulsa me consideraba como persona, ¿por qué no se había marchado? La respuesta a esta última pregunta apareció enseguida en mi mente. Estar conmigo le permitía arrebatarme lo único de mí que le interesaba: Gonzalo.

—Sé que el silencio es una gran opción en un momento así —dijo Javier mientras dejó caer con suavidad una de sus manos sobre mi rodilla—. A pesar de eso, me siento en la obligación de decir algo. Hablar... aunque solo sea para decirte que estoy alucinando con esto.

—Yo estoy en shock.

—No me extraña. Es muy desagradable el tono de esa nota y más si tenemos en cuenta que quien la ha escrito era la persona que considerabas tu mejor amiga.

—Con amigos así... —me atreví a responder en un intento por quitarle dramatismo a la situación y por mantener cierta frialdad para poder pensar con claridad.

—¿Quién necesita enemigos? Sí.

—Javier... No sé qué decir. Solo que ahora mismo siento una profunda vergüenza.

—¿Por qué? ¿Acaso has hecho algo malo? Si alguien debiera sentirse avergonzado es la persona que ha escrito ese texto, no tú.

—A nadie le gusta ver reflejadas sus miserias, menos de puño y letra alguien a quien has considerado una hermana.

—No debería afectarte lo que diga una mujer que se jacta de ser mala, que defiende a capa y espada el derecho a ser cruel, a vivir refugiada en lo nocivo y lo tóxico...

—¿Y si tiene razón? —dije mirándolo por primera vez a los ojos desde que había leído la nota de Elena—. ¿Y si siempre he pasado de puntillas por la vida sin implicarme de verdad en las cosas que importaban? ¿Qué sucede si es cierto que Gonzalo se hartó de mí porque era una aburrida que no tenía nada que ofrecerle?

—María —comenzó a decir Javier tan cerca de mí que pude notar su aliento cálido sobre mis mejillas —si hay algún adjetivo que te defina, si existe una frase con la que se pueda resumir tu forma de ser o de sentir, te puedo asegurar que no es ninguna de las que acabas de mencionar.

—Yo no estaría tan segura.

—Yo sí. ¿Sabes? Puedo parecerte muy joven, impulsivo e incluso inexperto en este maravilloso arte de vivir y amar. Tal vez lo sea. No tengo la culpa de haber nacido siete años después de ti, ni de pertenecer a una generación distinta. Lo que sí tengo claro es que no soy gilipollas. Y te puedo asegurar que no sentiría lo que he sentido por ti si creyera que eres alguna de las cosas que acabas de mencionar. Todos cometemos errores en la vida. Todos nos equivocamos. Vamos aprendiendo y caminando acompañados por nuestros defectos. También por nuestras virtudes, pero créeme si te digo que eres una mujer extraordinaria, alguien a quien conozco lo suficiente como para tener más que claro que vales la pena. Que no te hunda ni te haga dudar lo que pueda decir alguien que es más que obvio que jamás te ha querido.

—Y sin embargo... Así me ha visto ella todos estos años.

—¿Por qué te juzgas a ti misma y no lo haces con ella? ¿Por qué cuestionas tu esencia cuando lo que en realidad deberías estar haciendo es

poner en duda cualquier palabra que viniera de un ser humano capaz de expresarse en esos términos?

—Porque hay una parte del discurso de Elena que es correcto.

—¿Cuál?

—Todos tenemos derecho a ser malos, egoístas, a comportarnos en consonancia con los sentimientos que habitan en nuestro interior. Y no deberíamos disculparnos por ello. Jamás.

—Siempre y cuando esa actitud no supusiera ir jodiendo a quienes nos rodean. Como hipótesis, como teoría, te la podría comprar. En la práctica, no. Es posible que no encuentres a nadie que defienda más que yo el derecho y la libertad de ser uno mismo, sin filtros, sin esas mierdas que acumulamos con el paso de los años y que se nos inculcan en casa, en el colegio, en el trabajo o donde sea que nos relacionemos con otros. Pero no intentes justificar el derecho a hacer daño a los demás por muy beneficioso que eso pueda ser para un mismo porque no te lo voy a aceptar. Ni ahora ni nunca.

—La cuestión es que la mujer que yo conocí no era así. De haberlo sido yo lo hubiera sabido. Durante años lo compartimos prácticamente todo —hasta el marido estuve a punto de añadir— ¿Por qué no lo vi venir? ¿Cómo fue posible que se me escaparan tantas cosas, que pasara por alto las señales que seguro que en algún momento estuvieron ahí?

—¿Qué respuesta prefieres? ¿La obvia o la elaborada? —Javier sonrió ligeramente y tomó mis manos entre las suyas.

—¿Pueden ser las dos?

—Lo intentaré... Cuando se es incapaz de actuar o de comportarse de una forma determinada es muy difícil que se te pueda pasar por la mente actuar de ese modo. No te veo como alguien a quien la vida de las personas que le rodean le sea indiferente. Tampoco creo que envidies lo que otros consiguen gracias a años de esfuerzo y trabajo duro. Creo que eres una mujer que cuando quiere, cuando se entrega, lo hace de verdad y sin dobleces. Precisamente por eso no lo viste venir. Porque ni en el peor de los escenarios que pudiera dibujar tu mente imaginaste que aquellos a quienes amabas y en los que habías depositado tu ilusión te iban a traicionar. María, eres una buena persona. Que no te hagan dudar de eso jamás.

Permanecí en silencio tratando de asimilar lo que Javier terminaba de decirme. En el fondo era consciente de que tenía razón, aunque una parte de mí se resistía a creerlo del todo. Al fin y al cabo, él tenía una clase de sentimientos hacia mí que influían a la hora de pensar con objetividad. Sin

embargo, en cuanto dejaba este hecho al margen y me centraba solo en los argumentos que me ofrecía, me reafirmaba en que él estaba en lo cierto. Mi único delito había sido amar a dos personas que, por diferentes motivos, habían decidido jugar y pisotear mis emociones. Había construido una vida en la que creía que tanto Gonzalo como yo éramos felices. Cierto era que nos habíamos acomodado y, en los últimos años, nos habíamos dejado llevar por cierto hastío y rutina. Pero ¿qué matrimonio no sucumbía a ella? Si había algo que me diferenciaba de ellos era que yo siempre había obrado de buena fe. Todas las decisiones que tomé mientras estuve al lado de Gonzalo fueron pensando en lo que sería mejor para ambos. Ahora ya tenía más que claro que, ni en su caso ni en el de Elena, habían obrado del mismo modo. ¿Por qué entonces era yo quien se sentía avergonzada y cada vez más pequeña?

—No lo entiendo —dije después de un buen rato de intentar enfocar la situación desde diferentes puntos de vista.

—Tal vez nunca lo hagas, aunque yo no perdería demasiado el tiempo removiendo el pasado.

—¿Por qué?

—Porque si lo haces es posible que eso determine las decisiones que tomes de cara al futuro. Y, a pesar de lo poco que sé de toda esta historia, sé que ni tu marido ni Elena se merecen ese lugar tan relevante en tu nueva vida. Hazte un favor. Lloro por esto todo lo que necesites, chilla, grita, o entra en la cocina a romper la vajilla. Ya compraremos otra en Ikea. Haz lo que sea necesario o lo que te pida el cuerpo, pero cuando vuelva a salir el sol asegúrate de levantarte y enfrentarte al mundo libre de toda esta carga. Deja la mierda atrás.

—Eres muy sabio para ser tan joven —respondí casi sin darme cuenta de que estaba hablando en voz alta.

—Uno también sabe de dolor y de superar el pasado. Hazme caso. Sal ahí fuera y vive.

Javier se separó ligeramente de mí, cogió la botella de ginebra y llenó los dos vasos que había justo al lado. Por lo general yo no solía beber alcohol sin mezclarlo con algún refresco. Estaba claro que esto también estaba cambiando. Y lejos de lo pudiera parecer, ni siquiera había notado el efecto de las dos copas que ya llevaba en el cuerpo. A decir verdad, tampoco me hubiera importado pillarme la melopea de mi vida. Al menos mientras durara conseguiría desconectar de todo lo que sucedía a mi alrededor. Sin embargo, no era la decisión más inteligente y menos teniendo en cuenta que, en apenas

unas horas, Carlos estaría en Barcelona. Lo que me llevaba a plantearme un montón de cuestiones sobre mi vida personal. Si estaba dispuesta a dar el salto e implicarme más con él debía ser completamente sincera. Eso pasaba por explicarle mi relación con Javier, lo que había sucedido durante unas semanas y que recordaría siempre. La importancia que ahora tenía en mi vida mi compañero de letras y la necesidad de conservarlo como amigo era algo que también me preocupaba.

—Estaré aquí —susurró Javier mientras me entregaba el vaso de ginebra y hacía gala de esa habilidad innata para leerme el pensamiento.

—No quiero que esperes nada —respondí mirándole a los ojos e intentando transmitirle la gratitud y el inmenso cariño que sentía por él.

—Sé el terreno que piso. Fui a conquistar tierra hostil. He ganado una amiga. Ha valido la pena.

Durante unos segundos ambos nos quedamos perdidos en la mirada del otro. Si en algún momento él había sentido por mí cualquier otra cosa, no aparecía en ellos. Sí que pude percibir una ternura infinita y la certeza de que lo que acababa de decir era absolutamente cierto. Volvieron a mi mente las palabras que Elena me había dedicado en su nota. No, no podían ser ciertas. Yo no era ese ser débil y gris que ella se había empeñado en dibujar. Alguien así no hubiera despertado sentimientos en un hombre como Javier, en alguien como Carlos. Y lo más importante, la persona que ella había descrito jamás habría sido capaz de crear una verdadera historia de amor. Le gustara o no, yo llevaba a mis espaldas un montón de libros escritos. Un trabajo en el que me había dejado la vida, mis sentimientos y una parte de mi alma. Un ser tan triste como el que Elena veía en mí nunca hubiera sido capaz de emocionarse con las letras. Tampoco habría recibido el cariño de tantos y tantos lectores a lo largo de los años. Tantas personas no podían estar equivocadas. Yo tampoco. No era perfecta y me quedaban todavía miles de lecciones por aprender. Aún así ni era débil, ni triste. Ni siquiera era gris.

—A la mierda —dije en cuanto apuré de un trago la copa y se lo tendí para que lo rellenara de nuevo.

—Exacto. ¡A mamarla! Pero no te vengas tan arriba que vas a necesitar pensar con mucha claridad a partir de ahora.

—La última —respondí y le puse la mejor de mis sonrisas.

—Tienes suerte de que esté agotado y facilón. Será la última de verdad.

—Prometido.

—Por el aquí y el ahora. Por este instante que no se repetirá en el tiempo.

Por ti, por mí y por todo lo bueno que sé que vamos a compartir.

—Amén, hermano.

—Y ahora que vamos a comenzar a sentir los efectos beneficiosos del alcohol creo que deberíamos meternos en la cama —añadió con tanta naturalidad que provocó que se me pusiera una sonrisa tonta en los labios que tardaría tiempo en desaparecer.

—Tienes un montón de habitaciones para escoger —respondí sintiéndome de repente completamente exhausta.

—Genial. Solo tienes que indicarme dónde está el tuyo. No pienso dejarte sola y, tranquila, me comportaré como un auténtico caballero.

Sé que sonreí y cerré los ojos. Noté cómo Javier me tomaba entre sus brazos y con la poca energía que me quedaba le indiqué dónde estaba mi habitación. Lo último que noté fue de nuevo el calor de su cuerpo junto al mío. Después solo hubo oscuridad y paz.

Me despertó el intenso aroma a café recién hecho. Abrí los ojos y descubrí que estaba sola en la cama. Me levanté, me puse un jersey de lana sobre el pijama y bajé a la cocina. Allí encontré a Javier duchado, vestido y concentrado en la preparación de un desayuno al menos para diez personas. Durante unos segundos permanecí en el alféizar observando sus movimientos, la serenidad y la seguridad que desprendía. Me sentía en deuda con él. Se había portado como un auténtico amigo y, por un momento, lamenté que nuestra historia no pudiera continuar. Era esa clase de hombre con el que una mujer se sentía de verdad afortunada. Pero yo había tomado otra decisión. Una a la que me debería de enfrentar en apenas unas horas.

—¿Te he despertado?

—Tú no. Ha sido eso —respondí apuntando con el dedo directamente a la cafetera.

—La magia de las drogas. Si. ¿Has descansado? ¿Te encuentras un poco mejor?

—Hacía años que no dormía tan bien. Debe ser el poder del alcohol —bromeé sin dejar de observarle.

—No te acostumbres. Después de las primeras semanas, deja de hacer efecto y te conviertes en otro escritor más yonki y amargado.

—Dudo que lo sepas por experiencia.

—¡Si yo te contara! Pero no tengo tiempo ahora. Quiero volver a casa. Tengo una historia en mente en la que quiero trabajar.

—No sé si preguntarte qué te la inspirado.

—Calma. Cambiaré tu nombre.

—Te demandaré —dije y caminé directamente hacia la mesa que ya estaba perfectamente puesta para disfrutar de un magnífico desayuno.

—Y yo dejaré de sorprenderte con estas cosas.

—En ese caso... Me lo pensaré.

Javier dejó la jarra de café sobre la mesa y se sentó en la silla que había libre a mi lado. Durante unos segundos ambos observamos los manjares que la llenaban y, como si estuviéramos sincronizados, comenzamos a servirnos a la vez. A decir verdad, todo tenía una pinta exquisita pero lo que más llamó mi atención fueron los huevos revueltos y el *bacon* crujiente. Me serví una ración generosa, cogí un par de rebanadas de pan recién tostado y empecé a comer con ganas.

—Veo que la tragedia y el drama nos abre el apetito. Casi no puedo creer como conservas esa figura escribiendo novelas románticas.

—Vete un poquito a la mierda, anda.

—No te enfades, mujer. Pero no sabía yo que esto daba tanta hambre.

—Debe ser que lo de asesinar gente y urdir venganzas consume menos energías —respondí mirándole con cierta sorna.

—Si vamos. A mí las novelas me salen como si las cagara.

—¡Javier por Dios que estamos comiendo!

—¡Has empezado tú!

Nos miramos a los ojos y, a continuación, comenzamos a reír con ganas. Tantas que incluso se me saltaron las lágrimas. Un rato después, algo más calmados y satisfecho el apetito, Javier hizo la pregunta que, en cierto modo, yo estaba temiendo.

—¿Y ahora qué?

—Tendremos que empezar de nuevo.

—¿Te refieres a nosotros?

—¿A qué si no?

—María, por mi parte todo está bien. De verdad.

—¿Entonces?

—Lo que quiero saber es cómo vas a gestionar todo esto. Si te encuentras con ánimo para seguir adelante con la promoción. Si no... quiero que sepas que por mi parte no hay ningún inconveniente en aplazarlo e incluso cancelarlo.

—Eso no sería justo. También es tu trabajo.

—Sí, pero lo primero es lo primero. Además, no sería ni la mitad de

divertido sin ti.

—Javier, no quiero que nada de lo que esté sucediendo en mi vida repercuta de forma negativa en la tuya. No tengo intención de dejar a un lado el trabajo, ni siquiera se me ha pasado por la imaginación no seguir adelante con todo lo que nos han organizado desde la editorial. Sé que voy a necesitar unos días para gestionar todo el asunto de Elena. Teniendo en cuenta la consideración que me tenía no entiendo por qué se supone que debo hacerme cargo ahora de nada.

—¿Eso tienes que hacer?

—Bueno es lo que me dio a entender su abogado cuando me llamó. De todos modos, quedamos en hablar hoy con más calma. Así podré saber a qué atenerme y obrar en consecuencia.

—¿Y sabes ya qué decisión vas a tomar?

—La correcta, Javier, la correcta.

Cuando me despedí de él en la puerta de casa me quedé con una sensación extraña. Por un lado, me alegraba de cómo habían ido las cosas. Estaba claro que, a pesar de los sentimientos que él albergaba hacia mí, había ganado un amigo. Por otro, fui consciente de la soledad en la que me iba a sumir, aunque solo fuera durante unas pocas horas. Carlos no tardaría en aterrizar y entonces debería enfrentarme a esa conversación que sabía que tenía pendiente con él. Estaba a punto de ponerme a trabajar un rato, un modo como cualquier otro de mantener la calma hasta que llegara el momento de la verdad, cuando mi teléfono sonó. No identifiqué el número, pero tal y como estaban las cosas, lo mejor era responder. Lo hice y me encontré al otro lado con el abogado de Elena. Insistió en la necesidad de reunirnos a la mayor brevedad posible para aclarar las decisiones que ella había tomado y en las que yo estaba involucrada. En cualquier otro momento yo hubiera acudido a la cita sin dudar, pero ahora era una persona distinta, de modo que me negué a perder un minuto de mi tiempo con lo que fuera que una mujer que estaba claro que siempre me había odiado hubiera planeado.

—Cualquier documento que requiera mi firma, cualquier decisión que deba tomar, le ruego que se la haga llegar a mi abogado —dije después de diez minutos de escuchar pacientemente un montón de jerga legal.

—Pero hay decisiones que se deben tomar ya —protestó mi interlocutor quien, a pesar de las cosas que debía de haber visto en su carrera profesional, le estaba sorprendiendo bastante mi actitud.

—Como le acabo de decir, cualquier cosa que necesite mi aprobación

estaré encantada de discutirla con mi abogado en el momento que considere oportuno.

—No sé si sabe que mi clienta va a ser trasladada mañana mismo a Barcelona y que usted es la persona designada para tomar decisiones sobre su tratamiento médico. Por ello necesito una actuación inmediata por su parte. Hay temas que no podemos dejar para más adelante.

Tuve que respirar hondo varias veces e intentar controlar el impulso que sentía de enviar a aquel hombre a hacer puñetas. En realidad, no era tanto a él sino al modo en el que Elena lo había organizado todo. Me molestaba y me cabreaba que se hubiera creído con el derecho de poner mi vida patas arriba solo para conseguir lo que deseaba.

—Está bien... —claudiqué de mala gana—. Revisaré esos documentos hoy, pero ninguno más.

—Perfecto. En cuanto me haga llegar la dirección de su abogado, se los enviaré por mail para que puedan tomar las decisiones que convengan. Con respecto al resto...

—Hoy solo atenderé a esta urgencia. Como seguro que sabrá yo también tengo un trabajo, unas responsabilidades y una vida. Haremos cada cosa a su tiempo, al mío. ¿De acuerdo?

Por el silencio que percibí al otro lado del teléfono comprendí que el abogado de Elena no esperaba mi respuesta. Si mi amiga le había hablado de mí en otro sentido, lo desconocía. Una cosa era evidente, la mujer con la que esperaba encontrarse estaba claro que no era yo. Colgué sin darle tiempo a añadir nada más. Me sentía enfadada, dolida y frustrada. Todavía no había tenido tiempo de digerir las duras palabras que ella me había dirigido en esa nota. Tampoco la conversación que habíamos mantenido apenas unas horas atrás. Lo mismo sucedía con su repentino ingreso en el hospital, el coma... Sentí que la cabeza me daba vueltas y que el corazón me latía a toda velocidad. Debía de ser capaz de analizar lo que me estaba sucediendo del modo más frío posible porque tenía que tomar decisiones. Al contrario de lo que había sucedido hasta entonces, iba a decidir lo que fuera mejor para mí. No estaba dispuesta a dejarme influir de nuevo por nada ni por nadie.

Me refugié en mi despacho. Aquel era sin duda el mejor lugar de la casa para meditar y pensar en todo lo que tenía por delante. Apenas había comenzado a anotar en un papel los pros y los contras de todo lo que pasaba por mi mente, cuando recibí un correo de mi abogado. En él había adjunto un documento que enseguida abrí. Según pude entender, Elena me había hecho

responsable de tomar todas las decisiones con respecto al futuro de sus cuidados médicos. Cuando terminé de leerlo solo hubo una cosa que me llamó poderosamente la atención. Elena había manifestado su intención de no querer que se prolongara su vida más allá de lo estrictamente necesario. Hasta donde yo sabía, en España no era posible decidir sobre la vida de otros a menos que se llegara al extremo de colapso total y se respetara el deseo del paciente de no ser reanimado.

De lo que recordaba de la conversación que había mantenido con el médico de urgencias el día anterior, mi amiga estaba en coma. Sin embargo, en ningún momento se me informó de que hubiera estado en una situación cercana a la muerte. ¿Acaso esperaba algo así cuando redactó el documento? ¿Qué información sobre su estado de salud tenía ella que no había querido o no había tenido tiempo de comunicarme? Era evidente que aquel tema me iba a ocupar más de lo que había imaginado en un primer momento. En el mismo correo también se me informaba de que una vez ella hubiera sido trasladada a Barcelona, el equipo médico encargado de su tratamiento se pondría en contacto conmigo. Me sentí atrapada, algo que nunca me había gustado. Quisiera o no, debía de hacerme cargo de una situación que ni deseaba, ni quería, ni tampoco había propiciado. De mala gana adjunté la firma al documento y se lo devolví a mi abogado con la advertencia de que no iba a aguantar más sorpresas fuera de la que me acababa de caer.

Cuando cerré el correo estaba enfadada y también me sentía culpable. Tan solo unos meses atrás saber que mi mejor amiga se encontraba en una situación tan delicada hubiera supuesto una auténtica tragedia. Ahora, tal vez porque había tenido que enfrentarme en solitario a la muerte de Gonzalo y a su huida, quizás porque me había lamido las heridas en silencio y recogido los pedazos a base de hurgar en mi interior, lo único que era capaz de sentir frente a esta noticia era cierta compasión. Recibí un mensaje de Carlos con el número de vuelo y la hora a la que aterrizaba en la ciudad. Como aún quedaban unas horas, decidí seguir trabajando en mi lista de pros y contras. Y lo hice hasta que tuve que salir camino del aeropuerto.

Tal y como me había pasado en Galicia, no lo vi llegar. Lo intuí. Supe que él caminaba hacia mí porque su particular aroma cítrico que tanto me gustaba, embriagó mis sentidos. Giré la cabeza en la dirección en la que pensé que se encontraba y lo vi parado observándome con una amplia sonrisa a tan solo unos pocos metros de donde me encontraba. Avancé despacio hacia él y, en cuanto tuve su pecho a mi alcance, me refugié en él y cerré los ojos con fuerza.

Enseguida noté sus fuertes brazos abarcando todo mi cuerpo y su cálido aliento a la altura de mi oído. Me estremecí y las primeras lágrimas comenzaron a brotar. Él se percató de que estaba llorando y, con la misma delicadeza con la que me había besado aquella noche junto al faro, me levantó la barbilla con los dedos y nuestros labios se encontraron. Volví a perder el mundo de vista. Poco importaba que, tan solo unos días atrás, hubiera estado en brazos de otro hombre, que hubiera probado el sabor de sus labios y que hubiera dado rienda suelta a la pasión. Cuando besé a Carlos supe que estaba en casa. La certeza de estar con la persona adecuada me sacudió por completo. Sabía que iba a tener que explicarle bastantes cosas. Serían necesarias horas y tener la mente clara para hacer frente a todo, pero sabía que, aunque fuera complicado, conseguiríamos salir adelante.

Capítulo 36

En cuanto nos subimos al taxi, él insistió en ir al hotel en el que había reservado una habitación y dejar el escaso equipaje que traía consigo. No esperaba otro comportamiento por su parte. Carlos siempre era un caballero y no contaba con que abandonara esta actitud ahora. Sin embargo, algo en mi interior se revolvió al darme cuenta de que tal vez había dado demasiadas cosas por supuestas. Yo me encontraba en plena marea emocional tratando de asumir mis sentimientos hacia él. Quizás en su caso las cosas fueran diferentes. O tal vez solo estaba siendo respetuoso con mi intimidad y prefería que las cosas entre los dos se produjeran con cierta calma. Tras el cristal, las calles de la ciudad comenzaron a aparecer. Noté su mano firme y cálida sobre la mía durante todo el trayecto. A medida que nos acercábamos a su hotel, el corazón comenzó a latirme con más fuerza. Agradecí que permaneciera en silencio aun sabiendo que era mucho lo que nos tendríamos que decir. Cuando el vehículo por fin se detuvo, yo ya había tomado una decisión. Le esperaría en el bar mientras él se instalaba y buscaría la mejor forma de explicarle todo lo que había sucedido. No quería posponer más una conversación que sabía que mantendríamos antes o después. En las últimas semanas, tal vez gracias a la energía que me había contagiado Javier, me había dado cuenta de que las cosas no debían postergarse eternamente. Al menos, no las importantes.

—Te espero tomando un café —dije en cuanto entramos en el amplio hall del hotel—. Tómame el tiempo que necesites para deshacer el equipaje.

—¿Seguro? —Se acercó tanto a mi cuerpo que provocó que se me erizara hasta el último centímetro de piel—. ¿Estarás bien?

—Sí. No te preocupes por mí.

—Tarde —respondió con esa sonrisa tímida que tanto había recordado desde mi regreso de Galicia.

Vi cómo se alejaba con una mezcla de decisión y elegancia. Lo conocía ya lo suficiente como para saber que era algo innato. También observé con cierta diversión las miradas que le dirigieron algunas de las mujeres con las que se cruzó de camino a la recepción. Sonreí al pensar en que últimamente parecía rodearme de hombres que eran objeto de deseo para muchas. Pensé en Gonzalo y en cómo no había sido capaz de advertir esto mismo en el pasado. Fue Elena quien sí supo ver el potencial de mi marido y no se lo pensó dos

veces a la hora de abalanzarse sobre él. En cuanto los recuerdos empezaron a llenar mi mente, sentí un enorme vacío en la boca del estómago y las manos me comenzaron a temblar. Me senté en la mesa más discreta de todo el bar, pedí un café con leche bien caliente e intenté concentrarme en mi respiración. Tenía derecho a sentirme desbordada por lo que había sucedido durante las últimas horas. Al mismo tiempo, sabía que necesitaba toda la calma posible para hacer bien las cosas con Carlos y eso incluía explicarle lo más claro posible, qué pensaba y cómo me sentía. Para alguien como yo, sin duda alguna, este era un ejercicio complicado. Llevaba demasiados años viviendo hacia adentro, gestionando mis emociones en silencio y centrifugando mil veces cada una de las ideas que tenía. Verbalizar algo tan íntimo iba a ser muy complicado, aunque debía hacerlo.

Apenas había dado el primer sorbo al café cuando vi a Carlos caminando hacia donde me encontraba. No sabía cuánto tiempo llevaba sumida en mis pensamientos. Debía ser bastante porque le había dado tiempo a ducharse y cambiarse de ropa. Mientras le miraba me di cuenta de que había algo diferente en él. Tenía un aire más juvenil y desenfadado, como si el hecho de haber salido de su entorno le hubiera contagiado de cierta libertad, especialmente en el modo de vestir. Él era un hombre elegante. De eso no cabía duda, aunque siempre que yo lo había visto había optado por prendas clásicas. Ahora eso había cambiado y mucho. Conforme se acercaba a la mesa en la que yo estaba, podía incluso afirmar que parecía recién sacado de una revista de moda. Los pantalones vaqueros desgastados sobre las caderas, la camisa blanca ajustándose a su cuerpo a la perfección, las mangas dobladas de forma desenfadada por encima de las muñecas y la cazadora que sostenía en la mano le hacían parecer joven, mucho más joven de lo que era en realidad. El hecho de que llevara mechones de pelo húmero sobre la frente le daban un aire de lo más sexy.

—Siento haber tardado —dijo en cuanto se sentó en la mesa, alargó las manos y tomó las mías entre las suyas provocándome un placentero escalofrío.

—Ni me he dado cuenta.

—Vaya... Sí que me has echado de menos —respondió haciendo una teatral mueca con los labios que provocó que ambos riéramos.

—Sabes que no es eso. Es solo que... tengo mucho en lo que pensar —añadí empezando a notar cómo mi nerviosismo iba en aumento.

—Esto debe de estar siendo muy complicado para ti.

—Sí, aunque no en el sentido en el que imaginas —lo miré a los ojos y

supe que había llegado el momento de sincerarse. Desconocía si las cosas iban a salir bien o mal, pero cuanto antes comenzara, menos tiempo debería esperar para conocer su reacción.

—¿A qué te refieres? —Noté la preocupación y el desconcierto en su mirada de modo que, respiré hondo un par de veces, erguí la espalda y me dispuse a hablar con sinceridad absoluta, sin ningún tipo de filtro.

—Todo lo que he descubierto en las últimas horas, los acontecimientos que se han precipitado me tienen muy desconcertada. Pero no es Elena quien me inquieta ahora mismo, no en sentido prioritario, sino tú, yo... Nosotros.

—María...

—No, Carlos. Déjame hablar sin interrupciones, por favor. Lo que tengo que decirte no es fácil, al menos para mí y sé que no podré hacerlo si no es así. Cuando termine intentaré contestar a todas las preguntas que tengas, o explicarte mejor cualquiera de las cosas que no haya sido capaz de aclarar en un primer momento, ¿de acuerdo?

—Adelante —respondió.

Se acomodó en la silla, me miró a los ojos y sentí cómo me invitaba a hablar. Seguía notando el calor de sus manos sobre las mías y eso me dio fuerza para empezar. A pesar de que había intentado trazar un esquema de lo que quería decir, las palabras comenzaron a salir por mi boca sin orden alguno. Entonces solo deseé que la misma capacidad que aplicaba a la hora de narrar en mis novelas no me abandonara cuando lo que necesitaba era poner sobre la mesa mis sentimientos más íntimos.

—Sé que dijimos que íbamos a tomarnos todo esto de forma tranquila y pausada. Tengo que reconocer que durante bastantes semanas ha funcionado. No tener la presión de la intensidad de una relación con todas las letras ha servido para que pudiera ir colocando todas las cosas en su sitio. Al mismo tiempo, esa libertad, esa ausencia de inmediatez, también ha ayudado a que viera otros aspectos de mi vida que llevaba descuidando desde hacía años. Es complicado asumir y explicar la revolución que se ha producido en mi interior. Si alguien me explicara algo parecido a lo que estoy sintiendo estos días, lo trivializaría e incluso afirmaría que podría estar viviendo la típica y tópica crisis de los cuarenta. Tal vez porque se trata de mi persona o quizás porque tengo el convencimiento de que esto no es algo pasajero, sé que por lo que a mí respecta, no estoy sufriendo nada de eso. Creo que lo que me está sucediendo en realidad es que estoy despertando de un letargo, de una vida, de unos objetivos y deseos que pertenecen ya a otra persona.

Hice una pausa para tomar aire, asegurarme de que me estaba explicando con alguna claridad y dar un largo sorbo de café. La intensidad de las emociones me estaba dejando helada. Incluso había comenzado a temblar.

—La muerte de Gonzalo supuso un punto y aparte en todo lo que creía saber de mí. El viaje a Galicia, conocernos y lo que ha seguido después no han hecho más que confirmarlo. Tengo más de cuarenta años y acabo de darme cuenta de que la vida que con tanto esmero había programado ya no me sirve. No tanto porque una parte de ella haya desaparecido y me traicionara en el pasado, sino porque me he dado cuenta de que los planes que se trazan a los veinte no son válidos para una mujer de cuarenta. Me he despertado con la certeza de que he dejado en el camino muchas cosas, de que me he perdido otras tantas. Conste que esto no es una queja, ni me estoy haciendo reproches absurdos. Es solo el convencimiento de que la mujer que era, la que probablemente conociste hace unos meses ya no está. Esa María crédula, despreocupada, ingenua... La mujer que siempre lo tenía todo bajo control y fan del orden ha comenzado a diluirse. No sé en quién me estoy convirtiendo, aunque estoy dispuesta a averiguarlo y me gustaría que lo hiciéramos juntos — continué aun consciente de que no le había contado la parte más preocupante de todo el asunto—. No quiero una relación a distancia ni nada a medias. Ya no tengo edad para estar a mil kilómetros de la persona con la que quiero comenzar un proyecto de vida. Con esto no te estoy pidiendo que lo dejes todo por mí, ni mucho menos. Yo tampoco voy a volverme loca y a poner mi vida patas arriba. Sé que si la voluntad y los sentimientos son los mismos por parte de los dos seremos capaces de encontrar una solución. Lo que siento por ti se ha ido asentando en mi interior, pero quizás por todos los cambios que estoy sufriendo o porque he querido explorar otras opciones, no he sido del todo leal a lo que decidimos poner en marcha cuando nos separamos aquella noche en Naia. He estado con otra persona, alguien por quien siento un profundo afecto y de quien sé que nunca podré estar enamorada. Él ha tenido mucho que ver en este despertar y en el cambio del que te estoy hablando. En unos pocos días ha sido capaz de enseñarme el valor del presente, de la espontaneidad, de ser libre porque de eso se trata cuando estableces una relación íntima con otro. No de actuar como la otra persona espera, sino hacerlo tal y como eres en realidad. Estar con él ha sido como un soplo de aire fresco, respirar la vida que ahora siento que durante tantos años he dejado escapar mientras me convencía de que hacer lo correcto o lo que se esperaba, era lo adecuado. Si quieres ponerle palabras menos complicadas a todo lo que te estoy contando

es fácil. Visto con simplicidad puedes decir que te he engañado. Sé que no nos hicimos promesas, al menos no de esas en las que la fidelidad y la exclusividad lo son todo. Por lo que a mí respecta siento que he fallado y que sí he traicionado esa confianza, pero eso no hace menos real ni lo que siento por ti ni el deseo de que seamos capaces de construir una relación que funcione de verdad. No sé ni cómo, ni cuándo. Ni siquiera soy capaz de verbalizar el por qué. Una cosa sí tengo clara. Cada vez que imagino mi futuro más inmediato, éste pasa por estar a tu lado. Sé que existe una posibilidad muy elevada de que me mandes a pastar, pero no quería que pasara un minuto más sin que supieras la realidad de todo lo que ha estado sucediendo en mi vida.

Cuando terminé tenía la boca seca. También estaba llorando. Experimenté entonces una mezcla de alivio y temor. Por primera vez en mucho tiempo había sido capaz de hablar sin tapujos y de forma totalmente espontánea sobre lo que sentía. Eso me provocó una gran satisfacción. Era cierto que había cambiado y, en mi opinión, lo había hecho para bien. Con lo que no estaba muy satisfecha era con el hecho de haberle ocultado mi *affaire* con Javier. Aunque el teléfono no fuera el mejor modo de contar algo así, tal vez debería de haberlo empleado y no provocar que Carlos viajara hasta Barcelona para descubrir que yo había estado pasando noches alegres en compañía de otro hombre. Fuera como fuera, el tema ya no tenía solución. Lo único que podía hacer ahora era esperar su reacción. Tan solo deseaba haberme explicado con claridad y no solo en lo referente al engaño, sino también en los sentimientos que le había confesado.

—Sé que debería agradecer tu sinceridad. Entiendo que no ha debido ser fácil para ti hablar tal y como lo acabas de hacer. Por eso, me gustaría corresponderte del mismo modo. No era esto lo que había esperado durante todo este tiempo. Me siento decepcionado —añadió endureciendo el tono de su voz— y no sé cómo se supone que debo reaccionar ahora mismo.

—Lo mejor es hacerlo tal y como te surja.

Por supuesto, la respuesta que me acababa de dar no me gustaba. Tampoco era la que deseaba oír. Aún así, siendo justos, en cierto modo me la merecía. Visto desde su perspectiva existía la posibilidad de que estuviera pensando que había actuado como una niña, como una mujer inmadura capaz de enfrentarse a sus sentimientos. Quizás estuviera siendo muy dura conmigo misma y el comentario que me había dirigido solo era fruto de la sorpresa. En cualquier caso, lo único que podía hacer yo era escuchar todo lo que tuviera que decir y averiguar hasta qué punto lo había fastidiado todo.

—Cuando nos despedimos en Naia no nos hicimos promesas. Cierto, las intenciones de ambos eran claras, como también los sentimientos. Cada vez que he revivido nuestras conversaciones y los momentos que compartimos, he tenido siempre claro que estábamos ante el inicio de algo. Y, sinceramente, no creo que pueda funcionar lo que sea que pensemos tener en un futuro si la sinceridad brilla por su ausencia.

—Tienes razón —admití incapaz de sostenerle la mirada más que unos pocos segundos—. No te puedo dar más argumentos de los que ya te he ofrecido. Y no es una excusa. Siempre me ha costado mucho gestionar las emociones, verbalizar los sentimientos... En estos últimos años incluso creo que he perdido la capacidad de experimentar algo nuevo o diferente. Todo lo que pasó entre nosotros en Galicia fue verdad, fue sincero, como lo son ahora mis palabras. Probablemente debí hablar contigo antes de lanzarme a una aventura con otra persona. Es posible que esto haya traicionado tu confianza hasta un punto en el que sea imposible recuperarla. Lo asumiré, aunque eso no cambiará mis sentimientos por ti.

—Me gustaría poder ofrecerte otra respuesta —dijo con un punto de dolor que se reflejaba a través de sus ojos—. Estoy dispuesto a permanecer a tu lado... como amigo —añadió siendo consciente de la reacción que iba a provocar en mí—. Ahora mismo esto es lo más sincero y honesto que te puedo ofrecer. Estaré para todo lo que necesites.

—¿Y nosotros? —Las palabras se escaparon de mi boca sin que yo pudiera hacer nada por evitarlas, por poner en evidencia cómo y cuánto me dolía su actitud.

—Ahora mismo no lo sé. Lo más sensato es que nos demos tiempo.

—Esas cosas ni siquiera funcionan en los libros, menos aún en la vida real —protesté en un intento por desviar la tristeza que sentía y transformarla en rabia.

—Pues tendremos que arriesgarnos. En estos momentos no me siento con ánimo y te mentiría si afirmara que soy la misma persona que se ha bajado de un avión hace apenas una hora.

Durante un buen rato ambos guardamos silencio. Me sentía demasiado avergonzada y, al mismo tiempo, dolida como para mantener una conversación al menos trivial. Una parte de mí comprendía que se había equivocado a la hora de actuar. La misma que, curiosamente, me impedía suplicarle que nos diera otra oportunidad. Me sentía decepcionada y enfadada casi a partes iguales. Tal vez esperaba que él le quitara importancia a todo, que lo que

sentía por mí fuera inmune al hecho de que yo hubiera compartido un tiempo con otra persona. Pero Carlos era humano, sensible y una persona que consideraba la deslealtad como algo casi imperdonable.

—Y ahora... ¿qué? —dije cuando la falta de diálogo entre nosotros se me hizo del todo insoportable.

—No tengo que regresar a Pontevedra hasta dentro de dos días. Seguro que algo podemos inventar.

Sonrió, un gesto que me alivió y me llevó a pensar en que quizás no todo estuviera perdido entre nosotros. Fue entonces cuando decidí contarle todo lo que había sucedido con Elena, las cosas que había descubierto sobre ella en tan solo unas horas, cómo me había tratado y la gravedad de la situación a la que me enfrentaba. Precisamente estaba terminando de explicarle el contenido de la nota que habíamos encontrado entre sus cosas cuando mi teléfono móvil comenzó a vibrar. El largo número que aparecía en la pantalla provocó que el corazón me diera un vuelco. Debía pertenecer al hospital. Me costó responder porque me temblaba el pulso. Al final fue Carlos quien apretó el botón verde de la pantalla y me lo puso junto al oído. No me había equivocado. Trasladaban a Elena. Necesitaban que estuviera presente cuando ella llegara para informarme tanto sobre su estado como sobre las opciones de las que disponía. Cuando la llamada finalizó no era capaz de ver nada con claridad. El optimismo con el que me había levantado aquella misma mañana había desaparecido. Ahora me sentía sola, confundida y con muy poca energía para enfrentarme a una situación que me había encontrado sin buscarla.

—Todo irá bien —dijo Carlos en cuanto se percató de mi cambio de humor.

—Si porque a peor... Lo dudo. Tengo que estar en el hospital en un par de horas así es que tengo que marcharme —añadí con bastante brusquedad no tanto porque siguiera sintiéndome dolida con él, sino porque no me encontraba con ánimo para enfrentarme a Elena. Sabía que estaba en coma. También intuía que mis problemas estaban a punto de ser todavía mayores.

—Te acompañaré... Si te viene bien.

—Gracias —fue todo lo que acerté a responder.

Una parte de mí quería estar sola. Ya había sido bastante duro sentir su rechazo. Lo último que me apetecía era que me viera todavía más vulnerable frente a una situación que no sabía del todo cómo manejar. La otra, quería apoyar la cabeza en su hombro y poder escuchar que todo se iba a arreglar.

Después de cómo habían ido las cosas entre nosotros decidí que lo más

acertado era irme sola a casa, cambiarme de ropa y encontrarnos después para almorzar. No estaba preparada para que él entrara en el único lugar en el que me encontraba a salvo de todo. Carlos se mostró conforme. Incluso le quitó importancia al tema argumentando que así tendría tiempo para estirar las piernas y dar una vuelta por las inmediaciones del hotel. Cuando me metí en el taxi estaba agotada y no podía dejar de pensar en todo lo que había sucedido. Al entrar en casa la cosa no mejoró ya que acudieron a mi mente las imágenes de todo lo que había compartido con Javier no ya solo durante las últimas semanas, sino también en este mismo lugar al que no había querido traer al hombre por el que se suponía que sentía algo más que una mera atracción. Antes de caer en la tentación de entrar en bucle con pensamientos que no me iban a ayudar en absoluto fui al dormitorio y cambiarme de ropa. Elegí algo más formal ya no solo por el almuerzo, sino por la posterior visita al hospital. Un traje pantalón negro y una blusa burdeos de manga japonesa fue la opción ganadora. Luego me peiné la melena y dejé que cayera libre sobre mis hombros. Retoqué el maquillaje y, media hora después, estaba un poco más tranquila. Sabía que había puesto las cosas muy difíciles con Carlos y eso me mortificaba. Había tenido el valor de ser completamente sincera con él, pero eso no era una garantía de que las cosas fueran a salir tal y como yo esperaba. Me consolaba la idea de que hubiera decidido permanecer a mi lado, aunque solo fuera en calidad de amigo. Al menos no tendría que enfrentarme al duro trago del hospital en soledad. Una voz en mi interior murmuró que siempre podría llamar a Javier. Enseguida deseché la idea. Lo último que quería era jugar con los sentimientos de una persona que me había dado tanto en tan poco tiempo. Volví a sentirme mal por no haber sido capaz de tener la misma delicadeza con el hombre del que me había dado cuenta de que estaba enamorada. Pero así era la vida.

Cuando Carlos y yo nos reencontramos, la tensión entre nosotros todavía era palpable. Decidí que lo mejor sería actuar con normalidad y madurez. Conocía un restaurante de cocina de mercado bastante bueno no muy lejos de donde nos encontrábamos. Él se mostró encantado con la posibilidad de degustar platos típicos catalanes. En cuanto llegamos y nos sentamos en una discreta mesa, comenzamos a hablar como siempre lo habíamos hecho. La literatura, los libros y el trabajo volvieron a llenarlo todo. Por un momento tuve la sensación de que habíamos vuelto a nuestra última noche en Naia. Él bromeaba conmigo, incluso en un par de ocasiones sus dedos se posaron con suavidad sobre mis manos. Ambos éramos conscientes de la atracción y de los

sentimientos que seguíamos experimentando a pesar del mal momento vivido durante la mañana. Como pasaba siempre que estábamos juntos, el tiempo voló y me supo fatal tener que acortar la agradable sobremesa en la que nos habíamos sumergido casi sin darnos cuenta.

Insistió de nuevo en acompañarme al hospital. De camino a la zona alta de la ciudad, ninguno de los dos habló demasiado. Sabía lo que me había dicho tan solo unas horas atrás y, en realidad, tampoco se había comportado de un modo distinto a como lo habría hecho un buen amigo. Pero yo no dejaba de ver señales en un sentido opuesto todo el tiempo. Tal vez solo fueran los nervios y la tensión del momento. Cuando bajamos del vehículo me sentía aterrorizada. La idea de no saber a qué me iba a enfrentar cuando atravesara las puertas del hospital provocó que mi respiración se acelerara. También estaba convencida de que si él estaba a mi lado no era solo por amistad. Y aquella certeza fue la que me dio fuerzas para no derrumbarme después.

Siempre había odiado los hospitales. No importaba lo lujosos o modernos que fueran. Ese sutil aroma que todos ellos destilaban unidos al silencio que reinaba en la sala de espera provocó que mi ansiedad fuera en aumento. Por suerte, apenas habían transcurrido diez minutos, una joven morena y muy atractiva se dirigió a nosotros invitándonos a seguirla. Poco después, Carlos y yo estábamos sentados en un lujoso despacho con unas bonitas vistas a la ciudad esperando a que la Doctora Giralt, así se llamaba la ginecóloga de Elena, nos atendiera. En cuanto atravesó la puerta del despacho y nuestras miradas se encontraron fui consciente de dos cosas. Me iba a llevar bien con aquella mujer y, el estado de Elena no había mejorado.

—Ya me han informado que es con usted con quien debo hablar del estado de mi paciente a partir de ahora —dijo mientras me estrechaba la mano con una confianza en sí misma arrolladora.

—Créame que yo estoy tan sorprendida como usted con todo esto —respondí con sinceridad, algo que me había propuesto hacer a rajatabla con todos los aspectos de mi vida.

—Me hago una idea... Estos casos son muy infrecuentes, aunque en el departamento jurídico lo tienen todo bastante claro. De modo que no perdamos más tiempo y pongámonos en marcha.

La doctora se sentó frente a nosotros, nos miró en silencio durante unos segundos, luego desvió ligeramente la vista hacia el Ipad que descansaba sobre su mesa. Nos miró nuevamente y comenzó a hablar.

—La paciente se encuentra en coma como consecuencia de un derrame

producto del glioblastoma que padece y que se le diagnosticó en este mismo hospital hace cuatro semanas. En su momento tanto el oncólogo que la trató como yo misma le explicamos con claridad la enfermedad que padecía y su carácter irreversible en caso de que no actuara con rapidez. El hecho de que estuviera embarazada agravaba aún más su situación ya que era prácticamente imposible que llegara en condiciones óptimas al parto. Le indicamos que debería tomar decisiones y con rapidez.

—Y entiendo que no lo hizo —dije más para mí misma que para la doctora.

—Correcto. La situación es grave y, por desgracia, el procedimiento ahora es mucho más complejo.

—¿Cuáles son las opciones? —dijo Carlos quien comprendió que me encontraba un tanto sobrepasada con toda aquella situación.

—La más importante es la que tiene que ver con la viabilidad del feto. La paciente está fuera ya del límite legal para interrumpir el embarazo y, además, tampoco puede decidir por ella misma.

—Creo que ese es mi cometido ahora —añadí con cierta angustia.

—Como le han debido informar, sí. exactamente para eso está aquí. Es la persona responsable de decidir qué hacer en este punto exacto en el que nos encontramos.

—Entiendo que no es posible tratar el tumor.

—Ahora mismo no es algo factible si lo que queremos es preservar la integridad del feto —respondió la doctora con una frialdad que no me pasó inadvertida.

—¿Y qué pasará con Elena?

—Las opciones de sobrevivir a este tipo de tumores son bastante bajas. Menos aún si tenemos en cuenta la zona concreta en la que está ubicado, su tamaño y el hecho de que no hayamos podido controlarlo. En condiciones normales deberíamos volver a realizar diversas pruebas y actuar de inmediato, pero la paciente sufrió un derrame que la ha dejado en coma y con necesidad de respiración asistida.

—No se recuperará —dije mientras me invadía una enorme tristeza.

—Las posibilidades son remotas, sí.

—¿Y qué pasará con el bebé?

—Esa es la razón por la que está usted aquí.

—¿Tengo que elegir si esa criatura vive o muere?

—No. En el caso de que usted declinara tomar cualquier tipo de decisión,

existen otras vías para dirimir este asunto. Pero como está aquí y, dado que la paciente consideró que sería capaz de asumir una situación como esta si llegara a producirse, sería de gran ayuda si pudiera opinar al respecto.

—¿Está segura de que Elena no vivirá para poder hacerse cargo del bebé?

—Mire... nunca hay una certeza absoluta y menos en asuntos como este. Pero le puedo garantizar que la paciente tiene menos de un tres por ciento de probabilidades de salir adelante y volver a ser la mujer que conoció. No hay apenas actividad cerebral, no responde a estímulos. Su cuerpo ni siquiera es capaz de respirar por sí mismo. Si llegara a reponerse del derrame y de las secuelas de éste, su condición física y cognitiva quedaría seriamente dañada. Este es el diagnóstico más certero que le puedo proporcionar.

—Si ella está tan afectada, ¿no lo estará la criatura?

—El feto está en perfecto estado. Ya nos hemos cerciorado de ello. Tanto los médicos que la atendieron en Madrid como nosotros. Es una niña sana de treinta y seis semanas de gestación.

—Una niña... —murmuré mientras sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas.

—María —comenzó a decir la doctora mientras se levantaba de la silla en la que había permanecido sentada y caminaba hacia donde yo me encontraba —sé que todo esto es muy complicado y difícil de asumir. A ninguno nos gustaría estar en su lugar y verse en la situación de tener que tomar una decisión tan importante. Pero mi obligación es instarla a que lo haga a la mayor brevedad posible. Cada segundo cuenta y me gustaría salir de aquí sabiendo si voy a traer otro bebé al mundo o no.

No me podía creer que todo esto me estuviera pasando. Yo que nunca había tenido el más mínimo interés en ser madre, ahora debía decidir sobre el hijo de otra persona. Tal vez, si ese bebé no fuera hijo de mi difunto marido mi decisión hubiera sido otra o, quizás porque lo era, vi la respuesta clara en mi mente tan solo unos segundos después. Elena, en sus últimos instantes de vida, se había mostrado ante mí como el ser mezquino y egoísta que era. Pero lo había hecho con una enorme valentía y dignidad. Tal vez porque me considerara la persona más adecuada para ello o porque tenía la intención de seguir atormentándome desde la vida eterna, me había hecho única responsable del hijo que llevaba en su vientre. En mi mano estaba dejar que siguiera ejerciendo su poder sobre mí aun sin estar, o acatar su voluntad para, a partir de ahí, comenzar una nueva vida. Mientras los pensamientos se

sucedían en mi mente a toda velocidad pude sentir la firme mano de Carlos sobre la mía. En un momento determinado incluso lo miré a los ojos tratando de averiguar si, a pesar de la decepción que le había provocado, estaría a mi lado para ayudarme a organizar la vida que estaba dispuesta a empezar. En aquel momento otra idea, mucho más poderosa, apareció con claridad. Si necesitaba otra prueba para demostrar que la opinión de Elena sobre mí era equivocada la tenía justo al alcance de la mano. No iba a permitir que nada me sobrepasara. Me haría cargo de aquella pequeña vida, no porque fuera el deseo de una mujer que había demostrado que no era capaz de amar más que a ella misma, sino porque yo sí era alguien a quien no le asustaba amar a los demás.

—¿Qué hay que hacer a partir de ahora? ¿Cuándo nacerá el bebé?

—Vamos a hacer todo lo posible para que esté en el interior del útero el máximo número de semanas. En el peor de los escenarios, con quince días más, estaríamos en condiciones de asegurar la viabilidad. Pero, como le digo, vamos a trabajar para que eso no suceda.

—¿Hay algo que pueda hacer yo mientras?

—Sí —respondió la Doctora Giralt— prepararse para ser madre.

Hablamos un poco más sobre las necesidades que pudiera tener Elena y también sobre la importancia de que yo estuviera completamente preparada para llevar a cabo la decisión que acababa de tomar. En un primer momento mostré la intención de permanecer junto a la que había sido mi amiga el máximo tiempo posible. Sin embargo y, dado que estaba en la UCI, los horarios de visita eran tan restringidos que apenas iba a poder estar con ella una hora al día si conseguía llegar a todos los turnos. Cuando salí del hospital y me cegó la luz casi de verano, fui consciente de que necesitaba respirar, descansar y pensar con claridad.

—No hay mucho que puedas hacer ahora mismo —dijo Carlos en cuanto comenzamos a caminar sin rumbo fijo— ¿Por qué no te coges unos días para asumir esto y descansar?

—¿Te refieres a volver a Naia?

—No estaba pensando exactamente en eso, aunque veo que tú sí.

—Aquel lugar me hizo bien cuando necesitaba pensar. Quizás ahora vuelva a ejercer su magia sobre mí.

—En ese caso... No hay mucho más que hablar.

Capítulo 37

Recorrimos los escasos metros hasta la salida sumidos en un profundo silencio. Tenía demasiadas cosas que procesar, muchos sentimientos que colocar. Había una en concreto que me perturbaba. Elena, la misma mujer que había manifestado su completo rechazo e incluso odio hacia mí apenas unos días atrás, había decidido que yo debía ser la persona que se encargara del bienestar y la educación de su hija. No tenía ni idea de cómo tomarme lo que me parecía, sin duda alguna, una broma pesada. ¿Me estaba castigando por algo? ¿Era esta su última decisión maligna? ¿Por qué una persona que me tenía en tan baja estima me adjudicaba una de las mayores responsabilidades de su vida? Miré de reojo a Carlos y me percaté de que estaba buscando un taxi. A pesar de lo extraño de la situación él, una vez más, se estaba haciendo cargo de todo. ¿Alguna vez dejaría de sentir que los demás eran más fuertes y capaces que yo frente a la adversidad?

Pocos minutos después estábamos sentados en la parte de atrás del coche que nos llevaba en dirección a mi casa. Poco me importaba en aquel momento la decisión que había tomado horas atrás de conservar cierta privacidad y de mantener a Carlos un poco alejado de mi pequeño mundo. Ahora tenía otras cosas más urgentes y relevantes en las que pensar. Mientras las calles de Barcelona pasaban a bastante velocidad a través de la ventanilla del coche, otra idea se coló en mi mente. Hasta aquel momento había estado encantada con mi vida. Cierto que había tenido dificultades, pero a pesar de ellas, mi día a día estaba organizado, determinadas rutinas habían regresado proporcionándome cierta paz. Todo transcurría sin demasiados sobresaltos y, sobretodo, sin el sacrificio de tener que educar a un futuro adulto equilibrado. No, no podía asumir aquella responsabilidad. Además, ¿sería capaz de criar a una niña fruto de la infidelidad de Gonzalo, de la traición de Elena? La respuesta fue clara. Un rotundo no.

Carlos se ocupó de pagar el taxi mientras que yo caminaba con el peso del mundo sobre mis hombros en dirección a casa. Abrí la puerta y pensé que él me seguiría. Sin embargo, pasados unos segundos me percaté de que seguía sola en el interior de la vivienda. Deshice mis pasos y lo encontré en la puerta, con la duda dibujada en su mirada. Sin saber muy bien por qué le sonreí. Probablemente el motivo fuera su capacidad para interpretarme aun cuando ni

yo misma me aguantaba.

—Anda pasa. Te prepararé un café —dije y me separé ligeramente de la puerta para que pudiera entrar.

—¿Seguro?

—Sí, a menos que tengas oscuras intenciones.

No sé por qué pronuncié aquellas palabras. Después del momento que habíamos vivido en el hospital probablemente no fueran las más adecuadas. A Carlos no pareció importarle el desvarío. Es más, creí adivinar en él cierto brillo en los ojos, como si mis constantes cambios de humor le divirtieran.

—¿Podría ser algo un poco más fuerte? —dijo en cuanto nos instalamos en el salón y yo me dispuse a ir a la cocina.

—¿Vino, *whisky*, *gin-tonic*?

Él consultó el reloj y durante unos pocos segundos me dio la impresión de que estaba considerando todas las opciones. Seguramente alguien con su sentido del saber estar y del deber tenía que meditar si era demasiado temprano para darse la bebida o si, por el contrario, le daba absolutamente igual lo políticamente correcto.

—Creo que un escocés estará bien —respondió mirándome directamente a los ojos y provocándome un escalofrío que, en aquel instante, no quise interpretar.

Abrí el mueble del salón en el que guardaba las mejores bebidas. Yo no era especialmente fan de la bebida de malta, pero tampoco me apetecía decidir. De modo que cogí la botella aun por estrenar de Macallan, la abrí y serví dos generosas copas. Luego le tendí una y lo miré sin saber demasiado bien qué decir.

—¿Estaría mal si brindamos?

—Tampoco se va a enterar nadie —respondí sin poder disimular una sonrisa—. Aunque no me queda muy claro el motivo —añadí algo confusa.

—Siempre hay razones para un buen brindis. Que estamos vivos, que seguimos adelante a pesar de todo, que el presente ya no es tan malo como lo que hemos dejado atrás, que el futuro aún incierto será mejor porque no queda otra...

—Visto así...

Alcé mi copa y la choqué ligeramente con la suya. No quise sostenerle la mirada. Me asustaba lo que podía intuir en ella. Sabía que no me estaba comportando de forma justa con él. A pesar de lo que habíamos hablado, sus intenciones estaban claras, como también sus sentimientos. Si Carlos estaba

yendo con pies de plomo conmigo era porque estaba esperando a que mis idas y venidas, las subidas y las bajadas, se equilibraran de forma definitiva. Pensé entonces en Javier. En las risas, en la locura a la que me había rendido durante el inicio de nuestra gira. Las copas, las confianzas y lo sencillo que había sido todo con él. No es que estuviera planteándome retomar nada. Y menos después de la charla que le había dado en el AVE, pero le echaba de menos. Sabía la poca gracia que a Carlos le había hecho que me sincerara con él, no tanto por explicarle la verdad, sino porque en el fondo había intuido que lo que había vivido en el sur era quizás más intenso de lo que le había explicado. Supongo que por aquella razón no salté directamente sobre el móvil para llamar a Javier, aunque sí tuve el valor de enviarle un mensaje. Sabía que se alegraría de tener noticias mías y yo podría hablar con alguien con quien no tuviera esa incertidumbre emocional.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo Carlos después de permanecer un buen rato en silencio saboreando el *whisky*.

—¿Con respecto a qué en concreto?

—Pues para empezar con la decisión más seria que te va a tocar tomar —respondió con cierto tono de reproche. Como si le extrañara que yo no supiera a ciencia cierta sobre el asunto por el que me estaba preguntando.

—Aunque ya me he comprometido, no me siento preparada para ser madre —solté sin más.

—Tal vez esta sea tu última oportunidad de serlo —dijo transformando el tono de su voz en apenas un susurro.

—Debería ofenderme porque me estés llamando vieja. No lo haré. Me limitaré a sonreír y a decirte que no creo que esté capacitada para educar a nadie y menos a una criatura que, para mí, ya viene condicionada por el engaño y la traición.

—¡Qué medieval!

—Es posible. Sé que, desde un punto de vista objetivo y maduro, yo debería estar considerando seriamente todas las opciones. Pero no puedo dejar de pensar en la procedencia de ese bebé y me supera.

—Entonces lo castigas por tu incapacidad para dejar atrás el pasado —sentenció ahora sí, con los ojos clavados en los míos.

—Las cosas no son así de sencillas. No todo es blanco ni negro —respondí un tanto a la defensiva.

—Creo que hay temas sobre los que no hay que pensar mucho. Se quiere o no se quiere, se siente en el estómago el deseo o el temor. Lo demás es marear

la perdiz.

¡Joder con Carlos! Resultaba que el rey del autocontrol y de la cara de “ni siento ni padezco” me iba a dar lecciones de emotividad. A pesar de lo mal que me sentó su comentario, no pude evitar sorprenderme por la forma en la que se había referido al modo de experimentar emociones. El hecho de que hablara de esa sensación en la boca del estómago me acercó un poco más a él. En el pasado, cada vez que había conversado con alguien sobre el lugar del cuerpo en el que cada uno sentía el amor, la ira o cualquier otra emoción, nunca había llegado a un consenso. Sin embargo, él parecía tenerlo igual de claro que yo. Ese punto exacto debajo del pecho en el que podíamos experimentar desde el amor y el deseo más absoluto hasta la rabia más intensa.

—Me gusta mi vida tal y como está. Además, después de todo lo que ha sucedido, de las mentiras, del engaño y del desprecio que ambos dos me han mostrado a su manera, ¿por qué tengo que hacerme responsable de su decisión o de su error?

—Creo que estás siendo demasiado dura a la hora de juzgarles.

—Y tú muy *flowerpower* —respondí sin poder controlar mi enfado—.

—¿Nunca has cometido un error? ¿Jamás has dicho esto lo hubiera hecho de otro modo?

—¡Por supuesto que sí!, pero no he jodido a nadie por el camino.

—Venga ya... ¡Supéralo! —dijo con una rotundidad que provocó que todo mi cuerpo se tensara.

—¿Qué exactamente?

—Los reveses de la vida. Nos pasan a todos, ¿sabes? Y seguimos adelante tratando por todos los medios de cicatrizar nuestras heridas y de que esos acontecimientos que ya no tienen solución dejen de condicionar nuestro futuro.

—Por fin dices lo que piensas en realidad —no sabía por qué me estaba revolviendo contra él cuando lo único que había hecho desde que nos conocíamos era preocuparse por mi bienestar y tratarme con todo el cariño del mundo. Y allí estaba yo sacando por fin toda la rabia, la ira y la decepción que había tratado por todos los medios de enterrar. Quizás lo estuviera haciendo con la persona menos indicada, aunque eso ya no tenía solución.

—Te equivocas. Eso es lo que tú crees que yo opino porque no me escuchas ni me das la oportunidad de demostrar nada. Te has formado una opinión sobre mí y sobre la relación que quieres que mantengamos y luego has corrido a esconderte tras un montón de excusas para no afrontar ningún

sentimiento. Pero ¿sabes qué? No se puede vivir permanentemente fingiendo ser alguien que no eres. Al final acaba saliendo la verdad y, con ella, todo salta por los aires.

—Si eso es lo que opinas de mí, ¿qué estás haciendo aquí?

—Demostrarte que te estás equivocando. Intentar por todos los medios que dejes de darte golpes contra ese muro que tú misma has construido, que eres capaz de saltar, pero que te niegas a hacerlo. Y no... No tengo ni la más remota idea de por qué estoy haciendo todo esto. Si lo pienso fríamente no tiene ninguna lógica. Es el corazón el que me impulsa. Sí a mí... al que consideras distante, de quien opinas que por ser considerado y respetuoso soy un ser frío e incapaz de experimentar la pasión. Estoy aquí porque yo sí he decidido darle una oportunidad a un tren que dudo mucho que vuelva a pasar por mi vida. No hay razón en mi comportamiento, pero por primera vez en muchos años, hay corazón. Y eso sí que no lo voy a dejar escapar.

Podía estar preparada para muchas cosas. No para oír el discurso que Carlos me acababa de dar. Desconocía qué era lo que me había removido más por dentro. Si la bronca por lo que él consideraba un comportamiento lamentable, o por el hecho de que hubiera puesto sus emociones sobre la mesa así: A pelo. Estaba desbordada por todo y, la parte de mí que necesitaba la estabilidad y la rutina me pedía a gritos que saliera de allí, que recuperara mi vida y me olvidara de todo. Esconderme tras la pantalla del ordenador siempre me había funcionado. Era un bálsamo para cualquier revés que la vida me trajera. Entonces volví a oír en mi interior las palabras que me había dicho Elena, aquellas en las que me acusaba de ser una cobarde, de ir por la vida de puntillas y de ser incapaz de vivir mis emociones al cien por cien. Pensé en Gonzalo. A juzgar por los recientes acontecimientos, estaba más que claro que él opinaba del mismo modo. Ahora él había expuesto con crudeza una serie de quejas que me eran más que familiares y me herían. Quise gritarle, pedirle que se fuera, enviarlo a paseo y lo hubiera hecho de no haber tenido la certeza de que, en el fondo, había bastante verdad en sus palabras.

—¿Vas a decir algo? —Carlos rompió el silencio tenso que se había establecido entre nosotros con una rotundidad que provocó que me sintiera aún peor.

—¿Quieres oír que tienes razón, que siempre me he sentido más cómoda explicando los sentimientos de otros que mostrando los míos, que me aterra descubrir cómo soy y qué siento en realidad? —dije casi al borde de las lágrimas.

—Solo quiero oír la verdad de una puñetera vez. No porque yo la desconozca, sino para que tú empieces a vivir —sentenció justo antes de llevarse la copa a los labios y apurarla de un solo trago.

—Estoy agotada... —respondí en cuanto fui capaz de controlar la opresión que sentía en el pecho y las ganas de llorar—. Cada vez que encarrilo de nuevo mi vida sucede algo que me lo echa por tierra. Yo lo único que quiero es sentarme en el despacho, dejar volar mi imaginación, crear otras vidas, otros mundos.

—¿Y qué pasa con la tuya? ¿No lo ves? ¿No te das cuenta de que no le estás sacando todo el jugo a tu existencia? ¿Acaso crees que la vida te seguirá dando oportunidades, que puedes permitirte el lujo de dejarlas pasar todas mientras intentas convencerte de que lo único importante es tu trabajo?

—¡Es que lo es!

—Eso es lo que llevas contándote años y mira, no lo voy a negar, te ha funcionado. Eres una de las mejores escritoras que conozco y de las pocas que puede decir que se gana la vida con ello. Eso ya pasó. Lo conseguiste. Lo tienes. ¿Qué pasa con el resto?

—¿Por qué tiene que haber un resto?

—Porque si no lo hubiera, nada de lo que pasó en Naia ni de lo que hemos sentido desde que nos conocemos habría existido.

¡Bingo! Se podía decir más alto, no más claro. Cuando conocí a Javier supe desde el principio que tenía cierta habilidad para interpretar mis emociones, sentimientos y anticiparse a ellos. No me había pasado lo mismo con Carlos. Ahora era obvio que me había equivocado. Leía mi interior con una facilidad que me asustó y desarmó a partes iguales. Si tan clara era para él, ¿qué sentido tenía que me esforzara por ocultar lo que sentía en realidad? Y no... no se trataba de un amor profundo e incondicional, sino de auténtico terror a admitir que eso podía estar sucediendo ya. Me sentía abrumada y avergonzada al mismo tiempo. Era como la niña a la que descubren comiéndose el chocolate a las tres de la mañana escondida en la alacena. Tanto mantener la compostura, tratar de ser fría y racional no había servido para nada. Desde el principio él había visto con claridad la batalla que se libraba en mi interior y se había hartado de esperar a que yo reaccionara.

El timbre de la puerta interrumpió el hilo de mis pensamientos. Decidí obviarlo. No esperaba a nadie y tampoco me apetecían visitas con todo lo que estaba pasando. El sonido volvió a repetirse una, dos, tres, cuatro veces. Me levanté del sofá enfurecida y dispuesta a cantarle las cuarenta a quien fuera

que tuviera tanta prisa. Cuando abrí lo único que pude hacer fue abrir. Ni siquiera me salieron las palabras. ¿Qué hacía Javier allí?

—He visto tu mensaje y he decidido que te vendría bien un hombro sobre el que llorar.

—No me apetece hablar ahora —respondí mientras trataba de llegar al salón antes que él. No lo conseguí.

—Hola... —dijo mirándonos a Carlos y a mí con una mezcla de sorpresa y diversión—. Soy Javier. Un amigo de María —añadió y le tendió la mano de un modo tan teatral que a punto estuve de echarme a reír.

—Encantado. Soy Carlos. Otro amigo de María.

Lo miré con extrañeza al darme cuenta del tono que había empleado para la palabra “amigo”. Javier lo observó en silencio mientras que yo tampoco tenía demasiado claro cómo actuar. Lo último que necesitaba era una pelea de machitos en aquel momento. Y algo me decía que, si no los alejaba, era más que probable que acabaran diciéndose cosas de las que luego tendrían que arrepentirse. No me dio tiempo a tomar ninguna decisión. Estaba a punto de sentarme en el sofá cuando Carlos se levantó.

—Os dejaré solos. Tengo algunas cosas que hacer —dijo sin mirar a nadie en concreto.

—No tienes por qué marcharte —respondí con nerviosismo.

—Lo sé, pero quiero irme —añadió sin más.

Por el rabillo del ojo pude ver el rostro de Javier que se debatía entre el estupor y la guasa. No quería mirarlo directamente a los ojos por si hacía alguna de sus muecas y me resultaba imposible controlar mi reacción. Me limité a permanecer en silencio y a acompañar a Carlos hasta la puerta.

—No quiero que las cosas terminen así —dije en cuanto él puso un pie en la calle.

—Ahora mismo es todo lo que podemos hacer. Mañana regreso a Naia. Cuando hayas tomado una decisión ya sabes dónde encontrarme.

—¿Qué quieres decir? —No podía creer que me estuviera dejando sola y, menos aún, que hubiera optado ya por regresar a su casa.

—Sé lo que siento por ti e incluso lo que quiero para el futuro más inmediato. Eso sí, no estoy dispuesto a empezar una relación con un desgaste como este, con alguien que tiene un montón de frentes abiertos que solo tú puedes solucionar.

—Y por eso es mejor alejarse y dejar que lidie con todo.

—Puede que no lo comprendas o incluso consideres que te estoy haciendo

una putada —respondió ahora sí mirándome directamente a los ojos—. Créeme. Es lo mejor. Necesitas tiempo y tu espacio para tomar decisiones. A menos que ya lo tengas todo claro —añadió dirigiendo una mirada fugaz hacia el interior de mi casa.

—Javier es solo un buen amigo.

—Si tú lo dices...

No sé qué me sorprendió más. Si su respuesta o la ausencia de emoción que parecía haber en ella. Sabía que no era un reproche. Él no era así. Tenía derecho a estar molesto. Al fin al cabo, no era fácil encajar todo lo que le había explicado ni tampoco el modo en el que se había complicado mi vida durante las últimas horas. Aún así, me sorprendía que su primera opción fuera la de mantener las distancias. Nos despedimos sin decir nada más. Vi cómo se alejaba caminando calle abajo y, cuando cerré la puerta, tenía en la boca del estómago una enorme sensación de pérdida. Regresé al salón sintiéndome completamente abatida y sí, en cierto modo, abandonada. Me senté y comencé a llorar.

—¡Vaya panorama, nena! —dijo Javier acercándose hasta donde yo estaba y rodeándome los hombros con su fuerte brazo—. Si llego a saber que había esta fiesta, vengo antes —añadió en un intento de quitarle dramatismo a la situación.

—Si lo llego a saber yo, me quedo en el sur porque desde que hemos vuelto solo me caen marrones encima.

—¿Qué ha pasado ahora? Si quieres explicármelo, claro.

Al principio pensé en no responder. Tenía el ánimo por los suelos y además sentía que toda la energía del cuerpo me había abandonado. Después lo reconsideré. Él era lo más parecido a un amigo que tenía y era consciente de que no iba a poder yo sola con la ansiedad que todo aquello me estaba produciendo. De modo que le expliqué lo que había sucedido con Elena, la decisión que me había visto obligada a tomar, cómo me sentía y qué era lo que quería para mi futuro más inmediato. También le hablé muy por encima de lo que había sucedido con Carlos. Al fin y al cabo, hacía solo unos pocos días que Javier me había abierto su corazón y yo le había rechazado. Tampoco era necesario hurgar más en la herida por mucho que él se empeñara en hacerme ver que lo tenía todo superado. Tan solo le ofrecí un par de pinceladas de la charla que me había dado. Después guardé silencio mientras él me miraba como si estuviera a punto de echarse a reír. Por suerte, no lo hizo.

—No quisiera estar en tu pellejo, nena —fue lo primero que dijo y lo hizo

de tal modo que no pude evitar que, a pesar de todo el agobio que llevaba encima, se me escapara una leve sonrisa—. Esa que decía ser tu amiga te ha dejado un buen marrón encima. Y perdona que sea tan sincero —añadió al darse cuenta de que quizás sus palabras pudieran dañarme—. Entiendo que te asuste la responsabilidad de hacerte cargo de un bebé.

—Pero... —respondí sabiendo que se estaba reservando la parte más complicada de su opinión.

—El gallego alegre tiene parte de razón.

—¿Cómo has dicho? —Sabía que no debía reírme. No en un momento como aquel, pero aquella era la magia de Javier. Su capacidad para convertir en cómica cualquier situación por complicada o dolorosa que fuera.

—Que el del oeste tiene su parte de razón.

—No si eso lo he entendido. ¿Cómo lo has llamado?

—El gallego alegre. Se le veía muy animado y tal —añadió con un brillo de malicia en los ojos que provocó en mí una sonora carcajada.

—Si no fuera por todo lo que tengo encima en este momento hasta te reñiría, pero estoy agotada.

—Sabes que no lo digo con mala intención. No he podido resistirme. Lo he visto ahí tan envarado, tan distante que, en fin, eso es lo primero que he pensado. Pero no me hagas mucho caso. Ya sabes cómo soy. Probablemente no sea mal tío.

—No lo es —respondí con sinceridad a pesar de que todavía estaba dolida con el modo en el que se había marchado de mi casa.

—Ahora es cuando te debería preguntar qué tiene él que no tenga yo. Pero tranquila... Pasaremos por alto ese escabroso asuntillo —añadió sonriéndome con sinceridad.

—Si lo hicieras esta conversación comenzaría a parecerse al diálogo de alguno de mis libros. En realidad, todo lo que me está pasando parece el argumento de una novela.

—Es posible, aunque lamento decirte que esto es la vida real.

—Y por eso estoy tan confundida y asustada. ¿Crees que me escondo tras la pantalla del ordenador para no enfrentarme a mis propias emociones? —dije recordando las palabras que Carlos me había dirigido tan solo unos minutos atrás.

—Es complicado responder a eso y más si tenemos en cuenta que me dedico a lo mismo que tú.

—Bueno tú asesinas gente en tus libros.

—No por eso dejo de mostrar sentimientos, aunque no sean los mismo que en tus novelas. En cualquier caso, creo que lo de mostrar o no a través de las palabras va un poco en función del carácter de cada uno y de cómo te planteas tu forma de narrar.

—Entiendo...

—Hay personas que viven hacia fuera, que exteriorizan y da igual a lo que se dediquen. Siempre acaban mostrándolo todo sin importarles qué dirán los demás o los golpes que pueda darles la vida. A veces se trata de una decisión consciente. Te hartas de comerte las emociones, de vivir hacia dentro o detrás de un muro y, sencillamente, te lanzas a la aventura. Hay otras que ya llevan eso de serie. Los extrovertidos, los que no entienden la vida sin demostrar a cada instante lo que hay en su interior. Luego están quienes necesitan protecciones y lugares en los que esconderse. Sentado tras la pantalla del ordenador es un buen método para ser una persona completamente diferente. Te puedes mostrar valiente, seguro e incluso aparentar ser el más sociable del universo. Aunque, en mi opinión, eso tiene una duración relativamente corta.

—Hay mucha gente por ahí a la que le va bien viviendo de las apariencias.

—Supongo, aunque hay algo con lo que estas personas no cuentan.

—Que es...

—Cuando tienes un trabajo creativo, como es el caso, una de las cosas que el público más valora es la autenticidad. Puedes permitirte ser tibio en una novela, en dos... Más allá de eso no creo que la cosa vaya a ir demasiado bien. La gente, en este caso, la que nos lee quiere sentimientos a flor de piel, sean del tipo que sean. Cuando abren un libro lo que buscan es evadirse de su realidad y experimentar un montón de cosas reales. Quedarse a medias con las emociones no es una opción válida si pretendes tener cierto éxito en esta profesión.

—Ya.

—Tú llevas años ganándote la vida con esto. Te has hecho un nombre en el sector. De modo que no creo que hayas ido de tibia por la profesión ni que hayas dejado tus sentimientos al margen.

—Últimamente no hacen más que repetirme lo contrario.

—Punto número uno. Con lo que llevas vivido lo que opinen otros o el modo en el que te vean debería importarte un carajo. Punto número dos. Si hay alguien que opina que no muestras tus sentimientos no te conoce en absoluto. Hay una diferencia enorme entre refugiarse en el trabajo durante un tiempo por

los motivos que sean o ser una de esas mujeres que tienen la misma expresividad que una piedra. No es tu caso. Sé de lo que hablo.

Hubo algo en el modo en el que pronunció estas últimas palabras que provocó que el estómago se me encogiera. Una parte de mí quería creer. La otra me repetía que no había mucha objetividad en alguien que te quiere.

—Y no te estoy diciendo esto porque sienta algo por ti o por lo que hemos compartido —añadió en el mismo instante en el que yo estaba considerando esa misma opción—. Una persona no triunfa si no es auténtico. Ni aquí ni en la China. Así es que déjate de historias y de comidas de olla absurdas. Manda a pastar a quien no sea capaz de ver lo que en realidad hay en ti y toma tus propias decisiones.

—Eso intento. Pero, si te soy sincera, ahora mismo tengo más dudas que otra cosa.

—María, haz lo que te salga del corazón y lo que en realidad desees. Piensa solo en ti. Quien te quiera ya hará lo posible por adaptarse y, si no lo hace, es que no vale la pena.

—Es una visión un poco egoísta.

—Tal vez. Pero funciona. Estamos educados en la creencia de que el egoísmo es algo negativo y que debemos desterrar. Luego te lees cualquier texto religioso, metafísico o filosófico y te encuentras con que el amor empieza por uno mismo. No hay nada de malo en quererse y anteponer tu bienestar al resto de ocho millones de cosas que debemos hacer a diario.

Sabía que, en el fondo, había mucha verdad en todo lo que estaba diciendo. Y aquello me llevó a hacerme una pregunta que, ni siquiera había considerado hasta aquel instante. ¿El rechazo a quedarme con la hija de Gonzalo y Elena era por mi orgullo herido, porque en realidad seguía sin querer ser madre o porque me asustaba el compromiso que una decisión así implicaba?

—Creo que tengo mucho en qué pensar —dije casi sin darme cuenta.

—Pues date prisa porque no creo que el gallego alegre vaya a esperar demasiado —respondió con su ironía habitual.

—Deja de llamarlo así. No es mal tipo.

—Lo imagino. Solo pretendía...

—Y lo has conseguido. Estoy de mejor humor e incluso empiezo a ver algunas cosas un poco más claras.

—Me alegro. ¿Qué vas a hacer?

—¿Te refieres a ahora?

—En general.

—Voy a tomarme los días que nos quedan antes de regresar al trabajo para considerar un montón de decisiones. No puedo seguir adelante ni volver a marcharme varias semanas sin dejarlo todo bien atado.

—¡Esa es mi chica!

—Voy a volver a Galicia —añadí de forma impulsiva.

—Vas a perseguir a este tipo...

—No. Solo regreso a un lugar en el que me siento a gusto, en el que puedo tomar la distancia suficiente para ver las cosas desde otra perspectiva. Quiero que, cuando nos volvamos a encontrar, todo esté colocado en su sitio y poder disfrutar de esta oportunidad profesional que la vida nos ha dado.

—Me parece correcto. Yo también voy a aprovechar estos días para airearme un poco.

Intuí cierto misterio en el tono de su voz y tuve la sensación de que me estaba ocultando algo. Estaba demasiado agobiada ya con todo lo que tenía encima como para crearme otro nuevo problema y lo dejé correr. Javier comenzó a hablar de algunas de las pistas nuevas que había descubierto en el manuscrito de Lina. Según me comentó había dedicado bastantes horas a releer la copia que yo le había facilitado. Concentrar mis energías en algo que no fuera mi vida personal me ayudó a recuperar cierta calma y las horas pasaron a toda velocidad. Se fue de mi casa bien entrada la noche con la promesa de seguir en contacto durante las siguientes semanas. Cuando me quedé sola fui directa al despacho, encendí el ordenador y me centré en organizar mi regreso a Naia.

Capítulo 38

La reserva del vuelo estaba lista. Sabía que en el aeropuerto de Vigo podía conseguir un coche sin problemas. Solo quedaba la parte más difícil: Hablar con Lina. Desde que regresé de Naia habíamos mantenido el contacto. No era muy fluido, porque mi ex casera no era una mujer muy aficionada ni a hablar por teléfono ni tampoco a enviar mensajes de texto. Sabía que podía regresar a mi antiguo alojamiento cuando quisiera. Así me lo había expresado ella el mismo día en el que regresé a Barcelona. Ahora las cosas eran un poco distintas. Creía haber descubierto algo sobre su pasado más íntimo y la miraba con otros ojos. Durante un buen rato consideré la posibilidad de alojarme en un hotel. Allí tendría más libertad y, probablemente, me sentiría menos controlada a la hora de hurgar en el pasado de Lina, porque si algo tenía claro, era que aquel viaje también iba a servir para llegar hasta el fondo de una historia que estaba empeñada en averiguar. Enseguida descarté esa posibilidad. Todo el mundo sabía dónde me había alojado y el vínculo que se había establecido entre nosotras. Si no regresaba con mi casera, los rumores iban a circular a toda velocidad por el pueblo y, dadas las circunstancias, aquello era lo que menos me convenía.

Me sentía un poco atrapada y con la sensación de que, en los últimos días, cualquier cosa que hiciera o dijera se malinterpretaba. Acudió a mi mente la imagen de Carlos abandonando mi casa, así como las palabras que me había dirigido. El mismo hombre que me había hecho revivir y por el que creía que empezaba a sentir algo bastante intenso, se había encargado de darme uno de los mayores rapapolvos emocionales de mi vida. Seguía sin comprender su enfado y el modo en el que se había marchado de casa. La mezcla de rabia y confusión que experimenté en aquel instante me impulsó a marcar el número de Lina.

—Hola... Soy María. Necesito volver a casa —las palabras salieron en tropel y las sentí con tanta intensidad que a punto estuve de echarme a llorar.

—Ven cuando quieras —respondió con esa serenidad tan suya y que tanto me había ayudado un tiempo atrás.

—¿Mañana es buena fecha?

—Es perfecta. Aquí estaré.

Recordé entonces las palabras que me había dedicado cuando nos

despedimos y también la promesa que le había hecho. Esa que pasaba por dejar a un lado los miedos y vivir exprimiendo cada instante sin temor a mostrar mi verdadero yo. A juzgar por lo que Carlos me había dicho unas horas atrás, por las duras palabras de Elena y también por el modo en el que me había tomado Javier estuviera enamorado de mí, estaba claro que había fracasado.

Cuando me subí al avión rumbo a Vigo sentía la cabeza a punto de estallar. Estaba desbordada con los últimos acontecimientos, sentía la presión de la inminente toma de decisiones, algo a lo que no me quería enfrentar, pero que debía hacer en un sentido u otro. Mientras el avión tomaba velocidad para el despegue caí en la cuenta de algo más. Con cierta frecuencia solía echar mano de los recuerdos más recientes, esos que se habían creado junto a Javier mientras paseábamos por las calles de Málaga o nos reíamos en una terraza de Madrid. La sensación de desconcierto me cogió desprevenida. No sabía si por todo lo vivido o, quizás, por todo lo sentido, pero Javier se había convertido ya en un gran amigo. En unas pocas semanas tendríamos que retomar la gira de promoción, asistiríamos a ferias del libro y más eventos. Era consciente de que el tiempo para tomar decisiones se me estaba acabando. Quería volver a reunirme con mis lectores, escuchar sus opiniones, sentir ese cariño incondicional que siempre me brindaban. Me apetecía mucho perderme por las calles de cualquier ciudad a tomar unos vinos y discutir con Javier. Pero para viajar tan libre de equipaje, antes debía hacer frente a realidades para las que no estaba preparada. Entonces sonreí siendo consciente por primera vez en días de lo bien que me sentaba relacionarme con mi compañero de letras y cómo lo echaba de menos. Él se estaba encargando de que no notara demasiado su ausencia bombardeándome a mensajes con los que me hacía rabiar manteniendo el misterio sobre su repentino viaje. Yo, cotilla profesional, llevaba bastante mal la certeza de que me estaba ocultando algo. Al mismo tiempo tenía que admitir que estaba disfrutando muchísimo con ese tira y afloja que nos traíamos. Sabía que las posibilidades de éxito eran todas. Cuando me proponía averiguar algo, siempre me salía con la mía. Era cuestión de tiempo que él cometiera un error que yo aprovecharía para averiguar qué estaba tramando con exactitud.

El verde de los prados, la luz reflejándose sobre el Atlántico y un sol que brillaba en todo lo alto. Así me recibió Vigo. Mientras conducía camino de Naia sentí los nervios en la boca del estómago. No podía evitar pensar en cómo sería el reencuentro con Lina ni tampoco el modo en el que le iba a

explicar todo lo sucedido. Tenía claro que había ido hasta allí en busca de respuestas. De lo que ya no estaba tan segura era de hasta qué punto los enigmas que pretendía resolver tenían que ver con mi casera o conmigo misma. Sabía que no estaba preparada para responder a las preguntas que, sin duda alguna, ella me formularía. Al mismo tiempo, era consciente de que no podía seguir posponiendo mis emociones, mis sentimientos... En definitiva, mi vida. Durante los siguientes cuarenta minutos intenté concentrarme en la carretera y en llenarme con las espléndidas imágenes de un paisaje que me había sobrecogido. Lo conseguí. Casi sin darme cuenta estaba aparcando frente a la casa de Lina. El corazón comenzó a latirme con fuerza. En mi interior se mezclaba la felicidad del reencuentro con el temor que me producía saber que, en cierto modo, había llegado el momento de la verdad. Antes de bajar del coche respiré hondo en un intento por tranquilizarme. No funcionó. Cuando abrí el maletero para sacar el equipaje, las piernas me temblaban. Volví a respirar con fuerza y esta vez sí me tranquilicé. Reconocí el perfume de Lina y, automáticamente, me sentí en casa. Al dar la vuelta me encontré directamente con su mirada y una enorme sonrisa en los labios. Cuando la abracé, todo lo demás dejó de importar.

—No hace falta que te diga lo contenta que estoy de tenerte aquí otra vez. Aunque no te esperaba tan pronto —dijo mi casera después de hacerse cargo de mi maleta, abrir la puerta de la casa del jardín y sentarnos frente a unos chupitos de cilantro.

—Yo también estoy feliz. No me había dado cuenta de cómo había echado de menos esto, hasta que he bajado del avión. Necesitaba volver. ¡Aquí hay tanta paz!

—¿Volvemos a huir de algo?

En cualquier otro momento esta pregunta me hubiera molestado e incluso indignado. La seguridad con la que la había formulado fue una demostración inequívoca de hasta qué punto Lina me conocía. Había ido hasta allí para aclarar mis ideas de una vez por todas, para tomar decisiones que afectarían al resto de mi vida. No me había planteado tener que hacerlo tan pronto, pero ya que ella acababa de sacar el tema, por qué no comenzar.

—¿Tan evidente es?

—Conociendo tus antecedentes tampoco era tan difícil.

—Dicho así parece que soy incapaz de enfrentarme a los problemas de mi vida.

—No te pongas a la defensiva que no te estoy atacando —dijo Lina

mientras rellenaba las dos copas minúsculas con aquel licor que tenía la propiedad de provocar que se me soltara la lengua.

—Quien más y quien menos ha vivido situaciones en su vida de las que no quiere hablar o de las que continúa huyendo incluso décadas después —añadí con la mirada perdida en el líquido ambarino mezcla de aguardiente y hierbas.

—Veo que te has leído el manuscrito y, también me doy cuenta de que has sacado tus propias conclusiones. Lo que no tengo tan claro es si son las acertadas o si, por el contrario, todo lo que has sentido tiene más que ver contigo que conmigo.

—Dime que no tuviste el amor y la felicidad al alcance de tu mano y lo dejaste escapar por temor, convencionalismo social o ambas. Dime que esa fortaleza y seguridad que transmites siempre no son pura fachada o fruto de un muro que te has construido para no dejar que nada ni nadie te afecte. Dime que cada consejo que me diste siempre, que esa insistencia en que leyera ese manuscrito era para ayudarme a encontrar el camino, uno que tú no habrías rechazado de haber tenido la oportunidad.

—Juzgar la vida de los demás desde nuestra experiencia y perspectiva es muy sencillo... —se limitó a responder mientras sus ojos se perdían en el jardín al otro lado de la ventana—. Deberíamos comer algo si vamos a ponernos tan intensas —añadió justo antes de apurar el cilantro y abrir la puerta de casa.

—Ofrecer consejos que no somos capaces de aplicarnos me parece muy hipócrita. Pero tienes razón. No podemos hablar de esto con el estómago vacío.

Yo también apuré la bebida y la seguí hasta el exterior donde ya no brillaba el sol. Unas nubes grises cada vez más densas habían cubierto el cielo y amenazaba tormenta. Lina echó a andar en dirección a la puerta del jardín que conectaba directamente con la calle. Ambas la atravesamos en silencio. Mientras caminaba junto a ella recordé mi última noche allí con Carlos. Una madrugada que creí que lo había cambiado todo y que ahora me confundía después de lo que había pasado entre nosotros. No pude evitar sonreír al pensar que mi casera me llevaba a aquel mismo restaurante en el que, sin duda alguna, iba a poder disfrutar de un almuerzo maravilloso. Mi sorpresa fue mayúscula cuando pasó de largo y apretó el paso en dirección a la ermita. No tenía ni idea de a dónde íbamos, pero después de la intensidad con la que había comenzado nuestra conversación, no tenía intención de ser yo quien la reanudara. Me limité a contemplar el paisaje. Naia comenzaba a florecer y me

llegaba con intensidad el aroma de los eucaliptos que sabía que se encontraban a pocos metros de donde estábamos, en el sendero que llevaba directamente al Miño. Algunas hortensias mostraban ya todo su esplendor, signo inequívoco de que el frío hacía semanas que había abandonado el pueblo. Incluso se escuchaba el canto de varias aves que no supe identificar. Mientras caminaba me hice la promesa de, esta vez sí, disfrutar de cada rincón de aquel lugar si el clima me lo permitía. No tenía intención de volver a encerrarme en casa a trabajar. Estaba convencida de que podría encontrar un lugar al aire libre en el que las letras fluyeran con la misma facilidad que lo hacían en la pequeña casa del jardín.

Lina se detuvo frente a un pequeño colmado del que yo no me había percatado durante mi visita anterior y me invitó a pasar con la mirada. La obedecí. Un hombre de unos sesenta años, alto y con unos ojos azules casi transparentes nos recibió al otro lado del mostrador. Mi casera y él intercambiaron los saludos de rigor y, a continuación, él levantó el pequeño mostrador en el que había estado apoyado hasta entonces. Mi casera se coló tras él y yo la imité. A continuación, el que intuía era el propietario del negocio puso la mano sobre una puerta de madera en la que tampoco me había fijado. Esta se abrió con suavidad dejando al descubierto una trastienda en la que lejos de almacenarse productos alimenticios, más bien se degustaban.

—¿Te gustan los callos? —dijo Lina satisfecha al comprobar mi cara de sorpresa—. Aquí cocinan los mejores de la zona. Claro que, si quieres refrescar algo de la gastronomía que ya conoces, también puedes hacerlo.

—¿Vamos a comer aquí? —No es que eso me supusiera un problema. Al contrario. Estaba encantada con ese restaurante semi clandestino en el que acababa de entrar.

—Sí.

—Perfecto —añadí mientras que paseé los ojos por una estancia en la que se mezclaban de un modo perfecto el granito y la madera.

En el recién descubierto restaurante apenas había una decena de mesas estratégicamente dispuestas para que desde cada una de ellas se pudiera contemplar un fantástico jardín dominado por un pozo sobre el que descansaba una maceta cargada de geranios. Mis conocimientos de jardinería no eran muy extensos, pero sí los suficientes como para saber que una planta como aquella, que era propia de climas más cálidos, debía de ser el orgullo de su dueño. A unos metros de distancia había un pequeño estanque en el que nadaban con serenidad unas carpas. Al otro extremo, un sendero de grava que se perdía más

allá de donde la vista lograba alcanzar.

—¿Hasta dónde llega esto? —dije sin poder apartar los ojos de un escenario que me había cautivado y me pareció de lo más relajante.

—Hasta el mismo río. Pero desde allí solo se ven los eucaliptos.

—Vaya... Parece que no quieren que sepan que esto existe.

—Algo así —se limitó a responder Lina provocando que mi curiosidad aumentara.

—Sé que va a sonar raro, pero ¿esto es legal?

Por primera vez desde mi regreso a Naia, Lina me regaló una de sus magníficas y sinceras risas. Mi prudencia y el desconcierto que ella era capaz de provocarme con algunas de sus acciones siempre le habían divertido. Al menos eso no había cambiado. Una leve inclinación de cabeza fue toda la respuesta que obtuve por su parte.

—¿Desde cuándo existe este lugar? ¿De quién es? ¿Por qué no lo había visto antes? —Las preguntas salían de mis labios a toda velocidad.

—Lleva aquí toda la vida. Claro que antes no era así. La mujer de Eugenio solía cocinar antes en el almacén. Solo para las amigas y un par de veces al mes. Luego algunas nos fuimos jubilandos y nos unimos. Para cuando se quiso dar cuenta tenía una buena clientela dispuesta a gastar dinero al menos una vez a la semana. Hace unos años Ana, la única hija que tienen regresó de Madrid. Al principio solo servía las mesas. Ahora todo esto es suyo y, como ves, no le va nada mal. Su padre se niega a cerrar el colmado. Eugenio es de esa clase de hombres que mueren el día que se jubilan y a ella ya le viene bien esa nota de tipismo para su negocio. Así es que todos contentos.

Volví a mirar a mi alrededor y tuve que admitir que la idea era magnífica. Estaba segura de que durante el verano aquello debía de ser un hervidero de gente en busca de buena comida y un entorno especial. Mientras contemplaba la decoración del restaurante no pude evitar lanzar un par de miradas disimuladas a los platos que estaban sirviendo. Reconocí al instante algunos de ellos y enseguida el estómago me rugió con fuerza. La tensión entre Lina y yo se había relajado un poco. Deseaba que al menos la cordialidad se mantuviera el tiempo necesario para poder disfrutar de los manjares que con tanta claridad recordaba. Una jarra de vino y dos tazas aparecieron frente a nosotras casi por arte de magia. Enseguida me llegó aquel particular aroma a fresas que desprendía y una sonrisa iluminó mi rostro. No había vuelto a beberlo desde que salí de Naia y recordé los buenos momentos que había

pasado meses atrás degustándolo en compañía de Lina y de Carlos. Fue precisamente mi casera quien se encargó de servir dos generosas tazas que aligeró con un chorrito de gaseosa.

—Por los reencuentros fructíferos —dijo al tiempo que me miró con una mezcla de sabiduría y misterio que me inquietó.

—Así sea —me limité a responder mientras alcé ligeramente la taza a modo de brindis.

En cuanto di el primer sorbo un montón de sensaciones e imágenes se sucedieron en mi interior. Hacía unas semanas que había salido de Galicia, pero de repente, tenía la sensación de que nunca me había ido de allí. Los que hasta entonces habían sido recuerdos que atesoraba en mi interior, se convirtieron en realidades que había experimentado tan solo unas horas atrás. De nuevo y también de un modo inexplicable, Naia se había vuelto a apoderar de mí. Esperaba que en esta ocasión pudiera encontrar allí algo más que paz mental: Valor para enfrentarme a las cosas.

—De modo que has venido a pedirme explicaciones por lo que crees que has interpretado en ese manuscrito... —Lina nunca se había andado por las ramas, pero la forma en la que acababa de ir directa al grano me sobresaltó. Pensaba que al menos me daría una tregua durante el almuerzo. Estaba claro que no iba a ser así.

—No he venido hasta aquí para juzgarte —me apresuré a responder—. Ya tengo suficiente con mi vida.

—Pero sí que has sacado tus propias conclusiones, claro.

—¿Acaso no fue esa la razón última por la que me entregaste esa novela inédita? Quizás tú necesitaras tanto como yo que determinadas cosas salieran a la luz de una vez por todas —añadí conteniendo el nerviosismo y la rabia que estaba empezando a sentir.

—Esa es tu interpretación de los hechos.

—Que podrá ajustarse más o menos a la realidad... En cualquier caso, mi subjetividad es lo único que tengo. No puedo sentir por otros, ni opinar por los demás.

—¿Y cuáles son tus conclusiones? Me muero de ganas por conocerlas.

—¿En serio tenemos que hacer esto antes del almuerzo? —protesté al ser consciente de que el apetito recién despertado me estaba abandonando por segundos.

—Seguro que podemos hacerlo de forma civilizada. Seremos capaces de comer y conversar sobre algo más que el sexo de los ángeles.

—Eso crees que hago... —No sabía por qué, pero sus palabras me habían golpeado el centro del pecho causándome un inmenso malestar. Me había dado por aludida. Por lo general no solía hacerlo y, en las contadas ocasiones en las que eso sucedía, mi interlocutor solía tener razón. Supongo que precisamente por eso me habían escocido tanto sus palabras.

—No seré yo quien te juzgue —repitió las mismas palabras que yo había utilizado con anterioridad solo que, el tono de su voz respiraba cierta burla.

—Lina... —protesté mientras me esforzaba por mantener la calma. Había ido hasta allí para encontrar respuestas. No para perder a una mujer que, a pesar del poco tiempo que hacía que la conocía, tenía ya un gran peso e influencia en mi vida.

—María... —Durante unos segundos que se me hicieron eternos ella permaneció en silencio. Por suerte, decidió volver a hablar cuando yo estaba a punto de perder la paciencia—. Cuando te conocí sabía que huías de algo. Te di tiempo y espacio para que hallaras las respuestas. Acababas de vivir una situación dramática, algo de lo que mucha gente tarda incluso años en salir. Intenté darte las herramientas para que pensaras por ti misma y que, cuando regresaras a tu vida en Barcelona, lo hicieras siendo más fuerte e independiente. La madrugada que te vi partir creí que lo había conseguido. Ahora, mirándote a los ojos sé que vuelves a estar casi en el mismo punto en el que te encontrabas entonces. Y ya sé que no me pediste nada. Tampoco quiero que interpretes esto como que te estoy echando en cara el tiempo que te dediqué. Lo hice porque te convertiste en alguien especial para mí. La hija que nunca tuve si prefieres verlo de ese modo. Por eso me duele tanto comprobar que sigues caminando en círculos cuando frente a ti no hacen más que abrirse nuevos caminos.

Mientras escuchaba lo que me estaba diciendo, el corazón comenzó a latirme con fuerza. No precisamente de emoción. Al menos... No de la buena. Con su particular estilo y sinceridad, Lina me acababa de soltar prácticamente el mismo discurso que Carlos cuando había estado en Barcelona. Sabía que no habían hablado entre ellos para ponerse de acuerdo y, eso en concreto, fue lo que provocó que todavía me doliera más lo que acababa de escuchar. Tenía un montón de posibles respuestas que ofrecerle. La que más fuerza cobraba en mi interior era la de decirle sin más, quién cojones se creía ella para darme lecciones de moral. Alguien que, a mi entender y después de haber leído el manuscrito dichoso, había dejado escapar al amor de su vida por miedo a perder los privilegios de su existencia acomodada. La rabia fue ganando

terreno a la lógica y, cuando me quise dar cuenta, había abierto la boca para responder.

—Sobre lo de caminar en círculos creo que también tienes mucha experiencia. Todos tenemos nuestras razones para actuar del modo en el que lo hacemos. Aunque creo que la comodidad y los convencionalismos sociales no ocupan un lugar destacado en mi lista de razones por las que alargo enfrentarme a las cosas.

Ya estaba dicho. Alto y claro. Acababa de resumir en unas pocas frases la principal conclusión que había extraído de la vida de Lina después de haber leído la novela, tras haberla analizado hasta casi el agotamiento junto a Javier y Carlos. Si Lina no estaba junto a la persona a la que siempre había amado era por terror puro y duro al qué dirán, a sacar los pies del tiesto en una España mojigata y controlada por la iglesia, a ser señalada y repudiada por una sociedad en la que era mucho más aceptable la solterona profesora de la Universidad de Santiago, que una lesbiana.

—Qué fácil es hablar con la boca llena cuando el viento sopla a favor — dijo Lina sin mirar a ningún lugar concreto.

—Cada uno tiene sus dificultades y batallas propias que librar.

—Cierto. Solo que de algunas de esas guerras ya no se vuelve jamás.

—¡Qué dramático!

—Me sorprende esta reacción tuya... Pensaba que tú podrías ser una de las pocas personas que mejor entendería lo que se cuenta en ese manuscrito.

—Y lo entiendo. La trama, los tiempos, el conflicto social...

—Pero...

—La palabra cobarde no creo que sea algo que te defina. Al menos no a la mujer que yo he conocido. Por eso no logro entender cómo ninguna de las dos ha hecho nada por recuperar al que fue el amor de su vida.

—Hay mucho de ficción también en eso —se limitó a responder de nuevo envuelta en su particular halo de misterio.

—Eso sí que no te lo voy a comprar. Escribo novelas de amor. Sé perfectamente cuándo un argumento es un simple instrumento para narrar una historia y cuándo hay corazón en cada uno de los párrafos. El manuscrito de Sarah es un canto al amor, a la esperanza, a la firme creencia de que vuestro futuro puede ser diferente si las dos ponéis empeño en ello. Cada uno de los capítulos es tan real como que tú y yo estamos sentadas aquí ahora mismo.

—Curioso.

—¿El qué?

—Que seas capaz de analizar con tanta precisión un texto y que no hayas caído en la cuenta de lo que transmiten los tuyos.

El zasca de Lina sonó con tanta fuerza en mi interior que incluso llegué a pensar que se había oído en todo el restaurante. Si había algo en el mundo que podía provocar que me tambaleara y que estuviera expuesta era exactamente el que me había dado. Desde mis inicios en el mundo de la escritura había hecho el firme propósito de separar mis emociones de las historias que narraba. Obviamente, al contar una historia era inevitable que dejara alguna pincelada sobre mí, pero nada demasiado concreto. De hecho, con el paso de los años, aquel era un logro del que me sentía especialmente satisfecha. Ahora no sabía si había estado ciega durante todo este tiempo y mis novelas eran más transparentes de lo que yo pretendía o si, por el contrario, era la mente privilegiada de mi casera la que había llegado a esa conclusión. Fuera como fuera, no me gustaba. Nada.

—Si vamos a jugar al “y tú más” creo que esta conversación ha terminado —dije en cuanto fui capaz de articular palabra y en un intento por no tensar aún más la situación entre nosotras.

—No eches balones fuera y deja de considerar esta conversación, como tú la llamas, un ataque, no lo es. Lo único que quiero es que si vamos a destapar las cartas lo hagamos en igualdad de condiciones.

—Y eso significa...

—Que yo admitiré que hay cierta razón en tu análisis si tú te bajas del burro y reconoces que el mío no va desencaminado.

Estuve a punto de levantarme y dar por concluido el almuerzo. En mi opinión, Lina jugaba con una clara ventaja. Se había leído mis novelas hacía relativamente poco. Ella misma acababa de admitir lo que había interpretado en ellas y, como la conocía, sabía que su lectura debía de ser bastante reciente. Yo ni siquiera recordaba lo que había contado en el manuscrito anterior. No en el sentido de ser incapaz de acordarme del argumento o los personajes, pero desconocía qué parte de mí había dejado enterrada entre sus páginas. No me gustaba luchar sintiéndome en inferioridad de condiciones y el hecho de desconocer cuán transparente había sido, me ponía bastante nerviosa porque provocaba que no tuviera el control de la situación. Durante los siguientes minutos consideré mis opciones y, cada vez tenía más claro que debía dejar el tema allí mismo tal y como estaba. ¿A quién le importaba lo que se explicara en una novela que ni siquiera se había llegado a publicar? ¿Qué me importaba a mí que Lina hubiera desperdiciado su vida? ¿Acaso no era una firme

defensora de la libertad de cada uno para hacer lo que le viniera en gana? ¿Por qué no lo mandaba todo a hacer puñetas y me limitaba a tomar las decisiones a las que debía hacer frente, que era para lo que en realidad había ido a Naia? La respuesta era tan clara que enseguida me sentí aplastada por la obviedad. El motivo real por el que aquel manuscrito me había revuelto las tripas era porque, sin pretenderlo, hablaba de mí. Desde la primera lectura me había sentido completamente identificada tanto con la protagonista como con el trasfondo que sabía que existía. Yo era igual de cobarde que Sarah, que Lina o incluso que Gonzalo y Elena, aunque ellos dos intentaron buscar la felicidad a su manera. Si lo meditaba con calma, lo mío era incluso peor que lo de aquellas dos mujeres. Yo no estaba sujeta a los convencionalismos de una época, al qué dirán o qué pensarán. Había optado por la comodidad y la mediocridad afectiva porque así la vida era más fácil. Sin pasiones excesivas, sin desengaños de los que desgarran por dentro hasta romperte. La muerte de mi marido me bloqueó, pero no como lo habría hecho en el caso de haberle amado de verdad. Probablemente, de haberlo hecho, aun no sería capaz de pensar en él sin llorar. Sin embargo, ¿cuántas lágrimas había derramado por él? ¿Cuánta pena desmedida había experimentado con su ausencia? Lo mismo había sucedido con Elena. Esa mejor amiga que había desaparecido de mi vida de la noche a la mañana, una situación a la que me había enfrentado con una tibieza casi de otro mundo.

“La madre que parió a Lina y a todas las meigas”, pensé en cuanto percibí que las lágrimas afloraban a mis ojos. Durante más de veinte años había escrito innumerables frases de esas dignas de los azucarillos en los bares, o de esas otras que se usaban para los posts de Instagram o Facebook. Me había agotado de hablar de certezas, de adornarlas con amor, pasión y ciertos toques de humor. Solo existía un problema en todo aquello. Me había olvidado de vivir las mías propias. Porque asumir certezas implicaba sentir más allá de esa zona de confort en la que tan ricamente llevaba yo instalada desde hacía ni se sabe. Recordé entonces a las personas que me lo habían echado en cara, o al menos lo habían intentado. Resonaron en mi mente las duras palabras de Elena, algunos de los argumentos tediosos de Gonzalo, Lina, Carlos, Javier... Todos, a su manera, me habían repetido hasta la saciedad lo mismo. Y ahora acababa de darme cuenta de que, por mucho que me doliera y me jodiera, parte de razón tenían. Mientras trataba de digerir la realidad que tenía frente a mí, otra pregunta vino a sumarse a las que ya me martilleaban el cerebro. ¿Cómo podría ser la madre de alguien si no era capaz de experimentar el amor

con mayúsculas ni siquiera conmigo misma? A continuación, otro pensamiento me sacudió. ¿Quería seguir así el tiempo que me quedara o debía romper todos los muros que había construido en el transcurso de los años?

Capítulo 39

Ser consciente de que llevaba tiempo escribiendo sobre algo que ni siquiera era capaz de aplicar a mi propia vida provocó un cataclismo devastador en mi interior. Mi mente se empeñaba en la obsesiva idea de ponerlo todo en orden, porque así era como funcionaba yo. Con las cosas bajo control y colocadas en su espacio correspondiente. Sabía que, por mucho que me empeñara, la labor iba a ser del todo inútil. La estructura sobre la que se había sostenido gran parte de mi vida adulta, las certezas, las convicciones y también los autoengaños, habían saltado por los aires. De nada me serviría recoger los escombros y recomponerme. La opción más inteligente pasaba por comprarme otro terreno existencial, mudarme a él y empezar de cero. Durante los últimos minutos había visto pasar la vida entera frente a mis ojos. Y me escoció reconocer que me había anclado en la mediocridad disfrazándola de madurez y responsabilidad. Mentiría si no reconociera que estuve muy tentada a regodearme en el sufrimiento, la rabia y la decepción que me había producido ser consciente de que, en cierto modo, había desperdiciado una parte de mi vida. Me negué en rotundo. Todavía era joven y estaba a tiempo de tomar las riendas de una existencia del todo diferente.

Fue entonces cuando tomé también conciencia de que la decisión que en su momento había tomado en el hospital sobre la hija de Elena, la tenía más interiorizada de lo que creía. Por mucho que el pensamiento racional se empeñara en repetirme casi en bucle los argumentos por los cuales yo jamás había querido ser madre, la tripa me ofrecía uno que no era capaz de rebatir. La certeza de que tenía que hacerlo fue cobrando fuerza, tanta que poco o nada me importó la fugaz idea de que aquella niña me iba a recordar siempre el modo en el que sus padres me habían hecho sufrir. Apreté los ojos con fuerza y aparté ese pensamiento al que siguió el opuesto. Yo tampoco había sido la perfección y, seguramente a mi manera, también los habría decepcionado. No era el tiempo de buscar culpables, sino de actuar del modo más racional posible. Había llegado el tiempo de los sentimientos, de las razones que el corazón no entiende. Y esas estaban claras.

—Todo lo que has dicho es cierto, Lina —la voz que salió de mi garganta era apenas un susurro—. Llevo algún tiempo ya escuchando el mismo análisis o, si lo prefieres, las mismas quejas sobre mí. Nunca he sido muy fan de la

opinión de la mayoría, pero en este caso sé que personas tan diferentes no pueden estar equivocadas. Desconozco si os tengo que dar las gracias o si, por el contrario, debo pedirlos que me dejéis tranquila. Ahora mismo tengo poco claro qué es lo que queda de lo que siempre he sido, lo que deseo que permanezca y todo lo nuevo que me gustaría introducir en mi forma de actuar.

—Me alejaré si eso es lo que quieres y lo haré en cuanto hayas recuperado un poco el color...

Alcé la vista que había hasta entonces perdido en el jardín y me encontré con la que se había convertido en una referencia en mi vida. Me miraba con una mezcla de preocupación y orgullo que me conmovió. Precisamente con ella había comenzado todo. Fueron sus consejos, sus palabras, su forma de actuar y todas las lecturas que me proporcionó las que me incomodaron y comenzaron a despertarme del letargo en el que me encontraba. La primera vez que visité Naia no quise admitirlo. Quizás la realidad escocía demasiado y pensé que sería mejor seguir viviendo sin implicarme demasiado. Ahora estaba en desacuerdo con esa decisión. Ni por mí ni por el trabajo que realizaba.

—¿He sido un fraude? —dije al tiempo que me llevé a los labios la taza de vino que, misteriosamente, volvía a estar llena.

—No sé qué me estás preguntando. Intentaré ofrecerte la mejor respuesta posible, pero antes deberíamos comer algo. Parecemos dos imágenes de cera a punto de derretirse.

Miré a mi casera y me di cuenta de que ella también había palidecido unos cuantos tonos. Sabía que no habían sido las reflexiones sobre mi persona las que la habían afectado de ese modo. Mi análisis sobre su historia con Sarah era el correcto. Ella también tenía emociones y decisiones que procesar. Y yo me moría de ganas de que las compartiera conmigo. Pero eso ya llegaría. Ahora ella tenía razón. Si no nos metíamos algo decente en el cuerpo, no aguantaríamos la intensidad de la situación durante mucho más tiempo. Como no podía ser de otro modo, Lina tomó el control de la situación y se encargó de que nos trajeran un poco de la mejor gastronomía de la zona. Sí... también los famosos callos que disfruté como nunca. No fue hasta que estuvimos frente a un par de natas, cortesía de la dueña del restaurante, y un café cuando volví a encontrarme con fuerzas para hablar. Sabía que tenía en mi mano la posibilidad de posponer la conversación para cualquier otro momento. Tenía varios días por delante para ponerlo todo en orden, asentar emociones y todo tipo de cosas. No lo hice. Estaba convencida de que cuanto antes se pusieran

todas las cartas sobre la mesa, más rápido podría empezar a vivir de un modo diferente. Aquella idea me pareció tan liberadora que fui yo misma quien retomó el hilo de la conversación.

—Al final no tengo muy claro si he sido un fraude o no... —insistí y sonreí al ver el gesto de paciencia infinita que apareció en la cara de Lina.

—Sé lo que has preguntado y no sé qué respuesta ofrecerte.

—La verdad, imagino.

—Eso siempre, aunque en este caso no sea absoluta.

—¿Cuándo lo es?

—Aprendes rápido. Ya casi pareces de aquí —dijo sonriendo en clara alusión al vicio de responder preguntado siempre.

—Tengo buena maestra.

—No has sido un fraude. Ni para ti ni para las personas que han leído tus novelas durante todos estos años. Lo serás a partir de ahora si, una vez que has reconocido que tu vida no te satisface, sigues anclada en ella.

—Así de fácil...

—Los grandes descubrimientos siempre lo son. Lo complicado es poner en práctica todo lo nuevo que deseas hacer.

—Sí —respondí y volví a sentir el nudo de la responsabilidad en mi interior. Cada vez me reafirmaba más en la decisión de hacerme cargo de la pequeña Ayla. Sí, en mi viaje al interior de las emociones había recordado el nombre que Elena murmuró instantes antes de desvanecerse para siempre—. Voy a ser madre...

Supé que había pronunciado esa última frase en voz alta cuando vi la expresión en el rostro de Lina. El corazón me latía con tanta fuerza que incluso podía notar cómo el pecho se agitaba. Una sensación cálida se extendió por todo mi cuerpo y, aunque las piernas me temblaban por el peso de la responsabilidad que sabía que estaba adquiriendo, la paz de saber que estaba haciendo lo que en realidad deseaba, ganó la batalla. Sabía que tenía muchas cosas que explicarle antes de llegar a esa última decisión. Durante mi anterior visita, apenas le había dado unas cuantas pinceladas sobre cómo me sentía en realidad frente a lo que había sucedido. Por supuesto, me moría de ganas de volver a su vida, su historia con Sarah y el porqué de las decisiones que había tomado. No me importó ser yo quien abriera primero el corazón. A la María que había aterrizado en Vigo le hubiera parecido mal esa clase de sinceridad a cambio de nada. A la que estaba ahora sentada en aquella mesa sintiendo la vida correr por las venas, le daba completamente igual. De modo que comencé

mi relato del mejor modo que se me ocurrió. Con el famoso “Érase una vez muchos años atrás...”.

Durante las siguientes dos horas me sumergí en el paseo más sincero por mis sentimientos y por la que había sido mi vida hasta la muerte de Gonzalo. Por primera vez hablé con sinceridad de todo lo que había experimentado desde que había dejado la universidad siendo casi una cría. Lloré y reí con los recuerdos casi a partes iguales y, cuando terminé de hablar, tuve la certeza de haberme quitado treinta kilos y casi una década de encima. Lina me observaba con una expresión indescifrable en el rostro. ¿Sorpresa? ¿Admiración? ¿Los efectos de la botella de cilantro a medias sobre la mesa y que yo no recordaba cuándo exactamente había aparecido allí?

—Menos mal que no vivo aquí. Acabaría teniendo serios problemas con el alcohol —dije alargando la mano y sirviéndome una generosa copa de cilantro.

—Esto se evapora —respondió Lina con sorna.

—Desde luego. Se evapora que da gusto, chupito va y chupito viene —añadí casi al borde de las carcajadas.

—Si no nos mata esto lo hará la vida. Prefiero que la de la guadaña me encuentre aliñada, la verdad.

—Visto así...

Fue entonces cuando ninguna de las dos pudo seguir aguantando las ganas locas de reír. Durante un buen rato fuimos incapaces de hablar. Bastante teníamos con liberar la tensión que habíamos ido almacenando durante tanto tiempo. La suerte era que lo hacíamos en sonoras carcajadas, algo que nos preocupó bastante poco aun estando rodeadas de más gente.

—Por Dios, parecemos un par de borrachas —dije entre risas.

—¿Y qué? Eso no nos va a dar peor fama de la que ya tenemos.

—¡Pero si acabo de llegar! —protesté con incredulidad.

—A estos les bastan quince segundos para cortarte un traje y te recuerdo que ya estuviste aquí antes.

—¡Pues que se diviertan! —añadí justo antes de mirar a mi alrededor y darme cuenta de que nos habíamos quedado prácticamente solas—. Cuando te refieres a “estos”, ¿a quiénes estás aludiendo en concreto? Porque aquí solo quedamos nosotras.

—A los que no ves, pero ten por seguro que nos ven.

—Coño Lina, me estás dando hasta miedo.

—¿Yo? Lo que debería darte terror es todo lo que estás a punto de

averiguar.

Durante unos pocos segundos no supe a qué se estaba refiriendo. Por eso, cuando hizo ademán de levantarse para salir del restaurante ni siquiera me cuestioné la posibilidad de retenerla. Más bien al contrario. La seguí. Lina salió a la calle con esa elegancia innata suya y echó a andar en dirección a casa. Una parte de mí quería ir a dar un paseo. A una parte de mí le apetecía reencontrarse con el Miño. Otra, intuía que aquella era la oportunidad que había estado esperando para conocer su verdadera historia. No lo dudé ni por un instante y eché a andar junto a ella. Fuimos directas a la casita del jardín, lo que me acabó de convencer de que había llegado el momento de que se sincerara conmigo. Aquella casa tenía el poder de provocar las más intensas revelaciones y, al mismo tiempo, ofrecía la calidez suficiente como para asimilar cualquier afirmación. Mi casera lo sabía y, precisamente por eso, me había alojado allí la noche en la que nos conocimos. Era curioso el modo en el que funcionaban las cosas entre nosotras. Apenas unos minutos atrás le había hecho la mayor revelación de mi vida. Iba a ser madre. Lina ni siquiera había pestañeado. Eso no implicaba que no estuviera sorprendida, pero así era ella. Por lo que a mí respectaba, también estaba impactada por la naturalidad con la que había expresado un deseo, más teniendo en cuenta que hasta unas horas atrás, tomar una decisión con respecto a Elena y el futuro suponía un auténtico drama.

En cuanto entré en casa me deshice del abrigo y fui directa a encender la chimenea. A pesar del ambiente cálido del exterior, el exceso de emociones me había dejado helada. Por supuesto, Lina se había ocupado de todo y la leña descansaba lista para ser prendida. Cogí una cerilla, la dejé caer con suavidad sobre la base de las ramas más pequeñas y aparecieron las primeras llamas. Repetí la misma operación en el extremo opuesto. Enseguida el fuego fue cogiendo fuerza y yo me quedé hipnotizada por él. Cuando volví a la realidad, Lina se había sentado en el sofá y tenía los ojos clavados en la pequeña hoguera. Como ya había entrado en calor fui a sentarme junto a ella. Sin desviar un ápice la mirada, comenzó a hablar.

Nunca imaginé que viviría para contarle esta historia a nadie. Durante años, incluso me esforcé por olvidarla por completo. No sé qué fue lo que me impulsó a entregarte ese manuscrito. Lo único que puedo decir es que, en cuanto te vi, sentí una gran conexión contigo, una casi idéntica a la que experimenté treinta años atrás. No te inquietes. No estoy enamorada. No

diré que eres la hija que nunca tuve, aunque lo que siento por ti debe de acercarse bastante a lo que siente una madre. Al mismo tiempo, cuando te conocí me vi reflejada en ti con tanta claridad que incluso me dolió. Tus dudas, tus temores, esa necesidad de hacer siempre lo correcto, lo que se espera. La casi obsesión por encontrar el equilibrio, aunque eso suponga controlar emociones y pensamientos. Desconozco el motivo. Solo sé que, desde el primer instante en el que te vi, sentí que debía salvarte. De ti misma y de las decisiones que, aun sin conocerte, sabía que habías tomado. Y me puse manos a la obra porque varias décadas de experiencia me avalan. Sé cómo acaba el cuento cuando se va por la senda de la cautela y lo políticamente correcto. No es un mal final, desde luego. Pero no es el que merecemos.

Sarah fue el amor de mi vida. La única persona a la que he sido capaz de amar sin reservas y junto a quien comprendí el significado de emociones que pensaba que eran inventadas. No fue algo programado. Hasta que la conocí, vivía completamente convencida de que me gustaban los hombres. Cierto que no me había casado, pero no fue por falta de pretendientes ni de noviazgos. Lo que me llevó a mantener cierta distancia con el género masculino fueron las convenciones de la época. En la década de los setenta ya había mujeres muy comprometidas en la lucha por la igualdad, en ese intento por educar niños que no se acabaran convirtiendo en tiranos machistas. Yo había leído mucho sobre ellas y, gracias a mi trabajo en la universidad, incluso las conocía. Se consiguieron pequeñas victorias que, años más tarde, provocarían que se derogaran un montón de leyes más dignas del gobierno de Atapuerca que del siglo XX. Sin embargo, había una realidad a la que no podía mantenerme ajena. Yo vivía en un pequeño pueblo de Galicia donde los hombres estaban educados en la tradición y repitiendo un patrón que llevaba funcionando cientos de años. Con esto no estoy queriendo decir que todos los hombres fueran malos o dieran mala vida a sus parejas. Pero sí esperaban que la mujer que fuera su esposa cumpliera ciertos requisitos.

Por aquel entonces yo ya era producto de una educación completamente diferente gracias a mis padres quienes, todo sea dicho de paso, tampoco encajaron nunca en la sociedad de la época. Ellos soñaron con una hija en la universidad, una mujer independiente, capaz de valerse por sí misma. Alguien que viera más mundo del que ellos habían tenido la oportunidad de conocer, que era bien poco. De modo que, cada vez que un hombre me atraía

y me encontraba frente a sus planes de futuro que pasaban por casarme y tener que dejar un trabajo que amaba para irme a cuidar a mi marido y a los futuros hijos, se me ponían los pelos de punta. Por supuesto, tuve mis historias. Romances que, otra vez gracias a mi trabajo, me pude permitir. No era infrecuente que tuviera que viajar a Madrid a dar una conferencia o asistir a un curso. Aquellas escapadas solían convertirse en mi particular forma de relacionarme con los hombres. Sin compromisos, sin ataduras, sin más. Hasta que conocí a Pablo. Él era profesor también en la Universidad de Santiago. Lo nuestro fue casi de manual. Nos encontramos una mañana por casualidad en uno de los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras. Había quedado con una buena amiga para salir a almorzar. Enseguida nos causamos el mismo rechazo que atracción. A ese primer encuentro le siguieron unos meses maravillosos en los que nuestra relación se fue consolidando. Pablo era un hombre inteligente, despierto y, lo que más me enamoró de él, con una mentalidad abierta. Fue el primer hombre que conocí, y había conocido a muchos, que me trató como a una igual. Durante el tiempo que estuvimos juntos, jamás dijo que esperara de mí algo diferente de lo que él me daba. Los fines de semana que compartíamos en esta misma casa, no había diferencia entre nosotros. Tan pronto él se levantaba a preparar el desayuno, como era yo quien fregaba los platos mientras él hacía la cama. Había sido el mayor de nueve hermanos y su madre se ocupó de que todos sus hijos aprendieran lo básico para sobrevivir por sí mismos. Cuando él me pidió que diéramos un paso más y formalizáramos lo nuestro, no lo dudé. Me sentía bien con él, nos reíamos, conversábamos de cualquier tema y también teníamos nuestras diferencias. Sobre todo políticas. Algunos de nuestros debates fueron más que acalorados. Decidimos casarnos a finales de verano. Algo sencillo. Ninguno de los dos era creyente. Nos pareció buena idea que él se mudara aquí cuando terminaran las clases. En el pueblo hacía ya meses que se habían disparado las habladurías. A nosotros eso poco nos importaba, aunque disfrutábamos con algunos de los chismes que nos llegaban sobre nuestra relación. En el pueblo sentó peor que nos casáramos que el hecho de “vivir en pecado”, como así lo llamaban las vecinas.

A medida que la fecha de nuestro enlace se acercaba sucedieron dos cosas. La primera es que el cotilleo fue en descenso. La certeza de que no nos afectaba nada de lo que otros pudieran decir, unido a que se habían producido un par de escándalos similares al nuestro algo más recientes, nos

quitaron el foco de encima. La segunda es que Pablo empezó a cambiar. Al principio fueron solo sutilezas, pequeños detalles. Ya no era tan ordenado en casa, los desayunos del fin de semana empezaron a ser más responsabilidad mía que suya. Al principio lo justifiqué. ¿Cómo no hacerlo? El resto del tiempo era maravilloso conmigo y, al fin y al cabo, yo también tenía mis rarezas. Fue en el mes de julio, durante la semana en la que él se ausentó de casa para asistir a unos cursos de verano, cuando sufrí una auténtica bofetada de realidad. Volví a mis días de soltera, los de antes de conocerle. Con mis horarios, mis rutinas, mi particular forma de hacer las cosas. Volver a tomar decisiones sin tenerlas que consultar con ninguna otra persona fue algo liberador. Fui consciente de que, al casarme con Pablo, todo eso se desvanecería y sentí miedo. Pero, lo que más me aterrizó se produciría unas semanas después. Pablo regresó distinto de su estancia en Santander. Estaba más callado y, poco a poco fue descargando en mí tareas que siempre habíamos compartido. Una mañana de sábado, lo recuerdo porque era el día en el que siempre desayunábamos fuera de casa, mientras él leía el periódico y yo trataba de sumergirme en el argumento de una novela, lo vi claro. En realidad, lo sentí. Faltaba muy poco para nuestra boda y, lejos de estar entusiasmados y saboreando cada momento de nuestra relación, parecíamos uno de esos matrimonios aburridos con poco o nada que decirse ya. Me di cuenta entonces de que no solo me molestaban los cambios, para entonces ya notables, que se habían producido en él, sino que había algo entre nosotros que no funcionaba. Nos faltaba algo. No tuve que preguntarle para saber lo que era. Nuestro amor no era de los que consumían por dentro, de los que te ponían el estómago del revés o te aceleraban el pulso. Ni siquiera era del que te invita a aceptar al otro con todos sus defectos porque el resto compensa y mucho. Pablo y yo éramos compañeros de profesión, de cama y de piso. Nada más. Rompí con él aquel mismo día. No hubo llantos, ni reproches y se fue de mi vida casi con el mismo sigilo con el que había entrado.

Como no podía ser de otro modo, me convertí de nuevo en la comidilla del pueblo. No me afectó. Fueron mucho más hirientes las miradas de compasión que me dirigieron algunas de las personas a las que consideraba amigas. Fue entonces cuando decidí mudarme a Vigo. Mantener la mente ocupada buscando piso, adecentarlo el que conseguí que me alquilaran tras mucho insistir y demostrar que era alguien de fiar y volver a las clases hizo que el tiempo pasara volando. No volví a ver a Pablo. Unas semanas

después de comenzar el curso, un alma caritativa me informó de que se había marchado a Madrid con su novia. Ni siquiera me ofendí, lo que me convenció aun más de que había tomado la decisión correcta. Desconocía si me había estado engañando con otra o si la presunta novia había aparecido después de nuestra ruptura. Para mí él ya era pasado.

Sarah apareció en mi vida un año después. Por aquel entonces yo ya llevaba un tiempo dándole vueltas a qué hacer con la casa del jardín. Yo no había vuelto a ella desde el verano anterior y, cada vez que visitaba Naia, prefería dormir en la casa principal, un espacio que poco a poco convertí en mi hogar. El turismo en aquellos años estaba empezando a ser significativo, aunque lo hacía en lugares de costa bastante más cálidos. Cuando Carmen, la misma persona que hoy has conocido regentando el restaurante, me habló de unos americanos que tenían pensado visitar la zona, vi una oportunidad de ganar un dinero extra. Ella se encargó de todo y yo solo tuve que acondicionar el lugar para que un matrimonio joven, aquella fue toda la información que me proporcionó, se instalara allí durante varias semanas. Cuando la vi bajar de aquel enorme coche que apenas cabía por el camino, supe que me acababa de enamorar. En el momento en el que mis ojos se cruzaron con el verde esmeralda de los suyos, me di cuenta de que sería para siempre. Por suerte recuperé la consciencia a tiempo para atender también al hombre elegante que la acompañaba. Peter, un tipo bastante alto, serio y estirado por el que sentí casi la misma antipatía que atracción me había despertado ella. Ambas simpatizamos al instante y, después de un par de días, se estableció entre nosotras un vínculo que iría creciendo durante el transcurso del verano. Mientras Sarah estuvo en esta misma casa, no me hice preguntas, no me cuestioné nada de lo que estaba sintiendo. Me limitaba a aprovechar cada uno de los instantes en los que podía disfrutar de su compañía, algo de conversación que además me permitía practicar mi oxidado inglés y a observarla desde la prudencia. En aquel momento estaba casi convencida de que las emociones que ella me despertaba viajaban en un único sentido.

La llegada de los americanos a Naia fue todo un acontecimiento. Tanto que, desde el club social de caballeros se organizaron varias actividades en su honor. Una de las más importantes fue la del descenso del Miño, algo que llevaba ya varios realizándose y por el que el marido de Sarah se mostró más que interesado. Según nos hizo saber, no sin pavonearse y sentirse extremadamente orgulloso por ello, había practicado remo en sus años en la

universidad y, también según su versión, había ganado algunas medallas. Durante unos días no se habló de otra cosa en el pueblo. Cuando llegó la fecha señalada, Sarah se excusó argumentando que se sentía algo mareada. Desde el primer momento a mí me sonó como excusa para librarse del tedio que estaba segura le producía cualquier actividad que tuviera que ver con su marido. Por supuesto, ella nunca había dado a entender nada sobre ese asunto, pero la amabilidad y el cariño que se profesaban en público era artificial y estaba bastante lejos de corresponder con la realidad. Había percibido cierta tensión entre ellos casi desde el instante que los conocí. Una fuerte discusión en plena madrugada tras la que Peter se marchó de casa y no regresó hasta bien entrada la tarde siguiente, me confirmó que en aquel matrimonio había más fachada que realidad.

Nunca había sentido especial interés ni pasión por las actividades deportivas que se organizaban en Naia durante el verano. En especial, por ninguna que tuviera que ver con sudar hasta la extenuación. De modo que a nadie le sorprendió mi decisión de quedarme en casa atrapada entre las páginas de un libro. En cuanto nos quedamos solas, el rostro de Sarah se transformó por completo. Cada uno de sus músculos se relajaron y su piel comenzó a brillar otorgándole un aspecto mucho más joven. El verde de sus ojos se hizo mucho más intenso y el gesto tenso de sus labios fue sustituido por una genuina sonrisa. Yo no hice preguntas. Tampoco eran necesarias. Poder disfrutar a solas de su compañía ya era suficiente regalo para mí. Pasamos las primeras horas conversando de todo un poco. Ahí fue cuando descubrí que escribía novelas de amor, como se llamaban entonces. Aunque en todo momento fue modesta a la hora de referirse a su trabajo, por el modo en el que hablaba de él supe dos cosas. La primera que había encontrado en las letras su auténtica pasión y yo admiraba muchísimo a las personas que eran capaces de correr tras sus sueños. La segunda, que empezaba a ser alguien bastante relevante al otro lado del océano. Yo le hablé de mi vida entre Naia, Vigo y Santiago y de mis clases en la universidad. Desde luego, para una mujer que vivía en Nueva York, que se había casado con uno de los hombres más ricos y de mayor influencia de la ciudad y que había viajado por medio mundo, debía de encontrar mi día a día de lo más anodino. No fue aquel su caso. Sarah parecía entusiasmada por cada pincelada que le ofrecía, por cada detalle relacionado con la arquitectura, la literatura o la geografía gallega. También estaba fascinada con la gastronomía española que conocía de viajes anteriores a Madrid,

Barcelona y Sevilla. Y era, por encima de todo, una enamorada de nuestros vinos. Como descubrí poco tiempo después, podías llegar a conquistarla con una copa de un buen Ribera del Duero.

La jornada se nos pasó volando entre risas, charlas, alguna que otra copa del vino de fresas local al que se rindió después de un par de sorbos. A la hora del almuerzo la llevé a comer a un restaurante ubicado a orillas del Miño, una apuesta gastronómica con la que sabía que triunfaría. Además, aquello nos permitiría presenciar la llegada de las embarcaciones a primera hora de la tarde y antes de que cambiara la marea. De nuevo disfrutamos de más vino y Sarah pudo visitar las extrañas vides que proporcionaban aquella uva con ese aroma tan especial. Después, la mesa se llenó de auténticos manjares de la tierra que las dos comimos con apetito. A la hora del café tenía la certeza de que hacía años que nos conocíamos y se reafirmó en mi interior lo que sentí la primera vez que la vi. No solo estaba enamorada de ella, sino que tenía la sensación de que la conocía de antes, como si ambas hubiéramos compartido una existencia anterior. Poco antes de las cuatro de la tarde, lo recuerdo porque era la hora a la que se esperaba que comenzaran a llegar las primeras piraguas a Naia, mientras yo le contaba algunas de las respuestas con las que mis alumnos me deleitaban en los exámenes finales, sucedió algo que sirvió para que mis sentimientos cobraran aún más fuerza. Sarah me miró a los ojos, traspasándome con ellos al tiempo que dejó caer una de sus suaves y pequeñas manos sobre las mías. Durante unos pocos segundos nuestros dedos se entrelazaron y, tal y como se narra en los libros o las películas, el mundo desapareció. Sé que el gesto fue fugaz, ella siempre actuaba desde la discreción y la elegancia, pero para mí fue como una vida entera, un mundo diferente en el que la paz y la felicidad lo llenaban todo.

Los gritos de alegría del público que se había congregado en el embarcadero situado a pocos metros de donde nos encontrábamos rompieron el momento. Y, del mismo modo en el que el rostro de Sarah se había transformado horas atrás, ahora volvió a hacerlo, pero para convertirla en un ser oscuro, triste y atrapada en una existencia que le desagradaba. Aquella fue la primera vez de muchas en las que sentí un dolor desconocido, el que provocaba no tener el remedio para solucionar su profunda desdicha.

Lina se quedó en silencio y no me atreví a romperlo. Me moría de ganas de que continuara con el relato. Quería saber qué había sucedido entre ellas,

más allá de lo obvio que había intuido en las páginas de aquel manuscrito. Si el amor que describía había sido correspondido de algún modo, ¿Qué provocó que se distanciaran? Sabía, porque así me lo había contado Carlos, que Peter había enfermado y se había visto obligado a regresar a Nueva York. Era conocedora de que Sarah no había pasado en Naia solo una temporada, sino la friolera de cinco años. Tenía un montón de preguntas para las que necesitaba una respuesta y, leyéndome de nuevo el pensamiento, retomó el relato en el punto en el que lo había dejado.

Capítulo 40

Las cosas entre Peter y Sarah empeoraron por días. Las discusiones se hicieron más frecuentes, hasta un punto en el que llegué a temer por ella. Cada mañana me hacía el firme propósito de hacerle saber de algún modo que podía contar conmigo para lo que fuera. Nunca lo conseguía. Los dos se presentaban a la hora del desayuno con una sonrisa en los labios y la falsa calma de quienes viven de cara al resto de la sociedad. ¿Cómo hacerle saber que conocía sus problemas? ¿Cuál era el modo para llegar a ella sin que su controlador marido se enterara? Y, lo que más me estaba desequilibrando, ¿qué iba a hacer con todos los sentimientos que había despertado? Las semanas fueron transcurriendo y, a pesar de que la situación entre el matrimonio no varió un ápice, todos nos fuimos acostumbrando a las pequeñas rutinas. Los paseos a última hora de la tarde a orillas del Miño, las cenas en La Guardia del sábado por la noche y la escapada al mercadillo portugués al otro lado del río. Peter y yo hicimos un esfuerzo titánico por soportarnos, pero cuando se fue de forma inesperada a mediados del mes de agosto, una parte de mí respiró aliviada.

Temía quedarme a solas con Sarah. Durante las semanas que llevábamos juntas había aprendido a leer sus gestos, sus miradas y a darle sentido a todo lo que sabía que callaba. Una parte de mí esperaba que ella también supiera interpretar todo lo que yo intentaba transmitir a pesar de lo complejo de la situación. En todo aquel tiempo no hubo tampoco ni un solo día en el que no me recriminara lo que estaba haciendo. Al fin y al cabo, ella era una mujer casada, algo que yo siempre había respetado. Por mucho que mi parte más liberal no dejara de repetirme que el problema lo tenía quien ya estaba comprometido, mi particular moral reprobaba que hubiera decidido explorar lo que fuera que hubiera surgido entre nosotras. Al principio Sarah no fue demasiado explícita sobre los motivos que habían obligado a su esposo a cruzar el Atlántico a toda velocidad. “Cosas de negocios” fue la expresión con la que dio por zanjada sus vacaciones en pareja. Para alguien como yo que vivía en una España que prácticamente se paralizaba durante el mes de agosto, fue una excusa complicada de creer. Tal vez los hábitos de los norteamericanos fueran distintos, pero sabía que me estaba ocultando la verdad. Opté por no hacer preguntas. En cierto

modo era lo que más me convenía porque, dada la intensidad de las cosas que sentía, tenía muy claro que pensaba vivirlas todas. El paso de los años y la madurez me proporcionaron la perspectiva suficiente como para saber que debí hacer las cosas de otro modo. Ir a tumba abierta con las emociones, los argumentos y las pasiones es la mejor fórmula para terminar con el corazón roto. También lo es para saborear la felicidad y el éxtasis que son casi indescriptibles. No me arrepiento, aunque aún hoy pienso, si era necesario tanto dolor para comprender algunas cosas.

Días después de la precipitada salida de Peter de nuestras vidas, Sarah me anunció que había decidido quedarse un tiempo en Naia. Había empezado a escribir una nueva novela y, según me dijo, la paz que se respiraba la ayudaba a concentrarse, a trabajar mejor. Me preguntó si conocía algún hostel en el que pudiera hospedarse durante una larga temporada. Sin pensármelo dos veces, le ofrecí la casa del jardín. En unas pocas semanas yo tendría que regresar a las clases en la universidad, de modo que ella podría estar allí a sus anchas. Al mismo tiempo, si Sarah se quedaba en casa, eso me aseguraba poder aclarar la situación que se había generado entre nosotras. Al principio ella dudó bastante. No quería invadir mi hogar ni tampoco que se viera alterada mi vida con su presencia, a pesar de que ambas sabíamos que era demasiado tarde para aquello. Al final y tras un almuerzo regado con albariño logré convencerla.

Pasamos las últimas semanas de verano sumergidas en una plácida convivencia. Ella aprovechaba las mañanas para escribir. Solía levantarse antes del alba y no dejaba de teclear en la máquina de escribir que siempre la acompañaba, hasta prácticamente el mediodía. Yo aprovechaba aquellas horas para hacer las tareas de casa y dejar medio organizada la cena. Sabía que el tiempo junto a ella era limitado y quería aprovecharlo al máximo. También tenía mis momentos para abandonarme a la lectura, a escuchar música o para perderme en el pequeño huerto junto al jardín. Poco a poco ella empezó a llenar todos mis pensamientos hasta que fue tan obvio lo que sentía por ella que me vi en la obligación de abordar el tema.

Recuerdo perfectamente la conversación. Fue durante un almuerzo improvisado en lo alto de un acantilado. A veces hacíamos este tipo de cosas. Nos hacíamos con una buena empanada de carne o de pulpo, una botella de vino, cogíamos el coche y conducíamos hasta que Sarah se quedaba fascinada por la belleza de algún punto en concreto del paisaje. Esa mañana el lugar escogido fue un acantilado camino de Baiona.

Aparcamos el coche junto al faro, cogimos la cesta con los víveres y empezamos a caminar en dirección a un pequeño mirador al que solía ir años atrás. Aunque estaba un tanto oculto entre la maleza, conseguimos encontrarlo y, en cuanto nos aseguramos de que la madera que lo envolvía a modo de barandilla era segura, nos instalamos en él. Las vistas del Atlántico y de las Cíes desde allí eran inmejorables gracias a uno de esos extraños días de verano en los que el horizonte estaba completamente despejado. Después de respetar durante un buen rato su silencio, se me hizo casi insoportable estar junto a ella y no poder tocarla, acariciarla o cualquiera del resto de pensamientos que me llenaban la mente.

—Sarah... —dije en cuanto reuní el valor suficiente para verbalizar lo que sentía por ella—. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que tú quieras —se limitó a responder con la vista todavía clavada en el magnífico paisaje.

En aquel momento no supe demasiado bien cómo interpretar sus palabras, de modo que opté por permanecer inmóvil. Fue ella la que alargó la mano y entrelazó sus dedos con los míos, quien acercó los labios a mi boca y la que me terminó de enamorar con un beso único, esos con los que sabes que te han robado el alma. Todas las preguntas, las dudas e incluso los argumentos que había elaborado durante días desaparecieron. Todo dejó de importar y, aunque ninguna de las dos fue jamás ajena al hecho de que ella estaba casada, nos limitamos a vivir nuestro amor sin límite alguno. Éramos adultas y conscientes de la situación. En algún momento Sarah tendría que regresar a casa. Eso fue algo que en mi interior siempre tuve claro. Tanto si me llegaba a amar del modo en el que yo ya la amaba a ella, como si tenía la certeza de que era la mujer de su vida, me dejaría para hacer lo que se esperaba de ella. El tiempo, varios años después, me dio la razón. La diferencia es que ninguna de las dos lo asumió de forma racional.

A partir de aquel día nos convertimos en una pareja más de enamorados. Durante el día procurábamos alejarnos lo máximo posible de la civilización y de las miradas escrutadoras de los vecinos. Personalmente me la traía al paio lo que se dijera de mí en el pueblo. Tampoco sería la primera vez que los vecinos chismorreaban sobre mi vida privada. No quería eso para Sarah, no porque fuera incapaz de tomárselo con humor o incluso de defenderse llegado el caso, era Peter quien me preocupaba. De modo que pasamos las últimas semanas del verano al aire libre durante las mañanas, mientras que la piel era dueña de las noches. Sin apenas darnos cuenta

llegó septiembre y con él tuvimos que hacer frente a nuevas rutinas. Yo debía dejar Naia. Al menos de lunes a viernes. Recorrer a diario un trayecto de ida y vuelta de doscientos kilómetros con las carreteras de la época y a la velocidad de los vehículos de la década de los ochenta, resultaba agotador. Lo sabía porque, cuando tenía algún día especialmente duro en la universidad, decidía regresar a casa a dormir y desconectar de todo. A la mañana siguiente me tocaba madrugar de lo lindo para llegar a tiempo a mis clases. Claro que por Sarah hubiera recorrido aquella distancia a diario, incluso más si hubiera sido necesario. Fue ella quien se empeñó en que hiciéramos las cosas con criterio. No tenía sentido que yo llegara al fin de semana agotada por el trabajo y horas de conducción. Prefería que ambas estuviéramos bien y dispuestas a exprimir al máximo el tiempo que pasábamos juntas. No me gustó demasiado su decisión. Al final tuve que admitir que era lo más sensato que podíamos hacer. Al principio me preocupó que se quedara sola. Mi casa estaba a las afueras de Naia, justo donde comenzaban las grandes propiedades en las que podías pasar semanas sin ver a nadie. A Sarah más que asustarle la idea, le encantó. Ni siquiera había tenido su propio espacio mientras estudió en la universidad, así es que vio en todo aquello la oportunidad de tener su casa, su tiempo y la vida organizada a su medida. Me repitió hasta la saciedad que iba a emplear toda aquella libertad para trabajar, dar largos paseos y leer. La vi tan ilusionada con la idea que, cuando nos despedimos y me subí al coche el domingo por la tarde, el alma se me rompió algo menos.

Nos echamos muchísimo de menos. Sobre todo, al principio. Ambas contábamos los días que quedaban para el fin de semana y, cuando éste llegaba, nos faltaban horas para querernos, contarnos cómo nos había ido la semana y disfrutar de nuestra vida juntas. Durante el otoño y el invierno nos conocimos tanto que llegó un punto en el que tuve la sensación de que no existía ningún secreto entre nosotras. Nos abrimos la una a la otra con la seguridad que proporciona saberse amada de verdad. Fue entonces cuando me ofreció algunas pinceladas sobre su matrimonio. Desde el inicio de nuestra relación habíamos acordado, por el bien de ambas, dejar a Peter al margen. No con respecto al hecho de ponerlo al corriente de nuestro affaire (eso era cosa de ella, no mía), sino en nombrarlo lo mínimo posible. Yo conocía de sobra su existencia, sabía que lo nuestro tenía fecha de caducidad y, en aquel momento, me sentí con fuerzas para abordar la ruptura cuando se produjera. Sarah no era muy dada a hablar de su vida en

Nueva York, una mucho más lujosa y atractiva de la que tenía en Naia, tampoco hacía demasiadas alusiones a su matrimonio. De vez en cuando sí comentaba algún aspecto del carácter de su marido o las absurdas normas que la obligaba a seguir en casa. Fue entonces cuando entendí el motivo de sus discusiones y cuando también comprendí que sus problemas de pareja iban mucho más allá de lo que ella estaba dispuesta a admitir. En las pocas ocasiones en las que me atreví a preguntar por qué estaba junto a una persona a la que no amaba y que además pisoteaba cualquier intento suyo por triunfar en su trabajo, acabamos discutiendo acaloradamente. Para mí amar significaba ver a la otra persona feliz y completamente realizada. Ella tenía sus propias teorías al respecto y, de una forma u otra, siempre acababa justificando las acciones de Peter. Eso no evitaba la tristeza que le ocasionaban las cartas que él le escribía ni los días de silencio que sucedían a las conferencias que él ponía desde Nueva York al menos una vez al mes.

Cuando comprendí que era más importante ella que lo que pudiera estar sucediendo en su matrimonio, decidí no hablar más del tema. Me creé la falsa idea de que el universo estaba conformado solo por nosotras dos y seguí entregando cada centímetro de mi ser a aquella relación. Sarah parecía feliz todo aquel tiempo. Escribía durante horas, cogió peso e incluso su pálida tez fue adquiriendo algo de color. El frío invierno gallego nada tenía que ver con los que ella estaba acostumbrada al norte de Estados Unidos y estaba encantada con el hecho de no tener que pasar días encerrada en casa a causa de la nieve o el viento. La lluvia le encantaba por lo que, no hubo ni un solo día de aquella estación en la que no saliera a pasear. Cuando nos quisimos dar cuenta, las estaciones habían pasado y el verano nos volvía a rondar. Fue entonces cuando me encontré cara a cara con una realidad para la que no estaba preparada. Pocos días antes de San Juan, Sarah me anunció que Peter pasaría el verano en casa. Mi primera reacción fue preguntar dónde, pero al ver el modo en el que me miraba, comprendí que se alojaría con ella en la casa del jardín. No pude contenerme y dejé salir todo lo que me había estado guardando sobre ese tema en mi interior. Tuvimos la primera y única gran discusión de toda nuestra relación. La que abrió una grieta entre nosotras que jamás fuimos capaces de cerrar. Todo aquel tiempo yo había sabido con quién estaba y cuál era su situación. Erróneamente había esperado que su amor por mí, aquel del que no dudaba, hubiera sido suficiente para escogerme a mí en vez

de a él. No lo fue. Ella tenía sus propias razones, unas que yo ni comprendía ni quería.

Calificar aquel verano como un verdadero infierno, se queda corto. En cuanto Peter puso un pie en Naia, Sarah volvió a transformarse en la esposa perfecta, la mujer que yo había conocido justo un año atrás. Aunque la idea de mantener las apariencias había sido consensuada por ambas, a mí se me llevaban los demonios con todas las muestras de afecto que se profesaban. Las discusiones entre ambos tampoco tardaron en reaparecer, hasta el punto de que estuve tentada a marcharme de vacaciones a cualquier parte hasta que él regresara a Nueva York. Durante los meses que habíamos pasado juntas, Sarah me había puesto al corriente de la doble vida que siempre había llevado. Según me contó, una cosa era aceptar su condición sexual y otra muy distinta era vivirla abiertamente. Desde el principio de su matrimonio había tenido relaciones con mujeres. Ninguna, o al menos así me lo indicó, que hubiera durado más de un par de meses ni tampoco en la que se hubiera implicado a nivel emocional. Me repitió hasta la saciedad que yo era la primera persona (hombre o mujer) de quien se enamoraba de verdad, que en mí había encontrado su amor para toda la vida y que, aunque tenía claro que no iba a cambiar su estatus por nadie, siempre me tendría a su lado. Una parte de ese argumento, el más romántico por supuesto, me halagó. El otro, me rompió un poco por dentro, pero yo también estaba enamorada y dispuesta a pasar por donde hiciera falta. Creí a pies juntillas aquello de que el amor todo lo puede e intenté aplicarlo a mi vida. No tuve éxito.

Si Peter fue en algún momento conocedor de lo que había pasado entre nosotras (siempre pensé que sí porque yo era incapaz de disimular mis sentimientos), no lo manifestó. La distancia entre nosotros continuó siendo insalvable hasta el punto de que nos dirigíamos la palabra solo para lo estrictamente necesario. Esto también ocasionó que la relación entre Sarah y yo se enturbiara, pero estaba convencida de que lo solucionaríamos en cuanto él volviera a desaparecer. No fue exactamente así como pasó. Tal y como preví, a finales del mes de agosto Peter se marchó. Sarah había decidido prolongar su estancia en Naia. Pocos días antes había escuchado una fuerte discusión en la que él la amenazaba con explicarle a toda la familia las verdaderas razones por las que estaba a más de seis mil kilómetros de casa. Se estaba cansando de encubrirla y, aunque él disfrutaba de una vida de lujo y placer al otro lado del océano, también le

importaba su proyección social. La esposa de un hombre de su posición, por muy enferma que estuviera (ese era el argumento que habían utilizado para explicar su prolongada ausencia), debía estar a su lado.

En cuanto Peter se marchó, volvimos a ser las de antes. Después de semanas en las que apenas habíamos tenido unos minutos a solas, nos entregamos a saciar la necesidad de intimidad, afecto y amor que habíamos estado conteniendo. Fueron unos días fantásticos en los que llegué a pensar que sus particulares vacaciones no nos pasarían factura. Estaba equivocada. Una vez reposada la euforia del reencuentro, la grieta que se había abierto entre ambas a principios del mes de junio, volvió a manifestarse. La parte de mí que se había sentido traicionada con el regreso de Peter y la forma de comportarse de Sarah empezó a cobrar fuerza en mi interior hasta el punto de provocar cierto resentimiento. Yo hacía esfuerzos por volver a ser la de siempre, por seguir adelante y disfrutar de la persona que volvía a tener hasta, al menos, once meses después. No lo conseguí. Poco a poco, los defectos de ambas que hasta entonces nos habían parecido incluso entrañables, comenzaron a ser motivo de pequeñas discusiones. A medida que pasaban los meses, fuimos encontrando otras cosas que echarnos en cara y, para cuando Peter regresó el verano siguiente, yo incluso lo sentí como una especie de liberación. Por supuesto, no todo era malo entre nosotras. Al contrario. Me atrevería a afirmar que más del ochenta por ciento de nuestra relación era maravillosa, solo que el otro veinte pesaba y nos rompía por dentro demasiado. En los momentos en los que nos dejábamos llevar por las emociones, Sarah y yo incluso llegamos a trazar planes de futuro uno que, sin duda alguna, pasaba por el hecho de que Peter desapareciera de su vida. Ella no consideraba la idea del divorcio, de modo que su muerte era lo único que nos podía liberar. Habida cuenta del maravilloso estado de salud del que él gozaba, esa opción era harto improbable.

Durante los casi cinco años que duró nuestra relación, los patrones se sucedieron sin alteración alguna. Durante cinco semanas, Sarah regresaba a su matrimonio excluyéndome por completo de su vida, algo que yo, aunque a regañadientes, aceptaba. En aquel periodo escribió casi una veintena de novelas que más tarde se publicaron convirtiéndose en un éxito de ventas en todo el mundo. A su modo, en cada una de las páginas que escribió mientras estuvimos juntas, intentó regalarme las historias que sabía que nuestro presente no nos podía proporcionar. Pero eso lo comprendí muchos años

después.

El quinto verano que Sarah pasó en Naia fue distinto. Peter llegó en la fecha esperada, pero su aspecto era muy diferente al que siempre había mostrado. Estaba mucho más delgado, su tez lucía un tono amarillento muy poco saludable y unas enormes ojeras azuladas se habían instalado bajo sus ojos otorgándole un aspecto casi fantasmal. No había que ser muy avisado para darse cuenta de que estaba enfermo. Lo que yo no sabía era hasta qué punto. Tal y como había sucedido en ocasiones anteriores, la mujer a la que amaba desapareció para volverse a convertir en la esposa perfecta. Aquel año me sentí incapaz de soportar el teatro al que todos nos prestábamos y me organicé un viaje a Canarias. Estaba segura de que el sol, la playa y alejarme de mi entorno habitual, me ayudarían a encontrarme mejor. Y lo conseguí. La conocía lo suficiente como para saber que mi huida le hizo daño. Sin embargo, nada podía reprocharme. Los días que pasé sola en la isla de Tenerife, me sirvieron para tomar cierta distancia, recargar pilas y regresar a casa dispuesta a luchar por la persona a la que amaba. Esta vez sí pondría las cartas sobre la mesa y ambas deberíamos tomar una decisión al respecto. Mi tiempo de una relación a tres, por escasas semanas que eso se produjera, había terminado.

Supe que algo pasaba en el mismo instante en el que puse un pie en la casa del jardín. Peter tenía incluso peor aspecto del que ofrecía semanas atrás. Por su parte Sarah parecía agotada y me asustó comprobar que el brillo en su mirada, esa que siempre me había cautivado, había desaparecido por completo. Mi corazón entendió entonces lo que mi mente necesitaba escuchar. Y así lo hizo apenas unas horas después. Sarah vino a casa y, sentada en la cocina entre lágrimas me contó que su marido sufría una terrible enfermedad. En la década de los ochenta se consideraba el SIDA como una enfermedad exclusiva de los homosexuales, algo completamente alejado de la realidad tal y como se constataría unos años después. Peter, un hombre al que se le podían presuponer muchas cosas, pero ni siquiera la bisexualidad hubiera sido posible en él, estaba infectado. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Cuándo? Eran preguntas para las que en aquel momento no teníamos las respuestas. La única certeza que yo tenía era que Sarah, el amor de mi vida, iba a dejarme. No pudo pronunciar esas palabras, aunque sí que me anunció que tres días después, regresaría a Nueva York junto a su marido. “Es mi obligación”, añadió para dejar zanjado por completo el asunto. Aun hoy, después de tantos años, me cuesta explicarlo sin caer en

ningún tópico todo lo que sentí cuando procesé que la había perdido para siempre. Sarah se marchaba al otro lado del mundo, a un lugar al que yo no tenía ninguna forma de acceder, no porque no existiera la posibilidad de coger un vuelo y viajar, sino porque ni su posición social ni el prestigio como autora consolidada cada vez más hubieran soportado un escándalo así. Sabía que, en el mismo instante en el que saliera por la puerta junto a su marido, sería la última vez que la vería. Mentiría si dijera que no quise huir, salir de allí y no regresar hasta que todo hubiera terminado. No lo hice. Me quedé y, con cada hora que transcurrió, me dediqué a romperme un poco más. Pasamos nuestra última noche juntas, un regalo en honor a todo lo que habíamos compartido. Hubo risas, muchas. Lágrimas. Todas. No nos hicimos promesas. Tampoco reproches. Sabía que jamás la olvidaría, que no volvería a amar de ese modo nunca más. Ella, en su particular forma de hacer las cosas, tampoco. Al romper el alba me dijo que tenía que marcharse. No salí a despedirla. Sabía que no podría verla entrar en el coche sin montar una escena, sin abalanzarme sobre ella y gritarle que la amaba, que se quedara a mi lado. Estaba dispuesta incluso a cuidar del hombre al que detestaba. Todo con tal de no perderla. Sin embargo, ella había tomado otra decisión. Necesitaba volver a casa. Asegurarse de que no estaba también enferma. Informarse de una enfermedad que tal vez yo también pudiera padecer. Salió de nuestra cama con la promesa de llamarme en cuanto llegara y pudiera hablar con algún experto en el tema. Yo me di la vuelta y me esforcé por contener el llanto. No lo conseguí, aunque al menos, evité que ella me oyera. Unos minutos después escuché el ruido metálico de la verja del jardín. Después el sonido de un motor alejándose. Luego... Nada.

Las lágrimas resbalaban con suavidad sobre las mejillas de Lina. Al acercarme a ella para abrazarla me di cuenta de que yo también estaba llorando. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba haciéndolo. Solo fui consciente por la tenue luz que se filtraba por la ventana, de que habíamos pasado la noche en vela. Había muchas emociones y sentimientos encontrados en mi interior. Todos ellos me pedían paso para salir. Por supuesto, todavía quedaban algunas dudas sobre la intensa y apasionante historia que me acababa de contar. Algunas de las piezas del manuscrito comenzaron a encajar a la perfección. Fue entonces cuando pensé en Carlos y en Javier. Cuánto les

habría gustado conocer la información de primera mano. Tal vez yo misma se la proporcionara, aunque para ello tendría que ocultar algunos detalles. Lina había confiado en mí hasta el punto de abrir por completo su corazón y yo no pensaba traicionarla. Acabaría encontrando el modo de ofrecer una explicación coherente a los dos hombres que me habían ayudado a comprender muchas cosas. Pero no sería ahora. Mi futuro más inmediato pasaba por ofrecer consuelo a una mujer en la que, por primera vez, me vi fielmente reflejada.

Lina pasó un buen rato acomodada entre mis brazos dando rienda suelta a una pena que intuía llevaba demasiado tiempo contenida. Me limité a guardar silencio y a acariciar suavemente su pelo mientras reflexionaba sobre mi propia existencia. A veces es necesario ver a través de los ojos de los demás lo que con tanta fuerza te has empeñado en negar. Y yo lo había visto de un modo tan cristalino que me costaba entender incluso cómo había podido vivir tan ciega. Poco a poco se fue serenando y era casi de día cuando salió de entre mis brazos algo más calmada.

—¿Te molesta demasiado si te pregunto por el final de la historia?

—No. Es algo con lo que ya contaba —respondió mientras me regalaba una pequeña sonrisa.

—¿Qué pasó con Peter? ¿Y con Sarah? ¿Volvisteis a encontraros?

—Él murió poco después de Navidad. Los médicos no habían errado con el diagnóstico. Sí con la forma de contagio. Durante todo el tiempo que Sarah estuvo en Naia, Peter se dedicó a llevar una doble vida. De día era el empresario, el hombre de éxito que todo lo controlaba, de noche el juego y las drogas le dominaban. No tengo todos los detalles. Solo sé que, en algún punto de aquellos años, él pasó del leve flirteo con las drogas sociales, a las más duras. Así precisamente fue cómo se contagió. Él ya estaba infectado y nada se podía hacer por su vida. Los cinco años de nuestra relación fueron los que salvaron a Sarah de compartir su misma suerte. A raíz de la muerte de Peter supe que ellos ni siquiera dormían juntos cuando vivían aquí y que los dos últimos veranos ni siquiera compartieron casa. Sarah me escribió una carta meses después en la que me contaba todos los detalles que en su momento se negó a ofrecerme.

—¿Aun la amabas cuando él murió?

—Incluso más que antes.

—¿Intentaste recuperarla?

—No

—¿Por qué?

—Gran pregunta... Durante muchos años pensé que no fui a buscarla ni le pedí que regresara porque ella había tomado la decisión de abandonarme. Eligió cuando tuvo ocasión y no fue a mí precisamente. Era más fácil seguir viviendo echándole la culpa a ella, que asumir que yo también tenía miedo. No es que me asustara experimentar un nuevo rechazo. Lo que me aterrorizaba era ponerle nombre al amor que sentía por Sarah. Yo, la mujer que siempre se lo había echado todo a la espalda, aquella que se reía de las habladurías de la gente del pueblo y la que siempre había presumido de la importancia de ser coherente con aquello que se sentía, estaba literalmente cagada. No quería vivir mi amor por ella solo de puertas para adentro. Tampoco estaba preparada para la lucha que implicaba tener que dar la cara. Durante mucho tiempo disfracé esta certeza con todo tipo de argumentos. Ella ya era muy conocida como autora y no le convenía un escándalo así, yo tampoco podía jugarle la reputación que, aunque menor, también me había labrado en la universidad. A medida que pasaron los meses me fui cargando de razones. Los meses dieron paso a años y estos a casi toda una vida.

—¿Y no volviste a saber nada?

—¡Claro que sí! Al principio Sarah me escribía, incluso me llamaba. Yo me sentía incapaz de responder. Su ausencia me trastornó hasta el punto en el que llegué a convencerme que si quería recuperarme debía alejarme del todo de ella.

—Ya estabais a seis mil kilómetros —dije sin entender demasiado bien cómo era posible que dos personas que se amaban del aquel modo hubieran malgastado unos preciosos años de vida.

—Ni todos los kilómetros del mundo eran suficientes para separarnos. Sarah vivía en mi interior, en mi corazón y era de ahí de donde debía arrancarla para siempre. Fue entonces cuando opté por el silencio, por no saber de ella, por no responder a ninguna de sus larguísimas cartas. Tarde o temprano ella captaría el mensaje y abandonaría.

—Y así fue —dije más para mí que para ella.

—Sí. Las llamadas cesaron. Las cartas se fueron espaciando y todo lo que he sabido de ella lo he hecho a través de sus novelas.

—¿Todavía la quieres?

—No se puede dejar de amar a quien, a pesar del tiempo, todavía vive en tu alma. La querré hasta el último minuto de vida.

—Sigo sin entender... —no pude terminar la frase porque me di cuenta de

la dureza con la que Lina me miraba.

—¿Por qué no pude perdonarla en cuanto supe que se había quedado sola, por qué no la he llamado todos estos años aun sabiendo dónde estaba, por qué opté por una existencia mediocre en vez de expresar al máximo un amor que me llenaba? ¿Es eso lo que me estás preguntando?

—Más o menos —acerté a responder.

—Qué sencillo es ver dónde se han equivocado los demás... —Lina hizo ademán de levantarse del sofá y yo la miré sintiéndome bastante confusa—. ¿Crees que te di ese manuscrito por azar? ¿Porque me caíste bien cuando te conocí? ¿Por qué eres escritora y te brindaba la oportunidad de acceder a una gran historia de amor?

—No.

—¿Cuál crees que fue la razón por la que te entregué esa novela, María?

—Porque querías que averiguara la verdad.

—¿Sobre quién?

—¿Sobre lo que pasó entre tú y Sarah?

—Respuesta incorrecta.

—¿Entonces?

—El único motivo por el que te di el manuscrito fue porque, desde el primer día que te vi, sentí que estabas igual de perdida en la vida que yo treinta años atrás. Después me lo confirmaste con las escasas pinceladas que me ofreciste sobre tu vida.

—Yo nunca he tenido un amor como el vuestro —respondí casi sin pensar.

—Precisamente por eso. ¡Ya va siendo hora de que lo tengas! Mira... —comenzó a decir en un tono de voz más suave del que había empleado hasta entonces— no hace falta llegar a mi edad para tener esta certeza. La vida pasa demasiado rápido. Cuando somos jóvenes pensamos que lo tenemos todo bajo control y que tenemos todo el tiempo del mundo para experimentar las cosas. Poco a poco nos vamos cargando de responsabilidades, miedos y excusas. Al final te encuentras con una carta en la que te anuncian que el día de tu jubilación se acerca y que apenas has hecho nada de todo aquello que una vez planeaste. No quiero para ti la vida que escogí para mí.

—Aun así, tú tuviste el privilegio de elegir, de decidir por ti misma.

—Y ya ves el resultado. Perdí al amor de mi vida porque, hablando en plata, me cagué viva. Pero eso ya da igual. La cuestión ahora es saber si, después de todo lo que te acabo de explicar, de la historia que te he narrado, vas a seguir desperdiciando la oportunidad de ser feliz. Porque no nos

engañemos, María, tú no eres feliz. Te has creado un mundo casi aséptico en el que el trabajo es el eje de todo. Y mira, no te juzgo por ello. Al contrario. Muy poca gente descubre su verdadera pasión y es capaz de vivir de ella. Lo que me preocupa es la tibieza con la que tratas todo lo que tenga que ver con el amor, con la pasión, con arriesgarse poniéndose en manos de otra persona. Lo que intento decir con todo esto es que no quiero que un día, no muy lejano, por cierto, te levantes siendo yo.

Tenía varias respuestas que ofrecerle en la punta de la lengua. Enseguida me di cuenta de que todas ellas no eran más que una mera defensa, una pose frente a la realidad que ella me acababa de mostrar. Con su relato, Lina me había enfrentado al mayor de mis miedos: El amor. El mayúsculo. El de verdad. Desde la muerte de Gonzalo había tenido tiempo para reflexionar y, en cierto modo, había sido capaz de admitir la tibieza con la que había mantenido la relación más larga de mi vida. Esa misma actitud se había repetido con Carlos. Racionalizar, pensar antes de actuar, contener las emociones. Mi habitual forma de comportarme durante casi toda mi vida adulta. Con Javier también me había protegido, aunque él siempre conseguía arañar esa parte de mi interior a la que jamás accedía a nadie. Había llegado incluso a enfadarme conmigo misma por esa tibieza con la que me había comportado durante gran parte de mi vida adulta. La propia Elena me lo había dicho con palabras bastante más hirientes. También le había llegado el turno a Lina. Una tras otra, todas las personas con las que compartía algo me estaban advirtiéndome de lo mismo. No solo era que tanta gente no podía estar equivocada al mismo tiempo, sino que, por mucho que me doliera, sabía que tenían razón.

—Yo también estoy cagada viva —dije después de un buen rato.

—Siguiendo con la expresión esta tan culta que estamos utilizando —respondió Lina sin poder contener la sonrisa— aún te cagarás más si acabas tus días siendo una vieja llena de remordimientos. María, sal ahí fuera, y como si fueras la protagonista de cualquiera de tus novelas, échale ovarios a la vida. Sé que puedes hacerlo.

—¿Y tú?

—Yo ya soy una vieja cargada de manías que ha decidido conservar un maravilloso recuerdo.

—Pero aun puedes...

—No. Mi historia está cerrada para siempre. La tuya no ha hecho más que empezar. Piénsalo —añadió ahora sí levantándose del sofá y dirigiéndome una cálida mirada—. Eres inteligente y sensible. Sé que lo conseguirás.

Lina abrió la puerta y salió a un jardín que brillaba con la clara luz de la mañana. Había pasado la noche en vela y, aunque mi cuerpo estaba agotado, mi mente trabajaba a una velocidad de vértigo. Tenía mucho en qué pensar, sentimientos que procesar y más decisiones que tomar. Por primera vez en mucho tiempo me sentía completamente en paz. Una sensación a la que no estaba para nada acostumbrada. Algo que solo había experimentado unas semanas atrás. La imagen de un hombre en concreto acudió a mi mente. Luego cogí el teléfono y llamé a Javier. Necesitaba hablar, por primera vez, directamente desde el corazón.

Capítulo 41

Pasé los siguientes tres días intentado adaptarme a una nueva rutina. Dedicaba las mañanas a pasear por mis rincones favoritos de Naia y sus alrededores. Almorzaba con Lina. Desde la madrugada en la que me había contado la historia de su vida, ninguna de las dos había vuelto a mencionar el tema. Sabía que ahora era a mí a quien le tocaba mover ficha. Ella se limitaba a respetar mis tiempos y la necesidad de espacio. Las tardes las pasaba sentada en la mesa del salón escribiendo. Cuando comencé a publicar, era autora de una sola novela. Era incapaz de sacar adelante dos proyectos literarios a la vez. Desde que había regresado a Galicia, una nueva historia me rondaba la mente y pedía a gritos salir. Sabía que no podía dejar de lado el que ya tenía iniciado y comprometido con la editorial. De modo que me embarqué en algo diferente repartiendo las horas de trabajo entre una historia y otra. Para mi sorpresa, el método funcionó. Incluso tenía la sensación de que así avanzaba más rápido. Al llegar la noche estaba tan cansada que me quedaba dormida en cuanto mi cabeza tocaba la almohada.

Sabía que el tiempo de pensar había terminado. Había dado un gran paso aceptando la responsabilidad de ser madre. De hecho, ya había comunicado mi decisión tanto a mi abogado como a los responsables del hospital. Cuando hablé con la doctora Giralt, la noté mucho más de mi parte que días atrás. Aunque no lo expresara abiertamente, en el fondo deseaba que alguien cercano y con una vida acomodada se hiciera responsable de ese bebé. Acordé con ella que me mantendría informada del estado de mi futura hija y también de cualquier cambio que se produjera en el estado de Elena, algo por otra parte bastante improbable. Yo debía retomar la gira por España unos días después. Mi vuelta a Barcelona casi coincidiría con el nacimiento de Ayla. Tenía mucho por hacer. Adecuar mi casa a una nueva vida no iba a ser complicado. Aunque yo me encargara de supervisar todo, sería el estudio de arquitectura de Gonzalo quien se ocuparía de diseñar y tener lista la habitación para el bebé. Independientemente del rencor que le pudiera guardar a mi difunto marido, sabía que era la mejor decisión. Día tras día me sentía más segura de lo que estaba a punto de hacer y fui consciente en todo momento del modo en el que iba a cambiar mi realidad. De mí iba a depender la vida de otro ser humano, uno que tardaría aún muchos años en ser completamente independiente y al que

daría todo el amor y la estabilidad del mundo.

En cuanto me desperté aquel sábado por la mañana supe que había llegado el día. Estaba bastante nerviosa y, lejos de como solía comportarse mi antiguo yo, no tenía ni idea de lo que sucedería. Tampoco de lo que iba a decir. Solo sabía que tenía que hablar con Carlos. No podía aplazarlo más. Me arreglé a conciencia para nuestro encuentro. No habíamos vuelto a hablar desde que se marchó de mi casa de forma tan precipitada. El hecho de que ninguno de los dos hubiera puesto de su parte para establecer algún tipo de contacto ya era bastante significativo. Él se había encargado de dejar bastante claro que era a mí a quien correspondía mover ficha en nuestra relación. Y eso era lo que pensaba hacer. Cuando pudiera aplacar el temblor de mis dedos y poder ponerme sobre el cuerpo las prendas que había escogido con cuidado: Pantalones negros, blusa del mismo tono y zapatos planos. Una americana en tonos mostaza y rojo rompía la sobriedad de mi atuendo. La había visto días atrás en un catálogo de moda y no había podido resistir la tentación de hacerme con el *outfit* completo. En realidad, casi todo, porque la modelo en cuestión lucía unas deportivas de color blanco con las que yo no me atreví. También decidí maquillarme con esmero. Las preocupaciones habían hecho mella en mi piel, que lucía algo más apagada de lo habitual. Lo mismo sucedía con las dos manchas violáceas que habían aparecido bajo mis ojos. Me esforcé todo lo que pude por ofrecer un aspecto fresco, desenfadado y, al mismo tiempo, con un punto de sobriedad ya que consideraba que la ocasión así lo requería. Me recogí el pelo en un moño también falsamente despeinado. Cuando comprobé mi imagen frente al espejo antes de salir de casa, me gustó lo que vi reflejado en él. Tenía los nervios a flor de piel. Lo que estaba a punto de hacer hubiera sido algo impropio de la mujer que había vivido en mí tantos años. Para la nueva, era este el punto de partida. No me despedí de Lina. Una parte de mí temía perder el valor que había conseguido reunir para la conversación que tenía pendiente. De modo que caminé con paso más o menos decidido en dirección a mi coche, me senté en su interior y respiré hondo un par de veces antes de arrancar. Luego puse rumbo a Pontevedra donde sabía que encontraría a Carlos.

Volver a pisar la librería me transportó a unos meses atrás. A la primera vez que, por casualidad, había recorrido las calles de la ciudad y había encontrado ese paraíso de lectura en pleno centro. El aroma que me había perseguido desde casi mi llegada a Naia, la sonrisa de él, el modo en el que

sus ojos parecían querer desvelar todos mis secretos, nuestra primera conversación... Todo esto me provocaba ahora una cierta sensación de nostalgia, una emoción que también provocó que una sonrisa tímida asomara a mis labios. Antes de atravesar la puerta, apreté los ojos con fuerza en un intento por mantener la mente fría y recordar el orden de las reflexiones que había estado elaborando mientras conducía. Solo deseaba dos cosas: Que él me diera la oportunidad de explicarme y ser capaz de verbalizar las cosas con la misma claridad que las sentía. El interior de la librería olía como lo recordaba. Los libros estaban perfectamente ordenados en sus correspondientes lineales y géneros. Un orden que invitaba a pasearse por todos ellos y perderse entre sus títulos durante horas. Tal vez, cuando terminara lo que había venido a hacer allí, pudiera darme ese capricho. Ahora lo más importante era encontrar a Carlos. No tuve que buscar mucho porque, como si hubiera intuido mi presencia, se materializó justo a mi lado.

—María... —dijo con tanta sorpresa que me dio la impresión de que yo era la última persona a la que esperaba encontrar allí.

—Hola —respondí mirándole a los ojos en un intento de ocultar el nerviosismo que, de nuevo, se había vuelto a apoderar de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él me sostuvo la mirada y, durante unos segundos no supe muy bien cómo interpretar su respuesta. Había todavía bastante dureza en el tono de su voz, algo menos obvia que la última vez que habíamos conversado, pero sí la suficiente como para no pasarme inadvertida. Quizás haber ido hasta allí cuando él ni siquiera se había disculpado por el modo en el que se había marchado de mi casa, había sido una decisión poco inteligente. A lo mejor debería haber esperado a que se le pasara la pataleta y que fuera él quien volviera a establecer el contacto. Es posible que mi otro yo hubiera optado por esto último. El nuevo se había anclado en el presente, la inmediatez y en la necesidad de solucionar los problemas cuanto antes. Así es que apliqué la máxima que tantas veces había leído en las novelas, esa que reza “pelillos a la mar” y decidí fingir que no me había dado cuenta de su actitud.

—Yo también me alegro de verte —respondí sin acritud y le deposité un leve beso en su mejilla. En cuanto mis labios entraron en contacto con su piel, un cosquilleo familiar me recorrió la nuca. Sonreí para mis adentros. Tal vez nunca perdiera la magia que parecía ejercer sobre mí. Algo a lo que tendría que acostumbrarme.

—¿Te apetece un café? —Alargó la mano con elegancia en dirección al

exterior de la librería. Me resultó obvio que él también necesitaba hablar conmigo y que, para ello, era importante gozar de cierta intimidad.

—Me encantaría —añadí al tiempo que él se apresuró a abrir la puerta y cederme el paso al exterior.

Las calles del centro de Pontevedra comenzaban a llenarse de vida. El mercado era un auténtico hervidero y, en los bares de los alrededores, comenzaban a escucharse animadas conversaciones. Caminamos en silencio el uno junto al otro. No tenía ni idea de dónde íbamos, pero tampoco me importaba. Este tiempo extra me estaba siendo de gran utilidad tanto para tranquilizarme, como afianzarme en la decisión que había tomado. Pocos minutos después nos paramos frente a una taberna que no me costó identificar. Había estado allí en lo que me parecía otra vida. Nos sentamos en una mesa discreta junto a la chimenea que, para mi satisfacción, estaba encendida. Aunque en el exterior no hacía frío, agradecí el calor seco que brindaba el fuego. En cuanto me senté, me encontré con su mirada y supe que la conversación que estábamos a punto de mantener no iba a ser fácil. Me di cuenta de que él también parecía estar buscando las palabras, aunque al final fue él quien rompió el tenso silencio que había entre nosotros.

—Te debo una disculpa. No debí marcharme así de tu casa. No tenía ningún derecho a hablarte del modo en el que lo hice. Soy el menos indicado para decirte cómo tienes que vivir o sentir. También tengo mis demonios y, por muy claras que vea o sienta determinadas cosas, tengo que ser capaz de respetar los tiempos de los demás. En este caso, los tuyos. Ahora solo espero que no hayas venido hasta aquí solo para que hablemos.

—¿Qué pasaría si así fuera?

—Me sentiría todavía peor. Cada uno de estos días he pensado en llamarte casi a cada instante y no lo he hecho. Soy orgulloso. Esperaba que fueras tú quien diera el primer paso. Sé que no es excusa, pero cuando te vi con Javier tuve la sensación de estar de más. Eso ya me crispó. Lo que acabó de encenderme fue la química que hay entre vosotros. Sé que no es un buen argumento para defender mi actitud, pero es la verdad.

—Ya te dije que entre él y yo ya no había nada. Fui sincera contigo y quise que empezáramos de cero sabiéndolo todo el uno del otro.

—Pero... Porque hay uno, ¿verdad?

—Sí —murmuré y sentí cómo el valor que había conseguido reunir para hablar con él comenzaba a flaquear.

—¿A qué has venido en realidad?

—Si me hubieras preguntado eso hace unos días, te hubiera respondido que a huir. Hoy te diré que he regresado a Naia para renacer.

Durante los pocos segundos que duró el silencio, fui consciente de su desconcierto. Sabía que mi respuesta necesitaba una explicación. Una que tenía bastante que ver con la historia que me había desvelado Lina y que había provocado que todo en mi interior se desordenara y ordenara a la vez.

—Sé que valoras las buenas historias —añadí antes de que él pudiera decir algo en un sentido equivocado— Voy a contarte una que tiene que ver contigo, conmigo y también con el pasado.

—Pidamos algo de beber antes. Intuyo que vamos a estar aquí un buen rato.

Se me ocurrió pensar que un café estaría bien. Él no opinó lo mismo porque, poco después apareció sobre la mesa una botella de albariño y dos copas. Ni siquiera era mediodía, aunque eso poco importaba. No era fácil nada de lo que tenía que decirle. Mejor si tenía algo de ayuda extra para templar los nervios. Antes de empezar a hablar, nuestras miradas se encontraron al mismo tiempo en el que lo hicieron las copas que ambos sosteníamos entre los dedos. No dijimos nada, al menos de viva voz. Eran demasiados los sentimientos y muy intensas las emociones. Después de dar un buen sorbo y, en cuanto sentí el leve calor del vino asentándose en mi estómago, comencé a hablar. Y lo hice narrando la historia desde el principio. Empecé con la muerte de Gonzalo y puse de manifiesto mis emociones más íntimas. Hablé de mi primer viaje a Naia, no como la mujer que había viajado allí meses atrás, sino como la que ahora lo veía todo con ojos diferentes y gran claridad. Le conté cómo había vivido nuestra relación, las expectativas, el futuro, la ilusión de un quizás. Tuve palabras también para mi vuelta al trabajo, la primera parte de la promoción en el sur junto a Javier hasta que, finalmente, llegué al relato de Lina.

—Ahora sé la verdad que encerraba ese manuscrito y voy a intentar explicártela sin traicionar la confianza que una de sus protagonistas ha depositado en mí —añadí con calma y bastante convencida de que, si había alguien capaz de entender mi forma de actuar, era él—. La novela que tan intrigados nos ha tenido todo es tiempo, la misma que ha estado unida a lo que tú y yo hemos compartido, es una gran historia de amor. Y es tan real como que estamos aquí sentados ahora mismo.

Ví el anhelo en sus ojos e incluso sentí la tensión que adquirió su cuerpo en cuanto su mente procesó que yo había desvelado el misterio. Carlos era

incapaz de resistirse a una buena historia y aquella, sin lugar a duda, lo era. Arranqué la narración tratando ser lo más fiel posible a la realidad. Le ofrecí los detalles justos para que pudiera comprender por qué saber la verdad del pasado de mi casera me había transformado del modo en el que lo había hecho. Y sí... Oculté a conciencia los aspectos más íntimos. Consideré que no eran necesarios para que él se formara una idea exacta de qué era lo que yo pretendía con esta conversación. Cuando terminé, ambos teníamos lágrimas en los ojos y fuimos incapaces de articular palabra durante un buen rato.

—Creo que... —comencé a decir con voz un tanto temblorosa— hasta aquí hemos llegado, Carlos.

—Ya... —se limitó a responder sin ni siquiera mirarme, un gesto que interpreté más de dolor que fruto del orgullo.

—No quiero una vida tranquila y ordenada, ni un amor tibio del que siempre sepa qué esperar. He vivido así demasiados años y he comprendido que no era lo mejor para mí. Sé que, a toro pasado, analizar las decisiones que tomamos, es un error. Siempre encontramos alternativas que en su día fuimos incapaces de ver. Con todo lo que me ha enseñado la vida en el último año, soy consciente de que he cometido muchísimas equivocaciones. Seguir adelante con una existencia cómoda y previsible sabiendo que existe otra que además quiero saborear, sería una especie de muerte. Tú y yo podríamos seguir adelante con esta relación, comprometernos, ser felices y comer perdices. No tengo ninguna duda de ello. Pero eso sería muy injusto para ambos.

—¿Por qué? —dijo ahora sí mirándome con una expresión de dolor que me rompió.

—Porque sabes tan bien como yo que tengo razón. Nos hemos convencido de que esto que tenemos es el amor adulto. La paz, el sosiego, la rutina. Tener claro el cómo, el cuándo, el dónde y el por qué. La idea de una vida sin sobresaltos, de una relación en la que todo fluya sin complicaciones es casi un sueño para quienes tienen ya una determinada edad. Atrás queda ese pasado intenso. El del amor desmedido, el de los romances apasionados, las idas, las venidas, las emociones a flor de piel. Es como si, alcanzada la madurez, las relaciones que deseamos construir tuvieran que tener esa misma sensatez, e insisto, eso tal vez les funcione a otros. Dudo mucho que lo haga con nosotros.

—¿Por qué? —repitió con la voz quebrada.

—Porque no es lo que quiero. Porque sé que eso que se supone que ahora nos une y nos sienta tan bien, acabará separándonos.

—Y ya está... Tú decides por los dos —respondió con amargura— Ya sabes lo que quiero, lo que deseo, lo que siento. Eres capaz de expresar sin despeinarte apenas lo que yo ni siquiera he conseguido comprender. ¡Qué bien!

—No pretendo hablar por ti, sino por mí. Lo que he compartido contigo ha sido real. Tanto que recuperé emociones perdidas, sentimientos que creí más de tiempos pasados que del presente. Durante un tiempo, bastante, nuestra historia ha sido de verdad. Ahora necesito llevarlo todo al siguiente nivel.

—¿Conmigo? ¿Sola? ¿Con otra persona?

—Carlos, seamos sinceros. Esto nuestro no da para más. Tú mismo lo dijiste en mi casa. Detallaste todas las cosas que no te gustan, esas que sabes que no son suficientes para sacar adelante el tipo de relación que pretendes. Aunque te olvidaste de mencionar una cosa.

—¿Cuál?

—Esos defectos míos que tan bien expresaste en voz alta, mis carencias y mis miedos son, también, los tuyos. Yo estoy más que dispuesta a afrontarlos. ¿Y tú?

Cuando acabé de hablar sentí que me había quitado un peso enorme de encima. Por fin había tenido el valor de hablar de mí sin temores, mostrando que era una mujer vulnerable, emotiva y al mismo tiempo, muy fuerte.

—No lo sé —respondió con seriedad—. Sé lo que siento por ti, pero no tengo tu certeza.

—Carlos... no tengo tiempo para dudas, incertidumbres e indecisiones. No sé si porque he visto la muerte tan de cerca —dije en clara alusión a Elena— o porque ahora debo hacer frente a nuevas responsabilidades. Puede que la nostalgia y el dolor con el que Lina me ha contado la historia de su vida haya sido la chispa que necesitaba para prender una mecha que ahora no estoy dispuesta a apagar. No sé cómo, tampoco por qué. Lo único que tengo seguro es que quiero vivirlo todo con la intensidad que me merezco. No quiero que nadie me repita jamás eso de que paseo por los años de puntillas. Deseo exprimir cada día, emoción y sentimiento tanto si es bueno como si no. Estoy casi en la mitad de mi vida y, créeme cuando te digo, que no estoy dispuesta a desperdiciar la otra mitad. Quien me quiera acompañar en el camino será bienvenido, quien no... Siempre será un bonito recuerdo.

Sabía que había sido dura al expresar mis sentimientos, también clara. Y, para mi sorpresa, no había sido tan tremendo. Mi discurso posiblemente había herido sus sentimientos, algo que no era para nada mi intención. Pero si él

había ejercido su derecho a opinar unos días atrás, yo también podía hacerlo. Solo que, en esta ocasión, era de mí de quien hablaba.

—De modo que debo dejarte volar —dijo casi en un susurro después de haberse tomado un rato para meditar mis palabras.

—Si es eso lo que sientes... —respondí con una pizca de dolor. No esperaba que se arrastrara por nuestro amor. Lo que habíamos compartido había sido intenso, aunque no había llegado a ese punto en el que las emociones lo llenaban todo. Ahora era consciente de que apenas habíamos echado a andar y que, si queríamos seguir adelante, debía de ser con todas las consecuencias. Sin guardarse nada.

—Creo que no puedo darte lo que necesitas. Al menos, no en este momento. Nunca he sido persona de extremos. El blanco o el negro, el todo o el nada son formas de vida que he tratado de evitar por todos los medios. Ahora me encuentro con que precisamente eso es lo que debo hacer si no quiero perderte.

—Para mí tampoco es sencillo. Al igual que tú, me he ido moviendo entre la amplia gama de grises durante mucho tiempo. Solo que ahora...

—Ya no quieres más de eso.

—Exacto —respondí mientras le sonreía abiertamente.

—Entonces estoy a punto de convertirme en un bonito recuerdo. Son demasiados cambios los que necesitas y, en este momento, no sé si soy capaz de ofrecerte nada de lo que exiges y que también estás dispuesta a dar.

A pesar de que esa era una de las opciones que barajaba, uno de los posibles resultados de nuestra conversación, no fue fácil escuchar su respuesta. Y aún menos encajarla con elegancia. Al fin y al cabo, con lo que acababa de decir, estaba poniendo fin a una historia a la que me había aferrado durante meses, a una posibilidad de ser feliz junto a alguien y que, de no haber sido por la historia de Lina o quizás por la decisión que las circunstancias de Elena me habían obligado a adoptar, seguramente hubiera llegado a buen fin. Dolió, sí. Y también provocó un nudo en el estómago que solo se deshizo horas después cuando, al salir de un lugar que guardaría para siempre en mi memoria, él me abrazó y me permitió llorar. Paseamos por las calles de Pontevedra en un intento por aplacar lo que sentíamos. Yo no podía regresar a Naia mientras la opresión en el pecho continuara y las lágrimas corrieran por mis mejillas a su antojo. Él no podía volver a la librería con la mirada vidriosa y el gesto tenso. Poco a poco fuimos dirigiendo nuestros pasos hasta el lugar en el que había aparcado el coche lo que me parecían días atrás. Antes

de abrir la puerta para sentarme en su interior, él se acercó a mí y me abrazó con fuerza. Volví a sentir la calidez e incluso la seguridad de la primera vez. Recuperé aquel instante en el que pensé que Carlos era puerto definitivo y seguro. Volvió a doler el alma, pero no me lamenté por ello. Había tomado una decisión: La valiente, a mi juicio. Quizás fuera la opción más complicada, pero si llegaba a buen término, acabaría encontrando el amor de verdad. Creo que él llegó a sentir algo parecido porque, cuando se separó definitivamente de mí, tenía un brillo especial en los ojos. Algo que no había visto ahí con anterioridad y que me llevó a pensar que quizás también hubiera esperanza para él.

—¿Nos volveremos a ver antes de que te vayas? —dijo con los labios muy cerca de mi oído.

—Estaré tres o cuatro días más por aquí. Ya sabes dónde encontrarme.

—Sí —fue toda la respuesta que me ofreció antes de que su boca cubriera la mía con un beso que dijo todo lo que necesitaba saber.

No fue fácil separarme de él. Tampoco conducir sola de regreso a casa. La mente se empeñaba en transportarme a todos los instantes que habíamos compartido, a las ilusiones que ya nunca se convertirían en realidad. Sin embargo, a medida que me acercaba a casa, la pena fue dando paso a una sensación de alivio y ligereza, a esa felicidad que da saber que has hecho lo correcto a pesar de la dificultad. Cuando abrí la puerta del jardín cuarenta y cinco minutos después, me había quitado veinte años de encima y media vida de miedos y temores.

Capítulo 42

Encontré a Lina leyendo frente a la chimenea del salón. Vi su perfil a través de la ventana y decidí pasar un rato con ella. Tarde o temprano tendría que contarle lo que había sucedido con Carlos. Sabía que no me iba a pedir ninguna explicación. Nunca lo hacía. Sin embargo, yo me sentí en la obligación de dársela. No en vano, gracias al manuscrito y a las verdades que me había revelado, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. A pesar de la intensidad de lo vivido durante la jornada, lejos de sentirme agotada, estaba más despierta que nunca. Pensé que así sería más fácil contarle lo acontecido en Pontevedra. Apenas había golpeado la puerta con los nudillos cuando abrió. Debía de haber escuchado mis pasos por el sendero.

—¿Has pasado un buen día?

—¡Qué graciosas estamos a estas horas!

—Y la cosa puede ir a más.

—Sobre todo, si sacas una botella de cilantro.

Dicho y hecho. Lina dio media vuelta y fue hasta el mueble donde guardaba las bebidas espirituosas. Sacó una botella que reconocí al instante, alargó la mano y cogió dos pequeños vasos de la estantería de cristal que había justo al lado. Luego regresó sobre sus pasos, depositó todo con elegancia sobre la mesa, se sentó en el sofá y me miró divertida.

—¿Y bien?

—Era broma lo del cilantro... Además, tengo que aprender a hablar de mis cosas sin esta bebida de por medio. Creo que me hechiza o algo así.

—Suele ser uno de sus efectos, sí —añadió sin dejar de sonreír.

—Venga, solo un chupito que luego igual hasta trabajo un rato.

—Veo que ha ido bien la cosa.

—Depende de cómo quieras analizar los hechos, la verdad.

—Seguro que ha sido menos complicado de lo que pensabas. —Lina se inclinó ligeramente hacia adelante y llenó las dos copas. Luego me ofreció una y volvió a hablar—. ¿Vas a hacer por fin las cosas bien o van a ser frecuentes los viajes a Pontevedra?

No hice nada por disimular mi sorpresa ni porque supiera dónde había ido, como tampoco por su particular visión de lo que significaba hacer lo correcto. Desde que nos conocíamos y más, a raíz de la conversación en la que

se revelaron tantas cosas, ella estaba bastante al tanto de todo lo que había acontecido en mi vida personal. Quizás no se lo había contado todo en su justa medida, más por incapacidad o desconocimiento que por omisión voluntaria, pero había leído en mi interior con facilidad. Estaba convencida de que casi podía ahorrarme la narración de lo sucedido con Carlos. Seguramente ya habría intuido lo que había sucedido entre nosotros. Aun así, decidí responder a su pregunta.

—Si por hacer las cosas bien entiendes tomar las riendas de mi vida e ir a por todas tanto en lo profesional como en lo sentimental... Sí. Eso es exactamente lo que he hecho e imagino que por aquí me verás si no te cansas de mí y me permites volver a visitarte siempre que pueda.

—Ya sabes que esta es tu casa —respondió bastante emocionada—. Pero no nos pongamos sentimentales antes de llegar a la parte interesante —añadió con ese punto de malicia suyo que tanto me gustaba.

—Y lo interesante es...

—¡Perfecto! Me has vuelto a dar de mi propia medicina.

—Tú misma dijiste no hace mucho que aprendía rápido y he tenido una buena maestra.

—Imagino que sí. Venga, no me hagas rogar más.

La observé en silencio durante unos segundos y me conmovió la fragilidad que percibí en ella. Era como si, a raíz de haberse desnudado frente a mí, todas las barreras que siempre utilizaba frente al mundo hubieran desaparecido. Quizás la estuviera viendo por primera vez y eso era precisamente lo que me provocaba tanta ternura. De nuevo recordé las palabras que ella misma había empleado aquella madrugada. No quería llegar así a la madurez y, en caso de hacerlo, que fuera después de haber puesto todo de mi parte por conseguir lo que de verdad deseaba. Comencé a hablar y a explicarle con todos los detalles de los que fui capaz, todo lo que había pasado en mi encuentro con Carlos. A medida que iba escuchando mi propio relato, me sentía mejor con la decisión que había tomado. No sabía cómo iba a reaccionar Lina, pero tampoco me preocupaba porque, cuando terminé la narración, supe que había hecho lo correcto.

—Así es que al final vas a darle una oportunidad al amor, ¿verdad?

—Cuando lo encuentre, si es que eso pasa, estaré preparada.

—Pues yo de ti me iría quitando las cataratas esas de los ojos —respondió con ese tono de misterio con el que sabía que me intrigaba y con su enigmática sonrisa.

—¡Lina, no empieces! —protesté sin poder aguantar la risa—. A ver si ahora que hay cierta claridad en mi vida, vas a empezar a buscarme novios en plan casamentera. Además, tampoco creo que tenga mucho tiempo para amoríos durante unos años, te recuerdo que voy a ser madre.

Volver a pronunciar en voz alta aquellas palabras provocó que me estremeciera. Ya había hecho esa afirmación con anterioridad, pero no con el sentimiento que se había despertado ahora en mi interior. Sentí cómo, poco a poco, el calor que había aparecido en la boca de mi estómago se iba desplazando hacia otras zonas de mi cuerpo. Era una sensación de bienestar y, al mismo tiempo, de una responsabilidad que no me estaba tomando como antes. En esta había un sentimiento completamente diferente, uno que yo no había experimentado hasta entonces y que no era capaz de explicar. Ese esperar a alguien desconocido y que sabes cambiará tu vida para siempre. Y sí, sentí el peso del compromiso que había adquirido por voluntad propia, pero también, una paz infinita.

—Sé que eres inteligente y lo sabes por ti misma. Aunque si por alguna casualidad de la vida se te ha olvidado, las madres también tienen vida. No vayas a cambiar ahora una excusa por otra —dijo Lina con seriedad.

—¿A qué te refieres?

—No pases de refugiarte en el trabajo a hacerlo detrás de una niña. Sé madre, pero no te olvides de ser mujer.

Entonces comprendí en su totalidad la gran enseñanza que me estaba regalando, uno de los mejores consejos que alguien me daría a lo largo de mi vida. Guardé silencio para asimilar todos los cambios que se estaban produciendo en mí. Lejos de agobiarme o preocuparme, como solía ser habitual en mi anterior yo, me limité a respirar y a dejar que todo fuera ocupando el espacio correspondiente en mi interior. Desconocía cuál era el proceso químico o espiritual por el que eso era posible. Lo único que tenía que hacer era seguir hacia adelante, continuar moviéndome en la dirección que había escogido porque, era precisamente eso, no pensar ni entrar en bucle, lo que me llenaba de calma y plenitud. Lina y yo compartimos un par de copas más aquella noche. Dejamos los temas más profundos y nos limitamos a hablar de los mundanos. Me puso al día de los últimos escándalos del pueblo, me recomendó un par de libros que había leído durante la última semana y me sorprendió hablándome de Javier. “El muchacho no escribe novela de la que suelo leer, aunque hay que reconocer que lo hace con mucho estilo y me ha tenido en vela alguna que otra noche”, fue su forma de expresar que, en

realidad, le había encantado su último trabajo. En aquel momento, su comentario me divirtió bastante e incluso me pareció de lo más inocente. Sin embargo, nada en ella lo era, algo que yo ya debería haber aprendido.

Me retiré a la que ya consideraba mi casa poco antes de medianoche. Los acontecimientos del día habían agotado mi cuerpo, no así mi mente en la que bullían cientos de diálogos, argumentos y estructuras para futuras novelas. Barajé la posibilidad de dejarlos aparcados para el día siguiente aun a riesgo de olvidar algo durante la madrugada. No lo hice. Después de regalarme una ducha reparadora y un tazón de chocolate bien caliente, me senté frente al ordenador dispuesta a dar rienda suelta a todo lo que había en mi interior. Sin embargo, antes de entregarme por completo a las musas, envié un correo a la doctora Giralt, uno en el que, por primera vez, mi interés por la vida que estaba en camino era completamente distinto. Justo antes de cerrar la aplicación, recibí un mensaje de Javier. La frase era tan escueta como enigmática: “Envíame tu geolocalización”. Sonreí y pensé en que, seguramente estaría de fiesta Dios sabía dónde y habría ingerido más alcohol del deseado. Durante nuestra conversación unas noches atrás había conseguido averiguar que estaba en algún punto de las Islas Británicas. Nada más. Sin pensármelo dos veces, entré en la opción de *Maps*, capturé en una foto el punto exacto en el que me encontraba, y se lo envié junto a la frase: “No hay huevos”. Luego cerré el correo para sumergirme en una de las madrugadas más extenuantes y, al mismo tiempo, productivas de la última década.

Empezaba a ser ya una costumbre para mí ver salir el sol a través de la ventana del salón. La luz se filtraba perezosa desde el horizonte provocando que el jardín tuviera un aspecto fantástico e irreal. Casi como de cuento de hadas. Había pasado la noche en vela y, lejos de estar agotada, me sentía más viva que nunca. Desde luego, iba a tener que aprender a medir la energía de mi nuevo yo. Al menos si quería llegar a cumplir los cincuenta, algo que por otra parte no tenía intención de perderme. Miré el reloj. Apenas eran las siete y media de la mañana. Consideré seriamente la opción de meterme en la cama y dormir al menos un par de horas. Enseguida la deseché. Fui al dormitorio, escogí la ropa más cómoda que tenía y luego me abrigué con el forro polar que utilizaba cuando salía a andar temprano. Ya sabía cómo se las gastaba la bruma y la humedad del Miño a aquellas horas de la mañana. Cogí las llaves y salí de casa con la intención de celebrar el nuevo día. Mientras caminaba en dirección al río pensé divertida dos cosas. La primera, que había que estar muy zumbada para salir a andar cuando no veía a más de un metro de

distancia. La segunda, que si algún vecino me veía iba a pensar que se me había ido la cabeza del todo. Con esta idea en la mente llegué al camino que conectaba directamente con una ruta senderista de la que me habían hablado bastante bien. No me lo pensé dos veces y me adentré en ella. Diez minutos después estaba disfrutando de unas vistas maravillosas en el horizonte. La desembocadura del río completamente despejada y, justo al lado, el hilo plateado del Atlántico. Nueve kilómetros me separaban de él. No llevaba ni el equipamiento necesario para un recorrido tan largo, ni tampoco agua. Anoté en mi mente volver allí para recorrerla en condiciones antes de irme. Por el momento me tendría que conformar con un pequeño paseo y disfrutar del espectáculo que la naturaleza me estaba ofreciendo.

Capítulo 43

Regresé a casa pasadas las diez. De camino, había pasado por la panadería y tuve la suerte de llegar a tiempo para comprar una de esas roscas de azúcar que tanto me gustaban. También había conseguido medio litro de café recién hecho que estaba dispuesta a saborear en cuanto me diera una buena ducha. Metí la llave en la cerradura de la puerta del jardín y oí el sonido de un coche acercándose por el camino. No desvié la mirada. Pegué el cuerpo al muro para que el vehículo tuviera más espacio para pasar. Luego recorrí con paso animado el sendero y entré en casa. Salí de nuevo con la intención de ir a buscar a Lina. Estaba segura de que ella ya habría desayunado, pero no rechazaría un dulce como aquel. Antes de golpear con los nudillos sobre su puerta noté un movimiento a mi derecha. Giré la cabeza y advertí que había un hombre al otro lado de la verja. Era alto, unas enormes gafas de sol le cubrían casi la mitad del rostro y, lo más intrigante, había algo familiar en él. Me acerqué con decisión y, justo antes de abrir la boca para preguntarle si se había perdido, me di cuenta de quién era.

—¡Javier! ¿Qué estás haciendo aquí? —dije casi por instinto y sin ocultar la alegría que me producía volverlo a ver.

—Ganar una apuesta —respondió mientras se deshacía de las gafas y dejaba a la vista sus enormes ojos verdes.

—No sé cómo no te han detenido. ¡Pareces recién salido de un *after*! —añadí para, a continuación, abrir la puerta y echarme a sus brazos.

—Ya veo que no te disgusta mucho esa opción. Aunque yo contemplaba más la de que me pegaran un tiro cuando un vecino me viera con estas pintas.

—Esa alternativa seguro que la usas en alguna de tus futuras novelas. ¿Cuándo has llegado? ¿De dónde vienes? ¿Qué ha pasado? —las preguntas salían sin control. Intenté separarme de su cuerpo para mirarle a los ojos y tratar de obtener alguna respuesta. No pude. Él me estaba devolviendo el abrazo con una intensidad que me conmovió.

—Te parece a mi madre —dijo en cuanto ambos consideramos que, para empezar, habíamos tenido suficiente bienvenida—. Siempre preguntando y queriendo saber.

—Menos mal que conmigo has hecho cosas que no se hacen con la familia —respondí con una agilidad que me sorprendió teniendo en cuenta la falta de

sueño que llevaba.

—Veo que aún te acuerdas...

Me estremecí entera cuando procesé tanto su intención, como el brillo travieso que había aparecido en sus ojos durante apenas un segundo. Recordaba a la perfección cómo era estar con él. Cómo no hacerlo. Lo que no había advertido antes, o no había querido admitir, era cuánto lo echaba de menos. En el mismo instante en que pasé de tener una intuición a una certeza, el corazón comenzó a latirme con fuerza, tanta, que a él tampoco le pasó inadvertido. Estaba a punto de decir algo cuando percibí un leve movimiento a pocos centímetros de nosotros. Estiré el cuello en un vano intento de mirar por encima del hombro de Javier. No tuve éxito. Solo cuando él se movió unos centímetros a su izquierda pude ver el cuerpo de una mujer menuda que caminaba con paso decidido hacia nosotros y mientras, nos miraba con una determinación que me sobrecogió. No necesité palabras ni presentaciones. Jamás la había visto antes, pero había leído sus palabras durante años. Supe que la persona que ahora se había detenido junto al muro y miraba al interior de la casa era Sarah.

A continuación, todo sucedió muy rápido. Tanto que incluso resulta complicado describir el orden exacto en el que pasaron las cosas. Sentí a Lina detrás de mí antes de saber siquiera que estaba. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. Probablemente había oído la conversación entre Javier y yo, tal vez me había oído salir de casa y venía a hablar conmigo... No lo sé. La cuestión es que durante los siguientes minutos experimenté cómo el tiempo se paraba a nuestro alrededor. Todo sucedió como en las escenas de esas películas en las que los acontecimientos se narran a cámara lenta para aumentar la emoción del momento. Los ojos de Lina encontraron los de Sarah. Entre ellas se estableció una conexión casi mística. Ninguna de las dos movió un solo músculo ni dijo nada. Parecían ancladas a la tierra, a la misma en la que se habían amado tanto. Me concentré en el rostro de Lina con el fin de averiguar qué era lo que estaba pasando por su mente o, al menos, cómo iba a reaccionar. Sin embargo, no había nada en su cara que diera la más mínima pista sobre lo que sucedía en realidad. Solo ellas, que seguían mirándose con la misma intensidad, parecían comprenderse. Era como asistir a una demostración del poder de la mente, esa capacidad de solo unos privilegiados para entenderse sin decir nada hasta extremos insospechados. Estaba tan fascinada con lo que estaba presenciando que ni siquiera me percaté de que Javier había entrelazado sus dedos con los míos y sostenía el peso de mi

cuerpo entre uno de sus brazos. Seguramente, ambos sobrábamos allí, pero fuimos incapaces de hacer nada.

Sarah fue la primera en reaccionar. Con pasos cortos pero decididos y sin dejar de mirar a Lina, comenzó a andar. Durante una décima de segundo el gesto de mi casera se endureció. Lo hizo hasta el punto de que tuve la impresión de que iba regresar a casa y a darle con la puerta en las narices. No fue así. A medida que la primera acortaba distancias, la segunda se fue relajando. Cuando estuvieron una frente a la otra, se abrazaron y rompieron a llorar. Todos lo hicimos en realidad, aunque estábamos tan metidos en el momento que solo fuimos consciente de ello bastantes minutos después.

—Me parece que tú y yo aquí sobramos, nena —fueron las primeras palabras que escuché y que me devolvieron un poco a la realidad.

—Eres el puto Satán, ¿lo sabías? —dije en cuanto caí en la cuenta de tanto su silencio como su ausencia habían sido para ir a buscar a Sarah—. Esa sonrisa —añadí intentando darles a mis palabras un tono de seriedad que no logré— se te va a quitar de la cara en cuanto tengas que dar un montón de explicaciones tanto a mí, como a Lina.

—Tranquila. Es un riesgo que ya tenía calculado. Ahora, en serio, deberíamos esfumarnos un buen rato.

Volví a mirar en dirección a donde se encontraban Lina y Sarah que seguían abrazadas y susurrando palabras que, aunque no alcancé a oír, comprendí a la perfección. Me di cuenta de que ninguna de las dos estaba siendo consciente del resto del mundo. Así debía ser. Casi treinta años era tiempo suficiente para el silencio. Uno con el que se habían hecho ya suficiente daño.

—Dame cinco minutos para que me cambie —dije en cuanto me di cuenta de que llevaba la ropa con la que había salido a caminar de buena mañana.

—Vas estupenda así. Además, si te mueves, les joderás la magia.

Admití que estaba en lo cierto. De modo que acepté sin rechistar la posibilidad de pasarme el resto del día así de desaliñada en su compañía. Desde luego, la segunda parte no me disgustaba en absoluto, pero la parte coqueta que habitaba en mí estaba un poco molesta por ello.

—Tú dirás... —Javier estaba sentado frente al volante de un bonito Mercedes mirándome como un niño travieso. Sin duda alguna, estaba disfrutando con la sorpresa.

—Arranca y gira la derecha al final del camino. A partir de ahí, ve hacia donde quieras porque te vas a hartar de responder a todas mis preguntas.

—Sus deseos son órdenes —respondió entre risas y lanzándome una última mirada divertida antes de concentrarse en la carretera.

La carretera comarcal en dirección a Baiona estaba desierta a aquellas horas, así es que, en cuanto le indiqué que podía parar en cualquiera de las playas, acantilados y explanadas que encontrara, comencé a interrogarle. Necesitaba respuestas y que me contara la historia que ahora sabía que me había estado ocultando.

—De modo que este era tu misterioso viaje al extranjero —comencé a decir sin poder sonar ni siquiera un poco enfadada con él.

—Sí.

—¿Cómo conseguiste localizar a Sarah?

—A través de la editorial.

—Así... Tan fácil —respondí un poco molesta ante la obviedad de la respuesta.

—No estaba escondida precisamente. Todo el mundo sabía que residía en Cornualles desde hacía décadas. Lo que me extraña es que tú, con lo fan suya que eres, no conocieras este detalle.

—Sabía que había vivido allí durante un tiempo, pero no sé por qué, pensé que habría regresado a casa. Supongo que el hecho de que sus últimas novelas estuvieran ambientadas en Nueva York hizo que me formara esa opinión.

—Pues mal hecho. Ahí ha estado todos estos años. En una casa preciosa, por cierto, a la que estamos invitados a ir cuando queramos —dijo con tanta familiaridad y despreocupación que tuve que reírme.

—¿Desde cuándo sois tan amigos?

—Hace un par de días. No vayas a creer que lo nuestro viene de atrás...

—¿Voy a tener que seguir preguntándote o piensas contarme la historia tú solito?

—Es mucho más divertido comprobar cómo la curiosidad te posee —comenzó a responder con ese tono zalamero tan suyo— aunque tenía pensado darte todos los detalles en cuanto te hubiera hecho rabiar un rato.

—Misión cumplida. ¡Ahora empieza a cantar!

—Empecé a interesarme por localizar a esta mujer la primera noche en la que me diste el manuscrito. Pensé que iba a ser más complicado por aquello de que los autores famosos tienden a aislarse y a no relacionarse demasiado con el mundo. Después de un par de *emails* y una llamada a la editorial, me confirmaron algo que ya sospechaba. Sarah Kennedy vivía en Cornualles.

—Y eso lo intuías porque...

—Por la pasión con la que había descrito el lugar en la novela. No puedes hablar con esa intensidad de una ciudad, una casa o un pueblo si no lo amas de verdad. Lo que transmitían las descripciones de su manuscrito iba más allá de saber manejarse con la escritura. Y, cuando amas algo así, procuras no alejarte de ello demasiado tiempo.

—Continúa —dije sin que me pasara inadvertido para nada el tono que había empleado en sus últimas palabras.

—Llamé a la editorial, escribí a un par de contactos y, en pocas horas supe dónde encontrarla. Lo demás ha sido fruto de mi encanto personal.

—¡Ni de coña vas a dejarme así! Quiero los detalles, ¡Todos!

—El día que fui a tu casa, el mismo que te encontré con el gallego alegre, ya sabía exactamente dónde estaba Sarah y también había tomado la decisión de ir a visitarla. No fue fácil mantenerte al margen de esta historia, la verdad. Y menos después de los últimos acontecimientos —añadió con una dulzura que me conmovió—. Al principio pensé en contártelo todo. Incluso se me pasó por la cabeza la idea de que me acompañaras.

—Pero...

—La descarté enseguida. Tenías asuntos más urgentes que atender y, tal y como tú misma dijiste, debías mantener la cabeza fría en las cosas importantes. Ir a buscar a una autora dos mil kilómetros al norte que ni siquiera sabíamos si nos atendería, no era el plan que más te iba a ayudar. Por el contrario, a mí sí. La pausa entre promoción y promoción me estaba matando. De modo que salir de Barcelona y cambiar de aires iba a ser perfecto para mí. No lo pensé dos veces y saqué un billete para Londres. Una vez allí alquilé un coche para ir a Fowey, lugar en el que vive tu querida autora y que te recomiendo encarecidamente visitar. Podría haber cogido un vuelo interno y haberme ahorrado las casi cinco horas que me costó llegar hasta allí, pero eso hubiera privado de encanto y misterio a todo el viaje.

—¿Y te presentaste allí sin más?

—No. Conseguí su teléfono y la llamé en cuanto aterricé en Londres. Fue muy amable conmigo, la verdad.

—¿Le dijiste desde el principio que ibas a hablar de Lina?

—No. Tan solo le expliqué que tenía un manuscrito en mi poder que necesitaba que le echara un vistazo. En cuanto lo tuvo delante supo a qué había ido en realidad.

—¿Y?

—Al principio solo fue educada y se limitó a darme la explicación a la que tú y yo ya habíamos llegado. Casi toda ficción, una historia del pasado, etc... Fue cuando regresé a su casa de nuevo después de haber hablado contigo de madrugada, cuando accedió a contarme la verdad.

—Cayó rendida a tus encantos, claro —dije con incredulidad.

—No. Tuve que traicionar un poco tu confianza y compartir con ella parte de la información que me habías proporcionado.

—¡Te dije que no lo hicieras!

—Lo sé. Y si hubiera seguido tu sabia orden nada de esto estaría pasando. Así es que, te aguantas —dijo desviando la vista de la carretera el tiempo justo para rebajar mi enfado—. Una vez le conté la parte de la historia que yo conocía, ella no sólo la corroboró, sino que me ofreció su punto de vista.

—Y es...

—Podría ser uno de tus *bestsellers*, la verdad...

—Javier no juegues con esto, por favor.

—Y no lo hago, pero tú misma has visto lo que ha pasado en esa casa hace un rato. ¿En serio quieres que te repita lo que me contó?

—Supongo que puedo hacerme una idea.

—Su relato estaba cargado dolor, de la pena de quien se da cuenta tal vez demasiado tarde que dejó escapar al amor de su vida. En todo momento defendió que había tomado la mejor decisión regresando al lado de su marido enfermo, aunque no dejaba de repetir que debería haber regresado a por Lina en cuanto comprendió que lo era todo para ella.

—Pero no regresó...

—Ninguna de las dos dio su brazo a torcer, María. Dos personas que se amaban con locura, que estaban dispuestas a enfrentarse a lo que hiciera falta por vivir la pasión que sentían la una por la otra y, cuando llegó el momento de la verdad, se dejaron arrastrar por la rutina y las circunstancias. Fue tan obvio lo que Sarah todavía sentía por Lina que le ofrecí venir. Ella no lo dudó, aun sin saber cómo iba a ser recibida después de todos estos años. Supongo que al final ha decidido ponerle solución a lo que la ha hecho infeliz durante décadas.

—Y aquí estamos —añadí más para mí que para él.

—A juzgar por lo que hemos presenciado, no creo que les esté yendo mal. Además, yo siempre he creído a pies juntillas en la famosa máxima de “Nunca es tarde si la dicha es buena”.

—¿Crees que se darán una oportunidad después de todos los años que han

perdido?

—Precisamente por eso. ¿Acaso no lo harías tú?

—Sí —respondí con rotundidad mientras observaba el perfil de su rostro —. Lo haría sin dudarlo —añadí.

A lo largo de mi carrera como escritora había narrado muchas escenas como aquella. Instantes en las que la protagonista de una novela admitía sus sentimientos con la misma rotundidad con la que saldría adelante su historia de amor después de un montón de dificultades. También había hablado de casualidades y de azares del destino. Sin embargo, para lo que no estaba preparada era para ser yo quien protagonizara uno de esos episodios. No sé en qué momento Javier se desvió de la carretera y tomó un pequeño camino de tierra que no parecía conducir a ningún lugar especial. Por eso, cuando mis ojos se encontraron con la inmensidad azul del océano, me sobrecogí ante la belleza del paisaje que tenía frente a mí. Una diminuta cala en la que se entremezclaba arena y piedra me invitó a bajar del vehículo. Eché a andar sin poder apartar la vista de un grupo de gaviotas que correteaba animadamente sobre la arena húmeda que dejaba tras de sí la bajamar. Tanto si miraba a la derecha como a la izquierda, solo había agua, roca y océano. Una suave brisa traía el aroma mezcla de eucalipto, sal y algo que identifiqué sin duda como jazmín. Era como si el reloj hubiera dado marcha atrás y me hubiera trasladado a un lugar no muy lejos de allí, aunque sí bastante tiempo atrás. Sentí a Javier justo detrás. No quedaba nada por decir y, sin embargo, nos restaba todo por hablar. Él alargó la mano y sostuvo entre sus dedos uno de los mechones de mi pelo con el que la brisa estaba jugando a su antojo.

Sabía a la perfección lo que sentía. Lo tuve claro casi desde el mismo instante en el que me abracé a él frente a la casa de Lina. La cuestión era ahora cómo enfrentarme a aquello después de lo que le había dicho en el AVE, tras haberme esforzado tanto por dejarle claro que entre nosotros solo podía existir camaradería y amistad. Él lo había tomado con elegancia y madurez. Al menos, así lo reflejaba con la actitud que había adoptado conmigo después de aquello. Y, precisamente por eso, todavía me sentía más imbécil ahora. Cómo explicarle lo de “donde dije digo, digo Diego” a pesar de ser eso lo que estaba pasando en realidad. ¿Cómo evitar que pensara que estaba jugando con él, que no iba en serio o que me estaba comportando como si estuviera loca? Poco a poco la frustración y la tristeza se fueron apoderando de mí. Había tenido la oportunidad. Él me la había brindado en cada uno de los momentos que habíamos compartido en el sur. Incluso en Madrid había estado conmigo

haciéndome saber lo que sentía en realidad. Y yo, tan perdida y absorta en mi mundo lo había rechazado. Cerré los ojos. Entonces oí esa voz en mi interior, una que supe exactamente a quién pertenecía. Era la misma que unas noches atrás me había empujado a cambiar mi vida, a poner mi mundo del revés para poder ser de verdad feliz. “Tienes derecho a equivocarte. A ir, a venir y, por supuesto, siempre puedes cambiar de opinión”. No sé durante cuánto tiempo me dediqué a meditar sobre la última parte de esa máxima de vida que Lina me había facilitado. ¿No me convertía eso en una egoísta redomada? ¿Modificar las cosas a mi antojo en función de si me gustaban o no los resultados? Por primera vez en mi vida obvié la primera respuesta que apareció en mi mente. Ahondé en mis sentimientos y emociones hasta que me di cuenta de algo muy importante. No era yo quien se había equivocado alejando a Javier de mi vida. Lo había hecho una mujer demasiado asustada para tomar las riendas de su vida, para exigir lo que realmente se merecía y, por supuesto, para dar todo lo que llevaba en su interior. Aquella María había dejado de existir y la que vivía ahora en mi interior tenía muy claro que, esta vez, no iba a dejar escapar la oportunidad de amar y ser feliz.

—Javier... —dije con apenas un hilo de voz y con las emociones a flor de piel— ¿Por qué has hecho todo esto?

—Porque soy incapaz de dejar un misterio sin resolver. Ya me conoces. Deformación profesional.

—Entiendo... —respondí casi al borde de las lágrimas al tiempo que noté cómo se me formaba un nudo en la garganta.

—¿Pensabas que había alguna otra razón?

—No lo sé... Tal vez.

Él no dijo nada más y yo respeté su silencio sin apartar la vista del azul del mar. A aquellas alturas de la conversación ya era imposible contener el llanto. Me dio igual. Que Javier me viera llorar me preocupaba bastante menos que el hecho de saber que la oportunidad de estar a su lado se había desvanecido algo que, por otra parte, era lo más lógico después de cómo había actuado yo. Durante el tiempo que permanecimos allí sintiendo cómo la brisa nos acariciaba la piel, un montón de imágenes del tiempo que habíamos compartido me sacudieron entera. Nosotros en Málaga disfrutando de un paseo, las noches entre caricias, besos y el mejor sexo de toda mi vida... Nuestras conversaciones, esas bromas solo comprensibles por los dos, la ternura que siempre había en sus palabras, ese don que parecía tener para aparecer en mi vida cuando más lo necesitaba... ¿Cómo había podido estar tan

ciega! Había tenido al alcance de mi mano a un hombre que, quizás, nunca volviera a encontrar. Y no era eso lo que me provocaba una infinita ternura, sino el hecho de saber que ninguno volvería a ser él. El viento arreció y yo desvié la vista del mar para encontrarme frente a un par de enormes ojos verdes. No pude contenerme y alargué la mano para acariciar su rostro. Javier me miraba de un modo que no supe cómo descifrar. Sentí el calor de su piel bajo las yemas de mis dedos. Cuando el dolor ante la certeza de lo que había perdido fue casi insoportable, traté de mirar a otro lado. No pude. Me había quedado prendida en ellos. Poco a poco el mundo fue desapareciendo a mi alrededor. Ya no hubo mar, ni gaviotas, ni viento ni sal. Solo nosotros. Tampoco hubo palabras. Al menos ninguna que nuestros labios pronunciaran.

Entonces lo supe. Todo cobró sentido de repente. Él nunca se había marchado. Ni siquiera cuando yo me esforcé por echarlo de mi lado. Su amor por mí era real y sincero, tanto que había aceptado conformarse con la parte de mí que pudiera tener. Yo solo le había permitido ser mi amigo. Ahora deseaba mucho más. Lo quería todo. No recuerdo si fue él, yo o los dos a la vez. Solo sé que, cuando nuestros labios se encontraron sentí que me rompía por dentro. Este sería nuestro último beso, uno en el que no me guardé nada de lo que sentía por Javier. Cuando nos separamos, me fue completamente imposible dejar de llorar. Él trató de abrazarme, pero yo no podía permanecer más tiempo a su lado. Me aparté y casi a la carrera volví al coche. Poco después, él se sentó a mi lado, arrancó el motor y regresó a la carretera por la que se había desviado. Como me sentía incapaz de mirarle sin venirme debajo de nuevo, me esforcé en contemplar el paisaje que nos rodeaba. Fue a la salida de una curva cuando vi el faro y sentí la necesidad de compartir con él un último instante que atesoraría para siempre.

—Quiero subir ahí —dije en apenas un susurro mientras le señalaba la explanada sobre la que se alzaba el faro.

Javier no respondió. Se limitó a obedecer. Solo cuando aparcó y salió del coche, recuperó el habla.

—¡Esto espectacular!

—No podía dejar que te fueras de Galicia sin visitarlo —respondí mientras en mi interior la tristeza iba ganando la batalla por goleada.

—Las vistas, desde luego, lo merecen. Por no hablar de lo que te hace sentir.

—¿El qué?

—Lo pequeños que somos en realidad. La inmensidad de todo lo que nos

rodea. La sencillez de las cosas y lo estúpidos que somos al intentar complicarlas aun no sé bien por qué.

No sabía si se estaba refiriendo a él, a mí, a los dos o a la vida en general. Una parte de mí quería preguntar. La otra no quería enfrentarse a la posibilidad de que estuviera echándome en cara cómo me había portado con él. Una parte de la antigua María decidió asomar la cabeza en aquel preciso instante. Comencé a sentir un montón de dudas, a hacerme preguntas que sabía no me conducían a ninguna parte. A punto estuve de dejarme arrastrar por la comodidad de lamentarme antes que actuar. Respiré hondo un par de veces, apreté los puños y comencé a hablar.

—La primera vez que visité este lugar también me sobrecogió su belleza. El océano, los acantilados, el faro irguiéndose sobre toda esta inmensidad. Y sí, me sentí pequeña y, por qué no admitirlo, bastante absurda. Había huido de Barcelona intentando buscar respuestas y las soluciones para seguir adelante con una vida que, ahora sé, no había ya por dónde cogerla. La madrugada que pasé aquí comencé a sentir que un gran cambio en la forma en la que me había planteado mi vida adulta era posible. De hecho, hasta me permití comenzar a sentir emociones que creía olvidadas. Cuando estuve aquí con Carlos creí que él era la persona que necesitaba. Un hombre culto, calmado y que, sin lugar a duda, me ofrecería una vida sin sobresaltos. Regresé a casa dispuesta a darle una oportunidad a una relación que, aunque no tenía muy claro dónde nos llevaría, sabía que sería cómoda y sin sobresaltos. Y mira, casi lo consigo. Pero, —añadí perdiéndome de nuevo en los ojos de Javier— llegaste tú con tus conversaciones, tus ironías, tu peculiar sentido del humor y esa pasión por la vida que destilas a cada instante. Fue muy fácil dejarme llevar. Eras fresco, inteligente, con chispa y yo, sinceramente, no contaba con que me pudiera enamorar. Sería moderna, espontánea y me tomaría las cosas del mismo modo que tú. Dos adultos compartiendo un momento de sus vidas. Después, cada uno por su lado y tan amigos. Ah... pero la vida tenía otros planes. Tú me dijiste abiertamente lo que sentías por mí cuando apenas habías tenido tiempo de conocerme. Tonta de mí que no supe comprender que habías leído en mi interior como nadie antes. Yo, ahora lo sé, no pude gestionar tanta intensidad. ¡Qué putada, porque ahora lo daría todo por recuperarla y no dejarla escapar jamás! Regresé aquí para encontrar las respuestas que necesitaba y, aunque tarde, no queda ya interrogante por resolver. Sé que con el tiempo lo superaré y que no se me olvidará esta lección que llevo grabada a fuego: Cuando se presente el amor de verdad, ¡corre! No para huir de él, sino para abrazarlo con

todas tus fuerzas. Sé que con el tiempo necesario...

—María...

—Deja que termine, por favor.

—No.

—¿Por qué? —respondí sintiéndome bastante confundida.

—Porque ya he oído suficiente y porque, además, hay algo en lo que estás completamente equivocada.

—¿En qué? —El momento que tanto había temido estaba a punto de producirse.

—No es tarde. Aún hay tiempo. Todo, en realidad.

—No entiendo...

—Estás dando por hecho que mis sentimientos por ti han cambiado, que el hecho de que me rechazaras en su momento implicaría que mi amor por ti hubiera cambiado de algún modo.

—¿Y no ha sido así? —dije sin poder controlar el temblor en mi voz que fue extendiéndose con rapidez al resto del cuerpo.

—No. Yo te quiero y lo hago desde la primera vez que te chinché durante un almuerzo junto a nuestro editor. Bueno —se apresuró a decir con media sonrisa en los labios— ahora mismo te quiero bastante más que entonces. Y no me importa si un día en un tren me diste calabazas o me hablaste de no sé qué cosas que no podías asumir. Lo que cuenta es lo que sientes ahora.

—Sí... —acerté a responder sin llegar a creer del todo que aquello estuviera sucediendo de verdad.

—Has dicho que me quieres. ¿Necesitamos algo más?

—No.

—¿Estás segura? —Javier puso esa cara de presentador de concurso de televisión que tanto me divertía y comencé a reír.

—Completamente.

—En ese caso... ¡bésame, joder!

No necesité nada más. Dejé caer el peso de mi cuerpo sobre su pecho, levanté la cabeza, lo miré a los ojos y, en cuanto los dos fuimos capaces de dejar de reír ante su última ocurrencia, pegué mis labios a los suyos. Mientras nuestras bocas se reconocían de nuevo, sentí un montón de cosas. La mejor, sin duda, la certeza de estar por fin en casa.

El sol se perdía por el oeste cuando decidimos regresar a Naia. Habíamos pasado el día entre besos, caricias, confianzas y planes... ¡Muchos planes! Los más inmediatos pasaban por la gira que todavía teníamos por delante y

que íbamos a afrontar, ahora sí, como pareja. También tuvimos nuestro momento de seriedad, ese en el que establecimos las bases de la responsabilidad que yo había decidido asumir en solitario. Javier manifestó su intención de estar a nuestro lado: Al mío y al de Ayla. El tiempo y cómo evolucionaran nuestros sentimientos se encargarían de hacer el resto.

—¿Crees que las viejas seguirán vivas? —dijo poco antes de la señal que indicaba que estábamos a punto de entrar en Naia.

—Ahora que se han encontrado, no creo que se les ocurra morir.

—¿Habrán follado?

—¡Por Dios bendito! ¿Eso es lo que te preocupa, de verdad?

—Mujer no te pongas así. Si yo llevara más de veinte años sin verte, me iba a faltar pazo —respondió con un tono de voz que provocó que el estómago me diera un vuelco y se me acelerara el corazón.

—Quizás cuando llegemos nos encontramos con las maletas en la puerta.

—¿Por qué?

—Lina no es muy fan de las sorpresas y quizás piense que yo he tenido que ver algo en todo esto.

—Si eso sucede ya me encargaré yo de echarme toda la culpa.

—Bueno... A ver con qué nos encontramos.

—Ardo en deseos... —dijo mientras me guiñaba un ojo y dejaba caer con suavidad su mano derecha sobre mi muslo.

Vimos luz en el interior de la casa incluso antes de aparcar. Como no encontramos a Sarah esperándonos, ni tampoco a Lina enfurecida en la puerta, quisimos entender que todo había ido bien entre ellas. Sin duda alguna, tendrían mucho de qué hablar y un tiempo precioso que recuperar. Nosotros no habíamos desperdiciado tanto, pero también necesitábamos ponernos al día, de modo que fuimos directos a la pequeña casa del jardín. Nuestra verdadera historia estaba a punto de empezar.

Epílogo

Fowey, Cornwallles. Navidad de 2019

Sarah se movía por la cocina con la elegancia y la certeza de quien ha hecho de la gastronomía su auténtica pasión. A pesar de los múltiples intentos de Lina por convencerla de contratar a una empresa de catering para la cena de Nochebuena, ella se había empeñado en preparar cada uno de los platos. Javier y yo habíamos insistido en ayudarla, pero desde el mismo instante en el que habíamos puesto un pie allí dos días atrás, lo único que se nos permitía era babear y presumir de la belleza de niña que teníamos.

Ayla llegó al mundo a principios del mes de julio. Lo hizo con los ojos bien abiertos y los puños apretados, un gesto que interpretamos como parte del carácter indomable que intuíamos iba a tener. El parto por cesárea, la opción incuestionable teniendo en cuenta que Elena seguía en ese coma del que sabíamos que jamás despertaría. La vida se abrió paso para, poco después, ofrecernos otra de sus grandes lecciones: “No podemos controlarlo todo”. Pasé muchas noches en vela cuestionándome la decisión que debía adoptar con respecto a la que había sido mi mejor amiga. Todos los informes médicos de los que disponía, y eran muchos, concluían en lo mismo. Ella jamás despertaría. De mí dependía hasta cuándo quería prolongar lo inevitable. Pocas horas después del nacimiento de la niña la doctora Giralt vino a verme a la habitación que ocupaba Elena. Allí me recordó de nuevo todas las opciones y, a su particular forma, me hizo saber que prolongar aquella situación, solo me iba a aportar más dolor. Dos noches después, mientras mi hija dormía plácidamente entre mis brazos, sentí el peso de la responsabilidad. Poco antes del amanecer tomé una decisión y supe que era la correcta. No llegué a verbalizarla. A las ocho de la mañana los monitores a los que estaba conectada Elena comenzaron a indicar que su tiempo se había terminado. Quizás, a pesar de su estado, una parte de ella había sido consciente de todo. La misma que le había dado la fuerza para llegar hasta el final: El nacimiento de su pequeña.

Sentí la mano de Javier sobre las mías que se ocupaban de que Ayla no se me escurriera en la bañera. Era ya un bebé de cinco meses que se movía con muchísima agilidad. Javier solía decir que estaba tan espabilada gracias a las

lecturas nocturnas que le hacía cuando la metía en la cuna y que iban desde algunos párrafos de mis novelas, a capítulos enteros de las suyas. Él se inclinó y me depositó un beso en la frente. Luego miró a Ayla y sonrió.

—Se parece a su madre —dijo sonriendo— le encanta el riesgo —añadió al tiempo que me dio una suave palmada en la nalga derecha.

—Como no quites esa mano de ahí —respondí sin poder evitar que se me escapara la risa— vas a saber de verdad lo que es el riesgo y el terror.

—¡Qué carácter! ¡Cómo me pone!

Entonces la niña dejó escapar una de sus sonoras carcajadas, como si de algún modo fuera capaz de comprender lo que estaba sucediendo entre nosotros.

—¿Ves? Le gusta —dijo Javier con ese tono grave de voz que tantas cosas me provocaba.

—Y a ella también —añadió Lina quien había aparecido en el cuarto de baño como por arte de magia—. Anda id a cambiaros, ya me encargo yo de esta niña guapa. La cena está casi lista.

Ambos obedecimos y subimos hasta nuestro dormitorio acompañados del delicioso aroma que salía de la cocina. Noté las manos de Javier sobre mi cuerpo incluso antes de haber empezado a quitarme la ropa. Esta era una de las cosas que más me gustaba de estar con él. La necesidad constante que teníamos de mantener el contacto el uno con el otro. Le dirigí una mirada cargada de intenciones, una con la que le dejaba bien clara la intimidad a la que nos abandonaríamos en cuanto nos quedáramos a solas. Él se limitó a asentir y besarme hasta casi dejarme sin aliento. Entramos en el salón justo en el mismo instante en el que Sarah se quitaba el delantal y lo dejaba con elegancia sobre el respaldo de la silla. Ni a Javier ni a mí nos pasó desapercibida la mirada también cargada de intención que ella y Lina se dirigieron. Nos sentamos a la mesa y una sensación de felicidad completa me embargó. Apenas un año atrás había pasado esa misma noche sola frente al ordenador y, aunque en aquel momento no me sentí mal por ello, ahora sabía lo perdida y equivocada que estaba. Doce meses después, todo era diferente. La vida me había dado una familia. En eso se habían convertido ya Lina y Sarah. Un amor, Javier. Y la certeza de que todo era posible si se creía en ello de verdad, Ayla.

El móvil vibró en el interior de mi bolsillo. Deslicé la mano y sonreí.

—¿El gallego alegre? —dijo Javier, quien ya había hecho oficial su particular apelativo para Carlos.

—Sí.

—¿Desde qué punto del jodido planeta pretende darnos envidia ahora?

—Tailandia.

—¡Qué zen! —respondió travieso.

—Deséale Feliz Navidad de parte de todos —añadió Lina quien no había perdido detalle de la conversación.

—Haré algo mejor. Le enviaré una foto. ¡Poned vuestra mejor sonrisa! —dije mientras me levantaba para acercarme a ellas. Javier tomó en brazos a la pequeña que dormía como una bendita en la cuna que habíamos instalado en el salón y se unió a nosotros.

No tuvimos que fingir nada. Nuestra felicidad era completa. A pesar de los obstáculos, la vida nos había hecho el regalo de volver a coincidir. Lina y Sarah disponían de una nueva oportunidad. Carlos había salido de su zona de confort y por fin se había atrevido a dar rienda suelta a dos de sus pasiones. La primera consistía en hacerse cargo de las cinco primera casas para escritores que habíamos abierto en Naia. El sueño que yo había tenido casi desde el instante en el que puse un pie allí. Aunque al principio me había parecido solo eso, una quimera, Javier estaba convencido del potencial del proyecto. Negociar el precio de las viviendas con sus propietarios fue cosa de Carlos. Hacía solo tres meses que habíamos empezado a hacer circular la información sobre este servicio entre autores tanto nacionales como internacionales. Habíamos tenido ya algún cliente, aunque el grueso llegaría después de las fiestas. Y, con ellos, esperábamos poder expandir el negocio organizando congresos, eventos hasta lograr crear una auténtica comunidad literaria. La segunda de las pasiones de Carlos era viajar. Algo que se estaba permitiendo de verdad por primera vez en años.

Javier y yo habíamos hecho la apuesta más importante de nuestras vidas: Formar una familia. Sabíamos que no todo iba a ser un camino de rosas. Deberíamos trabajar muy duro para sacar adelante nuestras novelas, la comunidad literaria y, sobretodo, a nuestra hija. Pero yo estaba segura de que lo conseguiríamos porque conocía el secreto para no fracasar jamás. Hacerlo juntos.

~ F I N ~

